



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



Bruno el bandolero

Alexandre (padre) Dumas, Alexandre Dumas

BRUNO EL BANDOLERO.

EL LADRON DE LA CORTE.

AGUEDA Y MERINO.

Aprobada por la censura.

Es propiedad de la Galería Literaria.

**IMPRESA DE MANUEL MINUESA,
calle de Valverde, núm. 5.**

831.5.20100

BRUNO EL BANDOLERO.

POR

Alejandro Dumas.

TOMO ÚNICO.



MADRID.

GALERÍA LITERARIA DE LOS SS. MURCIA Y MARTÍ,
calle de Jacometrezo, n.º 44.

1859.

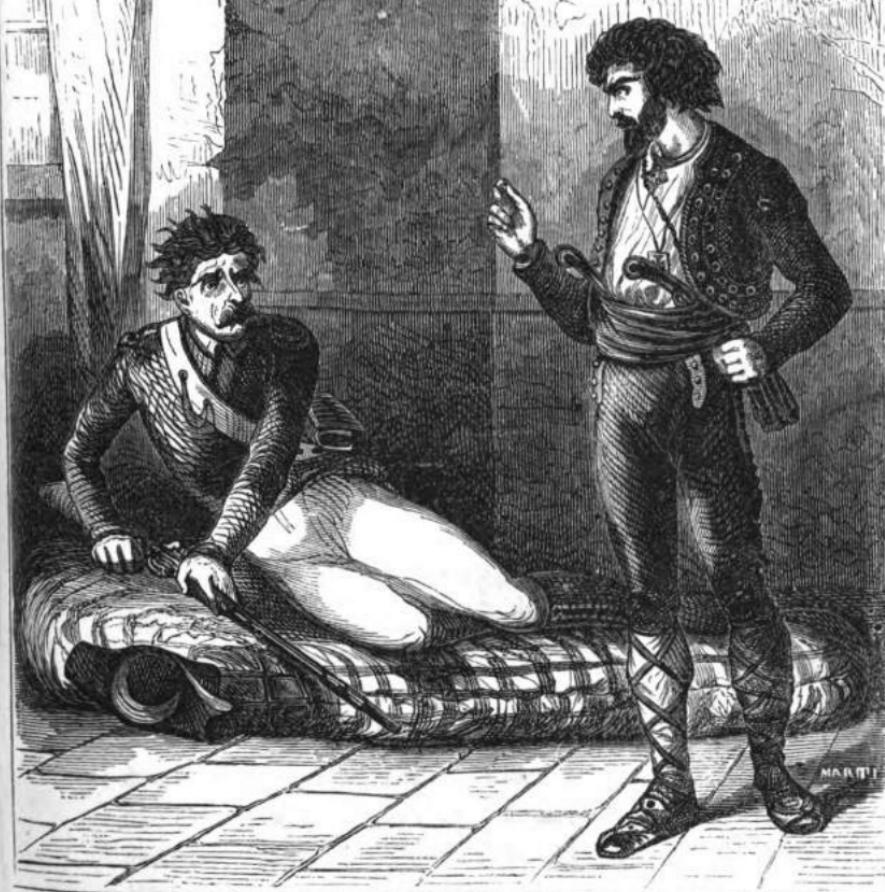


Digitized by Google

BRUNO EL BANDOLEERO.

POR

A. DUMAS



Preside con frecuencia el acaso, tanto á la fundación de los pueblos, como al nacimiento de los hombres; así se vé que la situación topográfica donde se construyen aquellos y la posición social en que nacen estos, influyen en toda su existencia; ya benéfica, ya perniciosa: se han visto ciudades tan orgullosas, que han querido dominar todo cuanto las circundaba; así que apenas habían osado algunas casas á establecerse donde aquellas habían asentado sus cimientos; vivian por tanto altivas y pobres, yendo á ocultar entre las nubes sus almenadas frentes, y siempre batidas por las tempestades del verano y los temporales del invierno. Parecían reinar desterradas, seguidas únicamente de algunos compañeros de infortunio, y muy desdenosas para humillarse á pedir un pueblo y aun un reino á las llanuras. Se han visto pequeñas ciudades tan modestas que se han refugiado al fondo de un valle, construyendo al borde de un arroyo sus granjas, molinos y chozas, que protegidas por unas colinas contra el calor y el frío, pasaban allí una vida ignorada y tranquila, semejante á la de esos hom-

bres sin ardimiento ni ambición, á quienes todo ruido espanta, toda luz ofusca, y que solo en la oscuridad y el silencio encuentran la felicidad. Otras hay que comenzaron siendo una miserable aldea en las playas del mar; y viendo poco á poco suceder las naves á las barcas y los navios á las naves, convirtieron sus chozas en casas, y sus casas en palacios, y en el dia hacen afluir á sus puertos el oro del Potosí y los diamantes de la India, y haciendo sonar sus ducados y ostentando sus adornos, imitan á esos hombres enriquecidos que nos salpican de todo con sus carroajes y nos hacen insultar por sus criados. Las hay tambien que se habian levantado primero en medio de prados risueños, que pisaban tapices de flores, y adonde se llegaba por sendas caprichosas y pintorescas, cualquiera les hubiera pronosticado largos y prósperos destinos; pero vieron de repente su existencia amenazada por una ciudad rival que, elevándose á orilla de una carretera, atrajó comerciantes y viajeros, y dejaba á su rival perecer lentamente en la soledad, como una doncella cuya vida se va extinguiendo por la tristeza de un amor desgraciado. He ahí por qué se concibe simpatía ó repugnancia, amor ó odio, hacia tal ó cual ciudad, como hacia tal ó cual persona; por eso damos á unas piedras frias é inanimadas epítetos que solo pertenecen á seres vivos y humanos; por eso decimos Messina la noble, Siracusa la fiel, Girgenti la magnífica, Tarpina la invencible, Palermo la feliz.

En efecto, si hay en el globo alguna ciudad predestinada á la felicidad, es Palermo. Situada bajo un cielo despejado, sobre un terreno fértil, en medio de pintorescas campañas, con puerto abierto á un mar de azuladas olas, protegida al Norte

por la colina de Santa Rosalía, al Oriente por el cabo Naferaso, cercada de todos lados por una cadena de montañas que ciñe la vasta llanura donde tiene su asiento; nunca odalisca bizantina ni sultana egipcia se miró con más abandono, pereza y deleite en las aguas de la Cirenaica ó del Bósforo, que lo hace con el rostro vuelto hacia su madre la antigua hija de Caldea. En vano, pues, ha cambiado de señores; desaparecieron estos, ella ha quedado; y la esclava reina solo ha conservado collares y joyas por cadenas, tributo rendido á su mérito por sus diferentes dominadores, siempre seducidos por su dulzura y belleza. Por eso, hombres y naturaleza, han concurrido á hacerla magnífica entre las ricas. Los griegos la dejaron sus templos, los romanos sus acueductos, los sarracenos sus castillos, los normandos sus basílicas, los españoles sus iglesias; y como la latitud en que está situada permite que toda planta florezca y todo árbol se desarrolle, reúne en sus amenos jardines la adelfa de Laconia, la palmera de Egipto, la higuera de Indias, el aloé de África, el pino de Italia, el cirísp de Escocia y la encina de Francia. Así que nada hay mas bello que los días de Palermo, como no sean sus noches: noches de Oriente, noches diáfanas y balsámicas, en que el murmullo del mar, el suave ruido de la brisa y el rumor de la ciudad, forman un concierto universal de amor, en que cada cosa de la creación, desde la ola hasta la planta, desde la planta hasta el hombre, exhala un suspiro misterioso. Subid á la plataforma de la Zisa, ó al terrado del Palacio Real, cuando Palermo duerme, y os parecerá estar á la cabecera de la cama de una doncella que ensueña deleites:

Esta es la hora en que los piratas argelinos y los corsa-

rios de Túnez salen de sus guaridas, sueltan al viento las velas triangulares de sus faluchos berberiscos y rodean la isla cual bienas del Zahara y leones de Atlante alrededor de un aprisco. ¡Desgraciadas entonces las poblaciones imprudentes que duermen descuidadas sin fanales ni guardias á orillas del mar, porque sus habitantes se despertarán al fulgor del incendio, y á los gritos de sus esposas é hijas, y antes que llegue el auxilio, los buitres africanos habrán volado con sus presas; y al venir el dia, las alas de sus buques blanquearán en el horizonte, y desaparecerán por detrás de las islas de Porri, Avignana ó Lampaduce.

Suele tambien acontecer que el mar tome un color lívido, se calme la brisa y la ciudad calle: es porque algunas nubes sangrientas, que corren rápidas del Mediodia al Setentrion, han pasado por el cielo: es porque esas nubes anuncian el Siroco, ese Khansin tan temido de los árabes, vapor ardiente que nace en los arenales de Lívia, y que los vientos del Sud-este impelen hacia Europa; todo se inclina al punto, todo padece, todo se queja; gime la isla entera como si el Etna amenazara: los animales y los hombres buscan inquietos un abrigo; y despues de haberlo hallado, se recuestan jadeantes, porque aquél viento abate todo valor, paraliza toda fuerza, estingue toda facultad. Palermo entonces tiene el estertor de un moribundo, y esto dura hasta que una aura pura procedente de la Calabria devuelve la fuerza al ser desfallecido, que se estremece con ese aire vivificador, recobra la existencia y respire con el mismo contento que si saliera de un desmayo; y al dia siguiente vuelve indórente á su vida de gores y aborozo.



CAPITULO PRIMERO.

Era una tarde del mes de setiembre de 1803: todo el dia había estado soplando el Siroco; pero el cielo se había despejado al ponerse el sol, la mar estaba azurrada, y algunas ráfagas de una brisa fresca venían del archipiélago Lipariota. Aquel cambio atmosférico ejercía, como queda dicho, su in-

fluencia benéfica en todos los seres animados, haciéndoles salir poco á poco de su entorpecimiento : al ver esto, se hubiera creido asistir á una segunda creacion, tanto mas, cuanto que Palermo es un verdadero Eden.

Entre todas las hijas de Eva que en aquel paraíso donde viven, hacen del amor su ocupacion principal, hay una que hará un papel demasiado importante en esta historia, para que no llamemos sobre ella y sobre el lugar que habita la atencion de nuestros lectores. Salgan, pues, con nosotros de Palermo por la puerta de San Jorge, dejen á la derecha Castello-a-Mare, encaminense directamente al muelle, sigan algun tiempo la playa, y párense en una deliciosa quinta que se levanta á orilla del mar, y cuyos encantados jardines se estienden hasta el pie del Monte Pellegrino; es la quinta del principe de Carini, virey de Sicilia por Fernando IV, que ha tomado posesion de su hermosa ciudad de Nápoles.

En el primer piso de esta preciosa quinta, en un aposento entapizado con raso azul celeste, cuyas colgaduras están pendientes de cordones de perlas, y cuyo techo está pintado al fresco, hay una mujer vestida con un sencillo peinador, recostada en un sofá, con los brazos colgantes, la cabeza inclinada y los cabellos sueltos; hace solo un momento que hubiera podido confundirse con una estatua de mármol; mas por todo su cuerpo ha corrido un leve estremecimiento, sus mechas toman color, sus ojos acaban de abrirse : la estatua maravillosa se anima, suspira, tiende la mano hacia una campanilla de plata colocada en una mesita de mármol de Selinunte, la agita perezosamente, y como fatigada del esfuerzo que ha hecho, cae de nuevo en el sofá. Sin embargo,

el sonido argentino se ha oido, se abro una puerta, y una jóven y bonita camarista, cuyo desordenado traje anuncia que tambien ha sufrido la influencia del Siroco, aparece en el umbral.

—¡Eres tú, Teresa? dice con languidez la señora volviendo la vista hacia la doncella. ¡Dios mio! esto es morir; ¡está soplando aun ese Siroco?

—No, señora, ya desapareció, y se empieza á respirar.

—Tráeme frutas y sorbetes, y procura que me dé algun aire.

Teresa cumplió las dos órdenes con toda la prontitud que le permitia un resto de languidez y de malestar. Dejó el refresco en la mesa y abrió la ventana que daba al mar.

—Ved, señora condessa, dijo; mañana tendremos un dia magnifico: el aire es tan puro, que se vé perfectamente la isla de Alicud, aunque el dia comienza á declinar.

—Sí, sí; ese aire hace provecho. Dame el brazo, Teresa; voy á probar si llego hasta la ventana.

La doncella se acercó á su señora, que dejó sobre la mesa el sorbete que apenas habian tocado sus labios, y apoyándose en el hombro de aquella, caminó languidamente hasta la ventana.

—¡Ah! dijo respirando el aire de la tarde, ¡cómo reanima esta apacible brisa! Acércame esa silla, y abre tambien la ventana que dà al jardin. ¡Bien! ¿Ha vuelto de Montreal el principe?

—Aun no.

—Mejor; no me gustaria que me viese pálida y descompuesta. Debo estar horrible.

— Nunca ha estado tan hermosa la señora condesa; y puedo asegurar que en toda la ciudad que descubrimos desde aquí, no hay mujer que no tenga envidia á la señora.

— ¿Tambien la marquesa de Rudini y la princesa de Buderá?

— A nadie exceptúo.

— ¿Te paga el principe para adularme, Teresa?

— Juro á la señora que no le digo mas que lo que siento.

— ¡Oh! ¡Cuán grato es vivir en Palermo! dijo la condesa respirando desahogadamente.

— Sobre todo cuando se tiene veintidos años, siendo al mismo tiempo rica y hermosa, continuó sonriendo Teresa.

— Has acabado mi idea; por eso quiero ver á todos felices á mi lado. ¿Cuándo te casas? ¿Eh?

Teresa no respondió.

— ¿No está señalado el domingo que viene?

— Sí, señora, respondió la doncella suspirando.

— ¿Cómo es eso? ¿No estás decidida?

— Sí por cierto; siempre.

— ¿Tienes repugnancia á unirte á Cayetano?

— No; creo que es un buen muchacho y que me hará feliz. Por otra parte, este matrimonio es un medio para estar siempre al lado de la señora condesa, lo cual es mi deseo.

— ¿Y entonces, por qué suspiras?

— Perdóname la señora; es un recuerdo de nuestro país.

— ¿De nuestro país?

— Sí: cuando la señora condesa se acordó en Palermo que había dejado una hermana de leche en el pueblo del que su-

padre era señor, y me escribió que viniese á servirla, estaba á punto de casarme con un joven de Baso.

—¿Y por qué no me lo has dicho? El príncipe lo hubiera recibido en su servicio.

—¡Oh! No hubiera querido ser criado; es muy orgulloso para eso.

—¿De veras?

—Sí, señora. Ya había rehusado un empleo en los Campiéri del príncipe de Goto.

—¿Es acaso algún señor ese joven?

—No, señora condesa, es un simple montañés.

—¿Cómo se llama?

—¡Oh! Creo que la señora condesa no le conoce, dijo Teresa con viveza.

—¿Y sientes su ausencia?

—No sé qué decir. Lo que sí puedo asegurar es que si llegase á ser su mujer, tendría necesidad de trabajar para vivir, lo cual me sería tanto mas sensible, cuanto que tendría que abandonar el fácil y agradable servicio de la señora condesa.

—Sin embargo, me tienen por iracunda y orgullosa; ¿no es verdad, Teresa?

—La señora es excelente para mí; es cuanto puedo decir.

—La nobleza palermitana es quien lo dice, porque los condes de Castelnuovo fueron ennoblecidos por Carlos V, mientras que los Ventimille y los Partanna descienden, según ellos dicen, de Tancredo y Roger. Pero no es esa la causa de la aversión de esas mujeres hacia mí; ocultan su odio bajo las apariencias del desden, me aborrecen porque Rodolfo me ama, y están celosas del amor del virey. Por eso trabajan

tanto para indisponerle conmigo, pero no lo conseguirán, porque soy mas hermosa que ellas. Carini me lo dice todos los días, y tú tambien, embusterilla.

—Señora, hay aquí quien es mas adulador que S. E. y que yo.

—¿Quién es?

—Es el espejo de la señora condesa.

—¡Qué loca eres! Enciende las luces.

La doncella obedeció.

—Ahora cierra la ventana y déjame; la del jardín dará bastante aire.

Teresa obedece y la deja; y no bien había desaparecido, se coloca la condesa delante de su tocador, y mirándose al espejo se sonrió.

Era sin duda una criatura maravillosa la condesa Emma, ó mas bien Gemma, pues desde su niñez habían añadido sus padres esa g á su nombre, con cuya adición se expresa la voz diamante en italiano. Y por cierto que no iba muy fundada en limitar su nobleza á una rúbrica de Carlos V, porque en su delgado y flexible talle reconocíase una Jónica, en sus ojos negros y de suave brillo la descendiente de los árabes, y en su tez blanca y sonrosada la hija de las Gatis. Podía gloriarse de descender de un arconte de Atenas, de un emir sarraceno, ó de un capitán normando; era una de esas bellezas que solo se encuentran en Sicilia y en Arlés, donde la mezcla de sangre y el mismo cruzamiento de razas suele reunir en una sola persona esos tres tipos tan diferentes. Así que, lejos de apelar al artificio de la compostura, como primero lo había intentado, creyóse Gemma tan encantadora en su desordenado traje, que

se miró durante algun tiempo con sencilla admiracion, cual debiera hacerlo una flor inclinada hacia el arroyo ; y esa admiracion no era orgullo, sino una adoracion á Dios, que puede crear cosas tan bellas.

Permaneció, pues, como estaba; y en efecto , ¡qué mejor prendido que sus cabellos sueltos y ondulantes? ¿Qué pincel hubiera podido añadir una linea al areo regular de sus cejas de terciopelo? y qué carmín hubiera rivalizado con el coral de sus húmedos lábios, tan vivo como la fruta del granado? Como se miraba sin otra idea que la de verse, se fué entregando paulatinamente á una profunda y estasiada meditacion , porque el espejo colocado frente á la ventana abierta , reflejaba el cielo al mismo tiempo que su semblante, sirviendo de fondo á su cabeza de ángel; y Gemma , sin objeto y sin motivo , entregada á una felicidad vaga é infinita, se entretenía en contar las estrellas que iban apareciendo, y en darles nombre á medida que se presentaban en el espacio. De repente le pareció que una sombra se colocaba delante de las estrellas , y que detrás de ella se dibujaba una figura. Volvióse con presteza : hallábase un hombre en pie delante de la ventana. Gemma se levantó y abrió la boca para dar un grito; pero el desconocido , lanzándose hacia ella, juntó las manos y le dijo con voz suplicante:

—En nombre del cielo, no llameis, señora; porque os juro por mi honra que nada debeis temer, pues no vengo á haceros daño.



CAPITULO II.

Gemma volvió á caer sobre la butaca, y habiéndose seguido un instante de silencio, tuvo tiempo de dirigir una rápida y tímida mirada al extraño que acababa de introducirse en el aposento de un modo tan singular é inusitado.

Era un jóven de veinticinco á veintiseis años, que demostraba pertenecer á la clase popular: llevaba sombrero calabrés rodeado de una ancha cinta que caía ondulando sobre sus hombros; una chaqueta de terciopelo con botones de plata; unos calzones de lo mismo y con idénticos adornos; su talle iba ceñido con una de esas fajas de seda encarnada con bordados y franjas verdes que se fabrican en Mesina á imitacion de las de Levante. Finalmente, unos botines de cuero y sape-

tos blancos completaban aquel traje montañés, que no carecía de elegancia, y que parecía escogido para hacer resaltar las bellas proporciones del que lo usaba. Su rostro era de una belleza salvaje; notábanse en él esas facciones tan marcadas del hombre meridional: ojos fieros y atrevidos, cabellos y barba negros, nariz aguileña y dientes de chacal.

No debió tranquilizar á Gemma este exámen, porque estendió su brazo hacia la mesa; y adivinando el desconocido que buscaba la campanilla, dijole, dando á la voz esa expresión de infinita dulzura á que tanto se presta la lengua siciliana:

—No me habeis oido, señora. Estoy tan lejos de haceros daño, que si me concedeis lo que voy á pediros, os adoraré como á una virgen; ya sois tan hermosa como la madre de Dios, sed tan buena como ella.

—Pero, ¿qué quereis de mí? dijo Gemma con voz aun temblona, y cómo entrais así en mi casa á semejantes horas?

—Señora, si os hubiera pedido una entrevista, á vos, noble, rica y amada de un hombre que casi es un rey, ¿podría esperar que me la concedierais á mí, pobre y desconocido? Decidme, señora; por otra parte, aun cuando os hubiérais dignado hacerlo, podíais tardar en responderme, y yo no tenía tiempo de aguardar.

—¿Qué puedo hacer por vos? dijo Gemma tranquilizándose por grados.

—Todo, señora; porque está en vuestra mano mi desesperación ó mi dicha, mi muerte ó mi vida.

—No os comprendo; esplicaos.

—Teneis á vuestro servicio una muchacha de Bauso.

—Quién, Teresa?

—La misma, dijo el joven con trémula voz; ahora bien: esa joven se va á casar con un ayuda de cámara del príncipe de Carini, y esa joven es mi prometida.

—¡Ah! ¿conque sois vos?

—Sí; iba á casarse conmigo cuando recibió la carta que la llamaba á vuestro servicio. Prometió serme fiel, hablaros de mí, y si desecharais sus ruegos, venir á buscarme: yo la esperaba; pero se han pasado tres años, y como ella no ha vuelto, yo he venido. A mi llegada lo he sabido todo, y entonces formé el designio de venir á arrojarme á vuestras plantas para pediros á Teresa.

—Teresa es una muchacha á quién quiero, y de la cual no deseo separarme. Cayetano es el ayuda de cámara del príncipe, y casándose con él la tendré á mi lado.

—Si es condición precisa, entrará al servicio del príncipe, dijo el joven visiblemente violentado.

—Me había dicho Teresa que no querías servir.

—Es verdad! Pero si es condición indispensable, haré ese sacrificio por ella; solo que me gustaría mas alistarme en sus campieri quo entrar de criado.

—Está bien; hablaré al príncipe, y si lo consiente....

—El príncipe querrá cuanto vos querais, señora; no suplicais, sino que mandais: lo sé.

—¿Y quién me responderá de vos?

—Mi agradecimiento eterno, señora.

—Debo saber además quién sois.

—Soy un hombre, cuya felicidad ó desdicha podeis labrar; á esto se reduce todo.

—El príncipe querrá saber cómo os llamais.

—¿Qué interés tendrá en saber mi nombre? ¿lo conoce acaso? ¿Ha llegado nunca hasta los oídos del príncipe el nombre de un pobre paisano de Bauso?

—Bien; pero yo soy del mismo país que vos; mi padre era conde de Castelnuovo, y habitaba una pequeña fortaleza á un cuarto de legua de la aldea.

—Lo sé, señora, respondió el joven con sorda voz.

—Pues bien, debo conocer vuestro nombre. Decidme, y veré lo que debo hacer.

—Creedme, señora condesa, vale más que lo ignoreis; ¿qué importa mi nombre? Soy hombre de bien, haré feliz á Teresa, y si fuere necesario, me haré matar por el príncipe y por vos.

—Vuestra ostinación es extraña; y tengo tanto mayor empeño en saber vuestro nombre, cuanto que Teresa, á quien se lo pregunté, me lo ha negado también. Os advierto que nada haré sin esa condición.

—Así lo quereis, señora?

—Lo exijo.

—Pues bien, os lo suplico por última vez.

—O decid quién sois, ó salid, dijo Gemma con ademan imperativo.

—Me llamo Pascal Bruno, respondió el joven con voz tan serena, que se hubiera creido se había desvanecido en él toda emoción, si la palidez de su semblante no revelase el interior padecimiento.

—¡Pascal Bruno! exclamó Gemma retirando su butaca, ¡Pascal Bruno! ¿Sois acaso el hijo de Antonio, cuya cabeza está en una jaula de hierro en el castillo de Bauso?

—Soy su hijo.

—Y bien.... ¿Sabeis por qué está allí la cabeza de vuestro padre?

Pascal calló.

—Pues bien, continuó Gemma, es porque vuestro padre quiso asesinar al mío.

—Lo sé todo, señora. Tambien sé que cuando vuestras doncellas y criados os paseaban por el pueblo siendo niña, os enseñaban aquella cabeza, diciéndoos que era la de mi padre, que había querido asesinar al vuestro; pero lo que no os decian, señora, era que vuestro padre había deshonrado al mío.

—Mentis.

—Dios me castigue si no digo la verdad, señora; mi madre era hermosa y de talento, el conde la amó; ella resistió todas las proposiciones, todas las promesas, todas las amenazas; pero un dia en que mi padre había marchado á Taormina, la hizo robar por cuatro hombres y trasportarla á una casita que le pertenecía entre Limero y Furnari, y que ahora es taberna.... ¡Y allí.... allí, señora, la forzó!

—El conde mi padre era señor y amo de la aldea de Basso: todos sus habitantes le pertenecían, y honraba mucho á vuestra madre amándola....

—Mi padre, á lo que parece, no opinó de la misma manera, dijo Pascal frunciendo las cejas, sin duda porque había nacido en Strilla, tierra del principe de Moncada-Paterno, por lo cual hirió al conde: la herida no fué mortal, tanto mejor; aunque no pensé así durante mucho tiempo; mas al presente me felicito de ello, bien que con vergüenza.

—Si no me engaña la memoria, no solo fué ajusticiado

vuestro padre por asesino , sino que vuestros tíos fueron enviados á presidio.

—Habian dado asilo al asesino, le habian defendido cuando los esbirros fueron á prenderle, y por esto fueron considerados como cómplices y enviados , mi tio Plácido á Favigrana, mi tio Pietro á Lipari y mi tio Pépé á Vulcano. Yo era muy niño, y aunque tambien me prendieron , fui devuelto á mi madre.

—¿Y qué ha sido de vuestra madre?

—Ha muerto!

—Dónde?

—En la montaña, entre Pizozo de Goto y Nisi.

—Por qué abandonó la aldea de Bauso?

—A fin de no ver, ella la cabeza de su marido, y yo la de mi padre, cada vez que pasábamos por delante del palacio. Si, allí murió sin médico ni sacerdote; fué enterrada fuera de sagrado, siendo yo su único sepulturero. Entonces , señora (y espero me lo perdonéis), en la tierra que acababa de remover juré vengar á toda mi familia, á la cual sobrevivía yo solo, porque ya no cuento á mis tíos entre los vivos , y juré, señora, vengarme en vos, que sois la única tambien de la familia del conde. Pero, ¡qué quereis! Me enamoré de Teresa ; abandoné mis montañas para no volver á ver la tumba , á la cual iba siendo perjurio, bajé al llano y me aproximé á Bauso. Aun hice mas; cuando supo que Teresa se marchaba del pueblo para entrar á vuestro servicio, tuve el pensamiento de entrar al servicio del conde. Procuré ahuyentar esta idea , pero al fin me acostumbré á ella, y resolví venir á veros. Ya os he visto, y aquí me teneis desarmado y suplicante ante una per-

sona á quien no debia presentarme sino como enemigo.

—Ya conocereis, respondió Gemma, que es imposible que el conde tome á su servicio á un hombre, cuyo padre ha sido ahorcado y cuyos tios están en presidio.

—¿Y por qué no, señora, si ese hombre consiente olvidar que todo eso ha sido injusto?

—¡Estais loco!

—¡Sabeis, señora condesa, lo que es un juramento para un montañés? ¡Pues bien! faltaré á mi juramento. ¡Sabeis lo que es la venganza para un siciliano? ¡Pues bien! renunciaré á mi venganza. Nada deseo mas que olvidarlo todo; no me preocupa, pues, á recordarlo.

—¿Qué haríais en tal caso?

—No quiero pensarlo.

—Bien está; tomaremos en vista de ello nuestras medidas.

—Os lo suplico, señora, sed bondadosa para mí; ya veis que hago cuanto está de mi parte á fin de ser hombre honrado. Una vez al servicio del principe, una vez casado con Teresa, respondo de mí.... Además, no volveré á Bauso.

—Es imposible.

—Habéis amado, señora condesa (Gemma sonrió desdénosamente); debéis, pues, saber lo que son celos. Debéis saber cuánto se padece y cuánta demencia causan. ¡Pues bien! Yo amo á Teresa, estoy celoso, y conozco que perderé la razon si nuestro matrimonio no se efectúa; y entonces....

—Entonces?

—Entonces, tal vez me acuerde de la jaula en que está la cabeza de mi padre, de los presidios en que sufren mis tios y

de la tumba en que duerme mi madre el sueño eterno.

En este momento un grito extraño que parecía una señal se oyó al pie de la ventana, y poco después sonó una campanilla.

—Ahí está el príncipe, exclamó Gemma.

—Sí, sí, ya lo sé, dijo Pascal con sorda voz; pero antes que llegue á esa puerta tenéis tiempo para decírmelo. Os lo suplico de nuevo, señora; concededme lo que pido, dadme á Teresa, colocadme al servicio del príncipe.

—Dejadme pasar, dijo imperiosamente Gemma adelantándose hacia la puerta; pero lejos de obedecerla Pascal, corrió el cerrojo.

—¿Os atreveis á detenerme? exclamó Gemma asiendo el cordón de la campanilla. ¡Socorro! ¡socorro!

—No llameis, señora, dijo Bruno centeniéndose; porque ya he dicho que no quería haceros daño.

Oyóse al pie de la ventana un segundo grito igual al primero.

—Bien está, bien está. Allí, eres un vigilante fiel, dijo Bruno. Sí, ya sé que viene el príncipe, y escuché sus pisadas en el corredor. Señora, señora, os queda un instante, un segundo, y no se verificarán las desgracias que preveo.

—¡Socorro, Rodolfo! gritó Gemma.

—¿Conque no tenéis corazón, ni alma, ni piedad, ni para vos, ni para los demás? dijo Bruno asiendo sus pelos con las manos y mirando la puerta, que era sacudida con esfuerzo.

—Estoy encerrada, continuó diciendo la condesa, cobrando ánimo con el auxilio que recibía; encerrada con un hombre que me amenaza. ¡Socorro, Rodolfo, socorro!

—No amenazo, sino que ruego.... y ruego todavía... pero ya que lo quereis!

Bruno dió un rugido de tigre, se arrojó sobre Gemma para ahogarla entre sus manos indudablemente, porque carecía de armas. En el mismo instante se abrió una puerta oculta en el fondo de la alcoba; sonó un pistoletazo, el aposento se llenó de humo y Gemma se desmayó.

Cuando volvió en sí, hallábase en los brazos de su amante; su vista se dirigió con espanto alrededor del cuarto, y cuando pudo articular una palabra, dijo:

—¿Qué ha sido de ese hombre?

—No lo sé; sin duda no le acerté, respondió el príncipe; pues mientras saltaba yo por encima de la cama, él salía por la ventana; y como os vi desmayada, no me cuidé de él sino de vos. Sin duda no le di, repitió mirando alrededor del cuarto, y sin embargo, es extraño, no veo el balazo en los tapices.

—Hacedle perseguir, exclamó Gemma, y no haya perdón ni piedad para ese hombre, porque es un bandido que quería asesinarme.

Se hicieron pesquisas durante la noche por la quinta, los jardines y la playa, pero en vano. Pascal Bruno había desaparecido.

Al día siguiente se descubrió una huella de sangre que comenzaba al pie de la ventana y se perdía en el mar.



CAPITULO III.

Al amanecer, las barcas de los pescadores salieron como de costumbre del puerto y se dispersaron por el mar; una de ellas, sin embargo, en la cual iban un hombre y un muchacho de doce á catorce años, amainó vela para quedarse en facha; y como semejante inmovilidad en sitio poco favorable á la pesca, hubiera podido inspirar sospechas, el muchacho se puso á componer las redes. El hombre estaba echado en el fondo de la barca apoyando la cabera en uno de los bordes, y parecía abatido por una meditacion profunda; de vez en cuando tomaba maquinalmente agua del mar con la mano derecha

y la vertia sobre el hombro izquierdo cubierto con una venda ensangrentada. Entonces se contraia su boca con tan extraña expresion, que apenas se hubiera distinguido si era aquel movimiento debido á la risa ó á un rechinamiento de dientes. Aquel hombre era Pascal Bruno, y aquel muchacho era el que colocado al pie de la ventana, le habia dado por dos veces la señal de la fuga; á primera vista reconociasse facilmente que era hijo de una tierra mas ardiente aun que aquella donde pasan los sucesos que referimos. En efecto, habia nacido en las costas de Africa, y he aqui de qué manera Bruno y él se habian encontrado.

Cosa de un año hacia que unos corsarios argelinos, sabiendo que el príncipe de Moncada-Paterno, uno de los señores mas ricos de Sicilia, volvia en una pequeña speronare desde Pantelleria á Catania, acompañado solamente de unos doce hombres, se embarcaron detrás de la isla de Porri, que distaba casi dos millas de la costa. El barco del príncipe, como lo habian previsto los piratas, pasó entre la isla y la playa; pero cuando le vieron en el estrecho salieron con tres barcas de la pequeña ensenada donde estaban ocultos y forzaron remos para cortar á aquel el paso. El príncipe mandó inmediatamente bogar hacia tierra, y fué á encallar en la playa de Fugallo.

Como el paraje donde habian tocado, media apenas tres pies de agua, el príncipe y los suyos saltaron al mar, manteniendo las armas por encima de la cabeza y esperando llegar al pueblo, que distaba media legua, sin tener que hacer uso de ellas. Pero apenas habian desembarcado, cuando otra tropa de corsarios que, habiendo previsto la maniobra, habia salido

con una barca por el Bafaidone, salió de los cañaverales por entre los cuales corre el río, y cortó al príncipe la retirada con que contaba. Empeñóse al punto el combate; pero mientras los campieri le sostenían, llegó la segunda partida de piratas, y siendo ya inútil toda resistencia, el príncipe se entregó con la garantía de su vida y la de los suyos, ofreciendo rescate por todos. Cuando los prisioneros acababan de entregar las armas, vióse llegar una partida de aldeanos armados de fusiles y hozes. Los corsarios, dueños de la persona del príncipe, que era el objeto que se proponían, no creyeron oportuno continuar la refriega, y se embarcaron con tanta rapidez, que dejaron en el campo tres hombres de su tripulación creyéndolos tal vez muertos ó mortalmente heridos.

Entre los que acudían hallábase Pascal Bruno, cuya vida nómada le conducía á todas partes, y cuyo espíritu inquieto le lanzaba á empresas aventureras.

Cuando los aldeanos llegaron al sitio del combate, hallaron muerto á un criado del príncipe de Palermo, herido levemente en el muslo á otro, y tres corsarios que yacían ensangrentados, pero respirando aun. Dos tiros hicieron bien pronto justicia á igual número de piratas, y un pistoletazo iba á hacer lo mismo con el tercero, cuando Bruno, advirtiendo que era un muchacho, apartó el brazo que iba á herirle, y declaró que quedaba bajo su amparo. Suscitaron algunas reclamaciones contra una compasión que pareció intempestiva; pero cuando Bruno había dicho una cosa la sostenía: armó su carabina, declarando que levantaría la tapa de los sesos al primero que se acercase á su protegido, y como todos sabían que era capaz de ejecutar su amenaza, le dejaron coger el

muchacho y llevárselo. Se encaminó á la playa cargado con su protegido, entró en una barca, con la cual solía hacer sus escursiones, cuya maniobra le era tan bien conocida que parecía obedecerle como un caballo á su jinete, y desplegó la vela, tomando rumbo hacia el cabo de Aliga-Grande.

Cuando ya la barca no necesitaba piloto, se dedicó al herido, le desenvolvió del albornoz blanco que llevaba, desató el cinto de que aun pendía el yatagan, y vió á la última claridad del sol poniente que la bala había entrado entre la cadera derecha y las costillas falsas, saliendo por junto á la columna vertebral. La herida era peligrosa, pero no mortal.

La brisa de la noche y la sensacion de frescura producida por el agua del mar con que Bruno lavaba la herida, hicieron al muchacho volver en si. Pronunció sin abrir los ojos algunas palabras en lengua desconocida; pero Bruno, sabiendo que el efecto habitual de un balazo es causar una sed ardiente, adivinó que el herido quería beber, y aproximó á sus lábics un frasco lleno de agua. El muchacho bebió con avidez, exhaló algunas quejas inarticuladas y volvió á desmayarse. Pasqual lo recostó con todo el cuidado posible en el fondo de la barca, y dejando la herida descubierta, siguió esprimiendo en ella de cinco en cinco minutos su pañuelo empapado en agua de mar, remedio que los marinos creen eficaz para todas las heridas.

Al toque de las oraciones halláronse nuestros navegantes en la embocadura de la Ragusa; soplaba el viento del Africa, por lo cual le bastó á Pascal una leve maniobra para entrar en el río; y tres horas despues, dejando á Modica á la derecha, pasaba por debajo del puente que hay en la carretera que con-

duce de Noto á Chiaramonte. Bregó aun media legua por el río, hasta que dejando este de ser navegable, internó su barca entre los oleandros y papiros de la orilla; y tomando al muchacho en sus brazos, le llevó de este modo hasta penetrar en un valle donde se levanta á derecha e izquierda la montaña cortada perpendicularmente como una muralla y excavada de trecho en trecho; porque en este valle están los restos de una antigua población de trágolítas, primeros habitantes de la isla, civilizados por las colonias griegas. Entró Bruno en una de aquellas cuevas que comunicaba por medio de una escalera á un piso superior, que recibía la luz de una abertura cuadrada en forma de ventana. Había en un rincón un lecho de cañas, sobre el cual estendió el albornoz del muchacho, recostó á este sobre él, y bajando para encender luz, subió con una rama de pino encendida, que fijó en la pared, y sentándose en una piedra cerca del herido, aguardó que este recobrara los sentidos.

No era la vez primera que visitaba Bruno aquel retiro: en los viajes que emprendía por la Sicilia para distraer su vida solitaria, calmar la actividad de su imaginación y ahuyentar sus malos pensamientos, había ido á aquel valle y habitado aquella vivienda cavada en la peña tres mil años antes; allí se entregaba á las meditaciones vagas e incoherentes habituales á los hombres de imaginación que carecen de ciencia. Sabía que aquellas cuevas habían sido cavadas por una raza desaparecida de la tierra, y apegado á las supersticiones populares, creía, como los habitantes de las cercanías, que aquellos hombres eran unos encantadores; creencia que lejos de apartarle de aquellos temidos sitios, le atraía á ellos irresistiblemente:

en su juventud había oido contar muchas historias de fósiles encantados, hombres invulnerables, viajeros invisibles; y su alma impávida y ansiosa de lo maravilloso, solo abrigaba un deseo: el de hallar á un ser cualquiera, fuese hechicero, encantador ó demonio, que mediante un pacto infernal, le comunicase un poder sobrenatural que le diese alguna superioridad sobre los demás hombres. Pero había evocado siempre en vano las sombras de los antiguos habitantes del valle de Modica; ninguna aparición había respondido á sus deseos, y Pascal Bruno había seguido siendo, con desesperación suya, un hombre como los demás, pero dotado de una fuerza y astucia que pocos montañeses poseían en un grado que pudiera comparársele.

Hacia una hora, poco mas ó menos, que estaba Bruno meditando cerca del joven herido, cuando salió este de la especie de letargo en que se encontraba; abrió los ojos, miró con vaguedad en torno suyo, y clavó despues la vista en el que acababa de salvarle, sin saber todavía si tenía en él un amigo ó un enemigo. Durante este examen, por un instinto vago de defensa, aproximó la mano al cinto para buscar su yatagan, pero dió un suspiro al ver que no le tenía.

—¿Padeces? le dijo Bruno, usando para hacerse entender esa lengua franca, que es el idioma universal de las costas del Mediterráneo, desde Marsella á Alejandría, desde Constantino-pla á Argel, y con cuyo auxilio puede darse la vuelta al mundo.

—¿Quién eres? respondió el muchacho.

—Un amigo.

—¿No estoy prisionero?

—No.

—Entonces, ¿cómo estoy aquí?

Pascal se lo refirió todo: el muchacho lo escuchó con atención, y terminado el relato, fijó su vista en la de Bruno, y con expresión de profundo reconocimiento le dijo:

—Puesto que me has salvado la vida, ¿quieres ser padre mío?

—Sí, dijo Bruno: lo quiero.

—Padre, dijo el herido, tu hijo se llama Ali; y tú, ¿cómo te llamas?

—Pascal Bruno.

—Allah te proteja.

—Deseas algo?

—Sí, agua; tengo sed.

Tomó Pascal una taza de barro oculta en una concavidad de la peña, y bajó á llenarla de agua en un manantial que corría cerca de la casa. Cuando subió advirtió que el muchacho no había pensado siquiera en acercar su yatagán. Tomó la taza con avidez y la sorbió de un trago.

—Allah te dé tantos años felices como gotas de agua contenía esta taza, dijo el muchacho devolviéndola.

—Eres buen muchacho, dijo Bruno; date prisa á curarte y podrás volver al Africa.

Ali curó, pero se quedó en Sicilia, porque había cobrado tal cariño á Bruno, que nunca quiso abandonarle. Desde entonces había permanecido constantemente á su lado, acompañándole en sus cazas por las montañas, ayudándole á dirigir su barea por la mar, y siempre dispuesto á hacerse matar á la primera señal de aquel á quien amaba como á padre.

La víspera del dia en que ocurrieron los sucesos referidos, le había seguido á la quinta del príncipe de Carini: le estaba esperando al pie de las ventanas durante la entrevista con Gemma, y era el que había dado los dos gritos de alarma á la llegada del príncipe. Iba á subir él mismo para auxiliar á Bruno, cuando le vió salir por la ventana y le siguió en su fuga. Llegaron ambos á la playa, entraron en su barca, y como no podían salir á alta mar sin escitar sospecha, se mezclaron con las barchas de pescadores que aguardaban la alborada para salir del puerto. Durante aquella noche, Ali prestó á Pascal todos los cuidados que este le había consagrado en igual circunstancia, porque el príncipe de Carini había apuntado bien, y la bala había atravesado el hombro de Bruno, de suerte que Ali no tuvo mas que hacer una leve incisión con su yatagan para retirarla por la parte opuesta. Todo ello había pasado sin que Bruno hiciera al parecer caso alguno; y se diría que era ageno á todo lo ocurrido, si no se le viera humedecer de vez en cuando la herida con agua del mar, mientras que el muchacho fingía componer las redes.

—Padre, dijo Ali de repente interrumpiendo su ocupación, mira allí, hacia la parte de tierra.

—¿Qué hay?

—Un tropel de gente.

—¿Dónde?

—Allá abajo, en el camino de la iglesia.

En efecto, un número bastante crecido de personas seguía el camino sinuoso por el cual se trepa á la montaña Santa. Bruno conoció que era una comitiva nupcial que se dirigía á la capilla de Santa Rosalia.

—Proa á tierra y fuerza de remos, esclamó Bruno levantándose.

Ali obedeció; tomó los remos, y la lancha parecía volar sobre la superficie de las aguas. A medida que se acercaba á la playa, el semblante de Bruno adquiría una expresión mas terrible.

—¡Es Teresal esclamó con acento desesperado imposible de imaginar: han adelantado la ceremonia, sin querer esperar hasta el domingo, temiendo que yo la robase.... Dios es testigo de que hice cuanto estuve de mi parte para dar buen término á este asunto.... Ellos son quienes no lo han querido; ¡desgraciados!

Al decir esto, Bruno, con la ayuda de Ali, izó la vela de la barquilla, y doblando el Monte Pellegrino, desapareció al cabo de dos horas por detrás del cabo Gallos.





CAPITULO IV.

No se habia equivocado Pascal. Temiendo la condesa que intentara algun golpe de mano, habia dispuesto que se celebrase el matrimonio tres dias antes de lo convenido, sin decir nada á Teresa de la entrevista que habia tenido con el amante de esta. Los novios habian elegido para celebrar el matrimonio la capilla de Santa Rosalia, á quien tenian particular devoción.

Uno de los rasgos caracteristicos de Palermo, ciudad toda de amor, es haberse puesto al amparo de una santa, jóven y bonita. Así, que es Santa Rosalia para Palermo lo que San Genaro para Nápoles: la omnipotente dispensadora de los beneficios celestes. Es dicha santa de raza francesa y régia,

pues desciende directamente de Carlo Magno, como lo prueba su árbol genealógico, pintado sobre la puerta esterior de la capilla: árbol cuyo tronco sale del pecho del vencedor Wittino, y después de dividirse en varias ramas, las reúne en la copa para dar nacimiento al príncipe de Sinebaldo, padre de Santa Rosalia. Pero ni toda la nobleza de su estirpe, ni toda la riqueza de su casa, ni la singular belleza de su persona, pudieron nada en el ánimo de la joven princesa: á la edad de dieciocho años abandonó la corte de Rogerio, é inclinada á la vida contemplativa, desapareció de repente sin que pudiera saberse su paradero, hasta que después de muerta fué hallada hermosa y fresca como si estuviera viva, en la gruta donde había habitado, en la actitud misma en que se había dormido con el sueño casto é inocente de los predestinados.

Hallábase aquella gruta en la falda del antiguo monte Ecita, tan célebre en el curso de las guerras púnicas por las posiciones inespugnables que facilitó á los cartagineses; pero hoy la montaña profana ha mudado de nombre. Su cabeza estéril ha recibido el bautismo de la fé, y se llama el Monte Pellegrino, palabra que en su doble significación quiere decir Montaña Hermosa ó Montaña del Peregrino. En 1624 una peste diezmaba á Palermo. Santa Rosalia fué invocada. El cuerpo milagroso fué sacado de la gruta y trasladado con mucha pompa á la catedral de Palermo; apenas los santos huesos tocaron el umbral del monumento semi-cristiano, semi-árabe, construido por el arzobispo Gualterio, Jesucristo, á ruegos de la santa, ahuyentó de la ciudad, no solo la peste, sino también la guerra y el hambre, como lo atestigua el bajo relieve de Villa-Reale, discípulo de Canova. Entonces fué

cuando los palermitanos, reconocidos, transformaron en iglesia la gruta de Santa Rosalia, é hicieron el magnífico caminé que á ella conduce, cuya construcción parece debida á las épocas en que una colonia romana construía un puente ó un acueducto de una montaña á otra como el blason granítico de la metrópoli. Por último, el cuerpo de la santa fué remplazado con una graciosa estatua de mármol coronada de rosas, recostada en el paraje donde había sido encontrada, y en la actitud en que se había dormido; y esta obra maestra fué enriquecida además con un donativo real. Carlos III de Borbón le dió un vestido de tistú de oro justipreciado en cien mil reales, un collar de diamantes y magníficas sortijas. Queriendo además agregar los honores caballerescos á las riquezas munidanas, obtuvo para ella la gran cruz de Malta suspendida de una cadena de oro, y la condecoración de María Teresa, que es una estrella rodeada de laureles con esta divisa: *Fortitudo*.

La gruta es una excavación practicada en un nícaleo primitivo cubierto de capas calcáreas, de cuya bóveda pendan brillantes estalácticas; á la izquierda hay un altar, en cuya parte baja se halla recostada la estatua de la santa, la qual se vé por entre un enrejadillo de oro, y detrás del altar corre la fuente donde apagaba la sed. El pórtico de aquella iglesia natural está separado de ella por un intervalo de tres á cuatro piés, por el cual penetra la luz y descienden los festones de hiedra; de suerte que los rayos del sol se interponen como una cortina luminosa entre el sacerdote y los fieles.

En esta iglesia fueron casados Teresa y Cayetano.

Terminada la ceremonia, bajó la comitiva á Palermo,

donde había carroajes para llevar los convidados á la aldea de Carini, de cuyo fondo tomaba su título el príncipe Rodolfo. Había mandado la condesa que se dispusiera allí un banquete magnífico, siendo convidados todos los aldeanos en la circunferencia de dos ó tres leguas. Habían acudido moradores de Montreale, Capaci y Favarota; y entre todas las aldeanas que rivalizaban en coquetismo campesino, se distinguían las de Piana de Freci por su traje moraita que han conservado religiosamente, aunque la colonia que lo trajo había trocado su patria nativa por otra hacia mil doscientos años.

Habíanse puesto mesas en una esplanada sombreada por verdes encinas y cumbrosos pinos, embalsamada por naranjas y limones, y ceñida por unos setos de granados e higueras de la India; doble beneficio de la Providencia que, pensando en el hombre y en la sed del pobre, sembró esos árboles como un maná en todo. Llegábäse á esta esplanada por un camino orlado de aloés, cuyas flores gigantescas, que de lejos parecen lanzas de ginete árabes, ocultan un bilo mas brillante y fuerte que el del cáñamo y lino; y mientras que la vista quedaba cubierta por el palacio á la parte del Mediodia, dominando el terrado la cadena de montañas que separa la isla en tres grandes regiones, al Occidente, Norte y Levante, veíase en la extremidad de tres valles aquel magnífico mar de Sicilia, que por sus variados matices hubiérase tornado por tres mares distintos; porque, gracias á un juego de luz producido por el sol que comenzaba á desaparecer, era de color azulado hacia la parte de Palermo, aparecian olas de plata por el lado de la isla de las Mujeres, y se estrellaban ondas de oro líquido en las peñas de San Vito.

Al servirse los postres, y cuando el festín nupcial estaba en su mayor alborozo, las puertas del palacio se abrieron, y Gemma, apoyada en el hombro del príncipe, bajó la escalera de mármol y se adelantó á la esplanada, precedida de dos criados con antorchas y seguida de una gran servidumbre. Los aldeanos quisieron levantarse, pero el príncipe les indicó por señas que no lo hicieran. Gemma y él dieron la vuelta á las mesas, y se detuvieron detrás de los novios. Entonces un oriado alargó una copa de oro, Cayetano la llenó de vino de Siracusa, y aquel la ofreció á Gemma; hizo esta un voto á la felicidad de los esposos, rozó sus labios en la copa y la pasó al príncipe, quien después de vaciarla de un trago, echó en ella un bolsillo lleno de onzas, y las mandó llevar á Teresa como regalo de boda. Oyérонse entonces los gritos de ¡viva el príncipe de Carini! Se iluminó la esplanada como por encanto, y la noble pareja se retiró dejando en pos de sí luz y alegría como una aparición celeste.

Apenas habían entrado en palacio con su comitiva, cuando se oyó una música, y los jóvenes se levantaron de las mesas y corrieron al sitio dispuesto para el baile. Segun costumbre, Cayetano iba á abrir el baile con su novia; y ya se adelantaba con ella, cuando un forastero que venia por el camino de los aloés apareció en la esplanada. Era Pascal Bruno vestido con su traje calabrés; llevaba en el cinto un par de pistolas y un puñal, y su chaqueta echada sobre el hombro derecho, dejaba ver la manga ensangrentada de la camisa. Teresa fué la primera que le vió: dió un grito, y mirándole con espantados ojos, quedó pálida y estática cual si tuviera delante una horrible aparición. Todos se volvieron hacia el recien venido, y la

en la oscuridad permaneció en la expectativa, silenciosa y mudada, adivinando que iba a suceder alguna cosa terrible.

Pascal Bruno marchó en derechura a Teresa, y se paró delante de ella con los brazos cruzados y mirándola de hito en hito.

—¿Sois vos, Pascal? tartamudeó Teresa.

—Sí, yo soy, respondió Bruno con bronca voz; he sabido en Bausa, donde os estaba aguardando, que ibais a casaros en Carini, y creo que he llegado a tiempo para bailar con vos la primera tarantela.

—Ese es el derecho del novio, dijo Cayetano aproximándose.

—Es el derecho del amante, respondió Bruno. Vamos, Teresa, me parece que es lo menos que podeis hacer por mí.

—Teresa es mujer mía! exclamó Cayetano alargando el brazo hacia ella.

—Teresa es mi querida, dijo Pascal alargándole la mano.

—¡Socorro! exclamó Teresa.

Cayetano agarró a Pascal por el cuello; pero en el mismo instante dió un grito y cayó con el puñal de Bruno hundido en el pecho hasta la empuñadura. Los hombres hicieron un movimiento para arrojarse sobre el matador; mas este sacó fríamente una pistola del cinto y la armó; y haciendo con ella señal a los músicos para que comenzasen la tarantela, obedecieron estos maquinalmente. Todos quedaron quietos.

—Vamos, Teresa, dijo Bruno.

Teresa ya no era un ser viviente, sino un autómata, cuyo motor era el miedo. Obedeció, y esta horrible danza cerca de un cadáver, duró hasta el último compás. Por último, los mu-

sicos cesaron, y como si solo fuera la música lo que sostenia á Teresa, cayó desmayada sobre el cuerpo de Cayetano.

—Gracias, Teresa, dijo Bruno mirándola con ojo enjuto; era lo único que exigia de ti. Y ahora si hay alguno aquí que quiera saber mi nombre á fin de buscarme en otro sitio, me llamo Pascal Bruno.

—El hijo de Antonio Bruno, cuya cabeza se halla espuesta en una jaula de hierro en el castillo de Bauso, dijo una voz.

—El mismo, dijo Bruno; pero si queréis verla allí, daos prisa, porque os juro que no estará mucho tiempo.

Al decir esto, Paseal desapareció sin que nadie tuviera ganas de seguirle; por otra parte, bien fuese por temor, bien por interés, todos se ocupaban de Cayetano y Teresa. El uno estaba muerto: la otra estaba loca.

El domingo siguiente era el dia de la fiesta de Bauso: hallábase todo el pueblo entregado á la alegría; se bebia en todas las tabernas, se jugaba en todas las esquinas. Las calles estaban empavesadas y muy animadas, y mas que todas, la que conducía al palacio, donde había un gentío immense viendo tirar al blanco. Fernando IV, en su viaje á Sicilia había fomentado esta diversion, y muchos de los que entonces se dedicaban á este ejercicio, habían tenido ocasión de ostentar su destreza contra los patriotas napolitanos y los republicanos franceses; pero en el momento á que nos referimos, el blanco era un simple carton y el premio un vaso de plata.

Estaba el blanco perpendicularmente colocado debajo de la jaula de hierro donde se hallaba la cabeza de Ántonio Bruno, á la cual no podía llegarse sino por una escalera interior

del castillo, que conducia á una ventana, fuera de la cual se hallaba dicha jaula empotrada.

Las condiciones del tiro eran muy sencillas; para tomar parte en él bastaba echar en una caja comun la modesta suma de dos carlinos por cada disparo, y se recibia en cambio un número por suerte que fijaba el turno. Los menos diestros tomaban hasta diez, doce ó catorce balas: los que contaban con su habilidad se contentaban con cinco ó seis. En medio de todos aquellos brazos tendidos y de todas aquellas voces confusas, apareció un brazo que echó dos carlinos, y se oyó una voz que pidió una bala. Todos se volvieron asombrados de tal pobreza ó de tal confianza. El tirador que solo pidió una bala era Pascal Bruno. Aunque hacia cuatro años que no se presentaba en la aldea, todos le reconocieron, pero ninguno le dirigió una palabra. Como era tenido por el cazador mas diestro de aquella comarca, nadie extrañó al reconocerle que solo hubiese pedido una bala: tenía el número once. El tiro comenzó.

Cada disparo era acogido con risas ó aclamaciones, y á medida que las primeras balas se iban gastando, eran las carcajadas menos bulliciosas. Estaba Pascal triste y pensativo apoyado en su carabina inglesa, sin tomar parte alguna en el entusiasmo é hilaridad de sus compatriotas. Llegó su turno: su nombre fué pronunciado; se estremeció y levantó la cabeza como si extrañase tal llamamiento; pero serenándose, se colocó detrás de la cuerda que servía de valla. Todos le miraron con ansiedad; ningún tirador había escitado semejante interés y producido igual silencio.

Era de creer que el mismo Pascal sentía toda la impor-

tancia del tiro que iba á disparar, porque , colocándose bien á plomo con la pierna izquierda adelante y asirmando su cuerpo sobre la derecha, tomó su puntería desde abajo , y levantó lentamente el cañon de la carabina: todos le siguieron con la vista, y se asombraron cuando le vieron rebasar la altura del blanco y detenerse en la dirección de la jaula de hierro. Esta, compuesta solo de una armadura, no tenía rejilla. El tirador y la carabina estuvieron un momento parados como si fuesen de piedra; salió el tiro, y la cabeza desprendida de la jaula cayó al pie de la pared. Corrió entre los concurrentes un estremecimiento, y ninguna exclamación acogió aquella prueba de destreza.

En medio de aquel silencio general fué Pascal á recoger la cabeza de su padre , y sin decir palabra , ni mirar atrás, tomó el sendero que conduce á las montañas.





CAPITULO V.

No bien había trascurrido un año desde los acontecimientos que dejamos referidos en el capítulo anterior, cuando ya corría el rumor de las hazañas del bandido Pascal Bruno por toda la Sicilia, desde Mesina á Palermo y desde Cafalu al cabo Pasaro. En los países en que la mala organización de la sociedad tiende siempre á repeler á la oscuridad lo que nace en ella, y en que el alma carece de alas para levantar el cuerpo, una cabeza privilegiada llega á ser una desgracia para un nacimiento oscuro; como siempre tiende á salir del círculo político e intelectual en que le ha encerrado la casualidad; como camina sin cesar hacia un fin del que le separan mil obs-

táculos; como vé constantemente la luz , y no está destinado á alcanzarla, comienza por esperar y acaba por maldecir. Entonces se rebela contra la sociedad , para la cual ha hecho el Criador dos partes tan ciegas, una de felicidad y otra de padecimientos; se subleva contra esta parcialidad , y se erige por su propia autoridad en defensor del débil y enemigo del poderoso.

No será, pues, de admirar que con sus antecedentes de familia, su carácter aventurero, su astucia y su fuerza extraordinarias, hubiese llegado Pascal Bruno á ser el hombre extraordinario á que aspiraba. Se había constituido juez de la justicia, si es permitido hablar así; por toda la Sicilia, y particularmente en Bauso y sus cercanías, no se cometía arbitrariedad alguna que estuviera libre de su tribunal; y como casi siempre sus fallos recaían sobre los fuertes, tenía á favor suyo todos los débiles. Así, cuando un rico imponía un arriendo exorbitante á un pobre labrador; cuando por la codicia de una familia estaba á punto de deshacerse un casamiento ; cuando una sentencia inicua iba á herir á un inocente, Bruno tomaba su carabina, soltaba cuatro perros corsos que formaban su cuadrilla, montaba en un caballo de Val de Noto , semi-árabe y semi-montañés como él, salía de la pequeña fortaleza de Castelnuovo , que era su residencia, iba á buscar al rico , al padre ó al juez, y el arriendo se rebajaba, el matrimonio se hacía y el preso recobraba su libertad. Fácil será comprender que todos estos hombres protegidos suyos le estaban agradecidos, y que toda empresa dirigida contra él fracasaba por la vigilancia de los aldeanos, que le advertían el peligro con señales convenientes.

Comenzaban además á circular voces muy extrañas, porque cuanto mas sencillos son los hombres, mas dispuestos se hallan á creer lo maravilloso. Se decia que en una noche de tempestad en que habia temblado toda la isla, Pascal Bruno habia hecho con una bruja, á cambio de su alma, el pacto de ser invisible, de poder trasladarse en un momento de un extremo de la isla al otro, y de no poder ser herido por el plomo, el hierro ó el fuego. Decias tambien que el pacto habia de durar tres años, porque Bruno solo lo habia suscrito para cumplir una venganza. Lejos Pascal de desvanecer estas sospechas, comprendia que le eran favorables, y procuraba darles consistencia. Sus multiplicadas relaciones habianle proporcionado medios de hacer creer en su invisibilidad, poniéndole al corriente de circunstancias que debian serle desconocidas por los medios comunes. La velocidad de su caballo, con cuyo auxilio se encontraba por la tarde á grandes distancias de los parajes donde le habian visto por la mañana, habia hecho creer en su facultad locomotiva; por ultimo, una circunstancia de que habia sacado partido con la habilidad de un hombre superior, no habia dejado duda acerca de su invulnerabilidad. Héla aquí.

Como la muerte de Cayetano habia hecho mucho ruido, el principe de Carini habia dado órdenes severas para que el asesino fuese habido, lo cual ofrecia mucha probabilidad de éxito á los que le perseguian por la audacia de su conducta. Habian, pues, trasmítido órdenes á sus agentes, y el jefe de la justicia de Sapadáfora fué avisado de que Pascal Bruno habia pasado por el pueblo durante la noche para ir á Divieto. En las dos noches siguientes apostó hombres en el camino

para prenderle á su regreso. Cansados de haber estado en acecho toda la noche, los milicianos se reunieron por la mañana en un meson situado á veinte pasos del camino. Estaban almorzando, cuando les anunciaron que Pascal Bruno bajaba tranquilamente la montaña á la parte de Divieto. Como ya no les quedaba tiempo de emboscarse, aguardaron donde estaban, y cuando le vieron á cincuenta pasos se formaron en linea. Bruno advirtió los preparativos de ataque sin aparentar cuidado; y en lugar de retroceder, lo cual le habiera sido fácil, emprendió el galepe continuando su marcha. Conocido por los milicianos el intento de Pascal, prepararon sus armas, y al pasar por delante de ellos le hicieron una descarga general; pero ni el caballo ni el jinete cayeron, saliendo sanos y salvos del torbellino de humo que los envolvió. Los milicianos se miraron unos á otros moviendo la cabeza, y fueron á contar al jefe de la justicia de Spadafora lo que les había sucedido.

El rumor de esta aventura circuló aquella misma tarde en Bauso, y algunas gentes de imaginación más exaltada comenzaron á creer que Pascal estaba hechizado, y que al herirle se aplastaban las balas. Al día siguiente quedó esta creencia confirmada con una prueba, al parecer irrecusable: se encontró colgada á la puerta del juez de Bauso la chaqueta de Pascal Bruno con trece agujeros y con trece balas aplastadas en los bolsillos. Algunos algo más despreocupados, y entre ellos César Alito, notario de Calvaruso, á quien se debían estos permenores, sostuvieron que el mismo bandido, milagrosamente salvado de la descarga, y queriendo aprovechar esta circunstancia, había colgado su chaqueta de un árbol, y

que le había tirado los trece tiros, cuyas señales tenía: la mayoría, sin embargo, creyó en el hechizo, y el pavor que inspiraba Pascal Bruno se acrecentó en gran manera. Era tal este temor, y tan convencido estaba Bruno que de las clases inferiores se había trasmitido á las superiores, que unos meses antes de la época á que hemos llegado, habiendo necesitado para uno de sus actos filantrópicos (tratábase de reedificar un ventorrillo incendiado) doscientas onzas de oro, se había dirigido al príncipe de Butera para pedírselas prestadas, indicándole el paraje de la montaña en que podía enterrarlas. En el caso de no ejecutarlo, Bruno advertía al príncipe que quedaba abierta la guerra entre el rey de la montaña y el señor de la llanura; pero que si le hacía el préstamo, las doscientas onzas de oro le serían devueltas de la primera suma que arrebatabase al Real Tesoro.

Era el príncipe de Butera uno de esos tipos que abundan poco en las épocas modernas, era un resto de la vieja aristocracia siciliana, aventureña y caballeresca, como aquellos normandos que fundaron su constitución y sociedad. Llamábbase Hércules, y parecía cortado por el mismo modelo de su antiguo patron. Si tenía un mal caballo, lo mataba de una puñada; rompía en su rodilla una barra de hierro de media pulgada de grueso, y doblaba un peso duro con los dedos. Un suceso en que dió pruebas de admirable sangre fría, le había valido el mas acendrado afecto de los palermitanos. En 1770 había faltado el pan en la ciudad, á consecuencia de lo cual se amotinó el pueblo. El gobernador había apelado á la última razon: la artillería estaba asestada en dirección al pueblo en la calle de Toledo, los amotinados marchaban so-

bre el cañon, y el artillero, mecha en mano, iba á disparar; cuando el principe de Butera se sentó á la boca de la pieza, como si fuera una blanda butaca, y desde allí dirigió al pueblo un discurso tan elocuente y racional, que todos se retiraron, y el artillero, la mecha y el cañon volvieron vírgenes al arsenial. Mas no era debida solamente á esto su popularidad.

Iba todas las mañanas á pasearse al terrado que domina la plaza de la Marina; y como las puertas de su palacio estaban abiertas para todos desde el amanecer, encontraba siempre á su paso un numeroso concurso de pobres. Para esta diaria expedicion llevaba un gran chaleco de piel de gamo, cuyos inmensos bolsillos debían llenarse todas las mañanas por su ayuda de cámara de carlinos y medios carlinos, que desaparecían hasta el último durante este paseo; y ejercia su caridad con obras y palabras que le eran peculiares, de modo que parecía dispuesto á dar de golpes á los mismos que socorria.

—Excelentísimo señor, decía una pobre mujer rodeada de familia, ¡compadeceos de una desdichada madre con cinco hijos!

—¡Buena razon! respondía el principe iracundo: ¡te los he hecho acaso yo? Y con ademan amenazador dejaba caer en su delantal un puñado de monedas.

—Señor principe, decía otra, no tengo que comer.

—¡imbécil! decía el principe, dándole una puñada y con ella el dinero para alimentarse ocho dias: ¡hago yo, por ventura, pan? Vete á la tahona (1).

(1) Para obtener mas amplios detalles sobre este singular personaje, véanse los ingeniosos y divertidos recuerdos de Palmieri de Miecciche.

Así que, al pasar el príncipe por las calles, todas las cabezas se descubrían, como cuando el señor de Beaufor pasaba por los mercados; pero más poderoso aun que este, con sola una palabra hubiera podido hacerse rey de Sicilia; mas nunca le ocurrió esto, y siguió siendo príncipe de Butera, lo cual bien valía otro tanto.

Sin embargo, sus liberalidades habían hallado un censor en la misma casa del príncipe; este censor era el mayordomo. Fácil es comprender que un hombre del carácter que hemos intentado describir, debía sobre todo desplegar en sus comidas aquél lujo y magnificencia que le eran tan naturales; en efecto, tenía siempre lo que se llama mesa abierta, y contaba todos los días con treinta invitados lo menos, entre los cuales siete ó ocho le eran siempre desconocidos, al paso que otros acudían con tal regularidad, cual si fueran unos abonados á mesa redonda. Había entre estos últimos cierto capitán Alta-villa, que había ganado las charreteras siguiendo al cardenal Russo de Palermo á Nápoles, y que había vuelto de Nápoles á Palermo con una pensión de mil ducados. Por desgracia, el capitán tenía el defecto de ser algo jugador, y esto hubiera hecho su sueldo insuficiente para llenar sus necesidades, á no haber encontrado dos medios, con cuyo auxilio era su paga la parte menos importante de sus rentas: el primero de estos medios, que como hemos dicho estaba al alcance de todos, era la comida diaria en casa del príncipe; y el segundo consistía en meterse religiosamente en el bolsillo el cubierto de plata allevantarse de comer. Duró algún tiempo este manejo sin que se observara la sustracción cotidiana; pero por más surtidos que estaban los aparadores del príncipe, se comenzó á notar en

ellos algunos claros. El mayordomo sospechó desde luego en el Santa-fede (1): lo espió, y una vigilancia de dos ó tres días bastó para trocar sus sospechas en certidumbre. Avisó al principe, el cual, reflexionando un momento lo que debia hacer, dijo que mientras se contentara el capitán con su cubierto, no se hiciera mérito del robo; pero que si se metía en el bolsillo el de sus vecinos, veria entonces de tomar una resolucion. A consecuencia de este fallo el capitán Altavilla continuó siendo uno de los huéspedes mas asiduos de S. E. el principe de Butera.

Hallábase este último en Castrogiovanni, donde tenia una hacienda, cuando le entregaron la carta de Bruno: la leyó, y preguntó si el portador aguardaba respuesta. Le dijeron que no, y se metió la carta en el bolsillo con la misma sangre fría que si fuera una epístola ordinaria.

Llegó la noche fijada por Bruno para el depósito de las doscientas onzas: el paraje señalado estaba situado en la parte meridional del Etna, cerca de uno de aquellos mil volcanes apagados que deben su llama de un dia á su llama eterna, y cuya efímera existencia ha bastado para destruir ciudades. Llámase el que nos ocupa Montebaldo, pues debe saberse que cada una de aquellas terribles colinas recibió su nombre al salir de la tierra. A diez minutos de camino de su base elevábase un árbol colossal y aislado, llamado el castaño de los cien caballos, porque alrededor de su tronco, que tiene ciento setenta y ocho pies de circunferencia, y que debajo de sus ramas,

(1) Dábase el nombre de Santa-fede á los que habian seguido al cardenal Rufo en la conquista de Nápoles.

que forman éllas solas un bosque, se pueden cobijar cien ginetes con sus cabalgaduras. Al pie de este árbol venia Pascal á buscar el depósito que debia serle confiado. En su consecuencia, partió á las once de Centorbi, y á las doce de la noche comenzó á ver el árbol gigantesco alumbrado por la luna y la casita construida entre los diferentes tallos del vegetal , la cual sirve para encerrar la inmensa cosecha de los frutos de este. A medida que se acercaba Pascal, creia distinguir una sombra en pie y arrimada á uno de los cinco troncos que reciben su savia de una misma raiz. La sombra tomó cuerpo: el bandido se detuvo y armó su carabina gritando :

—¿Quién vive?

—¡Un hombre, pardiez! dijo una voz fuerte; ¿has creido que el dinero podia venir solo?

—No, replicó Bruno; pero no hubiera creido que el que lo ha traído fuera bastante osado para aguardarme.

—Entonces no conocias al príncipe Hércules de Butera.

—¡Cómo! ¡vos mismo, monseñor? dijo Bruno echándose la carabina sobre el hombro y adelantándose con el sombrero en la mano.

—Sí, yo mismo, perillan; yo soy quien , conociendo que un bandido podia necesitar dinero como cualquiera otro , no quise cerrar mi bolsillo ni aun al bandido. Solo que he tenido el capricho de traerlo yo mismo para que el bandido no creyera que lo daba de miedo.

—V. E. es digno de su fama, dijo Bruno.

—Y tú, ¿eres digno de la tuya? respondió el príncipe.

—Segun la que de mí se haya formado ante V. E., porque debo tener mas de una.

—Vamos, presiguió el príncipe, veo que no careces de ingenio; me gustan los hombres de corazón donde quiera que se hallen. Escucha, ¿quieres trocar ese traje calabrés por un uniforme de capitán, é ir á hacer la guerra á los franceses? Yo me encargo de levantarte una compañía en mis tierras y de comprarte las charreteras.

—Gracias, monseñor, gracias; vuestra oferta es muy digna de un príncipe magnánimo, pero tengo cierta venganza que satisfacer, y que me detiene por algún tiempo en Sicilia; después ya veremos.

—Está bien, dijo el príncipe, eres libre; pero créeme, harías muy bien en aceptar.

—No puedo.

—Entonces, aquí tienes el bolsillo que me has pedido; vete al diablo, y procura que no te ahorquen á la puerta de mi palacio (1).

Tentó Bruno el peso de la bolsa.

—Esta bolsa es muy pesada, monseñor; me parece que....

—No he querido que un tuno como tú se alabase de haber fijado una cantidad á la liberalidad del príncipe de Butera, y en vez de doscientas onzas he puesto trescientas.

—Sea cualquiera la suma que hayais tenido á bien traermee, os será devuelta con exactitud, monseñor.

—Yo doy y no presto, dijo el príncipe.

—Y yo pido prestado ó robo, pero no mendigo, dijo Bruno;

(1) En Palermo se hacían las ejecuciones en la plaza de la Marina, frente á la puerta del palacio de Butera.

Tomad vuestro bolsillo, monseñor; me dirigiré al príncipe de Vintimille ó de la Católica.

—Pues bien, sea como quieras; dado ó prestado, ahí le tienes. Jamás he visto bandido más caprichoso que tú : cuatro perillanes de tu temple me harían perder la cabeza ; por lo mismo me voy. ¡Adios!

—Adios, monseñor, y Santa Rosalia os guarde.

Se alejó el príncipe con las manos metidas en los bolsillos de su chaleco de piel de gamo y sibando su canoion favorita. Bruno se quedó parado, mirándole marchar, y solo después de haberlo perdido de vista se retiró por su lado dando un suspiro.

Al dia siguiente el amo del meson incendiado recibió de manos de Alí las trescientas onzas del príncipe de Butera.





CAPITULO VI.

Algun tiempo despues de la escena que acabamos de referir, supo Bruno que un convoy de dinero, escoltado por cuatro gendarmes y un sargento, iba á salir de Mesina para Palermo. Era el rescate del principe de Moncada-Paterno, el cual por una combinacion financiera que honraba la imaginacion de Fernando IV, venia á redondear el presupuesto napolitano, en vez de ir á engrosar el tesoro de la Casamba, como era su destino primitivo.

Por lo demás, he aquí la historia de esta combinacion, tal como me ha sido referida, porque siendo tan curiosa como auténtica, la creamos digna de referirse; y por otra parte dará

una idea del inocente modo con que se percibían los impuestos en Sicilia.

Ya queda referido en la primera parte de esta historia cómo el príncipe de Moncada-Paterno había sido cogido por unos corsarios berberiscos cerca de la aldea de Fugallo, cuando regresaba de la isla de Panteleria. Desde el sitio de la refriega fué coaducido con toda su comitiva á Argel, donde se arregló amigablemente el precio de su rescate en la suma de quinientos mil pesos, debiendo pagar la mitad antes de su partida, y la otra mitad después de su regreso.

Escribió el príncipe á su intendente, dándole parte de la posición en que se hallaba, y ordenándole que le remitiera lo mas pronto posible los doscientos cincuenta mil pesos, que eran al presente el precio de su libertad. Como el príncipe de Moncada-Paterno era uno de los señores mas ricos de la Sicilia, se completó brevemente la suma, y fué remitida á África con la misma prontitud; fiel entonces á su promesa, como verdadero sectario del profeta, el dey dió libertad al príncipe bajo palabra de honor de remitir antes de un año los doscientos cincuenta mil pesos restantes. El príncipe volvió á Sicilia, donde se ocupaba en recoger la cantidad necesaria para el segundo pago, cuando una órden de Fernando IV, fundada en el estado de guerra con la regencia y en la inconveniencia de que sus súbditos enriqueciesen á los enemigos, vino á disponer que el príncipe entregase los quinientos mil pesos al tesoro de Mesina. El príncipe de Paterno, que era hombre de honor al mismo tiempo que súbdito fiel, obedeció la órden de su soberano y la voz de su conciencia, de suerte que le costó el rescate setecientos cincuenta mil pesos, cuyas dos terceras

partes correspondieron al corsario infiel, y la restante fué entregada en Mesina al príncipe de Carini, mandatario del pirata cristiano. Esta suma era la que el virey enviaba á Palermo, residencia del gobierno, con la escolta de cuatro gendarmes y un sargento. Este último estaba encargado además de entregar de parte del príncipe una carta á su adorada Gemma, á quien invitaba á ir á Mesina, donde los asuntos del gobierno debían detenerle todavía algunos meses.

La noche en que el convoy debía pasar cerca de Baúso, soltó Bruno sus cuatro perros corsos, cruzó con ellos la aldea de que se había hecho señor, y se puso en emboscada junto al camino que hay entre Divieto y Spadafora. Cerca de una hora haría que se encontraba allí, cuando oyó el ruido de un furgón y pase de caballos; examinó su carabina, se aseguró de si el puñal salía con facilidad de la vaina, silbó á sus perros, que se tendieron á sus piés, y aguardó de pie en medio de la carretera. Algunos minutos después apareció el convoy en el recodo del camino y avanzó hasta unos pasos de Bruno. Vieron entonces los gendarmes á un hombre, y gritaron:

—¿Quién vive?

—Pascal Bruno, respondió el bandido; y á un silbido particular, los perros, ejercitados ya en esta maniobra, se arrojaron á la escolta.

Los cuatro gendarmes habían escapado al oír el nombre de Pascal Bruno: los perros, por un movimiento natural, prosiguieron á los fugitivos. El sargento, aunque abandonado de los suyos, sacó el sable y cargó al bandido. •

Echóse Pascal la carabina á la cara con la misma lentitud y sangre fría que si se tratase de tirar al blanco, decidi-

do á no disparar hasta ver al ginete á diez pasos de sí; pero en el momento de ir á soltar el gatillo, vió al caballo y al hombre rodar en el polvo. Ali había seguido á Bruno sin decirle nada, y viéndole atacado por el sargento, se había arrastrado como una serpiente por el camino, y con su yatagan había desjarretado el caballo. El sargento, por lo inesperado y brusco de su caída, había dado con la cabeza en tierra, y estaba desmayado. Asegurado Bruno de que nada debía temer, se acercó al sargento, y ayudado de Ali, lo trasladó al carroaje donde iba el dinero; y poniendo la brida de los caballos en manos del joven árabe, le mandó conducir carroaje y sargento á la fortaleza. Entonces se dirigió al caballo herido, desató la carabina de la silla, registró las pistoleras, tomó un rollo de papel que había en ellas, y llamando á sus perros, que volvieron con la boca ensangrentada, siguió la presa que acababa de hacer.

Cuando se halló en el patio de la pequeña fortaleza, cerró la puerta por dentro, tomó al sargento en sus brazos, y llevándolo á un aposento, lo echó en un colchón donde tenía la costumbre de acostarse él mismo sin desnudarse. Despues, fuese por olvido, fuese por imprudencia, puso en un rincón la carabina que había desatado de la silla, y salió del cuarto.

Cinco minutos despues el sargento abrió los ojos, miró en torno suyo, y como se encontró en un lugar desconocido para él, creyó soñar, y se tentó el cuerpo por ver si estaba despierto. Al mismo tiempo sintió dolor en la frente; puso la mano en ella, y retirándola llena de sangre, notó que estaba herido. Esta herida auxilió su memoria, y entonces se acordó que había sido detenido por un solo hombre, que sus gendar-

mes le habian abandonado cobardemente, y que en el momento de arrojarse sobre aquel hombre su caballo habia caido. De lo que pasó despues nada sabia.

Era aquel sargento un militar valiente, conocia la responsabilidad que pesaba sobre él, y su corazon se comprimio de ira y de vergüenza. Miró alrededor queriendo reconocer el sitio donde se hallaba; pero todo era desconocido para él. Se levantó, fué á la ventana, y vió que daba al campo; entonces tuvo una esperanza: le ocurrió saltar por aquella ventana, ir á pedir auxilio y volver por el desquite. Ya iba á poner en obra este proyecto, cuando advirtió la carabina inmediata á la cabecera de su cama: al verla, su corazon latió con fuerza, porque se apoderó de su ánimo otra idea muy distinta de la fuga; miró si estaba solo, y despues de haberse asegurado de que no era, ni podia ser visto de nadie, tomó con viveza el arma, en la cual veia un medio de salvacion mas aventurado, pero de venganza mas pronta; miró si estaba cargada y cebada levantando la cazoleta y metiendo la baqueta en el cañon. Despues de haberse asegurado de que todo estaba corriente, la volvió á dejar en su sitio y se acostó, como si todavía no hubiese recorrido el sentido. Apenas acababa de acostarse, cuando Bruno entró.

Llevaba en la mano una rama de pino encendida, con la cual prendió fuego á la leña que estaba ya dispuesta para encenderse; despues se acercó á un armario practicado en la pared, sacó dos platos, dos frascos de vino y un trozo de cordero asado, lo puso todo en la mesa, y pareció esperar que el sargento volviera en sí para convidarle á la improvisada cena.

La habitacion en que pasaba esta escena, era un cuarto mas largo que ancho, con una sola ventana en un rincon, una sola puerta al otro y la chimenea entre ambas. El sargento, que ahora es capitan de gendarmes en Mesina, y que nos ha referido él mismo estos pormenores, estaba echado, como hemos dicho, paralelamente á la ventana. Bruno se hallaba de pie delante de la chimenea, con la vista vagamente clavada en la puerta, y al parecer absorto en una profunda meditacion.

Este era el momento esperado por el sargento; momento decisivo, en que se trataba de jugar el todo por el todo, vida por vida, cabeza por cabeza. Se levantó un poco apoyándose en su mano izquierda, estendió lentamente la otra, y sin perder de vista á Bruno, tomó la carabina por la garganta; permaneció un instante así sin atreverse á hacer otro movimiento, asustado de los latidos de su corazon, que el bandido hubiera podido oir, á no estar tan distraido. Ultimamente, viendo que este, por decirlo asi, se entregaba él mismo, cobró confianza; se levantó sobre una rodilla, miró á la ventana, que era su única retirada, apoyó el arma en el hombro, apuntó á Bruno como quien sabe que su vida depende de su serenidad, y salió el tiro.

Pascal se bajó tranquilamente, recogió una cosa á sus pies, la miró á la luz, y volviéndose hacia el sargento, le dijo:

—Camarada, cuando querais disparar contra mi, tomad balas de plata, porque si no se aplastarán como esta. Por lo demás, me alegra mucho que hayas recobrado el sentido; empezaba ya á tener hambre, y vamos á cenar.

El sargento se había quedado en la misma postura, con el pelo erizado y la frente bañada de sudor. En este momento la puerta se abrió, y Ali entró en el cuarto con el yatagan en la mano.

— No es nada, hijo mío, no es nada, le dijo Bruno en lengua franca: el sargento ha descargado su carabina, y nada más. Marcha á acostarte y no temas.

Se marchó Ali sin responder, y se tendió al través de la primera puerta sobre la piel de pantera que le servía de cama.

— Y bien, continuó Bruno dirigiéndose al sargento y echando vino en los dos vasos, ¿no me habeis oido?

— Sí por cierto, respondió el sargento levantándose; y ya que no he podido mataros, aunque seáis el diablo beberé con vos.

Diciendo esto, marchó con paso firme hacia la mesa, tomó el vaso, brindó con Bruno y vació el vino de un solo trago.

— ¿Cómo os llamais? dijo Bruno.

— Paolo Tommasi, sargento de gendarmes, para serviros.

— Pues bien, Paolo Tommasi, prosiguió Bruno poniéndole la mano en el hombro, sois un valiente, y tengo ganas de haceros una promesa.

— ¿Cuál?

— La de no dejar ganar á nadie más que á vos los tres mil ducados ofrecidos por mi cabera.

— Excelente idea, dijo el sargento.

— Sí, pero necesita madurarse; entretanto, como no me he cansado aun de vivir, sentémonos y cenemos; mas tarde hablaremos del asunto.

—Podré hacer la señal de la cruz antes de comer? preguntó Tommasi.

—Como gusteis, respondió Bruno.

—Es que temía incomodaros; no sabe uno algunas veces...

—En manera alguna.

Hizo el sargento la señal de la cruz, se sentó á la mesa, y comenzó á atacar el trozo de carnero, como hombre cuya conciencia podía descansar en la convicción de haber hecho lo que en la situación mas difícil hubiera podido hacer el militar mas valiente. Bruno le secundó noblemente. Y ciertamente que al ver aquellos dos hombres comiendo en la misma mesa, bebiendo de la misma botella y tomando del mismo plato, nadie hubiera sospechado que cada uno á su vez, en el espacio de una hora, acabanan de hacer reciprocamente cuanto ha estado de su parte para matarse. Hubo un instante de silencio, producido sin duda, ya por la importante ocupación á que se entregaban los huéspedes, ya por los pensamientos que preocupan su espíritu. Paolo Tommási fué el primero que habló para expresar el doble pensamiento que bullia en su cabeza.

—Camarada, dijo, es forzoso confesar que se come muy bien en vuestra casa, que se bebe excelente vino, y que traeis los honores de la mesa á guisa de generoso huésped, todo eso está muy bien; pero debo confesaros que todo me sería mucho mas halagüeño si supiera cuándo he de salir de aquí.

—Presumo que será mañana por la mañana.

—¿Conque no me tendréis prisionero?

—¡Prisionero! ¿y qué diablos quereis que haga yo de vos aquí?

—¡Hum! replicó el sargento, eso está muy bien. Pero no se reduce todo á eso, continuó con visible embarazo.

—¿Qué hay, pues? dijo Bruno echándole de beber.

—Hay, hay, continuó el sargento mirando la luz al través de su vaso, hay.... vamos, es una cuestión harto delicada.

—Ya os escucho; hablad.

—Espero que no os enfadareis.

—Creo deberíais haber conocido ya mi carácter.

—Es verdad, conozco que no sois quisquilloso, bien lo sé. Decía, pues, que hay, ó que había.... que no estaba yo sole en el camino.

—Sí, sí, os acompañaban cuatro gendarmes.

—¡Oh! no hablo de ellos; me refiero á un.... á un cierto furgón. He ahí todo.

—Está en el patio, dijo Bruno mirando á su vez la luz al través de su vaso.

—Así lo creo, respondió el sargento; pero ya conoceréis que no puedo marcharme sin mi furgón.

—También le llevaréis.

—¿Y le llevaré intacto?

—¡Hum! Alguna cosa faltará respecto al dinero; pero no tomaré más que la cantidad que me es absolutamente necesaria.

—¿Y es mucho lo que necesitáis?

—Necesito tres mil onzas.

—Vamos, vamos, es una cosa razonable, dijo el sargento; muchas gentes que se precian de honestidad, no serían tan mirados como vos.

—Por otra parte, podeis estar tranquilo respecto á esto, porque pienso daros un recibo, dijo Bruno.

—A propósito de recibo, esclamó el sargento levantándose, ¡tambien traia unos papeles!

—Tranquilaos, dijo Bruno, hélos aquí.

—¡Ah! me haceis un señalado servicio devolviéndome los.

—Sí, ya lo sé, dijo Bruno, pues me he enterado de su importancia: en primer lugar vuestro nombramiento de sargento segundo, en el cual he puesto una nota haciendo constar que vuestro comportamiento en este larice os hace acreedor al ascenso de sargento primero; en segundo lugar, mi filiacion, en la que me he permitido hacer algunas leves rectificaciones; entre ellas la adiecion de «incantato» en las señas particulares; y por ultimo, hay una carta de S. E. el virey para la condesa Gemma de Castelnuovo, á quien estoy demasiado agradecido por su generosidad de cederme su palacio, para que yo ponga obstáculos á su correspondencia amorosa. He aquí, pues, todos vuestros papeles, bravo mio; bebamos el último trago á vuestra salud, y dormid tranquilo. A las cinco de la mañana os pondreis en camino; es mas prudente viajar de dia que de noche, creedme; pues tal vez no tendriais siempre la suerte de cher en tan buenas manos.

—Creo que teneis razon, dijo Tommasi guardando sus papeles; y por cierto que os encuentro mas honrado que otros muchos que yo conozco, y que blasonan de tales.

—Me alegra mucho de haberos inspirado tan favorables ideas hacia mí; así dormireis mas tranquilo. A propósito, debo advertiros que no bajeis al patio, porque mis perros os harian pedazos.

—Muchas gracias por el aviso, dijo el sargento.

—Buenas noches, dijo Bruno; y salió dejando al sargento

en libertad de prolongar indefinidamente su cena ó de dormirse.

El dia siguiente á las cinco, segun estaba convenido, volvió á entrar Bruno en el cuarto de su huésped; estaba este ya en pie y dispuesto para partir; bajó Bruno acompañandole, y le condujo á la puerta. Allí se encontró el furgon ya en estadio de marcha, y un magnifico caballo de montar, en el cual se habia tenido la precaucion de traer toda la montura del que habia quedado fuera de servicio, gracias al yatagan de Ali. Bruno rogó á su amigo Tommasi que aceptase aquel regalo para recuerdo de su amistad. El sargento no se hizo de rogar; montó ligeramente, dió un latigazo al caballo del furgon, y partió muy satisfecho de su nuevo conocimiento. Bruno le estuvo viendo alejarse, y cuando se habia alejado veinte pasos:

—Sobre todo, le gritó, no se os olvide remitir á la bella condesa Gemma la carta del principe de Carini.

Tommasi hizo una señal afirmativa y desaparecio en una revuelta del camino.

Ahora, si nuestros lectores nos preguntan por qué Pascal Bruno no ha sido muerto por el tiro que le disparó Paolo Tommasi, les daremos la respuesta que hemos recibido d'il señor Cesare Aletto, notario de Calvaruso.

—Dice este que es probable que en la travesia que han tenido que hacer desde el camino real hasta el fuerte, el bandido haya tenido la precaucion de sacar la bala de la carabina. Paolo Tommasi ha creido siempre lo mas sencillo atribuirlo á hechicería.

Nosotros trasmitimos á nuestros lectores estas dos opiniones para que adopten la que mejor les parezca.



CAPITULO VII.

Es fácil comprender que la fama de tales hazañas no se limitó á la jurisdicción de la aldea de Bauso. Así que, no se hablaba de otra cosa en toda la Sicilia que del audaz bandido que se había apoderado de la fortaleza de Castelnuovo, y que desde allí, como un águila desde su altura, descendía á la llanura, ya para acometer al poderoso, ya para proteger al débil. No extrañarán, pues, nuestros lectores que se oiga pronunciar el nombre de nuestro héroe en los salones del príncipe de Butera, que daba una fiesta en su palacio de la plaza de la Marina.

Con la idea que ya tenemos del carácter del duque, se puede concebir cuál debería ser una fiesta dada por él. Especialmente esta excedía á todo lo mas grande y espléndido imaginable. Se puede decir que se realizaban en ella todas las maravillas de los cuentos árabes. Así es que su recuerdo se ha perpetuado en Palermo, por mas que Palermo sea la ciudad de los encantos.

Figúrese el lector unos espléndidos salones cubiertos de lucientes espejos de alto á bajo, los cuales conducían, unos á paseos de emparradas, de cuyas puntas pendian las mas delicadas uvas de Siracusa y Lipari, y otros á unos cuadros formados de naranjos y granados con su flor y sus frutos á la vez; sirviendo los unos para bailar las gigues inglesas, y los otros para las contradanzas francesas. Los walses se ejecutaban en derredor de dos grandes conchas de mármol, de cada una de las cuales brotaban inmensas perlas de agua, formando los mas extraños y graciosos dibujos. De estas salas de baile partían unos caminos, cuyo piso estaba enarenado con polvo de oro, los cuales conducían á una pequeña colina rodeada de fuentes de plata con todos los mejores refrescos que pueden imaginarse, y sombreada por unos árboles, que en lugar de frutas naturales, las tenian heladas. Y por último, en la cumbre de esta colina, y dando frente á los caminos que conducían á ella, había un aparador de cuatro planos, que se reponia sin cesar por medio de un mecanismo interior. La música estaba oculta, y solo sus acordes llegaban á los contemplados.

Además, para animar esta mágica decoración, figúrese la presencia de las mas bellas señoritas y los mas ricos caballeros

de Palermo; vestidos con trajes á cual mas brillantes, á cual mas extraños, con la careta en la mano ó en la cara, respirando aquél aire embalsamado, embriagándose en aquella melodia invisible, pensando ó hablando de amor, y todavía quedará muy descolorido este cuadro, comparado con el recuerdo que de esta velada conservaban aun en Palermo, á mi paso por aquella ciudad, las personas que habian concurrido á ella, aunque desde entonces habian ya transcurrido treinta y dos años.

Entre los grupos que circulaban en estos salenes y paseos, uno habia que llamaba muy particularmente la atencion de la concurrencia. Era este el que se habia formado siguiendo á la bella condesa Gemma, al que ella atraia en pos de si, como un astro brillante, á sus satélites. Acababa de llegar acompañada de cincuenta personas, que como ella, habian adoptado el traje de jóvenes señoras y jóvenes caballeros, á quienes pudiera tal vez aplicarse la sentencia escrita por el pincel de Orgaz, nacida en la pared del Campo Santo de Pisa: «Se alegran y cantan mientras la muerte está llamando á su puerta.» Aquel traje del siglo XIII, tan sencillo y tan elegante á la vez, parecia elegido á propósito para hacer resaltar aun mas la esquisita proporcion de sus formas. Marchaba en medio de un murmullo de admiracion, acompañada del mismo principe de Butera, que disfrazado de mandarin, habia ido á recibirla á la puerta de entrada, y la precedia para presentarla, decia él, á la hija del emperador de la China. Como se sospechaba que este era alguna nueva sorpresa manejada por el anfitrión de la fiesta, seguian sollicitos al principe engrosándose el séquito á cada paso. Se detuvo á la entrada de una pagoda ó templo chino guar-

dado por dos soldados de aquella nacion ; los que á una señal abrieron la puerta de una habitacion adornada toda de objetos exóticos, en medio de la cual estaba sentada sobre un estrado y con un traje magnifico de China que habia costado treinta mil francos, la princesa de Butera, que, al percibir la entrada de la condesa, se adelantó á recibirla seguida de toda una corte de oficiales, de mandarines y de magots á cual mas brillante, á cual mas procaz, á cual mas bufon. Tenia esta aparicion cierta apariencia tan oriental y fantastica , que toda aquella sociedad, aunque tan habituada al lujo y á la magnificencia, no pudo menos de exhalar un grito de admiracion. Todos rodeaban á la princesa, tocaban su ropa bordada de perdrilla, agitaban las campanillas de oro de su sombrero puntiagudo, y la atencion general abandonó por un instante á la bella Gemma para concentrarse en un todo en la señora de la casa. Cada uno le hacia su cumplimiento y le daba señales de admiracion; y entre los mas exagerados de estos se hallaba el capitán Altavilla, á quien el principe habia continuado admitiendo á su mesa con gran sentimiento de su mayordomo ; el cual sin duda por disfraz , se habia puesto de grande uniforme.

—Y bien, dijo el principe de Butera á la condesa de Castenuovo, ¿qué os parece de la hija del emperador de la China?

—Me parece, respondió la condesa , que es una fortuna para S. M. Fernando IV, que el principe de Carini se halle en este momento en Mesina, porque de estar aquí, segun la idea que yo tengo de su corazon, podria muy bien por una mirada de la hija entregar al padre la Sicilia, lo que nos obligaria á celebrar contra los chinos nuevas visperas sicilianas.

En este momento se aproximó á la princesa el príncipe de Moncada-Paterno con traje de bandido calabrés.

—¿Me permitirás vuestra alteza examinar como conocedor vuestro magnífico traje?

—Sublime hija del sol, dijo el capitán Altavilla designando al príncipe, cuidad de vuestras campanillas de oro, porque os prevengo que os las habeis con Pascal Bruno.

—La princesa estaría tal vez mas segura cerca de Pascal Bruno, dijo una voz, que de cierto capitán de Santa-fede que yo conozco. Pascal Bruno es un asesino, pero no un bandido; es un bandido, pero no un ladrón de cubiertos.

—Bien contestado, dijo el príncipe de Butera.

El capitán se mordió los labios.

—A propósito, continuó el príncipe de la Católica, ¿sabeis su última proeza?

—¿De quién?

—De Pascal Bruno.

—No; ¿qué ha hecho?

—Ha cogido el convoy de dinero que el príncipe de Carini enviaba á Palermo.

—Mi rescate, dijo el príncipe de Paterno.

—Oh! Dios mió, si, V. E. está consagrado á los infieles.

—Diablos! con tal que el rey no me exija un segundo rescate! replicó Moncada.

—Tranquícese V. E., dijo la misma voz que había contestado á Altavilla: Pascal Bruno solo ha tomado tres mil onzas.

—¿Y cómo sabéis vos eso, señor Albanés? dijo el príncipe de la Católica, que se hallaba cerca del que había habla-

do, el cual era un bello joven de veintiseis á veintiocho años con el traje de Vina (1).

—Lo he oido decir, respondió el griego con indiferencia y jugando con su yatagan; pero si V. E. desea adquirir pormenores mas positivos, aquí teneis un hombre que puede dároslos.

Este á quien se designaba del modo dicho á la curiosidad pública, no era otro que nuestro conocido Paolo Tommasi, el cual, esclavo de su consigna, no bien había llegado á Palermo, se hizo conducir á casa de la condesa Gemma, y habiendo sabido allí que se hallaba en el baile, se había valido de la cualidad de enviado del virey para introducirse en los jardines del príncipe de Butera; en un instante se vió rodeado de un círculo inmenso y el objeto de mil preguntas. Mas Paolo Tommasi era, como ya hemos visto, un bravo militar que no se aturdia fácilmente; así que, dió principio á su mision poniendo desde luego en manos de la condesa la carta del príncipe.

—Príncipe, dijo la condesa al de Butera despues de haber leido la misiva que acababa de recibir, no os imaginávais que me estais dando una fiesta de despedida : el virey me ordena que marche á Mesina, y como fiel y obediente vasalla que soy, me pondré en camino desde mañana. Gracias, amigo, continuó dando su bolsillo á Paolo Tommasi ; ahora ya podeis retiraros.

(1) Colonia albanesa que ha emigrado cuando la toma de Constantinopla por Mahomé II, la cual conservó religiosamente el traje de sus antepasados.

Ensayó Tommasi hacer uso del permiso de la condesa; pero se hallaba harto bien cercado para que le fuese fácil batir retirada. Le fué preciso rendirse á discrecion, y la condicion de su libertad fué la relacion exacta de su encuentro con Pascal Bruno.

Lo refirió, se le ha de hacer justicia, con la sencilla franqueza del verdadero valor; hizo la relacion exacta de cómo había sido hecho prisionero, cómo había sido conducido á la fortaleza de Castelnuovo, el tiro disparado á quemar-ropa sin resultado, y cómo, en fin, le había dejado marchar, dándole un magnifico caballo en compensacion del que había perdido en la refriega. Todos escucharon esta relacion con el silencio y atencion del que oye la verdad, á excepcion del capitán Altavilla, que se permitió manifestar algunas dudas sobre la veracidad del honrado sargento; pero afortunadamente, el mismo principe de Butera vino en auxilio de este.

—Me atreveria á apostar cualquiera cosa, dijo, á que nada hay mas exacto que lo que acaba de referir ese hombre, porque todos esos detalles están, á mi ver, muy conformes con el caracter de Pascal Bruno.

—¿Le conocéis vos? dijo el principe de Moncada-Paterno.

—He hablado una noche largamente con él, contestó el de Butera.

—¿Y dónde ha sido eso?

—En vuestras tierras.

Entonces llegó su turno al principe; refirió cómo Pascal y él se habian encontrado debajo del castaño de cien caballos; el servicio que habia querido bacerle, el cual habia rehusado,

y el préstamo que le había hecho de trescientas onzas. Al oír esto último Altavilla, no pudo contener su hilaridad.

— ¿Y creéis que os las devolverá, monseñor? dijo.

— Estoy bien seguro de ello, respondió el príncipe.

— Mientras estamos aquí todos, interrumpió la princesa de Butera, ¿podría saber si hay algún otro en esta reunión que haya visto o hablado á Pascal Bruno? Me encantan las historias de los bandidos, aunque me hacen morir de miedo.

— Todavía resta la condesa Gemma de Castelnuovo, que sabe alguna cosa, dijo el albanés.

— Gemma se inmutó; todas las miradas se fijaron en ella, como interrogándola.

— Será eso verdad? exclamó el príncipe.

— Sí, respondió Gemma estremeciéndose; pero ya lo había olvidado.

— Pero no lo ha olvidado él, murmuró el joven.

Todos se apresuraron á rodear á la condesa, que en vano procuraba excusarse; tuvo, pues, que hacer la relación que dió principio á esta historia; la invasión de Bruno en su cámara, el diálogo que tuvo lugar entre los dos, el tiro que le había disparado el príncipe, y por último, la venganza que había tomado introduciéndose en la aldea y asesinando al marido de Teresa. Esta historia era la más terrible de todas; así que, produjo en el espíritu de los concurrentes la más profunda emoción, y circuló por toda la concurrencia una especie de pánico, de modo que á no ser por los trajes y adornos, nadie diría que se hallaba en una fiesta.

— Por mi honor, dijo el capitán Altavilla rompiendo el silencio, el bandido acaba de cometer su mayor crimen entris-

teciendo de este modo la fiesta de nuestro huésped : hubiera podido perdonarle todas las demás hazañas; pero de esta juro por mis charreteras que he de tomar venganza, y desde este momento me consagro á su persecución.

—¿Hablaís de veras, capitán Altavilla? dijo el albanés.

—Por mi honor que sí; y aseguro que nada deseo tanto como hallarme cara á cara con él.

—No es cosa imposible, dijo friamente el albanés.

—Al que me hiciera ese servicio, dijo Altavilla, le daria...

—Es inútil que fijéis recompensa, capitán ; yo conozco á un hombre que os hará de balde ese servicio.

—¿Y dónde podré yo encontrar á ese hombre? replicó Altavilla afectando una sonrisa de duda.

—Si queréis seguirme, yo os prometo deciroslo.

Y dicho esto, el albanés echó á andar, como para invitarle á que le siguiera.

El capitán vaciló un momento, pero se había adelantado demasiado para retroceder; todos los ojos estaban fijos en él; comprendió que la menor debilidad iba á perjudicar su reputación como militar; por otra parte, tomaba la proposición por una chanza.

—Vamos, esclamó, ¡y todo esto en honor de las damas! Y siguió al albanés.

—¿Sabeis quién es ese jóven caballero disfrazado de griego? dijo con voz trémula la condesa al príncipe de Butera.

—Por mi alma que no, respondió el príncipe; ¡hay alguno aquí que lo sepa?

Todos se miraron mutuamente, pero nadie respondió.

—Con vuestro permiso, dijo Paolo Tommasi llevando la mano al sombrero, yo lo sé, yo.

—¿Y quién es, mi bravo sargento?

—Pascal Bruno, monseñor.

La condesa exhaló un grito y se desmayó. Este incidente puso fin a la fiesta.

Una hora después estaba el príncipe de Butera en su cuarto, sentado delante de su pupitre y ordenando unos papeles, cuando entró su mayordomo con aire triunfante.

—¿Qué se ofrece, Giacomo? dijo el príncipe.

—Bien os lo había dicho yo, monseñor...

—Veamos, ¿qué me habías dicho tú?

—Que le había de alentar vuestra misma bondad.

—¿Pero de quién hablas?

—Del capitán Altavilla.

—¿Pues qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho, monseñor?... Se acordará V. E. que le he dicho que metía diariamente su cubierto de plata en el bolsillo.

—Sí; y luego?

—V. E. me respondió que mientras no guardase más que el suyo, no se le dijese nada.

—Me acuerdo de eso.

—Pues bien, monseñor; hoy parece que no se ha conteni-
tado con el suyo, guardándose también él de sus vecinos,
puesto que faltan ocho.

—Ah! eso ya es otra cosa. Y tomando un pliego de papel,
escribió lo siguiente:

«El príncipe Hércules de Butera tiene el honor de partici-

par al capitán Altavilla, que no comiendo ya mas en su mesa, y viéndose privado por esta circunstancia casual de recibirlle en adelante en su casa, le ruega acepte la vagatela que le envia como una débil compensacion de la alteracion que esta determinacion pudiera causar en sus hábitos domésticos.»

—Toma, continuó el principe entregando cincuenta onzas al mayordomo, mañana llevarás esta carta y este dinero al capitán Altavilla.

Sabia Giacomo que nada se podía replicar á lo que el principe decia; así que, sin hablar mas, saludó al principe y salió; continuó este en el arreglo de sus papeles. Unos diez minutos despues, sintiendo algun ruido á la puerta del gabinete, levantó la cabeza y vió una especie de aldeano calabrés en pie á la entrada de su cuarto con el sombrero en una mano y un bulto en la otra.

—¿Quién es? dijo el principe.

—Soy yo, monseñor, dijo una voz.

—¿Y quién eres tú?

—Pascal Bruno.

—¿Y qué vienes tú á hacer aquí?

—En primer lugar, monseñor, dijo Pascal Bruno adelantándose y vaciando sobre el pupitre su sombrero lleno de onzas, en primer lugar vengo á traeros las trescientas onzas que con galante atención me habeis prestado, y á que se ha dado el destino que os he indicado: el ventorrillo incendiado se halla ya reedificado.

—¡Ahi! ¡Ahi! Veo que eres hombre de palabra; ¡bueno! estoy muy satisfecho de tu proceder.

Pascal hizo una inclinación.

—En segundo lugar, añadió despues de una corta pausa, vengo á entregaros ocho cubiertos de plata con vuestras armas y vuestra cifra, que encontré en el bolsillo del capitán, quien probablemente os los había robado.

—¡Pardiez! dijo el príncipe, que no deja de ser curioso el que los recobre por medio de tan buen perillan; mas, ¿qué contiene ese bulto?

—Ese bulto contiene, dijo Bruno, la cabeza de un miserable que abusó de vuestra hospitalidad, y que os traigo en testimonio de la adhesión que os he jurado.

Dicho esto, desató Bruno el pañuelo en que venia la cabeza del capitán Altavilla, y la colocó toda ensangrentada en el escritorio del príncipe.

—¿Y qué diablos quieres que haga yo de semejante regalo?

—Lo que os plazca, monseñor, respondió Pascal; é inclinándose salió.

Habiendo quedado solo el príncipe, fijó por un instante la vista en aquella cabeza, balanceándose en su butaca y silbando su aire favorito; despues agitó la campanilla y apareció el mayordomo.

—Giacomo, dijo el príncipe, es infútil que vayas mañana á casa del capitán Altavilla; rompe la carta, guarda las cincuenta onzas y arroja esa carroña al muladar.



CAPITULO VIII.

En la época en que pasan los acontecimientos que acabamos de referir, es decir, á principios del año 1804, se hallaba la Sicilia en un estado semi-salvaje, del que la han sacado en parte la permanencia del rey Fernando en la isla y la ocupación de los ingleses: el camino que conduce en el dia de Palermo á Mesina, pasando por Taormine y Catane, no estaba aun hecho; y el único que existia, no digamos bueno, sino transitable, para trasladarse de una capital á otra, era el que costeaba la mar, pasando por Termini y Cefalù, el cual, abandonado en el dia á causa de su nuevo rival, solo es transitado por los artistas, que acuden atraídos por los magníficos puntos de vista que presenta á cada paso. El uni-

:

co medio de viajar por este camino, en que ningun servicio de postas existia, ni en la época de su tránsito ni en la que nos ocupa, era, pues, en cabalgadura mular, en litera de dos caballos, ó en cerruaje propio con relevos enviados antes y colocados de quince en quince leguas. La condesa Gemma de Castelnuovo, teniendo que partir para Mesina, donde se hallaba el principe, tenia precision de elegir entre estos medios de viajar. El viajar en mula era demasiado molesto para ella. La litera, además de otros muchos inconvenientes, ofrece el de marearse; de consiguiente, no vaciló un instante la condesa en decidirse por el coche, destacando con antelacion caballos de relevo, que debian esperarla en las cuatro paradas que pensaba hacer en el viaje, á saber: en Termini, Cafalu, Santa Agatha y Molazzo.

Además de esta primera precaucion relativa, pura y simplemente al transporte, el correo tenia el encargo de reunir en los puntos citados la mayor cantidad posible de provisiones; precaucion importante, y que no cesaremos de recomendar á todos los que viajen por Sicilia, en cuyas posadas jamás se halla ninguna clase de alimentos; así que, en este pais en vez de alimentar los posaderos á los viajeros, alimentan estos á aquellos.

Así, lo primero que se recomienda al entrar y al partir de Mesina, punto céntrico de partida, es la provision de comestibles, comprar todo un menaje de cocina y tomar un cocinero; todo lo cual, en el caso de marcha, exige en la comitiva un aumento de dos machos y un hombre, que alquilados en una cantidad moderada, han de producir en el gasto un aumento de tres ducados diarios. Algunos ingleses acos-

tumbrados á viajar por Sicilia, añaden al citado vagaje un tercer macho cargado con una tienda de campo; y en este punto, á pesar de nuestra predilección hacia este magnífico país, no podemos menos de confesar que esta última precaución, si no es absolutamente necesaria, es por lo menos muy buena y conveniente, en atención al estado deplorable de las posadas del tránsito, que careciendo completamente de los animales más necesarios para satisfacer las primeras necesidades de la vida, están fabulosamente pobradas de los que solo sirven para atormentarla. Es tal la abundancia de estos últimos, que yo mismo he visto á algunos viajeros enfermar gravemente por falta de sueño; y tal la escasez de los primeros, que he encontrado algunos ingleses que, después de haber agotado sus provisiones, deliberaban gravemente sobre comerse, ó no, á su cocinero, el cual les era ya completamente inútil. Tal era el estado de la Sicilia en el año de gracia de 1804; aquella fértil y hermosa Sicilia, que en tiempo de Augusto abastecía á Roma con el sobrante de sus doce millones de habitantes.

Ignoro si era un conocedor profundo de la antigua Sicilia un huésped, cuya cena se estaba preparando en la posada della Croce, que acababa de reedificarse con las trescientas onzas del príncipe de Butera, pero si podré asegurar que era un sabio observador de la Sicilia moderna; estaba dicha posada situada en el camino que conduce de Palermo á Mesina, entre Ficarra y Patti. La actividad del posadero y su mujer, que, dirigida por un extranjero, se ejercía á la vez sobre los pescados, caza y volatería, probaba que aquel para quien las sartenes, hornillas y asadores se habían puesto en ejercicio,

no solo procuraba tener lo necesario, sino que tampoco desdenaba lo supérfluo. Venia de Mesina, y viajaba en coche y caballos propios; se habia detenido allí porque le agradaba el sitio, y habia sacado de su cajon todo cuanto pudiera desechar un verdadero sibarita y un gastrónomo consumado, desde el equipaje á la vagilla, desde el pan hasta el vino. No bien habia llegado, se hizo conducir á la mejor habitacion, habia quemado perfumes en un braserillo de plata, y esperaba que su comida estuviese pronto echado en un rico divan turco y fumando en una pipa de ámbar el mejor tabaco del Sinaí.

Se ocupaba con la mayor atencion en seguir con la vista las nubecillas de humo que se iban á condensar en el techo, cuando se abrió la puerta del cuarto; y el posadero, seguido de un criado de la condesa Gemma, se detuvo á la entrada.

—Monseñor, dijo el buen hombre inclinándose hasta el suelo.

—¿Qué se ofrece? contestó el viajero sin volver la cabeza con un acento maltés muy marcado.

—Monseñor, está ahí la condesa Gemma de Castelnuovo...

—¿Y qué?

—Cuyo carroja ha tenido que detenerse en mi pobre posada, porque uno de los caballos se ha puesto tan cojo, que no puede seguir su marcha.

—¿Y luego?

—Que no previendo este accidente al salir esta mañana de Santa Agatha, había pensado ir á dormir esta noche en Melazzo, donde la aguarda el relevo; de modo que no trae consigo provision alguna.

—Dí á la condesa que mi cocinero y mi cocina están á sus órdenes.

—Mil gracias, en nombre de mi ama, dijo el criado; mas, como la condesa se verá precisada á pasar la noche en esta posada, puesto que será necesario ir á buscar el relevo á Melazzo y traerle aquí; y en atención á que la señora condesa no tiene mas provisiones de noche que de dia, me mandó preguntar á V. E. si querriáis hacerla la fineza....

—Que haga la condesa otra cosa mejor, dijo el viajero interrumpiendo al criado; que acepte mi aposento dispuesto cual está. En cuanto á mí, que soy hombre acostumbrado á las fatigas y á las privaciones, me contentaré con la primera habitación que se presente. Bajad, pues, á decir á la condesa que puede subir cuando guste á tomar posesión de mi aposento; entretanto nuestro digno huésped vendrá á colocharme lo mejor que le sea posible. Dicho esto, el viajero se levantó y siguió al posadero: el criado bajó inmediatamente á desempeñar su comisión.

Aceptó Gemma la oferta del viajero, como acepta una reina el homenaje de un súbdito, y no como una mujer que recibe un favor de un extranjero. Estaba tan habituada á que todo se doblegase á su voluntad, á que todo cediese á su voz, á que todo obedeciese á un gesto suyo, que le pareció lo mas sencillo y natural del mundo la estremada galantería del extranjero. Es verdad que estaba tan seductora cuando se dirigía al aposento apoyada en el brazo de su doncella, que todo debía inclinarse á su presencia; llevaba un traje de camino de la mas esquisita elegancia en forma de amazona, corto, y ceñido en los brazos y pecho, y abrochado por de-

lante con alamares de seda: llevaba rodeado al cuello para librarse del frio de las montañas, un adorno desconocido entonces en nuestro pais, donde despues se hizo tan comun: era un boá de marta que el príncipe de Carini había comprado á un mercader maltés, que lo había traído de Constantino-
plia; en la cabeza llevaba un gorro de camino de terciopelo negro, semejante á una cofia de la edad media, de donde pendian unos largos y preciosos cabellos ensortijados á la inglesa. Sin embargo, por preparada que estuviese á encontrar una habitacion digna de su belleza, no pudo menos de admirar el lujo con que el viajero desconocido había hecho desaparecer la pobreza del aposento. Todos los objetos del tocador eran de plata: el lienzo que cubria la mesa era de una finura estremada: los perfumes orientales que ardian en la chimenea, parecian destinados á perfumar un serrallo.

—Pero mira, Gidsa, si no estoy yo predestinada, dijo la condesa, un criado torpe hierra mal mis caballos, me veo en la precision de detenerme; y un buen genio, al verme en tal embarazo, edifica en mi camino un palacio encantado.

—Señora condesa, ¿no teneis alguna sospecha acerca de este genio desconocido?

—No por cierto.

—Pues yo creo que la señora condesa debia adivinarlo.

—Os juro, Gidsa, dijo la condesa dejándose caer sobre una silla, que me hallo en la ignorancia mas completa. ¿Qué pensais vos?

—Yo pienso... Perdóname mi señora, aunque mi pensamiento sea bien natural.

—Habla.

—Yo pienso que S. A. el virrey, sabiendo que la señora condesa estaba en camino, no habrá tenido la paciencia de aguardar su llegada, y que....

—¡Oh! vuestra idea no puede ser mas exacta, eso es muy probable.... En efecto, ¿quién, pues, sino él hubiera preparado para cedérme una habitación con tantos requisitos? Sin embargo, escuchad: es preciso que guardéis silencio. Si es una sorpresa que Rodolfo me prepara, quiero abandonarme enteramente á ella, no quiero perder ninguna de las emociones que habrá de causarme su presencia inesperada. Así, queda convenido que no se trata ya de él, y si de un viajero desconocido. Así, pues, retirad vuestras probabilidades y dejadme en mis dudas. Por otra parte, si fuese él, yo soy quien habrá adivinado su presencia, y no vos.... ¡Qué bueno es para mí Rodolfo! ¡Cómo lo prevees todo! ¡Cuánto me ama!

—Y esa comida preparada con tanto esmero, ¿crees....

—¡Silencio! Yo no creo nada; me aprovecho de los bienes que Dios me envía, y solo á Dios rindo gracias. Mirad, pues, es un prodigo esta vagilla. Si no hubiera encontrado este noble viajero, ¿cómo habría yo podido comer en otra cosa? Mirad esa taza dorada, ¿no parece haber sido cincelada por Benvenuto? Dadme de beber, Gidsa.

La doncella llenó de agua la taza, y echó en seguida unas gotas de malvasia de Lipari. La condesa bebió dos ó tres sorbos, mas bien por acercar la taza á sus labios que por la sed. Se habría creído que procuraba adivinar por el contacto simpático de sus labios si era su amante el que así se apresuraba á satisfacer todas estas necesidades de lujo y magnifici-

cencia, que llegan á ser un supérfluo tan necesario cuando desde la infancia se está habituado á ellas.

Se sirvió la comida. La condesa comió como acostumbra hacerlo una mujer elegante, desflorándolo todo como las abejas y mariposas, siempre distraída y preocupada, y mirando sin cesar á la puerta, inmutándose cada vez que esta se abría, el pecho oprimido y los ojos húmedos. Despues fué cayendo poco á poco en una languidez deliciosa de que ella misma no sabia darse cuenta. Gidsa lo notó, y concibió alguna inquietud.

—¿Se siente indisposta la señora condesa? dijo.

—No, respondió Gemma con voz débil; pero no os parece que estos perfumes causan embriaguez?

—¿Quiere la señora condesa que abra la ventana?

—Guardaos de hacerlo; me parece que vey á morir, es verdad, pero tambien me parece que esta muerte es muy dulce. Quitadme la cofia, me hace peso, y ya no tengo fuerza para llevarla.

Gidsa obedeció, y los largos cabellos de la condesa cayeron ondulantes hasta el suelo.

—¿No sentís alguna cosa parecida á esto que yo siento, Gidsa? Es un bienestar desconocido, cierta cosa celestial que pasa por mis venas; tal vez habré bebido algun filtro encantado. Ayudadme, pues, á levantarme, y conducidme á ese espejo.

Gidsa sostuvo á la condesa, y la ayudó á dirigirse á la chimenea. Cuando estuvo allí, apoyó sus dos codos en la mesa, puso la cabeza sobre las manos y se miró.

—Ahora haz que levanten todo eso; desnúdame y déjame sola.

La doncella obedeció, los ayuda de cámara de la condesa levantaron la mesa, y cuando hubieron salido, Gidsa desempeñó la segunda orden de la condesa, sin que esta se apartase del espejo; solo levantó láguidamente los brazos, uno después de otro, para que la camarera pudiese desempeñar su oficio, habiendo concluido sin que la condesa saliese de aquella especie de éxtasis en que había caído. Despues, segun su ama le había ordenado, salió Gidsa del aposento dejando á aquella sola.

Concluyó la condesa maquinalmente y en un estado de sonambulismo el resto de su tocado nocturno, se acostó, permaneció un instante recostada sobre el codo y fijando su vista en la puerta; y últimamente, á pesar de sus esfuerzos para seguir despierta, sus párpados se fueron entorpeciendo poco á poco, se cerraron sus ojos, y dejó caer su cabeza sobre la almohada exhalando un bonito suspiro y murmurando el nombre de Rodolfo.

Al dia siguiente al despertar, estendió Gemma el brazo como si creyese tener á alguno á su lado, pero estaba sola. Divagaron sus miradas por todo el aposento, y vinieron á fijarse en una mesa colocada cerca de la cama; sobre esta mesa había una carta abierta, la tomó y leyó lo siguiente:

«Señora condesa :

»Podia tomar de vos una venganza de bandido, pero he preferido tener un placer de principe; y para que al despertar no creais haber soñado, he querido dejaros una prueba de la realidad: miraos en vuestro espejo.»

Gemma sintió un frío pánico por todo su cuerpo, se cubrió su frente de un sudor helado; estendió la mano hacia la

campanilla para llamar, pero deteniéndose por un instinto de mujer reunió todas sus fuerzas, saltó de la cama, corrió al espejo y exhaló un grito: tenía las cejas y los cabellos afeitados.

Se cubrió prontamente con un velo, se apresuró á subir al coche, y ordenó regresar á Palermo.

No bien hubo llegado, escribió al príncipe de Carini que su confesor, en espiación de sus pecados, le había mandado afeitarse las cejas y los cabellos y encerrarse por un año en un monasterio.





CAPITULO IX.

El 1.^o de mayo de 1805 se daba un convite en el castillo de Castelnuovo. Pascal Bruno estaba de buen humor, y daba una cena á uno de sus íntimos amigos, llamado Plácido Meli, honrado contrabandista de la aldea de Gesso, y á dos jóvenes ninas que este último había traído consigo de Mesina, á fin de pasar una noche alegre. Esta atención amigable había complacido á Bruno, y por no ceder en cortesía á un camarada tan previsor, se había encargado de hacer á los invitados los honores de la casa. En consecuencia se sacaron de las cuevas de la pequeña fortaleza los mejores vinos de Sicilia y de Calabria, se buscaron los primeros cocineros de

Bauso, desplegando aquel lujo en que tanto se complacian los héroes de nuestra historia en iguales circunstancias.

La orgía había tomado un aspecto diabólico, y sin embargo aun estaban en el principio de la comida. En este momento trajo Alt un billete para Plácido de un paisano de Gesso. Plácido lo leyó, y haciendo un movimiento de cólera con el papel entre las manos:

—¡Por la sangre de Cristo, esclamó, vaya una ocasión que ha elegido!

—¿Qué hay, compadre? dijo Bruno.

—Por vida de!... El capitán Luigi Cama de Villa-San-Giovanini es nuestro interruptor.

—¡Ah! dijo Bruno, nuestro proveedor de ron.

—Sí, respondió Plácido. Me dice que está en la playa, y que tiene un buen cargamento, del cual deseas desembarazarte antes que los aduaneros sepan su arribo.

—Los negocios sobre todo, compadre, dijo Bruno. Te esperaré, pues que tengo buena compañía; puedes marchar tranquilo, pero no tardes mucho, y encontrarás de todo lo que dejas, y aun mas de lo que puedas tomar.

—Es negocio de una hora, replicó Plácido, pareciendo tranquilizarse con el razonamiento de su huésped: la mar está á quinientos pasos de aquí.

—Y nosotros tenemos toda la noche por nuestra, dijo Bruno.

—Te deseo buen apetito, compadre.

—Buen viaje, maestro.

Salió Plácido, y Bruno se quedó con las dos muchachas; y, segun este lo había prometido á su invitado, en nada

varió el aspecto del convite. Bruno estaba amable por dos; y los dichos y la pantomima comenzaban á tomar un giro de jocosa animación, cuando se abrió la puerta, entrando en la habitación un nuevo personaje. Se volvió Pascal, y reconoció al mercader maltés, de quien hemos hablado muchas veces, del cual era uno de los mejores parroquianos.

—¡Ah! bien venido, ¡pardiez! le dijo, sobre todo si traeis pastillas del Serrallo, tabaco de Latkié y mantos de Túnez. Ahí teneis dos odaliscas que están esperando que yo les eche el pañuelo, y sin duda querrán mas que esté bordado de oro que si fuera de simple muselina. A propósito, vuestro opio ha hecho maravillas.

—Me alegro, respondió el maltés; pero ahora no vengo á tratar de mi comercio, y sí de otra cosa.

—Vienes á cenar, ¿no es verdad? Pues siéntate allí, y ahora te vuelvo á dar la bienvenida: hé allí un asiento de rey frente á una botella y entre dos muchachas.

—Vuestro vino es excelente, ya lo sé, y esas señoras me parecen encantadoras; pero tengo que deciros una cosa importante.

—A mí?

—A vos.

—Pues habla.

—Illa de ser á vos solo.

—Pues dejad para mañana la confianza, mi lindo comendador.

—Es preciso que os hable ahora mismo.

—Pues entonces habla delante de todos, aquí no hay nadie

demás; y yo profeso el principio de no incomodarme cuando estoy bien, aunque me vaya en ello la vida.

—Precisamente se trata de eso.

—¡Bah! dijo Bruno llenando los vasos; hay un Dios para los hombres honrados. A vuestra salud, comendador.

El maltés vació su vaso.

—Está bien; ahora siéntate y predicanos, ya te escuchamos.

El mercader conoció que era menester obrar segun el capricho de su huésped; de consiguiente obedeció.

—Sea en hora buena, dijo Bruno; y ahora ¿qué hay?

—Hay, dijo el maltés, que ya sabeis que los jueces de Calvaruso, de Spadasora, de Bauso, de Saponara, de Divieto y de Romita han estado presos.

—Algo he oido decir de eso, dijo friamente Pascal Bruno vaciando un vaso de vino de Marsella, que es el madera de la Sicilia.

—¿Y sabeis vos la causa de este arresto?

—Creo que sí; ¡no es porque el príncipe de Carini, estando de mal humor porque su querida se ha retirado a un convento, le parece que los jueces obran con demasiada lentitud y torpeza para prender a un cierto Pascal Bruno, cuya cabeza vale tres mil ducados?

—Eso mismo es.

—Ya veis que estoy al corriente de todo.

—Sin embargo, puede ser que haya algunas cosas que no sepais.

—Solo Dios es grande, como dice Ali; mas continuad, confesaré mi ignorancia; no deseo otra cosa mas que instruirme.

—Pues bien, los seis jueces se han reunido y escotado veinticinco onzas cada uno, que hacen ciento cincuenta.

—O de otro modo, respondió Bruno con la misma frialdad, mil ochocientas noventa libras. Ya veis que si no llevo con exactitud mis libros, no es por no saber contar.... Proseguid.

—Despues han ofrecido esta suma á dos ó tres hombres que saben que llevan con vos relaciones habituales, si querian prestar su ayuda para prenderlos.

—Por mas que ofrezcan, estoy seguro que no hallarán un traidor en diez leguas á la redonda.

—Os engañais, dijo el maltés: el traidor ha sido hallado.

—¡Ah! ¿y cómo sabes tú eso? dijo Bruno frunciendo las cejas y llevando la mano á su puñal.

—¡Oh, Dios mio! de la manera mas sencilla y natural. Estaba ayer en Mesina, en casa del principe de Carini, que me habia hecho llamar para comprar telas de Turquia, cuando vino un ayuda de cámara á decirle dos palabras al oido.—Está bien, dijo en voz alta el principe; que entre.—Entonces me hizo seña que pasase á un gabinete: obedeci; y como no podia ocurrirle que yo os conociese, ol la conversacion que os concernia.

—Sí, y bien, proseguid.

—Pues bien, el hombre que anuncianban era el traidor. Se comprometió á abrir las puertas de vuestra fortaleza, á entregaros indefenso mientras estariais cenando, y á conducir él mismo los gendarmes hasta vuestro comedor.

—¿Y sabes cuál es el nombre de ese hombre? dijo Bruno.

—Es Plácido Meli, respondió el maltés.

—¡Sangre de Dios! exclamó Pascal rechinando los dientes; ahora mismo acaba de estar aquí.

—¿Y ha salido?

—Un instante antes de haber llegado vos.

—Entonces ha ido á buscar los gendarmes y las compamas; porque segun veo estábais cenando...

—Ya lo ves.

—Ya no hay que dudar. Si quereis huir no hay que perder un instante.

—¡Huir yo! dijo Bruno riendo. ¡Alí!... ¡Alí!...

Alí entró.

—Cierra la puerta del castillo, hijo mio; suelta tres de mis perros en el patio, haz subir el cuarto, la leona.... y prepara las municiones.

Las mujeres dieron gritos de terror.

—¡Oh! callaos, diosas mias, continuó Bruno con un tono imperativo; no se trata ahora de cantar aquí: el silencio, y muy vivo, si os parece.

Las mujeres guardaron silencio.

—Haced compañía á estas muchachas, comendador, añadió Bruno, porque yo tengo que hacer mi ronda.

Tomó Pascal su carabina, se ciñó su canana y se dirigió á la puerta; pero en el momento de salir se detuvo escuchando.

—¿Qué hay? dijo el maltés.

—No oís á mis perros gruñir? el enemigo se adelanta... y solo cinco minutos despues que vos. Silencio, tigres mias; continuó Bruno abriendo una ventana y haciéndoles oír un silbido particular. Bien, bien; ya estoy prevenido.

Los perros se quejaron suavemente: las mujeres y el mal-

tés se estremecieron de terror, adivinando que iba á pasar alguna cosa terrible. En este momento entró Ali con la perra favorita de Pascal: el noble animal fué derecho á su amo, se levantó sobre las patas de atrás, le puso las de alante sobre los hombros, y empezó á aullar por lo bajo.

—Sí, sí, Leona, dijo Bruno, sí; eres un precioso animal.

Después la acarició con la mano y la abrazó la cabeza, como hubiera podido hacerlo con una mujer. La perra dió un segundo aullido bajo y quejumbroso.

—Vamos, Leona, continuó Pascal, parece que el negocio apura. Vamos, hermosa mía, vamos. Y salió dejando al mañón y á las dos mujeres en el comedor.

Pascal bajó al patio, y vió que los tres perros se agitaban con viveza, pero sin anunciar que el peligro estuviese muy próximo. Entonces abrió la puerta del jardín, y empezó á recorrerlo todo. De repente se paró la Leona, tomó el rastro, y se dirigió rectamente hacia un punto del cercado. Cuando llegó al muro, se levantó como para saltarlo, rugiendo sordamente y mirando si su amo la seguía. Pascal Bruno estaba detrás de ella.

Comprendió que había en aquella dirección y á pocos pasos de distancia un enemigo oculto; y recordando que la ventanita de la habitación donde Paolo Tommasi había estado prisionero, daba justamente á este punto, volvió á subir prontamente seguido de Leona, que llevaba la boca abierta y los ojos ensangrentados. Atravesó la sala, donde las dos mujeres y el mañón esperaban con ansiedad el fin de esta aventura, y entró en la pieza inmediata, que estaba sin luz y con la ventana abierta. Apenas había entrado, la Leona se bajó hasta tocar con el vientre en el suelo, fué arrastrando como una serpiente

hacia la ventana, y cuando estuvo á pocos piés de distancia, y antes que Pascal pudiese apercibirse para detenerla, se lanzó como una pantera á la salida que se le presentaba, sin inquietarse mucho de la altura de veinte piés que había en la parte exterior.

Pascal se asomó al instante á la ventana, y vió á la Leona abalanzarse de tres saltos á un olivo aislado, oyendo al mismo tiempo un grito. La perra acababa de arrojarse al pescuezo de un hombre que se ocultaba detrás del olivo.

—¡Socorro! gritó una voz, que Pascal reconoció, pues era la de Plácido; ¡á mí, Pascal! ¡á mí!... llama á tu perrá; porque si no la destripo.

—¡A él!... ¡Leona, á él!... ¡A muerte, á muerte, Leonal Muerte al traidor.

Conoció Plácido que Bruno lo sabia todo: entonces dió un rugido de dolor y de cólera, y empezó un combate mortal entre el hombre y el perro. Bruno, apoyado en su carabina, miraba este duelo extraño. Por espacio de diez minutos, y á la incierta claridad de la luna, vió luchar, caer y levantarse dos cuerpos de tal modo asidos uno á otro, que no podía distinguirse ni su naturaleza ni su forma; durante diez minutos estuvo oyendo gritos confusos sin poder distinguir los aullidos del hombre de los del perro. Por fin, al cabo de estos diez minutos cayó uno de los dos para no levantarse mas, y este era el hombre.

Silbó Bruno á la Leona, atravesó de nuevo el comedor, bajó ligeramente, y fué á abrir la puerta á su perra favorita; pero en el momento en que esta entraba toda cubierta de sangre, de puñaladas y mordiscos, vió á la claridad de la luna re-

lucir cañones de carabinas en el camino que conducía de la aldea al castillo. Atrancó al momento la puerta, y volvió á subir al comedor, donde estaban los invitados temblando. El maltés bebia, y las dos muchachas rezaban sus oraciones.

—¡Ah! ¿qué hay? dijo el maltés.

—¡Ah! hasta ahora no vá mal, dijo Bruno.

—¿Y Plácido?

—Ese ya concluyó su negocio; pero ahí tenemos otra legión de demonios que nos van á caer encima.

—¿Cuáles?

—Los gendarmes y las compañías de Mesina, si no me engaño.

—¿Y qué pensais hacer?

—En primer lugar, matar los que pueda.

—¿Y despues?

—Despues... me haré volar con los que queden.

Las mujeres dieron un grito de espanto.

—Allí, continuó Pascal, conduce á estas señoritas á la cueva y dales todo lo que te pidan, menos luz, no sea que prendan fuego á la pólvora antes de tiempo.

Las desgraciadas criaturas cayeron de rodillas.

—Vamos, vamos, dijo Bruno golpeando con el pie en el suelo, obedeced y callad; y dijo esto con tal gesto y tono de voz, que las dos jóvenes se levantaron y siguieron á Allí, sin atreverse á preferir una sola palabra.

—Y ahora, comendador, dijo Bruno cuando aquellas hubieron salido, apagad las luces y colocaos por ahí en un rincón donde no entren las balas, porque los músicos llegan ya, y la tarantela vá á empezar.





CAPITULO X.

Algunos minutos despues entró Ali con cuatro fusiles del mismo calibre en el hombre y una cesta llena de cartuchos. Pascal Bruno abrió todas las ventanas para hacer frente a diferentes partes a la vez. Ali tomó un fusil y se preparó para colocarse en una de ellas.

—No, no, le dijo Pascal con un acento de cariño paternal, no; eso me pertenece a mí solo; no quiero de modo alguno unir tu destino al mío. Eres jóven, en nada se apartó hasta ahora tu vida de la vía ordinaria; créeme, permanece en el camino trillado por los hombres.

—Padre, dijo el jóven con dulce acento, ¿por qué noquieres que te defienda yo como te ha defendido la Leona? Bien

sabes que á nadie tengo mas que á ti; de consiguiente, si tú mueres, quiero morir contigo.

—No, Ali, en manera alguna; si muero, dejaré tal vez en la tierra una misión terrible y misteriosa que llenar, y que solo podré confiar á mi hijo; es preciso, pues, que mi hijo viva para hacer lo qué su padre le ordene.

—Está bien, dijo Ali: el padre ordenará y el hijo obedecerá.

Pascal alargó su mano, y Ali la besó.

—¿Y no podré servirte en algo, padre mío?

—Carga los fusiles, respondió Bruno.

Ali emprendió su tarea.

—Y yo? dijo el maltés desde el rincón donde estaba.

—A vos, comendador, os reservo para que me sirvais de parlamentario.

En este momento vió Pascal brillar los fusiles de una segunda tropa que descendía de la montaña, y que se dirigía tan derechamente al olivo aislado, al pie del cual yacía el cuerpo de Plácido, que no quedaba duda que se dirigía á este punto en virtud de una cita dada por este. Los que marchaban delante tropezaron en el cadáver; se formó un círculo al derredor de él, mas nadie pudo reconocerle, tal le habían parado los dientes de hierro de Leona. Sin embargo, como era aquél el punto á que Plácido les había citado, y hallándose el cadáver en el mismo, sin que apareciese ningún ser viviente en la circunferencia, era evidente que el muerto no era otro que Plácido. Dedujeron de aquí los milicianos que estaba descubierta la traición, y que Bruno estaría prevenido. En virtud de esta razonable deducción, se reunieron en pelotón para deliberar.

Pascal en pie á la ventana observaba todos los movimientos. En este momento apareció la luna, que había estado oculta por una nube, y su claridad hizo que Pascal fuese visto por un miliciano, quien le designó con la mano á sus compañeros; en todas las filas sonó el grito «el bandido, el bandido;» y este grito fué seguido de una descarga general. Algunas balas se aplastaron contra la pared, otras pasaron silbando por junto á las orejas y por encima de la cabeza de Bruno, yendo á ocultarse en las vigas del techo. Contestó Pascal descargando los cuatro fusiles que acababa de cargar Ali, y cayeron cuatro hombres.

Aquellas compañías, que no se componían de tropa de linea, y al de una especie de guardia nacional, organizada para la seguridad de los caminos, vacilaron un instante al ver la muerte tan pronta á presentarse á su vista. Todos estos hombres que contaban con la traición de Plácido, habían esperado hacer la prisión sin dificultad; mas ahora se veían en la necesidad de poner un verdadero sitio. Por otra parte carecían de todos los utensilios para verificarlo. Las murallas de la pequeña fortaleza eran bastante elevadas, sólidas sus puertas, y los sitiadores no tenían escalas ni hachas. Solo restaba la posibilidad de matar á Pascal en el momento de descubrirse en la ventana para apuntar; pero este expediente era el peor de todos para unas gentes que estaban convencidas de la invulnerabilidad de su enemigo. La maniobra que juzgaron mas urgente y oportuna, fué ponerse fuera de tiro para deliberar sobre lo que convenía hacer; pero su retirada no fué tan pronto que no diese lugar á Bruno de enviarles otros dos mensajeros de muerte.

Viéndose Pascal desembarazado por este punto, se pasó á

la ventana opuesta que daba vista á la aldea: los tiros habían dado el alerta á esta primera fuerza; así que, no bien apareció en la ventana, cuando le recibieron con una granizada de balas; pero la misma suerte milagrosa le preservó de su efecto; esto hacia mas probable el encanto, puesto que cada tiro suyo producía por el contrario un efecto mortal en sus contrarios, lo que podía colegir Bruno fácilmente por las maldiciones que producía cada disparo suyo.

Lo mismo sucedió con esta tropa que con la otra, se introdujo el desorden en sus filas; sin embargo, en lugar de emprender la fuga, se replegaron á la misma muralla de la fortaleza, maniobra que ponía á Bruno en la imposibilidad de hacer fuego sin presentar la mitad del cuerpo fuera de la ventana. Y como el bandido juzgase inútil esponerse á este peligro, resaltó de esta doble precaución la suspensión momentánea de hostilidades.

—¿Estamos libres de esa gente, dijo el maltés, y podemos ya cantar victoria?

—Aun no, dijo Bruno; esto no es mas que una suspensión de armas Han ido sin duda á la aldea en busca de escasas y hachas, y creo no tardaremos en tener noticias suyas; pero estad tranquilo, continuó el bandido llenando dos vasos, nosotros no nos quedaremos atrás respecto á ellos, pues también les daremos noticias nuestras. Ali, vete á buscar un barril de pólvora. A vuestra salud, comendador.

—¿Qué vais á hacer con ese barril? dijo el maltés con cierta inquietud.

—Oh! casi nada; ahora lo vereis.

Ali entró coa el objeto pedido.

—Está bien, continuó Bruno; ahora coge una barrena y haz un agujero en este barril.

Obedeció Ali con aquella prontitud pasiva que era la señal distintiva de su ciega adhesión. Entretanto Pascal hizo giras una servilleta, la deshiló, reunió los hilos, los frotó con la pólvora de un cartucho, intrudujo esta mecha en el agujero hecho por Ali, y lo tapó con pólvora mojada, afirmando al mismo tiempo la mecha. Apenas concluidos estos preparativos, se oyeron fuertes hachazos en la puerta.

—¿Soy, ó no, buen profeta? dijo Bruno haciendo rodar el barril por el pavimento hacia la puerta de la habitación que daba á la escalera del patio, y volviendo á tomar de la leñera un pedazo de pino encendido.

—¡Ali ya comienzo á comprender, dijo el maltés.

—Padre, dijo Ali, por el lado de la montaña vienen con una escalera.

Se lanzó Bruno hacia la ventana, desde la cual había hecho fuego la primera vez, y vió, en efecto, que sus enemigos se habían procurado el objeto que les faltaba para escalar, y que avergonzados de su primera retirada, volvían á la carga con alguna presencia de ánimo.

—¿Están cargados los fusiles? dijo Bruno.

—Sí, padre, contestó Ali presentándole su carabina.

Bruno tomó sin mirarla el arma que le alargaba el niño, apoyóla lentamente en el hombro, y apuntó con mas atención de lo que lo había hecho hasta entonces: salió el tiro, y cayó uno de los que traían la escalera. Le reemplazó otro; tomó Bruno un segundo fusil, y el miliciano cayó al lado de su camarada.

Otros dos hombres sucedieron á los muertos, y cayeron tambien á su vez. Aquella escala parecia tener la fatal propiedad del arca; no bien ponian la mano en ella, caian muertos. Los escaladores, dejando su escalera, se retiraron segunda vez, despues de haber hecho una descarga tan inútil como las anteriores.

Sin embargo, los que atacaban la puerta redoblaban sus golpes: los perros por su parte aullaban horriblemente. Los golpes iban siendo mas sordos de un momento á otro, y los ladridos mas encarnizados. Cedió por fin una tabla: dos ó tres hombres entraron por la abertura practicada; pero al oír sus gritos de agonía, juzgaron sus compañeros que eran presa de otros enemigos mas terribles, con cuya existencia no contaban. No habia medio de disparar contra los perros sin herir tambien á los hombres. Una parte considerable de sitiadores fué penetrando sucesivamente por la abertura. Bien pronto se llenó el patio, y entonces comenzó una especie de combate, como el del circo romano, entre los soldados de la milicia y los cuatro molosos que defendian con encarnizamiento la estrecha escalera que conducia al piso principal de la fortaleza. Se abrió de repente la puerta que habia en lo alto de la escalera, y el barril de pólvora preparado por Bruno rodó por ella de escalon en escalon, y vino á esplotar en medio de aquella carnicería.

La explosión fué terrible; se cayó un lienzo de la muralla, y cuanto habia en el patio quedó pulverizado.

Hubo un momento de estupor entre los sitiadores; sin embargo, habiéndose reunido ya las dos fuerzas, presentaban todavía un efectivo de trescientos combatientes. Se

apoderó de esta muchedumbre un fuerte sentimiento de vergüenza por verse detenidos por un solo hombre. Los jefes se aprovecharon de esta circunstancia para animarlos. A la voz de estos formaron en columna los sitiadores, había una brecha abierta por la muralla caída; marcharon hacia ella en buen orden, y desplegándose en toda su anchura la pasaron sin obstáculo; penetraron en el patio y se encontraron frente á la escalera. Hubo allí todavía un momento de vacilación; por fin, emprendieron algunos la subida, animados por sus comadres; fueron estos seguidos de los otros, fué invadida la escalera, y bien pronto los primeros no hubieran podido retroceder por mas que lo intentaran; se vieron, pues, forzados á atacar la puerta; mas contra su esperanza, la puerta cedió sin resistencia; se derramaron entonces los sitiadores por la primera sala dando gritos de victoria. Se abrió de repente la pueria de la segunda, y Pascal Bruno apareció á su vista sentado en un barril de pólvora y una pistola en cada mano: al mismo tiempo el maltés se lanzó aterrado á la puerta abierta, gritando con un acento de verdad que no daba lugar á la duda.

—¡Atrás todo el mundo! ¡atrás! la fortaleza está minada; si dais un paso mas, todos volamos.

La puerta se cerró como por encanto: los gritos de victoria se trocaron en gritos de terror; se vió á toda esta muchedumbre precipitarse á la escalera estrecha que conducía al patio; algunos se arrojaron por las ventanas. Les parecía á todos estos hombres que la tierra vacilaba ya bajo sus pies. Al cabo de cinco minutos, Bruno era otra vez dueño de la fortaleza: el maltés se había aprovechado de la ocasión para retirarse.

No oyendo ya ruido alguno, se levantó Pascal y se dirigió á una ventana: el sitio se había convertido en bloqueo; habían puesto guardias en todas las avenidas, y los individuos que las componían se habían puesto al abrigo de los tiros de la plaza parapetándose con carretas y barriles; era evidente que se acababa de adoptar un nuevo plan de campaña.

—Parece que esperan rendirnos por hambre, dijo Bruno.

—Tenemos los perros, dijo Ali.

—No insultes los pobres animales que han muerto defendiéndome, dijo Bruno sonriendo tristemente.

—¡Padre! exclamó Ali.

—¿Qué hay?

—¿No ves?

—¿Qué?

—A aquella luz:

—En efecto, ¿qué significa aquello? Aun no puede ser el día; y por otra parte, aparece en el Norte, y no en el Oriente.

—Es que está ardiendo la aldea, dijo Ali.

—Sangre de Cristo! ¿Será eso verdad?

En este momento comenzaron á oírse fuertes y desolados gritos.... Bruno se lanzó á la puerta, y se encontró cara á cara con el maltés.

—Sois vos, comedador? exclamó Pascal.

—Sí, yo soy...yo mismo.... No os engañais tomándome por otro. Soy un amigo.

—Sois muy bien venido: ¿qué hay de nuevo?

—Hay que, habiendo perdido la esperanza de prenderos,

han prendido fuego á la aldea, y que no la apagarán mientras los paisanos no resuelvan venir á prenderos. En cuanto á ellos, se contentan con esto.

—¿Y los paisanos?

—Rehusan.

—Sí, sí, ya lo sabía yo: antes permitirían ver todas sus casas abrasadas que tocar á un pelo de mi cabeza.... Pues bien, comendador, volved á la aldea, y decid á los que os envian que apaguen el incendio.

—¿Cómo es eso?

—Que me rindo.

—¿Tú rendirte, padre? exclamó Ali.

—Sí; pero he dado mi palabra de no rendirme sino á un solo hombre, y solo á él me rendiré: que apaguen, pues, el incendio como he dicho, y que vayan á buscarme á ese hombre á Mesina.

—¿Y quién es ese hombre? dijo el maltés.

—Es Paolo Tommasi, el sargento de la gendarmería que se halla en esa ciudad.

—¿Teneis algo más que mandarme?

—Una cosa, respondió Bruno; y habló en voz baja con el maltés.

—¿Teneis necesidad de mi vida, padre mio? dijo Ali.

—¿No te he dicho ya que tendría tal vez necesidad de ti después de mi muerte?

—Perdonadme, padre; lo había olvidado.

—Idos, comendador, y baced lo que os he dicho; si veo apagarse el incendio, es prueba de que se aceptan mis proposiciones.

—¿Creo no tomareis á mal que me haya encargado de esta comision?

—No os he dicho que os reservaba para que fuerais mi parlamentario?

—Es verdad.

—A propósito, ¿cuántas casas se han quemado?

—Ya se habian quemado dos cuando yo parti de la aldea.

—Hay en este bolsillo trescientas quince onzas, las distribuireis entre los propietarios. Hasta la vista.

—¡Adios!

El maltés salió.

Bruno arrojó lejos de si las pistolas, volvió á sentarse en el barril de póvora, y cayó en una profunda distraccion. El árabe fué á tenderse en su piel de tigre, y permaneció inmóvil, cerrando los ojos como si durmiese. La luz del incendio se fué apagando poco á poco: las condiciones habian sido aceptadas.

Al cabo de una hora poco mas ó menos se abrió la puerta de la habitacion y apareció un hombre en la entrada, el cual, viendo que ni Bruno ni Ali se apercibian de su llegada, se puso á toser con afectacion: era este un medio de anunciar su presencia, que había visto empleado con éxito en el teatro de Mesina.

Bruno se volvió.

—¡Ah! ¿Sois vos, sargento? dijo sonriendo; tengo un placer en haberos enviado á llamar, y en verdad que no os haceis esperar.

—Sí.... me han encontrado á un cuarto de legua de aquí,

viniendo con mi compañía.... y me han dicho que vos me llamabais.

—Es verdad; he querido probaros que no era falso de memoria.

—¡Por Dios Santol que ya lo sabía yo muy bien.

—Y como os he prometido haceros ganar los tres mil ducados consabidos, he querido cumplir mi palabra.

—¡Sagrado Dios!... ¡Sagrado Dios!... ¡Sagrado Dios!... dijo el sargento con creciente energía.

—¿Qué quiere decir eso, camarada?

—Esto quiere decir... quiere decir... que querría mas ganar esos tres mil ducados de otra manera, á la lotería, por ejemplo.

—¿Y eso por qué?

—Porque sois un valiente, y los valientes son raros.

—¡Bah! ¿qué os importa eso?... esto os servirá de ascenso, sargento.

—Bien lo sé, respondió Paolo con aire notablemente desesperado: ¿es decir que os rendís?

—Me rindo.

—¿A mí?

—A vos.

—¿Palabra?

—Palabra. De consiguiente, ya podeis alejar esa canalla, con la que nada quiero.

Paolo Tommasi se asomó á la ventana.

—Ya podeis retiraros todos, gritó; yo respondo del preso. Id á Mesina á participar su prision.

Los milicianos dieron fuertes gritos de alegría.

—Ahora, dijo Bruno al sargento , si quereis sentaros á la mesa , concluiremos la cena interrumpida por esos imbéciles.

—Con mucho gusto, respondió Paolo, pues acabo de andar ochio leguas en tres horas , y estoy muerto de hambre y sed.

—Pues bien , dijo Bruno ; puesto què os hallais con tan buenas disposiciones, y que esta noche será probablemente la ultima que pasaremos juntos, preciso es pasarla alegremente. Allí, vé á buscar á esas madamas ; y entretanto , sargento , continuó Bruno llenando dos vasos , ¡brindo por vuestros galones de sargento primero!

Cinco dias despues de los acontecimientos que acabamos de referir, en presencia de Gemma, que acababa de cumplir su penitencia en el convento de la Visitación , y que solo hacia ocho dias que entrara de nuevo en el mundo, recibió el principe de Carini la noticia de que sus órdenes estaban cumplidas, y que Pascal Bruno había sido cogido y conducido á las prisiones de Mesina.

—Está bien, dijo; que el principe de Coto pague los tres mil ducados prometidos, que le haga formar su proceso, y que se le ejecute.

—¡Oh! dijo Gemma con aquella voz dulce y cariñosa á la que el principe nada sabia negar, tengo suma curiosidad de ver á ese hombre á quien no conozco , y de quién se cuentan cosas tan extrañas.

—No te inquietes por eso, mi bello ángel, respondió el principe: le haremos ahorcar en Palermo.



.....bello angel mio , respondió el Principe; nosotros lo haremos
ahorcar en Palermo.



CAPITULO XI.

El príncipe de Carini, segun la promesa que había hecho á su querida, había ordenado trasladar al sentenciado de Messina á Palermo ; así que Pascal Bruno había sido conducido por una fuerte escolta de gendarmes á la prisión de la ciudad, que estaba situada detrás del Palazzo Reale y junto al hospital de locos.

En la tarde del segundo dia bajó un sacerdote á su calabozo. Pascal se levantó al ver entrar el ministro del Señor; sin embargo, contra las esperanzas de este, rehusó confesarse: el sacerdote insistió, pero nada pudo reducir á Pascal á que cumpliese este acto de religión. Viendo el sacerdote que no podía vencer su obstinación, le preguntó la causa.

—La causa es, dijo Bruno, que no quiero cometer un sacrilegio...

—¿Y cómo es eso, hijo mío?

—La primera condición de una buena confesión, ¿no es, que además de confesar sus propios crímenes, se olviden también los crímenes de otros?

—Ciertamente; y no puede haber confesión perfecta sin esa circunstancia.

—Pues bien, yo no he perdonado, por lo cual mi confesión sería mala; y yo no quiero hacer una mala confesión.

—¿Y no consistiría más bien, dijo el sacerdote, en que tenéis crímenes tan enormes que confesar, que teméis que traspasen el poder de la remisión humana? Tranquilízaos en este punto, Dios es misericordioso, y siempre debe haber esperanzas donde hay arrepentimiento.

—Sin embargo, padre mío, si entre vuestra absolución y la muerte me asaltase un mal pensamiento, no me considero con la fuerza suficiente para rechazarlo...

—Entonces, el fruto de la confesión sería perdido, dijo el sacerdote.

—Es, pues, inútil que me confesé, porque este mal pensamiento me asaltará.

—¿Y no podríais desterrarlo de vuestro espíritu?

Pascal respondió sonriendo:

—Es precisamente él lo que me hace vivir, padre mío; sin este pensamiento infernal, sin esta última esperanza de venganza, ¿creéis que Pascal Bruno se hubiera dejado arrastrar a esta ciudad para servir de diversión a esa imbécil muchedumbre? No por cierto, ya me habría estrangulado con esta mis-

ma cadena que me sujeta. Ya estaba decidido á ello en Mesina; y lo iba á verificar, cuando llegó la órden de trasladarme á Palermo. No me cupo duda de que «ella» había querido verme.

—¿Quién?

—«Ella.»

—Pero si morís sin arrepentimiento, Dios no tendrá misericordia de vos.

—Padre mio, tambien «ella» morirá sin arrepentimiento; porque la sorprenderá la muerte cuando menos lo espere; tambien «ella» morirá sin sacerdote y sin confesión; tambien «ella» encontrará, como yo, á Dios inexorable, y seremos juzgados del mismo modo.

En este momento entró un carcelero.

—Padre mio, la capilla ya está alumbrada y dispuesta.

—¿Persistís en vuestra negativa, hijo mio? dijo el sacerdote.

—Sí persisto, respondió tranquilamente Bruno.

—Entonces voy á celebrar sin demora la misa de difuntos, que aplicaré por vuestra salvación; espero que mientras la oís, el espíritu divino vendrá á inspiraros mejores pensamientos.

—Es posible, padre; mas yo no lo creo así.

Llegaron entonces los gendarmes, desataron á Bruno y le condujeron á la iglesia de San Francisco de Sales, que está frente á la prisión, la cual estaba magníficamente alumbrada; allí debía, segun antigua costumbre, oír la misa de difuntos y pasar la noche en oración, porque la ejecución estaba fijada para el dia siguiente á las ocho de la mañana. Ataron á Pas-

pal con la misma cadena que le ceñía el cuerpo, á un anillo de hierro fijado en un pilar del coro , pero de modo que pudiese llegar á la balaustrada donde los fieles venian á arrodillarse para recibir la comunión.

Cuando daba principio la misa, unos mozos del hospital de locos trajeron un ataúd, que colocaron en el medio de la iglesia; encerraba este el cuerpo de una demente que había fallecido en el mismo dia, y el director había querido que la muerta recibiese los beneficios de la misa que se iba á decir por el que iba á morir. Por otra parte , era esto para el sacerdote una economía de tiempo y de trabajo; y como esta medida convenia á todos, no tuvo que sufrir la menor dificultad. Encendió el sacristán dos cirios, uno á la cabecera y el otro al pie del ataúd; y comenzó el oficio divino: Pascal estuvo durante todo él con el mayor recogimiento.

Concluida la misa, se acercó el sacerdote á Bruno preguntándole si estaba animado de mejores disposiciones; mas el sentenciado le respondió que á pesar de la misa que había oido y de las plegarias dirigidas al Señor durante ella, en nada habían variado sus sentimientos de odio y venganza. El sacerdote le anunció que el dia siguiente á las siete de la mañana vendría á preguntarle si una noche de soledad y recogimiento en una iglesia y en presencia de la cruz del Salvador , no había producido algun cambio en sus proyectos de venganza.

Bruno quedó solo. Aquella soledad produjo en él una profunda meditación. Repasó en su mente todas las fases de su vida, desde aquella edad de la primera infancia en que uno empieza á apercibirse de su existencia; buscó en vano en esta edad lo que habría podido hacer para merecer el destino re-

servado á su juventud. Y en el recuerdo de esta edad no halló mas que una santa y fiel obediencia á los padres que el Señor lo había dado. Se le representó aquella casa paternal, tan feliz y tranquila al principio y despues invadida de repente por la maldad del poderoso que había introducido en ella lágrimas, dolor y desolacion. Recordaba el dia en que su padre había salido con un puñal, volviendo cubierto de sangre: la noche en que había sido preso aquel á quien debia la vida: la en que le habian conducido, siendo él niño, á una capilla iluminada, semejante á la en que él mismo se hallaba encerrado al presente, y el momento en que había visto en aquella capilla á un hombre encadenado como él lo estaba. Entonces le pareció que una fatal influencia, que un azar caprichoso, que una victoriosa superioridad del mal sobre el bien, habian arrojado sobre toda la familia tan terrible fatalidad. Entonces ya no comprendió nada de las promesas de felicidad que el cielo hace á los hombres; buscó en vano en el discurso de su vida una aparicion de esa providencia de que tanto se habla; e imaginando que en este momento supremo le seria tal vez revelada alguna parte del eterno secreto, se postró en tierra tocando con la frente en ella, rogó á Dios con todas las veras de su alma, que pronunciase la palabra de este enigma terrible, que levantase una punta de este velo misterioso, y que se le mostrase, en fin, ó como padre tierno, ó como tirano. Vana fué su esperanza; todo permaneció en silencio, menos la voz de su corazon, que repetia sordamente: ¡Venganzal! ¡Venganzal! ¡Venganza!..

Se imaginó entonces que la muerte estaba tal vez encargada de responderle, y que con este fin de revelacion habian

colocado cerca de él aquel cadáver; tan cierto es que el hombre mas insímo hace de su propia existencia el centro de la creacion, cree que todo se halla unido á su existencia, y que su miserable persona es el eje alrededor del cual gira el universo. Se levantó, pues, lentamente mas sombrío y pálido por la lucha que sostenia con su pensamiento, que por la del suplicio, y dirigió la vista al cadáver: era una mujer.

Pascal se estremeció sin saber por qué; procuró examinar las facciones (1) de aquella mujer, pero se lo impidió una punta de la sábana que había casualmente caido sobre el semblante. Un recuerdo instintivo le representó de repente á Teresa. Teresa, á quien no había visto desde el dia en que rompió las hostilidades con Dios y con los hombres: Teresa, que se había puesto loca, y que hacia tres años que habitaba en el hospital de los dementes, de donde salia aquel ataúd y aquel cadáver: Teresa, su desposada, con la cual se hallaba tal vez al pie del altar adonde había esperado largo tiempo conducirla para la felicidad de los dos, y adonde venian por fin los dos por un amargo sarcasmo del destino, ella muerta y él próximo á la muerte. Le fué ya insopportable permanecer en la duda por mas tiempo; se adelantó hacia el ataúd para asegurarse de la realidad; mas de repente se sintió detenido por el medio del cuerpo: era la cadena cuya largura no le permitia acercarse al cadáver para reconocerle, pues le tenía sujetlo al pilar. Estendió los brazos hacia la muerta, pero le faltaban

(1) En Italia se esponen los muertos con la cara descubierta, y solo en el momento de bajar el cadáver para sepultarlo, se pone la tapa de la caja.

algunos piés para poder tocarle. Miró alrededor de si en busca de un objeto con que poder levantar aquella punta de la sábana, pero nada vió; sopló con toda la fuerza de sus pulmones para levantar aquel sudario; y aquel sudario permaneció inmóvil como un pliegue de mármol. Entonces se volvió con un movimiento de rabia concentrada imposible de pintar; cogió la cadena con ambas manos, y con un sacudimiento en que reunió todas las fuerzas de su cuerpo, probó á romperla; pero los anillos estaban sólidamente enlazados unos á otros, y la cadena resistió. Entonces el sudor de una rabia impotente apareció en su semblante; volvió á sentarse al pie de su pilar, dejó caer la cabeza en las dos manos, y quedó inmóvil, mudo como la estatua del abatimiento; y cuando vino el sacerdote al dia siguiente, le encontró en la misma postura.

El hombre de Dios se le acercó con la serenidad y calma que convienen á su misión de paz y á su ministerio de reconciliación; creyó que Pascal estaba dormido, y le puso la mano en el hombro. Pascal se estremeció y levantó la cabeza.

—Y bien, hijo mío, dijo el sacerdote, ¿estáis dispuesto para confesaros? pues yo lo estoy para absolveros....

—Pronto voy á responderos, padre mío; pero antes os suplico me hagais un postrer servicio, dijo Bruno.

—¿Cuál? Hablad.

Bruno se levantó, cogió al sacerdote de la mano, le condujo cerca del ataúd, al que se acercó él mismo cuanto le permitió su cadena; después, mostrándole el cadáver, le dijo:

—Padre mío, ¿quereis levantar la punta de la sábana que me oculta la figura de esa mujer?

Levantó el sacerdote la punta de la sábana: Pascal no se

había engañado; aquella mujer era Teresa. La miró un instante con profunda tristeza, despues hizo seña al sacerdote para que dejase caer el sudario. El sacerdote obedeció.

—Ahora bien, hijo mio, ¿la vista de esa mujer os ha inspirado sentimientos mas piadosos?

—Esa mujer y yo, padre mio, habíamos nacido para ser dichosos e inocentes; «ella» la hizo perjura y á mí asesino; «ella» nos ha conducido, á esta mujer á la locura, y á mí á la desesperación, y por fin á la tumba, adonde bajaremos los dos hoy mismo.... ¡Que Dios la perdone si place á su infinita misericordia; mas yo, no la perdonaré!

En este momento entraron los soldados, que venían á buscar á Pascal para conducirle al suplicio.





CAPITULO XII.

Estaba el cielo magnifico, la atmósfera limpida y transparente: Palermo se despertaba como para una fiesta: se había dado huelga en todos los colegios y seminarios, y la población entera parecia reunida en la calle de Toledo, que debia recorrer el sentenciado en toda su longitud para ir desde la iglesia de San Francisco de Sales, donde habia pasado la noche, á la plaza de la Mariña, donde debia tener lugar la ejecucion. Las ventanas de los pisos principales estaban atestadas de mujeres, á quienes la curiosidad habia hecho salir de sus lechos á la hora en que de ordinario dormian tranquilamente. Se veia agitarse á manera de sombras en sus galerías encerradas las religiosas de los diferentes conventos de Palermo y

sus alrededores (1), y una segunda población ondulaba en los tejados planos de la ciudad como un campo de trigo. El sentenciado encontró á la puerta de la iglesia la carreta conducida por dos mulas; estaba precedida de la cofradía de penitentes blancos, el primero de los cuales llevaba la cruz, y los cuatro restantes el atand, y seguida del verdugo á caballo y con sombrero encarnado; detrás de este venían á pie sus dos ayudantes; útimamente, despues de estos cerraba el cortejo otra cofradía de penitentes negros; caminaban todos entre una doble fila de milicianos y soldados; mientras que por los flancos y en medio de la muchedumbre corrían unos hombres con vestimentas largas de color gris, la cabeza cubierta con un capuchón agujereado para los ojos y la boca, y llevando en una mano una campanilla y en la otra una escarcela, pedían para librarse de las penas del purgatorio el alma del criminal que aun vivía. Ya corría en boca de la muchedumbre que el sentenciado no había querido confesarse, y esta reaccion contra las ideas religiosas adoptadas, daba aun mas peso á los rumores de un pacto infernal concluido entre Bruno y el enemigo del género humano, que había corrido desde su entrada en la carrera tan pronta y tan estensamente

(1) En Palermo, las religiosas que no pueden tomar parte en las fiestas profanas, la toman, sin embargo, con la vista. Todo convento medianamente rico, tiene alquilado un piso, que dá de ordinario á la calle de Toledo. Desde las ventanas enrejadas de este piso, adonde se trasladan por caminos subterráneos que tienen algunas veces un cuarto de legua de longitud, ven las santas religiosas las fiestas sagradas y profanas.

recorrida. Un sentimiento de terror pesaba, pues, sobre esta población curiosa, pero muda; así que, ninguna voz, ningún grito, ningún murmullo turbó los cantos de muerte de los penitentes blancos que formaban la cabeza del cortejo, ni los de los penitentes negros que lo cerraban. Detrás de estos últimos, y a medida que el reo iba caminando por la calle de Toledo, los curiosos se juntaban al cortejo, y le iban acompañando hacia la plaza de la Marina. Pascal era el único que parecía completamente sereno en medio de aquel pueblo agitado, y miraba a aquella muchedumbre que le rodeaba sin humillación ni altanería, y como hombre que, conociendo los deberes de los individuos para con la sociedad, y los derechos de la sociedad contra los individuos, no se arrepiente de haber olvidado los unos, ni se queja de que esta vindique los otros. El cortejo se detuvo un instante en la plaza de los cuatro Cantones, que forma el centro de la ciudad, porque fué tal el tropel de gente que se amontonó por los dos lados de la calle de Casas, que había roto la línea de la tropa, y hallándose obstruido el camino, los penitentes no pudieron abrirse paso. Aprovechó Pascal este momento de descanso para ponerse en pie en su carreta, y miró alrededor de si como buscando alguno a quien tuviese una última orden que dar, o alguna señal que hacer; pero no percibiendo a quien buscaba con minucioso examen, se dejó caer sobre el haz de paja que le servía de asiento, y su semblante tomó una expresión sombría, que fué en aumento hasta el momento en que el cortejo llegó a la plaza de la Marina. Allí tuvo lugar un nuevo obstáculo que produjo una segunda detención. Pascal se levantó otra vez, dirigió una mirada indiferente hacia la es-

tremidad opuesta de la plaza donde estaba la horca; despues, recorriendo todo el círculo immenseo de esta plaza, que parecia empedrada y construida con cabezas, á excepcion del terrado del principe de Butera, que estaba completamente desierto, fijó la vista en un rico balcón adornado con colgaduras de damasco con flores de oro, y entoldado con una tienda de púrpura. Allí, sentada en una especie de estrado, rodeada de las mas lindas señoras y de los mas nobles caballeros de Palermo, estaba la bella Gemma de Castelnuovo, la cual, no habiendo querido perder ni un instante de la agonía de su enemigo, había hecho elevar su trono frente al cadalso. Las miradas de Pascal Bruno y las suyas se encontraron, y los rayos de unas y otras se cruzaron como dos relámpagos de vengaza y odio. Todavia se chocaban estas fulminantes miradas, cuando se oyó un grito extraño que partió de la muchedumbre que cercaba la carreta. Pascal se estremeció, se volvió con viveza hacia el punto de donde había salido la voz, y su semblante volvió á tomar, no solo su anterior expresion de calma, sino tambien una nueva especie de alegría. En este momento el cortejo dió un paso para romper de nuevo la marcha, pero gritó Bruno con voz firme:

—Deteneos.

Obró esta palabra un efecto mágico: toda aquella muchedumbre pareció clavarse momentáneamente en la tierra; todas las cabezas se volvieron hacia el reo, y millares de ardientes miradas se fijaron en él.

—¿Qué quieres? respondió el verdugo.

—Confesarme, dijo Pascal.

—El sacerdote no está aquí; tú le has despedido.

—Mi confesor habitual es este monge que está aquí á mi izquierda entre la muchedumbre: no he querido confesarme con otro alguno; mas ahora que le veo aquí me confesaré.

El verdugo hizo un gesto de impaciencia y de negativa; pero al momento el pueblo, que se había enterado de la petición del reo, esclamó: ¡El confesor! ¡el confesor! El verdugo se vió obligado á obedecer: la multitud se apartó para dejar paso al monge: era este un jóven de tez morena, que parecía estenuado y flaco por las austeridades del claustro; se adelantó bácia la carreta y se entró en ella. En el mismo instante cayó Bruno de rodillas. Fué este acto como una señal general: en el camino, en los balcones y ventanas y en los tejados de las casas, todo el mundo se arrodilló; solo el verdugo permaneció á caballo, y sus ayudantes en pié, como si estos hombres malditos estuviesen exceptuados de la remisión general. Al mismo tiempo los penitentes se pusieron á cantar las preces de los agonizantes para impedir se oyese la confesión.

—Te he buscado largo tiempo con la vista, dijo Bruno.

—Te esperaba aquí, respondió Alí.

—Temi no cumpliesen la palabra que me habían dado.

—La han cumplido; estoy libre.

—Escúchame con atención.

—Ya escucho.

—Aquí, á mi derecha... Bruno se puso de costado, porque teniendo las manos atadas no podía señalar de otro modo. En aquel balcón colgado con telas de oro...

—Sí.

—Es aquella jóven bella que tiene flores en los cabellos.

—Ya la veo; está de rodillas y reza como las otras.

—Esa mujer es la condesa Gemma de Castelnuovo.

—Debajo de cuya ventana te esperaba yo cuando fuiste herido en el hombro.

—Esa mujer es la causa de todas mis desgracias; ella es quien me ha hecho cometer el primer crimen; ella es quien me ha conducido aquí.

—Explícales, pues.

—No moriría tranquilo si creyera que esa mujer debía sobrevivirme dichosa y considerada, continuó Bruno.

—Muere tranquilo, respondió el muchacho.

—¡Gracias, Ali!

—Déjame abrazarte, padre.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

El jóven monje abrazó al reo, como acostumbra á hacerlo el sacerdote despues de haber absuelto al culpable; despues bajó de la carreta y se perdió entre la muchedumbre.

—¡Adelante! dijo Bruno; y el cortejo obedeció de nuevo, como si el que hablaba tuviera el derecho de mandarles.

Todos se levantaron. Gemma se volvió á sentar sonriendo, y el cortejo continuó su marcha hacia el cadalso.

Habiendo llegado al pie de la horca, el verdugo se apeó, subió al tablado, trepó por la escalera, puso en el madero trasversal el estandarte color de sangre, probó si la cuerda estaba bien asegurada, y arrójó su chaqueta para quedar mas desembarazado en sus movimientos. Pascual saltó al punto de la carreta, apartó con un doble movimiento de hombros á los ayudantes que querían sostenerle, subió con ligereza al tabla-

do, y fué á apoyarse él mismo en la escalera que debia subir de espalda. En este momento el penitente que llevaba la cruz la colocó frente á Pascal, de modo que la pudiese ver todo el tiempo de su agonía: los penitentes que llevaban el ataúd se sentaron encima, y un círculo detropa rodeó el patibulo, quedando solamente en el centro los dos grupos de penitentes, el verdugo, sus ayudantes y el paciente.

Sabió Pascal la escalera sin permitir que le sostuviesen, con mas serenidad aun que la que habia mostrado hasta entonces; y como el balcón de Gemma estaba enfrente, se observó que Bruno dirigia la vista hacia él con cierta sonrisa. En este momento el verdugo le echó la cuerda al cuello , le cogió por medio del cuerpo y le arrojó de la escalera. Al punto se deslizó por la cuerda y gravitó con todo su peso sobre los hombros del paciente , mientras que los ayudantes , asiéndole de las piernas, producian el mismo peso por la parte inferior del cuerpo; pero la cuerda, que no era bastante fuerte para sostener este cuádruplo peso , se rompió de repente ; y todo este grupo infame, compuesto del verdugo, de los ayudantes y de la víctima, rodó por el suelo. Sin embargo , un hombre se levantó el primero , y este hombre era Pascal Bruno , cuyas manos se habian desatado, y se levantaba en medio de aquel lugubre silencio con un cuchillo en el costado derecho, que el verdugo acababa de introducirle hasta el mango.

—¡Miserable! dijo el bandido dirigiéndose al ejecutor; ¡miserable! no eres digno de ser verdugo ni de ser bandido; no sabes ni ahorcar ni asesinar.

Dicho estó, arrancó el cuchillo del costado derecho , se lo clavó en el izquierdo, y cayó muerto.

Entonces se oyó un grito terrible acompañado de un gran tumulto de toda aquella muchedumbre: huyeron unos lejos de la plaza, y otros se lanzaron al cadalso. El paciente fué llevado por los penitentes, y el verdugo fué despedazado por el pueblo.

La tarde siguiente á esta ejecucion, el príncipe de Carini comió en casa del arzobispó de Montreal, mientras que Gemma, que no podia ser recibida en la santa sociedad del prelado, se quedaba en la aldea de Carini. Estaba magnifica la tarde, como lo habia estado la mañana. Desde una de las ventanas de la cámara alfombrada con terciopelo azul, en la que hemos presentado la primera escena de esta historia, se distinguia perfectamente la isla de Alicudi, y detrás de esta, como un vapor flotante sobre el mar, las islas de Filicudi y de Salina. Desde la otra ventana se dominaba el parque, todo poblado de naranjos, granados y pinos. Se distinguia á la derecha el monte Pellegrino desde la falda hasta la cumbre, pudiendo estender la vista por la izquierda hasta Montreal. Permaneció largo tiempo en esta ventana la bella condesa Gemma de Castelnuovo, con los ojos fijos en la antigua residencia de los reyes normandos, y procurando reconocer en cada carroaje que bajaba hacia Palermo el tren del virey; pero habiendo anochecido enteramente, y desaparecido de la vista los objetos lejanos, entró en la cámara, llamó á su doncella, y como estaba fatigada de las emociones del dia, se metió en la cama; despues hizo cerrar las ventanas que dominaban las islas, por temor de recibir el aire del mar durante el sueño, y dió orden que dejasen entreabierta la que daba al parque, por la cual penetraba en su cuarto un aire

cargado de perfumes desprendidos de los jazmines y naranjos.

No pudo el príncipe hasta muy tarde evadirse de la gracia vigilancia de su amable huésped; y ya daban las once en la catedral edificada por Guillermo el Bueno, cuando el coche del príncipe empezó á conducirle al galope de sus cuatro mejores caballos. Media hora fué suficiente para llegar á Palermo, y cinco minutos para atravesar el espacio que media entre la ciudad y la aldea. Preguntó á la doncella dónde estaba Gemma, y esta le respondió, que la condesa, hallándose fatigada, se había acostado cerca de las diez.

El príncipe subió ligeramente al cuarto de su querida, y al querer abrir la puerta vió que estaba cerrada por dentro; entonces se dirigió á la puerta falsa que daba á la otra parte de la cama en la alcoba de Gemma. Abrió suavemente esta puerta por no despertar á la encantadora durmiente, y se detuvo un instante para mirarla en aquel desorden del sueño que tanto agrada y recrea la vista. Una lámpara de alabastro suspendida del techo por tres cordones de perlas, era la única luz que había en el aposento, y estaba esta dispuesta de modo que no hiriiese los ojos durante el sueño. El príncipe se inclinó sobre la cama para ver mejor. Gemma tenía el pecho casi todo descubierto, y alrededor de su cuello tenía un boa, que por su color oscuro contrastaba admirablemente con la blancura de su piel. El príncipe contempló un instante esta seductora estatua, pero bien pronto se alarmó de su inmovilidad; se inclinó más, y notó en aquel semblante una palidez extraña; aproximó el oido, y no percibió respiración alguna; le tomó la mano, y la encontró fría; entonces pasó su brazo por debajo

de aquel cuerpo tan amado para acercarlo a si y darle calor con su pecho; pero le dejó caer de repente exhalando un grito de terror y espanto: la cabeza de Gemma acababa de separarse de sus hombros y de rodar por el pavimento.

El dia siguiente se encontró debajo de la ventana el yata gan de Ali.

FIN DE BRUNO EL BANDOLERO.

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Láminas.	Páginas.
1. ^a Portada. 2. ^a Mi bello ángel, respondió el príncipe, le hare mos ahorcar en Palermo.	5 114

EL LADRON DE LA CORTE.

POR

Alejandro Dumas.



MADRID.

GALERÍA LITERARIA DE LOS SS. MURCIA Y MARTÍ,
calle de Jacometrezo, núm. 44.

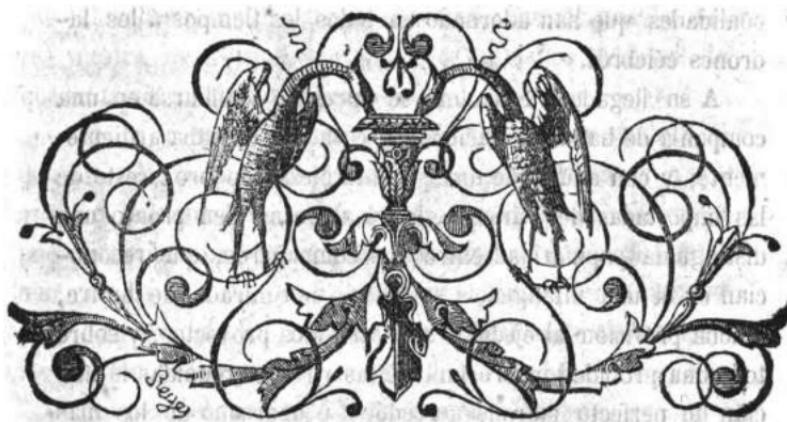
1859.



Aprobada por la censura.

Es propiedad de la Galería Literaria.

IMPRENTA DE MANUEL MINUESA,
calle de Valverde, núm. 5.



CAPITULO PRIMERO.

La taberna de la Reina.

En 1562, reinando Erico XIV, un polaco llamado Boleslao, emigró en Suecia á causa de ciertos altercados con la justicia de su país. Dotado de un talento esquisito para el robo y de una audacia sin límites, poseía Boleslao todas las

ualidades que han adornado en todos los tiempos á los ladrones célebres.

A su llegada á Stokolmo se apresuró á afiliarse en una compañía de bandidos nacionales, cosa que deseaba ardientemente; y con ayuda de unas treinta piezas de oro, resto de las importadas de Varsovia, logró alcanzar bien pronto una distinguida popularidad entre sus compañeros, que reconocían en él una inteligencia superior, una mirada de buitre, mucha previsión al ejecutar sus atrevidos proyectos, y sobre todo una probidad inveterosimil. Estas virtudes reunidas le hacían un perfecto ladrón, acreedor á ocupar uno de los mas elevados puestos entre los de su calaña.

Desde que Boleslao habitaba la capital de la Suecia, los jefes de la policía no disfrutaban de un momento de reposo. Todas las clases del Estado se hallaban poseidas de la mayor agitación. Los nobles y los ricos eran los que mas molestaban á la policía. Unos se quejaban de robos cometidos en sus casas de campo; las damas pedían sus joyas, que les habían sido sustraídas durante su sueño; los cortesanos reclamaban lujosas capas, que les eran quitadas de los hombros con la mayor sutileza hasta en el mismo palacio real; y el jefe de la policía únicamente oponía á todas estas quejas su impotencia para descubrir á los autores de estos robos.

Algunos rumores llegaron á oídos del rey; y como al parecer, por desconfiado, cruel y suspicaz, merecía Erico el odio de sus vasallos, creyó que aquel rum ram encubría alguna conspiración; y ocultando hipócritamente su sospecha, hizo llamar á su ministro Goran Persón.

—Caballero, le dijo, tengo entendido que mi pueblo desea vuestra destitucion, porque no castigais los crímenes de que es tan á menudo víctima.

—Señor, contestó el ministro, mis ojos no ven mas que lo que á V. M. toca. Otros crímenes que mas amenazan la seguridad del trono, algunos complots abortados, pero que pueden fácilmente renacer, me tienen en acecho de continuo, por cuya razon debe escusárseme que no tenga tiempo para ocuparme de las personas que se olvidan de cerrar bien las puertas de sus casas.

—¡Es posible! respondió Erico con mas dulzura.

Y despues de un instante de reflexion:

—¿Qué quieren, pues, esos revoltosos que conspiran contra mí? ¡ir á parar á una de nuestras fortalezas de Finlandia? Pues bien: lo conseguirán.

—Ante todo, señor, sabed que entre los malcontentos hay algunas cabezas demasiado elevadas, que no os atrevaríais á cortar.

—Mis hermanos? ¡mis dos hermanos quizás? ¡que tiemblen! Yo soy la copa del árbol, y todas las ramas que me estorben caerán si lo creo necesario.

El ministro no pudo menos de temblar al oír estas palabras pronunciadas en un exceso de furor.

—Mas tarde nos ocuparemos en esta cuestión política, prosiguió Erico; trítase ahora de otra puramente de policía, cuyos misterios debemos descubrir; y pues vuestros ordinarios agentes no son capaces de lograrlo, yo hallaré uno mas eficaz que todos ellos, y os aseguro que dentro de pocos días esos ladrones que tanto terror infunden á Stokelmo serán

presos y juzgados. Esperad mis órdenes relativamente á este asunto, caballero.

Y el rey despidió con un ademan al alto dignatario.

Cuando quedó solo, reflexionó Erico que para la delicada expedicion que proyectaba no podria elegir mejor agente que él mismo. Este soberano absoluto, como todos los que saben serlo, aborrecia á los grandes y profesaba particular adhesión al pueblo.

Entre los reyes de Francia, cuya historia conocia perfectamente, era Luis XI al que mas admiraba. La doblez y la astucia de *aquel zorro coronado* ganaron las simpaties del monarca sueco, que, á fuerza de estudiarle con afan, y sin tener los recursos de imaginacion de su modelo, ni ser para ello tan á propósito, habia conseguido parecersele muchisimo, logrando tener á raya á los numerosos conspiradores que turbaron su reinado.

Uno de los medios que con mas frecuencia empleaba Erico para estar al corriente de lo que decian y pensaban de él sus vasallos, era disfrazarse; pero para dar mas completa idea de su carácter, debemos añadir que estos disfraces tenian tambien otro objeto: el rey de Suecia era soltero. Despues de haberle sido negadas en la persona de sus embajadores, Isabel, reina de Inglaterra, María Stuardo, y hasta la hija del langrave de Hesse, habia sentido una profunda aversion hacia todas las princesas de Europa. Para vengarse de ellas y hacerlas ver que las despreciaba, se habia enamorado de una mujer del pueblo. La hija de un paisano de Melpad, llamada Catalina Mansdotter, á quien habia visto en el mercado de Stokolmo, donde vendia nueces, segun un his-

teriorador, cautivó enteramente el corazon de su soberano sin conocer el valor de su conquista.

Erico la veia y la prodigaba su ternura, por supuesto bajo otro nombre, hasta el momento en que despreciando la opinion de su corte y de la Europa entera, la sentó en su trono, como hizo mas tarde Pedro el Grande con la querida de Menzikoff: aquella otra Catalina, que no era mas que la pobre viuda de un soldado.

En la época en que pasa nuestra historia, estaba en su principio la pasion del rey. Catalina no sospechaba aun quién era su amante; pero adivinando en él nacimiento mas elevado que el suyo, para distraer algun tanto sus ausencias, aprendió á leer y á escribir, á fin de reformar su lenguaje con la instruccion.

El principe, despues de adoptar por capricho el papel de primer magistrado de policia, se vistió un traje negro forrado de amarillo, calóse un gorro, y así disfrazado como los judios que van á comerciar á Stokolmo, se dirigió á una taberna célebre, sita al fin de la calle de la Reina, una de las mas hermosas de la ciudad.

Era dia de mercado: la tasca estaba llena de mercaderes de Upsal, de Vplan, de la isla de Toren, de Fislandia y hasta del Lapon; como animados por las repetidas libaciones, hablaban todos á la vez con voz estentórea, sin cuidarse de los que entraban y salían, no fué muy difícil al rey pasar desapercibido entre aquella turbulenta multitud, mas despues á ocuparse de sus ganancias que á reparar en los que la oian.

Erico divisó una mesa ocupada por un solo individuo, que

hebia silenciosamente, sin tomar parte en la general animación, y le pidió permiso para sentarse á su lado.

—Con mucho gusto, judío, aunque no simpatizan mucho conmigo los de vuestra religión, respondió el hombre.

—¿Y por qué, amigo mío? ¿os han hecho algún daño? ¿os han engañado alguna vez?

—Ni lo uno ni lo otro, á Dios gracias. Yo me burlo de todo Israel; pero cada uno tiene sus inclinaciones y sus caprichos. No por esto creais que dejo de estar á vuestra disposición, feligrés de la sinagoga; y si no teneis mucho dinero, bebed sin temor, que yo pagaré vuestro gasto. Tal es mi carácter.

—Gracias; soy suficientemente rico para satisfacer mis gustos, por mas dispendiosos que sean.

—¡Ah! ¡sois ricos! exclamó vivamente su interlocutor; no es prudente decirlo en voz alta, mi querido Abraham....

—¿Por qué razón?

—¿Por qué razón? ¿Os olvidais de Boleslao y su partida?

—Boleslao! ¿qué queréis decir?

—No lo conocéis? ¡ah! aunque espongais á cada instante vuestra vida; aunque hayáis merecido la muerte en todos los países civilizados; aunque seáis el hombre mas desalmado del mundo, nunca tendréis una reputación tan proverbial como la suya. Palabra de honor: esto atemoriza.... Judío ignorante, si Boleslao supiese que le habeis rebajado hasta el extremo de decir que no lo conocéis, hoy mismo no hallaríais en vuestra casa ni aun para haceros enterrar gratis.

—¡Ah! ¡ah! ¡tan temible es ese bandido!

—Es un diablo de carne humana, que toma todas las formas y beldades que le convienen.

EL LADRON DE LA CORTE.



y le pidió permiso para sentarse á su lado.

—Entonces será muy necesario conocerle bien para poderle combatir. ¿Le habeis visto por casualidad?

—Una vez.

—¿Y podreis darme sus señas?

—Sí, aunque será inútil enteramente, porque unas veces es un pobre viejo de cabellos blancos como la nieve, que os persigue hasta en los templos; porque le deis limosnas á la fuerza; otras es un elegante caballero que pasea en carroza, y juega muy fuerte en los altos círculos; y otras, en fin, se disfraza con la librea de lacayo, sin que nadie lo pueda saber ni aun adivinar. En conclusion, querreis creer, hijo de Jacob, que ha tenido el atrevimiento de servir durante una semana al primer magistrado de policía en calidad de ayuda de cámara, y que este dignatario no lo ha sabido hasta que Boleslao desapareció de su casa, llevándose seiscientos duca-dos que estaban en depósito en la caja de seguros generales? ¡Oh! ¡es portentoso!

—En efecto, respondió el rey observando con la mayor atención al que le hablaba; pero ¿cómo conocéis tan en por-menor las hazañas de ese bandido?

—Es fácil de explicar: he sido veinticuatro horas su pri-sionero.

—¿Dónde y cómo?

—Hace cerca de un mes: yo venia, como ahora, de la Suermania, donde comercio en diamantes. Hallábase ya á una legua de Stokolmo, cuando cerca de un bosque de abetos me vi rodeado por la cuadrilla de Boleslao, que me condujo á la presencia de su jefe. Ocupaba esto una casa solitaria, edifica-da á un lado del camino, y sentado á la mesa delante de un

buen fuego, cantaba alegramente saboreando el vino de Francia.

— ¿Y tuvisteis suficiente tiempo para examinarle?

— ¡Oh! de sobra. Pero ¿os lo confesaré? Aquel terrible bandido no me inspiró ningun temor. Su risa era tan franca, su alegría tan natural, que al lado suyo se creía uno tan seguro como con un amigo. Antes de preguntarme qué dinero llevaba, me invitó de la manera mas cordial á participar de su comida. ¿Qué hubiérais hecho en mi lugar?

— Hubiera aceptado.

— Eso hice yo. Cuando concluimos era ya de noche; había, pues, llegado el momento de pagar mi libertad, y temblaba calculando que iba á costarme muy cara. Boleslao me interrogó sobre el estado de mis negocios; y cuando le hube dicho era padre de una numerosa familia que iba á quedar reducida á la mayor miseria si me despojaba de las alhajas que venía á vender en Stokolmo, el buea ladron pareció enternecerse.

— Escucha, me dijo, no quiero ser la causa de la ruina de tus hijos: te dejo tus mercancías y no quiero siquiera verlas, porque acaso me tentarian. Pasarás esta noche bajo *mi hospitalario techo*, sin temor á los de mi cuadrilla, y mañana partirás para la capital; pero despues de vendidos tus diamantes, volverás aquí y me entregarás la mitad de tus ganancias. ¡Te conviene este trato?

— Yo me apresuré á responder que era muy generoso, y que aceptaba sus condiciones. Me hizo jurar que cumpliría con la mayor buena fé mi promesa, y esta tarde es cuando debo partir.

— ¡Esta tarde! dijo Erico reflexionando: ¿no podríais

suspender vuestra marcha hasta mañana por la mañana?

—Muy fácilmente. Además me queda todavía un cofrecito que vale dos mil ducados, y temo que mi asociado quiera también llamarse á la parte de él, como obra de nuestras ganancias.

—Estad tranquilo; nada le dareis, porque yo os acompañaré.

—¡Vos, malhadado judío! temo esponeros á una desgracia... iré solo.

—Cuando os digo que yo lo quiero, esclamó el rey con autoridad.

—¡Yo lo querer!... ¡con qué tono me decís eso! ¡Sabeis que aunque fuerais el arzobispo de Upsal, no hablaríais con mas imperio?

—Puede ser; pero para estar seguro de que no me faltareis dadme vuestro cofrecito....

—Mi querido hijo de Israel, es preciso que seais muy necio para hacerme semejante proposicion. ¡Os conozco yo acaso? ¡Sé si traeis en vuestros bolsillos dinero suficiente para pagármelo? ¡Cuál es vuestro nombre? ¡dónde vivís? ¡quién os fia?

—Todo eso es inútil. Yo puedo daros ahora la mitad del valor de esas alhajas, y mañana os esperaré cerca de aquí, en una casa de pobre apariencia, donde vive una joven llamada Catalina Mansdotter.

—¡La linda vendedora de nueces! la conozco; pero no sé si debo confiar...

Esta conversacion, que tenia lugar en una de las habitaciones interiores de la taberna, fué interrumpida por un mo-

vimiento general de todos los bebedores. Causábalo el jefe de policía, que acababa de entrar para visitar el establecimiento, llevando consigo un gran lienzo, que mandó colocar en medio del salón, anunciando que era el retrato lo mas parecido posible del ladron Boleslao; que tenía orden de dar á conocer al público, para que todos los buenos suecos prestasen ayuda á la justicia en su persecucion.

El mercader de diamantes, al escuchar desde el fondo del gabinete las ultimas palabras de la proclama, miró sonriendo á Erico, y le dijo al oido :

—Hacen bien de apresar al retrato, porque solo nosotros dos somos capaces de prender al original.

—¿Consentís, pues? dijo el rey.

—No tengo ya inconveniente. Dadme mis mil ducados, y he aquí el cofrecito.

Y lo abrió para que su interlocutor lo examinase.

Este le entregó la suma estipulada, añadiendo:

—Hasta mañana. Preguntareis por el señor Magnus.

—Convenido, dijo el comerciante entrando en la gran sala de la taberna.

Como los demás bebedores, contempló el retrato del célebre ladron, y se alejó tranquilamente.

—Amigos mios, decia en aquel momento el magistrado, el miserable que en vano perseguimos, es tanto mas temible, cuanto que no tienen número sus robos. Anoche se introdujo por medio de una escala en casa de la condesa de Worden, y forzando un escritorio, se apoderó de un cofrecito...

—¡Ah! exclamó el auditorio indignado.

—Pero el infame ha errado el golpe, continuó sonriendo el

gefe de policía. La condesa esperaba su visita hace mucho tiempo, y había puesto á buen recaudo sus diamantes, usando de unos falsos provisionalmente, por cuya causa es hoy Boleslao poseedor de un tesoro ficticio que no vale diez rix-dalas (1).

Esta revelación fué acogida con una carcajada general.

—¡Unos diamantes falsos! exclamó á la sazon una voz salida de la habitación inmediata.

—¿Quién habla ahí? replicó enérgicamente el jefe de policía, dirigiéndose al dueño de la taberna.

—Es un judío que está en esa habitación hace mas de una hora, señor magistrado, y que aun no ha satisfecho lo que ha bebido, contestó aquel.

—Véamosle, pues.

Y se dirigió hacia el rey, que en aquél momento examinaba con la mayor atención los diamantes que tenía en la mano.

Muchos bebedores le siguieron, y un grito acusador se elevó de todos lados al ver al judío en posesión de la joya de que acababa de tratarse.

—¡El es! ¡ya le tenemos, en fin! cerrad las puertas! gritaban con júbilo los mercaderes. Prendedle, señor burgomaestre, prendedle.

Esta manifestación pública hizo al rey levantar la cabeza, y paseando sus miradas por todos los concurrentes, les preguntó qué querían.

El burgomaestre, á quien Erico volvía á la sazon la es-

(1) Cien reales.

palda, se le acercó con avilantez mezclada de temor, porque como tenía el convencimiento de que el falso israelita era Bolestao, recelaba que ocultase un puñal ó cualquiera otra arma. Llegóse á él, pues, le cogió con destreza los dos brazos, y anudándoselos en la espalda, gritó energicamente:

—¡Rindete, cobardo, ó eres muertol ¡tus esfuerzos para escaparte serán inútiles! Amigos, dadme cuerdas para atarle y que sea conducido á una prisión.

—¡A una prisión! exclamó el rey desasiéndose del burgomaestre con una violenta sacudida; ¿por quién me tomas, señores?

Y se presentó de cara á los concurrentes.

—¡Gran Dios!... balbuceó el burgomaestre; no es: no me lo vá á perdonar.

Y pronunciando estas frases entrecortadas, el pobre jefe de policía perdió el sentido, y cayó de espaldas en medio de la habitación arrastrando tras sí una mesa.

Todos acudieron á su socorro y se le prodigaron cuidados que pronto le volvieron á la vida. Sus ojos buscaron al judío, y le hallaron de pie, apoyada la cabeza en la palma de la mano, y mirando con aire sombrío la ridícula escena que acababa de pasar.

El burgomaestre, escapándose de los que le rodeaban, se precipitó á los pies del príncipe articulando algunas frases ininteligibles.

—¿Qué significa este acto de sumisión? dijo Erico en tono de mofa. ¿Ha perdido de repente la cabeza el burgomaestre de Stokolmo? ¿Qué he hecho yo, pobre e indigno judío, para

que un gran señor se arroje á mis plantas? ¿Es esto una burla ó un insulto que se quiere hacer á los de mi religion?

—Pero si...

—Callad, señor magistrado; veo que aun no estais del todo en vos. Vamos, miradme bien, y me reconocereis. Yo soy Magnus, el chalan... ya me habeis visto muchas veces...

—Es verdad... es verdad, se contentó con replicar el burgomaestre; lo habia olvidado... perdonadme.

—No tengo que perdonaros... habeis cumplido vuestro deber; y si alguno de nosotros ha sido engañado, no habeis sido vos...

—¡Cómo! ¿qué ha pasado?

—Una truhanería hábilmente tramada de que he sido víctima. Ese Boleslao que creíais haber hallado, estaba aquí efectivamente hace muy poco. El infame me ha referido un cuento tan largo y verosímil, que al fin le he dado mil ducados sobre este cofrecito...

—¡Qué desgracia! exclamó el tabernero ; ¡pobre judío!

—No me engañará otra vez. El ladrón se nos ha escapado, señores, y es preciso volver á empezar.

—Bien veis que no es tan fácil cogerle como el rey cree, prosiguió el magistrado, pues vos mismo le habeis tenido cara á cara durante una hora.

—Basta; no me gustan los consejos, sobre todo cuando he pagado tan cara mi falta.

—¿Mr. Magnus quiere que le acompañe?

—No; únicamente os encargo que entregueis estos diamantes á la condesa de Worden, ocultándola cuánto me han costado; y la direis de mi parte que la felicito por su precaucion.

El rey salió despues de saludar á todos; y como la noche empezaba á tender su velo sobre la poblacion, despues de asegurarse de que nadie le seguia, se dirigió hacia una calle estrecha y solitaria situada detrás de palacio, y llamada de *Myan-Gatan*.





CAPITULO II.

La vendedora de nueces.

En esta calle de *Myan-Gatan* elevábase una casa de mediana apariencia en medio de un corral plantado de árboles, cuyas ramas subían hasta las ventanas. Una puerta cochera fabricada en el muro daba entrada á ésta vivienda, compuesta de solos dos pisos; y aunque su interior era algo pobre, el lujo de su mueblaje anunciaba una fortuna superior á la calidad de las personas que la habitaban.

En ella vivia Catalina con su padre y su madre, pobre enferma que no podía moverse de su sillón.

—Y bien, Catalina, ¿nos quieres servir la cena? decia Mansdotter, padre de la jóven, dando impaciente un puñetazo sobre la mesa. El stockfisch debe estar cocido hace mucho tiempo.

—Héle aquí, héle aquí, respondió Catalina, poniendo sobre la mesa un plato de pescado salado y un jarro de cerveza. Pero no me atormentéis, padre mio; bien sabeis que yo nada tomo á la fuerza.

—¡Precioso razonamiento! Ignoro por qué razon, pero hace algun tiempo que olvidais, señorita, el respeto que me debeis. Si continuais así, no será extraño que mi mano os haga salir al rostro los colores.

—¡A su edad! dijo gesticulando la madre.

—Tú, señora Mansdotter, haznos el favor de guardar silencio; yo educo mis hijos á mi modo. ¡Vaya! ¡La hice buena cuando guiado por vuestros consejos abandoné á Sundswal, capital de Medelpad, para venir á establecerme aquí pero ya se vé... vuestra hija tenia ambicion y sueños de loca... sus ideas han trastornado tambien vuestra cabeza; y mientras ella vende nueces en el mercado, yo voy consumiendo mis economías, y vos ganais cinco reales diarios hilando cáñamo.... ¡buena fortuna por vida mia!

—¿Y el señor Federico Magnus, padre mio? le preguntó inocentemente la jóven.

—Mr. Federico se burla de tí, replicó Mansdotter. Te ha dicho que eres bonita y te ha mirado en el mercado; he aquí lo que te vuelve loca. ¿Sabes tú siquiera quién es ese galan? El viene aquí tan pronto vestido de una manera como de otra... Yo por mi parte te digo que no es bueno tener amistad con personas que se disfrazan.

—Es verdad; pero por lo mismo que es hijo de un gran señor, necesita de algunas precauciones para acercarse á una pobre como yo.

—Nada digo; por lo tanto...

—¿Quién, sino él, ocultando su nombre, puede habernos enviado esas dos camas, ese canapé forrado de seda y esas hermosas cortinas para el armario?

—¿Te atreverías á asegurarlo?

—Cuando uno envia tales regalos á una joven, es porque trata de casarse con ella.

—¡Tú su mojer! Entonces, señora baronesa, echaclme de beber, y contemos lo que hoy ha producido la venta de vuestras nueces.

Estas crueles palabras hicieron caer á Catalina desde el empíreo de sus ilusiones á la horrible realidad de su miserable condicion. Metió suspirando las manos en los bolsillos, y sacó siete reales y medio, que puso sobre la mesa.

—Mucho trabajo nos ha de costar, señora baronesa, hacernos con este dinero un traje para el dia de vuestras bodas, pues solamente hay aquí para comprar mañana pan, dijo su padre. Sin embargo, nos pasaremos sin él, á menos que ese desconocido que nos envia estos regalos, haga tambien que nos lluevan del cielo monedas de oro y plata.

Aquí llegaba Mansdotter de su conversacion, cuando llamaron vigorosamente á la puerta.

Catalina, por un movimiento instinctivo, cogió vivamente la lámpara, y se dirigió al corral para abrir.

Grande fué su admiracion cuando, despues de descorrido el cerrojo, se halló cara á cara con un criado sin librea, que

adelantándose hacia ella, la preguntó su nombre, y puso en sus manos una cajita, diciéndola que cuando la abriese cono-
cería quién se la enviaba. La joven quiso hacerle algunas pre-
guntas, pero el criado no respondió; e invitándola á que vol-
viese á entrar, alejóse, como si quisiera estar solo al separar-
se de allí.

La vendedora de nueces obedeció, y al reunirse con sus padres les hizo partícipes de su admiración mostrándoles lo que la acababan de dar.

—Veamos, pues, qué encierra de bueno este cofrecito, dijo su padre haciendo saltar su tapa con mano impaciente.

Pero ¿cómo podremos pintar su júbilo cuando apareció á la vista un montón de piezas de oro, y pasándolas y repasán-
dolas pudo contar hasta cien ducados?

En el fondo de la cajita había un papel con estas pala-
bras: *don de reconocimiento*. Catalina, después de haberlas
doleteado, quedó pensativa, sin poderse explicar este se-
creto.

—Habrá hecho algun servicio á alguna dama de alto lina-
je, ó á algún gran señor; y Dios, que nunca abandona á los
que obran bien, habrá inspirado á esa persona la idea de so-
correr nuestra miseria, dijo su madre.

—No, madre mia, no me acuerdo de nada, respondió Ca-
talina.

—Vamos, recuerda bien.

—¡Ah! sí... esperad. Hace tres días atravesaba un joven
estudiante el gran mercado en dirección á la universidad, y
habiendo sentado un pié mal sobre la nieve, resbaló, yendo á
caer junto á un carro cargado de pesca que marchaba en di-

rección contraria á la suya. Hubiera indudablemente perecido el pobre jóven aplastado si yo no le hubiese socorrido, ayudándole á levantarse; pero no creo que nadie reparara en una acción tan común, y yo por mi parte no la he vuelto á recordar.

—Sin duda ese jóven lo ha referido á su familia, ¡y he aquí tu recompensa!... Ven y abrázame, mi querida hija, has salvado nuestra casa de la ruina... ¡Cien ducados!... Ya soy más rico que todos los magnates del reino... Vé por otro jarro de cerveza, Catalina, y si no fuese tan tarde te diría á dónde habrías de ir á compararme vino, esclamó el alborozado Mansdotter, cantando un aria patriótica en honor de Gustavo Wasa.

Y retirándose con su mujer á olvidar su felicidad y su cerveza en brazos del sueño, dejó á Catalina entregada á sus reflexiones.

La jóven, que bajo sus harto comunes apariencias alimentaba un vivo afán de ser *grande*, se entregó á sus habituales quimeras suspirando al ver sus manos curtidas y su rostro atezado; pero sus grandes ojos negros, su talle flexible y sus pequeños piés, la daban algunas esperanzas, que eran un incentivo más para sus ilusiones.

Decíase á sí misma en voz baja, que veía diariamente damas de elevado linaje que no osarian competir con ella en hermosura; y entonces se forjaba un porvenir riesgoso, imprevisto y pródigo de riquezas y de esplendor. Creíase ya señora, y se ponía delante de un espejo á hacer saludos y cortesías con una torpeza, que á la verdad hubiera hecho reír mucho al que hubiera podido observarla.



CAPITULO III.

Los dos amantes.

Cuando tan gravemente se entregaba á esta ocupacion, oyó ladrar en el corral al perro encargado de su custodia. Este ruido la hizo volver en sí y encerrarse en su habitacion, arrepentida de sus locuras; pero los ladridos habian cesado, oyéndose en su lugar gritos de júbilo como los que lanzan los perros cuando encuentran á un amigo.

La luz que alumbraba á Catalina, penetrando por los corredores, se reflejaba en un ángulo de la casa. Veiasela cen-

tellear á través de los vidrios de la ventana. La parte del edificio en que se hallaba su habitación se componía de dos piezas, una de las cuales la servía de dormitorio; de manera que enteramente separada de sus padres solo tenía la vendedora de nueces para su defensa, su perro y su virtud.

Acababa de colocar la lámpara sobre la mesa, cuando dieron á la puerta tres golpes. Un temblor involuntario se apoderó de ella; pero era naturalmente poco medrosa, y se dirigió á abrir. Su gozo y su sorpresa no tuvieron límites cuando se halló en presencia de su querido Federico Magnus.

—¿Cómo habeis entrado, monseñor? le preguntó.

—¿Qué os importa, mi bella Catalina? continuó el recién venido. Algunas personas olvidadizas dejan entreabiertas las puertas de sus casas; fácilmente se hace callar á los feroces guardianes de los corrales, y se penetra hasta donde se quiere, sobre todo si el amor nos guia.

—Sin duda alguna, y lo estoy experimentando en este momento, dijo la joven con embarazo; pero por lo mismo que yo no soy igual vuestra, no me está permitido recibir un hombre en mi cuarto á estas horas.

—Sí, si yo fuera un hombre comun; pero á un amigo que pretende daros un porvenir como nunca podríais esperar ni prever; á un protector que os quiere bien, no sabriais rehusarle los medios de cumplir su misión en el momento que se presenta á vuestros ojos.

—No digo que no....

—¿Qué teméis? No creo que sea el amor que os profeso, porque vos no participais de él, y por consiguiente nada tiene de peligroso....

—Yo haría muy mal en deciros.... en confesaros que os amo.... ¿es verdad?

—Si fuéseis una de esas damas de la corte que todo lo calculan, y solo conceden á uno sus favores por obtener los de mis otros, yo os aconsejaría que continuáseis haciéndoos la coqueta, la disimulada, y desempeñárais hasta el fin vuestro papel; pero no sois de esos seres fingidos, falaces y astutos que no tienen corazón. Dejad, pues, al vuestro hablar con su franca candidez, y estad segura de que nunca abusaré de los secretos que me confie.

—Federico, una joven pobre y oscura como yo, difícilmente comprende eso que me decís. Solo puedo con franqueza declararos que me habeis hecho tanto bien, que os amo por reconocimiento; y que para deciros una palabra más sería preciso que fuéseis....

—¿El qué, Catalina?

—Mas que mi amigo, mas que mi amante....

—Acabad.

—No me atrevo; pero bien me comprendéis....

Su Federico, como ella le llamaba, la miró ardientemente; después, levantándose como dominado por un pensamiento fijo, dió dos ó tres vueltas por la habitación, y volvió á sentarse otra vez cerca del fuego.

—¿Por qué estais hoy vestido así? prosiguió riendo Catalina. Os pareceis al judío Jacobo que vende hopalandas viejas en el gran mercado; pero es preciso confesar que él me gusta mucho menos que vos.

—Esa aclaracion me hace mucho honor. Vamos, bablemos un poco de los progresos de vuestra instrucción.

—¡Oh! ya empiezo á leer casi de corrido! Si yo tuviera libros mas divertidos, adelantaria mas; pero solo tengo un grueso volumen impreso, que contiene algunas proclamas de Gustavo Wasa, y una colección de leyes de nuestro rey Erico. Bien conocereis que debo aburrirme.

—Yo lo creo.

—¿Habéis visto alguna vez al rey?

—Sí.

—Son todos sus decretos tan severos!... Aquí para entre nosotros dos, creo que es tan cruel e inflexible como malo.

—Así se le juzga en la corte; pero yo no creia que esas opiniones hubiesen descendido hasta el pueblo, porque es la clase que él mas ama y favorece. Mi querida niña, para condenar á un príncipe seria preciso saber si tiene que vencer grandes dificultades para asegurar la felicidad de sus vasallos. Erico tiene dos hermanos y dos hermanas, cuya ambición, excitada por los que los rodean, origina esas conspiraciones, tan á menudo descubiertas y siempre renovadas. El rey había nacido justo, bueno y humano; pero se le ha obligado tanto á castigar, que su carácter se ha pervertido.... ¡y los miserables que le persiguen y acriminan, hasta se han atrevido á asegurar que estaba loco!

—¡Ah! ¡eso es una infamia!

—¿Vos lo comprendeis, vos!... ¡No es verdad que es un crimen, un atentado odioso contra la dignidad de sus decretos, considerados como despreciables antes de ser ejecutados! Por otra parte, el soberano no puede confiar enteramente en sus ministros; desconfia de ellos, sí; no vé en todos mas que traidores y falsos amigos, y él es solo para defenderse de

tantos lazos como le tienden. ¿Creeis, pues, Catalina, que una tan triste condicion no deberá endurecer su carácter? ¡Ah! esas personas que se quejan de esta calamidad, temblarian de espanto si tuvieran noticia de las que pesan sobre él.

—¡Con cuánto calor le defendeis, Federico! Francamente me han conmovido vuestras palabras.... ¿Sabeis que estoy a punto de amar á ese rey, tan malo e injusto según algunos?

—¡Amarle vos! ¡oh! ¡sería por primera vez amado por un corazon puro y sincero!

—Escuchad, creo que seria una tontuna, porque yo no comprendo todas esas grandezas de la corte, aun cuando anhele mucho conocerlas; pero si pudiese ver al rey, he aquí cómo le hablaría: «Señor, aunque sois jóven, casados, no importa con quién, y renunciad al mando para ir á habitar pacificamente uno de vuestros castillos; ó si quereis seguir siendo rey de Suecia, sabed ante todas cosas ser dueño. Esterminad á todos los que os odian y poned trabas á vuestros buenos pensamientos; batid á los cortesanos á la cabeza de vuestro ejército, como si fueran osos, y vereis cómo pronto os librareis de tantos tormentos, porque Dios velará por vos y el pueblo os ayudará.»

—¡Bien, muy bien, hermosa Catalina! esos consejos son tan sencillos como justos, y merecen que se reflexionen bien.... Quizá el rey lo sepa un dia, y puede que entonces quiera oírlos repetir.

—¡Ah! ¡os burlais de mí, señor Federico?

—¡No! ¡no! Estaba esperando esta ocasión para deciros que no quiero vivais desde hoy en adelante de esa indig-

na profesion que ejerceis y acabaria por agostaros en flor....
¿No estais hace algunas horas al abrigo de los primeros cuidados de la vida?

—¡Oh! si.... ya adivino.... aquella cajita.... ¡*den de reconocimiento!* —¡Oh, monseñor! dijo enteroecida Catalina, ¿qué he hecho yo para merecer tantas bondades? Tengo miedo de amarlos, porque os creo mucho mas *alto* que yo.... me habeis siempre respetado, no me habeis propuesto ninguna accion indigna, y aun me habláis de reconocimiento! y es á mi, á una pobre hija del pueblo, á quien dais lo que nunca podrá pagar!...

—Callad, querida mia; ya hablaremos de eso mas tarde.

Despues, repasando en su memoria las palabras de la joven:

—Sí, exclamó Federico, esta idea me agrada mucho. Publiquemos los nombres de todos esos traidores que aspiran al poder supremo: el ejército, fácil de convencer, me prestará su ayuda para exterminar de un solo golpe todas esas cabezas sediciosas....





CAPITULO IV.

La ráfaga de viento.

—¡La tuya caerá antes que todas! gritó en aquel momento una voz desde la estancia vecina.

Nuestros dos personajes lanzaron una exclamación de sorpresa y de terror.

—¿Quién está ahí, Catalina? preguntó Erico.

—Lo ignoro, contestó la joven.

—¡Nos escuchaban!

—Esperad.... la puerta tiene cerrojos....

Y poniéndose junto á ella de un salto, los cerró apresuradamente.

—¡Abrid! ¡abrid! gritaban algunos dando furiosos golpes contra la cerradura.

—Son muchos! dijo Catalina.

—Me buscan á mí, añadió Erico con calma.

—A vos, Federico! ¡vos tenéis enemigos! ¿quiénes son? ¿cómo han sabido que estábais aquí?

—Me habrán seguido misteriosamente.

—Pero qué les habeis hecho?

—Nada, ó dicho mejor, mucho bien á unos, y ningun mal á otros.

—¡Oh! escuchad.... van á derribar la puerta....

—Es mi vida lo que vienen á pedir.

—Vuestra vida! ¡Dios mio! Será preciso huir, ocultaros.... ¡y en dónde?... ¡ah! esperad.... este profundo armario....

—¡Pobre niña! ¡esos medios de evitar peligros tan ciertos como este, son indignos de mí! Los monstruos no perdonarian á su víctima; es preciso resignarse con la suerte. Pero al menos me será permitido defenderme y morir matando.... Catalina, toma un puñal que confío á tu valor.... yo tengo espada, y mi pecho recibirá los golpes al tuyo dirigidos; imitame.

—Pero ¿quién sois, señor, para ser el blanco de tantos odios y furores?

—¿Qué? ¡no lo has adivinado? Soy el rey.

—¡El rey! exclamó la joven cayendo de rodillas; en ese caso dejadme, señor; yo debo defender vuestra persona sagrada.

En esto diez hombres enmascarados se precipitaron en la habitacion dando salvajes gritos.

La puerta había caído hecha trizas.

El jefe de esta bandada de desconocidos era de colossal estatura, & iba vestido con un largo capotón de piel de renegro, cubriendo su cabeza una especie de capuchón. Tanto él como sus compañeros, parecían habitantes de la Laponia sueca.

La horda entera se abalanzó á Erico, y diez espadas desnudas se dirigieron contra su pecho.

—¡Miserables! gritó el rey; ¿sabeis que soy vuestro soberano, y quereis asesinarme? ¡No teméis la justicia divina á falta de la de los hombres?

Una señal de su jefe alentó á los asesinos, que se habían detenido un instante para escuchar á Erico.

Este continuó:

—Fácil me fuera nombrar los que han armado vuestro brazo en contra mía; pero callaré si quieren renunciar á sus horribles proyectos. Haré mas aun: empeño mi palabra real de que les concederé, y tambien á vosotros....

—Nosotros nada queremos, le interrumpió una voz disfrazada; solo tu vida...

—Antes me darás la tuya, gritó Catalina hundiendo su puñal en el pecho de aquel fanático.

Después apagó la lámpara, dejando á todos en completa oscuridad.

El combate fué terrible....

Cada golpe lanzado en las tinieblas cortaba una vida.

Catalina se había acurrucado junto á su cama, y al abrigo así del furor de los combatientes, sentía latir su corazón de temor por la vida del rey, cuando oyó caer un cuerpo so-

:

bre el pavimento, y estas palabras pronunciadas con voz temblona:

—¡Señor, voy á morir; perdonadme si he hecho algun mal á mi pueblo!

La jóven lanzó un grito desgarrador; y olvidando el peligro á que se esponía, corrió por entre las espadas que en el espacio se cruzaban á oponerse á los golpes dirigidos á su amante. Por dos veces sintió penetrar el frío del acero en su brazo y cerca de su corazón; pero no por eso abandonó su proyecto.

Efectivamente: el príncipe yacía en el suelo, y un pie vigoroso pesaba sobre su seno jadeante. El asesino, que conocía muy bien la calidad del vencido, le tenía bajo sus pies para no engañarse al herirle. Ya se había levantado la temible espada para hacer del rey un cadáver, cuando abriéndose estrepitosamente la ventana á impulso de una de esas ráfagas de viento mezcladas de nieve, tan comunes en el Norte, un cuadro tan nuevo como singular se ofreció á la vista de los espectadores suspendiendo el combate.

Sobre los brazos de un enorme cedro, cuyas ramas coronadas de escarcha subían hasta la ventana de Catalina, apareció una docena de hombres; y los que con tanto furor reñían en la habitación, sobre cogidos de espanto, exclamaron:

—¡Nos han descubierto! ¡salvese el que pueda!

Todos se precipitaron á la puerta y desaparecieron por el corral, mientras los caballeros sobre las ramas del cedro los miraban huir con gran asombro, pero sin abandonar su posición.

El rey y la sueca quedaron desmayados en el suelo.

Algunos minutos despues las hojas del árbol comenzaron á moverse, y uno de los aventureros se escurrió por la ventana siguiéndole los otros en silencio.

Encendieron una linterna sorda, y con todas las precauciones del que teme, se pusieron á examinar el sitio en que se hallaban. Una puerta derribada, espadas rotas, y un crucifijo coronado de hoj en la alcoba, fueron los únicos objetos que encontraron, y que parecia no satisfacerles mucho.

—¡El diablo se burla de mí! dijo el jefe de aquella tropa: nos han cogido otros la delantera, y han dado el golpe que tan bien preparado teníamos. Vamos, camaradas, dejémoslo para otra vez. Aquí no hay nadie. Huyamos. Vá á amanecer, y los bñhos de nuestra especie no apetece la claridad del dia.

—Y al tomar el camino que habían traído, el pié del que acababa de hablar tropezó con un objeto. Inclinóse al instante para reconocerlo, y exclamó:

—¡Qué veo!... ¡Dos personas muertas!

Dirigiendo la linterna hacia sus rostros:

—¡La vendedora de nueces y el judío Magnus! dijo. Yo estaba bien seguro de que le hallaríamos aquí cuando os lo dije.... Krempel, ayúdame á poner á Magnus en este sillón: me parece que respira aun.

Erico, socorrido por los estranjeros, volvió pronto en si; pues solamente había salido contuso de la terrible lucha. Cuando volvió á abrir los ojos, fijólos amedrentado en los que le rodeaban, y reuniendo todas sus fuerzas:

—¿Qué me quereis, miserables? exclamó. ¿Acaso para hacerme morir dos veces de vergüenza y deshonor me devolveis

en este momento la vida? Pero no espereis librarnos.... Dios me hará triunfar de mis infames asesinos, y sus cabezas rodrán sobre el cadalso.

—Un instante, Magnus.... creo que aun está turbada vuestra vista.... sé bien que en vuestra calidad de herege sois de la raza de los perros; pero ahora no podeis morder á los que vienen á salvaros.

—Es verdad, respondió el rey mirando de hito en hito al que acababa de hablarle. ¿Quién sois, pues? ¿de dónde venís?

—¿Quién soy? El mercader de diamantes con quien hicisteis aquel negocio. ¿De dónde vengo? De mi casa; y no debéis admiraros de hallarme aquí á estas horas, porque vos mismo me habeis citado para ir á prender á Boleslao y á los de su cuadrilla. Soy exacto; y si aun estais del mismo modo de pensar, podemos partir cuando gusteis.

—¿Conque vos y los que os acompañan sois los que habéis abuyentado á mis asesinos?

—Parece que sí, y sin quererlo.... ¡el diablo se ha burlado de mí, porque veníamos con otra intención! Estos señores, que son joyeros como yo, maravillados del ventajoso negocio que hice con vos, me habían rogado les acompañase para proponeros otro igual; solamente que son bastante indiscretos para exigiros á la fuerza una suma igual á la mia, reservándose para mas tarde el entregaros el objeto del trato.

—¿Según eso sois ladrones?

—*Distingo*, mi valiente Magnus; nosotros componemos una sociedad de personas inteligentes, que hacen los negocios á su modo. Pero ¡Dios mio! mercaderes hay en la ciudad

que pasan por hombres de bien y hacen el mismo comercio que nosotros.

—Señores, dijo Erico, yo no tengo aquí oro: si lo tuviera, os evitaría el crimen de robármelo, porque el servicio que me habeis hecho me obligaría a ofreceros una buena recompensa.

Catalina, que había sido colocada en su cama, exhalando un suspiro, exclamó:

—¡Salvaos, señor!... ¡quieren asesinaros!... ¡abandonadme! ¡abandonadme!

—¡Señor! dijeron admirados los ladrones.

—Esta joven delira, dijo el rey acercándose a ella. Ha sido herida defendiéndome, porque me ama.... si.... y yo a ella también.... ¡Algun dia se lo probaré!

—¡Ah, pobre judío! ¿Teneis enemigos secretos?

—Algunos.

—Parece que os han preparado una emboscada,... ¡y qué os robaron los infames?

—Nada; solo querían robarme la vida.

—¿No los conocéis?

—Me figuro quiénes serán.

—Eso á vos solo toca; en cuanto á nosotros, debo confesaros que no somos tan generosos que rehusemos la recompensa que nos habeis prometido.

—Y en cuánto me tasais?

—Nosotros no tasamos las personas. Tomamos todo lo mas que puedan darnos.

—Os daré quinientos ducados.

—Magnífico! No os hubiéramos pedido tanto; pero está visto que nunca se pierde con las buenas gentes.

—Pues bien: hagamos otro trato. Os ofrezco á todos una suma mayor diez veces que esa, si me jurais que renunciais para siempre á tan infame vida.

—Judio, esa es ya otra cuestión, y lo reflexionaremos cuando seamos viejos; entretanto, lo que importa saber es cómo llegarán á nuestras manos la suma que nos habeis prometido.

—¿Quereis que la entregue en la taberna donde nos conocimos?

—Bien: direis que es para el señor....

—¿Boleslao? dijo el rey sonriendo.

—¡No, per todos los diablos! exclamó el ladron retrocediendo. ¿Cómo lo habeis adivinado? ¡Conque sabéis quién soy yo?... Entonces, adios; yo no puedo estar un minuto donde me conocen.

—Pero á quién entregaré el dinero? gritó el rey viéndole alejarse con su cuadrilla.

—A quien querais, respondió Boleslao desapareciendo.

Así que quedó solo, corrió Erico al lecho de Catalina. Un sueño agitado cerraba sus párpados, y algunos gritos que le arrancaba el agudo dolor de sus heridas, interrumpian tan solo su respiración poco sosegada.

—Pobre y amante niña, duerme, dijo el rey enternecido: duerme, que quizá tu despertar sea tan hermoso y brillante, que creas dormir todavía.

Y se alejó precipitadamente para enviar un médico y todos los socorros que pudieran ser necesarios.

Después que amaneció, Mansdotter y su esposa, sorprendidos de que su hija no hubiese bajado aun, subieron á su

habitacion, y cuando viéndola bañada en sangre conocieron que habia sido asaltada por asesinos, su dolor no tuvo límites.

—No llores, madre mia, exclamaba Catalina; yo no moriré.... ya no temo nada, porque una poderosa voluntad veia desde hoy por vosotros y por mi... ¡Si tú supieras cuán dulces me son estos sufrimientos! El estaba aquí.... le he visto.... me ha dicho que me ama.... ¡Oh! ¡soy feliz!

—¿Quién, hija mia? replicó su padre.

—El rey, padre mio, el rey, á quien he enamorado, y que me lo ha repetido al marcharse.

—¡Ah! ¡la desgracia nos persigue! exclamó la madre elevando sus ojos al cielo; ¡nuestra pobre hija está loca!

—Local añadió Mansdotter, ¡loca, sil su mirada nos lo anuncia.... ¡La maldicion de Dios ha caido sobre nuestra casa! ¡Cuán poco duraderas han sido nuestra felicidad y nuestra fortuna!

—No, no, padre mio, no me comprendeis.... os repito que voy á ser gran señora, porque su corazon es mio, y no me dejará vivir en esta pobreza, en esta oscuridad. Si, el rey es bueno, noble y generoso, á pesar de todo lo que se dice....

—¡Catalina, mi querida Catalina! murmuró su madre sollozando... tus palabras nos dañan muchísimo... ¡Qué te ha sucedido, Dios mio! ¡Tu cabeza está trastornada!...

—¿Qué malvados te han puesto en esta situación? Ellos atacan únicamente á los ricos, sin acordarse de los pobres como nosotros.

—¡Diamante!... ¡vestidos de seda!... ¡carroajes!... esdecía Catalina en su febril delirio.

—¡Señor, tened piedad de nosotros! dijo la señora Mansdötter, arrodillándose junto al lecho de su hija; no podrá curar, y la veremos morir antes que nosotros.

En este momento se presentó en la habitación un hombre de aspecto severo, preceedido y anunciado por dos criados. Antes de que Mansdötter y su mujer tuviesen lugar de dirigirle la palabra se acercó á la enferma, examinó sus heridas, y con tono de convicción les dijo:

—No tengais temor alguno, señores, no corre peligro. Antes de quince días estará vuestra hija completamente establecida.

—¡Ay de mí, señor! respondió el padre, no nos decís todo lo que....

—Acostumbro decir siempre verdad.

—Nuestra hija ha perdido la razon

Eso lo examinaremos despues que conozcamos la enfermedad. No es difícil que la viva emocion que ha experimentado haya en efecto trastornado su razon; pero el reposo y las asiduas atenciones que tengo en cargo de prodigarla, la curarán pronto y felizmente; lo espero.

—Oh, mi buen señor! dijo la madre, ¡qué de bendiciones os deberemos si la volveis á la vida! Ayer no éramos ricos; pero hoy tenemos cien piezas de oro que la Providencia nos ha enviado, y serán para vos.

—Me está prohibido aceptar nada, señora.

—¿Pues quién os envia?

—Es un secreto que debo guardar.

—¡Ahí lo adivino: el ángel desconocido que nos protege.... Vamos á dejaros solo con Catalina. Adios, hija mia, deja que te abrace tu pobre madre, y así volverá la quietud á tu alma y á la suya.

Y el médico, ocupado ya en preparar los medios curativos, quedó solo con la enferma, que acababa de despertar.





CAPITULO V.

El gabinete del rey.

La misteriosa campaña que tan imprudentemente acababa de emprender el rey contra un ladrón más hábil y astuto que él, era, como ya lo hemos visto, en extremo peligrosa.

Había conocido Erico que los agentes secretos de los miserables que fraguaban su ruina le seguían tenazmente los pasos, y triste y desanimado por esta causa, creíase prisionero en su mismo palacio, no viendo en su poderío más que una dorada esclavitud, pues siempre mil puñales estaban asentados contra su pecho.

Agitado se hallaba su espíritu por estas sombrías reflexiones, mientras sentado delante de un escritorio, cubierto de papeles, fijaba su mirada en unos navíos que acababan de fondear en el Báltico, y desembarcaban á la sazon su cargamento en la misma plaza de palacio.

Acercóse primero á la ventana, y despues dió algunos pasos por el gabinete, como si pretendiera desechar una idea terrible.

—Yo no puedo dar publicidad á los proyectos de mis asesinos, esclamaba, porque fuera casi aconsejarles que tomen mas precauciones para librarse de mi venganza.... Además, todos me llevarian á mal esos disfrazamientos nocturnos, á que tendré al cabo que renunciar ¡lo conozco! Y los que esta noche quisieron matarme quedarán impunes! ¿cómo descubrirlos? No tengo un amigo sincero que me pueda aconsejar. Mi ministro Goran Person está siempre en expectativa con respecto á mis hermanos, pues su egoista prudencia tiende á conservar el mando con mis sucesores. Tampoco puedo confiar en los grandes, porque se han declarado enemigos míos desde el principio de mi reinado.... ¡Ah! ¡qué desgraciado soy! Esa jóven, añadió con un tono mas tierno, ¡cómo se desvive por mí! Su corazon es el único sobre el cual ejerzo algun influjo en mis Estados.... Pero ¡que haya nacido por su educación y su cuna tan lejos del trono!

Oyóse un ligero ruido que hizo volver al rey la cabeza, y vió entrar por una puerta secreta del gabinete á la princesa Isabel, la mayor de sus dos hermanas.

—Que Dios os guarde, hermano mío, dijo encaminándose á Erico con aparente aire de magestad. Si no es molesto, os rogaré que me concedáis una audiencia.

—La petición me parece inútil, después de haberos introducido en mi gabinete.

—Tengo importantes observaciones que haceros, y serios consejos que daros.

—Conozco la tendencia de vuestros consejos, y podría dispensarme de escucharlos, hermana mía; pero como todos los ecos de mi palacio repiten á cada instante que soy un tirano, quiero darles ahora un mentis, consintiendo en escuchar y aun en seguir vuestros consejos, si son dictados por el amor de la justicia y de la verdad.

—No os voy á hablar de asuntos de Estado, y si de uno en que á vos solo compete entender, hermano mío. Ya es tiempo que se hable de ello á vuestra magestad.

—Ya os escucho.

—Se dice de público, y me repugna el repetirlo, que vuestras miradas han descendido hasta el estremo de fijarse en una criatura de la más fastidiosa condición.

—Mis ojos se fijan sobre todos mis vasallos, hermana mía.

—No tergivíreseis el sentido de mis palabras. Estoy convencida de que las comprendéis; solo que como os rebajan sobremanera....

—Si alguna vez habeis creido que os sería fácil humillarme, ¿no sospechais lo que yo haría, hermana? dijo Eric con reprimida cólera.

—¿Qué haríais?

—Os arrojaría al punto de mi presencia, porque el rey no puede ser humillado por persona alguna.

—¡Ya faltais á vuestra palabra! ¡Me habeis prometido escucharme con calma, y os enfureceis!...

—He cumplido mi deber, recordádeos que debeis tratarme con respeto. Os ruego que no lo echeis en olvido.

Isabel, un poco desconcertada por esta energica protesta, conoció que era preciso mudar de lenguaje, y se decidió á hacer uso de la falsedad y la aspereza:

Aquí estaba en su terreno:

—No quiera Dios que me olvide de que sois la persona mas elevada de este reino, continuó; pero al mismo tiempo desearía que tambien vos lo recordárais, porque nada tendría que echaros en cara, y habría terminado nuestra conversación.

—Esperad, hermana, dijo Erico con vehemencia; puesto que habeis vos mismo entablado esta cuestión, voy á ponerme en vuestro lugar, y ahorraros de esas reticencias y perifrasis. Si, una joven pobre y plebeya, pero de alma noble y grande, ha conquistado mis afecciones, por haberme dado una prueba tal de adhesión, que nunca podré recompensársela debidamente.

—¿Y cuál ha sido esa prueba?

—Por ahora es intúit que os lo diga: tiene relación con un odioso complot, que espero haga mas tarde mucho ruido, pero que hasta entonces mi política me obliga á callar.

El silencio que siguió á estas palabras pareció disgustar á Isabel, que volviendo á tomar un aire compungido, prosiguió:

—¡Conque es cierto que una joven miserable, salida de la hez del pueblo, ha obtenido las afecciones íntimas del rey de Suecia, el reconocimiento, y quizás imprudentes promesas!...

—Yo no le he hecho promesa alguna, ni sé todavía qué decidiré sobre esa joven, replicó vivamente el rey; pero si el pro-

fundo amor que me ha inspirado pueda escaitar vuestro enojo, al par que lo provoco, lo desprecio.

—¿Y es un hijo de Gustavo Wasa el que así me habla?

—Sin duda alguna... y pues invocais la memoria de nuestro padre, recordad lo que él hubiera sido si Cristian se hubiese posecionado de la Suecia. Vos, princesa, vos, tan satisfecha de vuestro ativo nacimiento, lo debeis, mas que á la nobleza de vuestro linaje, á la casualidad ó á la fortuna. Suponed que Gustavo no hubiese sido favorecido por ambas que le elevaron al trono, y seríais ahora la hija de un humilde ministro de la Dalecarlia. Si así hubiera sucedido, no tendriáis tanto orgullo, ni despreciariais al pueblo en tan alto grado.

—Veo, señor, dijo Isabel con voz trémula de cólera, que tenéis en muy poco la corona que heredásteis de nuestro padre.

—Ya os he probado, hermana mia, que quiero hacerla respetar hasta por mi misma familia. Vos, que creéis mi amor una locura, echad una mirada en torno mio.... ¡creéis que yo pueda amar á alguno de los que me rodean? Por todas partes no veo mas que ambiciosos que codician mi trono. En vez de contar como debia con el cariño y apoyo de mis hermanos, jamás encuentro en ellos mas que desden ó odio. ¿Qué me pedís, pues? ¡mi vida quizás!.... He aquí lo que satisfaría vuestra ambición; pero no: decid á mis hermanos Carlos y Juan, los mas turbulentos de todos, que nunca les sacrificaré mi existencia. Yo los observo con atención... sus pasos me son conocidos... ¡que den uno mas, y la fortaleza de Orby-Hus les servirá de tumba!

—¡Cain! murmuró en voz baja la princesa, haciendo un movimiento para alejarse.

—Un instante aun, repuso Erico deteniéndola.

Y luego con voz mas dulce:

—Hermana mia, añadió, seria imposible hacerme olvidar lo que debo á Catalina, ahogar en mi corazon los tiernos sentimientos que me ha inspirado. En este instante ¡ay de mí quizás la infortunada sucumbe á influjos de crueles heridas... Hermana, separaos de la impia liga formada por mi familia; uníos á mi, á mis proyectos, á mi felicidad....

—¿Y qué tendré que hacer para eso, señor?

—Ayudadme á mostrar mi reconocimiento á Catalina, admitiéndola en el número de vuestras damas.

—¡Yo tener á mi lado esa despreciable criatural!

—Y si os dijese que yo lo mando, princesa, ¿qué haríais? ¡me desobedeceríais?

Isabel guardó silencio, y una horrible sonrisa de júbilo contrajo imperceptiblemente sus labios.

—No es obligaros mi intencion, continuó el rey; puede que Catalina muera, y en ese caso con lágrimas la pago; pero si por el contrario los socorros del arte la devolviesen la vida, sed bastante sabia, bastante buena para acceder á mis deseos. Ya no os lo mando, os lo ruego; ¡me desairareis?

—Hermano mio, dijo Isabel con voz mas dulce, vuestras razones me han convencido al fin. El amor es una locura que debe perdonarse á los reyes, y el mejor medio de curarlos es ponerles sin cesar á la vista el objeto amado. Dícese que esta fiebre pasa muy pronto á los hombres, y espero que con la vuestra sucederá lo mismo. Esta es la causa que me determina á complaceros. Será admitida sin dificultad entre mis damas vuestra jóven sueca, y yo me encargo de inculcarla, si

es posible, maneras y costumbres distinguidas para que no tenga de qué abochornarse.

—Yo os lo agradezco, Isabel. Por esta complacencia, que sabré recompensaros, os declarais amiga mía... no lo olvidare jamás.

El ministro Person se hizo anunciar en aquel momento.

—Adios, señor, dijo la princesa saludando al rey.

Y al entrar en su habitacion murmuraba:

—Cuando la tenga á mi lado estaré al menos segura de que no se nos escapará.

Y sus ojos centelleaban con feroz alegría.





CAPITULO VI.

El príncipe Juan.

—¿Qué tenemos, caballero Person? dijo el rey al ministro que acababa de entrar. ¿Qué habeis descubierto con las noticias que os di?

—Señor, ya hemos cogido la pista de los infames que han atentado contra la vida de V. M.

—¡Abi! exclamó Erico gezoso: al fin podré hacer un ejemplar, llevándolos al cadalso.

—Todos los datos por nuestra policía recogidos vienen con-

testes en que han sido Boleslao y su cuadrilla los que han cometido el crimen.

—¡Boleslao y su cuadrilla! respondió el rey; ¿insistís en ese error?

—Estoy muy cierto de que ha penetrado esta noche en casa de Mansdotter, porque sabía que V. M. se hallaba allí; y como no conoce el temor ese atrevido ratero...

—No sabeis lo que decís, le interrumpió el rey. Boleslao, a quien conozco mejor que vos, no es un asesino....

—Pero si alguno menos valiente que él le hubiera pagado...

—Os repito que estáis en un error. Existe entre Boleslao y yo un misterio, que no tengo necesidad de revelaros... Nada tengo que temer de ese hombre.

El ministro, admirado de esta semiconfianza, miraba al rey con la mayor sorpresa, sin poder comprender las secretas relaciones que existían entre su soberano y un capitán de bandidos tan célebre.

Sus ideas le confundían, y le abandonaba su perspicacia.

—Es preciso que volváis á emprender vuestras pesquisas, caballero Person; pero ante todo recomendar al jefe de la policía el silencio sobre lo que ha visto en la taberna de la Reina hace algunos días. Si pronunciase una sola palabra sobre ese asunto, si se le escapase el nombre del gran personaje que allí se hallaba, me propondréis inmediatamente su destitución.

—Pero, señor, balbuceó el ministro, para preparar acertadamente mis operaciones, es preciso que sepa...

—Solo sabreis lo que descubrais, caballero; y hasta ahora bien poco habeis descubierto.

El ministro enmudeció.

El médico que ya conocemos, entró á la sazon en el gabinete.

—¡Ahl ¿sois vos, doctor? le dijo Erico vivamente; ¿cómo sigue?

—Muy bien, señor.

—¿Me respondeis de su vida?

—Como de la de V. M. Las heridas no son peligrosas, y el júbilo de que se halla poseida la hará curar mas pronto, aun cuando lo manifiesta con expresiones demasiado exaltadas.

—Me haceis mas feliz que es ella en este momento, dándome esa buena noticia. Caballero Sacken, quiero veros todos los días á esta hora, para que me deis noticias de su persona... ¡Ahl esperad un instante.

Sentóse el rey delante de la mesa, y despues de escribir en un papel, añadió dándosele al doctor:

—Llevad de mi parte al padre de Catalina este real decreto, que le nombra administrador de mi casa de recreo de Rosen-dal, y que vaya á establecerse en ella con la señora Mans-dotter, mientras su hija recobra la salud. Decidle ademas que esta es desde hoy dama de honor de mi hermana Isabel.

—Será preciso escoger con tino el momento en que debo anunciarla tan distinguido favor, porque creo necesario no escañar con nada su esquisita sensibilidad.

—A vuestra prudencia lo encomiendo, señor doctor, pues he oido decir que es tanta como vuestro saber. Adios.

El médico y el ministro se alejaron juntos.

Un instante despues oyóse una confusa vocería en la ante-cámara, y un guardia se presentó, anunciando al rey, que á pesar de su oposicion, el príncipe Juan se obstinaba en entrar.

Súbito apareció un hombre de estatura elevada , uno de esos colosos del Norte, de que es Pedro el Grande el mas gigantesco tipo que nos ha quedado. Sus erizados cabellos eran de un rubio bastante claro, y sus espesas cejas, reunidas por la cólera que arrugaba su frente, cubrían sus ojos, que revelaban mas audacia que inteligencia. En este momento el furor le daba un aspecto tal, que parecía emanada su ira de un pensamiento terrible.

—Hermano, dijo este hombre adelantándose al rey, vengo á pediros el arresto de vuestro capitán de guardias.

—¡El arresto! ¿qué ha hecho para merecer tan duro castigo?

—Señor, ha tenido la insolencia de ponerme la espada al pecho para impedirme que penetrara hasta aquí.

—Era esa su consigna, hermano mio.

—No debe temerse en cuestia la consigna con los principios de la sangre. Ya he castigado como merece á ese insolente.

—Por Luterol dijo el rey, ¿qué le habeis hecho?

—He roto su espada y abofeteado su rostro.

—Scita feroz é inadomable! gritó Erico, ¿queréis apurar mi paciencia con vuestros coléricos arrebatos? Príncipe depravado, cuyos excesos nunca he podido reprimir, ¿será preciso que olvide mis afecciones y rompa los lazos fraternales que á vos me unen para haceros volver á la razon? Al daros la

fuerza del toro, el corazón del tigre, el talento de las bestias, y al haceros nacer tan cerca del trono, ha cometido un gran error la naturaleza, porque no comprendeis ni las conveniencias sociales, ni la dignidad de vuestra posición.

—Lo que acabo de hacer os prueba lo contrario, hermano mío.

—Llamadme rey, caballero. Voy á convenceros de que lo soy.

Y habiendo Erico llamado, se presentó un ayuda de cámara.

—Decid á mi capitán de guardias que venga.

—¿Cuál es vuestra intención? dijo el príncipe Juan con aire amenazador.

—Vais á saberlo, al mismo tiempo que recibireis el castigo que vuestra brutal imprudencia merece. No creáis nunca que yo disimulo vuestros excesos por temor á vuestras sordas ligas con los grandes del reino, no: si debo un día caer del trono, caeré para no volverme á levantar; pero no arrancareis ninguno de sus florones á mi corona.... Yo seré vuestro señor ó vuestra víctima; os someteré, ó me sacrifiquéreis.

El oficial que acababa de ser llamado por el rey, entró en la habitación dando visibles muestras de sobresalto.

—Acercaos, acercaos, señor de Woden, le dijo Erico con bondad. Acabais de ser insultado en el ejercicio de vuestras funciones por haber hecho respetar más órdenes, y no merecéis más que alabanzas; pero el que te ha ofendido tan gravemente, ¿qué pena merece, príncipe Juan?

—No tengo que responder á esa pregunta, hermano, dijo Juan con desprecio.

—Voy á hacerlo por vos, caballero. Cuando un hombre de vuestro rango ha pretendido deshonrar á un inferior por un insulto de que no puede obtener reparacion alguna militar, es legal y justo que el que ha cometido el error lo reconozca dando sus escusas....

—¡Escusas! gritó el principe con furiosa exaltacion. ¡Jamás! ¡jamás!

—Es presiso que esas escusas le sean dadas, añadió Erico en el mismo tono. Ved, Juan, que solas tres personas estamos aqui, y que Mr. de Woden, una vez satisfecho, á nadie dirá eso que vos llamais una bajeza, y yo una accion honrosa. Ceded, pues, á mi deseo, y esto acabó.

—Antes morir que humillarme tanto! respondió Juan lanzando una imprecacion. Habeis dicho, hermano mio, que era imposible una reparacion con las armas en la mano; ¡pues bien! yo que soy feld-mariscal, y tengo el derecho de castigar á todos los oficiales de vuestro ejercito cuando me plazca, accedo á batirme con el capitán si se cree ultrajado.

—Principe, replicó el rey, perdeis la razon. Un duelo con Mr. de Woden seria un duelo conmigo, pues no ha hecho mas que obedecerme. Si le habeis insultado porque mis órdenes cumplia, es á mi solo á quien osa atacar vuestra locura....

—No comprendo esas sutilezas: estoy dispuesto á batirme, y me batiré.

Esto diciendo, tiró Juan de su espada, y como un maton dirigiose frenético á su adversario, que permanecia inmóvil mirando al rey.

—Deteneos, dijo Erico. ¡Quereis asesinarle despues de haberle desarmado?

—¡Que le den otra espada! gritó fuera de sí. No permito que salga de este gabinete sin batirse.

El ruido que armaban había sido escuchado por Sofía y Carlos, el hermano segundo de Erico, que entraron apresurados en el gabinete.

—¿Qué es esto? ¿qué pasa? exclamó Sofía conmovida.

—Una espada dirigida contra el rey añadió Carlos.

—Contra mí, no, hermano mío, pero si contra uno de mis más valientes oficiales; y por este oso de Finlandia que no repara en injusticias, y á quien no convencen razonamientos, le interrumpió Erico.

—Ha errado sin duda cuando vos le juzgais así, añadió Isabel, que acababa también de entrar. Vamos, mi querido Juan, mi buen hermano, someteos á la voluntad de nuestro soberano, puesto que estáis obligado á obedecerle.

Aunque estas últimas palabras fueron pronunciadas con cierta ironía, nadie paró en ello la atención.

—¡No cederé! exclamó Juan con energía.

—Mr. de Woden, dijo friamente el rey, mandad entrar aquí á todos los oficiales que están de guardia en palacio.

El capitán salió para irlos á buscar.

—¿Vais á ordenar algún atentado contra mi persona? dijo Juan.

—¡Ah, hermano mío! añadió Isabel, no vayáis á dar á la Suecia por una causa tan fútil un nuevo y peligroso ejemplo de la división que reina en nuestra familia.

El rey, que se había sentado, no respondió.

Sofía y Carlos se unieron á su hermana para suplicar á Erico que no diese un escándalo; pero todas sus súplicas

fueron escuchadas y acogidas con el mas completo silencio.

—Señor, os dejo, para que despues de reflexionar juzgveis cuál de los dos es el culpable; y no volveré hasta que las puertas de vuestro palacio me sean libremente abiertas, y no tenga que recelar una humillacion.

Pero el rey levantándose:

—No saldremos, principe Juan, gritó; os lo impido formalmente.

—¿Soy ya vuestro prisionero? respondió Juan deteniéndose.

—Puede ser.

El mayor y los oficiales, acompañados por el capitán Wood, entraron en el gabinete.

—Os he invitado poco há á confesar entre nosotros vuestra falta, principe; pero no habeis querido satisfacernos ni al capitán ni á mi, y se ha agravado ya por vuestra temaz resistencia. Es, pues, preciso que sean mas públicas las escusas que os he exigido, y que se aumente por consecuencia vuestro castigo con la vergüenza que antes os queria evitar. ¿Consentís en confesar vuestros errores?

—¡No! respondió Juan. Soy principe; soy superior de ese caballero en graduacion militar, y se le debe dar explicaciones de....

—Oficiales, dijo el rey con calma, pedidle al principe Juan su espada.

A esta órden tan terminante, la mas viva ansiedad se pintó en los rostros de todos los príncipes y princesas.

—Fracasaron nuestros planes, murmuró Isabel al oido de Carlos.

—Dejadle hacer, hermana mia, replicó este ultimo: ¡la venganza será terrible!

—Entretanto, dijo el rey paseándose en su gabinete, que se abran todas las puertas, y que los soldados de mi guardia suban por las galerías hasta aquí.

En seguida, trescientos hombres penetraron en las vastas salas que precedian al gabinete, y habiendo sido abieras las tres mamparas que las cerraban, fué la guardia admitida á ser testigo de la escena que iba á pasar.

Erico, situándose en el centro, dijo á los soldados:

—Amigos mios, os han insultado inmerecidamente en la persona de uno de vuestrs mejores oficiales, y el autor de este ultraje es mi hermano, el fed-mariscal Juan. Yo he querido reuniros para que presencies la reparacion al noticiaros la afrenta. Ya comprendereis por esto que la justicia puede mas en mi que los intereses de familia, mas que las aficiones intimas, y cuanto respeto me inspira el honor de un ejército que tantas pruebas de amor me ha dado y que moriria fielmente por mt.

—Ahora, hermano mio, añadió el rey á media voz dirigiéndose al principe Juan, solo os restan dos partidos que tomar: ó someteros, ó partir en el acto á la fortaleza de Orby-Hus... Elegid.

—Ceded, ceded, hermano mio, dijo Isabel en voz baja; nuestra gran reunion os dará mas que lo que hoy podeis perder.

—Cedo, pues, respondió Juan á su hermana; será una mancha mas en la historia del tirano.

El principe, adelantándose con halagüeño ademán á Wo-

den, le dijo con un tono franco que sorprendió al mismo rey:

—Capitán, siento en el alma haberos ofendido, y os ruego que me perdoneis.

—¡Ah, príncipe mío! dijo el capitán, yo accedo á todo lo que me pedís, y os ruego que olvidéis....

—Bien, muy bien, interrumpió el rey. Juan, dadme la mano.

—De todo corazón, hermano mío.

Y las dos manos se enlazaron.

—Ved, Juan, añadió Erico en tono alegre, ved cómo los arrebatos de cólera dejan siempre huellas en pos de sí; vuestra mano se ha lastimado al romper la espada de Mr. de Woden.

—Pensais, señor.... balbuceó turbado Juan. No creo que esa sea la causa....

—¿Y cuál otra podía ser? añadió vivamente la princesa Isabel: la herida está aun ensangrentada....

—Sí, sí, tenéis razón, hermana mía, continuó el príncipe; estaba equivocado....

—Mr. de Woden, espero que no conservareis ningún resentimiento por lo que ha pasado, dijo el rey. El capitán de mi guardia no tendrá de hoy en adelante que indisponerse con nadie, porque le anuncio que está nombrado mayor.

—Juan, continuó Erico, estais libre. Adios, hermanas mías. Señores, dejadme solo.

Todos se alejaron respetuosamente.

—He dado un magnífico golpe de Estado, pensó el rey. Mi querida Catalina, he recordado tus consejos.... que busquen ahora mis hermanos apoyo en el ejército.... ¡Ah! no han adivinado el objeto de esta imprevista escena....



CAPITULO VII.

El cuartel general de Boleslao.

Como ya en otra ocasion dijimos, existia efectivamente camino de Upland, á orilla de uno de esos immensos bosques que pueblan la Suecia, una casita de pobres apariencias, con un bonito y bien cuidado jardin cercado por una empalizada, y en disposicion toda ella, á juzgar por otras preacpciones mas significativas, de resistir á un ataque inesperado.

En ella habia establecido Boleslao su campo, ó por mejor decir, su cuartel general. Esta propiedad, adquirida legítimamente, le habia sido vendida por un viejo leñador en doscientas ó trescientas rixdalas; pero despues nuestro ladron le

había añadido una vasta habitacion destinada á su cuadrilla, con inmensos cobertizos capaces de contener mas de cien pamas.

Los bandidos que comandaba eran cada dia mas numerosos, y como no recelaba indiscreciones por su parte, hasta aquella época ninguno le había vendido; antes por el contrario, todos le amaban y obedecian con la mayor sumision.

En este momento se hallaba Boleslao en su *fortaleza*: los primeros dias de la primavera habian adornado los árboles de follaje: el sol derramaba un dulce calor en toda la naturaleza, y los pájaros con sus alegres trinos anuncianban el estio.

Una gran mesa abundantemente provista se había preparado en un hermoso sitio del jardín. Acababa de sonar una campana, y Boleslao, vestido con un *surtout* de terciopelo negro forrado de pieles de marta, cubierta la cabeza con un gorro polaco, y calzando leonadas botas con espuelas, bajó magestuosamente de su habitacion. Sus fieles compañeros, que ya al pie de la mesa se encontraban, esperaron á que se sentase, y despues, á una seña suya, hicieron lo mismo.

Los mas picantes chistes se cruzaban por todas partes en medio de las continuas libaciones.

—¿Dónde diablos te has hecho de este excelente vinc de Francia, Piffer? preguntó Boleslao al que hacia las veces de despensero.

—Capitán, de un conductor que lo llevaba para el arzobispo de Upsal.

—¿Te ha costado caro?

—Dos tiros al aire.

—¿Te ha regalado mucho?

—Un tonel. Llevaba dos solamente, y yo creí que partíendolos como buenos hermanos con el arzobispo, conocería su excelencia que practicamos los mandamientos de la ley de Dios, y no nos negaría su bendición.

—¡Bien, muy bien, valiente mío! respondió Boleslao dando una carcajada. Eres devoto por lo que veo, y quieres que la Iglesia te perdone tus pecados.

—¡Cáspita! Si uno tiene conciencia...

—Tienes razon.

■ Levantando su vaso:

—Señores, dijo el jefe, bebamos á la salud de monseñor el arzobispo de Upsal.

Este brindis tuvo la mayor aceptacion.

—Hijos míos, prosiguió Boleslao cuando los postres se acercaban, os he reunido en este momento en torno mío, porque tengo que haceros una revelación importantísima. Regalaos, bebed hoy cuanto os plazca, porque dentro de poco ya de mí tendremos que separarnos.

—Separarnos! exclamaron todos levantándose á la par.

—A pesar de mis numerosas y continuas trasformaciones, continuó Boleslao, empiezo á ser conocido en Stokolmo, y mis espías me han anunciado esta mañana que el ministro del rey ha puesto á precio mi cabeza.

—Le mataremos, dijeron todos á una voz.

—Furor y arrebatos inútiles, mis camaradas. ¡Os creéis bastante poderosos para resistir á la fuerza armada de todo un reino? Si matárais á un ministro otro le sucedería, y otro despues, porque esta raza no se extinguiría jamás... Han hecho correr en la corte la noticia de que yo había querido asesinar al rey...

—¡Qué infamia! dijo el despensero.

—¡Como si yo estuviese educado en esos principios! añadió Boleslao. Sin duda ha nacido ese rumor de que saben que conozco al rey; pero he oido decir en los lugares públicos, que por ciertos negocios he frecuentado, que él está rodeado de enemigos en su misma corte, por cuya razon creo que no hubiesen elegido para quitarle la vida á un hombre como yo, habiendo tantos grandes señores, amigos y aun parientes suyos, que lo tomarian de buena gana por su cuenta. No digo por esto que esté descontento con mi posicion actual; muy al contrario. Soy vuestro rey, y me creo mas feliz que el otro, porque nadie pretende usurparme mi autoridad. Todos mis vasallos me son tan ciegamente fieles, que se lanzarian por mí y conmigo á todas las aventuras, y espero que siempre sucederá lo mismo.

—Sí! ¡ah! gritaron por todas partes.

—He pensado, prosiguió Boleslao, que en la situacion en que me encuentro con la justicia sneca, una ausencia de algunos meses la desorientaria. Mi proyecto, pues, se reduce á regresar á Polonia, donde ya me han olvidado; pero no lo llevaré á cabo, si lo desaprueba la asamblea general. Os propongo para sucederme á Magog, mi teniente.

Y levantándose despues de terminado este discurso, se fué á pasear fumando bajo un emparrado en que terminaba el jardin.

En seguida formáronse algunos grupos, que hablaban en voz muy baja, y reiuaba la mayor agitacion entre los miembros de aquella sociedad.

En fin, pasados diez minutos, el teniente Magog, dirigiéndose á Boleslao, le dijo con voz conmovida:

—Capitan, la asamblea ha deliberado como mandásteis,

—Y bien...

—Te suplica por unanimidad de votos que te quedes.

Todos los compañeros de Boleslao le rogaron que no los abandonase.

—Nosotros nos dejaremos matar por defender tu libertad y tu vida, dijo uno de ellos. Tú eres nuestro protector, nuestro mejor amigo; y si nos faltaras, jamás encontrariamos quien dignamente pudiera reemplazarte... y sin apoyo ni dirección iríamos á morir de hambre y de miseria en el interior de los bosques, porque si te separaras de nosotros jamás volverías.

—Amigos míos, mis queridos hijos, respondió Boleslao, estoy mas enternecido que todos vosotros.... Bien seguro estaba yo de que mis vasallos me son mas adictos que al rey de Suecia los suyos... ¡Todos ambicionan su puesto, y nadie el mio! Pues bien, me quedaré con vosotros y nunca nos separaremos, os lo juro. Aun no se ha agotado mi astucia, y burlaré á la policía por mil infernales medios.... yo causaré en Stokolmo una revolución tan complicada, que cada habitante desconfiará de su vecino, de su amigo. Dando todos los días cien falsos avisos al burgomaestre, le haré prender á cien falsos Boleslaos, mientras que el verdadero se enriquecerá por su destreza. ¡Compañeros, tengamos fe en el porvenir! Escanciadme licores ardientes.... doy libertad á todos para entregarse á los placeres: mañana hablaremos de los negocios.

—¡Viva Boleslao! ¡viva nuestro capitán! gritaron todos los ladrones con delirio.

Entonces comenzó una bacanal tan estrepitosa, que creemos no poderla describir. Formáronse grupos en que se en-

tonaban chocarreras canciones; y esta sesion empezada con dignidad, continuada del mismo modo por un interés general, debia terminarse como todas por una explosión de materiales que volvía á nuestros bandidos su fisonomía verdadera y natural.

Las azules llamas del ponche elevábanse en los aires, y los vasos, tan pronto llenos como vacíos, eran al fin rotos ó lanzados á la cabeza de algun bebedor, que respondia de la misma manera. Apostábase quién bebia mas; proferianse insolentemente horribles blasfemias, desafiando el poder de la Divinidad, y la fuerza muscular de estos hombres privados de razon se ejercitaba por pasatiempo en furiosas luchas. Reinaaba, pues, por todas partes el grosero desorden de una borrachera sin objeto y sin poesía, tal como á la que se entrega el populo de todos los países, que no produce mas que cansancio y sueño.

En medio de este frenesi de demonios, uno de ellos, de modales algun tanto distinguidos, cogió un laud, y tomando sobre la mesa una postura digna de Apolo, cantó con voz ardiente y sonora las siguientes estrofas, que nosotros hemos traducido literalmente por no despojarlas de su sencillez primitiva:

Jóvenes amantes, huid de los valientes:
 la noche está oscura é incita á los amores,
 ocultadnos vuestras hermosas escandinavas,
 porque la paloma pertenece al milano.
 ¡Plaza á los bandidos! ¡hoy es gran dia!
 brama la tempestad, y á cada instante aumenta;

bebamos, pues, amigos, en su seno...
 la luz del relámpago nos muestra un caminante.

Ya le veo vacilar sobre su caballo
 impelido por el huracán del Norte...
 ¡Imprudente! nos llama á su socorro,
 sin saber que llama á la muerte.
 Corramos... pero no... ¡ya calla! se detiene...
 ¡el rayo le ha herido por nuestra dicha!
 contad su oro, hijos de la tempestad,
 y bebamos todos en derredor de él.

A los lobos debemos una presa...
 el oro es nuestro: el cuerpo le pertenece.
 Escuchadlos. Ya oigo sus gritos de júbilo;
 huyamos lejos de ellos... el dia se acerca.
 En los antros donde reposen nuestras cabezas
 dormiremos sin temor alguno...
 ¡Bebamos mas, esperemos las tempestades,
 y tiembla el viajero al acercarse la noche!

Un hurra general de bravos acogió este canto tradicional, que había sido compuesto sin duda alguna para bandidos mas feroces que los de nuestros días.



CAPITULO VIII.

Los drabans de la policía.

Boleslao y sus compañeros solicitaban al joven trovador, cuando algunos culatazos de partesana hicieron temblar la puerta de la casa.

—Silencio! exclamó vivamente Boleslao.

Y el mutismo mas completo reinó como por encanto.

El jefe se dirigió á la puerta para escuchar.

Los golpes redoblaban, y algunas voces decían: «Abrién nombre del rey.»

—Son los drabans, dijo Boleslao volviendo al jardín. Pue-

den tener sospechas si os hallan reunidos. Dejadme solo con ellos, y salid inmediatamente por la puerta que dà al bosque.

—Pero, ¿vais á quedarnos solo? dijo Magog.

—Nada temais por mí: idos aprisa y llevaos vuestras hachas.

A pesar de su embriaguez, los bandidos se alejaron sin replicar. El peligro y la costumbre de obedecer les había devuelto una parte de su razon.

Cuando todos salieron, arrojó Boleslao su gorro polonés por cima de la empalizada, calóse su ancho sombrero pardo de fieltro, y cubierto con una larga bata de seda morada, se encaminó con la pipa en la boca á abrir á los importunos visitadores, que llamaban cada vez con mas fuerza.

Ocho esbirros, mandados por un sargento, entraron en la casa, quejándose con bastante insolencia de que se les hubiese hecho esperar tanto tiempo.

—No es mia la culpa, caballero, respondió Boleslao: no os esperaba, y me había dormido haciendo cálculos asaz complicados.

—Todo eso está muy bien, dijo el sargento con aire salvaje; pero ¿y si no queremos creeros?

—Haced lo que os plazca. Solamente os prevengo que me es igual.

—¡Ah! os es igual.... vamos á ver.... Volveos de mi lado para que os exaspire cara á cara.

—¿Por qué?

—Porque no os veo.

—¿De qué país sois, mi buen amigo?

—Soy Fiamés.

—¿Sabeis si son políticos vuestros paisanos?

—Cada uno es como le da la gana.

Entonces el sargento, sacando de su bolsillo un papel, se puso á examinar las facciones de Boleslao, quien durante este tiempo habia encendido la pipa y envolvía á su examinador en bocanadas de humo.

—¿Acabareis de fumar, imbécil? dijo el drabañ tosiendo.

—¡Perdon, militar! Me habeis llamado imbécil, ¿no es verdad?

—Sí.

—Gracias; bien lo he entendido. ¿Sabeis que esa es una palabra demasiado retumbante en un hombre de tan insignia graduacion como vos? Sois ya tan insolente como un oficial superior. Si la grosería es circunstancia indispensable en los de vuestra profesion, vos asoendereis mucho.

—Ahí me decis unas cosas que deberia enterraros mi sable en el vientre. Es preciso tener mucho descaro para dirigirme semejante discurso. ¿Sabeis bien quién sois en este instante?

—Soy propietario, esplotador de los bosques del Estado, para la construccion de buques con destino á nuestra marina.

—Tá, tá, tá! No es eso todo. Sois el famoso Boleslao que buscamos hace cien años, y hemos encontrado al fin.

A estas palabras, los soldados acercáronse á Boleslao y le rodearon.

Este pretendió ocultar su embarazo con carcajadas estrepitosas que desconcertaron á los soldados.

—Sargento, añadió, debo deciros que cometéis un gravísimo error.

—¡Cá! Aquí está este papel que hace fíe. Leed vos mismo. Ojos azules, nariz aguileña, cabellos rubios...

—Ved los míos, dijo Boleslao descubriendose, son negros como un oso de Finlandia.

—Si quisierais serian rubios.

—Eso es lo mismo que si yo os dijera que esta terrible barba roja que vos tenéis (y le tiraba de ella con todas sus fuerzas) puede cambiar de color.

—¡Tunante! gritó el sargento gesticulando, me habeis hecho mucho daño; pero á fíe mia, que no me harán cambiar de idea esas palabras. Vos sois el famoso ladron que buscamos, y por el sagrado sacerdote de la Eucaristía, os juro que me vais á seguir.

—¡Ah, militar! Vuestra terquedad puede tener fatales consecuencias. ¡Creeis que Boleslao, despues de haber escapado de las garras de la policía de vuestra capital, sería tan torpe que se dejase prender en su domicilio por ocho hombres tan mal pergeñados como vosotros... ocho hombres que pueden tener mucho genio, pero que lo disimulan bajo el aire bobalicón del mundo?

—Es verdad, dijo con conviccion el sargento; y dirigiéndose á sus soldados:

—Seguidme vosotros y visitemos el local antes de proceder á otra cosa.

Sin perder un instante de vista al dueño de la casa, entraron con él en el jardín, y vieron sorprendidos el resto del banquete.

—¿Qué es esto? articuló el sargento.

—Son las sobras de la comida de mis leñadores.

—¿Y por qué se han ido, dejando aun licor en los vasos? Eso es muy contrario á las costumbres suecas, y me ha sorprendido.

—En mi casa, cuando suena la hora del trabajo, todo se abandona.

—Parece, prosiguió el sargento con desconfianza, parece que dais á vuestros obreros licores esquisitos?

—Sí, los trato mejor que el rey á sus tropas. Vamos, valiente, sentaos con vuestros camaradas; aquí tenéis dos erteñas y un gallo silvestre que nadie ha tocado. Probadlos, pues, y luego me direis si en vuestros cuarteles os sirven manjares tan succulentos como ellos.

—¡Oh! ¡por Lutero! no. No nos dan á comer mas que sopa con berza y arenques salados. Pero volviendo á nuestra anterior conversacion, no podemos aceptar vuestra oferta, porque el reglamento nos prohíbe tomar la mas mínima cosa de los particulares á quienes vamos á prender.

—Lo sé muy bien; pero el reglamento no os prohíbe aceptarla, y de tomar á aceptar hay una gran diferencia.

—No dejais de tener razon, por lo cual...

—Vamos, empezad á comer sin tantos preámbulos. Mientras tanto conversaremos, y acabaré por darme á conocer á vos, porque deseo merecer vuestra estimacion, así como estoy seguro de que ganareis la mia.

—Sois muy atento para ser ladron.

—Ladron?... Aun creéis... vaya, vaya, bebámos juntos; y mientras dais al estómago un excelente refuerzo, que por otra parte nadie sabrá, yo os probaré que soy un honrado ciudadano.

El sargento miró á sus soldados como interrogándoles. Dos se habian sentado ya á la mesa , creyendo desde luego terminada la discusion ventajosamente para el anfítrion; y habiéndose sentado tambien el gofe, los otros seis le imitaron.

Boleslao trinchó los asados y sirvió de copero á sus huéspedes. Habiendo deliciosos los primeros bocados , le dijo el sargento con aire mas amable y mirándole bondadosamente:

—Veo bien que éran falsas las señas de mi apuntacion, porque no teneis los ojos azules.

—No, son pardos; y los vuestrros?

Y esto diciendo le escanciaba mas vino.

—Basta, basta, paisano.... ya está hasta el borde.... Pues ¡y vuestra nariz y vuestra boca!... ¡Cál ni con mucho... ¡Cristo! ¡qué vinol no se bebe igual en el Paraíso; ¡cómo le llaman!

—Del Chateau Margaux (1).

—¿Margaux? No conozco en este país tal posesión; pero quien quiera que la posea, debe ser muy respetado por sus amigos.

—¡Oh Dios mío! ¡Si es mi amigo, el arzobispo de Upsal, quien me ha hecho este regalo últimamente!

—¿El arzobispol ¿El presidente del senado?

—El mismo.

Entonces, por un movimiento casi mecánico , todos los soldados se descubrieron poniendo sobre los bancos sus cascos de cuero.

(1) Chateau, en esta ocasión significa casa de campo , propiedad rural.

—Escusadme, señor baron, balbuceó el sargento aturrido, ha osado tomar á un amigo del arzobispo por... El imbécil de mi capitán es el responsable de este absurdo. Me dijo, esta es la pura verdad: «Frick (así me llamo), el burgomaestre ha sabido por algunos espías, que Boleslao vive en los alrededores del bosque Upland; dirígete secretamente allá, y si puedes echarle mano, eres rico para toda tu vida.»

—Entonces...

—Habéis desempeñado vuestra misión con toda la destreza de que he sido testigo.

—¡Diantre! respondió friamente el sargento.

—Vuestro capitán no se equivocaba enteramente, si os lo he de decir todo. Solo tres meses hace que Boleslao no habita aquí.

—¡Ah! ¡bah!

—Uno de sus misteriosos agentes me ha vendido esta casa, donde he fundado un gran establecimiento útil á mi país.

—Sí, sí, ya comprendo la historia del *quid pro quo*... ¿Y el jefe de los ladrones?

—Se ha retirado, segun creo, á la Vestmania, treinta leguas de aquí.

—¡La Vestmania! repitió el sargento. No sé á qué lado cae la Vestmania.

—Preguntareis. En cuanto á mí, os he prometido darme á conocer á vos, y voy...

—¡No, no, señor conde! Unicamente os rogamos nos escuchéis las insolentes palabras...

—Hace ya tiempo que os las he perdonado, mis amigos; vosotros cumplís vuestro deber... pero, sargento, ¿no habéis llenad vuestro vaso.

—¡Oh! ¡diablos! ya lo he hecho, monseñor; y por cierto que no sé dónde estoy en este momento ni cómo daremos mis camaradas y yo la vuelta á Stokolmo.

—No os apureis por tal bagatela. Yo poseo el secreto de arreglarlo todo, y quiero haceros un buen servicio, indicádomeos un medio seguro de prender á Boleslao.

—¡Ah, pardiez! Eso sería magnífico.

—Algunos mercaderes ambulantes, que creo pertenezcan á su cuadrilla, decían el otro dia á su paso por aquí, que el famoso bandido vive en Stokolmo, en una casa inmediata á la del burgomaestre.

—Bien, ya caigo. Justamente vive allí cerca, en una bohardilla, mi querida.... una rubia de diezinueve años, que hace calzas de pellejo.

—¿Cómo se llama?

—Margarita Lauder.

—¡Ay, mi pobre sargento! permítidme que me ría de esta aventura. Justamente esa Margarita Lauder es la que por sus indiscreciones de mujer ha descubierto el asilo de Boleslao.

—¿Ella le conoce?

—Pues no! Es su amante al mismo tiempo que vos.

—¿Qué decís? ¿Me vendería por ese malvado?

—Son las mujeres tan caprichosas!

—Pero... ¡por el sacramento de la Eucaristía! no se me arrima la camisa al cuerpo. ¡Parto al instante! ¡voy á hundir mi espada en el corazón de Margarita! ¡Mi cabeza hierve como una calderón! ¡Iba á casarme con ella!

—Calmaos, sargento, calmaos. Voy á subir á mi gabinete;

os traeré una carta para el burgomaestre , y con las órdenes que este os dé tendreis la gloria de prender á vuestro rival y á vuestra infel amante.

—¡Ah! ¡qué golpe tan magnífico! Id aprisa, monseñor; despacharé esta botella de sangre de Cristo esperándoos.

Boleslao volvió pocos instantes despues , y entregó al esbirro una carta cerrada, diciéndole:

—La noche se acerca; acompañadme hasta el bosque con vuestros soldados, y vereis á mis leñadores que deben regresar del trabajo. Me alegraré mucho de que hagan conocimiento con vos, porque puede algun dia serles útil.

—Con mucho gusto; pero partiré en el acto, porque tengo en el corazon una serpiente que me le desgarra furiosa. ¡Oh! ¡las mujeres! ¡las mujeres! ¡para qué criaria Dios las mujeres?

En seguida salieron cogidos del brazo para poderse sostener. A una voz de Boleslao sus camaradas se les reunieron, llevando sus hachas, como si en aquel instante abandonaran el trabajo.

—Magog, dijo en voz baja Boleslao á su segundo , haz poner cuatro vigorosos caballos á maestro carroaje de las provisiones.

—Al punto, capitán, respondió este alejándose.

—Mis queridos obreros , dijo Boleslao volviéndose á sus amigos, tengo el placer de presentaros á Mr. Frick y á sus invencibles compañeros, que habiéndose venido en ayunas, han festejado ampliamente mi chateau margaux , por cuya causa tienen la cabeza en bien mala disposicion; y como yo no quiero que se estravien, lo que pondria muy en ridículo á

la policía, vais á desempeñar el mismo papel que á ellos había sido encomendado. Ellos venian aquí para prendernos... dos de vosotros los acompañareis hasta Stokolmo, en carroje, para que no se pierdan.

Esta atrevida chanza arrancó una inmensa carcajada á todos sus oyentes.

—Monseñor, dijo el sargento con su aire de bruto, cualquiera creeria que se burlan de nosotros.

—Bien puede ser.

El carroje llegó ya enganchado.

—Vamos, mis leñadores, coged á todos estos héroes, colocablos bien en el fondo, y tened cuidado de que no se hieran con las armas, porque sería peligroso. Arrea, carretero.

Todo esto se ejecutó en medio de los mas cómicos ademanes y chistes. Los ocho hombres y el sargento, disputándose un lugar en que cabrian cuatro á tres tirones, rodaron uno sobre ocho en aquel estrecho baul, y jurando como condenados, llegaron á las dos horas dislocados y heridos á la capital.

Boleslao volvió á entrar alegramente en su propiedad, seguido de los demás ladrones.

Despues cada uno se entregó al sueño.

La siguiente mañana, como Boleslao dijese que había mandado una carta al burgomaestre, su teniente le preguntó qué le había escrito.



CAPITULO IX.

La paloma.

Por espacio de una hora batieron el bosque sin resultado; solamente vieron en los aires algunas bandadas de halcones que andaban á caza de su alimento. Algunos descendían á veces sobre los altos abetos, y volvían á elevarse con nidos de ardillas; pero las gallinetas silvestres y las perdices, que era lo que deseaban nuestros dos cazadores, no se dejaban ver en ninguna parte.

Volviánse á la casa desanimados; pero en el momento en que iban á abrir la puerta del jardín, divisó Magog á la orilla del bosque una paloma perseguida por un águila, y cuyo fati-

gago vuelo anunciaba que pronto seria presa del ave de rapina. Apoyó entonces su ballesta en el hombro, y con su destreza acostumbrada atravesó de un tiro al pobre pájaro, que no podía escapar de sus dos crueles perseguidores. El águila, poco satisfecha de que la arrebataran su presa, cerró sus alas y se desplomó sobre la espirante paloma; pero Boleslao, que había adivinado sus intenciones, siguiendo todos sus movimientos, le asestó su tiro con tal acierto, que hiriéndola en el cuello cuando ya abría su largo pico para apresar la paloma, la hizo rodar hacia atrás y desaparecer lanzando gritos salvajes.

Cogió Boleslao el pájaro muerto, presintiendo que el destino de la Suecia dependía de este dichoso flechazo, y al examinarlo, descubrió que pendiente de su cuello por una seda había un papelito, de que se apoderó con presteza, diciendo a Magog:

—¡Ah! ¡ah! parece, Magog, que sin saberlo acabas de matar á un mensajero de amor. Toma el galante correo de las pastorcillas de estos contornos.

—Veamos qué dice; será divertido, replicó el taniego.

—Veámos.

Boleslao, desplegado con precaución el papel encrespado en forma de espiral, leyó lo que sigue:

«Hermano, dentro de cuatro días hay gran reunión: la mina de esmeraldas producirá sus frutos. No faltéis al castillo de Medelshom á las seis de la tarde. Todos los nobles y hijos de la capital asistirán también... quemad este aviso, y pedid á Dios que nos ayude á triunfar.»

—¿Qué quiere decir eso, capitán?

—¡El diablo me lleve si lo comprende mas que tú!

Boleslao volvió á leer en voz baja este enigmático y singular billete, aplicando á cada palabra toda su inteligencia.

Despues de haber reflexionado algunos minutos:

—Magog, esclamó, el cielo nos envia una inmensa fortuna.

—¿Cómo?

—Repara bien estas palabras: *la mina de esmeraldas producirá sus frutos*. Yo creo que esto hace referencia á una reunion de individuos que han descubierto una mina de piedras preciosas, de la cual no quieren que tenga conocimiento el rey, porque le corresponde la mitad.

—Es muy posible.

—Yo sé dónde está ese castillo de Medelshorn. Se halla situado á diez leguas de Stokolmo, y dicen que pertenece al duque de Sartan, señor muy rico.

—Y bien?...

—Si diésemos una vuelta por allá, pasarían cosas muy curiosas entre esos contrabandistas y mis leñadores. Muy divertido sería, por ejemplo, dejarlos tranquilamente desenterrar las esmeraldas, y coger nosotros el botin cuando fuese mas abundante.

—Pero habrán tomado grandes precauciones. ¿Cómo haremos para introducirnos?...

—Eso corre por mi cuenta. Nosotros hallaremos además mucho oro en esa mina: lo tomaremos al mismo tiempo para ocupar toda nuestra gente.

—Magnífico pensamiento, por vida mia!

—Y cuyo resultado es tanto mas seguro, quanto que si los defraudadores osan resistirnos, nos nombraremos agentes de policia para que teman ser descubiertos y presos.

—Perfectamente concebido.

—El proyecto que antes dije tenia que comunicar á nuestros compañeros, es por casualidad casi igual á este. Habia meditado un merodeo por los castillos de estas cercanias : la ocasion de hacerlo se me presenta , y no la desaprovecharé. Yo sabia que en Suecia hay algunas minas de plata ; pero nunca creí que tambien las hubiese de esmeraldas. ¡Qué importa? Lo haremos, suceda lo que suceda. Entremos.

Boleslao, despues de almorzar , notificó oficialmente á sus subordinados que estuviesen dispuestos, porque iba á abrir la campana. Los que habian conducido á los esbirros hasta Stokolmo acababan de llegar , y se quedaron para cuidar de la casa. Los demás, con su jefe á la cabeza, emprendieron la marcha al principio de la noche hacia el misterioso castillo de Medelshom, que iba á ser testigo de acontecimientos de la mayor importancia.





CAPITULO X.

— — —

Las hermanas del rey.

En uno de los vastos pabellones contiguos al palacio real de Stokolmo habia un salon adornado con ricas esculturas. Las colgaduras de terciopelo encarnado, que cubrian las paredes de cedro, fatigaban la vista por lo subido de su color; grandes sillones de respaldo redondo ocupaban los cuatro angulos de la habitacion, y algunas pieles de zorro azul, tendidas sobre el pavimento, formaban una especie de césped espeso, donde los pies apenas podian moverse. Un temperamento templado, dulce e igual, reinaba por todas partes.

En este pabellon habitaban juntas las dos hermanas del

rey, que vivian en una comunidad tal de afecciones y confidencias, que en vez de dos voluntades no reinaba allí mas que una sola. Es preciso advertir que siempre disponía á su antojo de esta voluntad comun la princesa Isabel.

Isabel era de elevada estatura, y todo su porte respiraba energía. Por una excepcion muy rara en las hijas del Norte, sus cabellos eran pocos y negros. El vivo encarnado de sus mejillas parecia acusarla de su vulgar origen, y su entrecejo anuncioaba una entereza indomable; por cuya razon eran sus azules ojos de una dulzura estremada. Ciertas costumbres masculinas se echaban de ver en sus bruscos movimientos, y en su persona se advertia cierto aire de impertinencia, á pesar de ser por lo comun vergonzosa y tímida su mirada, en que se trascendia la falsedad que formaba el fondo de su disimulado carácter.

Moralmente considerada, era esta princesa menos perfecta aun, porque habiendo leido con fanática pasion una multitud de obras fabulosas, se habia formado de los hombres y del mundo una idea enteramente opuesta á la realidad. Hacia gala de no amar, de no sentir, y regañaba á sus mejores amigos cuando se incomodaban por cosas que no merecian la pena. Su corazon estaba ademas seco y rebosando odio, razon por la cual, á pesar de su belleza, ningun hombre hubiera apetecido ser su esposo, porque las gracias, la dulce persuasion de la bondad y las tiernas expansiones faltaban á esta naturaleza mal cultivada, dominada de continuo por una vanidad insolente, y cuyo talento no tenia nada de elevado.

Rubia, débil y en extrema delgada, la princesa Sofia

participaba de casi todos los defectos de su hermana, mas bien por el contacto de su dominacion continua, que por inclinacion. Sus arrebatados instintos, combatidos por la ligereza de sus ideas, no tenian ninguna importancia peligrosa; era cequeta, y amaba el placer; pero á su alma faltaba la suficiente energia para sacudir el yugo de Isabel. La amaba, escuchaba sus consejos, los seguia por costumbre, y sus cualidades naturales se hallaban asi reprimidas por la falsedad de un carácter que no era el suyo.

El rey, hasta la época á que nos referimos, habia dejado á sus hermanas en completa libertad, de que no hablan abusado mas que para mezclarse en intrigas politicas; porque sus corazones, gastados por las quimeras de la imaginacion, habian soñado hombres y amores tan perfectos, que todas las realidades humanas les parecian insopportables impertinencias.

Sofia suspiraba algunas veces en voz baja, viendo pasar por delante de ella á los oficiales de la guardia real, pero no se atrevia á decirlo; y estos deseos que en sueños la perseguian, no tenian otros testigos que sus almohadas.

Las princesas se hallaban en este momento reunidas en el salon. Isabel escribia, y Sofia, reclinada en un divan, se entretenia jugando con un pequeño arniño, que elevaba á la altura de su cabeza, haciéndole balancear sobre la punta de un largo baston dorado. Algunas veces abandonaba al animal su destreza; pero otras, deshizándose ó subiendo obstinadamente, divertia á su dueña con sus saltos y volteretas.

—¡Ten cuidado, Bola de Nieve!, dijo Sofia lanzando un

grito de dolor; acabas de morderme el dedo y voy a castigarte metiéndote en tu jaula.

Pero Bola de Nieve, que parecía reconocer su falta, se apresuró á lamer las mangas de la princesa; pasaba y volvía á pasar repetidas veces sobre un manguito que á su lado había, y corriendo á robarla azúcar y avellanas, segun su libertad le permitía, desarmaba con su amabilidad su enojo, que acababa siempre por risas inmoderadas ó nuevas caricias.

—¿Cuál es el nombre del castillo que habita el conde de Guldenstern, hermana mia? dijo Isabel preocupada.

—Stora-Sundby, á una legua de aquí, respondió la princesa.

—Muy bien: ya están todas mis cartas escritas. Si nuestros agentes de las provincias han tomado las hábiles precauciones que les he prescrito, nuestro plan es infalible.

—Muy atrevido, y sobre todo muy peligroso, hermana mia.

—¿Teneis el proyecto de combatirlo despues de haberlo aprobado, Sofia?

—Yo lo he aprobado, porque vos habeis querido.

—Yo no quiero mas que cosas justas, grandes y dignas de nuestro rango, hermana.

—Si, ya lo sé.... por eso me sometí y apruebo cuanto haceis.

Llamado por Isabel un criado de confianza, recibió de su mano un considerable número de pliegos, recomendándole los hiciese llevar á su destino por hombres de quienes no se pudiese recelar.

El criado saludó, y al disponerse á salir:

—¡Ah! Ulrico, añadió Isabel, decid de mi parte á Mr. Gustavo Rimberg, el teniente de guardias, que le ruego se ponga á mis órdenes. Id.

A este nombre de Gustavo, la princesa Sofía se levantó, y un vivo encarnado coloreó su frente, de ordinario pálida.

—¿Qué teneis que decir al teniente Rimberg? preguntó á su hermana con emoción contenida.

—Ya lo sabréis cuando él venga, porque es muy importante que me ayudeis en una conversion que puede salvar el honor de nuestra familia.

—Una conversion?... no os comprendo.

—Dentro de un instante me comprendereis; pero recordad que debeis apoyar con toda vuestra influencia el designio que medito, porque vuestra aprobacion me ayudará á triunfar.

—Corriente: mas entretanto insinuadme....

—Ya está aquí Mr. Gustavo.

En efecto, un oficial, de rostro tan franco como distinguido, acababa de entrar, y se detuvo respetuosamente á la puerta.

—Acercaos, caballero, le dijo Isabel con amable sonrisa. Tenemos gran necesidad de vos.

—Dichoso yo, señora, respondió Gustavo saludando, si me juzgais útil para vuestro menor deseo ó para vuestro servicio.

—Venid á sentaros aquí, junto á mí, continuó la princesa con una familiaridad que no la era muy habitual.

—Sentarme!... ¡en vuestra presencia!

—Puesto que queremos hablaros en confianza, caballero Gustavo, añadió Sofía con abandono, es preciso que os tratemos como á un.... amigo.

—Mr. Gustavo, continuó Isabel fijando sobre el joven una mirada escrutadora, ¿cuál es la posición de vuestra familia, su fortuna actual y sus esperanzas para el porvenir? No me ocultéis nada: os ruego que no os intimidéis delante de nosotras. Sois un valiente, un leal militar; pero nunca ascenderéis á los grados superiores de la milicia si no encontráis protectores que os presten su apoyo, y esto es precisamente lo que podemos procuraros, y lo que vamos á ofreceros.

Absorto al escuchar tan inesperada proposición, el joven teniente sonrojóse de reconocimiento y embarazo; pero al ver que Sofía le animaba por un gesto bondadoso, venciendo sus emociones:

—Señoras, respondió con voz segura, sin querer pausar los motivos del generoso interés que vuestras altezas se dignan manifestarme, permitanme agradecerles humildemente tan señalada bondad. Mi familia no es acomodada. La posición de mi padre en el fondo de una provincia es solo modesta. Tengo un hermano, mayor que yo, sirviendo en la marina real, y enviamos á nuestro padre los pocos ahorros que nuestro corto sueldo nos permite, para procurarle en suvejor descansada.

—¡Nobles jóvenes! dijo Sofía con interés.

—Honrosa conducta es la vuestra, caballero Rimberg añadió Isabel. Vuestros sentimientos son los de un excelente hijo.

—Oh, señoral ¡él sí que es bueno! Los rigidos deberes

que mi estado me impone no me permiten verle, abrazarle; solo mi pensamiento vuela á su lado continuamente, no le abandona jamás. Sueño con mi país, con mi infancia, con mi humilde hogar, y solo así soy algudi tanto dichoso.

—¿No tenéis ambición?

—No, señora; temeraria lanzarme en tan peligroso camino.

—¡Qué lástima! dijo Sofía ahogando un suspiro.

—Decidme, caballero Gustavo, continuó Isabel con voz ligera, ¿no habeis nunca pensado en casaros?

—Casarme, señorial ¡á quién osaría amar yo, pobre soldado, sin fortuna? Confundido en los más infimos grados del ejército, ninguna mujer tendrá nunca la bondad de mirarme.

—Eso es un exceso de modestia, caballero Gustavo, dijo aturdidamente Sofía. Las mujeres son como Dios; todo lo ven; particularmente las que de cuna mas elevada que las otras....

—Hermana mía! la interrumpió severamente la mayor, parece que no comprendéis muy bien el objeto de esta conversación. Dejadme acabar.

Sofía, casi avergonzada de haber merecido esta reprimisión, bajó los ojos y guardó silencio.

—Caballero Gustavo, prosiguió Isabel, si vuestro corazón está libre, como pienso, será muy fácil haceros feliz, procurándoos más amores inesperados; una mujer y un dote.

—¿Qué decis, hermanas? exclamó Sofía; ¿habéis llamado á Mr. Gustavo Rimberg para hacerle víctima de una burla?

—No, sin duda alguna, porque no me burlo; y espero su respuesta, que os ruego, Sofía, no retardéis.

—Señora, dijo entonces Gustavo seriamente, me parece

(si me permitís espicarme con toda la franqueza propia de mi buena fé) que su alteza real la princesa Sofia ha dicho ya la mitad de la respuesta que me pedis. Creo, como ella, que debo tomar vuestra proposicion por una de esas chanzas muy comunes en la c『rte, y  las que nosotros los soldados, que debemos la mas ciega obediencia  todas las personas de sangre real, nos sometemos de muy buena gana.

—Respondeis  mi proposicion en tono muy altivo, señor teniente, dijo Isabel con sequedad; yo os la he hecho con condiciones muy sencillas: no es una buria, es una realidad lo que os ofrezco.

—En esa segunda hipótesis, señora, todo tendr a diferente significacion, y he aquí lo que vuestra alteza me autoriza  decirlo. Yo tengo veinticinco años: mi posicion es mediada; pero ser a siempre honrosa. Si hasta aquí no he sucumbido al amor, no ha sido porque mi alma no comprenda todos sus dulces ardores, sus peligrosos arrebatos y sus locuras: conozco mejor que otro cualquiera hasta qué estremo podr a yo amar; pero, señora, así como yo desearia rodear de adoraciones al objeto de mi pasión, así tendr a tambien derecho  que fuese puro y sin mancha. Una jóven que yo hubiese encontrado por casualidad,  quien hubiera tenido la felicidad de agradar, y que me hubiese inspirado estimacion por sus virtudes, he aquí la modesta flor  quien yo querria dar mi nombre sin acordarme de su fortuna ni de la pompa que la rodeara. Yo no querria ser dichoso por mi solamente, pues me parece que ser a mi amor bastante grande para que mi compañera no tuviese otra cosa que desear.

—¡Bien! ¡muy bien, Gustavo! ¡Oh! sois un noble jóven, dijo Sofía.

—¡Ideas pobres y que trascienden á provincial! añadió Isabel.

—Yo ignoro, señora, continuó Gustavo, si pensamientos diferentes, inclinaciones mas energicas podrian variar enteramente mi vida, hacérmela mas agradable; pero solo de esta manera comprendo la felicidad, y la explico tal como la siento.

—No estariamos entonces tan lejos de entendernos como creéis, caballero.

—Ah, señora! aunque entonces fuese atrevido é indiscreto, vuestro ofrecimiento me asustaria. Me daria margen á pensar atrevidamente sin duda que una cortesana que emplease para encontrar marido una intervencion tan elevada como la vuestra, habria cometido algun desliz....

—No, señor de Rimberg, no, le interrumpió Isabel; no me habeis comprendido.... La jóven que os propongo ignora, lo mismo que su familia, este paso que doy. Por otra parte, es tan discreta y tan pura como vos la deseais; solamente que su nacimiento no tiene nada de distinguido; he aquí su único defecto.

—De poquissima entidad es, si sus otras cualidades....

—Son muy buenas, segun dicen, pero eso vos lo conoce-reis. No os admire, Rimberg, una accion muy comun en mí; he realizado ya una multitud de casamientos por este estilo, sin que nadie tuviese luego motivos para quejárseme, y como me interesó tanto por vos como por la jóven de que os hablo, desearia concluir una union que me parece muy buena.

—Entonces no me atrevo á contradecir los proyectos de vuestra alteza, pues que tienen un fin aceptable, un resultado posible; y con el temor que mi modestia debe causarme, estoy pronto á comparecer ante la novia que teneis á bien ofrecerme,

—Es inútil, porque la vais á ver; está aquí.

Isabel salió con paso lento y grave, haciendo á su hermana señas misteriosas, que esta parecía no comprender.

Sola con Gustavo, Sofía hallábase preocupada por tristes pensamientos. Un silencio glacial reinó algunos instantes entre el joven oficial y ella; pero despues, mirándole dulcemente, le dijo con voz conmovida:

—Comprendo vuestra admiracion, caballero Rimberg. El raro capricho de mi hermana debe poneros en un penoso compromiso.

—Aun no, señora, porque no conociendo á la que se me destina, puede que no nos convengamos mutuamente; y en ese caso siempre tengo la esperanza de desagradarla.

—No lo creo, respondió vivamente la princesa, como si hubiera querido retener las palabras que se la escapaban mal de su grado.

—Vuestra alteza es tan indulgente, que me hará tener orgullo; pero no espero que suceda.

—Nada os hará tan amable como esa modestia, Gustavo, porque esa es una virtud muy rara en la corte; y nosotras las mujeres, que adoramos todo lo que se humilla para dejarnos dominar, queremos á los hombres que se juzgan poco, porque entonces nos creemos superiores á ellos.

—Y teneis razon, señora: ese es el solo medio que teneis de apreciarlos, tal como todo el mundo os vé.

Un vivo carmín coloreó las mejillas de la princesa, que no sabía cómo dominar su turbación.

—En fin, dijo con tono resuelto, si vuestro corazón nada siente hacia esa jóven con quien Isabel se ha empeñado en casaros, ¿qué partido tomareis?

—Ninguno: esperaré aun, esperaré siempre.

—Y haremos bien, porque como decíais ahora poco, sois el dueño de vuestra felicidad... y además, ¿quién sabe lo que puede suceder?... Puede volverse á encender la guerra con Dinamarca, seréis llamado á ella, y os distinguireis por vuestro valor, harto probado ya. Los grados superiores perteneцен á los que saben ganarlos. Podeis llegar al de oficial general, conseguir títulos de nobleza, un puesto en la corte; y entonces, ¿qué mujer, por elevado que sea su nacimiento, no tendrá á honor el llamaros su esposo?

—Princesa, acabais de improvisar á mi favor una magnífica novela; pero la realidad de mi historia no será nunca tan pomposa. Pertenezco á la clase del ejército que se distingue en el campo de batalla y á quien se olvida después de la victoria. La victoria solo dà buenos resultados para los nobles, y nos deja á nosotros en el mismo estado que antes.

—Es verdad, replicó Sofía suspirando tristemente; pero podía ensayarse otro modo de elevaros. Por ejemplo, si en el reino hubiese algunas revueltas...

—¿Revueltas?

—Sí, un cambio completo, absoluto, otros intereses en vez de los de...

Y Sofía se detuvo.

—Soy bastante torpe para comprender á vuestra alteza.

—Es intútil, caballero ; iba á cometer una indiscrecion....
Dentro de poco.... quizá se os confiará...

Y no sabiendo cómo terminar la frase , tomó Sofía un libro que había puesto sobre el divan , y recorrió algunas líneas para encubrir su distraencion. Un minuto despues , como ocupada por una idea fija que la atormentaba , Sofía, en toda la inconsecuencia de su carácter , prosiguió con tono persuasivo :

—¿Por qué no teneis mas ambicion? Cuando ya se tiene protectores debe tambien tenerse fe en el porvenir. Yo influjo bastante con el rey y con mi hermana; todos los favores que me concede, los emplearé en vuestro provecho; cuanto de él pueda obtener será para vos...

—Señora, estoy penetrado del afectuoso interés que vuestra alteza me demuestra, y no sé cómo probarla mi reconocimiento, mi admiracion. No; yo no rehusaré proteccion tan alta, aunque solo podré pagarla con mi absoluta adhesión á vuestra persona, porque me está negado otro sentimiento que no sea respeto...

—Si, es justo, Rimberg, que á nosotras las princesas se nos prodigue respeto siempre, pero amor, ¡jamás!

Rimberg bajó los ojos sin responder.

—Es ademas peligroso, prosiguió Sofía mostrando el volumen que tenía en la mano. Este libro , que es la historia en latin del desgraciado Ovidio, encierra un nuevo ejemplo de tan triste verdad. Este noble hijo de la Italia no pudo evitar el enojo del emperador Augusto, porque había osado amar á su hija, y sin duda hacerse corresponder por ella; y el cantor del corazon, de la ternura y de las emociones, murió en un clima

tan frio como el nuestro, sin que le cerrase los ojos una mano amiga. Por mas que todos los autores de su tiempo celebren á la par el poder de Augusto, su grandeza y sus virtudes, yo no participo de su entusiasmo, yo no le perdonaré jamás la muerte de aquel que hizo palpitar el corazon de Julia.... de aquel que mereció su amor.

Al escuchar esta apasionada defensa del poeta romano, los ojos de Gustavo parecian suspendidos de los labios de la princesa. Cuando ella acabó de hablar, un pensamiento terrible hizo brillar sus ojos como un rayo de galvanismo; hallábase por acaso enfrente de un espejo de Venecia, miróse en él, y vió que se había sonrojado.

—¿Sois vos de mi parecer, caballero Gustavo? añadió Sofía sin percibir su turbacion.

—Sí, sí, repitió el teniente con visible embarazo, sí... participo de vuestra opinion.

—Si por una suposicion, que nada tiene de extravagante, os halláseis alguna vez en la posicion de Ovidio, ¿qué haríais?

—Como el poeta, sufriría sin murmurar mi destierro; pero moriría antes que él, no por mi desgracia, sino por mi amor, señora.

—Así lo creéis y osais afirmarlo, porque vuestro corazon está en calma, sin pasiones. Esas son palabras que no tendrían grandes efectos....

—Comprendéis bien, señora, el terrible apuro en que vuestra suposicion me pondría? Yo, pobre, oscuro, desconocido, hubiera podido sin quererlo, sin atreverme á intentarlo, hacer germinar en el corazon de una hermana.... no.... me

engaño, de la hija de un rey una pasion secreta , loca, y que yo no deberia comprender...

—¿No creéis que esa situacion seria muy penosa para los dos, caballero?

—Tan peligrosa y tan temible, que no encontraria mas que un medio de salir de ella.

—¿Cuál?

—Me dirigiria francamente á la princesa , y tendria valor para decirla: «Señora, el amor que os ha inspirado el mas humilde, el mas indigno de vuestros servidores , le abrasa como el rayo rodeándole de peligros; pero tiene valor, y no por eso se acobarda. Vos, vos que sois la causa de todos sus temores, ¿qué porvenir reservais á esta insensata pasion? Una insuperable barrera nos separa... en nombre del cielo y de vuestra olvidada dignidad , reprimid ese sentimiento, que pronto os pesará de haber dejado traslucir en un momento de delirio ; yo mismo debo suplicaros de rodillas que renunciéis á volverme á ver, á admitirme en vuestra presencia... estoy dispuesto á obedeceros para conservar sin mancha vuestro honor y mi respetuoso sacrificio en toda su pureza.»

—Esa conducta seria sin duda muy noble y muy sabia; pero probaria al mismo tiempo que el corazon de la princesa no habia sido comprendido por el vuestro, porque vuestra indiferencia se revela en cada una de las palabras que acabais de pronunciar. ¡Opondriais la razon al amor, los intereses de una alta dignidad á las espansiones de una alma amante! elevariais friamente la divinidad al Olimpo cuando soñaba con la dicha de ser solo una mortal! Bien lo veis , caballero ; no os

pareceis á Ovidio, que tuvo la temeridad de hacerse culpable, menospreciando todos los peligros.

—Si discutiésemos otra cosa que una quimera, daria á vuestra alteza una contestacion última, que acaso la admirara un poco.

—Decidlá, pues, señor Rimberg, dijo Sofia impaciente.

—Pues bien, señora, si á pesar de mis consejos, que vos creeis razonables, esa princesa ideal no pudiese vencer su imprudente amor, no la ocultaria mas tiempo el mio; caeria á sus plantas para darla gracias por lo feliz que me hacia y desafiaríamos juntos todos los peligros que nos amagasen. Si debiera morir á su lado por ella, creeria mi suerte la mejor del mundo, porque me parece que el sacrificio de mi vida no seria bastante para pagar su amor.

Una sonrisa encantadora animó el rostro un poco triste de la princesa Sofia, que levantándose y tomando con nerviosa agitación la mano del teniente:

—Caballero Gustavo, le dijo, juradme que no aceptareis la mujer que mi hermana va á presentaros.

—Pero.... ¡vuestra alteza me pone en una situacion muy embarazosa!...

—¡Qué perplexidad! ¡yo lo quiero!





CAPITULO XI.

La novia.

En este instante apareció Isabel trayendo por la mano á una joven de aire poco distinguido, pero cuyo rostro anuncia ba talento y alegría. Parecía asombrada: su marcha irregular revelaba la mas completa ignorancia de las costumbres cor-

tesanas, y sus relumbrantes adornos hacian mas notable la torpeza con que los llevaba.

—¡Qué! exclamó sonriendo la princesa Sofia, ¡es ella?

—Si, hermana mia, replicó con aire de seguro triunfo Isabel; ya comprendereis el interés que yo tenia en el cumplimiento de este importante deseo.

—Sin duda, hermana. Sois habilísima diplomática.

—Creo que durante mi ausencia habreis tenido la prevision de preparar á Rimberg á este enlace necesario...

—Nada he olvidado para penetrar los secretos de su corazón, y me atrevo á aseguraros que está perfectamente dispuesto....

—Muy bien. Eso es todo lo que yo deseaba.

Esta corta conversacion á media voz habia dado tiempo á los otros personajes de nuestra escena para examinarse recíprocamente. Conociase á primera vista que Gustavo se hallaba dominado por la incertidumbre, pues miraba alternativamente, ya á la recien venida, ya á Sofia. Sus miradas parecian demandar á esta ultima una esplicacion definitiva sobre la conducta que debia observar, pero la hermana de Erico no reparaba en él.

En esta situacion, dijo Isabel á Gustavo designándole su protegida:

—Caballero Rimberg, permitidme que os presente á la señorita de Reding, una de mis damas de honor.

El teniente se inclinó sin saber siquiera qué le habian dicho.

—Os dejo, hermana, articuló Sofia; voy á ver al rey.

—Yo os lo iba á proponer, la contestó Isabel en voz baja.

Detened diestramente á nuestro hermano, no sea que un capricho le traiga por acá, y entonces.... ¡adios mis planes!

—Confiad en mí. Voy á concluir mi obra, dijo Sofía desapareciendo por una puerta que ocultaba un tapiz.

—Yo tambien me voy, añadió Isabel. Señorita Reding, esperadme aquí.

Gustavo conoció entonces la intriga que se le había preparado. Al dejarle con su dama de honor, Isabel le obligaba á una declaracion brusca, que debia provocar una respuesta terminante, y por otra parte la princesa Sofía le impedía aquel amor lo mismo que el casamiento.... ¿Qué hacer? ¿Cómo podria conservar la proteccion de las dos hermanas, que, aunque interesada, era de gran valor para él?

Miró temeroso á la joven, que por su parte le contemplaba con provocativa sonrisa.

La conversacion que acababa de tener con Sofía sobre los amores de Ovidio, habia agolpado á su imaginacion un sin fin de ideas, y lisonjeábase de haber comprendido aquel *quid pro quo*. La princesa, contenida hasta entonces por la dominacion de su hermana, habria aprovechado aquella ocasion que se le presentaba de ponerle su corazon de manifiesto, yj era él quien habia conquistado aquel corazon, el que desde entonces lo dominaba con absoluto imperio!

Este pensamiento que halagaba su vanidad, despertaba al mismo tiempo su ambicion. Una fiebre de esperanzas y de felicidad sin limites inflamaba su sangre.... yj hallándose en este estado le proponian una union insignificante, una union cuya necesidad ú objeto no comprendia!

El lector concebirá facilmente que Gustavo no sabia cómo

entablar la conversación; de manera que los dos futuros se observaban de reojo como dos duelistas que proyectan una pillada.

En fin, la jóven, mas impaciente que él, le sacó de sus cálculos abordando así la cuestión.

—Caballero, yo no sé si estareis tan enterado como yo, por lo cual voy á deciros el objeto de esta entrevista que nos han preparado. A mí me encargaron que os agradara, y á vos que me améis; ¿no es esto?

—Ciertamente, señorita.

—Pues bien, antes que empeceis á hacerme la córte, debo deciros que no soy lo que parezco. Me han dado un nombre falso, y cualidades falsas tambien. Mi nacimiento es tan oscuro y miserable, que no merece se hable de él; pero eso no me impide ser muy altaña, y os declaro que aunque fuéseis baron, no os querria para marido.

—¡Ah, señorital! ¡qué confesión acabais de hacerme! ya veo que nos vamos entendiendo.... no podeis figuraros hasta qué extremo me pareceis adorable.

—Yo no quiero pareceros adorable, caballero teniente, porque me comprometeria.

—¡Oh! no temais.... Es una galantería que á nada me obliga.

—Enhorabuena, porque aunque fuéseis condé rehusaria vuestra mano.

—Y yo haría otro tanto aunque fuéseis duquesa.

—Magnífico! Pero puesto que ya estamos de acuerdo, hablemos de nuestros negocios. Si consigo lo que espero, os protegeré, mi querido oficial.

—Si yo llego al grado de poder que ambiciono, os concederé cuanto pidais.

—Seria muy extraño eso.... nada anhelaríamos que no consiguiésemos.

—Al entrar aquí esta mañana no abrigaba ninguna idea ambiciosa; pero ahora.... me siento arrastrado á mi pesar. ¡Oh! ¡cuán peligroso es el aire de palacio, señorita!

Aquí llegaban con su conversacion, cuando á través de un gran espejo sin alinde, colocado sobre la chimenea de la habitacion, apareció el rostro de la princesa Isabel. Sus ojos escrutadores fijábanse con curiosidad sobre el teniente y su prometida; y aunque no podia oirlos, separada como estaba de ellos por aquella pared de cristal, ningun gesto, ninguna impresion de sus rostros se la escapaba.

Gustavo la vió el primero, y advirtió á la jóven de este singular espionaje.

—¡Ah, Dios mio! exclamó esta, ¡cómo saldremos de situacion tan embarazosa? La princesa Isabel me ha amenazado con las mayores desgracias si nuestra boda no se celebra.

—Mi proyecto, como ya conoceis, no es darla gusto.

—Ni el mio tampoco. ¡Ah! esperad, teniente; ya encontré un medio de arreglarlo todo. Vais á sentaros á esta mesa y á escribir que rehusais mi mano.... Con esta declaracion, que yo mostrare, me habré salvado.

—¡Oh! dispensadme; pero yo no puedo dar ese paso. La proteccion de la princesa Isabel me es demasiado útil para que me esponga á perdonarla. Vos sois la que debe firmar la repulsa.

—¡Eso es imposible! si conociéseis mi posicion!



—No podeis adivinar la mia.

—Es un secreto que no puedo revelar....

—Y yo tengo un gran misterio que ocultaros.

—¡Ah, caballero! Vos que pareceis tan bueno, renunciad á mi mano, yo os lo pido. ¡Seria eso muy digno de estimacion en vos!

—¡Digno de estimacion! Vos lo sois mas que yo, y os suplico que me lo probeis consintiendo en declarar que soy indigno de llamarme vuestro esposo.

—¿Está allí la princesa aun? preguntó la dama de honor sin atreverse á mirar.

—Sí, respondió Gustavo.

—¿Qué haremos, puesto que no queremos ceder ni el uno ni el otro?

—No lo sé.

—Pues bien, para vencer vuestra terquedad me veo en la precision de ser indiscreta. Sabed, caballero, que soy amada por el mas elevado personaje de la corte....

—¿El principe Juan?

—No: otro de mas rango.

—¡Es posible! exclamó Rimberg examinándola sorprendido. ¿Quién sois, pues, señorita?

—Catalina Mansdotter.

—Nada me dice ese nombre, y aun seguis siéndome desconocida; pero jamás revelare á nadie la confesion que acabais de hacerme.... ¡Ah! ya comprendo el singular complot en que se me queria enredar.... pero yo desbarataré las intrigas de la princesa, y no seré victima de la inmortal union que se me proponía.

—Inmortal decis! no os comprendo, señor Rimberg. Si pudieran efectuarse, nada tendrían nuestras bodas de inmorales; ¿entendeis? Os he querido decir que soy amada por el rey, pero no que fuese su querida.

—En ese caso, escusad mi error... y las sospechas que mi respeto quiere olvidar...

Al inclinarse delante de Catalina pronunciando estas palabras, llamó la atención del joven el movimiento de un tapiz que oscilaba á su derecha, delante precisamente de la puerta por donde salió Sofía á ver al rey.

—La otra está allí, se dijo á sí mismo. La una nos vé y la otra nos escucha.

Después, hablando al oído de Catalina:

—Dejadme hacer, la dijo. Sea cualquiera el papel que voy á desempeñar, aparentad secundarme y comprenderlo. De este modo no nos malquistaremos con nadie.

Entonces, situándose enfrente de Isabel, se precipitó á los pies de su dama de honor, y acompañando con los mas desordenados arrebatos de la pasión las palabras que la dirigía, prosiguió en estos términos:

—No, señorita, jamás mi corazón os pertenecerá.... aunque hago justicia á vuestros encantos. Sois digna de agradar á un rey; pero mi amor pertenece á otra mujer... ¡Sé que este amor es peligroso, y que me matará... lo sé!

—¡Bien! ¡muy bien! le interrumpió Catalina.

—Pero.... ni aun sacrificando mi vida puedo renunciar á él.... Cerca de vos mi alma cree estar al lado de otra.... os veo, y mi pensamiento vuela á unirse con la que adoro... Estas frases de ternura que debía deciros á vos, las dirijo á

ella... ¡Si fuéseis reina del mundo, os pediría la muerte antes que renunciar á este amor sin esperanzas, sí, pero que labra la felicidad de un insensato!

—Comprendo bien vuestros sentimientos, caballero, y os agradezco que me lo confeséis con tanta franqueza... Levantaos.

—¡Oh! no; permaneceré siempre á vuestras plantas. Permitidme ofreceros mi voluntad, mi apoyo, toda la fuerza, en fin, que Dios y mi espada puedan darme para protegeros y serviros.

—¡Ahl! ¡los acepto con el mayor reconocimiento! Sois un excelente jóven, señor de Rimberg, y me acordaré siempre de vos.

Una dulce mirada amistosa y un ligero apretón de manos acompañaron estas palabras de Catalina.

Isabel, comprendiendo por estas señales que habían quedado acordes los futuros, entreabrió pausadamente la puerta sin hacer ruido, á fin de anunciarles el dia de su próxima union.

Gustavo, que no la había visto, continuó:

—La que ha merecido las miradas de mi soberano será siempre sagrada para mí... Atreverme á pretenderla sería un sacrilegio que no cometeré jamás.

—¡Qué escuchol exclamó Isabel colérica.

—Es intútil añadir una sola frase, replicó Catalina: no podemos ser el uno del otro... nuestra voluntad es unánime. Quedamos amigos, que es lo que mas nos conviene.

—¡Conque los dos me han burlado! la interrumpió Isabel irritada.

Estas palabras hicieron á Gustavo levantarse; y Catalina, con voz temblorosa:

—Señora, dijo en la mayor agitacion, no es nuestra la culpa, si...

—¡Callad! vuestro destino podria ser brillante, lo habia preparado con reflexion, y asegurado para siempre... pero... ¡habéis despreciado mis beneficios, descachado mi proteccion! ¡Cumplase vuestra suerte!

—Vuestra alteza no podia adivinar que nuestros corazones repugnaban este proyecto, dijo Gustavo.

—Demasiado, caballero Rimberg, demasiado. Muy tarde sabreis cuán peligroso es desobedecerme. Esos ascensos, esos honores que os habia prometido os serán negados obstinadamente, por mas esfuerzos que hagais para merecerlos.

En este momento se levantó el tapiz que anteriormente se moviera, y un joven paje entró lentamente, siendo portador de un despacho sellado, que entregó á Gustavo, diciéndole:

—De parte del rey.

Rimberg lo tomó temblando, convencido, tan turbada se hallaba su imaginacion, de que le imponian ya algun castigo. Catalina parecia deseosa de ver qué contenia el papel; y la princesa soñreia alborozada creyendo que su hermana Sofia apresuraba su venganza, despues de haber escuchado detrás del tapiz.

—Abrid ese pliego, caballero, dijo Isabel. Las órdenes del monarca deben ser obedecidas inmediatamente.

Gustavo se decidió á romper el sello; pero ¡cuál seria su sorpresa al leer!

«Por el presente nombramos al señor Gustavo Rimberg,

antiguo teniente de nuestra guardia, coronel y gobernador del fuerte de Orby-Hus.»

—¡Oh, señoral! exclamó Gustavo ebrio de felicidad, ya lo adivino todo... este casamiento era un juego... una prueba que el rey había preparado para conocer los sentimientos de vuestra dama de honor... El nos escuchaba sin duda desde allí (y señalaba el tapiz); ha conocido nuestra lealtad, nuestra mutua franqueza, y su magestad se digna recompensarme.... ¡Ahl! ¡solo á vos, noble princesa, debo tan alta prueba de su bondad! Creed que mi reconocimiento durará tanto como mi vida.

Isabel parecía una estatua durante esta singular interpretación de los favores del rey, y con todo el imperio que sobre si misma tenía, procuraba ocultar la rabia que la devoraba.

¡Su hermano acababa de ponerla en ridículo y no merecía perdon este último ultraje.

—¡Ahl! ¿habíais ideado esta escena para probarme, mi querida señora? exclamó alegremente Catalina. Yo espero que estareis conmigo contentos, tanto el rey como vos. Ved por qué casualidad hemos buriado á la corte, ó á los principales personajes que la componen... Esta diversion os habrá hecho pasar un buen rato, y creo que se inventará otra cosa para mañana; ¡no es verdad?

Isabel hizo una señal afirmativa sin responder.... estaba lívida.

—¡El rey! anunció el paje que se había quedado á la puerta.

Entró en efecto Erico, y despues de echar una amorosa

mirada á Catalina, y de saludar á su hermana, se dirigió á Gustavo, y sacando del sobretodo un pergaminio con sello del Estado:

—Rimberg, le dijo, estoy muy satisfecho de vos ; y nombrándoos para altas dignidades, creo haberme ganado un amigo sincero.

—¡Ah, señor!

—Estos favores, que son merecidos por vuestros buenos servicios, me acarrearán algunos enemigos ; pero hace ya tiempo que los miro sin temor, porque soy bastante fuerte para aniquilarlos.

—Acabais, señor, de dar un paso muy imprudente, dijo Isabel. Habeis derogado todos los usos establecidos, elevando al teniente á puestos que solo concedeis á vuestra nobleza.

—Eso justamente me acaba en este instante de advertir mi hermana Sofía, y me apresuro á reparar mi falta. Rimberg, tomad el título de conde.

—¡Yo, señor! ¡Tantos favores sin haber hecho nada para...

—Tomadlo; os lo doy para que mis nobles no tengan por qué murmurar.

—¿Luego es verdad que me amais, Sofía? exclamó al mismo tiempo Gustavo en su interior.

—Marchad, señor coronel. Mañana prepara la corte una gran cacería, á la que no invito á mi hermana Isabel, porque su rostro me hace temer que esté indisposta ; pero irá la princesa Sofía; y si Isabel nos cede á la amable dama de honor que aquí veo, entraremos la acompañareis, señor conde.

Gustavo, aturdido con su inesperada felicidad, salió del pabellón, después de reiterar al rey su agradecimiento.

—Y otra vez, hermana mía, prosiguió este último dirigiéndose á la princesa, no tengais tan pesadas bromas, de que puedan ser víctimas personas para mí tan queridas, porque me incomodaré.

Y despues de estrechar la mano de Catalina, salió tambien del gabinete.

—Vamos, dijo Isabel con resolucion, él lo ha querido... ¡Catalina morirá!





CAPITULO XII.

La cacería real.

Antes de ir mas lejos, debemos dar una explicacion acerca del imprevisto desenlace que había tenido la intriga tramada por Isabel, desenlace que la había afirmado mas y mas en su resolucion de vengarse de lo que ella llamaba los ultrajes de su hermano.

He aquí lo que había sucedido:

Sofia había hecho al rey algunas leves confianzas relativamente á Gustavo, que la penetracion de Erico completó. El orgullo del monarca no era tan grande, que creyese imposible

la union de su hermana con un oficial de su ejército; antes muy al contrario, hallaba en este designio la justificación del que sobre Catalina tenía; y concediendo á la princesa cuanto le pidiera para Rimberg, contaba con echar mano de la influencia que ella ejercía sobre su hermana y sus hermanos, para hacerlos desistir de su oposición al gran proyecto que meditaba.

En esta favorable disposición de ánimo hallábase Erico cuando el alba y los preparativos de la cacería despertaron á los convidados. Contábanse entre estos los grandes dignatarios pertenecientes á las primeras familias del reino, los pájares, los ojeadores y batidores en gran número, y algunos antiguos compañeros de Gustavo Wasa, que permanecían empleados en palacio.

Los hermanos del rey no quisieron asistir á esta función.

Anunciaron al amanecer las trompas la hora de la cacería, y el rey vistiéssese un traje forrado de piel de búfalo, que cubriendole todas las partes vulnerables del cuerpo, hacia sus movimientos tardos y embarazosos. La caza en cuestión era muy peligrosa, porque se trataba nada menos que de atacar á los osos, y á una especie de toros salvajes, conocidos con el nombre germánico de *Bonasus* ó *Auroch*. La prudencia y la etiqueta exigian, pues, que el jefe del Estado tomase tales precauciones para no esponer su vida en esta terrible diversión, si su destreza no le ponía á cubierto de todo peligro.

La princesa Sofía y Catalina, que había pasado á su intermedio casi toda la noche, estaban asimismo ocupadas en su tocado, y pensaban divertirse mucho en la batida.

—Si quereis, señora, permitidme que os sirva de camarera, dijo Catalina, indicadme lo que debo hacer, porque no sé cómo arreglarme...

—Bien, muy bien, hija mia, dijo la princesa con bondad; aunque ya estais mas diestra que cuando mi hermana os llevó á su lado, vuestro lenguaje se reforma y purifica, y acabareis por valer mas que todas las damas de la corte.

—¡Oh! mucho me alegraria, aunque no es voluntad lo que me falta. Durante la enfermedad que me ha postrado mas de un mes, he tenido maestros, y muchas veces he dado ocasion de que la fiebre se aumentase, estudiando, señora. He hecho progresos, sin duda alguna; pero veros ahora y oiros me acobarda, me hace avergonzarme de mí misma.

—¿Por qué?

—Porque teneis una distincion que me desespera, una manera de hablar, de decir, que no imitaré nunca. Mirad el cutis de mis manos al lado del de las vuestras.... ¡cuánta diferencia! Hay momentos en que estas reflexiones me desconsuelan y me ponen en trance de llorar.

—Sois tan francamente modesta, que os amará cualquiera que sepa apreciaros.

—Pues bien, & pesar de lo que decís, creo que la princesa vuestra hermana no me ama. Me trata así... con un desprecio y una severidad que acaso no merezco. Yo sé cuán poco valgo; pero si no la he hecho daño alguno, ¿por qué me quiere mal?

—Creo que os engañais, Catalina, acerca de los sentimientos de Isabel. Dadme ese corsé de piel de rengifero.

—Tomadle, señora... ¡Oh, Dios mio! Deben incomodaros :

·mucho estas láminas de metal... ¡Ah! si yo pudiera obtener
del rey...

—¿Qué?

—Que me destinase á vuestro servicio, y no al de vuestra
hermana.

—Eso seria muy dificil. Isabel pone un gran empeño en
teneros á su lado... Mi vestido de terciopelo.

—¡Ah! señora; si yo estuviese á vuestro servicio aprende-
ría mucho.

—Ya veremos... mas tarde, replicó Sofia mirándose en un
espejo.

Despues añadió con tono frio é indiferente:

—¿Qué os parece de Rimberg, ese jóven que os destinaban
para esposo, Catalina?

—Pues que estamos solas, y vos me lo preguntáis, os diré,
señora, que me agrada un poco.

—¡Ah!

—Es arrogante, y parece de talento y distinguido...

—¡Oh, Dios mio! ¡qué elogio! Parece que habeis admirado
bien todas sus cualidades, dijo la princesa con emocion.

—Sin duda; él no las disfraza.

—Y segan veo, conservais de ellas una impresion...

—No tanto. Ya nos hemos los dos espicado... de un
modo bien chistoso por cierto... hemos hecho juramento de
no amarnos, que no quebrantaré, ni creo que él tam-
poco.

—¡Eso es increible!

—Figuraos que ese nuevo conde está enamorado perdi-
amente de yo no sé quién... y sobre esto me ha dicho mil lo-

curas, que yo no he comprendido, porque aun no conozco bien la corte para comprender esos amores.

—Es inútil que trateis de penetrar...

—Ya me he dicho á mí misma eso. ¡A mí qué me importan? bastante tengo yo.... con los míos.... añadió en voz baja.

—Según vuestra opinión, Catalina, está muy enamorado Rimberg.

—Tanto, que dá lástima. Temo que se vuelva loco.

—Es de esperar que no llegue ese caso.

—Por otra parte, él me ha hecho las mayores protestas de adhesión....

—¿Siempre como simples amigos?

—Así lo espero, porque otra cosa me incomodaría.

—Está muy bien.

—Ya he acabado de vestirme, pero vos aun no. Quiero añadir á vuestros adornos esta cadena de oro y estos brazaletes que os regalo.

—¡Regalo tan magnífico!... ¡gracias! ¡gracias! dijo Catalina besando las manos de la princesa. Me parece que estas prendas de vuestra generosidad son los primeros lazos que van á unirme para siempre con vos....

—Estos son brazaletes.... Permitidme que yo misma pase la cadena....

Y la acción siguió á estas palabras.

—¡Qué veo! exclamó Catalina; pende un retrato de esta cadena.... ¡es el suyo! ¡el del rey!

—Devolvédmelo.... lo había olvidado, y no está comprendido en mi regalo.

—¡Oh señoral yo os ruego que no me lo quiteis.... dejádmelo todo.... nadie lo sabrá; yo lo ocultaré, señora; pero será aquí.... junto á mi corazon.... con esto me basta.

—[Pobre insensata! dijo Sofía mirándola dolorosamente mientras ella contemplaba el retrato; tú no sabes....

Y despues con aire mas tranquilo:

—Guardadlo, Catalina, continuó; y Dios quiera que no os acarree ningun mal.

En esto oyeron un gran ruido en el jardin de palacio, y habiéndose aproximado á las ventanas, vieron que el rey se disponia á partir. Entonces llegó un ayuda de cámara á avisarlas de que la comitiva las esperaba.

El conde de Rimberg, ricamente vestido, y animado por mil pensamientos de ambicion y de placer, hacia caracolear con toda la arrogancia de un hábil ginete á un magnifico caballo, cuyos atavíos estaban adornados de rosetones de seda azul, color igual al de la banda de Sofía.

—Señor conde, dijo la princesa á Gustavo cuando se halló cerca de él, teneis un caballo hermosísimo, y veo que sabeis guiarlo con mano firme.

—Señora, respondió Gustavo echando una amorosa mirada á la princesa, este caballo me es enteramente desconocido.... le he hallado esta mañana en mi casa con todos sus brillantes arneses. Yo no sabria atribuir este nuevo favor, si mi corazon no me anunciasse me protege una bienhechora divinidad, á quien debo todo el agradecimiento de que mi alma es susceptible.

—Es preciso dejarla hacer, añadió Catalina, que había oido estas últimas palabras; en ello nada arriesgais.

—Quizás mas que creéis, señorita, replicó; pero me dejaré conducir por la fortuna como me aconsejais, sin temblar delante de ella, y mostraré que tengo el valor que requiere mi difícil posición.

—Así me gusta oiros hablar, señor conde, añadió Sofía sonriendo. Un militar como vos no debe cejar despues de tomada una resolución. Sois ya ambicioso, y esas ideas os sientan perfectamente.

Y esto diciendo, se lanzó la princesa ligeramente á la carroza. Catalina se sentó junto á ella, obedeciendo á una señal del rey; y habiéndose este situado á un lado del carruaje y Gustavo al otro, se dió la orden de partir para Rosendal.

Era á mediados de otoño, y el cielo estaba cargado de nieve, contenida en la region de las nubes por un viento Nordeste muy frio; pero los cazadores no paraban en ello la atención. El rey cambiaba con Catalina algunas palabras de ternura, que no dejaba oír el ruido del carruaje, y ella le contestaba lo mejor que podía, con esa sencillez que había seducido al soberano, tanto, que ninguna persona de su familia podía explicarse esta dominación increíble.

El príncipe había nacido dotado de esquisita sensibilidad, y su carácter había adquirido cierta acritud por los sucesos de su reinado; pero las fibras de su corazón estaban aun vírgenes, en toda su fuerza, y una de las casualidades mas raras del mundo fué causa de que las hiciese vibrar por primera vez y sin pensarlo una oscura hija del pueblo. De aquí ese tenaz empeño en elevar al trono al objeto de este amor, que todos sus historiadoras han tachado da locura.

La princesa Sofía se ocupaba poco de las cosas íntimas que su hermano decia á Catalina, porque sus ojos estaban constantemente fijos en el elegante caballero que á su lado marchaba.

Ya una vez habia dejado caer por la portezuela del carro un guante, que Gustavo se apresuró á recoger. Algunas frases de agradecimiento habian seguido á esta accion sobrado comun; pero Sofía habia permitido que el conde tocase su mano al devolverla aquel objeto insignificante.

Gustavo tenia ya un aire menos encogido al hablarla, y esto era lo que parecia desear la hermana del rey.

Otra vez un lazo de cinta se desprendió de su cuello, y fué á caer en el camino. Rimberg se precipitó como antes á recogerlo; pero volvió un instante despues, y la dijo con embaraço que no lo habia podido disputar á un torbellino de viento que acababa de arrebatarselo.

—Eso no merece la pena, respondió la princesa alegramente; pero sentiria que cualquiera lo hallase, porque parece una prenda de amor.

—¡De amor! repitió Rimberg.

Y la princesa croyó advertir que ocultaba alguna cosa en el pecho. Sus mejillas se encendieron, y arrojándose pensativa en el fondo del carro, no volvió á desplegar los labios durante el camino.

Para el que por la historia conozca las livianas costumbres y pasiones, por lo comun desarregladas, de las princesas del Norte, desde Cristina de Suecia hasta Catalina II, lo que acabamos de decir parecerá efecto solo de una gran inocencia casi primitiva. Efectivamente, el don de un lazo parecerá

dernasiado sencillo y perfectamente ridículo en nuestra época, mas avanzada en civilización amorosa; pero rogamos á nuestros censores recuerden el romántico carácter de la princesa Sofía y los astutos medios de que hasta aquí la hemos visto valerse para que la comprendieran sin comprometerse.

Distingúanse ya las antiguas torres del castillo de Rosen-dal; y habiendo el rey dado órden de caminar mas aprisa, llegaron bien pronto á esta brillante residencia, que, cerca-da de sotos en medio de vastos jardines, es aun hoy dia el mas delicioso retiro de los reyes de Suecia.

Arrojóse Catalina en los brazos de su padre, que fué la primera persona que encontró al bajar del carruaje.

El viejo Mansdotter, bizarramente vestido de militar, es-taba orgulloso con su nueva dignidad de administrador; y aunque fuese poco honorífica, pues no ejercia las funciones de su destino á causa de su mala educación, se daba un tono que no dejaba de tener algo cómico.

Despues de haber ofrecido al rey sus respetos, condujo á Catalina al lado de su madre, que lanzó un grito de júbilo inexplicable.

—¿Conque te vuelvo á ver, mi pobre Catalina? exclamó vertiendo abundantes lágrimas. Yo creia que ya no podrí-a-mos volver á abrazarte, porque decian aquí que estabas per-dida para nosotros, y que tan *alta* como estás ya no podrias distinguirnos....

—Os engañaban, madre mia; vos ocupais y ocupareis siempre el mejor lugar en mi corazon. Nada temais; sea cualquiera mi posición, velaré siempre sobre mi padre y so-bre vos.

—¡Oh! nada tememos; solo estamos avergonzados de nuestra situación, porque he oido decir á los criados de la casa que es tu honor el que paga todo esto.

—¡No lo creáis! el rey me ama demasiado para hacerme pagar tan caros sus beneficios. Estoy siempre al lado de su hermana y solo le veo muy de tarde en tarde.

—Me vuelves la vida, hija mía; pero reflexiona bien que eres una flor campestre, á viva fuerza trasplantada á los palacios, privándote de las auras que son tu aliento vital, y que aislada, sin el apoyo de persona alguna, la menor ráfaga de viento puede troncharte.

—¿Y el jardinero, mamá? ¡no pensais en él?

—Bien; solo rogamos al cielo que no te suceda ninguna desgracia. Ahora déjame examinarte con mis ojos de madre... ¡Qué hermosa estás con esos vestidos!.. ¡Terciopelo!.. ¡sedal.. plumas!.. ¡collares de oro!.. Esto debe costar muy caro... ¿Cómo ganas tú para comprarlo?

—Nada gano.

—Recuerdo que en otro tiempo, cuando vendías nueces ó ramos de flores en el mercado, apenas ganabas para pan.

—He ahí lo que es tener suerte... La fortuna me encuentra con los brazos cruzados... En la corte para enriquecerse no se necesita trabajar, sino saber agradar.

—Procura que dure mucho tiempo...

—Yo espero que durará siempre. Madre mía, abracémonos, y hasta luego... porque me están esperando. Esta tarde nos volveremos á ver, y os referiré los sucesos de la caza. Adios.

Y con la esperanza de divertirse bajó la escalera como un rayo.

Esperábala en el patio una jaca con un magnífico caparazón, igual en un todo al de la destinada á la princesa Sofía, pues ya comenzaba Erico á acostumbrar á sus cortesanos que tratasesen á Catalina como á su hermana, estableciendo entre las dos una especie de igualdad.

Despues de un espléndido almuerzo, durante el cual se mostró el rey tan amable cuanto su carácter suspicaz le permitia, y cuando terminados los postres hubo su hermana entonado el rezo de acción de gracias, hizo que le trajesen una lira, y cantó un *virelais* de caza, cuya letra y música había compuesto, pues era este príncipe tan buen compositor, que aun se conservan cuidadosamente en los reales archivos de Stokolmo muchos cantos suyos.

Añadamos que su inespllicable amor á Catalina quizá dianaba de que esta poseja una voz melodiosa y llena de encanto, que perfeccionada á medida que la elevaba la fortuna, llegó á ser mas tarde el medio de que se valía para agradar á la corte. Todo el mundo anhelaba oirla para tener ocasión de aplaudirla, y el rey estaba orgulloso de que estos sucesos justificaran algun tanto su amor.

Hemos dicho que Rosendal, aquel dia punto de reunión para una partida de caza, tenía los jardines mas hermosos de toda Suecia, y por medio de cuarenta leguas de bosque se le reunía un parque magnífico.

En estos bosques habíase ocultado Gustavo Wasa con sus montañeses dalecartianos para lidiar con los feroces soldados del usurpador Cristian, y por consecuencia para todos los buenos suecos conservaban aquellos lugares recuerdos de interés y de curiosidad; pero las ordenanzas de Erico les impedían

cazar en ellos, pues eran un coto espresamente reservado para el rey. El cazador que furtivamente en él se introdujera, se hacia acreedor al mas severo castigo.

Dada por Erico la orden para emprender la caza, la princesa Sofia y Catalina, provistas de largas lanzas con dos puntas de hierro, una de las cuales era derecha, y la otra encorvada á modo de anzuelo, montaron á caballo. Aquellos instrumentos servian admirablemente para defenderse de los ataques de animales feroces, y eran muy feroces los que á buscar iban. Ademas de los osos y aurochs, el bosque estaba poblado de lobos terribles, tanto mas numerosos, cuanto que nadie les molestaba en sus guaridas.

—¿No os inspiran temor los peligros que vamos á arrastrar, hermosa Catalina? preguntó el rey sonriendo á la ex-vendedora de nueces.

—No, señor, respondió la joven; solo tengo miedo en Stokolme; pero aquí el recuerdo de los peligros que corrí en mi infancia, cuando vivia en Upland, vuelven á mi alma su primitivo valor. Mi brazo es mas fuerte que mi corazon, señor, añadió con una mirada que sedujo al rey; y este brazo bastará para mi defensa.

—¡Bravo, amazona mia! respondió Erico; entonces solo tengo que rogaros veleis por mi hermana, que no es, segun creo, ni tan valiente, ni tan buen ginete como vos.

—Tenemos un protector, observó Sofia designando al conde de Rimberg, y nada debemos temer.

—Pues bien, partamos, hermana mia, y desgraciados los animales que quieran probar nuestra destreza.

Pocos instantes despues habia llegado la comitiva al bosque.



CAPITULO XIII.

El auroch.

Los ojeadores soltaron para batir el bosque unos enormes mastines defendidos por collares con puntas de hierro ; pero ningun ladrido anunciaba que hubiesen hallado rastro de caza.

El rey y su acompañamiento echaron por diferentes calles de arboles, que reuniéndose en la extremidad de una encrucijada, formaban muchos caminos cubiertos, asaz peligrosos por la oscuridad que en ellos reinaba.

Despues de haber esperado por largo tiempo la señal que

cazar en ellos, pues eran un coto expresamente reservado para el rey. El cazador que furtivamente en él se introdujera, se hacia acreedor al mas severo castigo.

Dada por Erico la orden para emprender la caza, la princesa Sofia y Catalina, provistas de largas lanzas con dos puntas de hierro, una de las cuales era derecha, y la otra encorvada á modo de anzuelo, montaron á caballo. Aquellos instrumentos servian admirablemente para defendese de los ataques de animales feroces, y eran muy feroces los que á buscar iban. Además de los osos y aurochs, el bosque estaba poblado de lobos terribles, tanto mas numerosos, cuanto que nadie les molestaba en sus guaridas.

—¿No os inspiran temor los peligros que vamos á arrostrar, hermosa Catalina? preguntó el rey sonriendo á la ex-vendedora de nueces.

—No, señor, respondió la joven; solo tengo miedo en Stoklmo; pero aquí el recuerdo de los peligros que corri en mi infancia, cuando vivia en Upland, vuelven á mi alma su primitivo valor. Mi brazo es mas fuerte que mi corazon, señor, añadió con una mirada que sedujo al rey; y este brazo bastará para mi defensa.

—¡Bravo, amazona mia! respondió Erico; entonces solo tengo que rogaros veleis por mi hermana, que no es, segun creo, ni tan valiente, ni tan buen ginete como vos.

—Tenemos un protector, observó Sofia designando al conde de Rimberg, y nada debamos temer.

—Pues bien, parlamos, hermana mia, y desgraciados los animales que quieran probar nuestra destreza.

Pocos instantes despues habia llegado la comitiva al bosque.



CAPITULO XIII.

El auroch.

Los ojeadores soltaron para batir el bosque unos enormes mastines defendidos por collares con puntas de hierro ; pero ningun ladrido anunciaba que hubiesen hallado rastro de caza.

El rey y su acompañamiento echaron por diferentes calles de árboles, que reuniéndose en la extremidad de una encrucijada, formaban muchos caminos cubiertos , asaz peligrosos por la oscuridad que en ellos reinaba.

Despues de haber esperado por largo tiempo la señal que

lor. El animal, asustado sin duda á vista de tantos caballeros, se internó en el bosque.

El caballo de la princesa Sofía , de suyo receloso , al distinguirle había hecho un movimiento y acercádose al conde de Rimberg, que le cogió de la brida para tranquilizar á la hermana del rey, que desde entonces no manifestó sobresalto alguno.

El auroch, acosado por la jauría , se lanzó al medio del círculo en dirección á Erico, que haciendo á todos señas para que se mantuvieran en su puesto, se dirigió á encontrarle lanza enristre. Los primeros golpes del rey causaban profundas heridas; pero no siendo en las partes mas delicadas del auroch, la sangre corría sin que pareciera aproxímarse el fin de la lucha.

Erico, manejando su caballo con toda la habilidad de un buen jinete, le obligaba á permanecer firme frente á frente de su monstruoso adversario. Comprendiendo sin duda el toro esta maniobra, dirigió todos sus ataques contra el animal, alcanzándole un puntazo en el pecho. El rey perdió el equilibrio; pero afirmóse bien pronto en la silla, á pesar de los multiplicados botes de su caballo, cuya boca tenía de sangre el freno que tascaba.

Erico estaba en peligro de muerte...

El conde de Rimberg, olvidando que se lo había prohibido, corrió á su socorro tratando por multiplicados ataques de distraer al toro atrayéndole hacia si. El vientre y el pecho de la fiera estaban inundados de sangre ; pero no perdía de vista á su víctima, y solo á Erico se dirigía. Este, por una estratagema calculada, trató de refugiarse á su comitiva, que con an-

siedad le miraba; mas el auroch le persiguió hasta las inmediaciones de Catalina... en aquel momento se rompió uno de los estribos del rey, haciéndole tambalear y caer por fin...

Todos se lanzaron en su socorro; pero el auroch les había tomado la delantera.

Catalina, perdida la razón, saltó de su jaca, y hundiendo su lanza hasta el corazón del animal ya espirante, le vió rodar sobre la arena con unánime aplauso de todos los espectadores.

La joven ni oía ni veía más que al rey. Le tomó en sus brazos con la delirante energía de una madre que saca á su hijo de las garras de la muerte; y cuando después advirtió que no había sido herido, se puso á llorar de alegría.

—Calmad esa emoción, mi querida y generosa niña, la dijo el rey. Vuestro destino es el que os impelió á salvarme la vida... abedecéis á vuestra misión... ¡Nada debo temer cuando estáis á mi lado, porque sois mi ángel custodio!

—Ah, señor! perdonad mi turbación, mis lágrimas...

—Dejadlas correr, amiga mía. Del corazón salen, y el mío las recogerá todas. Señores, dijo luego el monarca dirigiéndose á sus cortesanos, que escuchaban con ávida curiosidad sus palabras, ¿ha leído alguno de vosotros la historia de Carlomagno?

—Yo creo no haber olvidado los principales sucesos de ella, respondió Gustavo.

—Entonces recordareis lo que la bella Hildegarda, en circunstancia igual á la en que acabo de encontrarme, hizo por este emperador.

—Esponiendo su vida, le libró de un peligro de muerte en una cacería.

—Decid, pues, á los que os escuchan, señor conde, qué recompensa otorgó el emperador de los franceses á la valerosa Hildegarda.

Pero Gustavo, intimidado por las ardientes miradas de todos los que presenciaban esta escena, temió cometer una imprudencia política; y aparentando registrar en su memoria respondió:

—No me recuerdo.

—La hizo su esposa, caballero, replicó el rey con voz fuertemente acentuada, la coronó emperatriz.

A estas palabras todos bajaron los ojos.

Catalina los cerró desvanecida, porque el discurso del rey la había producido una especie de vértigo.

Erico examinó en silencio el efecto que producía en los concurrentes este recuerdo histórico, y se convenció de que no era favorable á Catalina. Sus miradas buscaban en la concurrencia un apoyo que no encontraban.

—¿Dónde está mi hermana? exclamó admirado. No la veo aquí.

—[La princesa] respondió Gustavo: solo la he abandonado para acercarme á vuestra magestad.

—Se habrá alejado por prudencia del campo de batalla, prosiguió alegremente Erico.

—Hay pocas mujeres tan valientes como ésta, añadió siguiendo á Catalina.

—Permíss, señor, que vaya á buscarla? dijo el conde con inquietud.

—Es inútil. Tocad el aire de victoria, replicó el rey haciendo una seña á los ojeadores; ese canto de triunfo nos la devolverá.

Los criados se internaron en el bosque, poblando el espacio con los ruidosos ecos de sus tocatas; pero nadie respondió á este llamamiento, y fueron asimismo inútiles cuantas pesquisas se hicieron en las cercanías.

—Señor, dijo vivamente el conde de Rimberg, es preciso que vayamos todos....

—¡No tall no os impacienteis, porque ya adivino lo que habrá pasado. Hay á tres millas de aquí un lugar destinado al reposo de los cazadores, al cual profesa Sofía particular predilección, visitándole muy á menudo en sus paseos solitarios. Su techo abrigó en otro tiempo á mi padre Gustavo Wassa.... No puede estar sino allí; y pues os he designado para ser su caballero, creo que no os desagradará ir solo en busca de la fugitiva.

—Señor, yo parto....

—Seguís esta gran calle de árboles de la derecha.... el caballo que montais conoce muy bien el camino.... dejaos guiar por él, que no se estraviará. Nosotros nos vamos á poner en marcha para Rosendal, donde pasaremos la noche, y os reunireis á la comitiva cuando os plazca.

Dada la órden de la partida, se separaron, y Gustavo lanzó su caballo á rienda suelta en el bosque.



CAPITULO XIV.

El brazalete.

Gustavo adelantaba rápidamente abandonando al capricho de su caballo la elección de la senda que debía seguir. Burder, este era el nombre del animal, enderezaba á veces sus orejas, y derramando á torrentes por sus narices un vapor espeso que revelaba su temor instintivo, parábase y lanzaba sus ardientes ojos á través de las raras claridades del bosque: despues volvía á emprender su marcha monótona.

El caballo, mejor que el jinete, conocía lo peligroso de esta expedicion, pues á cada momento el follaje se agitaba anunciando la cercanía de los lobos y otras bestias feroces; pero Rimberg, sumido en un mar de inquietudes, no prestá-

ba atención á nada: solo miraba con impaciencia delante de sí, y hallaba el camino bastante largo.

Una nieve espesa, violentamente impulsada por un viento Nordeste, vino á aumentar los obstáculos que se oponían á su marcha. La noche se aproximaba, y le hubiera sido imposible saber á ciencia cierta dónde se hallaba, y cómo podría abandonar el bosque. Para salir de este embarazo pretendió hacer que su caballo aligerase un poco el paso; pero Burder entonces lanzó un resoplido, y retrocedió con terror delante de un objeto que le había asustado. El conde quiso en vano hacerle romper: el caballo giró muchas veces sobre sí mismo y rehusó obstinadamente obedecerle. Entonces Gustavo creyó distinguir en medio de la nieve una cosa negra e inmóvil, que debía ocasionar la negativa de su caballo. Para que desapareciera la causa se apeó.... se aproximó.... y cómo podrá explicarse su admiración al ver en sus manos el sombrero de terciopelo negro de la princesa Sofía?

—¿Qué ha sucedido, gran Dios? exclamó conmovido. Su fogosa jaca se encabritaría, y quizás la habrá arrastrado.... ¡oh! es terrible esta idea.... pero puedo engañarme. Este sombrero, perdido en la carrera, no es más que una prueba; muy débil... Roguemos al cielo que sea otra la causa de este encuentro.... apresurémonos á llegar á ese sitio de que habló el rey para penetrar un misterio que tanto me inquieta.

Y volvió á montar á caballo.

Esta vez Burder en menos de media hora, gracias á un galope infernal, le condujo delante de una casucha gótica y se detuvo....

Apresuróse Gustavo á llamar á la puerta, oculta por ma-

tas de yedra y liquen; y al cabo de repetidos golpes vió salir de aquella cabaña un ser fantástico que, solo después de un detallado examen, podría llamarse hombre.

Estaba enteramente vestido con la piel de un oso, de cuya cabeza se había hecho un capuchón.

—¿Qué quereis? preguntó con voz ronca á Rimberg.

Gustavo, después de habituarse un poco al raro esterior de este personaje, levantó con su látigo la cabeza de oso que le servía de sombrero, y vió con nuevo asombro que ocultaba el rostro de un negro.

—¿Vivís en esta habitación? le preguntó.

—Yo, si vivir al presente; pero yo libre, correr por todas partes.

—No me comprendeis.... os pregunto si sois el guarda....

—¡Vos, gran señor!... ¡vos tan guapo! ¡tan bien vestido!... ¡oh! ¡oh!

El conde, examinándole con mas atención, conoció que debía ser una especie de idiota; y pasando rápidamente por delante de él, entró en la casa para buscar á la princesa. Nadie más que el negro habitaba este recinto salvaje, que un fuego de madera resinosa llenaba de sofocante humo. Olvidado á hablarle mas, le preguntó si había visto á la hermana del rey.

—Yo la conocía.... era hermosa dama, respondió.

—¿Y ha venido hoy aquí?

—Ella amaba mucho Zambo..., vá.... ¡pobre Sofial!

—Sofial, es la misma. ¿La habeis visto? ¡ha venido á esta choza?

—¡Yol sabed.... ¡pobre negro! ¡qué frío es este villano!

país... yo tener mas calor allá.... en la Corea.... ¡ah! ¡ah!

Adivinando el conde que este negro debía haber sido traído á Suecia por algun navío procedente del Senegal, y que la princesa Sofía le habría quizá tomado á su servicio, se desesperaba no pudiendo obtener del autómata afrocano una respuesta categórica.

—Veamos, amigo mío, añadió Gustavo impaciente, comprendeme bien. Te ruego me digas si tu protectora, esa que dices te ama tanto, ha venido á verte hoy.

—¡Oh! ella ha venido, de todo.... de todo.... ¡verdad, Dios! dey mes.... dey mes....

—Despues ¿qué?

—Algunas noches.... algunos días....

Ya estaba claro para Gustavo que la que buscaba no se había detenido allí, y sus tormentos e inquietud se renovaron. A pesar de que la noche embozaba completamente el bosque de tinieblas, y de que la tempestad azotaba los árboles con horribles silbidos, no dudó en emprender de nuevo su marcha, aunque sin saber á dónde se dirigiría. No podía acallar los latidos que á su corazon arrancaba aquella dolorosa incertidumbre, y partió como un loco.

Hacia mas de dos horas que caminaba en distintas direcciones: el viento le helaba hasta la respiracion, y el frío entumecia sus miembros: un sueño, que en aquella ocasión podía serle mortal, dominaba sus abatidas fuerzas; y el desgraciado jóven iba á sucumbir inevitablemente, cuando Burder, que estaba asimismo rendido de fatiga, abandonando el camino que seguia, penetró en el bosque por una abertura bastante grande, y le condujo á un sitio donde humeaban aun

algunos mal apagados tizones. Rimberg se dejó caer del caballo junto al fuego providencial, y disipándose después poco á poco su entumecimiento, se sintió con bastantes fuerzas para animar la lumbre con ramas de árboles. Inmediatamente una viva claridad iluminó aquel recinto, haciendo se fijasen los ojos del conde en un objeto que á pocos pasos de él brillaba: era un largo puñal cuya hoja destilaba aun sangre. Un estremecimiento de horror hizo que se erizasen sus cabellos.... ¿De dónde habría venido este instrumento de muerte?

¿Algunos contrabandistas ó cazadores corsarios, quebrantando los preceptos del rey, se habrían introducido en el bosque y habrían cometido en aquel sitio algun asesinato? ¿Sería esta la explicación real de lo que veía?

Un examen mas detenido que después ejecutó le hizo lanzar un grito terrible.... acababa de hallar junto al puñal un pedazo de un brazalete que recordó pertenecía á la princesa.

—¡Ella, gritó desesperado, ella ha muerto!

Y cayó en una nerviosa crisis, que terminó en un desmayo.

Cuando sus ojos se volvieron á abrir, no pudo darse cuenta del tiempo que había durado; pero empezaba ya á amanecer, y la parte del bosque en que se encontraba estaba incendiada. Este nuevo peligro le obligó á huir; mas al levantarse para buscar su caballo, vió á poca distancia del lugar del incendio el cuerpo de un hombre casi hundido en la nieve. Aproximóse Rimberg, y habiéndole examinado, vió que había sido muerto de una puñalada, y que tenía aun en sus crispadas manos la otra mitad del brazalete de Sofía. La esperanza renació en el corazón de Gustavo. Entonces creyó

mas susceptibles de verdad sus primeras suposiciones de una disputa entre dos bandidos, que diera por resultado aquel asesinato. ¿Pero cómo estaba en su poder el brazalete? ¿Adónde la habrían conducido después de haberla robado, y cómo hallarla en medio de aquel inmenso bosque sin salida, donde se hallaba completamente extraviado.

Ofuscado por estas ideas que se cruzaban en su acalorada imaginación, y no sabiendo qué pensaría el rey de su larga ausencia, Rimberg se determinó á dejar al azar el resultado de sus pesquisas. Buscó á Burder, que se había alejado un poco al oír chisporrotear la resina de los combustibles, y se apresuró á alejarse de aquél lugar de desolación. Despues de una carrera tan penosa como larga, creyó Gustavo percibir mas allá de un claro del bosque un edificio gótico, que las brumas del alba cubrían aun con sus nebulosas sombras.

Hacia él dirigió su caballo; pero no estaba el camino transitable mas que para la gente de á pie, á causa de pequeños fosos, no naturales, sino hechos segun se conocía por la mano del hombre, sin duda para impedir se acercase nadie á aquel lugar misterioso. ¿Sería este el retiro de los malhechores que habían atacado á la princesa, y sería permitido á Gustavo arrancarla de sus manos esponiendo su vida? ¡Ay! Hasta esta vaga y triste esperanza quizá por si misma iba á desvanecerse! El camino parecía cada vez mas largo. Los obstáculos que al paso encontraba, eran incontinenti salvados por el vigoroso caballo que montaba; y á fuerza de trabajo, llegó á una gran pradera, en medio de la cual se elevaba el soberbio edificio que tan de lejos había distinguido.

Todo parecia herméticamente cerrado en esta especie de fortaleza, á cuya extremidad habia un esquilon.

Dificilmente se daba cuenta Gustavo de los medios que necesitaria emplear para entrar en él, porque no descubria puerta alguna; y ya se disponia á buscarla, cuando oyó un doloroso relincho. Burder, enderezando sus orejas, respondió á él dirigiéndose al sitio de que habia salido; y entonces se presentó á los aterrados ojos del conde un cuadro desgarrador. La desgraciada Sofia, con los cabellos en desorden y anegada en sangre, yacia tendida debajo de su caballo. Uno de sus piés, aun en el estribo, daba á entender que habia sido arrastrada á través de la maleza del bosque y que su caballo se habia detenido solo faltó de fuerzas.

Gustavo, gritando desesperadamente, se lanzó á socorrer á la princesa, cuya jaca tenia una pierna metida en un cepo para cazar lobos, en que sin duda habia caido.

Rimberg tomó á Sofia en sus brazos: la inundó el rostro de lágrimas: pidió socorro: invocó la caridad de Dios.... nadie respondia.... ¡y él creia estrechar una muerta contra su seno! La mujer que abrazaba era un cadáver helado, que no daba la menor señal de vida. Despues de muchos gritos inútiles, golpeó el muro con el pomo de su espada amenazando con la muerte á los que rehusasen abrir.

El frio mas cruel se dejaba entonces sentir: Rimberg no sabia si sus fricciones y sus auxilios volverian á la princesa la vida; pero le parecia haber sorprendido un ligero latido de su corazon.... Aun tenia esperanzas; ¡y nadal ningun socorro humano podia ayudarle á salvarla! Desesperado, y despues de arropar á Sofia con su capa, desgajó una rama de un árbol,

logrando con ella romper la celosía que cerraba una ventana del edificio; en el mismo instante oyóse el grave y lugubre son de una campana, y por la abertura que había hecho vió pasar una porción de mujeres vestidas de negro, que corrían espantadas dando muestras del mayor apuro. Un viejo apareció despues: Gustavo, lanzándose á la ventana, gritó con desesperacion:

—¡En nombre del cielo, quien quiera que seais, escuchadme! ¡Tened piedad de una mujer que va á morir! ¡Arrodillado os pido que me ayudeis á salvarla!





CAPITULO XV.

Las religiosas de Santa Radegunda.

—¿Qué quieres, precito? le respondió el viejo. ¿Por qué turbas este asilo de la paz y del reposo? Satélite del tirano, ¿vienes á buscarnos para conducirnos al tormento?

—No comprendo ese lenguaje...: solo trato de conmover vuestra alma en favor de una criatura que reclama vuestro apoyo.... Está herida, espirando....

—Estás tú solo con ella?

—Sí.... mirad; ¿qué podeis temer de los dos?

—Tú lo sabrás, y entonces conocerás si es legítima mi desconfianza.

A una señal que hizo el que acababa de hablar, abriése

lentamente una puerta secreta fabricada en el muro; y cuatro mujeres, que Gustavo reconoció fácilmente por religiosas católicas, se llevaron á la princesa, mirando á todos lados con inquietud para asegurarse de que no podían ser sorprendidas.

Gustavo las siguió; pero apenas había traspasado el umbral, apoderóse el viejo de él, y después de haberle intimidado que le entregara sus armas, le condujo á la celda que le servía de habitación.

—¿No puedo, le dijo Flimberg, velar por esa joven que se separa de mí?

—No: la regla de esta santa casa lo prohíbe; pero estad tranquilo, señor, porque todos los socorros que puedo ofrecer una caridad bien entendida la serán suministrados. Nada le faltará; y si logramos salvarla, podréis verla cuando ella lo pida.

—¡Oh! ¡mil gracias por vuestra humanidad! A pesar de cuanto sufrí, esperaré, tendré valor; pero me quereis explicar la causa del terror que parecía inspiraros mi presencia?

—Sería asaz larga mi narración si os lo quisiera explicar con todos sus detalles; pero me ceñiré á las principales causas. Esta oculta mansión, cuyo secreto habeis sorprendido, es un vestigio ignorado de todos los antiguos conventos católicos de Suecia. Habiendo la fogosa dominación de Lutero destruido en todo el reino nuestras instituciones religiosas, yo pude lograr, arrostrando mil peligros, establecerme con los que me seguían en las ruinas de este convento, consagrado en otro tiempo á Santa Radegunda, cuyo nombre ha conservado. Soy el antiguo primado de la iglesia de Nike-

bring, capital de la Sudermania. De resultas de una revolución que conmovió aquel ducado, fui herido tan gravemente, que en Stokolmo corrí como cierta la noticia de mi muerte; pero Dios no quiso derramar hasta la última gota de la sangre de uno de sus más fieles servidores, y veló por mi vida, rodeándome de estas santas mujeres, que se desvelan por prolongármela para que yo á mi vez las pueda proteger reuniéndoles bajo mi autoridad.

—Padre mío, interrumpió Gustavo, ocupado sólo de Sofía; ¿no habeis oido?... Creo que vienen... me llaman...

—No, hijo mío, es vuestra imaginación la que os habla.

Después dijo, tomando de nuevo el hilo de su narración:

—Para librarme mis pobres ovejas de los carniceros lobos que las perseguían para abrasarlas con el fuego herético, me reticé con ellas á estos sombríos bosques, buscando como los primeros cristianos el abrigo de una roca donde ocultar nuestra miseria y conservar nuestra fe. Largo tiempo estuvimos condenados á sufrir el hambre, la sed y todos los males á nuestra situación inherentes; pero la Providencia nos hizo por último descubrir este abandonado convento, de que tomamos posesión, sin que hasta ahora haya nadie sospechado que nos sirve de asilo. Hemos encontrado en el interior de él, hábilmente construido, cuanto puede ser útil á las comodidades de la vida; y un criado que nunca me abandona, halla medio de proveer mensualmente á nuestras necesidades. Así, bajo estas bóvedas protectoras burlamos el furor del nuevo Calígula, conservando á Dios un templo que no ha sido profanado por los impóstadores de Baal.

—Temo, padre mío, que seas injusto con mi soberano.

Esas cuestiones de tanta importancia le han ocupado muy poco hasta el dia, y seria muy posible que vuestra sé perseverante le interesase lo suficiente para merecer su proteccion.

—No lo creais, hijo mio. Las persecuciones del arzobispo de Upsal, ese otro rey de la moderna iglesia, nos alcanzarán hasta en nuestro retiro. Las fanáticas pasiones de Lutero y Melancton inflaman á esa hereziarca de inextinguible celo, y furibundo intolerante, seria mas temible que el poder real. Mas os he hablado con el corazon en la mano, debiendo creeros personaje de la corte, á juzgar por vuestro esterior; pero creo asimismo que no tendreis un alma bastante pésida y despreciable para entregarnos al martirio denunciando nuestra incógnita morada. Haco setenta años que ruego á Dios haga á los hombres mis hermanos felices y virtuosos, y no me atrevo á sospechar que al fin de mi carrera tropiece con uno que entregue mi caduca existencia á la venganza de mis enemigos.

—Me hariais una ofensa, padre mio, si hubiese podido albergarse un solo instante esa sospecha en vuestra imaginacion. Soy soldado, tengo honor, y no sé vender al infeliz; pero perdonad á mi pensamiento, preocupado con los sufrimientos de esa mujer que os he confiado....

—Esa mujer, ¿es vuestra esposa quizá?

—Mi esposa?

—Si no lo fuese, me seria imposible permitir que os comunicarais....

—Eso si, padre mio.

—Bien. Esperemos las noticias que pronto vendrán á darnos.

Durante este tiempo los mas activos socorros habian sido prodigados á la infeliz Sofía.

En todos los conventos del Norte, y hasta en Spitzberg, segun nos ha contado un explorador de aquellas comarcas glaciales, solian los religiosos rodear sus habitaciones de cañerias de hierro, que conducian las aguas siempre hirvientes á los sitios en que las necesitaban. Esta importante intencion tenia ademas la ventaja de difundir en las celdas un calor dulce y de hacer la vida en ellas cada dia mas agradable. El convento de Santa Radegunda poseyo tambien este útil artificio asi que se establecieron en él las religiosas de Nikébring.

La princesa fué depositada por las monjas en un baño, donde podian examinar á sabor sus heridas, que eran muchas y peligrosas, sobre todo las de la cabeza. Su cabellera, enrojecida por la sangre, parecia hallarse atacada de ese horrible mal polaco, conocido con el nombre de *plica* (1): en el pecho tenia hondas heridas en diez sitios diferentes, y todo su cuerpo estaba horriblemente magullado y plagado de concusiones. Todo hacia temer que su vida estaba próxima á extinguirse.

Dos horas permaneció en el baño, pálida como un cadáver y sin hacer el menor movimiento, hasta que las religiosas, que la contemplaban con ávida inquietud, creyendo ver latir levemente su pecho al exhalar un suspiro, pusieron en sus labios algunas gotas de un cordial que con dificultad he-

(1) Enfermedad de los cabellos, que, enredándose unos con otros, al cortarlos echan sangre.

do. Piel hinchada se crispaba fuertemente, y lanzó un grito de dolor.... aquella poción había avisado sus sufrimientos. La diligente Teresina, superiora del convento, juzgó necesario trasladarla al lecho que se la había destinado, lo que en el acto se ejecutó.

Propunció la princesa, ya en su lecho, algunas palabras ininteligibles, durmiéndose después, pero con sueño febril y agitado, interrumpido solo por desgarradores gritos, y una letal fisionomía que solía terminar con frases terribles, mezcladas de cantos lugubres.

Nada apaciblan a estos sifomas, aunque las religiosas los creían favorables. La vida le había sido devuelta; a Dios y a los socorros humanos tocaba prolongársela.

Fué la superiora en busca del P. Wilfredo, el prior, y le refirió con todos sus detalles esta resurrección delante de Gustavo, que, manifestándola en términos vehementes su profunda gratitud, la preguntó si sería necesario recurrir al auxilio de un médico.

—Imposible respondió el prior: no os he dicho que estamos desiertados, y que esta sombra guardia nos oculta a los ojos del universo entero? Me habeis empeñado vuestra palabra de no vender este secreto, y yo la he recibido porque merecéis entera confianza; pero ¿quién me asegura que algo que no seas vos cumpliría también su juramento?

—Pero, padre-mío, no podéis abandonar así la vida de la mujer que amo á esa mágica curación, á la casualidad...

Nada temais, señor, dijo la hermana Teresina: tenemos en el convento cuarto que puede ser necesario al restablecimiento de la enferma. Nuestra experiencia os la devolverá si el

dicho lo que creíste, y puedo calmarme un poco tu estúpida impaciencia. No es que yo no quisiera, porque si bien el estúpido Gustavo admitió estas razones condicionadas por porque no te convencían; pero comprendió que debía calmarlo; y quinió cierto en proyección cuya ejecución dirigió hasta la noche siguiente.

—Pues bien, convengo, hermana mía, —replicó sin embargo, porque tengo confianza en vuestra bondad y en vuestra generosa bondad. —Pensad que tenéis en vuestros manos tres existencias: la mía y la de esa noble dama y restante sufrimiento. Si cumplerais mi petición más tarde, la sobreira. Distraedme de las pasiones mundanas, no podréis comprender los beheniquitos que desgarran mi alma, y yo no debo explicároslos. Ay, hermana mía: si la salvais, no será Dios solo el que os agradece la recompensa merecida.

—No pido yo otra, señor, respondió ella alejándose de él. Un poco calmada ya su inquietud, preguntó Gustavo con indiferencia a Wilfredo: á qué distancia se hallaban de Stockholm?

—A más de treinta y cinco millas, respondió el prior; pero, hijo mío, contadme. ¿Cómo ha sucedido esta desgracia a vuestra compañera?

—Ay, padre! á consecuencia de una caerda en el bosque. —Sí... un caballo desbocado y todas las desgracias que estos peligrosos placeres originan.... Lo que nos ha favorecido mucho es que hayáis venido solo en su busca, porque yo supongo que la caderta se componía de muchas personas.

—De casi toda la corte; pero, padre, ¡cómo habéis podido hasta ahorrillarlos de las indiscreciones de los viajeros!

—Sería muy raro, hijo mío, que penetrase alguno en el centro de este bosque, separado de las poblaciones á mas de quince leguas en contorno: debeis además saber que una tradición popular, tan venerada como una religión, ha atribuido al antiguo convento de Santa Radegunda una leyenda infernal que llena de espanto á toda la comarca, donde se cree que sus abandonados y ruinosos murallones son albergue del genio del mal.... Nadie osa acercarse, porque están convencidos de que los demonios castigarán con la muerte al que intentara penetrar sus misterios, y esto es justamente lo que mas afianza nuestra seguridad. Esa leyenda, mezclando la impiedad y el crimen, añade que las antiguas religiosas, hoy refugiadas casi todas en Francia, han perecido en este lugar temible por obra del infierno, á consecuencia de haberse negado adjurar sus puras y santas creencias para adoptar las doctrinas de Lutero. Siguiendo esta suposición, el público está en un grosero error de que ellas son ahora esposas de los demonios, y que resucitan todas las noches para cantar con ellos la misa. Pomerano y Cruciger, esos dos apóstoles de la herejía, que con Melancion han ayudado á Lutero á componer su biblia reformada, pasan por los inventores de esas odiosas fábulas, que nosotros, aunque desconceptuán á nuestras principales religiosas, no tratamos de contradecir por lo mucho que nos conviene aprovecharnos de la necedad del vulgo.

—¿Y quién socorre vuestras necesidades?

—Nuestros hermanos, hoy retirados en España, Polonia é Italia. Nunca nos faltan sus socorros, que nos llegan por medios indirectos, pero seguros, siendo un antiguo criado

que tenemos el que vía á recibirlos en su nombre á la capital de la Sudermania. Tenemos además tierras, que nuestras hermanas cultivan, y cuya recolección hacen ellas mismas, un jardín en frutos asaz fecundo, y sobre todo un Dios de verdad que vela sobre los que no han olvidado sus sagros dogmas para hacerse partidarios del error.

—Padre, no responderé á esas duras palabras que enfrián mi creencia, porque estando vuestra alma profundamente ulcerada, debo mirarlas con el respeto que siempre infunde la desgracia. Dios no desprecia á ninguna de sus criaturas, según creo, á pesar de que el error fascine su débil razon. Mi edad no me permite profundizar esas grandes cuestiones, y mi espíritu está muy agitado para poderse ocupar de ellas; pero sed indulgente, economizad esas amargas doctrinas, fruto de las persecuciones que habeis sufrido, y así aumentareis con los encantos de vuestra hospitalidad mi reconocimiento.

—Sí; vos sois de aquellos cuya infancia ha sido pervertida por el fanatismo de la nueva religión. No podeis comprenderme, y callaré. Adios; voy á rogar por vos.

—¡Y por ella, padre mío! añadió Gustavo.

Iba á salir Wilfredo, cuando fué detenido á la puerta por la llegada de Ruperto, el fiel criado de que ya se ha hecho mención.

—Perdonad, padre mío, dijo al prior; venía á anunciaros que habiendo ido á colocar los caballos en el establo de nuestros bueyes, quité al de nuestra pobre señorita el lazo de lobo que tenía en la pierna, y ahora está mas bueno y vivaracho que su ama.... ¡mi buen Jesus!

Está bien, dijo el prior alejándose. Conduse á este capellero á la habitación bajar que está al fin del refectorio, y quida de que nadie lo salte. Estás á sus órdenes todo el tiempo que vivas con nosotros. (Añadió) que esto no se dirá en ello. Solo con Gustavo, Ruerto, sendirigíste el cosa sien troco, haciéndole multiplicadas estíadas, que prometían una abundancia y una sumisión ciega.

Rimberg, que necesitaba de este personaje, le examinó con la mayor atención. Era un viejecillo que á pesar de sus cincuenta y cinco años parecía tener solo cuarenta; era físicamente vivo, pero la costumbre de andar como un anciano le había hecho aflojar un poco: sus ojos ardientes no se fijaban sobre; mirabas diez cosas á la vez; y su frente, aunque arrugada, anunciable resolución y pertinacia. Pero lo que el hablifiscomista Gustavo admiró con júbilo, fué una barba sumamente agudas, doble promontorio que ocultaba una boca hundida y dos labios delgados, signos ciertos de profunda avuricia.

Algunas horas más tarde, el prior se presentó en la sala de la biblioteca.

— ¿Qué te trae aquí? — preguntó el abad.

— Me ha mandado venir por la noche para que me ayude a sacar de la prisión.

— ¿Por qué? — preguntó el abad.

— Porque el rey me ha mandado que venga á verme.

— ¿Por qué? — preguntó el abad.

— Porque el rey me ha mandado que venga á verme.

— ¿Por qué? — preguntó el abad.

— Porque el rey me ha mandado que venga á verme.



omen: sin duda saldrá el que elige, porque yo quería

— 1. Si yo no pertenezco al grupo de los liberales,
que es la clase más grande, obviamente debe ser
el grupo que se considera en las encuestas más
elegible para gobernar.

CAPITULO XVI.

— Ahora si lo que dice el presidente es cierto, que el 7
de junio de 1914 se votó el voto de la
nación para elegir un presidente
que no era el que el voto de la
nación quería, es decir, el que el voto
La seducción.

— Os sería fácil, mi buen amigo, dijo Gustavo a Ruperto,
proporcionarme los títulos para escribir?

— Vuestro buen amigo, pues que así monseñor se dignó
llamarle, vá a conduciros, si gustais seguirle, a una habitación,
donde hallareis lo que pedís.

— Ya os sigo.

Y los dos atravesaron juntos un gran corral, atique da-
ban todas las celdas, una de las cuales parecía más habitada
que las otras, pues estaba la ventana abierta.

— ¡Ahí adentro! — Ruperto, habiendo entrado al aire y han-
do hecho las hermanas bien, porque he oido decir a un médico

que los enfermos mueren, tanto por la falta del aire como por sus enfermedades.

—¿Y quién está allí... en aquella celda?

—Vuestra mujer.

—Ah! ¿no podría aproximarme un poco?...

—¡Está prohibido, buen Jesus!

Esta palabra era la predilecta de Ruperto.

—Escuchad.... creo oír sus sollozos.... sus gritos de dolor....

Y al decir esto Gustavo, se había abalanzado á la ventana y escuchaba temblando.

—Está muy mala, decía una religiosa.

—La fiebre se ha aumentado, decía otra.

—Pobre mujer! añadía una tercera. Dios es muy poderoso, pero no podrá salvarla.

—No hay un instante que perder, dijo el conde á Ruperto con acento de terror. Conducidme: es preciso que os hable.

Ruperto hizo entrar á Gustavo en una habitación ricamente amueblada. Algunos cuadros religiosos adornaban las paredes; en el fondo había una cama; una mesa abundantemente servida, parecía esperar á un convidado de buen apetito. Gustavo no la miró siquiera: viendo cerca de la mesa una especie de pupitre, se aproximó á él con prontezza y se puso á escribir. Cerrada ya la carta, miró con embarazo á Ruperto y le dijo:

—Amigo mio, me pareceis bueno y humano: ¿podréis hacerme un servicio, que os pagaré generosamente?

—Si está en mi mano... respondió el criado.

—¿Conoceis en medio de las mil vueltas y revueltas del bosque un camino que conduzca á Stokolmo?

—Conozco dos.

—Pues bien: gno podreis, sin que nadie lo advierta, llevar esta carta á su destino á principio de la noche?

—¿Yo? ¡Ahl! ¡Buen cipizape armaria el prior si yo comprometiese así la seguridad del convento! Seria escomulgado, monseñor; juzgad lo que me costaría daros gusto.

—Pero tomando bien las precauciones á nadie se comprometería; porque se trata únicamente de conducir aquí un médico que yo os nombraría.

—Sí, un parlanchín que nos haría prender á todos.

—No, un amigo sincero y discreto, que por su influencia con el rey puede seros con el tiempo muy útil.

—¡Bahl! ¡Bahl! esas cosas se creen al pronto, y luego después suceden muy al contrario. Es verdad que yo no soy cobarde, pero si receloso; este es mi carácter.

—Y mientras tanto ¡qué situación tan terrible la mia! Mis parientes, es decir, los de mi desgraciada compañera, ignoran esta ocurrencia, se hallan ahora sumidos en la mayor inquietud, la casualidad me ha colocado en posición tal, que no puedo avisarles... ¡Estoy aquí como dentro de un círculo de fuego, obligado á no quebrantar mi palabra, y viendo morir á la mujer que mas amo en el mundo, porque me está prohibido procurar los únicos socorros que podrían salvarla! ¿Creeis que haya un martirio tan grande como el mio?

—¡Es verdad, mi dulce Jesucristo! pero ¿qué le hemes de hacer?

—Vos solo podeis socorrermee, y os negais!

—Sí—dijo el papa—mas atendiendo a su oficio de abogado—

—Si hubieseis acordado a seximio, le pagardis como habíais puesto á cubierto vuestra responsabilidad. ¡Ah! entiendo—

—¡Ah! —Veanos el señor —dijo el papa— que cosa es esto!—

—Iríais a Stokholm a casa del doctor Sacken, ya entiendes que esta carta que yo os pliego todo, y mañana por la mañana os llevareis, prescribiéndo, como ya yo se lo nego, que se deje vender los ojos; de manera que llegaria jahoravante sin saber el nombre que había traído, y así escaparíais—

—No es mala idea. Cuidadme de esto, no dirás que te lo dije—

—Para pagarlos esa incomodidad os daría cincuenta piezas de oro, cuando partáis; y aquí están en esta bolsa.—te mediré al minuto, no y otra vez, y os daré el dinero en oro—

Ruperto fijó sus ávidos ojos en la sarta amonjada, sobre la mesa, y los músculos de sus dedos temblaban, convulsivamente, y se volvían cada instantes. Lo que más le temía

—Cincuenta gustavos de oro, exclamó, bajando su mano en el metal, viéndole la mano temblar, y el papa exclamó Y—

—Y deblo á vuestra vuelta, si ejecutais mis órdenes. Del mismo modo, —dijo el papa— cuando quisiérais venir nos—

—Buen Jesucristo queréis, monseñor, que yo resistá? Sois capaz de tentar á todos los ángeles del paraíso, y yo no me creo tan perfecto como vosotros siervos de Dios—

—Conque queremos en todo, convenidos? —dijo el papa—

—En todo..., solamente... queda sentado que vos sois responsable con el prior? —dijo el papa—

—Sí, al principio vereis que no podréis—

—He aquí lo que yo le diría, añadió Ruperto: «Reverendo me habeis dicho que obedezca á vuestro huésped, mientras

»estuviese con nosotros; me ha mandado que vaya á Stokholm á buscar un médico, y le he obedecido.»

—Nada tendrá que reprenderos. A la noche elegireis el que mas os guste de nuestros dos caballos. He aquí mi carta.... tomad esto oro; es vuestro.

—Gracias, monseñor. Tengo esperanza de que vuestra esposa se aliviará.

—Sí, sí.... dijo Gustavo con alegría. ¡Es tan hábil ese médico! ¡Tan feliz en sus milagrosas curas! ¡Oh, mi noble Sofía, no morirás! no puedes morir.... ¡no se muere á los veinte años!...

—Si quereis tomar alguna cosa, monseñor, la mesa está preparada; no sea que el disgusto os haga enfermar también....

—¡No!... Dejadme, é id á preparar lo necesario para vuestra marcha.

Hallábase el conde somido en penosas reflexiones después de la salida de Ruperto, cuando vinieron á decirle que la princesa había pronunciado su nombre, y le llamaba; entonces corrió á su lado.

Las nueve acababan de dar. Viendo Ruperto que todos se habían acostado, montó en el caballo de Sofía, y provisto de una lanza y un sable viejo, tomó á galope la vereda mas ancha del bosque, calculando que solo necesitaria tres horas lo mas para llegar á su destino.



CAPITULO XVII.

El arzobispo de Upsal.

Erico, á quien hemos dejado orgulloso de su victoria, y mas que nunca enamorado de Catalina, volvió lentamente con ella al castillo de Rosendal. Una intimidad mas dulce, mas tierna, había sucedido en la conducta del rey al respeto que aparentaba tener á la dama de honor de su hermana. Algunas conversaciones en voz baja, y una mano que él estrechaba algunas veces y besaba otras, provocaban picanteras reflexiones por parte de los cortesanos.

—¿Tendrá la audacia de hacer reina nuestra á esa mujer? decía el conde de Stem-Sture, hijo del gran canciller.

—¿Por qué no? añadió el duque de Westmania. Desde que Gustavo Wasa se atrevió á hacer hereditaria en Suecia la dignidad real, nada me admira. El pueblo se ha sometido, y los grandes no se atreven á contrarestar sus deseos. El poder absoluto puede intentarlo hoy todo, y sentar en el trono una criatura que yo creería indigna del último de mis criados.

—Advertid, señor duque, interrumpió Stem-Sture, qué los Estados se opondrian.

—No serán consultados, señor conde. El rey probará que no deben meterse en ~~sus negocios de~~ familia, repitiendo lo que suele decir: «Soy el hijo de vuestro gran Gustavo;» y esta palabra mágica impondrá silencio á todo el mundo. Luis el Benigno era hijo de Cárlo-Magno; Tarquino de Túlio; Calígula de Germánico; Commodo de Marco Aurelio; y sin embargo, todos estos hijos de padres ilustres nos han dado pruebas de que el heroísmo, la justicia y la sabiduría no se heredan.

—Ese irritante recuerdo de lo pasado es el que así os hace hablar, señor duque. Yo soy fiel partidario de un absolutismo tal como el de Gustavo, porque lo creo mejor que los que vos con tanta amargura recordais, pero no depondré ante su poder las armas que me ha dado para combatir sus errores, y si nuestro príncipe se dejase dominar de esa pasión indigna de su grandeza, yo seguiría uno de los que, tuviesen suficiente valor para combatirla en nuestras asambleas políticas.

—Pues ya debéis empezar á hacerlo, conde de Stem-

Sturz; por fin se dirigió al rey que subió con la sendadera de mazcas a la carroza que los esperaba. Creo que S. M. le abraza.... en verdad que solo nos falta gritar: ¡Viva la reina del mercado de Stokholm!

Esta conversación pasaba al entrar la comitiva al palacio de Resendahl. Erico debía detenerse allí hasta el dia siguiente para esperar á su hermana, como lo había dicho al conde de Rimborg; pero algunas notas diplomáticas que recibió á su llegada le obligaron á regresar inmediatamente á Stokholm. Catalina obtuvo permiso para quedarse dos días con su madre.

Lo mas importante de las noticias que el rey acataba de recibir, era una carta de su embajador en Polonia, anunciéndole que su hermano el príncipe Juan había tratado secretamente su casamiento con una hija del rey Segismundo. Este monarca había muchas veces declarado abiertamente sus pretensiones á una parte del patrimonio de Gustavo Wasa; por lo tanto una alianza de familia con este príncipe guerrero y ambicioso hacia peligrar en extremo la seguridad del trono de Suecia. Las querellas religiosas duraban entre algunos enviados del Papa arrojados de Stokholm; se habían refugiado en Varsovia con todo el clero católico sueco, que emigró á causa de la reforma. Tbdó, pues, debia temerse de su influencia con Segismundo.

Estas ideas absorvian la imaginacion de Erico, cuando llegó á su palacio, con que lo esperaba el arzobispo de Upsal. — Mi querido y respetable Lorenzo Patrios, de dijo, ¿que tenéis de nuevo que comunicarnos?

—Cosas muy graves, señor, respondió el arzobispo. Vuestra hermano el duque Juan está en correspondencia con los católicos de Polonia.

—Y bien, exclamó el rey enfurecido, ¿dirán aun que no conspira contra los intereses del Estado en esas intrigas tan sordas como culpables? Añadid á ese crimen, monseñor de Upsal, que mi hermano sin prevenírmelo ha pedido y obtenido la mano de la hija de Segismundo.

—Ese peligro es mas serio de lo que parece, si tiene fundamento lo que por ahí empieza á susurrarse.

—¿Qué se dice?

—Que el príncipe Juan, en arras de ésta brillante boda, ha puesto á disposición de su suegro su ducado de Filandia.

—¡Traicion! ¡infame traicion! Pero no se llevará á cabo tan odiosa perfidia; voy á dar órden de prender á mi hermano.

—Si vuestra magestad se dignase moderar su justa cólera y escuchararme algunos instantes, quizás descubriríamos un medio mas seguro para castigar al culpable. Es preciso pruebas, y no las teneis.

—No faltarán.

—Pensad que aunque es altivo su carácter, el príncipe es muy popular.

Sí; pero ya le he desconceptuado con el ejército.

—La nobleza le protege.

—La nobleza sueca protegerá á todos los usurpadores que se obliguen á aumentar sus privilegios, harto considerables ya. Yo estirparé esa influencia aumentando en mis Estados el poder del pueblo.

—Que á su vez llegará tambien á ser peligroso. El mejor medio de conciliarlo todo, señor, seria, segun me parece, estender mas y mas la autoridad del nuevo clero. Vuestro ilustre padre, al adoptar con ardor las doctrinas luteranas, no dejó de conocer, y muchas veces me lo manifestó reservadamente, que el clero católico no perderia su secular influencia sin tratar de reconquistarla por todas las astucias de su diplomacia, por la autoridad de sus antiguos derechos, por la fuerza de persuasion de su elocuencia. Los curas polacos deben haber solicitado y seducido al principe, pues sé que ellos son los que han arreglado su casamiento con la hija de Segismundo.

—Pues bien: jqué partido me aconsejais que tome?

—Es preciso dar un gran golpe, un golpe que tenga eco en el corazon de su alteza, publicando un edicto que declare reos de Estado á todo católico y toda corporacion religiosa que sean descubiertos en cualquier punto del reino.

—Añadiendo, prosiguió Erico, que cualquiera de mis vasallos en relaciones, por indiferentes que sean, con esos enemigos de la tranquilidad pública, se hace reo de pena capital, si se le prueba.

—De esa manera, continuó el arzobispo, el principe Juan se verá amenazado por la ley, sin que peligrosas reyertas de familia puedan escitar en su favor el interés ó la piedad.

—Teneis razon, monseñor. Dentro de dos días tomaré esa importante medida.

—La creo tan prudente como necesaria; pero jú quién encargareis de su ejecucion?

—A mi ministro ordinario.

—Obediente consejero, hombre de ejecucion, pero incapaz, á mi entender, de apreciar la gravedad de esas cuestiones eclesiásticas.

—Comprendéis perfectamente el carácter de Goran Person. Es un instrumento de que me sirvo, pero que necesita de una mano que le dirija.

—Una idea me ocurre, señor arzobispo; vos me servireis ea esta ocasión de juez y ministro.

—Yo, señor! exclamó Petrius con fingida admiracion, mientras añadia en voz baja: ¡harto trabajo le ha costado comprenderme!

—Vos sereis quien lleve las cargas si alguno se queja, porque os deleo una parte de mi poder para apreciar y condenar esos delitos. Tened solamente en cuenta que este poder es soberano, y no admite excepciones, ni aun tratándose de los príncipes y princesas de mi turbulenta familia.

—Cumpliré mi misión con justicia y entereza. Despues de dar á vuestra magestad las gracias, solo tengo que pedirle un favor.

—Hablad....

—Las atribuciones de que os dignais revestirme, me obligarán á hacer activas y multiplicadas pesquisas, por cuya causa es indispensable que vuestra magestad me conceda una fuerza militar suficiente....

—Desde hoy teneis una guardia de dos mil hombres, que os obedecerá como á mi mismo.

—Ya solo tengo que probar á vuestra magestad mi leal adhesión.

Esta escena había sido manejada con gran habilidad por

el arzobispo, que hacia ya mucho tiempo deseaba esta guardia para satisfacer su orgullo; pero no la habia podido obtener de Gustavo Wasa, príncipe bastante prudente para conocer que un hombre revestido ya de tanta autoridad no debia tener á su disposicion una fuerza militar que podia hacerle peligroso.

Un criado entró en este momento para preguntar al rey si el doctor Sacken podia ser admitido á su presencia.

—Que entre, respondió Erico.

El doctor entró: parecia agitado.

—Señor, dijo, perdonad si os importuno; pero acaban de anunciarme en este instante que la princesa Sofia se halla en un peligro terrible.

—¡Mi hermanal exclamó el rey con emocion; quizás de la cacería.

—Lo ignoro, señor; y ademas las exigencias de honor que me hacen en una carta me obligan á no decir nada ni al mismo rey: me limito á venir á tomar sus órdenes.

—Es preciso partir al instante, señor Sacken.

—Estoy pronto, señor.

—Permitid, interrumpió el arzobispo. Los socorros de vuestra ciencia serán indispensables á la princesa; pero no podreis menos de manifestar á su hermano el lugar en que ahora se encuentra.

—Perdonad, monseñor. Un juramento en que está empeñada la palabra de otro me lo impide.

—¿Dónde está el individuo que os ha traído la carta que debéis enseñarnos?

—Le encontraré á su tiempo: en cuanto á la carta, ha sido quemada.

—Todo esto es singularmente oscuro, y debe llamar la atención de vuestra magestad, añadió el arzobispo aun preocupado con la nueva misión que acababa de recibir. ¿No podría causar el misterio de ese ignorado asilo donde se encuentra la princesa, una causa política ó religiosa, que sería bueno descubrir?

—En eso pensaba, dijo Erico.

—Si hiciésemos comparecer en nuestra presencia al hombre encargado del mensaje, podríamos, preguntándole con destreza....

—Monseñor, tendrá el honor de advertiros que el interrogatorio puede ocasionar demoras, obstáculos y dificultades imprevistas; que yo respondo aquí del honor de otro; que la princesa sufre, y el dolor no espera, porque puede la muerte no darle tiempo.

—Teneis razon, doctor, añadió el rey. Sois el dueño aquí, y debemos respetar vuestra opinión. Id, pues, y devolvedme pronto á mi hermana, buena y admirada, como nosotros todos, de lo que habeis hecho por ella.

—Sí, sí, dijo en voz baja el arzobispo; todo lo sabré por otro medio.

Y dejó al rey, precediendo algunos pasos al doctor, que salió con él.



CAPITULO XVIII.

Esplicaciones.

Al entrar Rimberg en la celda de Sofía, la halló oculta enteramente por tupidas cortinas que sus ojos no podian penetrar. La hermana Teresina hizo señas a Gustavo de que no hablase, porque creia que la enferma acababa de dormir-

se, y solo estos instantes de sueño, tan difíciles de obtener, podrian calmar sus vivos dolores.

—¿Ha venido ya, señora abadesa? preguntó con voz dulce la hermana del rey.

—Sí, respondió Teresina.

—¡Ah! replicó Soñita, ¡podré al fin hablarle! Si quisiérais, hermana, dejarnos solos algunos instantes...

Por toda respuesta, la superiora salió de la habitación, indicando con la mano á Gustavo que podía acercarse al lecho.

El conde, abrumado por la emoción mas dolorosa, pretendió entreabrir la cortina para ver á la princesa; pero ésta, oponiéndose tenazmente:

—Deteneos, deteneos, señor conde, le dijo. Os ha hecho venir para ayudarme á sobrellevar mis sufrimientos, no para aumentármelos.

—Ay de mí! ¿podeis, señora, suponerme esa intención aun involuntaria, cuando mi corazón despedazado por los tormentos....

—¡Oh! ¡sí!... sé cuánto debe haceros padecer este funesto acontecimiento de que he sido víctima; pero me hablareis y me oireis sin verme. Dios, qué no me ha abandonado en tan dolorosa prueba, ha querido que las heridas me hayan desfigurado enteramente. Temblaréis de horror si me viérais, y de todos mis sufrimientos este sería el mas terrible. Quedemos, pues, separados por este obstáculo, que os suplico no pretendáis quitar: al menos, si muy en breve debo morir, sea sin haber perdido mi última ilusión....la de vuestro amor.

—Morir! exclamó Gustavo, joh, no! ¡no podeis concebir!

tan atroz pensamiento! He hallado medio de avisar al doctor Sacken: le aguardo, y él os volverá á la vida, á nuestros votos, á la amistad de todos los que os conocen.

—¡Gracias, Gustavo! Debia esperar esta prueba de vuestra adhesion, pero temo que llegue tarde. Por eso he querido aprovechar el momento en que me han abandonado mis insopportables dolores para esplicarme con vos.

Entonces, sacando su brazo por la abertura de la cortina:

—Dadme vuestra mano, amigo mio, que la estreche en la mia, prosiguió. ¡Bien! ¡esta union simpática casi me hace di-chosal!

—Amigo mio, continuó, yo os amo: á nadie he amado mas que á vos; y he hecho todo lo posible por esplicarme sin faltarme á mi misma y á lo que mi posicion exige. He creido que me habiais adivinado, y que mi deseo despertaba en vuestro corazon otro sentimiento que no es el orgullo de una alianza tan noble como inesperada.... me he atrevido á confiar al rey mi secreto, y ya los honores que os ha concedido os habrán hecho conocer que no se opondria á esta union que tanto yo deseaba y tan feliz nos haria.... Pero, ¿qué tenéis, Gustavo? recobrad vuestro valor.... llorais?... ¡inundais de lágrimas esta mano que estrecha la vuestra! ¡Vuestros sollozos me hacen daño, mucho daño, amigo mio!

—¡Ah, señoral! ¿cómo quereis que mi corazon no sucumba bajo el peso de tan dolorosas emociones? ¿me decís que tenga valor?... ¡lo tengo, y mucho, cuando puedo ver lo que padecéis y oir vuestras palabras sin morir! ¡Oh! ¡que no pudiera yo dar cien veces mi inútil y oscura vida por la vuestra!...

Señora, en nombre del amor con que os habeis dignado honrarme, dejadme veros; no temais que puedan por eso mis tiernos sentimientos debilitarse.... Yo os amo, yo os adoro por vuestra bondad, por vuestra alma generosa; y mientras os adornen esas virtudes, sereis para mi siempre la mas bella.

—No, Gustavo, esa prueba es inútil: perdonadme, si es un defecto esta coquetería, en gracia de su pequeñez. Dios no nos quita jamás la ultima esperanza; y si recobrase la vida y con ella mis débiles atractivos, jde qué os serviría conservar de mi tan horrible recuerdo?

Gustavo lloraba sin consuelo, cubriendo de besos la mano de la princesa.

—A fin de calmar un tanto vuestro dolor, dejadme contáros con detalles mi triste aventura. Cuando mi caballo se desbocó en el bosque, esperaba que se detendría en un sitio de descanso de los cazadores, adonde ya otras veces le he conducido; pero por mas esfuerzos que hice para lograrlo, como por desgracia nos encontrásemos tambien al oso que mi hermano había herido, no pude, porque se espantó, y rápido como el viento tomó el camino enteramente contrario. Aun no había yo caido, y viendo de lejos a los individuos, que juzgué cazadores furtivos, les supliqué me socorriesen, y aun les arrojé mis brazaletes para recompensar este servicio; pero ellos me dejaron pasar sin moverse. Entonces pretendí en vano bajar, y mi pié quedó engargantado en el estribo durante una hora.... Me habeis encontrado al fin, y el resto de la aventura os es conocido.

—Si, señora, y el cielo no querrá dejar su obra por con-

clair. Os ha conservado en medio de tal peligro , y os devolverá á nuestras lágrimas y á nuestro amor.

—¡Ahl ¡si pudiese esperarlo!....

Entonces retiró su brazo, y dijo:

—Adios, Gustavo , hasta mañana , si aun resta una mañana para la pobre Sofía.

Rimberg cayó involuntariamente de rodillas y dirigió en voz baja un rezo ferviente al Dios que anima y consuela. Despues, abrumado por las emociones que le hiciera sentir tan penosa escena, volvió á entrar en su habitacion para buscar un momento de reposo que hasta entonces sus disgustos no le habian dejado disfrutar.

Despues de un adormecimiento que duró algunas horas, fué bruscamente despertado por la voz de Ruperto , que le decia al oido :

—Aqui está, señor, aquí está.

En aquel instante entraba en la habitacion el doctor Sacken.

Gustavo le estrechó en sus brazos con delirio; le daba las gracias, le prometia el reconocimiento de los hombres y del mundo; y despues levantándose vivamente y arrastrándole de la mano:

—Venid, venid, le dijo: ya no tengo miedo... el milagro se hará, pues está á su lado el que lo ha de hacer... ¡Oblí amigo mio, vos me la volveréis, ¿no es verdad? ¿me responderéis de su vida? ¡Vuestro nombre, vuestra gloria durarán mas que los siglos, si lograis el buen éxito que espero!

La exaltacion de estas palabras asustó al médico, que examinando á Rimberg con atencion:

—Calmaos, señor conde, le respondió; yo deseo tambien devolver la princesa al amor de su augusto hermano y al vuestro; pero mi poder es el de un hombre... muy limitado...

—Ella os espera: id aprisa, querido doctor; yo os acompañaré.

Cuando atravesaban juntos el corredor para ir á la celda de la princesa, les salió al encuentro el padre Wilfredo, y dijo á Gustavo, designando al doctor:

—Habeis abusado de mi confianza y faltado á vuestra palabra trayendo aquí este extraño, que perderá á los que han aliviado vuestra miseria y los sufrimientos de vuestra compañera...

—¡Oh, nada temais, padre mio! Yo respondo de él como de mi. Además ignora el lugar en que se encuentra... Es un médico célebre, que viene á impedir que me vuelvan loco mis dolores.

—Que el Dios de clemencia os perdone; yo por mi parte no os perdonaré jamás.

—Señor conde, dijo en voz baja Sacken á Gustavo, quedae con ese eclesiástico. Es preciso que yo solo vea á la princesa.

Y entró en su celda.

—Si nuestro retiro fuese descubierto, añadió Wilfredo, aun nos queda un medio para escapar á las persecuciones de la tiranía y la intolerancia.

El prior enojado se dirigió á la capilla, mandando á Ruperto que le siguiera. Este último, que había sabido hábilmente ocultar hasta entonces su viaje al padre Wilfredo, creyó que acababa de descubrir su secreto, y le acompañó temblante; pero resuelto á disculparse, por conservar la recompensa que había recibido.



CAPITULO XIX.

La agencia.

Apoyado silenciosamente el conde en la pared, ni vía ni veía mas que la puerta que conducía á la celda de la princesa; esperaba á cada instante ver salir al doctor para tranquilizarle; pero Sacken no volvía. Una hora pasó sufriendo tales angustias: al cabo de ella salió el doctor de la celda: su rostro, casi siempre frío, impasible, parecía enteramente trastornado. Cogió convulsivamente la mano de Gustavo, y le dijo temblando:

—¡Valor! seguidme... ¡desea veros con una veal!

—¡Aun una vez! exclamó estupefacto el conde. ¡Oh! ¡Dios mío!

El médico y él entraron juntos en la celda.

La respiración de la princesa, que permanecía rodeada de sus cortinas, era penosa, y anunciaba una horrible agonía.

—Os he dicho que tengais valor, señor conde, dijo Sacken en voz baja: espero que sabréis sobrelevar la terrible prueba que os aguarda. Mis socorros son inútiles; su plazo está cumplido.... Dentro de una hora la hermana del rey morirá.

—Moriré! exclamó frenético, Rimbberg; era preciso que trajese sobre sí una parte de la fatalidad que me persigue; porque me amaba, señor doctor, sí, ¡me amaba! me lo ha confesado; ¡y eso es lo que la mata!

—Gustavo, dijo en este momento la enferma con voz débil, gestais ahí?... ¡he sentido latir mi corazón con más violencia!... Yo no sé si recobraré la salud, porque el doctor aun no se ha explicado...

Rimbberg y el médico cambiaron una mirada de consternación.

—Pero me siento más aliviada cuando vos estáis á mi lado, prosiguió Sofía. Quiero que el doctor, á quien ya he revelado mi amor y mis proyectos, sea testigo del único bien que pude ofreceros. Amigo mío, aun es tiempo de que cambie vuestra suerte. Ese porvenir que yo os ofrecía tan brillante, tan halagüeño, podeis disfrutarlo en la corte, si quereis ser mi esposo.

—Vuestro esposo, noble y querida Sofía! exclamó Gustavo ocultando desesperado su rostro entre las manos.

—Mañana se verificará aquí mismo nuestro casamiento, si; y el doctor certificará su celebración. ¡No es verdad, Sacken, que esto bastará para darle el carácter auténtico de una unión indisoluble?

—Pues que tal es la inflexible voluntad de vuestra alteza, yo creo que nadie pueda oponerse; pero si me fuese permitido hacer una observación, quizás insignificante, os suplicaría, señora, no remitiérais á mañana el cumplimiento de ese deseo, cuando podéis cumplirlo hoy... ahora mismo.

—Un día más me dará nuevas fuerzas; habré dado el primer paso hacia la convalecencia... Lo voy conociendo ya.... este delicioso elixir que cada hora me haceis tomar, me ha reanimado... Curaré muy pronto, doctor, y entonces... ¡cuántos días felices me esperan con mi adorado esposo!...

Aquí la princesa lanzó un terrible grito de dolor, que aumentó la desesperación de los que la escuchaban.

—¡No es nada! ¡no es nada! dijo Sofía, un acceso... ya pasó...

Y después de un instante de reposo :

—Quizás tenéis razón, doctor, continuó; mi hermano, si descubriese el sitio en que me encuentro, pondría obstáculos á mis proyectos... Haced venir al buen prior de esta casa para que nos una....

Sacken obedeció, y fué á buscar al padre Wilfredo.

Mientras esté venia, Rimberg, con los ojos anegados en lágrimas, no pudo desechar la idea de que este matrimonio con una moribunda sería mirado por todos como una prueba de su ambición, más que de su amor, y cruzó rápida por su mente la idea del suicidio; pero la llegada del doctor le volvió pronto á su acuerdo.

—¿Qué me quereis? dijo el prior entrando. Se acaba de invocar mi religioso ministerio para unir á este hombre, que me ha engañado dos veces, con esta mujer, que segun él me dijo, era su esposa....

—Esta mujer, señor, replicó Sofía, es la hermana del rey.

—La hermana del rey, de nuestro implacable enemigo esclamó Wilfredo... ¿Conque mi caridad vá á costar la libertad, quizá la vida, á las santas virgenes que hasta ahora he podido ocultar al furor del impio?

—¡Hombre cruel! esclamó Gustavo, es una moribunda la que os ruega humildemente...

—¿Qué quiere de mí? ¿Que mi voz llame la bendicion de Dios sobre dos seres muertos para la fé, que han despreciado sus leyes, abandonado los santos dogmas y reconocido el poder de un hombre rebelado contra el apóstol de nuestra Iglesia? ¡No, no! yo no seré nunca el instrumento de semejante sacrilegio!

—Ay de mil padre mío, replicó dolorosamente Sofía, no puedo dirigirme á otro que á vos: el jóven que está presente es mi mas tierno amigo: el cielo me conserva aun algunos momentos á su lado en el mundo para pagarle con mi mano cuanto debo á su sincera adhesión... ¡y os negais!...

—Me niego porque mi deber es negarme. Las palabras que me pedís para consagrar esa union serian en mi boca una impiedad odiosa... ¡No, no puede mi voz bendeciros con la biblia del indigno Luterot!

—¿Conque es preciso renunciar á tan dulce consuelo? Pronto... cuando recobre la vida, os la consagrare entera.

Gustavo.... ¡Oh! siento aquí un calor que me abrasa... doctor... venid... ¡socorredme!...

En este instante perdió la infeliz razon. Sacken le hizo tomar con algun trabajo unas gotas de un elixir encerrado en un frasquito. Volviéronse á abrir los ojos de la princesa, y esta vez pudo Gustavo ver su rostro. Repugnantes estaban sus facciones: un cerco de hierro rodeaba sus órbitas, y su rostro, cubierto de equimosis, estaba hinchado, terrible en su descomposicion.

—Ha sido una locura mi esperanza, amigos míos, dijo Sofía al recobrar los sentidos.

Y fijando sus miras en el padre Wilfredo:

—¡Al menos bendecidme, padre mío! ¡apenas puedo hablar!... ¡voy á abandonar todo lo que amo! ¡oh! me falta el pensamiento, Gustavo... ¡Tu manol pueda yo ponerla sobre el corazon... ¡Adios! ¡Adios! Di á mi hermano que en un castillo inmediato á este bosque... hay enemigos... y que desconfie del... del... ¡ah!

No pudo concluir: este era su último suspiro.

—¡Muerta! dijo con voz sombría el prior, ¡y sin haber podido alcanzar los socorros de la religion, sin que se haya elevado un rezo para que obtenga la misericordia divina! ¡Muerta! ¡sin haber confesado sus culpas, sin haber obtenido la absolución de mano del sacerdote que purifica y bendice!... ¡Lutero, hé aquí tu ohral...

—¡Insensatol! ¡pobre insensatol! exclamaba el infeliz Gustavo; ¡vé ya todos tus sueños de ambicion desvanecidos! Mi vida correrá desde hoy triste, sin deseos y sin ilusiones, como sin amor. Y es preciso conservar esta miserable existencia para

lloar y sufrir.... ¡Oh! no.... la arriesgaré en los combates, todo lo abandonaré, mi padre, hasta mi patria, si preciso fuese, para morir, para que se una mi alma á la suya en un mundo donde no nos perseguirá la desgracia.

—Calmaos, señor conde, dijo el doctor, no nos hagais temer por vuestra razon, que puede fácilmente abandonaros en un exceso de ese inconsolable dolor. Tenemos aun que cumplir un triste deber; es preciso devolver al hermano los mortales despojos de su hermana. Dejad, pues, á mi cargo tan funebres preparativos.

Pero Gustavo no escuchaba estas palabras. Se había dejado caer sobre una silla, y la fijeza de sus miradas revelaba el decaimiento de la desesperacion.

Mientras Sacken se ocupaba en amortajar á la princesa, oyóse súbitamente tocar la campana de la capilla, y el padre Wilfredo salió de la habitacion precipitadamente para averiguar la causa. En el corral halló reunidas y dando muestras de la agitacion á la abadesa y á muchas religiosas.

—Seguidnos, padre mio, esclamó la hermana Teresina; vuestro corazon os era leal: el convento está cercado por soldados...

—¡Por soldados! ¿y quién ha podido dirigirlos aquí?

—Recibieron órden del arzobispo Upsal de seguir secretamente y de lejos los pasos de ese médico que han ido á buscar á Stokolmo.

—¿Cómo lo sabeis?

—Uno de ellos lo ha confesado á Ruperto, que ahora toca á alarma.

—Bien: pues el Señor aun se obstina en afidir á sus ore-

yentes, resignámonos. Reúnanse todas nuestras hermanas en torno mio...

—Ya están aquí, padre.

Y en efecto, la temerosa comunidad estaba ya reunida.

—Hijas de Dios, continuó el sacerdote, no tembleis; espero que os librareis tambien ahora del martirio, y lograre llevaros á la tierra prometida.

Los culatazos de partesana hacian temblar la puerta: los sones de la campana habian cesado: el prior se dirigió á la iglesia y entraba en ella detrás de las monjas, cuando algunos hombres de armas, rompiendo las barreras que el paso les impedian, penetraban en el corral. En seguida corrieron á la capilla, que por dentro estaba cerrada con cerrojos, obstáculo para ellos inesperado; pero destruido este, penetraron despues en ella. Tampoco hallaron á nadie: entonces un sargento que habia examinado con la mayor atencion los sitios mas reconditos del templo, creyó advertir que estaba recientemente movida una losa junto al altar, y llamó á sus compañeros para que le ayudasen á levantarla: entonces descubrieron que era una tabla imitando la piedra, que servia de entrada á un subterraneo. Reuniéreronse todos para entrar en ella, y dos ó tres soldados provistos de una linterna penetraron en esta galería, que tenian motivos para suponer de grande estension; anduvieron bastante trecho guiados por un ruido de pasos que oyeron; pero de repente una bocanada de humo puso fin á su exploracion obligándoles á retirarse. Un monton de maleza, musgo y yerba seca era el obstáculo que á su expedicion se opónia; obstáculo imposible de vencer sin asfixiarse. Llamaron los tres soldados á sus camaradas, y todos fueron testigos de

este incendio infernal. Oíase en lontananza un canto solene y lugubre, entonado á coro, y distinguianse claramente las palabras de este salmo:

Auditam facile vocem laudis ejus, qui posuit animam meam ad vitam.

—Retirémonos, amigos, dijo el sargento. Estamos en la mansión del diablo. Monseñor de Upsal no es tan malo como él; y nosotros, que somos mucho mejores que su eminencia, no debemos dejarnos degollar por agradarle.

—Teneis razon, dijo un soldado. Cuéntase de este convento una historia terrible, pero del todo inverosímil. Ahora podemos nosotros asegurar que es cierta.

—Yo he distinguido los cuernos del demonio, dijo uno.

—Y yo sus pezuñas que atizaban el fuego, añadió otro.

—¡Media vuelta á la derecha! marchen, dijo el sargento. Ya sé qué debemos hacer para vengarnos de las religiosas y sus malditos esposos.

Media hora despues estaban los soldados en el corral, donde con gran admiracion vieron tres caballos dispuestos á partiz y reconocieron en Gustavo á un oficial de la guardia del rey. El jefe los ordenó en batalla para hacerle los honores.

—Amigos míos, les dijo el conde de Rimberg, os mando que me acompañéis para formar el lugubre cortejo de la hermana de vuestro rey, que ha muerto en este lugar maldecido por el infierno y la desgracia.

Los soldados guardaron un desgarrador silencio de sorpresa. Entonces el doctor, no encontrando otro medio de trasportarlo, puso sobre un caballo el cuerpo de la princesa

Sofia, que Gustavo quiso ir sosteniendo durante el camino; y de ésta manera llegó á Stokolme aquella cuya muerte debía llorar su amante toda su vida.

Así que abandonaron el convento, el jefe de la partida, que habría sin duda recibido particulares instrucciones del arzobispo, dió fuego al edificio por sus cuatro ángulos, y los rojos fulgores de las llamas alumbraron largo tiempo la fúnebre comitiva.





CAPITULO XX.

El castillo de Medelshem.

Al Sur del gran bosque que acabamos de abandonar , se elevaba una pedregosa montaña, al pie de la cual corría el lago Meeler, navegable hace algun tiempo por un canal que une á sus aguas las del lago Hilmer. Sobre este lago se celebra en enero la famosa kermesada sueca, conocida con el nombre de la *Feria del Espejo*, porque nunca se verifica hasta hallarse helada completamente esta inmensa tabla de agua.

En la meseta de esta montaña que acabamos de mentar, elevara como un gigante fantasma el antiguo castillo de Medelshem, con sus dos torrecillas á guisa de brazos. Su

construcción, de quinientos años de antigüedad, ofrecía todos los medios de defensa que usaron los tiranos señores feudales de la edad media. Solo podía subirse á él por una senda tan estrecha como tortuosa. En la falda de la montaña, y ocultos en el bosque, estaban establecidos Boleslao y sus compañeros hacia dos días, habiendo construido precipitadamente algunas chozas para preservarse del frío. Como estaba cerca la época de la kermesada, se habían provisto de cajones y otras chucherías y disfrazado de mercaderes ambulantes. Era innegable que su capitán poseía sutil ingenio, presencia de espíritu, prudencia, y sobre todo el arte de aprovechar las ocasiones.

Había advertido Boleslao que desde el dia anterior iban llegando misteriosamente al castillo algunos caballeros embozados en grandes capas que ocultaban sus rostros ; y que aquella misma mañana había entrado en Medelshom una tienda de seda conducida por dos caballos y numerosos domésticos. A juzgar por algunas voces y alegres carcajadas, encerraba aquel discreto palanquín dos señoras opulentas, según su espléndido acompañamiento.

—Hijos míos, dijo Boleslao á sus compañeros, si mis cálculos no fallan , la tortilla que maté nos va á proporcionar una fortuna fabulosa. No sé si será la mina de esmeraldas la que llena nuestras bolsas; pero si que hay allá arriba algunos señores bastante opulentos á quien exigir contribuciones tan grandes como calculamos merecen pagar por sus dignidades. No se trata, amigos, de luchar sin peligro con imbéciles ó cobardes que se parapetan en sus castillos temblando mientras nosotros saqueamos descansadamente sus palacios, no; va-

mos hoy á habérnoslas con hombres aguerridos, armados y valientes, á quienes es preciso atacar de frente, si se resisten á nuestras astucias; pero para ejecutar la mas atrevida de las empresas que preparo, necesito un traje tan rico como los suyos, y no sé cómo procurármelo.

—Esperad, capitán, quizás hay un medio... Seguidme vosotros, dijo el alférez de la cuadrilla, llevándose seis hombres.

—¿Qué vá á hacer ese loco? exclamó Boleslao. ¿Si habrá él tambien formado sus planes? Veremos cómo se las compone. Que me traigan aguardiente quemado para beber mientras los espero.

Habria pasado escasamente un cuarto de hora, cuando se oyó un pistoletazo.

—Desgraciado! dijo Boleslao rompiendo el vaso en quē acababa de beber; si se ha dejado sorprender por los esbirros, nos vá á descubrir.

Pero pronto volvió el alférez trayéndo á un joven, cuyo caballo llevaba uno de los ladrones por la brida.

—Aquí tenéis el traje que habeis pedido, dijo el alférez con imperturbable sangre fría.

—Señores, dijo con aire elegante y sin afectación el caballero, supongo que no tenéis intenciones de matarme, y comprendo perfectamente esta broma. Sois ladrones, bandidos, que asaltais á los viajeros: ¡magnífico! Estais en vuestro derecho mientras la policía lo consienta; pero tampoco creo que tengais intención de robarme el dinero que traiga...

—¿Por qué? replicó brutalmente el que le había aprehendido.

—Porque no lo tengo. Soy el conde de Stem-Sture, hijo del canciller de la corona, noble, franco y leal; pero no tengo mas que deudas por cualquier parte que me cojan. Si creeis que os engaño, señores, registradme; y á no ser que me metais oro en los bolsillos, os desafío á encontrarlo, ¡pardiez! Estoy tranquilo sobre este particular.

—Mi pobre jóven, respondió sonriendo Boleslao, siendo nosotros como pensais ladrones, debemos ser tan sútiles como vos y mas desconfiados. Por lo tanto me parece inverosímil que no tengais dinero.

—Eso mismo me dicen todos los días mis acreedores, y los desgraciados tienen luego suficientes motivos para convencerse de que no los engaño.

—Yo seré mas hábil que ellos, pues encontraré en vuestra bolsa lo que no han podido ellos encontrar.

—Mi querido ladron, pongo á vuestras órdenes mis bolsillos, aunque os he dicho que están tan vacíos como si antes de ahora nos hubiésemos encontrado. Hacedme, pues, el honor de creerme, ó de aseguraros por vos mismo.

—Sería intútil, porque me consta que ahora no lleva el oro en ellos la gente de vuestra clase, sino oculto entre los pliegues del vestido, temiendo un desagradable encuentro con la cuadrilla de Boleslao. Para que conozcamos si nos engañais, vais á tener la bondad de desnudaros de piés á cabeza, ahí en esa cabaña....

—¡Ah! eso sí que es divertido, exclamó Stem-Sture. ¿Por qué no habeis dicho antes que es mi traje lo que quereis? Como aun no está pagado, os aseguro bajo mi palabra de ho-

nor que robais dos vestidos á mi sastre, porque tendrá que hacerme otro... que tampoco le pagaré.

—Eso corre de su cuenta. Permitidme, señor conde, que vaya á serviros de ayuda de cámara uno de los míos.

—Pues os empeñais, consiento.

Dió algunos pasos hacia la choza, y volviéndose á Boleslao:

—Espero que no me pidais luego mas, le dijo; solo podría daros el pellejo, y ese le tiene en vuestro poder.

—Estad tranquilo, monseñor; quedareis libre.

Stem-Sture desapareció.

—¡Amable jóven! continuó Boleslao; está muy lejos de sospechar lo que le va á suceder.

Pocos instantes despues volvió el conde vestido de mercader ambulante, cuyo traje le había dado el alférez por el suyo.

—Héme aquí, héme aquí, señor ladrón, dijo acercándose al capitán; miradme, yo os lo ruego: ¡cómo me han desfigurado! Cualquiera creería que estamos haciendo una comedia, aunque no es mi papel el mejor.

—Puede ser, señor conde. Falta una cosa para que sea mejor que imagináis.

—¿Cómo!

—¿Cuánto os ha costado vuestro vestido completo?

—Nada, porque lo debo.

—En cuánto lo tasais?

—He oido decir á los buenos pagadores que bien valdría veinte piezas de oro..., tiene muchos bordados y galones.

—Veinte piezas de oro! Tomad treinta, dijo Boleslao alargándole su bolsa.

—¿Qué? ¿os burlais?

—Vamos, tomadla, caballero; no me gusta que me hagan esperar.

—¡Esto es maravilloso! ¡Sois ladrón y dais dinero!

—¿Qué os parece?

—Sois digno de un título de nobleza.

—No, porque pago mis deudas...

—Ahh! ¡teneis razon por vida mia! Mi dignidad se ha rebajado mucho... pero sois un personaje tan singular y nuevo, que lo olvido. ¿Cómo ha de estar uno mal con un hombre que teniéndole prisionero le obliga á aceptar la bolsa y la vida?

—Es preciso obedecerle, ¿no es verdad?

—¿Qué vais á hacer de mí ahora, ladrón modelo?

—Os invito á que monteis en vuestro caballo y volvais tranquilamente á Stokolmo, sin cuidaros de lo que pase detrás de vos.

—Me haceis un gran favor obligándome á retirarme, porque iba á una cita que ereía peligrosa y comprometida. Con este suceso podré plenamente justificar mi ausencia. Adios, señores; si alguna vez os diese gana de volverme á robar, estoy á vuestro servicio.

Y saltó sobre su caballo, balbuceando:

—¡Cuánto voy á divertir al rey con esta aventura!

Despues que se perdió de vista, los camaradas de Boleslao empezaron á murmurar de la generosidad de este en alta voz; pero les hizo comprender que lo que había hecho era sembrar para recoger.

—Debemos obrar en grande, mis queridos compañeros, y

lo que acabo de hacer es solo un preliminar. La accion que me criticais nos grangea un amigo, que puede sernos útil en alguna ocasion. Voy, pues, á trasformarme en gran señor, y con esta carta que está en mi poder, gracias á la paloma, espero sacar una buena parte de la mina de esmeraldas.

Vestido ya con el traje de Stem-Sture, partió Boleslao con toda su caravana, que colocó de modo que el castillo estaba por todas partes rodeado de soldados vigilantes, dispuestos á socorrerle á la primera señal.

En seguida subió resueltamente la tortuosa vereda que conducia á Medelshom, y á su llegada al gran patio, cuya puerta estaba de par en par, buscó en vano un criado que le anunciase, ó á quien mostrar su billete de convite: todo estaba desierto en este vasto edificio. Encontróse enfrente de una escalera con pasamano de hierro en espiral; subióla con precaucion, y trató de abrir una puerta de dos hojas en que terminaba; pero no lo lograra á no haber reparado en un botón de cobre, que empujó con fuerza, hallándose entonces en un corredor sombrío, á cuya extremidad había una porcion de habitaciones oscuras, en que penetró sin hacer ruido. Entre los pocos muebles que adornaban este cuarto, el que mas llamaba la atencion era un armario góticó incrustado de ébano. Seguro de que nadie le sorprendería, oprimió la cerraja, y logró hacerla saltar con ayuda de su puñal; pero cuando esperaba descubrir en él los tesoros del castellano, solo encontró fragmentos de cadenas de acero, armas rotas y crucifijos de marmol. Examinándolo despues con mas proligidad, halló en el fondo de un cajon un cofrecito de palo de limone-

ro, y aunque pesaba bien poco, lo guardó, esperando examinar mas despacio los objetos que contenía.

Terminadas tan útiles pesquisas, se vió nuestro atrevido ladrón en el caso de tener que volverse por donde había venido, pues no hallaba una puerta que saliese al resto de la casa. Admirábase con razon del inesplicable silencio que reinaba en torno de él, sacando por consecuencia que había perdido el tino, y dado en un callejon sin salida; pero ¡cómo abandonar una expedicion tan hábilmente preparada? Tales eran sus reflexiones, cuando creyó oír muy de cerca gritos ahogados; apoyó la cabeza en la pared, y oyó bien claro voces... En esto la mano que había apoyado en la pared, tropezó por casualidad con un resorte; abrióse una puerta secreta, y asomando primero la cabeza, logró entrar, pero el espectáculo que se presentó á su vista le infundió un terror que nunca había sentido.





CAPITULO XXI.

La esmeralda.

Hallóse Boleslao en una gran sala cercada por una galería con columnas. En el fondo, y en derredor de una mesa que alumbraba una lámpara de bronce, estaban reunidas veinte personas enmascaradas. Solo una joven tenía el rostro descubierto, y se arrastraba a sus pies llorando. No comprendiendo Boleslao esta escena extraordinaria, dió un paso para salir; pero la puerta se había cerrado, y no pudo encontrar el resorte, por cuya causa tuvo que resignarse con su papel de espectador, procurando no ser visto detrás de una columna.

—¡No, no haya piedad para ella! gritaba una mujer enmascarada, designando á la infeliz que tenía á sus plantas; es culpable de sortilegio y de seducción, valiéndose de las artes de la magia; si se niega á declararlo, no vacileis, llevadla al tormento y confesará su crimen.

—Pero, señora, respondía la víctima, ¿no quereis comprender que no he usado nunca otra magia que el amor que he podido inspirar? ¿Conque es un crimen el amor?

—Esa prenda de su insensata pasión que hemos hallado sobre vuuestro corazon, continuó la dama, es una prueba de vuostros criminales artificios, y de que solo con ayuda del demonio encadenais á vuostros gustos á ese príncipe, que perdereis perdiéndoos tambien vos misma....

—Tengo este retrato, porque me lo dió la princesa Sofía, y yo no creí, señora...

—Demasiado!... la interrumpió con voz poderosa un personaje, que parecía el presidente de aquella asamblea. Caballeros de la Esmeralda, no os habeis reunido aquí para gastar tanto tiempo en deliberaciones, sino para salvar á la Suecia de los males que la amenazan. Las acciones, pues, deben reemplazar á las palabras. ¡Que esa miserable criatura se siente y escriba lo que vamos á dictarle, ó que muera!

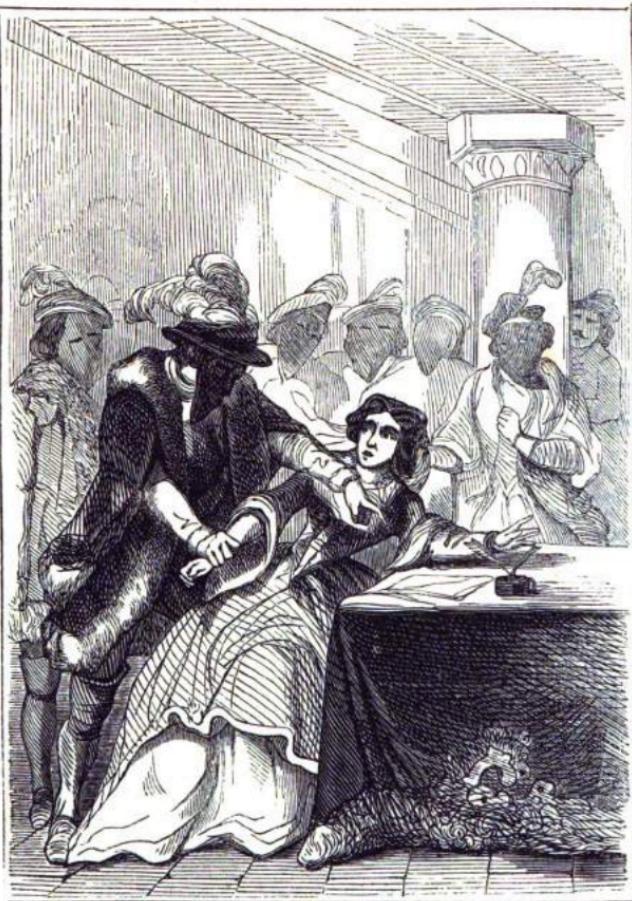
—Oh, Dios mío! ¿Qué vais á exigirme? ¿Qué quereis que escriba?

—Vais á saberlo; sentaos aquí, y mirad bien que mi espada amenaza vuestro pecho.

La pobre niña, pálida y temblorosa, cogió la pluma.

El hombre le dictó:

EL LADRON DE LA CORTE.



La pobre niña, pálida y temblorosa cogió la pluma.

«SEÑOR:

«A vos se dirige la mas humilde de vuestras siervas, para suplicaros devolvais á su corazon la libertad que á su pesar le habeis quitado.»

—¡Ah! ¡mi mano rehusal... balbuceó la joven.

—Continuad, ó vais á sufrir los mas crueles tormentos....

La joven volvió á escribir.

«Nunca amé á vuestra magestad, pues hace mucho tiempo que dí mi corazon á otro...»

—¡Oh! ¡no, no! exclamó la infortunada, ¡jamás escribiré tan odiosa villanía, tan completo engaño! ¡Señora, añadió arrojándose á los pies de la que había antes hablado, vos me socorrereis! ¡vos me protegereis contra esta barbárie! ¿Quizá para tan infame uso tendréis tanto empeño en hacer que aprendiera á escribir? Mi querida señora, sed generosa y buena con una mojer que en nada os ha ofendido.... véd... á vuestros pies os lo ruego....

—Traed el aderezo destinado á esta señorita, respondió con calma la dama.

Entonces salió un lapon de un gabinete, y la presentó dos brazaletes de hierro candente, que se disponía á poner en los brazos de la joven.

—¡Cielos! exclamó ella retrocediendo horrorizada, ¡queréis hacerme sufrir los tormentos del infierno?

—¡Escribid, pues! dijo el enmascarado; y tened en cuenta que si osais otra vez interrumpirme, el brazalete os hará desistir.

—Cedo al temor, pero Dios me vengará, dijo ella inundando el papel de lágrimas.

Continuó, pues..

«Acaba de abandonarme mi amante, porque ha sabido que el rey es su rival: me habeis quitado la felicidad en esta vida; pero os perdono, señor. Desde hoy pasare mi existencia olvidada; voy á abrazar la religion católica, y á retirarme á un cláustro bajo un nombre supuesto que nunca conoceereis. Esta será la ultima noticia que tengais de mí...»

Y se detuvo.

—¡Firmad! ¡firmad! gritaron todos en tono amenazador.

—Firmad, pues, dijo el presidente cogiendo la mano de la pobre niña y guiándola á su placer.

«Catalina Mansdotter...» ¡Perfectamente!

—¿Será esta traidora carta solo un preludio de los sufrimientos que preparais á vuestra pobre víctima? Sola, sin defensa... ¡tendreis la impiedad de obligarme á abjurar mi fe por satisfacer vuestra odiosa venganza?

—Vuestra suerte está decretada, respondió la dama; tenéis que someteros ó morir.

—¡Morir! ¡oh! ¡yo no quiero morir! ¡Tampoco quiero abjurar mi creencia, no! ¡Miserables! exclamó con inesperada energía; el rey lo ha de saber... volvedme mi libertad... volvedmela...

Una carcajada general le respondió.

Al pronunciar estas últimas palabras se había precipitado Catalina á la puerta junto á la cual estaba oculto Boleslao. Los ojos de la jóven se encontraron con los suyos, y retrocedió amedrentada lanzando un grito.

—Si... si... quieren matarme... miradle... ya me espera el verdugo...

Esta exclamación hizo á todos los conjurados levantarse. El jefe se dirigió á donde estaba Catalina, convenciéndose de que en efecto un hombre los escuchaba. Cogióle brutalmente por el brazo y le arrastró al medio de la sala.

—Amigos míos, dijo, ¡estamos vendidos! Este es un espía de la corte; pero no podrá revelar nuestros proyectos, porque sólo saldrá de aquí cadáver.

Todas las espadas se dirigieron á Boleslao; pero este sin intimidarse, dijo tranquilamente:

—Un instante, monseñores. ¡Vais á volveros contra vuestras mismas tropas, la falta mayor que se cometió en la guerra?

Esta réplica, con la mayor seguridad pronunciada, impuso á los conspiradores. Examinaron con mas atención al recién venido, y el jefe le preguntó con insolencia:

—¿Quién sois?

—¿Y vos, señor?

—Yo os pregunto, y no tengo por qué contestaros.

—Corriente: soy uno de los vuestros.

—¿Tu carta?

—Aquí está.

—¿De dónde vienes?

—De Upland.

—¿Quién te ha entregado esta carta?

—Una paloma.

—Antes que nada, ¿vuestro nombre? preguntó una voz de mujer.

—¿Mi nombre? Bien lo sabeis.

—Dilo.

—Soy el conde de Stem-Sture.

—¡Mentira! ¡mentira! dijeron todos á una voz, no son las suyas esas facciones.

—Tu mano derecha, dijo uno.

—Tomadla.

—Amigos, continuó el que le había examinado, no lo dudéis, ¡es un traidor! ¡Heridle, heridle sin misericordia, ó somos perdidos!

—Estas dos compañeras me harán, cuando no respetar, á lo menos ser escuchado por vuestras señorías. Os declaro que no soy agente de policía, y que me he introducido aquí con otra intención que la de sorprender vuestros secretos...

Y apoyándose contra la pared con una pistola en cada mano, apuntó á sus adversarios.

—¿Con qué intención?

—No lo sabréis; pero si me dejais partir, os juro no contar á nadie esta aventura, harto humillante para mí.

—¡No! ¡no! gritaron todos; ¡muera! ¡muera!

—Ved que una señal mia, una sola palabra, puede atraer aquí treinta valientes...

—¡Y dices, infame, que no eres espía! ¡No le escuchemos! ¡muera!

El jefe de los ladrones, siempre á la defensiva, se acercó á una ventana ogival en que había antes parado la atención, y rompiendo un vidrio con el mango de una pistola, gritó con voz de trueno:

—¡Boleslaot!

Pero apenas pronunciara su nombre, lanzáronse sobre él diez de los presentes de gran vigor para desarmarle, cogiénd-

dole los brazos: los otros, apoderándose de partesanas , hicieron desde la ventana fuego sobre algunos hombres de mala traza que se dirigian precipitadamente al castillo. Dos de aquellos facinerosos rodaron al lago muertos ó mal heridos, mientras Boleslao mordia á diestro y siniestro con rabia de tigre á cuantos le acosaban. Al cabo de un rato lograron sujetarle con cordeles las manos á las espaldas , poniéndole en la boca una mordaza que solo le permitia lanzar sordos rugidos. Este tormento horrible era solo un preludio de los que despues le esperaban. Abrióse bajo sus piés una trampa , y fué empujado á un subterráneo sin salida , donde el hábil ladrón , hasta entonces tan afortunado en cuanto emprendia, vió comenzar para él el infortunio, y creyó un momento ser despedazado por las enormes y punzantes peñas en que su cuerpo rebotó; pero no llegó á tanto su desgracia.

Los otros bandidos se dispersaron en las cercanías de la fortaleza hasta nueva señal, espantados de los muchos obstáculos que había que superar para entrar en ella.

Durante estos rápidos acontecimientos se había lanzado Catalina á otra habitacion buscando un medio de escaparse: había logrado forzar una puerta, y se creia ya libre , cuando la noble dama que se había declarado su mas implacable perseguidora, la salió al encuentro, volviéndola á la presencia de sus jueces. Entonces fué entregada á dos guardias, que la obligaron á callar y permanecer en la estancia.

—Caballeros de la Esmeralda , dijo el presidente , lo que acaba de pasar trastorna nuestros planes y nos obliga á empazar su ejecucion. Ese hombre, aun cuando no podrá ya denunciarnos, porque nunca saldrá de ahí, venia acompañado de

emisarios del aborrecido monarca. Sin duda éllas habrán marchado á Stokolmo: no les demos lugar para cumplir su mision: separémonos al instante. Tenemos buenos caballos, podremos llegar antes que nuestros delatores, y disipar con nuestra presencia cuantas sospechas haya hecho concebir á Erico su desconfiado carácter.

En esto oyóse el sonido de una campana; y un terror pánico se apoderó de todos los concurrentes. Otra campanada obligó á uno de ellos á mirar por los vidrios de la ventana, el cual anunció que unas religiosas conducidas por un anciano sacerdote pretendían entrar.

—¡Unas religiosas! exclamó con júbilo el jefe de los conspiradores; que entren al instante.

Un momento despues entraron en el salon estenuados de fatiga el padre Wilfredo y las pobres religiosas de Santa Radegunda.

—Hermanos mios, dijo el prior, Dios, no nos ha dado fuerzas para pasar de aquí; venimos á buscar la muerte, si sois de los impíos, ó la vida, si vuestras almas sienten piadosas emociones. Hace cuatro dias que estas pobres hijas de Jesucristo no han tomado alimento, porque venimos buyendo de los verdugos. ¿Encontraremos en este lugar otros mas crueles que los que nos persiguen? ¿Deberemos morir dirigiendo al cielo nuestras últimas plegarias para que perdone á los enemigos de nuestra fé?

—No, padre mio, respondió quitándose la máscara el presidente; sois de esos hombres á quienes yo amo, protejo y profeso la mayor adhesion. Aquí os serán prodigados enantos auxilios necesiteis, tanto vos como vuestras compañeras, y .

aunque nosotros marchamos porque nos precisa, quedais hecho dueño del castillo durante nuestra ausencia. Voy á daros una orden que protegerá vuestra marcha á Abo, capital de la Finlandia, donde podeis contar con el apoyo del hermano del rey, á quien pertenece aquel ducado.

—¡Ah, mi noble señor! dijo conmovido el padre Wilfredo: bien sabía yo que el cielo no nos había de abandonar. Vuestras palabras han devuelto á nuestros corazones la esperanza: en ellos permanecerá eternamente grabada vuestra bondad.

—Solo os impongo, padre mio, una condicion al daros hospitalidad, y es que os encargueis de la conversion de esta pobre joven. Lleváosla en vuestra compañía, y velad sobre ella, porque, añadió en voz baja, tratará de escaparse. Su razon está un poco trastornada; se cree la favorita del rey, y en su locura vive persuadida de que debe ser un dia reina de Suecia.

—Desgraciada!... Nada temais, señor: mis hermanas la cuidarán como exige su funesta situación.

—Os dejaré algunas personas acostumbradas á guardarla, y no la entregareis en otras manos.

—Descuidad, monseñor.

—Tomad el salvoconducto que os he ofrecido.

—Qué leo! exclamó el padre Wilfredo, reparando la firma; ¡sois el....

—Silencio! Hasta la vista, padre.

Todos salieron, excepto Catalina, el prior, las religiosas y algunos criados.



CAPITULO XXII.

El subterráneo.

Al caer el infeliz Boleslao en el sombrío subterráneo que debía servirle de tumba, lanzó un grito desgarrador, porque habiendo dado con la cabeza en el ángulo de una piedra, se había hecho junto a la sien una gran herida que cubría su rostro de sangre. Agarrotado, sin poder pedir socorro, pudiendo solo hacer uso de las piernas, y en medio de una oscuridad profunda, debe ya comprenderse hasta qué punto su nerviosa y potente organización estaría exasperada.

Debilitado por la sangre que vertía quedó adormecido.

Cuando despertó era ya de dia claro, pero para él lo mismo que si fuese de noche. Su incansable imaginación le sugirió la idea de no resignarse con la suerte de Ugolin sin haber antes probado si por cualquier casualidad lograba escaparse. *

Como no podía servirse ni de su voz ni de sus manos, solo le quedaba la vista para medir la vasta extensión de su calabozo, que se dispuso a recorrer. A cada instante tropezaban sus magullados pies en enormes piedras desprendidas del muro, pero estos obstáculos no le detuvieron; y después de una marcha tan penosa como larga, hallóse en una especie de encrucijada a que iban a parar serpenteados muchos pedregosos caminos; por los cuales se dirigió sin reflexionar a riesgo de encontrar alguna sima donde perdiera la vida. La fatiga no le permitía continuar, y se detuvo. La mordaza le sofocaba, sentía una sed ardiente y devoradora; y cuando pretendió, reuniendo todas sus fuerzas, romper sus cadenas, hizo penetrar hasta los huesos de sus muñecas las cuerdas que las sujetaban. Un hombre ordinario hubiera elevado su alma a Dios y llamádole en su ayuda, pero Boleslao no pensó en él; creía ofender la Divinidad dirigiéndose a ella. ¡Tan impío era su cinismo!

Su irrevocable resolución de salir por cualquier modo del subterráneo dominó su debilidad, y continuó andando como un ciego beodo; en fin, después de inauditos esfuerzos creyó distinguir muy lejos entre la oscuridad que le rodeaba un rayo de luz. Hizo el postrer esfuerzo, y a medida que adelantaba distinguía distintamente una verja que daba al campo. Corrió a ella, la vió, pudo contar sus barrotes de hierro carcomidos

por el moho; tenía la libertad delante de sí; solo le separaba de ella aquella reja, que en otra posición hubiera hecho fácilmente trizas; pero entonces aquel descubrimiento solo sirvió para irritar sus irrealizables deseos.

Delante de sus ojos se estendía el lago Mæier, por cuya helada superficie se podría muy bien llegar al bosque que estaba del otro lado, y junto á él caían las ramas de un abeto desgajado por el aire, que le podrían servir de escondite caso que, si se fugase, le persiguieran.

Vió á una lechera joven, radiante de alegría y libre como una golondrina, atravesar el lago con sus patines; y con algunas personas atraídas sin duda por la aproximación de la feria, acercarse á la verja tras de la cual él se desesperaba, coger musgo y hojas, que echaban sobre el hielo, sin duda para marcar el sitio que habían de ocupar, ó para estar más resguardados de la impresión del hielo. Nuestro infeliz prisionero hacia mil esfuerzos para gritar á aquellos mercaderes; pero á pesar de sus ahogados gritos y de los sacudimientos que daba á aquellos barrotes, ningún ruido llegaba hasta ellos... Entonces creyó distinguir entre aquellos hombres á algunos de los suyos, y eran en efecto su alfírez y otros tres, que después de su desaparición no habían cesado de rondar el castillo por si algo les daba á conocer la suerte de su jefe. La casualidad hizo que deteniéndose á treinta ó cuarenta pasos de la verja hablasen todos á la vez, y sus ecos llegasen hasta él. Su situación entonces es imposible de describir: se contraían sus nervios, se revolvía, gritaba, y ¡nadie le respondía! apoderóse de él un vértigo, y embistió con la cabeza á los hierros. Esta sacudida hizo caer una larga cadena;

que sin duda alguna estaba enrollada mucho tiempo hacia en la extremidad de la verja; pero cómo moverla sin el auxilio de las manos ó de la boca? Pronto se le ocurrió un medio. Echóse en el suelo de espaldas y alargando hasta ella sus piernas, logró al cabo cogerla con los pies y moverla fuertemente, haciendo sonar una cascada campana. Los cuatro ladrones, sorprendidos por aquel son, volvieron la cabeza, y acercándose por curiosidad el alferez á aquel sitio, creyó ver agitarse en la sombra un ser viviente; llamó á sus compañeros, y entonces Boleslao levantándose se presentó á su vista; pero como su rostro estaba cubierto de sangre coagulada, no le reconocieron y retrocedieron espantados.

—Será algun loco encerrado ahí, dijo el alferez, y podría hacernos daño si nos acercásemos. Vámonos.

—Quizá será algun rico heredero á quién habrán despojado de su fortuna, añadió otro.

—Eso se vé á menudo en las grandes familias, replicó un tercero.

—Si le salvásemos nos recompensaría largamente, continuó el segundo.

—Buena idea, dijo el alferez. Como somos tantos no debemos temerle. ¡A ello!

Boleslao, que había atentamente oido esta conversacion, se sentía ahogado por el gozo. Cuando vió que sus compañeros se disponian á limar los hierros, se volvió hacia ellos, mostrándoles sus manos despedazadas y llenas de cardenales. Uno de sus compañeros cortó sus ligaduras, y el prisionero, arrancándose precipitadamente la mordaza, exclamó:

—¡Boleslao!... amigos míos... soy Boleslao.

Todos lanzaron un grito de júbilo y sorpresa:

—¡Boleslao! ¡tú aquí! dijo el alférez, ¡ya somos felices!

—Aun no. Mientras lográs derribar esta verja, dadme un poco de aguardiente para refrescarme; tengo la garganta hecha áscua.

—Tomad, tomad.

Boleslao bebió de un trago media calabaza.

—¡Ah! prosiguió, ¡cuánto me han hecho sufrir esos infames! ¡orejan enterrarme vivo! No: Boleslao vivirá libre. Un hombre como él no muere como un simple, sino en alto, muy en alto, para que de lejos le vean y hablen todos de él.

Esta ladronesca filosofía volvió á los compañeros de Boleslao el buen humor que mucho tiempo hacia no disfrutaban.

—Manos á la labor, mis valientes; romped mis cadenas, y salga yo al fin de este nido de murciélagos.

La verja no pudo resistir á los obstinados ataques de los cinco ladrones, y al cabo de media hora Boleslao estaba libre.

—Antes de disfrutar plenamente la libertad, dijo, quiero separarme de este vestido de marqués, al cual debo mi desgracia; soy fatalista, y no renuncio á mis preocupaciones.

Y dirigiéndose á uno de los suyos:

—Bording, continuó, vas á cambiar conmigo de traje aquí mismo, y luego te diré lo que has de hacer.

—Como gusteis, capitán.

Despues que cada uno se puso su traje:

—Vuelve al bosque, prosiguió; dí á nuestros compañeros que me has encontrado, que se regalen bien en gracia de este suceso, y esperadme: hasta la noche no volveré.





CAPITULO XXIII.

El tribunal.

—Capitan, contadnos cómo os han encerrado en ese subterráneo, dijo el alferez.

—Es inútil. Bástate saber que he perdido la partida y que no me gusta recordar lo que me sale mal. Mira, añadió mostrando las heridas de su rostro, esto es todo lo que he sacado de la mina de esmeraldas. No hablemos más sobre el particular; hay que hacer otra cosa: ¿ves? ya hay allá abajo más de cien tiendas sobre el lago; aquellos mercaderes tienen oro, y debemos ir á visitarlos.

—¡Ya, capitán! debeis aun sufrir mucho.



—¡Ahí si... sufro, estoy enfermo; pero es á causa de que no he robado nada hace dias, y quiero robar algo para curarme. Seguidme: aun faltan dos horas de dia, y debemos aprovecharlas.

Con la mayor precaucion se dirigieron al centro de la feria. Despues de algunas esploraciones , ayudado Boleslao por sus compañeros, llevó á cabo una porcion de raterías. Bolsas y alhajas pasaban con destreza increible de sus manos á las de sus colegas, porque él nada guardaba de sus hurtos; pero un peletero, cuyos bolsillos visitaba , volviéndose vivamente lo señaló como ladrón á la concurrencia. Aunque no fué sorprendido en el acto, bastó este grito para que en seguida se viera rodeado de gente, no tuviera mas tiempo que para decir á sus camaradas:

—¡Huid!

El burgomaestre del vecino pueblo , que para conservar el órden asistia á la kermesada , se precipitó sobre el ladrón ayudado por cuatro dependientes de policía. Boleslao no hizo resistencia alguna y se dejó prender.

Condújosele á la cárcel del pueblo , donde pasó la noche entregado al sueño mas tranquilo. A la siguiente mañana, el burgomaestre, dándose toda la importancia de un magistrado subalterno, se constituyó con cuatro jueces en audiencia.

El acusado debía comparecer tambien.

La sala era grande, y se hallaban en ella reunidos casi todos los extranjeros que habian acudido á la feria.

Boleslao ocupó el banco de los acusados.

El burgomaestre, que creia haber hecho una importante captura, le preguntó:

—¿Vuestro nombre?

—Fielding.

—¿Vuestra edad?

—Treinta y cinco años.

—¿El lugar de vuestro nacimiento?

—Stokolmo.

—¿Teneis defensor?

—No, porque soy muy pobre para pagarle; pero soy inocente y me defenderé como pueda.

—Acusado, ayer se han cometido muchos robos en la feria; y habiéndose querellado el peletero Keller de que habíais pretendido robarle también, creo deber haceros responsable de todos los hurtos de que tengo noticia.

—Así se ahorra la justicia tener que hacer pesquisas, señor burgomaestre.

—Caliad y responded. ¿Para qué os acercásteis al señor Keller?

—Para hablarle de mis negocios.

—¿De qué negocios?

—Oíd. Yo soy descargador en el puerto de Stokolmo: fui empleado con otros diez camaradas para llevar mercancías á la feria, con destino á Keller, segun creo; pero habiéndose marchado el que nos ocupó, le tiré al señor por el vestido para preguntarle si le había pagado nuestro trabajo, porque yo nada he recibido.

—Keller, ¿reconocéis á ese hombre por haberle encargado trasportar vuestras mercancías?

—No, señor juez: solo le reconozco por un ratero.

—Quizás no lo soy tanto como los comerciantes, que roban

á todo el mundo: ¿oís, vendedor de pieles de oso peladas?

—Señor juez, ese malvado ataca mi honor.

—Bien, muy bien. Acaso vuestra honor sería tan frágil como las pieles de oso, y se habrá pelado como ellas.

Y dirigiéndose á Boleslao, continuó el juez:

—Fielding, vuestra historia puede ser verdadera; pero por mas natural y verosímil que sea, la justicia no os cree una palabra.

—¿Por qué? ¿Cuando aun tengo en la cabeza y en las muñecas las cicatrices de las heridas que me ha hecho arrastrando hasta la feria fardos y baules, me decís que no digo verdad? ¿Qué pruebas quereis entonces? ¿Quereis que tome al cielo por testigo?

—Es inútil, Fielding; escuchad: se han cometido numerosos robos y no puedo dispensarme de declararos su autor. Si otro lo fuera por casualidad, como no le tenemos en nuestro poder, y si á vos, esta circunstancia os es muy favorable, mi buen amigo.

—Señor presidente, dijo el escribano, un extranjero quiere hacer algunas revelaciones, que segun dice, pueden serviros de mucho.

—Si puede ilustrarnos, eso justamente deseo. Que entre.

Entonces se presentó al tribunal un hombre de aire y fisionomía distinguidos.

—Señor burgomaestre, dijo, he mirado detenidamente al culpable, y creo poder aseguraros que teneis en vuestro poder al mas célebre ladrón de la Suecia, á Boleslao.

—¡Boleslao! exclamó la concurrencia admirada.

—¡Oh, gran Luterol añadió el burgomaestre mirando estáticamente al acusado; si así fuese, estaría ya hecha mi fortuna.

—He aquí en lo que me fundo, continuó el extranjero. Yo soy cambista en Nikæmbing; hace cerca de dos meses.... esperad, recuerdo que era el dia de Noche Buena, se introdujo ese hombre en mi casa por la tarde, y mientras mi mujer dormía, se apoderó, forzando un mueble, de dinero y algunas joyas. Lo que me hace reconocerle perfectamente es que nos encontramos cara á cara en la escalera: me miró, me saludó políticamente, y se fué. Cuando mas tarde descubri el robo, recordé sus facciones, que jamás olvidaré, y que son iguales á las del retrato que he visto en casa del jefe de policía.

Durante esta peligrosa declaración, exacta en todos sus puntos, el rostro de Boleslao había permanecido impasible, pero su corazon palpitaba con violencia. Miró al auditorio, y un instante despues estaba mas tranquilo.

Vamos á saber la causa.

—¿Y qué respondeis á eso? le dijo con respeto el presidente. Esplicaos, Boleslao.

—Señor presidente, ignoro qué interés tendrá ese hombre en darme el nombre de Boleslao: ¿de qué serviría que hablándome yo en su lugar os dijese lo mismo de él, ú otro individuo cualquiera, si hay tantos en Suecia de ese nombre como pueblos y ciudades?

—Esa contestacion es evasiva y pueril.

—Soy un pobre jornalero, y no conozco la astucia, porque soy honrado; pero os daré razones, pues así lo quereis. Todo el dia de Noche Buena estuve en el puerto de Stokolmo occi-

pado en descargar un navio que llegaba de Finlandia. Recuerdo que aquella tarde un hombre, que me pareció caballero; me hizo conducir su equipaje al hotel del Gran Gustavo, cerca del mercado. Me pagó, volví á mi casa, cené con mi mujer y mis hijos, y me acosté. Así pruebo yo la coartada.

—Todo eso está muy bien; pero no sabemos si lo que decís es verdad.

—¡Ah, Dios mio! Si apareciese por ahí el viajero aquel.... Me dijo que venía á Suecia para asistir á las fiestas de la gran kermesada; pero ¡se varía tan fácilmente de modo de pensar!

—Es verdad: su presencia y sus declaraciones os podrían servir mucho.

—¡Ah!... esperad... no... sí... ¡Creo que no me engañel... es él... sí, él es... señor burgomaestre, decidle que venga... señor!... señor!... allá abajo, en aquel grupo está... Acerquenos, yo os lo ruego: ¡venid á socorrer á un desgraciado!

—¿Es á mí? dijo designándose á sí mismo con el dedo un espectador, que parecía mas dispuesto á salir del tribunal que á figurar en la causa.

—Sí, á vos, señor; os reconozco bien, y no podeis haberme olvidado. Os ruego que confeséis lo que ha pasado entre los dos la tarde del dia de Noche Buena.

—¿Qué quereis que diga? No sé nada relativamente á vos; nunca os he visto, y me sois enteramente desconocido.

—¿Veis cómo nos estais engañando con fábulas? interrumpió el burgomaestre. Confesad, infame, que sois el verdadero Boleslao, confesadlo.

—Os suplico, señor juez, que tengais un poco de paciencia.

Y dirigiéndose con plañidero acento al testigo que invocabía:

—Me vá en ello la vida, señor, , dijo el acusado: jahandareis á un padre de familia con mujer é hijos, cuando tan fácil os será salvarle?

—¿Pero de qué os he de salvar? respondió el interrogado. Entró aquí en este instante; no sé de qué os acusan; y, además, tengo otros negocios á que atender mas que á los vuestros.

—Vuestra respuesta es inhumana, señor, , dijo el burgomaestre. Solo se os piden algunas noticias que no podreis rehusar. ¿Es verdad que habeis llegado á Stokolmo el dia de Noche Buena en un navío finlandés?

—Sí, es verdad; pero ¿qué prueba eso?

—¿Fuisteis á habitar el hôtel del Gran Gustavo?

—Creo que sí: lo abandoné á la mañana siguiente.

—Vamos, miradme bien, señor. ¿No recordáis mis facciones? Decid: ¿no he desembarcado vuestro equipaje del navío para llevarlo al Gran Gustavo?

—Me estais fastidiando: os repito que no creo haberlos visto una sola vez en mi vida.

—Consultad vuestros recuerdos: estoy seguro de no engañarme. Vos no tenéis interés en perderme, señor.

—Esperad; pues me obligáis á hablar, ahora yo soy el que vá á preguntaros.

—Responderé categóricamente.

—¿De qué era la maleta que trasportásteis?

—De cuero leonado.

—¿Qué tenía en derredor?

—Botones de cobre.

—Es verdad, señores. ¿Qué había además sobre la maleta?

—Una lámina del mismo metal.

—¿Qué había grabado en ella?

—Dos letras; pero me será imposible recordarlas: escúdame, señores:

—Eso no importa, interrumpió el juez. Ninguno de nosotros, por buena que sea su memoria, podría retener una particularidad de ese género al cabo de dos meses.

—Señor presidente, continuó el testigo, esa prueba no es irrecusable; dejadme dirigirle algunas preguntas más difíciles: debo deciros que el descargador a quien empleé era más bajo que vos.

—Ahl es porque yo no he nacido para tan penosos trabajos. Miradme de pié: os juro que soy el mismo.

—Aun falta una cosa que va a confundiros, y es que el otro hombre tenía los cabellos rubios.

—Señores, dijo vivamente Boleslao quitándose su peluca negra, mirad como soy rubio. He querido cambiar de color, porque mis camaradas para injuriarme me llamaban el Rojo. Esto me ponía en ridículo con los viajeros, no me empleaban, y yo tengo necesidad de ganar mi vida.

—Teneis razon hasta cierto punto, añadió el burgomaestre.

—En fin, señores, y esto terminará los debates, prosiguió el finlandés, el que condujo mi equipaje tenía las mangas de la camisa remangadas y reparé sobre su piel una señal azul, como las pinturas que se hacen en el cuerpo los salvajes.

—Miradla, dijo el acusado mostrando su brazo.

—Nada tengo que añadir. Estoy convencido.

—Y yo tambien, añadió el primer acusador; me habia engañado.

—La justicia está mas convencida que vosotros, amigos mios, dijo el burgomaestre con dignidad. Infortunado Fielding, bajad de ese banco que no deben ocupar los hombres honrados: el tribunal proclama vuestra inocencia.

El peletero Keller fué condenado en costas.

La audiencia terminó.

Todos los circunstanes rodearon á Boleslao con muestras de interés, y abierta en el acto una suscricion á su favor, vió en un momento llena de monedas de oro la gorra que tenia en la mano. Despues de darles humildemente gracias por tantas pruebas de generosidad, se dirigió al bosque, donde le estaba esperando su acusador, que no era otro que Bording, disfrazado con el traje del conde de Stem-Sture.

—¡Bravo, Bording! esclamó al verle, has desempeñado tu papel como un cómico consumado; ven á mis brazos, digno amigo. Te nombro mi segundo teniente. Ya me he desquitado de mis pérdidas ayudado por Bording, camaradas.

Aquella noche se pasó bebiendo y cantando la victoria de Boleslao.

Despues todos se durmieron ébrios de júbilo y de licores.





CAPITULO XXIV.

Otro robo de Boleslao.

La escena, hábilmente conducida, que acaba de pasar en el tribunal, había sido mucho tiempo hacia preparada en familia por el astuto y previsor Boleslao, que la había ya repetido muchas veces en casos de apuro como el en que se acababa de encontrar.

Lo mismo que los rateros de la escena política y de la plaza pública, los grandes ladrones necesitan siempre rodearse de personas que seconden sus intentos.

Al dia siguiente reunió su consejo Boleslao para acordar

en qué debia desde entonces emplearse la comunidad. Repartió entre todos el producto de los robos y la suscricion, y por casualidad acordóse el gese del cofrecito de que se habia apoderado en el castillo de Medelshom.

Presentado por Bording, que al encontrarlo en el bolsillo de su vestido lo puso en salvo sin reparar en lo que podia valer, hizo Boleslao saltar la cerraja, y lo único que dentro se encontró fué una sortija con una hermosísima esmeralda, y en el fondo algunos papeles doblados y sellados con un sello largo y negro.

—¡Magnífica presa! dijo el gese, una sortija que puede valer veinte rixdalas, y papelotes que para nada sirven. Está visto que en vez de robarles yo, me engañan á mí esos grandes señores, y por cierto que me alegraría de vengarme.

—Leed los papeles, capitán, dijo Bording.

—Para qué?

—¿Quién sabe si nos podrán servir?...

—Veamos, pues lo quereis.

Y se puso á leerlos uno por uno: al llegar al tercero, exclamó admirado:

—¡Diablo, diablo! ¡Teníais razon, hijos mios!... Hay aquí cosas curiosas... Son las pruebas de una conspiracion; pero á nada pueden conducirnos.

Despues, levantándose como un hombre dominado de sus pensamientos, dió unas cuantas vueltas por la choza, volvió á leer el papel que en la mano tenia, y dijo al fin con tono inspirado:

—Vosotros, amigos mios, habeis seguido todos los cambios de mi fortuna; me habeis sido adictos como lo son los hijos á

su padre, y el momento ha llegado en que quizá pueda probaros que soy verdaderamente el vuestro. Voy á aseguráros á todos una fortuna y un porvenir, sin que la justicia tenga en nada que meterse.

—¿Cómo? exclamaron todos con la boca abierta.

—Os lo diré cuando lo haya conseguido; básteos saber que voy á arrostrar el mayor de los peligros, pero que mi valor no cejará delante de esta prueba. Si sucumbo, me vengareis; si triunfo, seremos todos felices.

—Bien: ¿qué mandais?

—Que partamos al instante á Stokolmo.



the first time, from the same source, the name of a
representative of the Chinese government, and that
of the Chinese Legation, and the names of the
Chinese Consuls at Peking, Tientsin, and other
ports, and also the names of the Chinese
representatives at the British Legation.



CAPITULO XXV.

El ladron de la corte.

Desde el dia en que Rimberg le llevara los despojos mortales de la princesa Sofia, estaba el rey Erico dominado por los mas sombrios pensamientos, y aumentáronse su tristeza y desesperacion hasta lo infinito, cuando recibió la carta en que Catalina destruia todas sus esperanzas anunciándole que para

siempre le abandonaba. Su situación era tanto mas terrible, cuanto que no podia explicarse este cambio tan súbito, esta abjuración tan imprevista.

—Yo no he nacido para amado, se decía á sí mismo. ¡El poder me hace ser temido! Pues bien, yo se lo haré sentir á mis enemigos; si Dios no me ha dado otra misión sobre la tierra que la de soberano, yo sabré cumplirla.

Gustavo le sorprendió ocupado en estas reflexiones.

—Señor, le dijo, habiéndose declarado la guerra á la Dinamarca, vengo á pedir permiso á vuestra magestad para ir á ella; no tengo que perder mas que la vida; dejadme ir á morir por vos.

—¿Tambien vos, conde, quereis abandonarme? ¡No me ha de quedar un solo amigo! Comprendo cuánto tendrán de dolorosos vuestros recuerdos; pero no partais: tened valor para vivir por mí. ¡Ay! yo tambien he perdido á la que amaba.... ella ha muerto para el mundo: no existe entre nuestras dos amadas mas diferencia que la sepultura... y yo tengo que vivir para reinar... para ocuparme de la felicidad de un pueblo entero que no entiende mis sufrimientos, y que paga con ingratitud las penas que por él paso. Esto debe el hombre decir al amigo para convencerle; como rey, señor conde, os prohibo ausentáros de la corte.

—¡Ah, señori obedeceré; pero no haceis mas que prolongar mis dolores... la llaga de mi corazon nunca se cicatrizará.

—Trataremos de consolarnos mutuamente. Os he nombrado gobernador de Orby-Hus; si quereis visitar esa prisión de estado, podeis hacerlo, pero habeis de volver dentro de algunos días.

Gustavo saludó y salió.

Después que quedó solo, ocupóse Erico en la redacción de un plan de ataque contra Federico, rey de Dinamarca. El almirante sueco había batido diferentes veces la flota danesa; pero como Erico se veía dueño del mar, quería estender sus conquistas hasta las costas orientales de la Zelandia, y apoderarse de Copenhague. Las instrucciones que comunicaba a sus generales eran hábiles y prudentes. Los historiadores que le hacen justicia al ocuparse de su reinado, están todos acordes en que, durante estas guerras de coalición que contra él sostenían la Polonia, la Livonia, las Ciudades Anseáticas y la Rusia, unidas a la Dinamarca, Erico demostró mucha presencia de ánimo, talento y valor.

Hacia algunos días que el príncipe Juan, enyo casamiento con la hija de Segismundo había incomodado tanto al rey; el príncipe Juan, volvemos a decir, por un acto de sumisión inconcebible en su carácter, había pretendido el perdón de su hermano, y vivía en la corte con su hermana Isabel. Los dos ponían gran cuidado en que no se trasluciesen sus relaciones con el soberano, porque sabían que este rey, dulce y afectuoso en su intimidad con amigos verdaderos, era irascible y arrebatado cuando se le quería poner trabas en el ejercicio de su poder. Su carácter iba cada día siendo más sombrío y desconfiado.

Aun cuando ya había advertido Erico aquella variación de Juan y de Isabel, no la atribuía a la fuerza de la sangre, y esperaba que algún acontecimiento imprevisto viniera a revelarle la causa.

En este estado se encontraba el ánimo del rey algunos días después, cuando recibió este singular billete:

«Rey de Suecia :

»Un hombre que tiene en su poder las pruebas de un complot contra vuestra corona y vuestra vida , os suplica le concedais una entrevista secreta.

»Desearía se verificara por la noche y sin luces, pues no quiere ser conocido.

»Sus revelaciones os harán comprender este misterio.

»Será preciso enviarle á buscar en un coche con las armas reales. Se hallará en el hotel de la Marina, y subirá en el carruaje así que le vea.

»Esta precaucion le excusa de deciros su nombre.»

Erico leyó y releyó este raro mensaje, acabando por pensar que lo habría escrito algún loco. Aunque le arrojó sobre la mesa , le preocupaba demasiado para dejar de pensar en él.

—¡Será un asesino quien me lo envía, se preguntaba, ó quizá alguno que proceda con sinceridad? Muchos príncipes y reyes han perecido víctimas de intrigas de esta especie. Nunca falta un hombre que sea sobradamente fanático para arrostrar la muerte, solo porque se hable de él... ¡Y quiera estar solo y á oscuras! ¡Oh! no; ¡sus designios no son alevosos! Un crimen así podría sospecharse , y sería muy fácil tomar precauciones que destruirían sus planes... ¡Pruebas de un complot? Yo sé que en torno mio se han tramado muchos que nunca he podido descubrir. Acaso la casualidad haya hecho ir á parar las pruebas de alguno á manos de ese desconocido. La noche se acerca... le recibiré.

El rey llamó fuertemente.

Un criado entró.

—Decid al intendente de palacio que envie un carrojue con mis armas al hôtel de la Marina, y decid al propio tiempo á mi capitán de guardias que tengo que hablarle.

Poco despues de haberse marchado el doméstico, el capitán se presentó.

—Caballero, le dijo Erico, vais á situar junto á este gabinete cincuenta soldados, y hareis guardar sus cuatro puertas. Al primer campanillazo, al mas ligero ruido entrarán vuestros guardias y se apoderarán de la persona que yo les designe.

—Bien, señor, respondió el oficial al retirarse para ejecutar estas órdenes.

El rey encendió la lámpara que ordinariamente alumbraba su escritorio, y la ocultó detrás de una tapicería. La habitacion quedó sumida en la mas profunda oscuridad.

El rey tomó dos pistolas cargadas y una espada.

Estas calculadas precauciones daban bien á conocer el carácter desconfiado de Erico XIV.

Así prevenido, esperó mas de una hora.

La noche estaba ya bastante avanzada.

Entreabriose la puerta del fondo, y una persona entró en el gabinete.

—El es, pensó Erico.

—Sois vos, señor? dijo el recien venido; yo soy el que....

—Acercaos.

Y el rey requeria su espada.

—Aquí estoy; pero está esto tan oscuro... y cuando no se conoce el interior de los lugares...

—¡Es singular! respondió el rey; tenéis una voz que ya he oido muchas veces.

—Yo tambien reconozco la vuestra, aunque no recuerdo cuándo...

—Habéis exigido que nuestra entrevista se verifique a oscuras, y ya veis que he accedido á vuestros deseos.

—Sí, y os lo agradezco.

—Veamos; contadme lo que sabéis relativamente á ese complot de que me habeis hablado.

—Un instante, señor; quisiera ante todo...

—¿Qué quisiérais?

—¡No, por mi fel! ¡tanta prisa! Tengo en vos confianza, y os entrego los papeles sin condiciones. Despues hareis de mí lo que os parezca.

—¿Qué significa... dijo el rey tomando lo que le ofrecía el desconocido; ¡seréis quizá uno de los culpables, y el arrepentimiento...

—No, no, os equivocais. Yo no he tomado nunca parte en conspiraciones. Paso el tiempo en otra clase de ocupacion.

—Si estos papeles son importantes, ¡será preciso leerlos en el acto en vuestra presencia?

—Ciertamente.

—Pero es imposible, porque no tenemos luz.

—Es verdad: no había pensado en eso. ¡Soy un imbécil!

—¿Traéis armas?

—No, señor. En prueba de la confianza que le inspiraba, el intendente de vuestro palacio me ha registrado al entrar, y nada me ha encontrado.

—¿Qué razones teneis para no daros á conocer?

—Muchas, mas de mil, y la primera de todas que me espongo á ser colgado si así os place.

—¿Y si os doy mi palabra real dè que no me placera?

—Habria adelantado mucho, y no seria tan temeroso.

—Pues bien, sea así; nada teneis que temer.

En este instante el rey levantó la tapicería, y la luz de la lámpara alumbró á la vez el rostro de los interlocutores.

—¡El judío de la tabernal gritó el uno.

—¡Boleslaol dijo el otro.

—Me conoceis? añadió admirado este último.

—Vos me conoceis tambien, respondió Erieo.

—¡Ahl ¡sois el rey! Ya no temo tanto por mi cabeza....

—Recordais el peligro de que os salvé en casa de Catalina?

—Sí; entonces os ofrecí, y aun os debo, quinientas piezas de oro en recompensa de aquella acción. ¿Las quereis ahora mismo?

—Hablaremos de eso mas tarde.

—Creo que esa conspiración y estos papeles que me habeis dado han sido una astucia vuestra para reclamarme en persona el dinero....

—De ningun modo. Os juro que no sabia que era el rey mi deudor.

—Vamos: habreis visto mi retrato en las monedas....

—No he pensado en tal cosa: he usado de tanto misterio porque temia vuestra justicia. Ahora que estais de bastante buen temple para no arrojarme de vuestra presencia y mandarme colgar, os ruego examineis esos documentos, perte-

necientes á una historia que os contaré en pocas palabras, cuando querais.

El rey se puso á leerlos con la mayor atencion.

—¡Es posible! exclamó con vehemencia; ¡mi hermano y mi hermana Isabel á la cabeza de esta lista de asesinos! Los condes de Harald, Platting, Falter, Wadestena... y Stem-Sture!... ¡mi companero de placeres, cuyas deudas he pagado diez veces!...

—Perdonadme, señor, si os interrumpo; pero eso no es así. Nosotros le hemos robado en el camino, y su traje me ha servido para entrar en el castillo de Medelshom, donde he hallado en una cajita estos papeles.

—¿Y qué importa? no por eso son menos culpables sus intenciones; pero ¿cómo han venido á vuestro poder estos preciosos documentos?

—Los hallé buscando otra cosa mas metálica y sonante. Para que mas os entereis, he aquí lo que ha pasado.

Boleslao contó al rey cuanto había visto y oido. Al negar á la carta que Catalina escribió amenazada de muerta, el rey se levantó, le hizo seña de que callase un instante, y abriendo una gaveta mostró al capitán de bandoleros el original de la carta de Catalina, en que este reconoció todas las expresiones que había oido dictar.

—¡Ah, miserables! exclamó Erico; ¡todo lo comprende ya! ¡Piedad, perdon para ellos! no: ya es tiempo de que mi tenanza los aniquile. Pero decidme, Boleslao, ¿qué han hecho de esa pobre niña? ¿qué ha sido de ella?... ¡ay de mí!...

—Tanto no podré deciros, señor, porque no presencie los siguientes sucesos: me encerraron en un subterráneo.

—Si no la han asesinado es preciso que la encuentre, y la encontraré á su pesar, y la coronaré reina de Suecia. De todos los servicios que hasta ahora me habeis hecho, este es el que mas estimo, y para el que no encuentro recompensa. Pedidme cuanto querais: os empeño mi palabra real de quo os lo concederé.

—¡Diablo! me apuran tales ofertas un poco: no puedo servir un destino público porque mis antecedentes me lo impiden: ¡ah, señor! voy á haceros una proposicion que os sorprenderá; pero os amo, y quiero vivir siempre á vuestro lado... Nombrarme ladron de la corte.

—Ladron de la corte?

—No hay otro empleo tan digno de mi capacidad, y que tan bien me venga.

—Pero me vais á hacer cometer una locura, cuando os hablo muy formalmente.

—Y yo tambien. Entre los grandes señores que tenéis empleados en vuestra administracion, hay algunos que dilapidan al pueblo con la misma impunidad y privilegios que el rey; yo los robaré á mi vez. Solo pido que se me conceda imitarlos.

—Si no estuviese mi espíritu tan agitado por las penosas revelaciones que acabais de hacerme, me costaría gran trabajo, os lo confieso, no reirme de vuestra rara peticion. Os la concedo, porque tengo mi palabra empeñada.

—Y yo la acepto, señor. Ya vereis qué de cosas nuevas... no quitaré á vuestros cortesanos mas que lo superfluo... siempre les quedará de sobra para derrochar.

El rey tomó una pluma y estendió el titulo, que dió á Bonacho.

—Tomad, le dijo, no hagais mal uso de él.

—Estad tranquilo, señor. Solo me emplearé en beneficio del comercio.

—¡Ah! añadió Erico reflexionando, me cahe mucha duda acerca de estos pormenores sobre los revolucionarios: ¿qué significa esta esmeralda?

—Creo que ha de ser una especie de contraseña, porque todos los enmascarados que vi en Medelshom tenian una sortija como esa.

Y señalaba la que había encontrado en la cajita.

• —Déjádmela aquí: debe figurar en el proceso de alta traición que vá á ser presentado al supremo tribunal. Ides, Boleslao, y tomad esta bolsa.

El rey fué á sacarla de la gaveta que antes había abierto; pero no la halló.

—Gracias, le dijo Boleslao, está ya en mi bolsillo...

—¡Cómo! ¿os atrevisteis?...

—Desde esta noche entro en el ejercicio de mis funciones.

Y salió, dejando al rey estupefacto por su destreza y su audacia.

Si el suceso que acabamos de referir y el título obtenido por Boleslao no fuesen auténticos por demás, cualquiera los creería absurdas invenciones; pero nos abonan las noticias históricas que hemos leido en la colección de *documentos interesantes* de Mr. de la Place. La probidad literaria de este sabio está demasiado reconocida, para que se pueda sospechar que haya querido engañarnos. Rarezas como estas pueden suceder, pero no inventarse.

La lista de los conspiradores fué enviada al gran canciller,

aunque con un nombre de menos, pues el rey por bondad había horrado el del conde de Stem-Sture, hijo de aquel magistrado. En una explicacion que tuvo con aquel atolondrado jóven, quedó Erico sobradamente convencido de que había sido llamado á Medelshom sin decirle para qué.

Presos al dia siguiente por la tarde los caballeros de la Esmeralda en un festín que con tal objeto dió el rey, fueron juzgados y condenados á muerte.

En el trascurso de un mes que duró la causa, imaginó Erico contra su hermano Juan una chanza, que con razon le critican todos los historiadores. Vistió á un mendigo el traje que comunmente usaba el principe, y con una corona de paja en la cabeza, le hizo recorrer sobre un mal jaco las calles de la ciudad.

Esta accion, propiamente sueca, obtuvo un gran éxito.

Antes de pronunciarse el fallo que imponía al principe Juan la pena de muerte, pudo Isabel emigrar á Polonia.

El rey aparentó olvidarla.

Su hermano, menos dichoso que ella, fué encerrado en Orby-Hus bajo la custodia de Gustavo de Rimberg, y despojado de su titulo de duque independiente de Finlandia. Su patrimonio se agregó á la corona, que lo ha conservado hasta la conquista rusa.

El dia fijado por el decreto del tribunal para la ejecucion de los caballeros de la Esmeralda, se acercaba. Todas las grandes familias de la Suecia habian hecho intútiles tentativas para templar el furor de Erico, que se manifestó inflexible, y solo retardó algunos meses la ejecucion.

En este intervalo se personó secretamente en la prision de

Juan, y despues de haberle aseado su envidia y sus crímenes politicos, añadió indignado:

—Pero no es á mis ojos la mayor de vuestras faltas el haberlos hecho cómplice de mis asesinos, no; sino el haber tomado una infame venganza de una pobre jóven que no os habia hecho daño alguno, y cuya culpa consistia en amarme.

—¡Cómo! ¡habeis averiguado?... exclamó el principe.

—Lo sé todo.... Despues de haberla obligado á hacer una abjuracion , cuya impiedad vos solo pagareis , ¡no habeis mandado que la den muerte?

—¡Nunca lo sabreis!

—Miserable! ¡dime lo que ha sido de ella, ó sufrirás los tormentos con que la has amenazado!

—Esa accion seria muy digna de vuestra crudeldad. ¡Seria muy hermoso probar al mundo, que os ha de juzgar un dia, que vuestro cetro es un hierro candente con el cual habeis marcado los miembros de vuestro hermano!

—¡Mi hermano! no lo sois.... Ilabeis querido perder ese título , rompiendo por atentados contra vuestro rey todos los lazos que á él debian uniros. ¡Sabeis que os espera el cadalso , principe Juan, y que puedo haceros subir á él antes de una hora?

—Estoy dispuesto.

—No apagueis con esa tenacidad la última chispa de fraternal amor que en mi corazon se abriga. Por ultima vez, ¿qué habeis hecho de esa jóven?

—No os respondo ni os responderé.

—Pues bien: ¡caiga vuestra cabeza al golpe del hacha de la justicia! Habia venido á veros para perdonaros, si no os

empeñáseis en ser hasta el fin un monstruo. Pedid á Dios perdón de vuestros crímenes, porque os queda poco tiempo para obtener su misericordia. Adios.

Vuelto el rey á Stokolmo, invitó al arzobispo de Upsal á publicar un rescripto, por el que se anunciase en todo el reino que estando Catalina Mansdotter complicada en la conspiración de los caballeros de la Esmeralda, los superiores de los conventos ú otras corporaciones religiosas que la ocultaran se espondrian á todo el rigor de la ley, que les castigaria con la muerte por haberla sustraído á la pena que merecía como criminal contra el Estado.

El arzobispo Lorenzo Petrius se apresuró á dar esta orden en todas partes, y sobre todo en Finlandia, adonde sabía haberse refugiado algunos católicos.

El rey esperó impaciente las consecuencias de este medio tan singular como bien imaginado.





CAPITULO XXVI.

El corsario.

Una mañana solicitó Boleslao hablar al rey, y fué introducido en su gabinete.

—Señor, le dijo al entrar, perdonad si os distraigo; vengo á presentaros mi dimisión.

—¡Ah! ¡ah! ¿y por qué, picaronazo?

—Porque me habeis pillado en el garlito.

—¿Cómo!

—Me nombrásteis ladrón de la corte, bien; pero ¿sabeis lo que me ha sucedido desde entonces?

—No lo sospecho.

—No puedo robar cuanto quisiera. Vuestros cortesanos toman tantas y tan extraordinarias precauciones, que hasta se cosen los bolsillos. Nunca llevan alhajas, ni cadenas de oro, y dejan sus bolsas en casa, lo que me pone á pique de morir de hambre. Estoy reducido á ejercer mi destino solo por honor, y ya veis que esto es muy triste.

—Voy á deciros, Boleslao, cuál es la causa de eso. Cuando doy á cualquiera de mis vasallos un empleo, se registra el título en la chancillería, y se publica en la compilación de nuestras leyes: el vuestro no podía ejercerse sin estas formalidades.

—Ya conozco que por eso me saldrán fallidos todos mis cálculos y operaciones, y convendréis en que si están todos prevenidos no produce mi oficio lo suficiente para resarcirme del trabajo que me dá.

—La culpa no es mia.

—Aun tiene otros inconvenientes de que dobo quejarme. Ayer seguí hasta su carroaje á un gran señor que salía de palacio, el cual conoció que le rondaba, y me hizo dar de patos por sus criados.

—¡Es sensible!...

—Saqué en seguida mi título, y como vi que ninguna expresión me daba á entender que podía reintegrarle....

—¿Qué hicisteis?

—Los sufri sin murmurar.

—Escuchad, Boleslao. Tanto vos como vuestros compañeros, podeis serme útiles si os place.

Ya sabeis que he armado algunos navios en corso para

atacar á la escuadra danesa: ¡queréis que os confie uno?

—¡Oh! desde luego, de todo corazon: estoy á vuestras órdenes. ¡Magnifica idea os ha ocurridol ¡Corsario! ¿quién sabe lo que puedo lograr?... puedo lograr una isla desierta, y ser su rey por el resto de mi vida.

—Mañana ireis al mando de un marino tan valiente como vos.

—Está dicho: estamos á sus órdenes mis compañeros y yo.

El rey cumplió esta promesa.

El ladrón de la corte, trasformado en pirata, fué por mucho tiempo el terror de los navíos dinamarqueses.

Dejarémosle seguir sus victorias marítimas, y quizá le volveremos á hallar muy pronto en alguna situación interesante.

Despues de la sentencia de los conspiradores no disfrutaba Erico ni reposo ni felicidad. Su Catalina pasaba por muerta para todo el mundo, y habian sido inútiles todas las pesquisas hasta entonces hechas.

Una sola, pero débil esperanza, quedaba aun al desolado rey.

El arzobispo de Upsal hacia á la sazon una visita pastoral á los pocos conventos que habian quedado en Suecia, y podia descubrirla. Dispóniase este prelado á pasar á Finlandia, cuando recibió una carta del padre Wilfredo, en que le manifestaba que, para evitar el terrible castigo que imponía el rescripto del rey á todas las corporaciones religiosas, y por consejo de sus hermanas, habia determinado conducir á Upsal la persona que se buscaba con afan tanto tiempo hacia.

Regocijado Petrius con tan imprevista nueva, volvió á

Upal, y a los pocos días entregó al rey su adorada y fiel Catalina.

La joven, que se había ocupado durante su esclavitud en pedir al cielo la libertad, lloraba de júbilo y reconocimiento al ver de nuevo al hombre que lo era todo para ella.

Erico significó al arzobispo que se preparaba á unirse en matrimonio con la única mujer que había obtenido y merecido su amor.

Aterrada la Suecia por el descubrimiento y castigo de las últimas conspiraciones, aclamó sin murmurar á su reina la vendedora de nueces.

Los caballeros de la Esmeralda sufrieron todos su rigurosa sentencia.

El príncipe Juan, que subió el último al cadalso, esperaba sereno que le llegase su vez; y ya el verdugo levantaba el hacha sobre su cabeza, cuando Catalina alborozada corrió á él separando la multitud, y le entregó su perdón que había conseguido del rey.

¡Noble y magnánima venganza!

—Gracias, señora, la dijo friamente el príncipe; acabais de salvar dos vidas, la mia, y... el porvenir os dará á conocer la otra.

La joven reina no comprendió la última parte de esta respuesta; pero se creyó dichosa por haber hecho nacer un sentimiento tierno, la gratitud, en el alma del príncipe.

Volvió á palacio acompañada por el pueblo, que la victoreaba con frenesi.

Dos años pasados entre placeres y dicha fueron para ella un continuo letargo. Al cabo de ellos tuvo un hijo, que se

Llamó Gustavo, y fué reconocido por su padre como su sucesor.

¡La pobre reina no preveía entonces cuántas lágrimas le había de costar aquel niño!

Grandes sucesos se preparaban. La paz había puesto fin á la guerra de Dinamarca; pero Segismundo, rey de Polonia, suegro del príncipe Juan, irritado por las injurias que creía haberle sido hechas en la persona de su yerno, y auxiliado secretamente por las familias de los decapitados caballeros de la Esmeralda, invadió la Suecia, poniendo á Erico en una situación en extremo peligrosa. Como no estaba dispuesto para aquella embestida, se ofuscó, y llamó á Gustavo de Rimberg para darle el mando de las tropas que había reunido precipitadamente; pero el conde se hizo matar en la primera batalla.

Según lo había solicitado del rey, tuvo el triste consuelo de ser depositado en la tumba de la princesa Sofía.

Segismundo seguía avanzando hacia la capital. El príncipe Juan, que después de su perdón fué encerrado por prudencia en el castillo de Orby-Hus, puesto en libertad por su suegro, abrazó su causa y se dirigió á Stokolmo, incitando á un levantamiento á todos los pueblos del tránsito.





CAPITULO XXVII.

La prisón de Estado.

Pocos meses después de estos sucesos, un hombre vestido de marinero, y acompañado de numerosa cohorte, como él también vestida, desembarcó en Suecia, en las inmediaciones de la corte. Sus marineros llevaban sendos cajones llenos de oro y efectos de gran valor. Cuando saltaron á tierra, el que hemos señalado como jefe dijo á sus camaradas:

—¡Valientes marinos! ya estamos de vuelta de nuestras largas correrías. Vuestro valor ha borrado la mancha de nuestro pasado. Os había prometido bajo mi palabra de honor haceros ricos, y he cumplido mi juramento. Habeis peleado

como leones: los daneses han sido vencidos, la paz está hecha, y ha llegado la hora de descansar. Vamos á repartir los despojos del enemigo, con lo cual cada uno de nosotros tendrá para vivir honradamente.

Hemos hecho fortuna: seamos desde hoy hombres de bien. Malvados hay que ocupan en el mundo respetables puestos porque tienen nuestra misma moral, y quizás hayan comenzado como nosotros, aunque con mas misterio y menos nudicia. Recibid mi último adios y mi bendicion: ha llegado la hora de separarnos para siempre.

—¡Viva Boleslao! gritaron con entusiasmo y voz unánime los marineros.

Llevada á cabo con la mayor escrupulosidad la particion de presas anunciada, quisieron los corsarios abrazar á su padre, á su amigo, antes de separarse.

—Cuadro tierno que me hace derramar lágrimas! dijo Boleslao. Esceletes camaradas, que sea desde hoy vuestra existencia pacífica y feliz. Habeis tentado muchas veces á la Providencia, que os ha olvidado, porque quizás no castiga mas que á los torpes. Marchad.... y nunca publiqueis la causa de vuestra fortuna, porque hay en el mundo algunas almas pobres que os lo llevarian á mal.

Ya se disponian á separarse, cuando Boleslao añadió:
—Id á esperarme á la gran taberna de la marina; quiero pagaros la última comida. Haced que saquen vino; pero no os embriagueis hasta que yo vaya.

Boleslao quedó solo con el capitán del barco y cinco ó seis hombres de la tripulacion, que tambien marcharon á buscar un carroaje para trasportar sus riquezas.

Ya era de noche.

Mientras volvian sus criados se alejó el ladrón de la corte algunos pasos de la orilla del mar para examinar una fortaleza, cuyas inmensas torres rasgaban las sombras sobre una roca inmediata, y en medio de un sitio alumbrado de lleno por la luna. Creyó distinguir una persona sentada al pie de la torre, y se acercó á ella por curiosidad. Era una mujer: tenía un niño dormido en los brazos, y lloraba.

—¿Qué haceis aquí tan tarde, señora? la dijo Boleslao con tono brutal.

—¡Señora! respondió ella con orgullo: ¡soy la reina, caballero!

—La reina de las locas, segun parece, añadió Boleslao sonriendo.

Y luego, examinándola mas de cerca:

—¡Catalina! exclamó: ¡pobre niña! ¡Tanto os han atormentado allá abajo, en ese nido de conspiradores, que os han hecho perder la razon?

—¡Ay de mí! no, señor, respondió la desgraciada con calma; no me ha mirado Dios con tanta piedad que me haya hecho perder el conocimiento de los males que me abruman. No sé quién sois; pero puesto que me habeis reconocido, no podeis ignorar que he sido coronada reina de Suecia.

—No, nada sabia, a fe de.... y se detuvo; pero si sois la esposa del rey, decidme: ¿cómo lo pasa ese excelente hombre?

—Está allí, repuso ella señalando con la mano una de las torres del castillo.

—¿Cómo allí! ¡en aquella fortaleza que parece una prisión?

—Ese solo es el palacio que le han dejado al crimen y la

traicion; pero ¿será posible que no sepais nada de estos sucesos? ¿Ignorais que mi esposo, arrojado del trono por su hermano Juan, de acuerdo con el rey de Polonia, se halla hoy sin corona, cautivo, sin apoyo y sin vasallos? ¿que me han privado del bien de participar de su desgracia? ¿que me han puesto en libertad, á mí, á su compañera, á su sola amiga? ¡Ese infame hermano, á quien he salvado de la muerte, cree pagarme dejándome libre.... libre para morir de dolor, porque moriré si no me permiten ver al que amo, y que quizás me llamar... Mirad.... este pobre niño que duerme en mi regazo, es su hijo, el príncipe real de Suecia; el mismo que habian arrancado á los brazos de su madre para entregarlo á un hombre sanguinario, á un miserable que habia recibido la órden de ahogarle y arrojar su cadáver al mar... Pero el cielo permitió que yo tuviese noticia de este crimen.... Corri á buscar al verdugo, y á precio de todo lo que me quedaba le compré mi hijo.... No sé si cometí una imprudencia haciendoos esta confesión.... No me denunciareis, ¿es verdad? Este pobre niño, ¿qué mal podria hacerles? ¡Ved qué hermoso es mi Gustavo! Mis besos son su única fortuna; su sola herencia.... ¡le han privado de los de su padre! Y yo, desgraciada mujer, sola en el mundo, yo vengo aquí todos los días á la caida de la tarde con la esperanza de verle una vez, una sola vez, á través de los hierros que nos separan.... le enseñaré su hijo, y su vista le dará valor para sufrir su desgracia, y á mí para dedicar el resto de mi vida á infundirle amor hacia un padre que no ha de ver jamás....

Al acabar de decir esto, cayó como desvanecida; pero Boleslao levantándola:

—¡Decís que el rey Erico no le verá jamás? gritó con voz poderosa, y sus ojos brillaban con el fuego de la inspiración; pues bien, yo, yo voy á reuniros á los tres.

—¿Cómo?... ¿por qué medio?

—Robándole á sus carceleros.

—¡Robarle?

—No os admire que me sirva de esa palabra: la uso mucho y conozco su valor.

—Pero ¿quién sois?

—¡Ah! eso es otra cosa; pues que mis facciones no os lo recuerdan, aunque solo nos hemos visto una vez, y por cierto en circunstancias en que ambos debíamos temer, os ocultaré mi nombre. Mi traje os indica que ahora pertenezco á la marina real: vuestro esposo me hizo corsario para perseguir á los dinamarqueses; os ruego creáis que he cumplido mi misión con toda la conciencia de que soy susceptible.

Volvia á mi hermosa patria con intenciones de vivir tranquilo, cuando vos me habeis dicho que todo está trastornado; que mi rey, á quien tanto quiero, porque ha merecido mi amor y mi veneracion, está encerrado en un castillo, cuando tantos malvados respiran sin merecerlo el aire libre... Reina, os declaro que le salvaré; por la vez primera me lanzaré á un peligro, sin tener el interés por norte.... Pero es preciso conocer un poco de todo para ser un hombre completo. Además, la empresa es muy santa, y puede servirme allá arriba....

Y se elevaban sus miradas al cielo.

—No sé cómo quereis ejecutar tan atrevido proyecto; pero si lo llevais con buen éxito á cabo, aun puedo pagaros ese inmenso servicio.

—No hablemos de eso: manos á la obra. ¿Veis allí, en la ribera, un brick de guerra anclado? Pues es mío, y encierra tesoros y alhajas de consideración. Vais á seguirme á bordo de él: el capitán que lo manda me espera: os ocultareis en él, y así que el rey esté libre, nos haremos los cinco á la vela para Rusia. ¿No es cierto que mi plan está bien calculado?

—¡Ahl sí, y lo adopto con júbilo; pero ¿podreis librarme?...

—Yo solo en el mundo puedo esponerme á tan inminente riesgo, y debeis conceptuaros dichosa por haber hallado el hombre que necesitávais.

—Me atrevo á pediros un favor, señor marino, dijo con timidez la ex-vendedora de nubes; y es que me permitáis quedarme aquí cerca de vos, durante vuestra tentativa, para abrazar mas pronto á mi marido y echarle mi Gustavo en los brazos.

—Siento negároslo, señora; pero la operacion es muy delicada para que yo no la haga solo, enteramente solo. En medio de vuestros abrazos y vuestras lágrimas lanzariais gritos de júbilo, que podrían descubrirnos.

—Es preciso someterse y obedecerlos.

La reina, confiándose enteramente á Boleslao, le siguió hasta el barco, donde le esperaba ya el capitán con un carruaje para trasportar el equipaje y los baules que aun estaban á bordo.

—Eso no basta, mi viejo lobo marino, le dijo Boleslao; aquí tienes una mujer, que vas á ocultar en tu cámara. Voy á hacer una expedicion á las cercanías: dame dos limas sordas, cuerdas con ganchos en los extremos, un par de pistolas

y un bacha de abordaje. Mientras vuelvo tendrás aquí á esta señora; pero si, como no lo espero, mi empresa fracasase, dos tiros te harán conocer que debes aparejar para Odessa. Nada te faltará, pues te dejo cuanto poseo; no olvides mis instrucciones, y hasta la vuelta.

Provisto de los instrumentos que había pedido, partió rápidamente Boleslao, encontrándose bien pronto al pie de la fortaleza.

Lo primero que hizo fué examinar con minuciosa atención su arquitectura. En la alta torre, terminada por un camino de ronda rodeado de una balaustrada de hierro, se veía una ventana con reja, á través de la cual brillaba una luz. Siendo solo aquella parte del castillo la que estaba alumbrada, sacó Boleslao de esta particularidad por consecuencia que en ella habitaba el rey; pero para llegar á aquel punto luminoso tenía que subir una altura de ciento ochenta piés.

Entonces, fijando su atención en el muro, vió que estaba carcomido por la intemperie, y que aumentaban su espesor el musgo, el líquen y la yedra, que en las grietas crecían. Conociendo que no había centinelas esteriores, escala como por encanto la roca en que estaba edificado el gigantesco edificio, y gracias á las fragosidades que encontraba á cada paso y á sus cuerdas con garfios, trepó como un lagarto, descansando á menudo. Sus manos estaban ensangrentadas por la incesante frotación de la nudosa cuerda, y el sudor bañaba á veces su cuerpo; pero ni por eso le abandonaba su esfuerzo sobrehumano. Este hombre estaba dotado de una voluntad incontrastable, infernal, y nunca se había resistido un obstáculo á su perseverancia.

Por fin, después de una hora de inmenso trabajo, llegó á la balaustrada de la torre, casi enfrente de la ventana por donde salía la luz que soplaba alumbrar á Erico.

Su naturaleza, mas débil que su energía, sucumbió al influjo de tantas fatigas, y cayó desmayado en el camino de ronda cerca de la balaustrada. Media hora permaneció en este estado, al cabo de la cual el fuerte viento que azotaba su rostro le hizo recobrar el uso de los sentidos. Como si hasta los elementos le ayudasen á cumplir su misteriosa misión, una negra nube acababa de entoldar el cielo. Examinó si los cuatro tiros de sus pistolas podían desembarazarle del primer soldado que quisiese interrumpirle; se convenció de que su haber de dos filos no se había embotado con el roce del muro: que aún le quedaba una maroma con nudos ceñida á la cintura, un botijo con agua fuerte y un puñal, cuya hoja se decía que estaba envenenada... Tomadas estas precauciones, no temía á seis hombres juntos: ignoraba que cuatro nada menos estaban situados en una casamata, desde donde vigilaban al rey.

El gobernador del castillo, que habitaba la planta baja de él, no podía figurarse que hubiese que tomar mas precauciones con un prisionero, que á no tener alas, no podría escaparse.

Cuando se sintió ya dueño de sus pensamientos, se acercó Boleslao pausadamente á la ventana, y vió que daba á una habitación reducida, cuyo interior estaba decentemente adornado.

En el fondo había una cama, en el medio una mesa, una lámpara á un lado, y mas allá un viejo sillón en que dormitaba un individuo que le volvía la espalda.

—Señor, dijo en voz baja el corsario, ¿sois vos?

—¿Quién? ¡qué me quereis? respondió levantándose aterrado una especie de espectro, cuyas facciones no se distinguijan muy bien á causa de su espesa barba y desordenados cabellos.

—Sosegaos; soy un hombre fiel... soy Boleslao...

—¡Boleslao!... esclamó el prisionero con risa nerviosa.,, Boleslao, ¿no era el ladrón de la corte? Creo que ha ascendido; se ha hecho enemigo mío, y viene aquí para asesinarme.

Una estocada en medio del corazon no hubiese hecho mas daño á nuestro corsario que esta horrible palabra.

—¡Así es como se agradecen mis servicios!... pensó. ¡Miserable de mí! todo el mundo tiene derecho para juzgar por mi pasado mi-presente,

Por la primera vez en su vida suspiró de pesar, y un sentimiento religioso germinó en su alma corrompida.

—Que tome su víctima, continuó con estrema volubilidad el prisionero: ¡qué me importa la existencia! Hace mucho tiempo que he muerto..., aquel es mi ataúd; y señala la cama. Espero que mi mujer venga á partirlo conmigo; entonces estaré contento y entonaremos juntos alabanzas á Dios.

Estas incoherentes palabras admiraron de tal manera á Boleslao, que creyó haberse engañado.

—Pero ¿no sois el rey? dijo.

—¡El rey!... ¡que fuél! No pronuncieis ese nombre, que hace feroces á cuantos le llevan... Yo no soy mas que Erico, hijo del minero Gustavo Wasa... ¡Qué venís á preguntermé? ¡si conspiro para recobrar mi trono? ¡No! ¡no le quiero! ¡Guardad mi hermano su corona, que le abrumará como á mí un dia!

pero que me devuelva mi querida esposa, mi buena Catalina... Mi sola felicidad consiste en ella... Escuchad: aun cuando me han hecho sufrir mucho, muchísimo, ó me lo han robado todo... tened, mirad esta alhaja; es un diamante de gran valor; yo os le doy si me quareis traer mi esposa... Estaban todos contra mí... el pueblo me ha defendido; pero... aun tengo poder: os nombro mi primer ministro. Prenderéis á ese pérfilo de Segismundo... pero no, no, después no matareis á mi hermano... Catalina me ha pedido su vida, y cumpliré mi palabra real.

—¡Desgraciado, estúpido! dijo Boleslao, anonadado de sorpresa y decaimiento: nada puedo hacer ni por él ni por ella...

Y quedó sumido en su tristeza, como petrificado.

Pero esta corta conversación que había absorbido la atención de los dos interlocutores, no pudo verificarse tan en voz baja que no fuera oída por los soldados á cuyo cargo estaba la custodia de Erico. Entre ellos había algunos esbirros á quien Boleslao había en sus campañas hecho mil jugarretas.

—Te aseguro que le reconozco! dijo uno de estos á su camarada, que se había deslizado con él hasta las inmediaciones de la torrecilla, siguiendo con el mayor sigilo el camino de ronda.

—¿Cómo quieres, imbécil, que Boleslao haya podido trepar hasta aquí?

—Porque ha hecho un pacto con el demonio, que le habrá prestado sus negras alas.

—¡Atención!... ya se levanta... prepárate...

—Calla: ya lo estoy.

Después de haber reflexionado detenidamente qué partido

deberia tomar, cesoñó Boleslao no tenia otro que abandonar al infortunado príncipe á su demencia. Su plan era, despues de haber libertado á Erico, apoderarse los dos á viva fuerza de la guardia y salir al dia siguiente disfrazados con los vestidos de los soldados; pero sus proyectos estaban destruidos, sus casi irrealizables cálculos no podian ejecutarse, pues Erico le habia dado pruebas evidentes de su locura.

Nuestro audaz corsario trató de volverse por el mismo camino que habia traído, pues creyó que le sería mas fácil bajar que le había sido subir. Ató fuertemente la maroma á la balaustreada, seguro de que le serviría para descender dos ó mas terceras partes de la total elevacion de la torre, dió un postrimer adios al prisionero, y ya se hallaba una de sus piernas suspendida sobre el abismo, cuando dos arcabuzazos, á un mismo tiempo disparados, hiriéndole, uno en la cabeza y otro en el hombro derecho, le hicieron rodar sobre el camino de ronda lanzando un lastimero grito.

Los dos esbirros, orgullosos de su victoria, corrieron á él para insultarle.

—¡Miserables! les dijo con voz aun amenazadora, no caísteis victoria... Me habeis herido á traicion; pero no son vuestras balas las que lo han hecho, sino la mano del Dios que siempre he desconocido.

Pretendia lavarme mis anteriores crímenes con una accion honrosa; pero el cielo no ha querido aceptar mi espiaicion, y me rehúsa su perdón, porque no lo he merecido. ¡He insultado á la Providencia, y ahora se venga con la justicia! Voy á morir sin esperanza de misericordia... ¡Oh! yo me ahogo... si pudiera mi sangre correr con mas abundancia... quizás...

Y al decir esto trataba de desgarrar sus heridas. En el mismo instante gritaba desde el chiribitil una voz con todo el furor de la desesperación:

—¡Monstruos execrables, la habeis asesinadol! Catalina! ¡Catalina mia, espérame: voy á hundir un puñal en su corazon!

Entonces se vió á una mano descarnada sacudir rabiosamente las barras de hierro de la ventana y asomarse en ella un rostro, cuyos ojos centelleantes lanzaban fuego.

—¡El loco! ¡el loco! dijo con terror uno de los soldados.

—Di mejor el diablo que viene á buscar su presa, replicó el segundo.

Y huyeron á prevenir á sus camaradas.

Cuando Boleslao, contraido por los dolores, se vió solo, quiso saber si sus fuerzas igualaban á su valor; y logrando levantarse, se asió con los dos brazos á la maroma, y abrigó por un momento la quimérica esperanza de salvarse.

—¡Morir así decia, joh, nol mis fuertes puños me sacarán esta vez mas del peligro.

Y se dejaba suavemente deslizar por su propio peso.

—¡Tener una fortuna! ¡un porvenir aseguradol! ¡ah! ya no veo... ¡la sangre oscurece mi vista!... mis manos no pueden sostenerme... la cuerda se me escapa... ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!*

Un momento despues oyóse el sordo rumor de la caida de un cuerpo, que fué á estrellarse contra las agudas puntas de la roca que servia de base al castillo, y rodó hasta el fondo del precipicio. Antes de amanecer, los pigargos y milanos habian hecho de aquel cadáver un horrible esqueleto.

Durante estos sucesos, y despues de los dos tiros de los

soldados, un brick se alejaba á toda vela de la costa de Suecia y surcaba el Báltico con dirección á Odessa.

Erico sufrió nueve años mas de cautiverio. Todavia se vé hoy en la prisión de Estado que ocupaba una piedra muy usada, sobre la cual lloraba todos los días por su mujer, por su hijo y por su libertad.

Su hermano Juan III añadió al de la usurpación el inútil crimen de mandarle envenenar.

Catalina sobrevivió mucho tiempo á su esposo. Tuvo muy buena acogida en la corte de Rusia, y se le asignó sobre el tesoro real una pension, que permitía á esta nueva Margarita de Anjou educar su hijo conforme á su rango.

Este príncipe llegó á ser tan sabio, particularmente en química, que fué llamado el *segundo Paracelso*; pero nunca pudo recobrar su corona.

FIN DEL LADRON DE LA CÓRTE.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Láminas.

Páginas.

1. ^a Y le pidió permiso para sentarse á su lado.	8
2. ^a La pobre niña, pálida y temblorosa, cogió la pluma.	186

ÍNDICE.

	Páginas.
CAPITULO PRIMERO.—La taberna de la Reina.....	3
— II.—La vendedora de nueces.....	17
— III.—Los dos amantes.....	23
— IV.—La ráfaga de viento.....	29
— V.—El gabinete del rey.....	41
— VI.—El príncipe Juan.....	49
— VII.—El cuartel general de Boleslao.....	59
— VIII.—Los drabans de la policía.....	67
— IX.—La paloma.....	77
— X.—Las hermanas del rey.....	81
— XI.—La novia.....	97
— XII.—La cacería real.....	109
— XIII.—El auroch.....	121
— XIV.—El brazalete.....	129
— XV.—Las religiosas de Santa Radegunda..	137
— XVI.—La seducción.....	147
— XVII.—El arzobispo de Upsal.....	153
— XVIII.—Esplicaciones.....	161
— XIX.—La agonía.....	167
— XX.—El castillo de Medelshom.....	177
— XXI.—La esmeralda.....	185
— XXII.—El subterráneo.....	195
— XXIII.—El tribunal.....	201
— XXIV.—Otro robo de Boleslao.....	211
— XXV.—El ladrón de la corte.....	215
— XXVI.—El corsario.....	229
— XXVII.—La prisión de Estado.....	235



ACTEA Y NERON.

POR

Alejandro Dumas.



MADRID.
GALERIA LITERARIA DE LOS SS. MURCIA Y MARTI,
calle de Jacometrezo, núm. 44.



Aprobada por la censura.

Es propiedad de la Galería Literaria.

IMPRENTA DE MANUEL MINUESA,
calle de Valverde, núm. 5.



CAPITULO PRIMERO.

Era el 7 de mayo (1) del año 57 de Jesucristo y 810 de la fundacion de Roma: salia de Corinto, por la puerta occidental, con direccion á la playa, una joven de quince á diecisésis años, alta, hermosa y ligera como Diana la cazadora: cuando hubo llegado á una pradera que termina por una parte con un bosque de olivos, y por otra con un arroyuelo sembrado por naranjos y adelfas, se detuvo á coger flores. Dudó en momento en la elección de las violetas y gladiolos prote-

(1) Los griegos denominaban este dia con la palabra *Thargelion*.

gidos por la sombra de los árboles de Minerva, ó los narcisos y ninfeas, que ya se ostentaban en la orilla del arroyuelo, ó ya flotaban en su superficie; pero pronto se decidió por estas, y saltando como una corcilla corrió hacia el arroyo.

Al llegar á su orilla se detuvo: la rapidez de la carrera había soltado sus largos cabellos; púsose de rodillas en el borde del agua, miróse en la corriente, y se sonrió al verse tan bella: era en efecto una de las mas seductoras vírgenes de la Acaya, de ojos negros y voluptuosos: era su nariz la de una hija de la Jónia, y sus labios de flotísimo coral: su cuerpo, que reunía á la firmeza del mármol la flexibilidad de la caña, parecía una estatua de Fidias animada por Prometeo; solo sus pies, sumamente pequeños en proporción á su cuerpo, parecerían un defecto, si esta circunstancia lo pudiera ser en una joven: la ninfa Pirena, que le prestaba el espejo de sus lágrimas, no pudo, aunque mujer, negarse á reproducir su imagen con toda su gracia y pureza. Despues de un momento de muda contemplacion, separó sus cabellos en tres partes, hizo dos trenzas con los que caian sobre las mejillas, las reunió en lo alto de la cabeza sujetándolas con una corona de adelfa y azahar, y dejando flotar los que caian por la espalda, se inclinó al agua para apagar la sed que la había traído á este sitio, y que á pesar de lo mucho que la acosaba, había, sin embargo, cedido á una necesidad mas urgente, á la de asegurarse que era siempre la mas hermosa de las hijas de Corinto; entonces se aproximaron insensiblemente la realidad y la imagen, y se hubiera dicho que una ninfa y una náyade iban á unirse en dulce abrazo: sus labios se tocaron en el húmedo baño; entonces, una brisa ligera y voluptuosa,

hizo caer sobre el río una fragante y nevada rosa, que la corriente se llevó hacia el mar.

Al levantarse dirigió al golfo su vista, y se quedó un instante inmóvil al ver una galera con dos órdenes de remos, fondos dorados y velas de púrpura, que se dirigía á la playa, impelida por el viento que venia de Delos: aunque distante todavía un cuarto de milla, se oía á los marineros, que cantaban un coro á Neptuno. Reconoció la jóven el modo frigio, consagrado á los himnos religiosos; solo que, en lugar de las voces ingratas de los marineros de Calidonia ó de Cefalonia, las notas que llegaban hasta ella, aunque debilitadas por la brisa, eran arrogladas y dulces, como las que cantaban las sacerdotisas de Apolo. La jóven corintia se levantó atraída por esta melodía, cortó algunas ramas de naranjo y adelfa destinadas á hacer una segunda corona, que pensaba colocar á la vuelta en el templo de Flora, á la que los griegos consagraban el mes de mayo: se adelantó en seguida, curiosa y tímida á la vez, hacia la orilla del mar, entrelazando las ramas olorosas que había cortado junto al arroyo.

En tanto la birreme se había aproximado, y no solo podía ya la jóven oír las voces, sino distinguir la figura de los músicos: el canto se componía de una invocación á Neptuno, ejecutada por un solo corifeo, con un estribillo en coro de dulce y armonioso compás. El que cantaba solo, y que parecía el dueño del barco, estaba en pie en la proa; acompañábase con una citara de tres cuerdas, como la que los estatuarios colocan en las manos de Euterpe, musa de la armonía: hallábase recostado á sus piés, cubierto con una larga túnica asiática, un esclavo, cuyo vestido pertenecía á ambos sexos, de suerte

que no pudo la jóven distinguir si era un hombre ó una mujer; y al lado de sus bancos estaban los remeros en pie palomeando á compás y dando gracias á Neptuno por el viento favorable que les proporcionaba este descanso.

Aquel espectáculo, que dos siglos antes hubiera apenas llamado la atención de un niño que hubiese estado buscando almejas entre las arenas del mar, excitó en el mas alto grado la admiración de la jóven. No era ya Corinto en esta ocasión lo que había sido en los tiempos de Sila: la hermana y rival de Atenas, tomada por asalto el año 608 de Roma por el cónsul Mumnio, había visto sus ciudadanos pasados al filo de la espada, sus mujeres é hijos vendidos como esclavos, quemadas sus casas, destruidas sus murallas, enviadas á Roma sus estatuas, y sus cuadros, por uno de los cuales había Atalo ofrecido un millón de sestercios, servir de tapices á aquellos soldados romanos, que Polibio encontró jugando á los dados sobre la obra maestra de Aristides. Reedificada ochenta años después por Julio César, que levantó de nuevo sus murallas enviando á ella una colonia romana, había recobrado la vida, pero estaba muy lejos de haber llegado á su antiguo esplendor; sin embargo, el procónsul romano, á fin de restituirle alguna parte de su antigua importancia, había anunciado para el 10 de mayo y días siguientes juegos nemios, istmicos y floreales, en los cuales debía coronar al mas fuerte atleta, al mas diestro en dirigir un carro y al mas hábil cantor. Gracias á estas disposiciones del procónsul, hacia algunos días que se dirigía á la capital de la Acaya una multitud de extranjeros de todas naciones, atraídos, ya por la curiosidad, ya por el deseo de alcanzar el premio; y esto restí-

tuía momentáneamente á la ciudad; débil todavía por la sangre y riquezas perdidas, un pálido reflejo del brillo y magnificencia de sus antiguos días. Unos habían venido en carros, á caballo otros, y algunos embarcados en buques alquilados, ó mandados construir; pero ninguno de estos últimos había entrado en el puerto en un barco tan magnífico como el que en este momento tocaba aquella playa, disputada en otro tiempo por sus enamorados Apolo y Neptuno.

No bien sacaron la birreme en seco, apoyaron los marineros en la proa una escalera de limonero, embutida de plata y cobre; y el cantor, echándose la citara á la espalda, bajó apoyándose en el esclavo que hemos visto recostado á sus piés. Era el primero un hermoso jóven de veintisiete á veintiocho años, de pelo rubio, ojos azules, barba dorada; componiérase su traje de una túnica de púrpura, una clámide azul con estrellas de oro, y llevaba al cuello una banda, cuyos extremos flotantes caían hasta la cintura. El segundo representaba unos diez años menos: era un jóven entrudo apenas en la adolescencia, y caminaba con paso lento y aire triste y doliente; sin embargo, el frescor de sus mejillas hubiera deslucido la tez de la mas linda jóven, su cutis sonrojado y transparente hubiera podido disputar la finura á la mas voluptuosa hija de Atenas, y su mano, blanca y rolliza, parecía por su forma destinada mas bien á dar vueltas á un huso, ó á tirar de una aguja, que á llevar la espada y el dardo, atributos del hombre y del guerrero: vestia, como hemos dicho, una túnica blanca bordada con palmas de oro, que solo llegaba á cubrir la rodilla; sus cabellos flotantes caían sobre sus hombros descubiertos, y colgaba de su cuello un espejito cercado de perlas. Al ir á to-

car en tierra, le detuvo su compañero con viveza, y el mancero se estremeció.

—¿Qué os ocurre, señor? dijo con voz dulce y tímida.

—Se ocurre, que ibas á tocar la costa con el pie izquierdo, y que por esta imprudencia nos esponias á perder todo el fruto de mis cálculos, merced á los cuales hemos llegado el dia de las nonas, que es de buen agüero.

—Decís bien, señor, dijo el mancero; y pisó la playa con el pie derecho, lo mismo que hizo su compañero.

Nuestra jóven, que acababa de oir estas palabras en dialecto jónico, dirigiéndose al mayor de los viajeros, le dijo:

—Estraniero, la tierra de la Grecia, con cualquier pie que se toque, es propicia al que llega á ella con intenciones amigas: es la tierra de los amores, de la poesía, de los combates, y tiene coronas para los amantes, para los poetas y para los guerreros. Quien quiera que seas, estraniero, recibe esta, esperando la que sin duda vienes á buscar.

Tomó el jóven prontamente, y puso sobre su cabeza la corona que le presentaba la corintia.

—Los dioses nos son propicios, esclamó. Mira, Esporo, es el naranjo, ese manzano de las Hespéridas, cuyos frutos de oro dieron la victoria á Hipómenes, deteniendo la carrera de Atalanta; y la adelfa, árbol querido de Apolo. ¿Cómo te llamas, profetisa de felicidades?

—Me llamo Actea, respondió ruborizándose la jóven.

—¡Oh! Actea, esclamó el de mas edad de los dos viajeros. ¡Oyes, Esporo? nuevo preságio. Actea, es decir, la costa: así, la tierra de Corinto me aguardaba para coronarme.

—¿Y eso qué tiene de extraño? ¿no estás tú predestinado, Lucio? respondió el niño.

—Según parece, dijo la joven, vienes á disputar uno de los premios ofrecidos á los vencedores por el procónsul romano?

—Es cierto; has recibido el don de adivinación, al mismo tiempo que el de la belleza, dijo Lucio.

—¿Tendrás, sin duda, alguna pariente en la ciudad?

—No; toda mi familia está en Roma.

—Algun amigo tal vez?

—Mi único amigo es el que ves; y, como yo, es extranjero en Corinto.

—¿Tendrás algun conocido?

—Ninguno tengo.

—Nuestra casa es grande y mi padre hospitalario; continuó la joven. ¿Se dignará Lucio darnos la preferencia? Nosotros rogaremos á Cástor y Polux que le sean favorables.

—Sarias tú, por ventura, su hermana Elena? interrumpió Lucio sonriéndose. Se dice que tenía gusto en bañarse en una fuente, que no debe estar lejos de aquí; esa fuente tenía sin duda el don de prolongar la vida y de conservar la hermosura. Es un secreto que Venus revelaría á Páris, y que Páris te habrá confiado; si es así, condúceme á esa fuente, hermosa Actea, porque ahora que te he visto quisiera vivir eternamente para verte siempre.

—Oh! yo no soy diosa, replicó Actea, ni el manantial de Elena tiene ese maravilloso privilegio; pero no te has engañado sobre su situación: aquí te tienes á pocos pasos de nosotros, precipitándose á la mar desde lo alto de una roca.

—¿Luego, ese templo que descuelga cerca de él es el de Neptuno?

—Cierto; y esta calle formada de pinos conduce al estadio: se dice que en otro tiempo había una estatua al frente de cada árbol; pero Mumnio se las llevó, y han dejado para siempre mi patria por la tuya. Lucio, ¿quieres seguir esta calle, que conduce á la casa de mi padre? continuó suspirando la joven.

—¿Qué opinas tú de esta oferta, Esporo? dijo el joven cambiando de dialecto y hablando la lengua latina.

—Opino que tu fortuna no te ha dado el derecho de dudar de su constancia.

—Pues bien, confiemos aun esta vez en ella, porque nunca se me ha presentado bajo una forma mas atractiva y encantadora.

Entonces, variando de idioma y volviendo al dialecto jónico, que hablaba con la mayor pureza:

—Guianos, joven, dijo Lucio, pues estamos prontos á seguirte; y tú, Esporo, encarga á Libico que vele sobre Febea.

Al punto rompió Actea la marcha la primera, mientras que aquel niño, por obedecer la orden de su amo, subía de nuevo á la embarcacion.

—He aquí el gimnasio, dijo á Lucio; está dispuesto y arenado, porque pasado mañana dan principio los juegos, y empiezan por la lucha; mira el hipódromo á la derecha, por el otro lado del arollo, á la extremidad de esa alameda de pinos: el segundo dia, como sabes, será consagrado á la carrera de carros; y en fin, á medio camino de la colina, en dirección de la ciudadela, está el teatro en que se disputará el

premio del canto: ¿cuál de las tres coronas es la que piensas disputar, Lucio?

—Todas tres, Actea.

—¡Oh! eres ambicioso, jóven.

—Es grato á los dioses el número tres, dijo Esporò, que acababa de alcanzar á su compañero.

Y los viajeros, guiados por su hermosa huéspeda, continuaron su camino.

Al aproximarse á la ciudad, Lucio se paró.

—¿Qué fuente es esta, dijo, y esos bajo-relijes quebrantados? Me parecen de los mas hermosos tiempos de la Grecia.

—Esta fuente es la de Pirene, respondió Actea; su hija fué muerta por Diana en este mismo sitio; y la diosa, viendo el dolor de la madre, la convirtió en fuente sobre el mismo cuerpo de la hija á quien lloraba: los bajo-relijes son de Lisipo, discípulo de Fidias.

—¡Repara, Esporol exclamó con entusiasmo el jóven de la lira; ¡mira qué modelos! ¡qué expresión! es el combate de Ulises contra los amantes de Penélope, ¿no es verdad? Mira qué bien que muere este hombre herido, cómo se retuerce, cuánto sufre: el dardo le ha penetrado debajo del corazón, algunas líneas más arriba no habría agonía. ¡Oh! el escultor era un hombre hábil, que sabia su oficio: haré trasladar este mármol á Roma ó á Nápoles, quiere tenerlo en mi atrio: nunca he visto morir con mas dolor á un hombre viviente.

—Componer parte de los restos de nuestro antiguo esplendor, dijo Actea, la ciudad está envanecida y celosa con él; y como una madre que ha perdido sus mas hermosos hijos, cui-

da y ama á los que le quedan. Bude, Lucio, que seas bastante rico para comprar este resto.

—Comprarl dijo Lucio con una expresion indefinible de desden; ¿para que lo he de comprar si lo puedo tomar? Si yo quiero este mármol, lo tendré, aunque todo Corinto se opusiera. —Espero apretó la mano de su amo. —A menos, continuó este, que me diga la hermosa Actea que deseá se quede en su patria este mármol.

—Mira, Lucio, conozco tan poco tu poder como el mio, pero te lo agradezco al menos. Déjanos, romano, nuestros restós, y no acabes la obra de tus padres: ellos venian como vencedores, tú vienes como amigo; y lo que de su parte fué una barbarie, de la tuya seria un sacrilegio.

—Ya puedes tranquilizarte, jóven, dijo Lucio, porque empezo á conocer que en Corinto hay cosas mucho mas preciosas que tomar que el bajo-relieve de Lisipo, el cual, bien mirado, no es mas que mármol. Cuando Páris vino á Lacedemonia, no fizé la estatua de Minerva ni la de Diana la que se llevó, sino á Elena, la mas hermosa de las espartanas.

Inclinó Actea la vista bajo la mirada ardiente de Lucio, y continuando su camino, entró en la ciudad, seguida de los dos romanos.

Habia recobrado Corinto la actividad de sus antiguos días: el anuncio de los juegos que en ella debian celebrarse, habia atraido la concurrencia, no solo de todos los puntos de Grecia, sino tambien de la Sicilia, del Egipto y del Asia. Todas las casas tenian su huésped, y los recien venidos habrian tenido trabajo en hallar aibergue, si Mercurio, dios de los viajeros, no hubiese enviado á su encuentro á la hospitalaria jó-

ven. Guiados siempre por ella, atravesaron el mercado de la ciudad, donde estaban juntos de manifiesto el papiro y el lino de Egipto, el marfil de la Libia, los cueros de Cirenes, el incienso y la mirra de la Siria, los tapices de Cartago, los dátiles de Fenicia, la púrpura de Tiro, los esclavos de Frigia, los caballos de Selinuntio, las espadas de los celtíberos, y el coral y el carbunclo de los galos. Prosigiendo su camino atravesaron la plaza en que descollaba en otro tiempo una estatua de Minerva, obra maestra de Fidias, y que por veneración al antiguo artista no se había reemplazado: tomaron una de las calles que terminaba en dicha plaza, y á algunos pasos mas allá se pararon delante de un anciano, que estaba en pie en el umbral de su casa.

—Padre mio, dijo Actea, aqui teneis un huésped que Júpiter os envia: lo he encontrado en el momento de desembarcar, y le he ofrecido hospitalidad.

—Muy bien venido seas, jóven de la barba de oro, respondió Amicles (este era el nombre del anciano).

Y empujando con una mano la puerta de su casa, alargó la otra á Lucio.





CAPITULO II.

El siguiente dia al en que se abrió para Lucio la puerta de Amicles, el joven romano, Actea y su padre hallábanse en el triclinium alrededor de una mesa que iba á ser servida, y se disponía á sacar á los dados quién seria el rey del festín. El anciano y la joven habían querido ceder este honor al extranjero; pero fuese por supersticion, ó por respeto, había rehusado la corona, y en su consecuencia se puso el cuerno (1) de los dados en manos del anciano, el cual hizo la suerte llamada de Hércules. Los tomó Actea y formó la del carro; pasó, en fin, el cuerno á manos del joven romano, quien lo

(1) Vaso en que se metían los dados para tirar la suerte.

tomó con una inquietud visible, lo meneó largo rato, lo vació temblando sobre la mesa, y dió un grito de alegría al ver el resultado, pues había hecho la suerte de Venus, que aventaja á todas las demás.

—Ya lo ves, Esporo, gritó en idioma latino, decididamente los dioses nos son propicios, y Júpiter no se olvida que es el jefe de mi dinastía. ¡La suerte de Hércules, del carro y de Venus! ¡Hay mas feliz combinación para un hombre que viene á disputar los premios de la lucha, de la carrera y del canto? Y en rigor, ¡no me promete el último un doble triunfo!

—¡Oh! sin duda has nacido en dia feliz, respondió el jóven, y el sol te dió antes que tú tocases la tierra; esta vez, como siempre, triunfarás de todos los competidores.

—Ahí Hubo una época, replicó suspirando el anciano y adoptando el idioma del extranjero, en que la Grecia te habría ofrecido adversarios dignos de disputarte la victoria; pero ya pasaron aquellos tiempos en que Milon el Crotoniato fué coronado seis veces en los juegos píticos, y en que el ateniense Alcibiades enviaba siete carroz á los juegos olímpicos, y ganaba cuatro premios. La Grecia ha perdido con su libertad sus artes y su fuerza, y Roma desde el tiempo de Cicerón nos ha enviado sus hijos para arrebatarnos todas nuestras palmas: favorézcate, pues, Júpiter, de quien te jactas descender; porque despues del honor de ver alcanzar la victoria á uno de mis conciudadanos, el mayor placer que puedo tener será el de verla favorecer á mi huésped: trae, pues, las coronas de flores, hija mia, mientras se esperan las de laurel.

Salió Actea y volvió casi al punto con una corona de mirto y de azafrán para Lucio, otra de ápio y de yedra para su

padre, y otra de lirios y rosas para ella; una esclava joven trajo además tres guirnaldas, que los convidados se pusieron en el cuello. Entonces se reclinó Actea sobre el lecho de la derecha, Lucio en el puesto consular, y el anciano de pie en medio de su hija y del huésped, hizo una libacion de vino y una súplica á los dioses, despues de lo cual se reclinó tambien, dioicado al joven romano:

—Ya lo ves, hijo mio, nos hallamos en las circunstancias prescritas, pues que el número de los convidados, si se ha de creer á uno de nuestros poetas, ni ha de bajar del de las Gracias ni subir del de las Musas. Esclavos, servid el primer plato.

Trajeron estos una hortera, muy bien provista, y permanecieron allí para estar pronto á obedecer al primer ademan. Esporo se reclinó á los pies de su amo, ofreciéndole sus largos cabellos para enjugarse las manos, y el *scissor* (1) empezó sus funciones.

Al empezarse á servir el segundo plato, y cuando el apetito de los convidados empezó á apagarse, fijó el anciano la vista en su huésped; y despues de haber mirado con la serena y benévolas expresion de la vejez la hermosa figura de Lucio, á quien sus rubios cabellos y dorada barba daban una expresion extraña:

- ¿Vienes de Roma? le dijo.
- Sí, padre mio, respondió el joven.
- ¿Directamente?
- Me embarqué en el puerto de Ostia.

(1) Daban este nombre al que tenia el cargo de trinchar.

—¿Velaban siempre los dioses sobre el divino emperador y su madre?

—Siempre.

—¿Preparaba César alguna expedicion guerrera?

—En este momento ningun pueblo se ha sublevado. César, señor del mundo, dió á este la paz, durante la cual florecen las artes; cerró el templo de Jano, y despues ha tomado su lira para dar gracias á los dioses.

—¿Y no teme que mientras él canta otros reinen?

—¡Oh! exclamó Lucio frunciendo las cejas, ¿dicese tambien en Grecia que César es un niño?

—No, pero se teme que tarde demasiado en ser hombre.

—Creia que habia tomado la toga viril en los funerales de Británico.

—Mucho tiempo hacia que Británico estaba condenado por Agripina.

—Es verdad, pero César le mató, yo os lo aseguro, yo; ¿no os verdad, Esporo?

Levantó el jóven la cabeza y se sonrió.

—¡Ha asesinado á su hermano! exclamó Actea.

—Devolvió al hijo la muerte que la madre quiso darle. ¿Con que ignoras el suceso, jóven? pregúntaselo á tu padre, que parece instruido en estos asuntos. Mesalina envió un soldado para matar á Neron en su cuna; y el soldado iba ya á descargar el golpe, cuando salieron dos culebras de la cama del niño y pusieron en fuga al centurion.... No, no, tranquilizate, padre mio: Neron no es un imbécil como Claudio, ni un loco como Calígula, ni un cobarde como Tiberio, ni un farsante como Augusto.

—Hijo mio, dijo el anciano asustado, observa que estas insultando á los dioses.

—Estraños dioses, por Hércules, gritó Lucio. ¡Raro dios Octavio, que tenia miedo al calor, al frio y al trueno, que vino de Apolonia y se presentó á las antiguas legiones de César cojeando como Vulcano; estraño dios; cuya mano era tan débil, que algunas veces no podia sostener el peso de su pluma, que vivió sin atreverse á obrar siquiera una vez como emperador, y murió preguntando si había hecho bien su papel! ¡Raro dios Tiberio con su olimpo de Caprea, del que no se atrevía á salir, y en donde estaba como un pirata en su embarcacion anclada, teniendo á su derecha á Trasilio, que dirigia su alma, y á su izquierda á Caricles, que gobernaba su cuerpo; que poseyendo el orbe, sobre el cual podía estender sus alas como un águila, se retiró en el hueco de un peñasco como un buho! ¡Raro dios Calígula, á quien había trastornado la cabeza un borbaje, y que se creyó tan grande como Jerjes porque había echado un puente desde Puzoles á Baya, y tan poderoso como Júpiter, porque imitaba el ruido del rayo, haciendo rodar un carro de bronce sobre un puente de cobre; que se decía desposado con la luna, y que fué enviado al cielo por Quereá y Savino con veinte estocadas á consumar su matrimonio! ¡Raro dios Claudio, á quien hallaron tras de un tapiz cuando se le buscaba sobre el trono, esclavo y juguete de sus cuatro mujeres, que firmaba el contrato de matrimonio de Mesalina su esposa con su liberto Silio! ¡Estraño dios, cuyas rodillas se doblaban á cada paso, cuya boca arrojaba espuma á cada palabra, que era tariamudo y de cabeza temblona! ¡Raro dios, que vivió despreciado sin saber hacerse temer, y que murió por haber comido

setas cogidas por Haleto, limpiadas por Agripina y compuestas por Locusto! ¡Ah! ¡Raros dioses, repito, y qué figura tan noble deben hacer en el Olimpo, junto á Hércules el de la clava, de Cástor el conductor de carros y de Apolo el maestro de la lira!

Siguiéronse algunos instantes de silencio á esta dura y sacrilega salida. Amicles y Actea miraban á su huésped con asombro; y aun no había recobrado su curso la conversación, cuando entró un esclavo anunciando un mensajero de parte del procónsul Cneo Léntulo: preguntó el anciano si el mensajero venía dirigido á él ó á su huésped; el esclavo dijo que lo ignoraba, y el lictor fué introducido.

Venia para el extranjero, porque el procónsul había sabido la llegada de una embarcación al puerto, y que su dueño tenía intención de disputar los premios; por lo cual le ordenaba que fuese á inscribir su nombre al palacio prefectorial y declarar á cuál de las tres coronas aspiraba. El anciano y Actea se levantaron para recibir las órdenes del procónsul: Lucio las escuchó reclinado.

Concluido que hubo el lictor su mensaje, sacó Lucio del pecho unas tablillas de marfil enceradas, escribió sobre una de las hojas algunas líneas con un estílo (1), apoyó el engaste de su anillo en la parte inferior, y la entregó al lictor, dándole orden de llevarla á Léntulo. El lictor admirado vaciló; pero Lucio hizo un ademan imperativo, y el soldado saludó inclinándose, y salió. Entonces Lucio castañeteó los dedos para

(1) Hierro con punta triangular para escribir en marfil ó en tablillas.

llamar á su esclavo, alargó la copa, que llenó el copero de vino, bebió una parte á la prosperidad de su patron e hija, y dió el resto á Esporo.

—Joven, dijo el anciano rompiendo el silencio, dices que eres romano, y sin embargo, me cuesta trabajo crerlo, porque si hubieses vivido en la ciudad imperial habrías aprendido á obedecer mejor las órdenes de los representantes del César: el procónsul es aquí dueño tan absoluto y tan respetado como Claudio Neron en Roma.

—¿Ovidaste ya que al principio de la comida me han hecho los dioses momentáneamente igual al emperador, eligiéndome rey del festín? ¿Y cuándo has visto tú que un rey descienda del trono para obedecer las órdenes de un procónsul?

—¿Luego has rehusado obedecer? dijo Actea con espanto.

—No tal, sino que he escrito á Léntulo que si desea saber mi nombre y con qué objeto he venido á Corinto, lo sabrá viiniendo á preguntármelo.

—¿Y crees tú que vendrá? exclamó el anciano.

—Sin duda, respondió Lucio.

—Aquí, á mi casa?

—Escucha, dijo Lucio.

—¿Qué?

—Que ya está llamando: siento el ruido de los bacos; manda abrir, padre mio, y déjanos solos.

El anciano y su hija se levantaron admirados y salieron á la puerta. Lucio se quedó reclinado.

No se había engañado; este era en efecto Léntulo, y el sudor que corría por su frente anunciaba la prontitud con que había acudido á la invitacion del extranjero: preguntó con voz rápi-

da y alterada en dónde estaba el noble Lucio; y luego que le hubieron indicado la sala, se quitó la toga y entró en el *triclinium*, que se volvió á cerrar tras él, y cuya puerta guardaron al instante los lectores.

No se supo lo que pasó en esta entrevista. Pasado un cuarto de hora salió el procónsul, y Lucio fué á reunirse con Amicles y Actea bajo el peristilo donde se paseaban; su aspecto era tranquilo y risueño.

—Padre mio, le dijo, está hermosa la tarde; ¿quierías acompañar á tu huésped hasta la ciudadela, que dicen tiene tan magníficas vistas? Además, deseo saber si se han cumplido las órdenes del César, que al saber que debían celebrarse juegos en Corinto, devolvió la antigua estatua de Venus, á fin de que sea propicia á los romanos que vengan á disputaros las coronas.

—¡Ah! hijo mio, respondió Amicles, soy ya demasiado viejo para servir de guia en la montaña; pero Actea, que es tan ligera como una ninfa, te podrá acompañar.

—Muchas gracias, padre mio; no había pedido este favor, temeroso de que Venus no tomara celos y se vengase en mí de la belleza de tu hija; pero ya que me lo ofreces, tendrá valor para aceptarlo.

Actea se sonrió ruborizada, y á una señal de su padre corrió á buscar un velo, y volvió tan castamente tapada como una matrona romana.

—Por ventura, ¿ha hecho mi hermana alguna voto, dijo Lucio, ó sería sin yo saberlo sacerdotisa de Minerva, de Diana ó de Vesta?

—No es eso, dijo el anciano cogiendo al romano del bra-

zo y llevándoselo aparte, sino que Corinto es la ciudad de las cortesanas, como tú sabes; y en memoria de que su intercesion salvó la ciudad de la invasion de los Jérjes, las hemos hecho pintar en un cuadro, como los atenienses los retratos de sus capitanes despues de la batalla de Maraton; desde entonces tememos tanto carecer de ellas, que las hacemos comprar en Eisancio, en las islas del Archipiélago, y hasta en Sicilia: son conocidas en que llevan la cara y el pecho descubiertos. Tranquillizate: Actea no es sacerdotisa de Minerva, de Diana ni de Vesta, sino que teme se la crea una de las que adoran á Venus.

Levantando despues la voz:

—Id, hijos mios, continuó; anda, hija, y desde lo alto de la colina resiere á nuestro huésped todos los antiguos recuerdos de la Grecia, mostrándole los sitios que los contienen: el único bien que queda al esclavo y que no pueden arrancarle sus amos, es la memoria del tiempo en que era libre.

Partieron Lucio y Actea, y en poco tiempo llegaron á la puerta del Norte y emprendieron el camino que conducia á la ciudadela. Aunque desde abajo apenas parecia estar á quinientos pasos de la ciudad, daba tantas vueltas el camino, que emplearon cerca de una hora en recorrerlo. Dos veces se detuvo Actea, la primera para enseñar á Lucio el sepulcro de los hijos de Medea, y la segunda para hacerle observar el sitio en que Belerofonte recibió de manos de Minerva el caballo Pegaso; por fin llegaron á la ciudadela, y en la entrada de un templo unido á ella reconoció Lucio la estatua de Venus, cubierta de brillantes armas, teniendo á su derecha la del Amor y á su izquierda la del Sol, primer dios que se adoró en Corinto: Lucio se postró, e hizo su oracion.

Concluido este acto de devoción, siguieron los dos jóvenes por un sendero que atravesaba el bosque sagrado y conducía á la cima de la colina. La tarde estaba magnífica, el cielo puro y el mar tranquilo. Iba la corintia delante, semejante á Venus conduciendo á Eneas á Cartago, y Lucio que la seguía avanzaba al través de un aire embalsamado con los perfumes de aquella caza bellera: se volvía la joven de tiempo en tiempo, y como al salir de la ciudad se había echado el velo á la espalda, el romano devoraba con su vista ardiente aquella cabeza encantadora, cuya animación se aumentaba con el movimiento, y aquel seno que veía jadear al través de la túnica ligera que lo cubría. A medida que iban subiendo, se aumentaba la estension del panorama. En fin, en el sitio mas elevado de la colina, Actea se paró bajo un moral, y apoyándose en él para tomar aliento:

—Hemos llegado, dijo á Lucio; ¿qué decis de esta vista, no vale tanto como la de Nápoles?

Aproximóse á ella el romano, sin responderla; pasó el brazo por encima de una caña del árbol para apoyarse, y en lugar de mirar el paisaje, fijó en Actea sus ojos tan brillantes de amor, que advirtiendo la joven lo subido de su color, se apresuró á hablar para ocultar su turbación.

—Mirad, dijo, por el lado del Oriente; á pesar del crepúsculo que empieza á estenderse, se distingue la ciudadela de Atenas, semejante á un punto blanco, y el promontorio de Sunium, que se recorta en el azul de las olas como el hierro de una lanza; esta isla que veis mas cerca de nosotros en medio del mar Sarónico, y que tiene la forma de una herradura, es Salamina, donde combatió Esquílo y fué batido Jerjes; por bajo, hacia el Mediodía, en dirección de Corinto y á doceien-

tos estadios poco mas ó menos de aquí, estais viendo á Nemea y el bosque donde Hércules mató al león, cuyos despojos llevó siempre como un trofeo de su victoria; mas lejos, al pie de esa cordillera de montañas que termina el horizonte, está Epidaura, la querida de Esculapio, y detrás de ella, Argos, patria del rey de los reyes. ¿No distinguis á Sámos é Itaca al Océano como vapores flotantes en el cielo, mas allá de esa linea azul que forma el mar al fin de las ricas llanuras de Sicion?

— Mirad ahora á la parte opuesta de Corinto y en dirección al Norte, y vereis, á nuestra derecha, el Citerion, donde fué espuerto Edipo; á nuestra izquierda Leuctres, donde Epaminondas batíe á los lacedemonios; y frente á nosotros Platea, donde Aristides y Pausanias vencieron á los persas: en el centro y á la estremidad de esa cordillera de montañas que corre desde el Ática á la Etolia, está el Helicon cubierto de pinos, de mirtos y de laurelos, y el Parnaso con sus dos cimas blancas de nieve, por entre las cuales corre la fuente Castalia, que ha recibido de las Musas el don de inspirar el genio poético á los que beben sus aguas.

—Sí, sí, dijo Lucio, tu país es la tierra de los grandes recuerdos, y es una desgracia que todos sus hijos no los conserven con una religiosidad igual á la tuya; pero consúlate, que si la Grecia no es reina por la fuerza, lo es siempre por la belleza, y esta soberanía es la mas dulce y poderosa.

Actea iba á echarse el velo, pero Lucio la detuvo cogiéndola la mano: la corintia se estremeció, y sin embargo, no tuvo valor para retirarla: pasó una nube por delante de sus ojos, y observando que sus rodillas flaueaban se apoyó en el tronco del moral.

Hallábanse en aquella hora encantadora en que ya no es de dia ni de noche; estendido el crepúsculo sobre toda la parte oriental del horizonte, cubria el Archipiélago y el Atica, mientras que por el opuesto lado, haciendo rodar el mar Jónico olas de fuego y el cielo nubes de oro, parecian no estar separados sino por el sol, que semejante á un escudo enrojecido en la fragua, empezaba á apagar en el agua su estremidad inferior. Oíase aun el ruido de la ciudad como el zumbido de una colmena; pero, tanto en la llanura, como en la montaña, todo iba quedando en silencio, y solamente de tiempo en tiempo resonaba del lado de Cíteron el agudo canto de algun pastor, ó subia del mar Sardónico ó del golfo de Crisa el grito de algun marinero que sacaba su barca en seco. Los insectos de la noche empezaban á cantar bajo la yerba, y las luciérnagas, esparcidas á millares á causa del aire templado del anochecer, brillaban como chispas de un hogar invisible. Conocíase que la naturaleza, fatigada de sus trabajos del dia, se dejaba rendir poco á poco del sueño, y que dentro de algunos instantes todo callaria para no turbar su voluptuoso descanso.

Nuestros jóvenes cedieron á cierta impresion religiosa, guardaban silencio; entonces se oyó en direccion al puerto de Lequeo un grito tan extraño, que Actea se estremeció. El romano volvió aceleradamente la cabeza, dirigiendo la vista á su birreme, que se veía en la playa semejante á una almeja de oro. Se levantó la joven impulsada de un terror instintivo, ó hizo un movimiento en direccion al camino de la ciudad, pero Lucio la detuvo, y ella cedió sin decir nada, y como vencida por un poder superior; se apoyó de nuevo en el árbol, ó mas

bien en el brazo de Lucio, sin que ella notase que había ceñido su cuerpo, y dejando caer hacia atrás su cabeza, miró al cielo con los ojos medio cerrados y la boca entreabierta. Contemplábala Lucio amorosamente en esta postura encantadora, y aunque ella advertía que los ojos del romano la envolvían con sus rayos ardientes, no tenía fuerza para sustraerse á ellos; oyóse entonces un segundo grito mas próximo y mas terrible, que vino á sacar á Actea de su éxtasis.

—¡Huyamos, huyamos, Lucio! gritó con espanto, ¡huyamos! alguna fiera discurre por la montaña; huyamos. Con atravesar el bosque sagrado, nos hallamos en el templo de Venus, ó en la ciudadela. Ven, Lucio, ven.

Lucio se sonrió.

—¡Teme Actea alguna cosa, dijo, estando junto á mí? Por lo que á mí toca, conozco que por Actea arrostraría los móstruos que vencieron Teseo, Hércules y Cadmo.

—¿Sabes tú, Lucio, qué ruido es ese? dijo la trémula joven.

—Sí lo sé, respondió sonriendo Lucio, sí; es el bramido del tigre.

—¡Júpiter divino! gritó Actea echándose en brazos del romano: ¡Júpiter, protéjenos!

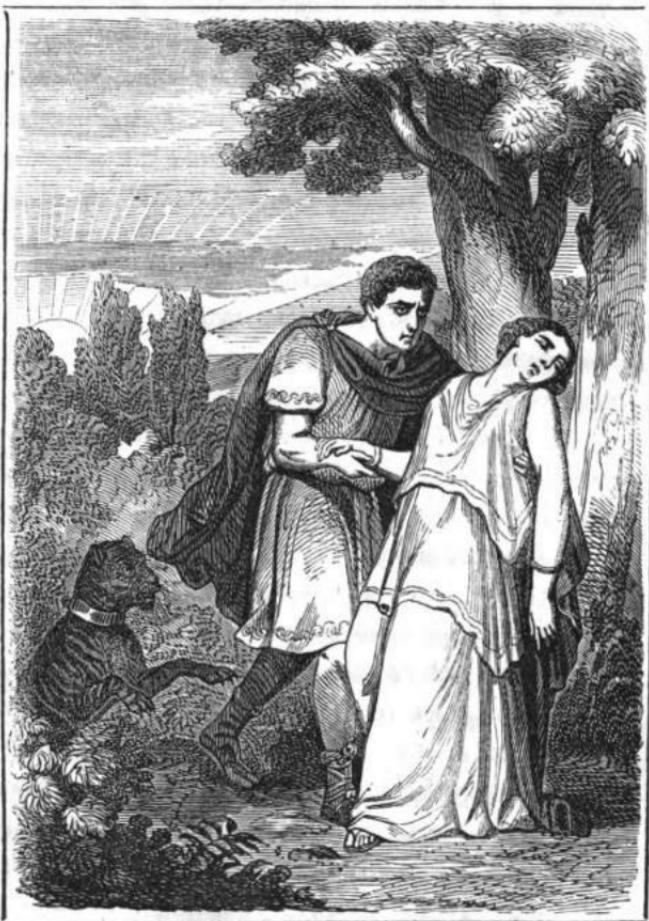
Acababa en efecto de atravesar el espacio un tercer grito, mas próximo y amenazador que los otros dos. Contestó Lucio con otro casi igual.

Al momento salió una tigre saltando del bosque sagrado, y se detuvo levantándose sobre sus patas traseras como indecisa del camino que debía seguir. Lucio hizo oír un sibido particular, y la tigre se lanzó salvando mirtos, éoscojas y adelfas,

como salta un perro las matas, y se dirigió á él rugiendo de alegría.

De repente advierte Lucio pesar sobre su brazo á la joven corintia, pues se había desmayado á causa del terror ocasionado por la vista de la fiera. Cuando recobró su razon se hallaba en los brazos de Lucio; y la tigre, tendida á sus piés, apoyaba cómodamente en las rodillas de su amo su terrible cabeza, cuyos ojos brillaban como carbunclos. A su vista, se echó de nuevo la joven en los brazos de su amante, vacilando entre el terror y la vergüenza, y alargando la mano á su cinturon, que se hallaba á algunos piés de ella. Notó Lucio este ademan, efecto del pudor, y desatando él collar de oro macizo de la tigre, y del cual aun pendia un eslabon de la cadena, lo ciñó al tallo delgado y flexible de su joven amiga; recogió en seguida el cinturon, que furtivamente había desatado, ató al cuello de la tigre un extremo de la cinta, y la puso el otro en la trémula mano de Actea: levantándose entonces los dos, se dirigieron silenciosamente á la ciudad, apoyándose Actea con una mano en el hombro de Lucio y conduciendo con la otra, encadenada y mansa, la tigre que tanto miedo le había causado. Al entrar en la ciudad, encontraron al esclavo nubio encargado de velar sobre Febea, el cual, siguiéndola por el campo, la perdió de vista en el instante en que el animal, hallada la pista de su amo, se dirigió á la ciudadela. Al ver á Lucio se hincó de rodillas, esperando con la cabeza baja el castigo que creía haber merecido; pero Lucio era en este momento demasiado feliz para ser cruel, y además Actea le miraba con las manos juntas.

—Levántate, Libico, dijo el romano, te perdono por esta



de repente sintió Lucio pesar sobre su brazo á la joven Corintia.

vez, pero vela mejor en adelante sobre Febea, pues eres la causa de que esta hermosa ninfa haya pasado tan gran miedo, que estuvo á punto de morir. Ahora, mi querida Ariadna, entregad vuestra ligre á su guardian; ya unciré un par á un carro de ero y marfil y os haré pasar en él por medio de un pueblo que os adorará como á una diosa.... Bien, Febea, muy bien. Adios.

Mas la tigre no quiso marchar así; se paró delante de Lucio, y levantándose colocó las dos manos sobre sus hombros y le acarició con su lengua, dando rugiditos de amor.

—Bien, bien, dijo Lucio á media voz; si, eres un noble animal, y cuando estemos de vuelta en Roma te daré, para que los devores, una hermosa esclava cristiana con sus dos hijos. Anda, Febea, anda.

La tigre obedeció, como si comprendiese la sangrienta promesa, y siguió á Libico, pero no sin volver la vista muchas veces hacia su amo; y solo cuando desapareció este con Actea al entrar en la ciudad, se decidió á volver sin oposición á la dorada jaula que á bordo del barco la aguardaba.

Encontró Lucio bajo el vestíbulo de la casa al esclavo eubiculario, que le aguardaba para conducirle á su cuarto: el jóven romano estrechó la mano de Actea, y siguió al esclavo, que le precedía con una lámpara: la jóven corintia fué, segun su costumbre, á besar la frente del anciano, que viéndola tan pálida y agitada, quiso saber la causa. Entonces le resfrió la jóven el terror que la había causado Febea, y cómo este terrible animal obedecía la menor señal de Lucio.

Quedó el anciano pensativo por un instante, y despues dijo con inquietud:

—¿Qué hombre es este que juega con los tigres, que manda á los procónsules y blasfema de los dioses?

Acercó Actea sus labios fríos y pálidos á la frente de su padre, pero apenas se atrevió á llegarlos á los blancos cabellos del anciano: se retiró á su habitación sumamente trastornada, y dudando si era un sueño ó una realidad todo lo que había pasado, acercó sus manos á los ojos para asegurarse que estaba despierta. Se apercibió entonces del collar de oro que había reemplazado á su cinturon virginal, y acercándose á la lámpara leyó en él estas palabras, que tan directamente correspondian á su pensamiento: *Perteneczo á Lucio.*





CAPITULO III.

Aquella noche se pasó en sacrificios, fueron los templos adornados con festones como para las grandes festividades de la patria; y luego que se concluyeron las ceremonias sagradas, aunque apenas era la una de la noche, se precipitó la muchedumbre á las inmediaciones del gimnasio: tal era el ánsea de volver á ver los juegos que recordaban los antiguos y bellos días de la Grecia.

Era Amicles uno de los ocho jueces elegidos para los juegos, y en calidad de tal tenía su puesto reservado frente al del procónsul romano; así que, no llegó hasta el momento en que iban á empezar los juegos. Encontró en la puerta á Esporo, que venía á reunirse con su amo, y á quien la guardia negaba la entrada, porque en su blanca tez, delicadas manos

y andar pausado le creyeron mujer; y una antigua ley puesta de nuevo en vigor, condenaba á ser precipitada de una roca á cualquiera mujer que asistiese á los ejercicios de la carrera y de la lucha, en que los atletas combatian desnudos; pero el anciano respondió de Esporo, y el niño, detenido un instante, pudo reunirse á su amo..

Estaba el gimnasio de tal modo concurrido, que ya no quedaba en todo el espacio algun vacío, pues los primeros que llegaron estaban sentados en las gradas con la mayor estrechura: los vomitorios (1) parecian cerrados con una muralla de cabezas, el coronamento del edificio se hallaba sobrepujado por una fila de espectadores en pié, sosteniéndose unos á otros sin otro punto de apoyo que de diez en diez pies las vigas doradas en que se tendieran las colgaduras, y sin embargo, aun quebaban muchos zumbando como abejas en las puertas de este immenso espacio, que acababa de recibir en su seno, no solo la poblacion masculina de Corinto, sino tambien una immense muchedumbre de extranjeros que acudian á estas fiestas.

Hallábanse todas las mujeres en las puertas y sobre las murallas de la ciudad, aguardando á que fuese proclamado el nombre del vencedor.

No bien se hubo sentado Amicles, que completaba el numero de los jueces, se levantó el procónsul y anunció en nombre de César Neron que empezaban los juegos: estas palabras fueron acogidas con estrepitosos aplausos, y todas las miradas se fijaron en el pórtico donde esperaban los luchadores.

(1) Puerta destinada á la entrada ó salida del circo ó teatro.

Salleron y encamináronse á la tribuna del procónsul siete jóvenes: solamente dos de los luchadores eran de Corinto, y entre los otros cinco había un tebano, un siracusano, un sibarita y dos romanos.

Los dos corintios eran mellizos: adelantaronse con sus brazos entrelazados; vestían una túnica semejante, y eran tan parecidos en estatura, movimientos y cara, que causaron la admiración de la concurrencia, y todos palmearon al verlos: el tebano era un joven pastor que guardando su rebaño junto al monte Citeron, vió bajar de él un oso; salióle al encuentro, y sin ninguna arma contra tan terrible adversario, envistióle cuerpo á cuerpo y le ahogó en la lucha: en memoria de este triunfo se había cubierto las espaldas con la piel del animal vencido, cuya cabeza, que les servía de casco, formaba con sus dientes blancos notable contraste con aquel semblante tostado del sol. El siracusano había dado una prueba no menos extraordinaria de su fuerza. Un día que sus compatriotas ofrecían un sacrificio á Júpiter, el toro, no bien fuié herido por el sacrificador, se arrojó en medio de la muchedumbre, coronado de flores y adornado de cintas: había ya causado mucho daño en los concurrentes, cuando el siracusano lo cogió por los cuernos, y levantando el uno y bajando el otro le hizo caer del lado y le mantuvo debajo de sí como á un atleta vencido, hasta que un soldado sepultó su espada en la garganta de la fiera. En fin, el joven sibarita adquirió la convicción de su fuerza, largo tiempo ignorada por él mismo, de un modo no menos casual. Recostado con sus amigos sobre lechos de purpura alrededor de una mesa sumuosa, oyó gritos de repente un carro arrastrado por dos fogosos caballos, y en el que es-

taba su querida, iba á estrellarse en el primer ángulo de la calle; lanzase por la ventana, goge el carro por detrás, encarbritanse los caballos detenidos de repente, cáese el uno en tierra, y el jóven recibe en sus brazos á su amada, desmayada, pero sin lesion. De los dos romanos, el uno era un atleta de profesion, conocido por sus grandes triunfos, y el otro era Lucio.

Pusieron los jueces en una urna siete papeletas, de las cuales dos tenian una A, dos una B, dos una C, y la ultima una D, debiendo formar la suerte tres pares, y dejar el séptimo para combatir con los vencedores. El procónsul agitó por si mismo las papeletas; adelántaronse despues los siete combatientes, tomó cada uno la suya, y la pusieron en manos del presidente de los juegos, el que, abriéndolas sucesivamente, fué formando las parejas. Quiso la casualidad que los dos corintios tuviesen la A, el tebano y el siracusano tuvieron la B, el sibarita y el atleta la C, y Lucio la D.

No sabiendo todavia los atletas el órden que les habia designado la suerte para combatir, se desnudaron todos, menos Lucio, que debiendo entrar el ultimo en la lid, permaneció envuelto en su capa. Llamó el presidente á los dos que tenian la A, y los dos hermanos se lanzaron del pórtico y se hallaron frente á frente: la sorpresa les arrancó un grito, al cual respondió la asamblea con un murmullo de admiracion, y despues de un momento de vacilacion se abrazaron cordialmente; fué general el aplauso, y en medio de este homenaje al amor fraternal los dos hermosos jóvenes se retiraron soplándose para dejar el campo libre a sus rivales; y semejantes á Cástor y Polux, apoyados el uno en el brazo del otro, se com-

virtieron, de actores que pensaban ser, en meros espectadores.

Por este incidente, los que debían figurar como segundos se hallaron los primeros, y el tebano y el siracusano avanzaron á su vez: el vencedor de osos y el domador de toros se midieron con la giesta, arrojáronse después el uno al otro; sus dos cuerpos juntos y embutidos uno en otro, tuvieron por un instante el aspecto de un tronco nudoso é informe caprichosamente modelado por la naturaleza, el cual rodó de repente como arrancado por un rayo. Nada se pudo distinguir durante algunos segundos á causa del polvo; eran tan iguales los lances, con tal rapidez se hallaban los dos ya encima, ya debajo, que parecía estar la victoria enteramente indecisa: en fin, el tebano concluyó con mantener sus rodillas sobre el pecho del siracusano, y ciñéndole la garganta con sus dos manos como con un carco de hierro, se la apretó con tal violencia, que el de Siracusa hubo de alzar la mano en señal de que se declaraba vencido: el desenlace de este combate fué saludado con aplausos unánimes, tal era el entusiasmo con que los griegos asistían á esta clase de espectáculos. Fué el vencedor á colocarse bajo el local del procónsul, y su antagonista humillado volvió á entrar bajo el pórtico, de donde salió la última pareja de combatientes, compuesta del sibarita y del atleta.

Cuando se hubieron despojado de sus vestidos, y mientras los esclavos les frotaban con aceite, fueron observados con admiración aquellos dos hombres de una naturaleza tan opuesta y ofreciendo los dos mas hermosos tipos de la antigüedad, el de Hércules y el de Antíoco: el atleta con sus cabellos cortos y miembros morenos y musculosos, y el sibarita

con sus largos rizos ondeantes y su cuerpo blanco y rollizo. Los griegos, esos adoradores entusiastas de la belleza física, religiosos sectarios de la forma, y maestros en toda perfección, dejaron escapar un grito de admiración, que hizo levantar á su tiempo la cabeza á los dos adversarios. Cruzáronse sus miradas como dos rayos, y sin aguardar ni uno ni otro á que estuviese completamente acabada esta operación preparatoria, se arrancaron de manos de sus esclavos y fuéreronse al encuentro.

A distancia de tres ó cuatro pasos se miraron con nueva atención, y cada uno reconoció sin duda en su adversario un rival digno de él, porque los ojos del uno tomaron la expresión de la desconfianza y los del otro de la astucia. Al fin con un movimiento espontáneo y parecido se agarraron por los brazos, apoyaron sus frentes una con otra y, semejantes á dos toros que luchan, hicieron el primer ensayo de su fuerza probando hacerse retroceder; pero ambos quedaron inmóviles en su puesto, cual dos estatuas, y su vida solo estaba indicada por la hinchazón progresiva de los músculos, que parecían próximos á romperse. Despues de un minuto de inmovilidad se hicieron ambos atrás, sacudiendo sus cabezas inundadas de sudor, y respirando con un ruido como el de los buzos cuando salen á la superficie del agua.

Muy poco duró esta suspensión; pronto los dos enemigos vinieron de nuevo á las manos, cogiéndose esta vez por el cuerpo; pero fuese ignorancia en esta clase de combate, ó convicción de su fuerza, el sibarita dió la ventaja á su adversario dejándose agarrar por bajo de los brazos: el atleta lo levantó al instante y le hizo perder tierra; sin embargo, do-

blado por el peso, dió tres pasos hacia atrás vacilando; en este movimiento logró quedar en pie el sibarita, recobrando todas sus fuerzas y equilibrio, y el atleta, ya conmovido, cayó deabajo; pero apenas hubo tiempo de verle tocar el suelo, porque con una fuerza y agilidad sobrehumanas se volvió á hallar en pie, de suerte que el sibarita fué el segundo en levantarse.

Ni había vencedor ni vencido, por lo cual los dos adversarios volvieron á empezar la lucha con nuevo encarnizamiento y en medio de un silencio profundo: hubiérase dicho que los treinta mil espectadores eran de piedra como las gradas en que estaban sentados; solo cuando la fortuna favorecía á uno de los luchadores, se oía escaparse de los pechos un sordo y débil murmullo, y un ligero movimiento hacia ondular toda aquella muchedumbre, como las espigas de un sembrado movidas por un soplo de aire. Por segunda vez perdieron, tierra los luchadores y rodaron en la arena, siendo el atleta el que en esta ocasión se encontró encima; y sin embargo, esto no hubiera sido mas que una débil ventaja si no hubiera juntado á su fuerza todos los recursos de su arte, merced á los cuales mantuvo al sibarita en la posición de que él con tanta ligereza se había escapado. Semejante á una culebra que ahoga y estruja su presa antes de devorarla, entrelazó sus piernas y brazos en las piernas y brazos de su adversario con tal destreza, que consignó suspender todos sus movimientos; y entonces, apoyando su frente en la del contrario, le obligó á tocar en tierra con la parte posterior de la cabeza, lo que equivalía para los jueces á la confesión de su derrota. Resonaron fuertes gritos, y hicieronse oír estrepitosos aplausos, pero aunque vencido el sibarita pudo tomar en ellos su parte, por-

que su derrota había tocado tan de cerca á la victoria, que nadie tuvo la idea de avergonzarle por ella; así que, se retiró bajo el pórtico sin afrenta ni embarazo, habiendo perdido la corona, y nada mas.

Solo quedaban dos luchadores en la lid, y Lucio que debía luchar con ellos. Fijáronse las miradas en el jóven romano, que tranquilo é impasible durante los combates precedentes, los había seguido con la vista, apoyado en una columna y envuelto en su capa. Solo entonces llamó la atención su figura dulce y afeminada, sus largos cabellos rubios y la escasa barba dorada, que le cubría apenas el remate de la cara. Todos se sonrieron al ver este débil adversario, que con tanta imprudencia venía á disputar la palma al vigoroso tebano y al diestro atleta. Observó Lucio este sentimiento general por el murmullo que circulaba en toda la asamblea, y sin inquietud ni aun dignarse responder á él, dió algunos pasos adelante y dejó caer su capa: viose entonces, sosteniendo aquella cabeza apelmazada, un cuello vigoroso y espaldas potentes; y lo que mas llamó la atención fué ver que aquel blanco cuerpo, cuya tez hubiera podido causar envidia á una jóven circasiana, estaba todo mosqueteado con manchas pardas, semejantes á las que cubren la piel salvaje de la pantera. Miró el tebano con indiferencia á este nuevo enemigo; pero el atleta, visiblemente admirado, retrocedió algunos pasos. En este momento apareció Esporo y vació en las espaldas de su amo un frasco de aceite oloroso, que le estendió por todo el cuerpo con un pedazo de púrpura.

Debió el tebano luchar primero: dió un paso hacia Lucio, indicando su impaciencia de que durasen tan largo tiempo

estos preparativos; pero Lucio estendió la mano en expresión de mando para indicar que aun no se hallaba dispuesto, y la voz del procónsul hizo oír al instante esta palabra: *Aguarda*. Pero ya estaba el jóven romano todo cubierto de aceites, y solo restaba que fuese á revolverse en el polvo del circo, como era la costumbre; pero en lugar de esto puso una rodilla en tierra, y Esporo lo vació en la espalda un saco lleno de arena, recogida en la ofilla del Crisorroas, y que estaba mezclada con lentejuelas de oro. Concluido este último preparativo, se levantó Lucio y abrió los brazos en señal de que estaba pronto á luchar.

Adelantóse el tebano lleno de confianza, y Lucio lo aguardó con tranquilidad; pero al sentir el contacto de las robustas manos de su adversario, salió un relámpago de su mirada y lanzó un rugido semejante al de una fiera: al mismo tiempo que se dejaba caer sobre una rodilla, y envolvía con sus robustos brazos los ijares del pastor, entazando despues las manos en la espalda de su adversario, le oprimió el vientre contra su pecho y se levantó de repente sosteniendo en sus brazos al coloso. Fué tan rápida y diestramente ejecutada esta acoion, que el tebano no tuvo tiempo ni fuerza de oponerse á ella y se encontró levantado del suelo, escediendo en elevación á su adversario con toda la cabeza, y agitando los brazos en el aire sin tener objeto á que poder asirse. Vieron entonces los griegos renovarse la lucha de Hércules y Anteo: el tebano apoyó sus manos en los hombros de Lucio, y afirmándose sobre ellos con toda la fuerza de sus brazos, procuró romper la terrible cadena que le oprimía, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; en vano oíró tambien sus dos piernas, á manera

de dos culebras, á los ijares de su adversario; esta vez fué Laocoonte quien dominó al reptil: cuanto mas redoblaban el tebano sus esfuerzos, tanto mas estrechaba Lucio el lazo con que le tenía amarrado; é inmóvil en el mismo sitio, sin un solo movimiento aparente, puesta la cabeza contra el pecho de su enemigo, como para escuchar su respiración trabajosa, y aumentando siempre la presión, como si su fuerza creciente hubiese de llegar á un grado sobrehumano, permaneció de esta suerte muchos minutos, durante los cuales se vió al tebano dar señales visibles de agonía. Al principio un sudor mortal corrió desde su frente al cuerpo lavando el polvo que lo cubría; púsose después su semblante de color de púrpura, enronqueciérese el pecho, desprendiéronse sus piernas del cuerpo de su adversario, dejáronse caer hacia atrás sus brazos y cabeza, y por fin, un golpe de sangre saltó impetuosamente de su nariz y boca: entonces Lucio abrió los brazos, y el tebano desvanecido cayó á sus pies como una mole.

Ni un solo aplauso de la muchedumbre recibió esta victoria; reinó el mas completo silencio en aquel dilatado circo. Y sin embargo, nada había de censurable en esta lucha; habíanse observado en ella todas las reglas marcadas para tales caídos; de consiguiente Lucio había vencido franca y lealmente á su adversario. Pero no era menor el interés que tomaban los asistentes en este espectáculo, aunque no se expresase coa aclamaciones; así que, cuando los esclavos hubieron retirado al vencido, aun desmayado, las miradas que lo habían seguido fijáronse de repente sobre el atleta, que por la fuerza y habilidad que había mostrado en el combate precedente, prometía á Lucio un adversario temible; pero quedó extrañamente burlada

la espectacion general, porque en el momento en que Lucio se preparaba á una segunda lucha, se adelantó el atleta con aire respetuoso hacia él, é hincando una rodilla en tierra, levantó la mano en señal de reconocerse vencido. Lucio pareció mirar esta accion y este homenaje sin ninguna extrañeza, porque sin alargar la mano al atleta, ni haberle siquiera indicado que se levantase, paseó la vista á su alrededor, como para preguntar á aquella admirada multitud de espectadores si habia en sus filas un hombre que se atreviese á disputarle la victoria. Nadie contestó á este mudo desafío, y en medio del mas profundo silencio dirigióse Lucio al cónsul, el cual le alargó la corona: solo en este momento resonaron algunos aplausos, pero fdié fácil reconocer en los que daban semejante muestra de aprobacion á los marineros de la embarcacion que habia conducido á Lucio.

No era, sin embargo, desfavorable al jóven romano el sentimiento que dominaba á aquella muchedumbre, y si una especie de terror supersticioso que se habia apoderado de los ánimos. Una fuerza tan sobrenatural reunida á tan tierna juventud, recordaba los prodigios de las edades heroicas: los nombres de Teseo y de Piritous salian de todos los labios, y sin haberse comunicado su pensamiento todos se hallaban dispuestos á creer en la presencia de un semi-dios. Aquel homenaje público del atleta; aquella confesion anticipada de su derrota, aquella humillacion del esclavo delante de su dueño, acababan de dar alguna consistencia á este pensamiento; así, cuando el vencedor salió del circo, apoyándose con un brazo en el de Amicles y dejando caer la mano del otro sobre el hombro de Esporo, toda aquella muchedumbre le siguió hasta

la puerta de su huésped, curiosa y apretada, á la vez que silenciosa y tímida; de suerte que se la hubiera pedido creer mas bien un acompañamiento fúnebre que una pompa triunfal.

Cuando hubo llegado á la puerta de la ciudad, aguardabanle allí las mujeres con ramas de laurel en la mano. Buscó Lucio con la vista á Actea; pero fuese por cortedad, ó por temor, Actea estaba ausente, y en vano la buscó; entonces redobló el paso esperando que la joven corintia le aguardase en el umbral de la puerta: recorrió con presteza la distancia que le separaba de la casa, pero ninguna corona, ningún festón adornaba la puerta hospitalaria.

Atravesó rápidamente el umbral y llegó al vestíbulo, dejando muy atrás al anciano: el vestíbulo se hallaba vacío; mas por la puerta que comunicaba al patio, vió á la joven de rodillas delante de una estatua de Diana, tan blanca é inmóvil como el mármol que tenía abrazados: entonces el joven se aproximó silenciosamente por detrás y le colocó en la cabeza la corona que acababa de alcanzar.

Actea dió un grito, se volvió con viveza á Lucio, y la mirada ardiente y triunfante del joven romano, mas bien que la corona que rodó á sus piés, le anunciaron que su huésped había alcanzado la primera palma de las tres que venía a disputar á la Grecia.



CAPITULO IV.

En la mañana del dia siguiente todo Corinto apareció adornado, como para asistir al mas solemne espectáculo. Las carreras de carros, sin ser los juegos mas antiguos, eran los mas solemnes: celebrábanse en presencia de las imágenes de los dioses que, reunidas durante la noche en el templo de Júpiter, situado junto á la puerta de Lequeo, es decir, hacia la parte oriental de la ciudad, debian atravesarla en toda su longitud para llegar al circo, que estaba formado en la vertiente opuesta y dando vista al puerto de Crisa.

A las diez de la mañana se puso el séquito en camino. Precedía á la comitiva el procónsul Léntulo montado en un carro y con vestido triunfal; seguíale una porción de jóvenes de ca-

toro á quince años, todos hijos de caballeros, montados en magníficos caballos adornados con mantillas de escarlata y oro; seguían á estos los aspirantes al premio del dia, á cuya cabeza iba Lucio como vencedor de la víspera, vestido con una túnica verde, y en un carro de oro y de marfil, dirigiendo con riendas de púrpura una magnífica cuadriga blanca. Sobre su cabeza, en la que en vano se buscaba la corona de la lucha, brillaba un cerco radiante como el que se pinta ciñendo la frente del sol, y para aumentar su semejanza con este dios, tenía la barba sembrada de polvos de oro. Seguíale un jóven griego de Tesalia, arrogante y bello como Aquiles, vestido con una túnica pajiza, y guiaba un carro de bronce tirado por cuatro caballos negros. Eran los dos últimos un ateniense que pretendia descender de Aleiblades, y un sirio con la tez curtida por el sol. Llevaba el primero una túnica azul, y dejaba flotar al viento largos cabellos negros y perfumados; cubría al segundo una especie de túnica blanca, sujetá al tallo por un cinturon persa; y como los hijos de Ismael, llevaba la cabeza ceñida con un turbante blanco, tan brillante como la nieve que cubre la cima del Sinaí.

Precedían á la estatua de los dioses una porción de tocadores de arpa y de flauta, disfrazados de sátiros y silenos, entre los cuales iban mezclados los ministros subalternos del culto de los doce grandes dioses, llevando cofres y vasos llenos de perfumes y braseroillos de oro y plata en que humeaban los mas preciosos aromas; terminaban por fin la comitiva las imágenes de los dioses en literas cerradas tiradas por magníficos caballos y escoltadas por caballeros y patricios. Este séquito, que debia atravesar la ciudad casi en toda su longitud,

desfilaba entre dos hileras de casas adornadas con cuadros, estatuas y tapices. Al pasar por frente á la casa de Amicles, volvió Lucio la cara, buscando á Actea con la vista, y bajo uno de los pliegues de púrpura estendido en la fachada, percibió la cabeza de la joven, ruborizada y tímida, adornada con la corona que la víspera había dejado rodar á sus piés.

Sorprendida Actea dejó caer el tapiz; pero al través del velo que la ocultaba oyó la voz del joven romano, que decía:

—Ven á recibirme á la vuelta, oh mi hermosa huéspeda, y se trocará tu corona de olivo en otra de oro.

Era cerca del medio dia cuando llegó el séquito á la entrada del circo, que tenía dos mil pies de largo y ochocientos de ancho. Dividiale una pared de seis pies de alto, que se extendía en toda su longitud, á excepcion de los dos extremos, donde quedaba el espacio necesario para el paso de cuatro carros á la par; esta pared, llamada *spina*, hallábase adornada en toda su extensión de altares, templos y pedestales vacíos, que aguardaban las estatuas de los dioses, que solo habian de ocuparlos durante la solemnidad. Una de las extremidades del circo estaba ocupada con las *carreras* ó cuadras, y la otra con las graderías; en cada extremidad de la pared había tres mejones colocados en forma de triángulo, que era menester doblar siete veces para cumplir la carrera exigida.

Habian adoptado los aspirantes, como se ha visto, los colores de las diferentes facciones que en esta ocasión dividian á Roma; y como de antemano se habian hecho grandes apuestas, los interesados en ellas habian elegido los colores de los *agitatores* que, por su buena traza, la casta de sus caballos ó sus pasados triunfos les inspiraran mayor confianza.

Casi todas las gradas del circo se hallaban cubiertas de espectadores que, al entusiasmo habitual que inspiraba esta clase de juegos, reunian el interés personal que tomaban por sus clientes.

Hasta las mujeres habian hecho tambien su elección de partido, y se las reconocia en sus cinturones y velos adornados con los diferentes colores que llevaban los cuatro que iban á disputarse la carrera. Así, cuando se sintió la aproximación del séquito, toda aquella muchedumbre se agitó con un movimiento eléctrico, presentando el aspecto de un mar de cabezas que agitara sus olas animadas y estrepitosas; y luego que se abrieron las puertas se llenaron los cortos intervalos que quedaban libres con oleadas de nuevos espectadores, que vinieron como un flujo á inundar el coloso de piedra. Así que, apenas pudo entrar la cuarta parte de los curiosos que acompañaban el séquito, y se vió á toda aquella muchedumbre, rechazada por la guardia del procónsul, buscar los puntos elevados que le permitian dominar el circo, agarrarse á las ramas de los árboles, colgarse á las almenas de las murallas y coronar con sus florones vivos las azoteas de las casas mas inmediatas.

No bien ocupó cada uno su puesto, se abrió la puerta principal; y apureciendo lento á la entrada del circo, hizo cesar de repente el silencio profundo de la curiosidad á la agitacion ardiente de la espectacion. Fuese confianza en Lucio, ya vencedor de la víspera, fuese adulacion al divino emperador Claudio Neron que protegia en Roma la faccion verde, á la cual se gloriablea pertenecer, el procónsul, en vez de la toga de púrpura, llevaba una túnica de aquel color. Dio lentamente la vuelta por el circo, llevando en pos de si las

Imágenes de los dioses, siempre precedidas de músicos, que no cesaron de tocar hasta que estuvieron tendidas sobre sus *pultinarios* ó colocadas en sus pedestales.

Entonces dió Léntulo la señal, arrojando en medio del circo un vellón de lana blanca: al instante un heraldo montado en pelo sobre un caballo sin freno, y vestido de Mercurio, se lanzó en seguida á la arena, y sin desmontarse, cogiendo el mantel con una de las alas de su caduceo, y agitándolo como un estandarte, dió al galope la vuelta á la grada interior; y llegando después á las *cárceres*, tiró el caduceo y mantel por encima de las paredes, tras las cuales aguardaba el tren de carros y caballos: á esta señal se abrieron las puertas de las *cárceres*, apareciendo los cuatro concurrentes.

Sus nombres fueron al momento puestos en un canastillo, porque debía la suerte designar los puestos, á fin de que los mas retirados de la *spina* solo pudieran quejarse de la casualidad, que les señalaba mayor cieno que recorrer. El orden en que salieran los nombres debía designar á cada uno el lugar que ocuparía.

El procónsul, despues de haber agitado los papelitos enrollados que contenían los nombres, los sacó y leyó sucesivamente: el primero que proclamó fué el del sirio del turbante blanco; dejó al instante su puesto, y fué á colocarse cerca de la pared, de modo que el eje de su carro se hallase paralelo á una linea formada con greda en la arena. El segundo fué el del ateniense de la túnica azul, que se coloed junto á su concorrente. El tercero fué el del tesalio del vestido pajizo. El ultimo fué, pues, el de Lucio, á quien la suerte designó el puesto mas desventajoso, como si tuviera ya celos por la vie-

toria de la víspera. Los últimos nombrados fueron al momento á colocarse junto á sus adversarios: algunos esclavos de corta edad se metieron entre los carros para trenzar las crines de los caballos con cinta del color del vestido de sus respectivos amos, y para aumentar el vigor de aquellos nobles animales, tremolaban ante sus ojos pequeños estandartes; entre tanto los alineadores tendian una cadena unida á dos manillas, y colocaban las cuatro cuadrigas en linea exactamente paralela.

Siguió á estos preparativos un momento de agitada expectacion; dobláronse las apuestas, se propusieron y aceptaron otras, cruzáronse palabras confusas; oyose de repente la trompeta, y en el mismo instante todo quedó en silencio: los espectadores que estaban en pie tomaron asiento, y aquella mar, tan tumultosa y agitada un momento antes, aplano su superficie y tomó el aspecto de una risueña pradera, esmaltando mil colores. Al último toque del instrumento cayó la cadena, y arrancaron los cuatro carros, llevados con toda viveza de los caballos.

Completáronse dos vueltas sin ventaja notable de ninguno de los adversarios; sin embargo, empezaron á darse á conocer á los espectadores inteligentes las cualidades de los caballos. El sirio retenia con trabajo los suyos, de cabeza vigorosa y de forzudos miembros, acostumbrados á las carreras vagabundas del desierto, y que de salvajes que eran, los había, á fuerza de paciencia y de arte, doblegado y rendido al yugo; dejábase conocer que, no bien se les dejase á toda rienda, marcharian tan ligeros como el simoun, que habian aventajado muchas veces en aquellas bajas llanuras de arena que se estienden desde el pié de los montes de Judea hasta las orillas del lago;

Asfalto. El ateniense había hecho venir los suyos de Francia; pero voluptuoso y arrogante como el héroe de quien presumía descender, había dejado á sus esclavos el cargo de su educación; así que, se dejaba conocer que su tiro, guiado por una mano y excitado por una voz que le eran desconocidas, no serviría muy bien á su dueño en un momento de decisión. El tesalio, al contrario, parecía ser el alma de sus caballos de la Eulide, que había alimentado por su mano y ejercitado cien veces en los parajes mismos en que Aquiles adiestró los suyos, entre el Peneus y el Enipo. En cuanto á Lucio, había hallado sin duda la casta de los caballos de Selenunto, de que habla Virgilio, cuyas madres son fecundadas por el viento; pues, teniendo que recorrer el mayor espacio, sin ningun esfuerzo, sin contenerlos ni apremiarlos, dejándolos á un galope que parecía su paso ordinario, no solo se mantuvo igual á sus contrarios, sino que aun consiguió alguna ventaja.

Las ventajas reales y ficticias estaban mas claramente marcadas en la tercera vuelta: el ateniense había aventajado al tesalio, que había sido el mas adelantado de los contendientes, la longitud de dos lanzas: el sirio, reteniendo con todas sus fuerzas sus caballos árabes, se había dejado adelantar, seguro de recobrar su ventaja; en fin, Lucio, tranquilo e impasible, como el dios cuya estatua quería representar con el adorno de su cabeza, parecía asistir á una lucha extraña, y en la que no tuviese ningun interés particular; de tal modo era risueño su aspecto y su gesto diseñado segun las reglas mas exactas de la elegancia mimica.

Habó en la cuarta vuelta un incidente que apartó la atención de los tres contendientes, para fijarla mas particularmen-

te sobre Lucio: su látigo, hecho de una tira de piel de rinoceronte incrustada de oro, se escapó de su mano y cayó en tierra; paró al instante su tiro, se tiró á la arena, recogió el látigo, que hasta entonces se había podido juzgar un mueble inútil, y subiendo de nuevo á su carro, se halló unos treinta pies precedido por sus adversarios. Por corta que pareciese esta distancia, había dado un golpe terrible á los intereses y á las esperanzas de la faccion verde; pero disipóse su temor tan rápidamente como el brillo de un relámpago, porque Lucio se inclinó hacia sus caballos, y sin servirse del látigo, sin animarlos con el gesto, y contentándose con hacerles oír un silbido particular, partieron al instante como si tuvieran las alas del Pegaso, y antes de concluirse la cuarta vuelta, Lucio había recobrado su puesto en medio de estrepitosos aplausos.

En la quinta vuelta el ateniense ya no era dueño de sus caballos: llevados con toda la viveza de su carrera, había dejado muy atrás á sus rivales, pero á nadie engañaba esa ventaja facticia, ni podía engañarle á él mismo: así se le veía á cada instante volverse con inquietud; y echando mano de todos los recursos de su misma posición, en vez de retener sus caballos ya fatigados, los excitaba con el látigo de triple correa, llamándolos por sus nombres, esperando que antes de estar fatigados habría ganado bastante terreno para no poder ser alcanzado; además conocía tan bien el poco poder que ejercía sobre su tiro, que, pudiendo aproximarse á la spina, y por consiguiente disminuir el espacio que había que recorrer, no lo procuró por temor de estrellarse en la barra, y se mantuvo á la misma distancia de ella que la suerte le había asignado en el momento de la partida.

Solo restaban ya dos vueltas, y advertiase la proximidad del desenlace en la agitacion de los espectadores. Los que habian apostado por el color azul que representaba el ateniense, parecian visiblemente inquietos con su victoria momentanea, y le gritaban que moderase la fogosidad de sus caballos; pero estos, tomando tales gritos por señales de excitacion, redoblaban su viveza, y corriendo arroyos de sudor, indicaban que no tardarian en agotar el resto de sus fuerzas.

El sirio soltó en este momento la rienda á sus caballos; y los hijos del desierto, abandonados á si mismos, empezaron á apoderarse del espacio. El tesalio se quedó un momento asustado de la rapidez con que volaban; pero haciendo luego oír su voz á sus fieles companeros, se lanzó á su vez como arrastrado por un torbellino. Lucio se contentó con hacer oír el silbido con el cual habia ya excitado los suyos, y sin que manifestasen desplegar toda su fuerza, consiguieron recobrar su puesto.

El ateniense vió á los dos rivales que la suerte le habia colocado á derecha e izquierda echárselle encima como una tempestad, y comprendió que estaba perdido si dejaba el espacio de un carro entre él y la spina: se aproximó, pues, á la pared bastante á tiempo para impedir que el sirio le revasase; entonces este apoyó sus caballos á la derecha, procurando pasar por entre el ateniense y el tesalio, pero el espacio era muy estrecho; y viendo con una rápida mirada que el carro del tesalio era mas ligero y menos sólido que el suyo, tomó al instante su partido: se dirigió oblicuamente hacia él, y apretando rueda con rueda, rompió el eje, volviendo carro y conductor en la arena.

Por mas habilidad que hubiese empleado el sirio, no por eso se halló menos atrasado en la carrera, pero recobró al instante su ventaja; y el ateniense á la sesta vuelta vió llegar, casi al mismo tiempo que él, á los dos rivales que por tanto tiempo había dejado atrás. Antes de haber recorrido la sesta parte de la última, fué alcanzado y escedido casi á la vez. Quedó, pues, desde entonces pendiente la cuestión entre el conductor blanco y el conductor verde, entre el árabe y el romano.

Vióse entonces un espectáculo magnífico: la carrera de los ocho caballos era tan rápida é igual, que estaban ligados y unidos unos á otros con un yugo de hierro; una nube los envolvía como en huracán; y como se oye el ruido del trueno, como se vé al rayo surcar la nube, así se oia el ruido de las ruedas, así parecía distinguirse la llama que arrojaba el alentador de los caballos. Toda la concurrencia, los que habían hecho las apuestas, agitaban los velos y capas blancas y verdes; y aun los mismos que habían perdido por haber adoptado los colores azul y pajizo del tesalio y del hijo de Atenas, olvidando su reciente derrota, excitaban á los dos adversarios con sus gritos y aplausos.

En fin, pareció inclinarse al sirio la victoria, porque sus caballos adelantaron en una cabeza á los de su adversario; pero en el instante mismo, como si no hubiese esperado mas que esta señal, Lucio, con un solo latigazo, trazó una linea sangrienta en las ancas de su cuadriga: los nobles animales relincharon de espante y de dolor; despues, lanzándose con un mismo arranque, como el águila, como la flecha, como el rayo, pasando delante del sirio vencido, concluyeron la car-

rera exigida, y dejándole mas de cincuenta pasos atrás, fueron á pararse al punto de partida.

Habian llenado las condiciones exigidas, pues habian dado siete veces la vuelta á la spina.

Oyéronse entonces tan estrepitosos aplausos y gritos de admiracion, que rayaba en frenesi.

Este jóven romano desconocido, vencedor en la lucha de la víspera, vencedor en la carrera de hoy, ¡era Teseo, era Cástor, era Apolo tal vez, que bajaba de nuevo á la tierra! pero era por lo menos un favorito de los dioses; y mientras tanto él, como acostumbrado á semejantes triunfos, se tiró ligeramente desde su carro á la spina, subió algunas gradas que le condujeron á un pedestal, en donde se espuso á las miradas de los espectadores, mientras que un heraldo proclamaba su nombre y su victoria, y el procónsul Lénfulo bajaba de su asiento á ponerle en la mano una palma de Idumea, y á ceñirle la frente con una corona de hojas de oro y de plata entrelazadas con cintas de púrpura. En cuanto al premio pecuniario que le traian en monedas de oro en un vaso de cobre, lo devolvió al procónsul para que se distribuyese de su parte entre los ancianos pobres y los huérfanos.

Un momento despues hizo una seña á Esporo, el cual acudió diligente, llevando en sus manos una paloma que había cogido por la mañana del palomar de Actea.

Lucio pasó alrededor del cuello del ave de Venus una cinta de púrpura, en la cual estaban atadas dos hojas de la corona de oro, y soltó á este mensajero de la victoria, que dirigió velozmente su vuelo hacia la parte de la ciudad en que estaba construida la casa de Amicles.

卷之三

de la muerte de las dos víctimas, y la costumbre de los niños una túnica negra y de pelarles la cara de cinco años, en señal de espionaje, era una que la terrible verdad prevalecía á todas las or esto; no es difícil comprender cuánto aumentancia el interés de los concurrentes.

colocarse toda la muchedumbre que había en aquel teatro que, siendo mucho mas pequeño y el hipódromo, solo contenía veinte mil sibianos repartido á los mas nobles de Corinto principales extranjeros unas tablillas de marfil, todos numeros iguales á otros abiertos en las de distancia en distancia indicadores con el sentar á todo el mundo y de velar que nadie estos señalados; de esta suerte, á pesar de la que se oprimia en la parte esterior, se hizo todo singularidad.

alizar el efecto del sol de mayo, estaba cubierto un immense toldo de seda azul sembrado de en cuyo centro veíase á Neron en un círculo de triunfal, y montado en un carro tirado por A pesar de la sombra con que esta especie de teatro, era tanto el calor, que m... res grandes abanicos de pluma
nhaban algun fresco á las personas sobre almohadones d... estas mujeres se veia á...
costumbre llevar las coronas q... habia adornado su cabeza.



CAPITULO V.

Muy grande y profunda impresion habian causado en el ánimo de los espectadores, tanto las dos victorias sucesivas de Lucio, como las extrañas circunstancias que las acompañaron. La Grecia habia sido en otro tiempo la tierra amada de los dioses: Apolo, desterrado del cielo, se habia hecho pastor y guardado los rebaños de Ameto, rey de Tesalia: Venus, nacida en el seno de las olas e impelida por los Tritones hacia la playa mas vecina, habia abordado cerca de Helos; y libre para escoger los lugares de su culto, prefirió a Gnído, Pafos, Idalia y Cíteres a todos los demás países del mundo. En fin, los arcadios, disputando a los cretenses el honor de ser los compatriotas del rey de los dioses, hacian nacer a Júpiter en el monte Lictos; y aunque esta pretension fuese falsa; es cierto

to al menos que cuando hubo de escoger un imperio, colocó su trono en la cima del Olimpo, como niño de recuerdos piadosos. Pues bien; todos estos recuerdos de las edades fabulosas se habían representado, merced á Lucio, á la imaginación poética de este pueblo, al que los romanos habían desheredado de su porvenir, pero no habían podido despojarle de su pasado: así, los concurrentes que se habían presentado para disputarle el premio del canto, se retiraron, viendo el mal destino de los que le habían disputado la palma de la lucha y de la carrera. Recordábase la suerte de Marsias luchando con Apolo, y de Piérides desaflando las Musas. Lucio quedó, pues, solo de los cinco concurrentes que se habían hecho inscribir, pero no por esto dejó el procónsul de disponer que se verificase la fiesta en el dia y hora anunciada.

Interesaba vivamente á los corintios: el asunto escogido por Lucio era un poema sobre Medea, que se atribuía al mismo emperador César Neron. Sábese que esa mágica, conducida á Corinto por Jason, que la había arrebatado, y abandonada por él en esta ciudad, había depositado al pie de los altares á sus dos hijos, poniéndelos bajo la custodia de los dioses, mientras que ella envenenaba á su rival con una túnica semejante á la de Nessus; pero los corintios, espantados del crimen de la madre, habían arrancado del templo á los hijos y quitándoles la vida á pedradas. Este sacrilegio no quedó impune: los dioses vengaron á su magestad ultrajada, y una enfermedad epidémica vino á atacar entonces á todos los hijos de los corintios. Sin embargo, habiendo pasado desde entonces mas de quince siglos, los descendientes de los asesinos negaban el crimen de sus padres; pero una fiesta que se celebraba todos

los años el dia de la muerte de las dos víctimas, y la costumbre de hacer llevar á los niños una túnica negra y de pelarles la cabeza hasta edad de cinco años, en señal de espiacion, era una prueba evidente que la terrible verdad prevalecia á todas las denegaciones; por esto, no es dificil comprender cuánto aumentaria esta circunstancia el interés de los concurrentes.

No pudiendo colocarse toda la muchedumbre que había acudido á Corinto en aquel teatro que, siendo mucho mas pequeño que el estadio y el hipódromo, solo contenía veinte mil espectadores, habíanse repartido á los mas nobles de Corinto y á los mas principales estranjeros unas tablillas de marmol, que tenian grabados números iguales á otros abiertos en las gradas. Habia de distancia en distancia indicadores con el cargo de hacer sentar á todo el mundo y de velar que nadie ocupase los puestos señalados; de esta suerte, á pesar de la muchedumbre quo se oprimia en la parte esterior, se hizo todo con la mayor regularidad.

A fin de neutralizar el efecto del sol de mayo, estaba cubierto el teatro con un immenso toldo de seda azul sembrado de estrellas de oro, en cuyo centro velase á Neron en un circulo radiante con vestido triunfal, y montado en un carro tirado por cuatro caballos. A pesar de la sombra con que esta especie de tienda cubria el teatro, era tanto el calor, que muchos jóvenes tenian en la mano grandes abanicos de plumas de pavo real con los cuales procuraban algun fresco á las mujeres, mas bien tendidas que sentadas sobre almohadones de púrpura ó tapices de Persia. Entre estas mujeres se veia á Actea, la cual, no permitiéndola su modestia llevar las coronas que le habia consagrado el vencedor, habia adornado su cabeza entrelazando

en los cabellos las dos hojas de oro llevadas por la paloma. En lugar de una porcion de jóvenes que loqueaban alrededor de la mayor parte de las mujeres, Actea solo estaba acompañada de su padre, cuyo aspecto hermoso, grave, y al mismo tiempo risueño, indicaba el interés que tomaba en los triunfos de su huésped y el orgullo que le habian causado. El mismo, confiando en la fortuna de Lucio, habia determinado á su hija á concurrir al espectáculo, cierto de que tambien esta vez habian de asistir á una victoria.

Aproximabase la hora anunciada para el espectáculo; y todos se hallaban en la mas viva y curiosa espectacion, cuando se oyó un ruido semejante al del trueno y cayó sobre los espectadores una ligera lluvia refrescando y embalsamando la atmósfera. Hubo entonces un general palmoteo, porque este trueno, producido por una porcion de chinarras agitados en una vasija de cobre, anunciaba que iba á empezar el espectáculo: la novia no era mas que un rocio de perfumes, compuesta de una infusion de azafran de Cilicia, que brotaba de unos saltaderos colocados detrás de las estatuas que coronaban la circunferencia del teatro. Un momento despues cayó el lienzo, y aprecio Lucio con la lira en la mano, teniendo á su izquierda al histrion Páris, encargado de hacer los gestos mientras él cantaba, y detrás el coro, conducido por un corifeo, dirigido por un tocador de flauta y arreglado por un bufon.

Las primeras notas que dejó escapar el jóven romano, anunciaron ya un diestro y versado cantor, porque en vez de entrar al instante en su asunto, le hizo preceder de una especie de diapason que abrazaba dos octavas y una quinta, es decir, la mayor extencion de voz humana que se habia oido

desde Timoteo: acabado este preludio con tanta facilidad como afanación, entró en seguida en su asunto.

Era este, como se ha dicho, las aventuras de Medea, la mujer de seductora hermosura, la mágica de terribles encantos. Como á hábil maestro en el arte escénico, el emperador Claudio César Neron había tomado la fábula desde el punto en que Jason llega á bordo de su hermosa nave *Argos* á las playas de la Cólquida, y encuentra á Medea, hija del rey Eetes, cogiendo flores en la costa. Al oír este primer canto Actea se estremeció; así había ella visto llegar á Lucio, tambien cogia flores cuando la birreme de los costados de oro tocó la playa de Corinto, y reconoció en las preguntas de Jason y respuestas de Medea, las mismas palabras que habian mediado entre ella y el jóven romano.

Entonces, como si fuera necesaria para tan dulces sentimientos una armonía particular, aprovechándose Esporo de una interrupcion producida por el coro, se adelantó llevando una lira arreglada al modo jónico, es decir, de once cuerdas; este instrumento era como el que Timoteo hizo resonar en los oídos de los lacedemonios, y que los éforos juzgaron tan peligrosamente afeminado, que declararon haber el cantor herido la magestad de la antigua música, é intentado corromper la juventud de Esparta (1).

Habian trascurrido cuatro siglos despues de esta época, y Esparta era un campo, Atenas la esclava de Roma, y la Grecia quedaba reducida al papel de provincia: la predicción de

(1) Se dió este decreto por el tiempo de la batalla de Egos Petamos, que hizo dueños de Atenas á los lacedemonios.

Eurípides se había cumplido; y en vez de mandar quitar por el ejecutor de los decretos públicos cuatro cuerdas á la lira corruptora, Lucio fué aplaudido con un entusiasmo que rayaba en furor. Actea escuchaba sin voz y sin respiración, porque le parecía su propia historia la que su amante había empezado á cantar.

Lucio venia en efecto á conseguir, como Jason, un premio maravilloso, y dos tentativas, coronadas por la victoria, habian anunciado ya que, como Jason, saldria vencedor; mas para celebrar la victoria se necesitaba distinta lira de la que le habia servido para cantar el amor. Así, desde el momento en que su hermosa querida le confió el secreto de su arte mágica y los tres talismanes que deben ayudarle á vencer los obstáculos terribles que se oponen á la conquista del vellocino, emprende su conquista con una lira lidia, lira de sonidos ya graves, ya penetrantes: entonces fué cuando Actea sintió un estremecimiento general, porque en su interior no puede separar á Jason de Lucio; sigue al héroe, frotado con jujes mágicos que lo hacen invulnerable, al primer recinto, donde se le presentan dos furiosos toros de tamaño colosal, con pesuñas y cuernos de bronce, y vomitando llamas por la boca; mas apenas los ha tocado Jason con el látigo encantado, se dejan uncir á un arado de diamante, y el heróico labrador desmonta las dos fanegas de tierra consagradas á Marte. Pasa desde aquí al segundo recinto, y Actea le sigue: apenas ha entrado, una serpiente gigantesca levanta su cabeza en medio de un bosque de olivos y adelfas que le sirve de retiro, y se lanza silbando contra el héroe. Empréndese una lucha terrible, pero Jason es invulnerable: la serpiente rompe sus dientes

con inútiles mordeduras, y agota inútilmente sus fuerzas queriendo oprimirle con sus vueltas, mientras que la espada de Jason le hace profundas heridas: pronto es el monstruo quien se retira y Jason quien lo ataca; el reptil quien huye, y el hombre quien le estrecha; deslizase aquél en una angosta y oscura caverna, persiguele allí Jason arrastrándose, y sale en seguida trayendo en la mano la cabeza de su adversario: entonces vuelve al campo que ha labrado, y en los profundos surcos que la reja trazó en el interior de la tierra, siembra los dientes del monstruo. Al momento se alza del surco mágico una animada y belicosa raza de hombres armados, que se lanzan sobre él; pero con solo arrojar en medio de ellos el guijarro que le ha dado Medea, consigue que estos hombres vuelvan uno contra otros sus armas, y ocupados en matarse, le dejan penetrar al tercer recinto, en medio del cual se halla el árbol con el tronco de plata, las hojas de oro y los frutos de rubí, de cuyas ramas cuelga el vellocino de oro, despojo del carnero Frixo. Pero queda aun el tercer enemigo, mas terrible y difícil de vencer que ninguno de los que ha combatido Jason: es un dragón gigantesco con alas desmedidas, cubierto de escamas de diamante, que lo hacen tan invulnerable como el que le ataca, por lo cual necesita armas diferentes para este último antagonista: pone Jason en el suelo una copa de oro llena de leche mezclada con un brebaje suporífico; acude á beber el monstruo y se queda al momento profundamente dormido; y entretanto el aventurero hijo de Eson arrebata el vellocino de oro. Concluida esta escena, toma Lucio de nuevo la lira jónica; porque Medea aguarda al vencedor, y es necesario que Jason halle palabras de amor

bastante poderosas para decidir á su amada á dejar padre y patria y seguirle sobre las olas. La lucha es larga y dolorosa, pero al fin vence el amor: Medea, trémula y medio desuada, abandona á su anciano padre mientras duerme, pero al negar á las puertas del palacio quiere ver por última vez al que le ha dado la vida; retrocede y entra en la habitación del anciano con timido paso y respirando apenas; aproximase á la cama, deposita un beso de eterno adios en su arrugada frente, y dando un sofocado sollozo, vuelve á echarse en brazos de su amante, que la aguarda en el puerto, y se la lleva desmayada á la embarcacion misteriosa construida por Minerva en el astillero de Colcos, bajo cuya quilla las olas se inclinan tan obedientes, que al volver en sí Medea vé las costas paternales desaparecer en el horizonte, y deja el Asia por la Europa, el padre por el esposo, el pasado por el porvenir.

Con tanta pasión y atractivo cantó Lucio esta segunda parte del poema, que todas las mujeres escuchaban con notable emoción; sobre todo Actea, que, dominada como Medea por el delirio ardiente del amor, con la vista fija, sin voz y sin aliento el pecho, creia oír su propia historia y asistir á su vida, cuyo pasado y porvenir le representaba el mágico poema. Así, en el momento en que Medea pone sus lábíes sobre las canas de Eetes, y deja escapar de su corazón desgarrado el último sollozo del amor filial, Actea, desconcertada y pálida, se apagó á Ámicles, apoyando su cabeza en el hombro del anciano. El triunfo de Lucio era completo: en la primera interrupción del poema había sido aplaudido con furor, esta vez lo era á gritos y con los pies; solo emprendiendo la tercera parte de

su drama, pudo hacer callar los clamores de entusiasmo que había escitado.

Tambien esta vez cambió de lira, porque no era el amor virginal ó voluptuoso el que debia representar, no el triunfo del amante y del guerrero, sino la ingratitud del hombre; los trasportes celosos de la mujer, el amor furioso, delirante, frenético, el amor vengativo y homicida; y entonces solo el modo dórico podia expresar todos los furores y sufrimientos de esta.

Vá Medea vogando en la mágica nave, llega á Fenicia, toca en Coleos para pagar una deuda filial al padre de Jason, restituyéndole á la juventud, y despues llega á Corinto, donde su amante la abandona para casarse con Creusa, hija del rey de Epiro. Entonces la mujer celosa sustituye á la rendida amante; cubre una túnica con un veneno devorador, y la envia á la novia, que se la pone sin desconfianza; despues, mientras que esta muere entre las convulsiones y á la vista del infiel Jason, frenética y desesperada, para que la madre no conserve ningun recuerdo de la amante, degüella ella misma sus dos hijos, y desaparece sobre un carro tirado por dragones alados.

Este pasaje del poema, que lisonjeaba el orgullo de los corintios haciendo recaer, como habia ya hecho Eurípides, sobre la madre el asesinato de los hijos, produjo en todo el círculo los mas estrepitosos aplausos, en medio de los cuales se oyó tambien el ruido alborotador de las castañuelas, instrumento destinado á expresar en el teatro el último grado de entusiasmo; entonces, no solamente se concedió al cantor maravilloso la corona de olivo preparada por el proconsul, sino una lluvia de flores y de guirnaldas, que las mujeres se arran-

aban de la callesa y arrojaban con frenesí sobre el teatro. Hubiérase podido temer en un instante que Lucio no quedase ahogado bajo las coronas, como lo fué Tarpeya bajo los escudos sabinos, con tanta mas razon, quanto que inmóvil e insensible al parecer á este inaudito triunfo, buscaba con la vista en medio de esas mujeres á aquella ante la cual se envanecía de triunfar. La descubrió al fin semiánime en brazos del anónimo, y era la única que en medio de las bellas de Corinto conservaba todavía en la cabeza su adorno de flores; entonces la miró con ojos tan tiernos, y estendió hacia ella sus brazos en ademán tan suplicante, que Actea, echando mano á su corona, la separó de su frente; pero careciendo de fuerza para despedirla hasta su amante, la dejó caer en medio de la orquesta, y se reclinó llorando en brazos de su padre.

Al rayar el alba del dia siguiente la bicrème de oro flotaba sobre las azuladas aguas del golfo de Corinto, ligera y mágica como la nave Argos, y conduciendo como esta á otra Medea, infiel á su padre y á su país; era Actea, sostenida por Lucio, y que, pálida y en pie sobre la cubierta de popa, miraba al través de un velo aplanarse gradualmente las montañas de Citeron, en cuya base se apoya Corinto. Inmóvil, con la vista fija y la boca entreabierta, permaneció así mientras pudo ver la ciudad coronando la colina y la ciudadela que domina la ciudad. Despues, cuando esta desapareció detrás de las olas, y balanceándose aquella todavía algun tiempo en la cima de las oleadas, se hubo borrado, como un alcion que se sumerge en la mar, se escapó de su pecho un suspiro, en el que se agotaron todas sus fuerzas, y doblándose las rodillas cayó desmayada á los pies de Lucio.



CAPITULO VI.

Cuando la joven fugitiva se recobró de su desmayo, se encontró en la cámara principal del barco. Tres vivientes se hallaban en aquella estancia: Actea postrada en cama, Lucio sentado á su lado y sosteniéndola la cabeza, y la tigre, tranquila y mansa como una gacela, durmiendo en un rincón sobre un tapiz de púrpura bordado de oro. Era de noche, y al través de la abertura del techo, se podía observar el hermoso cielo azul de la Jónia, todo sembrado de estrellas. Flotaba la brizna con tanta suavidad, que se hubiera dicho era una inmensa cuna que mecía el complaciente mar, como hace la no-

driza con la cuna de su niño; en fin, toda la naturaleza estaba tan pura y tranquila, que Actea estuvo á punto de creer por un instante que había tenido un sueño, y que descansaba todavía bajo el velo virginal de sus tiernos años; pero Lucio, atento á sus menores movimientos, habiendo advertido que estaba despierta, hizo sonar los dedos; y una joven y hermosa esclava entró al instante, llevando en la mano una varilla de cera ardiendo, con la cual encendió la lámpara de oro sostenida por el candelabro de bronce que estaba al pié de la cama. Desde el instante en que entró la joven, el ojo de Actea se había fijado en ella con una atención progresiva, porque esta esclava, que creía ver por primera vez, le parecía sin embargo no serle desconocida; hasta sus facciones despertaban en su memoria recuerdos recientes, y sin embargo, le era imposible aplicar un nombre á aquel joven y melancólico semblante; tantos y tan diversos pensamientos agitaron el espíritu de la pobre niña, que no pudiendo soportar su peso, cerró los ojos y dejó caer su cabeza sobre la almohada: creyendo Lucio que quería dormir, hizo señas á la esclava para que velase su sueño, y salió de la cámara. Habiendo quedado esta sola con ella, la miró un instante con una expresión de tristeza indefinible; después, tendiéndose sobre el tapiz de púrpura en que estaba acostada Febea, hizo servir de almohada la espalda de la tigre, la cual, incomodada en su sueño, abrió á medias un ojo centelleante y feroz; pero reconociendo á una amiga, en vez de castigar tanta audacia, rozó dos ó tres veces su mano delicada con la punta de la lengua; y se acostó de nuevo con descuido, dando un suspiro semejante á un rugido.

Se oyó en este momento una armonía deliciosa que salía

de los costados del barco: era el mismo coro que Actea había oido cuando la birreme llegó al puerto de Corinto; pero esta vez la soledad y el silencio de la noche le prestaban mas encantos, mas misterio: pronto á las voces de un coro sucedió una sola voz. Lucio cantaba una súplica á Neptuno, y Actea reconoció aquellos sonidos vibrantes que habian removido la vispera en el teatro las fibras mas sensibles de su oerazon: eran unos acentos tan sonoros y melodiosos, que pudiera creerse que las sirenas del cabo Palinuro, volvian á salir al encuentro del nuevo Ulises. Sometida del todo al poder de esta música encantada, Actea abrió de nuevo sus cansados párpados, y fija la vista en las estrellas, olvidó poco á poco sus remordimientos y dolores para no pensar mas que en su amor. Mucho rato hacia que las últimas vibraciones de la lira y las últimas cadencias de la voz se habian apagado lentamente y como llevadas en alas de los genios del aire, y todavía escuchaba Actea; entregó todo su ser á esta melodia. Bajó, en fin, los ojos, y por segunda vez su mirada encontró la de la joven. La esclava parecia bailarse, como su ama, bajo el imperio de un encanto; cruzáronse las miradas de las dos mujeres, y mas que nunca quedó Actea convencida de que no era esta la primera vez que aquel ojo triste dejaba caer sobre ella su rayo luminoso y rápido. Actea hizo una seña con la mano, y la esclava se levantó: permanecieron ambas un instante sin hablar, y al fin Actea rompió el silencio la primera.

— ¿Cuál es tu nombre, joven? la dijo.

— Me llamo Sabina, respondió la esclava.

Y esta sola palabra hizo estremecer á la que preguntaba, porque aquella voz, lo mismo que el semblante, no le era extra-

ña; sin embargo, el nombre pronunciado no le despertaba ningún recuerdo.

—¿Cuál es tu patria? continuó Actea.

—La dejé tan joven, que no tengo ninguna.

—¿Quién es tu amo?

—Ayer Lucio; hoy pertenezco á Actea.

—¿Hace mucho tiempo que eres su esclava?

—Desde que me conozco.

—¿Sin duda le serás muy adicta?

—Como la hija á su padre.

—Entonces ven á sentarte junto á mí, y hablaremos de él.

Sabina obedeció, pero coa visible repugnancia: atribuyendo Actea á temor esta perplejidad, la cogió de la mano para tranquilizarla, y la mano de la esclava estaba fría como el mármol; no obstante, cediendo al movimiento de atracción de su ama, mas bien que sentarse, se dejó caer en el sillón que le había designado.

—Te he visto yo antes de ahora? continuó Actea.

—Creo que no, dijo halbucente la esclava.

—Ni en el estadio, ni en el circo, ni en el teatro?

—He permanecido todo el tiempo en la birreme.

—Y no has asistido á los triunfos de Lucio?

—Estoy acostumbrada á ellos.

Un nuevo silencio sucedió á estas preguntas y respuestas, habidas por una parte con creciente curiosidad y de la otra con una repugnancia marcada. Este sentimiento era tan visible, que no pudo ocultarse á Actea.

—Mira, Sabina, la dijo, veo cuánto te cuesta variar de amo; diré á Lucio que no quieras dejarlo.

—No hagais tal, gritó trémula la esclava; cuando Lucio manda, es preciso obedecerle.

—¿Será, pues, muy terrible su cólera? continuó Actea sonriendose.

—¡Terrible! respondió la esclava con tal expresion de temor, que Actea se estremeció á pesar suyo.

—¡Y sin embargo, repuso esta, los que andan á su alrededor se conoce que le aman: aquel jóven Esporo!

—¡Esporo! murmuró la esclava.

En este momento Actea se detuvo, sus recuerdos se le ofrecieron de nuevo; era á Esporo á quien se parecia Sabina, y la semejanza era tan perfecta que, admirada de no haber caido antes en ello, agarró sus dos manos, y mirándola cara á cara:

—¿Conoces tú á Esporo? la dijo.

—Es hermano mio, dijo balbuciente la niña....

—¿Y dónde está?

—Se quedó en Corinto.

En este momento se abrió la puerta: el jóven romano aprecio, y Actea, que tenia aun las dos manos de Sabina entre las suyas, sintió correr por las venas de su nueva esclava un frío como de calentura: fijó Lucio su ojo azul y penetrante sobre el extraño grupo que se ofrecía á su vista, y despues de un momento de silencio:

—Actea, amada mia, la dijo, ¿no quieres aprovechar la aurora viiendo á respirar el aire puro de la madrugada?

Notábase en esta voz, á pesar de lo apacible y dulce de su sonido, algo de vibrador y metálico, si tal puede decirse, de lo cual se apereció Actea por primera vez; así, pues, apare-

ció en su alma un sentimiento instintivo tan parecido al terror, que tomó esta pregunta por un mandato, y en lugar de responder obedició; pero sus fuerzas no secundaron la voluntad, y hubiera caido, si Lucio no se hubiese apresurado á sostenerla; sintiése arrebatar entonces en los brazos de su amante con la misma facilidad que lo hubiera hecho un águila con una paloma, y temblando, sin darse cuenta del motivo de su espanto, se dejó llevar, muda y cerrando los ojos, como si este paso debiese terminar en un precipicio.

Al hallarse sobre el puente de la embarcación se sintió renacer, tan pura y embalsamada era la brisa; además, no se hallaba ya en brazos de Lucio, con lo cual adquirió valor para abrir los ojos: estaba tandida sobre el coronamiento de la popa en una red de oro sujetada por un lado al mástil, y por el otro á una columnita esculpida, que parecía destinada á servir de sosten: Lucio estaba en pié á su lado arrimado al mástil.

Favorecidos por el viento, habían salido durante la noche del golfo de Corinto y doblado el cabo de Elis, pasando por entre Sacinto y Cefalonia: el sol parecía levantarse tras de estas dos islas, y sus primeros rayos iluminaban la cima de las montañas que las separan en dos partes, aunque la vertiente occidental se hallaba todavía sepultada en la sombra. Actea ignoraba completamente dónde estaba; de suerte que volviéndose á Lucio:

—¿Es todavía la Grecia? dijo.

—Sin duda, respondió este; y ese perfume que llega á nosotros como último adios, es de las rosas de Samos y de los naranjos de Sacinto: no hay invierno para estas dos hermanas mellizas, que se abren al sol como canastillos de flores.

¡Quiere mi hermosa Actea que le haga construir un palacio en cada una de estas islas?

—Lucio, tú me espantas algunas veces, dijo Actea, haciéndome promesas que solo á un dios sería dado cumplir: ¿quién eres, pues, y qué es lo que me escondes? ¿eres Júpiter Tonante, y temes, apareciéndome en todo tu esplendor, que tu rayo no me devore, como hizo con Semele?

—Padeces un error, dijo Lucio sonriendo; no soy mas que un pobre cantor, á quien un tío ha dejado toda su fortuna con condición de llevar su nombre; mi solo poder está en mi amor, pero conozco que sostenido por él emprendería los doce trabajos de Hércules.

—¿Luego me amas? preguntó la joven.

—Sin duda, alma mía, dijo Lucio.

Y el romano pronunció estas palabras con un acento tan poderoso y verdadero, que su querida estendió las manos al cielo, como para darle gracias de su felicidad, porque en este momento todo lo había olvidado: los pesares y remordimientos se borraban en su espíritu, como su patria, que desaparecía en aquel momento en el horizonte.

Así navegaron seis días bajo un cielo azul, y sobre una mar azul tambien: al séptimo divisaron por la proa de la embarcación la ciudad de Lecri, edificada por los soldados de Ajax: entonces, doblando el promontorio de Hércules, entraron en el estrecho de Sicilia, dejando á su izquierda á Messina, la antigua Zenelea, de puerto encorvado como una guadaña, y á su derecha Reilum, á la cual Dionisio el Tirano envió á pedir una mujer, y le ofreció la hija del verdugo: despues, navegando directamente entre la borbotante Caribdis y Scilla

la ladrona, saludaron con el último adios las olas de Jónia, y entraron en el mar Tirreno, alumbrado con el volcan de Stronjilo, faro eterno del Mediterráneo. Cinco dias más navegaron, ya á la vela, ya á remos, viendo elevarse progresivamente delante de ellos á Elca, en cuyas cercanias aun se distinguian las ruinas del sepulcro de Pañauro, Poestum y sus tres templos, Caprea y sus doce palacios. Despues entraron en el magnifico golfo, en cuyo fondo se hallaba Nápoles, esa hermosa joven griega, esclava manumitida por Roma, cómodamente recostada al pié de su humeante Vesubio, teniendo á su derecha á Herculano, Pompeya y Stavia, que veinte años despues debian desaparecer en su tumba de lava; y á su izquierda Putéolo y su puente gigantesco, Baya, tan temida de Propercio, y Baulo, que pronto debia hacerse célebre con el paricidio de Neron.

No bien estuvo Lucio á la vista de la ciudad, mandó sustituir las velas blancas de su birreme con velas de púrpura y adornar su mástil con una rama de laurel: sin duda esta era señal convenida para anunciar la victoria, porque apenas estuvo enarbolada se notó un gran movimiento en la playa, y el pueblo se precipitó al encuentro de la olímpica embarcación, que entró en la rada entre los ecos armoniosos de los instrumentos, el canto de los marineros y los estrepitosos aplausos de la muchedumbre. Aguardaba á Lucio un carro tirado por cuatro caballos; montó en él, vestido con una túnica de púrpura y envuelto en una clámide azul con estrellas de oro, llevando en la frente la corona olímpica, que era de olivo, y en la mano la pítica, que era de laurel. En seguida abrieron una brecha en los muros de la ciudad, y el vence-

dor en los juegos entró en ella como un conquistador.

Las mismas fiestas y los mismos honores le tributaron durante todo el viaje. En Fondi un anciano de sesenta y cinco años, cuya familia era tan antigua como Roma, y que después de la guerra de África había obtenido la ovación y tres sacerdicios, le había hecho preparar juegos espléndidos, saliendo él mismo á recibirlle para ofrecérselos: esta acción de parte de un hombre tan considerable pareció causar gran sensacion en el séquito de Lucio, que se iba aumentando por instantes, y era porque se contaban extrañas cosas de este anciano. Uno de sus antecesores ofrecia un sacrificio; un águila se bajó sobre la víctima, la arrancó las entrañas y se las llevó sobre una encina. Fuéle pronosticado entonces que uno de sus descendientes sería emperador, y este descendiente decian ser Galba; porque un dia que había ido con muchos jóvenes de su edad á saludar a Octavio, poseido este de una especie de profecía improvisada, le pasó la mano por la mejilla diciéndole:

—Y tú tambien, hijo mío, harás un ensayo de nuestro poder.

Livia le amaba hasta tal punto, que le dejó al morir cincuenta millones de sestercios, pero como la suma estaba en cifra, la redujo Tiberio á quinientos mil; y tal vez el odio del viejo emperador, que sabia la predicción del oráculo, no hubiera terminado ahí, si Frasilio, su astrólogo, no le hubiese dicho que solo en la vejez debia reinar Galba.

—Que viva, pues, contestó, porque entonces ya no viviré.

En efecto, Tiberio había muerto, Calígula y Claudio habían ocupado el trono, César Neron era emperador, Galba tenía sesenta y cinco años, y nada anunciaba que hubiese de

Hagar al supremo poder; sin embargo, como los sucesores de Tiberio estaban mas cercanos al momento de la prediccion, podian no tener el mismo descuido que él: Galba llevaba siempre, aun durmiendo, un puñal colgado del cuello por una cadena, y no salia nunca sin llevar consigo un millon de sestercios en oro, por si llegaba el caso de tener que huir de los lictores, ó ganar los asesinos.

Dos dias pasó el vencedor en casa de Galba entre fiestas y triunfos, y allí presenció Actea una precaucion que nunca había visto tomar á Lucio, y cuya causa no podia explicarse á si misma. Unos soldados que habian salido á recibir á Lucio, para servirle de escolta, velaban de noche en las piezas inmediatas á su habitacion, y antes de acostarse, su amante tenia el estraño cuidado de colocar la espada bajo de la almohada de su cama. Actea no se atrevia á preguntarle la causa, pero sentia instintivamente que le amenazaba algun peligro, por lo cual cada mañana le instaba á marchar: por fin dejó á Fondi & los tres dias de su estancia, y continuando su marcha triunfal a través de las ciudades, cuyas murallas pasaba por brechas abiertas, llegó por fin al monte Albano, con un séquito que mas parecia el ejército de un sátrapa que el acompañamiento de un simple vencedor. Habiendo llegado á la cumbre, Actea dió un grito de sorpresa y admiracion acababa de descubrir donde remata la via Appia, á Roma en toda su extension y en todo su esplendor.

Presentábase en efecto Roma á las miradas de la jóven griega bajo su mas magnifico aspecto. La via Appia era llamada por sobrenombe la reina de los caminos, por ser la mas bella & importante, pues saliendo del mar Tirreno cruza-

ba los Apeninos, atravesaba la Calabria, e iba á terminar en el mar Adriático. Desde Albano hasta Roma servia de paseo público; y, segun la costumbre de los antiguos, que no veian en la muerte sino un descanso, y que buscaban para sus cenizas los parajes mas pintorescos y frequentados, se hallaba flanqueado por ambos lados con magníficos sepulcros, entre los cuales era célebre por su antigüedad el de Ascanio, honratabase por su recuerdo heróico el de los Horacios, y se citaba por su magnificencia imperial el de Cecilia Metella.

Todo aquel magnífico camino hallábase en este dia cubierto de curiosos que salian á recibir á Lucio; iban unos en brillantes carroajes tirados por mulas españolas con arreos de púrpura; otros recostados en literas que llevaban ocho esclavos, vestidos con magníficas pernulos (1) y acompañados de andarines con túnicas arremangadas; estos precedidos de gigantes nómadas, que separaban á su paso la muchedumbre; aquellos precedidos de una porción de lanosos perros con collares de plata. Apenas divisaron los primeros al vencedor, cuando sus gritos repetidos de boca en boca volaron hacia los muros de la ciudad. En aquel momento, y por orden de un jinete que salió á escape, los paseantes se colocaron á los dos lados de la vía, que teniendo de ancho treinta y seis pies, ofreció un camino fácil á la triunfante cuadriga; que continuó dirigiéndose á la ciudad. Una milla antes de llegar á la puerta, un escuadrón de jinetes, compuesto de quinientos hombres, aguardaba á la comitiva y se puso á su frente. No habían andado cincuenta pasos, cuando Actea observó que los

(1) Capas ó gabardas.

caballos llevaban herraduras de plata, y que mal aseguradas, se desprendian y rodaban por el suelo; de suerte que el pueblo para recogerlas se precipitaba ansioso bajo los piés de los animales, con peligro de ser estropeado por ellos. En fin, el victorioso carro entró en la ciudad en medio de las aclamaciones frenéticas de la muchedumbre. Nada comprendía Actea de aquella embriaguez, y sin embargo se dejaba arrastrar de ella; oia mezclar el nombre de César al de Lucio, y pasaba por bajo de arcos triunfales, en medio de calles cubiertas de flores y embalsamadas de incienso. En cada encrucijada veianse sacrificadores que inmolaban víctimas sobre los altares de los Lares de la patria. Atrevesaba los mas magníficos cuartellos de la ciudad, el gran circo, del que habian demolido tres arcos, el Velabrio y el Foro; en fin, dirigiéndose el acompañamiento por la via Sagrada, empezó á subir el Capitolio, sin detenerse hasta haber llegado al templo de Júpiter.

Lucio bajó entonces del carro y subió las escaleras que conducían al templo.

Aguardábanle los Flamines en las puertas y lo acompañaron hasta el pie de la estatua: llegado allí, depositó los trofeos de su victoria sobre las rodillas del dios, y tomando un estilo, escribió en una plancha de oro macizo que le presentó el gran sacerdote, la inscripción siguiente: *Lucio Domicio Claudio Neron, vencedor en la lucha, en la carrera y en el canto, ha consagrado estas tres coronas á Júpiter óptimo y muy grande.*

Hizose oír entonces un grito de terror en medio de las aclamaciones que resonaban en el gran templo.

Actea acababa de saber que el pobre cantor á quien había seguido como amante, no era otro que el mismo César.



CAPITULO VII.

A pesar de la embriaguez de su triunfo, no habia olvidado el emperador á Actea. No se habia recobrado aun la jóven griega de la sorpresa mezclada de espanto que le habia causado el nombre y el título de su amante, cuando vió aproximarse dos esclavos liburnios, que la invitaron respetuosamente de parte de Neron á que los siguiese. Actea obedeció maquinalmente ignorando dónde la conducían, y no pensando siquiera en preguntarlo; tal la tenia la idea terrible de ser la querida del hombre que siempre habia oido nombrar con terror. Bajo el Capitolio, entre el Tabularium y el templo de la Concordia, encontró una magnifica litera llevada

por seis esclavos egipcios, cuyos pachos adornaban unas planchas de plata labrada en forma de media luna, y cuyos brazos y piernas ceñian anillos del mismo metal; y sentada junto á la litera á Sabina, á la cual habia perdido de vista un instante durante el triunfo, y que precisamente volvia á encontrar allí como para completar todos sus recuerdos. Subió Actea á la litera, reclinóse en ella sobre almohadones de seda, y la condujeron hacia el Palatino acompañada de Sabina, que la seguia á pie dándola sombra con un grande abanico de plumas de pavo real fijado en la punta de una caña de Indias. Siguió la litera unos trescientos pasos el mismo camino que habia recorrido Actea en compagnia de César; despues, tomando á la derecha, pasó entre el templo de Febea y el de Júpiter-Stator, subió algunas gradas que conducian al Palatino, y cuando hubo llegado á la cima del magnifico terraplen que corona la montaña, siguió un instante su falda por el lado que dominaba la calle Suburana y la via Nova, y al llegar á la fuente Iuturna, detuvose en el umbral de una casita aislada. Los dos liburnios pusieron al momento en cada lado de la litera una tarima cubierta con un tapiz de púrpura, á fin de que la que acababa de darles el emperador por ama, no tuviese la molestia de indicar el lado por donde deseaba bajar.

Actea era sin duda esperada, porque se abrió la puerta á su aproximacion, y cuando la hubo pasado se volvió á cerrar, sin que viese la persona encargada de las funciones de portero. Solo Sabina la acompañaba; y suponiendo sin duda que el primer deseo de su ama despues de un largo y penoso viaje debia ser el de entrar en el baño, la condujo al *apody-*

serium (1); mas habiendo Actea llegado á ella, toda contenta y preocupada todavía por la extraña fatalidad que la había arrastrado en pos del dueño del mundo, se sentó en el banco que había alrededor de la sala, indicando á Sabina que aguardase un momento.

Pero apenas había empezado á engolarse en sus cavilaciones, como si el dueño invisible y poderoso que había escogido hubiese temido que se entregara á ellas, se dejó oír una música dulce y sonora, sin que pudiera adivinarse el paraje de donde salía. Hallábanse los músicos de tal modo dispuestos, que toda la habitación quedó ceñida de armonía. Sin duda Neron, que había observado la influencia que ejercían en la joven griega aquellos sonidos misteriosos, cuyos efectos había podido notar muchas veces en la travestía, dispusiera sin duda con prevención aquella distracción para borrar los recuerdos cuyo poder deseaba combatir. Si esta había sido su idea, no quedó burlado en su esperanza, porque apenas la joven hubo oido aquella armonía levantó suavemente la cabeza, detuvieronse las lágrimas que corrían por sus mejillas, y escapándose la última de sus ojos, tembló un instante en la punta de sus largas pestañas, como una gota de rocío en los pistilos de una flor; y al mismo tiempo apareció sobre sus labios pálidos y entreabiertos un encendido color de púrpura, como para una sonrisa ó para un beso.

Entonces Sabina se aproximó á su ama, que en lugar de resistirse, mas bien la ayudó ella misma á soltar los vestidos,

(1) Habitacion destinada á desnudarse, y se llama así de un verbo griego, que significa despojar.

que cayeron á sus piés unos tras de otros, dejándola desnuda y ruborizada como la Venus púdica: dejóse ver una belleza tan pura y virginal, que la misma esclava pareció quedarse en éxtasis á su vista; y cuando Actea, para dirigirse á la segunda habitación, puso la mano sobre el hombro desnudo de la esclava, sintió estremecerte todo el cuerpo de esta y vió cubrirse de encarnado sus mejillas, cual si la hubiese tocado una llama. Al notar esto Actea se paró, temiendo haber hecho daño á su joven criada; pero advirtiendo ésta el motivo de su detención, agarró al instante la mano que había levantado su ama, y apoyándola de nuevo sobre su hombro entró con ella en el *tepidarium* (1).

Era este un vasto aposento cuadrado, en medio del cual se extendía un baño de agua templada parecido á un lago, en cuya superficie juguetaban esclavas jóvenes coronadas de cañas, narcisos y ninfeas, como una porción de náyades, las cuales, apenas hubieron visto á Actea, dirigieron á la orilla mas próxima una concha de marfil embutida de coral y de nácar. Sucedíase una serie de encantamientos tan rápidos, que Actea se dejaba llevar de ellos como de un sueño, por lo cual se sentó sobre tan frágil barco, y se halló en un momento en medio del agua, como Venus, rodeada de su corte marina.

Dejóse oír de nuevo la deliciosa música que la había ya encantado, mezclándose pronto á sus acentos las voces de las náyades: referían la fábula de Hilao yendo á sacar agua en las costas de la Treyada; y así como las ninfas del río Ascanio llamaban al favorito de Hércules con el gesto y la voz, así

(1) Pieza donde se hallaba colocado el baño.

aquellas alargaban los brazos á Actea, e invitábanla cantando á bajar en medio de ellas. Eran familiares á la joven griega los juegos en el agua, pues mil veces había atravesado nadando con sus compañeras, el golfo de Corinto; así que, se lanzó sin titubear en medio de aquel mar tibio y perfumado, donde las esclavas la recibieron como á su reina.

Eran todas jóvenes elegidas entre las mas hermosas: unas habían sido arrebatadas del Cáucaso, otras de las Galias; estas venian de la India, aquellas de España; y sin embargo, en medio de aquella reunion escogida por el amor y el deleite, Aetea parecía una diosa. Al cabo de un instante, cuando se hubo deslizado sobre el agua como una sirena, zambullido como una náyade; y dado vueltas en el ficticio lago con la soltura y gracia de una culebra, observó que Sabina faltaba á su corte marina, y buscándola con la vista la divisó sentada y oscultándose la cabeza. La llamó familiar y chancera como un niño; Sabina se estremeció y levantó la capa que cubría su semblante; entonces aquellas mujeres, riendo con una expresion extraña que no pudo comprender Aetea, y con acento iréaco y burlon llamaron á Sabina todas á la vez, invitándola á que se fuese con ellas. Por un momento la joven esclava pareció dispuesta á obedecer al llamamiento; algo de extraño pasaba en su alma, pues sus miradas eran ardientes, su semblante encendido, y sin embargo corrían lágrimas de sus párpados, que se secaban en las mejillas; pero en lugar de ceder á lo que visiblemente era su deseo, se lanzó á la puerta para sustraerse á aquel voluptuoso encanto: este movimiento no fué tan rápido, que no tuviese tiempo Actea de salir del agua y cerrarla el paso en medio de las risotadas de todas las es-

clavas; entonces pareció Sabina próxima á desmayarse, temblaronle las rodillas, un sudor frio corrió de su frente; y enfin, era tal su palidez, que Actea, temiendo no cayese, la alargó los brazos recibiéndola sobre su pecho desnudo; pero la esclava la rechazó al momento, dando un ligero grito de dolor. En el extraño parasismo que la agitaba, su boca había tocado al hombro de su ama y había impreso en él un ardiente mordisco; mas, espantada de lo que había hecho, se había lanzado fuera de la sala.

Acudieron las esclavas al grito dado por Actea, y agrupáronse alrededor de su ama; pero temblando esta de que Sabina fuese castigada, había sido la primera en ocultar su dolor, y esforzándose por sonreírse, enjugaba una ó dos gotas de sangre, que se deslizaban por su pecho como líquido coral por lo demás, el accidente era demasiado ligero para causar en Actea otra impresion que la del asombro; por lo cual se encaminó á la habitacion inmediata, donde debia completarse el baño; y que se llamaba el *caldarium*.

Era esta una salita circular rodeada interiormente de gradas para subir á unos pequeños nichos con su asiento, que circundaban la parte superior de aquellas: un deposito de agua hirviendo ocupaba el centro de la habitacion, formando un vapor tan denso como el que corre por la mañana en la superficie de un lago; solo que esta encendida niebla era además caldeada por un horno esterior, cuyas llamas circulaban por tubos, que envolvian el *caldarium* con sus enrojecidos brazos, y se estendian por las paredes esteriores como la yerba por una tapia.

Luego que Actea, no acostumbrada aun á estos baños,

conocidos y practitados solo en Roma, entró en la habitación, quedó de tal modo sorprendida por las olas del vapor, que vagabán por ella como nubes, que anhelante y sin voz estendió los brazos y quiso pedir auxilio, pero no pudo mas quedar gritos inarticulados y prorumpir en sollozos: quiso entonces dirigirse á la puerta, pero detenida en brazos de sus esclavas, se dejó caer hacia atrás haciendo señas de que se ahogaba. Una de aquellas mujeres tiró al momento de una cadena, y se abrió un escudo de oro que cerraba el cielo rasgo como una válvula, dejando penetrar una corriente de aire esterior en medio de aquella atmósfera que iba á dejar de ser respirable: esto restituyó á Actea la vida, porque sintió dilatarse el pecho; apoderóse de ella una debilidad agradable llena de languidez; dejóse conducir á uno de los nichos, y se sentó, empezando ya á tolerar con mas fuerza aquella temperatura candente, que parecía en vez de sangre hacer circular por las venas una pura llama: finalmente, hizose de nuevo tan denso y ardiente el vapor, que fué preciso recurrir por segunda vez al escudo de oro, y con el aire esterior recibieron las que tomaban el baño tal sensacion de bienestar, que la joven griega empezó á comprender el fanatismo de las damas romanas por esta clase de baños, que hasta entonces la fueran desconocidos, y que al principio miró como un suplicio. Un momento despues el vapor había recobrado su intensidad; pero entonces, en lugar de abrirle paso, se le dejó condensar hasta el punto de sentirse de nuevo Actea próxima á desmayarse: entonces acercáronse á ella dos de sus mujeres con una capa de lana de escarlata, con la que la envolvieron enteramente el cuerpo, y levantándola en brazos medio desvanecida,

la trasladaron á una camilla de descanso colocada en una habitación á la temperatura ordinaria.

Dió aquí principio, para Actea, una nueva operación tan extraña como la del *caldarium*, aunque ya menos sorprendente y dolorosa: voluptuosa costumbre que los orientales tomaron de los romanos, y han conservado hasta nuestros días. Otras dos esclavas diestras en este ejercicio empezaron á darle friegas y estrujones, hasta que los miembros se pusieron sueltos y flexibles; hicieron entonces sin dolor ni esfuerzo cruzar todas las articulaciones unas tras otras, y despues de esto, sacando de unas botellitas de cuerno de rinoceronte aceite y esencias olorosas, le frotaron todo el cuerpo, enjugándolo despues, primero con lana fina, luego con la mas suave muselina de Egipto, y finalmente con pieles de cisne, de las que se habian arrancado las plumas y dejado solo el plumón.

Mientras se hicieron estos preparativos, habia permanecido Actea con los ojos medio cerrados sumergida en un lánquido éxtasis, sin voz y sin pensamiento, entregada á una dulce y extraña somnolencia, que solo le dejaba la fuerza de sentir una plenitud de vida desconocida hasta entonces. No solo se habia dilatado su pecho, sino que á cada aspiracion le parecia recibir un aumento de vida. Era una impresion fisica tan poderosa y absoluta, que no solo hubiera podido ahogar los pasados recuerdos, sino combatir los dolores presentes; en semejante situacion era imposible creer en la desgracia, y la vida se presentaba á la imaginacion de la joven como una serie de emociones dulces y encantadoras, escalonadas sin formas palpables en un horizonte vago y maravilloso.

Cuando estaba en esta especie de sueño magnético, ea

este delirio sin pensamiento, Actea oyó abrirse una puerta de la habitación donde se hallaba acostada; pero como en el estado raro en que se encontraba, cualquier movimiento le parecía una fatiga, no se cubrió creyendo que era alguna de sus esclavas que entraba: permaneció, pues, con los ojos medio abiertos, escuchando dirigirse hacia su cama pasos lentos y mesurados, cada uno de los cuales cosa extraña parecía resonar en su interior hiriendo las fibras mas delicadas de su cuerpo: entonces hizo con esfuerzo un movimiento de cabeza, y dirigiendo su mirada por el lado del ruido, vió adelantarse, majestuosa y pausada, una mujer enteramente vestida segun las matronas romanas, y cubierta con una larga ropa talar que bajaba desde la cabeza hasta los piés. Llegado que hubo junto á la cama esta especie de aparicion, se detuvo, y la joven vió fijarse en ella una mirada profunda e investigadora, á la cual, como á la de una adivina, le parecía imposible poder ocultar nada. La mujer desconocida la miró así un instante en silencio; despues con voz baja, no obstante que sonora, cada palabra de la cual penetraba como la hoja helada de un puñal hasta el corazon de aquella á quien se dirigia:

—¿Sin duda eres tú, la dijó, la joven corintia que has abandonado tu patria y á tu padre para seguir al emperador, no es así?

Envolvian estas palabras toda la vida de Actea, felicidad y desesperacion, pasado y porvenir; de suerte que se sintió inundar de un mar de recuerdos; su existencia de doncella cogiendo flores á orillas de la fuente Pirene, la desesperacion de su anciano padre cuando al otro dia de los juegos la había llamado en vano, su llegada á Roma, donde se lo reveló el

terrible secreto que hasta entonces le había ocultado su imperial amante; todo esto apareció con una nueva vida tras el velo encantado que levantaba el helado brazo de aquella mujer. Actea dió un grito, y tapándose la cara con sus dos manos:

—¡Ahl si, si, esclamó entre sollozos, si; ¡yo soy esa desdichada!

A esta pregunta y respuesta se siguió un momento de silencio, durante el cual Actea no se atrevió á volver á abrir los ojos, porque se figuraba, como así era, que seguía pesando sobre ella la mirada dominadora de aquella mujer; sintió al fin que la desconocida le cogía la mano con que se había cubierto la cara, y creyendo reconocer en esta acción, aunque fría e indecisa, mas bien piedad que amenaza, se atrevió á levantar la vista casi turbada por el llanto. La mujer desconocida seguía mirándola.

—Oye, continuó con el mismo acento sonoro, aunque mas dulce, el destino tiene estragos misterios; á veces pone en manos de un ser débil, de un niño, la felicidad ó la desgracia de un imperio; en vez de ser enviada por la cólera de los dioses, has sido acaso escogida por su clemencia.

—¡Ahl... soy culpable, esclamó Actea, pero culpable de amor, y nada mas; no existe en mi corazón un sentimiento malo, y no pudiendo ya ser feliz, quisiera al menos ver á todo el mundo dichoso.... pero me hallo muy aislada, muy débil y muy impotente: indicame lo que puedo hacer, y lo haré...

—Antes de todo, ¿conoces á aquel á quien has confiado tu destino?

—Solo desde esta mañana sé que Lucio y Neron no son

mas que un hombre, y que mi amanta es el emperador. Hija de la antigua Grecia, fui seducida por la hermosura, la destreza y la melodía. He seguido al yencedor de los juegos, ignorando que fuese el señor del mundo....

—Pues bien, ahora, replicó la extranjera con una mirada fija y una voz vibradora, sabes que es Neron; pero sabes tú lo que es Neron?

—Me acostumbré á mirarle como un dios, respondió Actea.

—Está bien, continuó la desconocida sentándose; ahora voy á decirte lo que es, porque bueno es al menos que la querida conozca al amante y la esclava al señor.

—¡Oh! ¿Qué voy á oír? murmuró la joven.

—Lucio había nacido lejos del trono; se aproximó á él por una alianza, y lo alcanzó por un crimen.

—Pero no fué él quien lo cometió, gritó Actea.

—Pero se aprovechó de él, respondió friamente la desconocida. Además, la tormenta que destruyó el árbol había respetado el vástagos, pero bien pronto fué el hijo á reunirse con su padre. Británico cayó junto á Claudio, y esta vez fué ciertamente Neron el asesino.

—¡Ah! ¿quién puede asegurar eso? gritó Actea; ¿quién puede hacer tan terrible acusación?

—¿No lo crees, joven? continuó la mujer desconocida, sin que su acento mudase de expresión; ¿quieres saber cómo pasó? Voy á decírtelo. Un dia en que, junto á la habitación donde se hallaba la corte de Agripina, se divertía Neron con algunos niños, entre los cuales jugaba también Británico, mandó á este que entrase en la sala del convite y cantase algunos versos á los invitados, creyendo así intimidar al niño, y

atraerle la risa y chanzonetas de sus cortesanos. Británico obedeció: entró en la sala del *triclinium* vestido de blanco, y adelantándose pálido y triste en medio de la orgía, con voz conmovida y lágrimas en los ojos, cantó estos versos, que Ennio, nuestro antiguo poeta, pone en boca de Astianax:

«¡Oh padre mío! ¡oh mi patria! ¡oh casa de Priamo! ¡soberbio palacio! ¡templo de resonadores goznes! ¡de artesonados resplandecientes de oro y de marfil!... ¡Yo os he visto caer bajo una mano bárbara; yo os he visto ser presa de las llamas!»

Detúvose de repente la risa para dar lugar á las lágrimas; y la orgía, á pesar de su desenfreno, calló ante la inocencia y el dolor. Desde entonces quedó decidida la suerte de Británico. Hallábase en las cárceles de Róma una envenenadora célebre y famosa por sus crímenes. Hizo llamar Neron al tribuno Polio Julio encargado de su custodia, porque aun siendo emperador vacilaba en hablar á esa mujer; y al dia siguiente Polio Julio le trajo el veneno, que fué echado en la copa de Británico por sus mismos maestros; pero, fuese por temor, por compasión ó piedad, los asesinos habían retrocedido ante el crimen, y el brebaje no fué mortal: entonces Neron, el emperador, ¡lo comprendeis bien! Neron el dios, como tú le llamabas ahora mismo, hizo llamar á los envenenadores á su palacio, á su misma habitación, ante el altar de los dioses protectores del hogar, y allí, allí mismo hizo componer el veneno. Hizose el ensayo en una cabra, y vivió cinco horas, durante las cuales se hizo cocer mas y disminuir la pozione; en seguida se la hicieron tragar á un jabalí, el cual espiró al momento... Fuese entonces Neron al baño, se perfumó, pú-

sólo usa túnica blanca; y después, con la sonrisa en los labios fué á sentarse á una mesa inmediata á la en que comía Británico.

—Pero si Británico fué realmente envenenado, interrumpió Actea con voz trémula, ¿cómo es que el esclavo encargado de probar la comida no sintió los efectos del veneno? Dícese que Británico desde su infancia se hallaba atacado de epilepsia, y quizá en uno de estos ataques...

—Sí, sí, he aquí justamente lo que dice Neron... y en este mismo se dejó conocer su infernal prudencia. En efecto, todas las bebidas, todos los guisados que tocaba Británico eran probados antes; pero le presentaron un brebaje tan caliente, que, aunque pudo gustarlo el esclavo, el mancebo no pudo beberlo; entonces se le echó agua fría en el vaso, y en aquél agua fría estaba el veneno. ¡Oh! veneno activo y hábilmente preparado, porque Británico, sin dar un grito ni despedir una queja, cerró los ojos y cayó hacia atrás. Algunos imprudentes huyeron... Pero los mas diestros se quedaron, palidos y temblando, y adivinándolo todo. Neron, que estaba cantando en aquel momento, se reclinó en su lecho, y mirando á Británico: —Esto no es nada, dijo; dentro de un momento le volverá la vista y el sentido.—Y prosiguió cantando. Y sin embargo, había dispuesto de antemano los preparativos fúnebres: hallábase levantada una pira en el campo de Marte, y la misma noche fué llevado allí el cadáver, todo jaspeado de manchas moradas; pero como si los dioses rehusasen ser cómplices del fratricidio, la lluvia que caía á torrentes apagó tres veces la hoguera. Entonces Neron mandó cubrir el cuerpo de pez y resina, se hizo cuarta tentativa, y en esta oca-

sion, consumiendo el fuego al cadáver, pareció llevar al cielo sobre una columna ardiente el espíritu irritado de Británico.

—Pero, ¡y Burrol! ¡y Sénecal... gritó Actea.

—¡Ah! ¡Burro, Sénecal... replicó con amargura la mujer desconocida.... llenáronles las manos de plata y la boca de oro, y callaron.

—¡Ah! ¡dioses! murmuró Actea.

—Desde entonces, continuó la que parecía estar familiarizada con todos estos terribles secretos, desde entonces Neron fué el noble hijo de Enobarbo, el digno descendiente de aquel linaje de barba de cobre, semblante de hierro y corazon de plomo; desde este dia repudió á Octavia, á quien debia el imperio, la desterró á la Campania, donde la guarda con testigos de vista, y entregado enteramente á los cocheros, histriones y cortesanas, dió principio á la vida de desenfrenos y orgías que dos años hace espanta á Roma. Porque ese á quien tu amas, oh joven, tu hermoso vencedor olímpico, el que los cortesanos adoran como un dios, cuando llega la noche sale de su palacio disfrazado de esclavo, y cubierta la cabeza con un gorro de liberto cofre, ya al puente Milvio, ya á alguna taberna de la Suburana; y allí, en medio de los libertinos y de las prostitutas, de los mozos de carga y de los barqueros, al son de los címbalos de algun sacerdote de Cibeles ó de la flauta de alguna cortesana, canta sus hazañas guerreras y amorosas: despues, á la cabeza de esta innoble cuadrilla, excitado por el vino y la lujuria, recorre las calles de la ciudad, insultando á las mujeres, maltratando á los que pasan, y aun saqueando las casas, hasta que entra de nuevo en su palacio de oro, trayendo tal vez en su cara las vergonzosas huellas que

dejó en ella el bastón infame de algún vengador desconocido.

—¡Oh! ¡imposible, imposible! exclamó Actea, ¡tú le calumnias!

—Joven, te engañas; apenas digo toda la verdad.

—Pero cómo no te castiga por la revelación de semejantes secretos?

—Eso podrá muy bien suceder un día, y así lo creo.

—Luego, ¿por qué te espones de este modo á su venganza?

—Porque soy tal vez la única que no puede escapar de ella.

—¿Quién, pues, eres tú?

—¡Soy su madre!....

—¡Dioses! ¡Agripina! exclamó Actea lanzándose del lecho y cayendo de rodillas, ¡Agripina! ¡la hija de Germánico!... ¡hermana, viuda y madre de emperadores!... ¡Agripina en pie delante de mí, pobre joven de la Grecia! ¡Oh! ¿qué tienes que mandarme? Habla, manda, y serás obedecida, ¡si es que no me mandas cesar de amarte! porque, á pesar de lo que me has dicho, te amo siempre. Pero en este caso puedo, si no obedecerte, al menos morir.

—No, no, hija mía, al contrario, respondió Agripina, prosigue amando al César con el amor immenso y decidido que profesabas á Lucio, porque en este amor está toda mi esperanza, porque se necesita toda tu pureza y candor para combatir la corrupción de tu rival.

—¡De mi rival! gritó la joven con terror. ¡Luego el César ama á otra?

—¡Ignoras eso, hija?

—¡Ah! ¡si lo ignoras! ¿Sabia yo algo por ventura? ¡Tomé yo

noticias del César cuando seguí á Lucio? ¡Qué me importaba á mí el emperador? ¡Era á un simple artista á quien amaba, á quien ofrecía mi vida, creyendo que él podía darme la suya! ¡Pero quién es esa mujer?...

—¡Es una hija que ha negado á su padre, una esposa que ha hecho traición á su esposo!... una mujer fatalmente hermosa, á quien todo lo han concedido los dioses, menos un corazón. Sabina Popeya.

—¡Oh! sí, sí, he oido pronunciar ese nombre. He oido contar esa historia, cuando ignoraba que podría llegar á ser la mía. ¡Mi padre, ignorando que me hallaba yo cerca, se la contó en voz baja á otro anciano, y ambos se avergonzaban de ella!.. Esta mujer ¿no había dejado á Crispino, su esposo, para seguir á Oton, su amante?... Y su amante, ¿no se la vendió al César al fin de una comida por el gobierno de la Lusitania?

—¡Ciento, cierto! exclamó Agripina.

—¡Oh! ¡Y él la ama!... ¡la ama todavía! murmuró dolorosamente Actea.

—Sin duda, replicó Agripina con el acento del odio; ¡sí, la ama todavía, sí, la ama siempre, porque ahí se encubre algún misterio, algún filtro, algún maldito hipomanes como el que fué dado á Calígula por Cesonia!...

—¡Ah! ¡Justos dioses, soy bastante castigada, soy bastante infeliz!...

—No tan infeliz y castigada como yo, replicó Agripina, porque tú fuiste libre de tomarle por amante; pero á mí me le impuso el fatal destino por hijo. Ahora bien, ¿comprendes ya lo que te queda que hacer?

—Sí, alejarme de él, no volverle á ver más.

—¡No hagas tal, hija mia! Dicese quo él te ama.

—¡Oh, lo dicen! ¿Será cierto? ¿lo creeis?

—Sí.

—¡Ah! que os protejan los dioses, segun el bien que me haceis con esa sola palabra.

—¡Pues bien! es menester dar á ese amor una voluntad, un fin, un resultado; es necesario alejar del César ese genio infernal que le pierde, y salvarás á Roma, al emperador, y tal vez á mí misma.

—¡Cómol ¡á tí misma! Crees que se atreviera...

—¡Neron se atreve á todo!

—¿Y qué poder tengo yo para semejante proyecto?

—Eres tal vez la única mujer bastante pura para realizarlo.

—¡Oh! ¡no, no! ¡Mas vale que me vaya... que no le vuelva á ver mas!

—El divino emperador manda llamar á Actea, dijo con voz dulce un esclavo jóven que acababa de abrir la puerta.

—¡Es Esporol gritó Actea con admiracion.

—¡Oh! ¡Esporol murmuró Agripina cubriendose la cabeza con su ropa talar.

—César os espera, replicó el esclavo despues de un momento de silencio.

—¡Anda, pues! dijo Agripina.

—Ya te sigo, dijo Actea al esclavo.



CAPITULO VIII.

Púsose Actea un velo y una capa, y siguió á Esporo. Despues de algunas vueltas por el palacio, que aun no conocia Actea, abrió su conductor una puerta con una llave de oro, entregando esta á la griega, para que pudiese volverse sola, y se hallaron en los jardines de la casa dorada.

Era allí el horizonte tan dilatado y magnifico, que Actea

se creyó fuera de la ciudad: al través de los árboles divisaba un depósito de agua, grande como un lago, y al otro lado por encima de los copudos árboles, en un espacio azulado, plateado por la luz de la luna, distinguíase la columnata de su palacio. El aire era puro, ni una nube manchaba el limpia azul del cielo: el lago parecía un dilatado espejo, y el último bullicio de la ciudad, próximo a adormecerse, se apagaba en el espacio. Esporo y la jóven, vestidos ambos de blanco y caminando en silencio por medio de este magnífico paisaje, parecían dos sombras errantes por los campos Eliceos. En las orillas del lago y en las vastas alfombras de yerba que terminaban los bosques, pacian, como en las soledades del Africa, manadas de gacelas silvestres; mientras que unos largos pájaros blancos, con las alas como llamas, se mantenian gravemente en pié e inmóviles sobre ruinas facticias, que les recordaban las de su antigua patria; y a manera de centinelas hacían oír de tiempo en tiempo, y en intervalos ignales, un ronco y monótono grito. Al llegar a la orilla del lago, entró Esporo en una barca, e hizo señas a Actea para que le siguiese; desplegando en seguida una pequeñita vela de púrpura, empezaron a deslizarse como por magia sobre el agua, en cuya superficie salían a brillar las escamas de oro de los mas raros peces del mar de las Indias. Esta navegacion nocturna recordó a Actea su viaje por el mar de Jónia; y fijando sus ojos en el esclavo, se admiraba de nuevo de la maravillosa semejanza entre los dos hermanos, que admirara ya en Sabina y que volvía a admirar en Esporo. Por lo que hace a este jóven, tenia los ojos bajos y timidos, como queriendo evitar las miradas de su antigua huéspeda; y sin dejar escapar una pa-

labra, dirigía la barca en el piloto silencioso. Actea rompió la primera el silencio; y con una voz que, por dulce que fuese, hizo estremecer al que iba dirigida:

—Oye, Esporo, Sabina me había dicho que te habías quedado en Corinto, le dijo; ¿veo, pues, que Sabina me había engañado?

—No os había engañado Sabina, señora, respondió el esclavo; pero yo no he podido estar largo tiempo separado de Lucio. Entré en tua embarcación que se hacia á la vela para la Calabria; y como en vez de dar la vuelta por el estrecho de Mesina, hizo rumbo directamente á Brindis, seguí la vía Appia; y aunque salí dos días después que el emperador, llegué al mismo tiempo que él á Roma.

—Sin duda Sabina habrá tenido á gran dicha el volverte á ver, porque debéis amaros mucho.

—Ciento que sí, dijo Esporo, porque no tan solo somos hermanos, sino también mellizos.

—Pues bien, di á Sabina que quiero hablarla y que venga á verme mañana por la mañana.

—No está en Roma, respondió Esporo.

—¿Y por qué se ha marchado?

—Esa fué la voluntad del divino César.

—¿Y á dónde ha ido?

—No lo sé.

Notábase en la voz del esclavo, aunque respetuosa, un acento de perplejidad y de violencia, que impidió á Actea hacerle nuevas preguntas: además, en el mismo instante llegaba la barca á la orilla del lago; y después de haberla sacado á tierra, viendo á Actea que había saltado de ella, Esporo se puso

de nuevo en camino. Siguióle la joven griega, silenciosa y apresurando el paso, porque entraba en este momento en un bosque de pinos y sicomoros, cuyas coposas ramas hacían tan opaca la noche, que, aunque sabía perfectamente que ningún auxilio debía esperar de su conductor, un movimiento instintivo de temor la aproximaba á él. Olíase á cortos intervalos un ruido lastimero, que parecía salir de las entrañas de la tierra, y que hacia poco había llegado á sus oídos: despues se dejó oír un grito claro y humanamente articulado; la joven se estremeció, y poniendo con espanto la mano sobre el hombro de Esporo:

—¡Qué es esto! dijo.

—Nada, respondió el esclavo.

—Sin embargo, creo haber oido.... continuó Actea.

—Sí, un gemido: pasamos por junto á las cárcellos.

—¿Y quiénes son esos presos?

—Son cristianos destinados al circo.

Actea continuó su camino apretando el paso, porque pasando frente á una lumbrera, acababa de distinguir los quejidos mas lastimeros y dolorosos de la voz humana; y aunque siempre que le habían hablado de estos cristianos se los habían presentado como una secta culpable e impia, entregada á toda clase de escucesos y crímenes, experimentaba, sin embargo, aquella especie de dolor simpático que se siente por los que deben morir de muerte afrentosa, aunque sean culpables. Apresuróse, pues, á salir del bosque fatal, y habiendo llegado al término, vió el palacio iluminado, oyó el ruido de los instrumentos, y reemplazando la luz y la melodía á las tincieblas y quejas, entró en el vestíbulo con pie mas seguro, y sin embargo, menos rápido.

Detúvose allí Actea deslumbrada por un instante. Jamás la imaginación fantástica de un niño hubiera pedido en sus ensueños crear semejante magnificencia. Aquel vestíbulo, todo resplandeciente de oro, de marfil y de bronce, era de vastísima estension; sosteniale una triple hilera de columnas formando pórticos de mil pasos de longitud, y tan elevados, que se hallaba colocada en el medio una estatua de ciento veinte pies de alto, esculpida por Zenodoro, y representando al di- vino emperador en pie y en la actitud de un Dios. ¡Qué poder espantoso era el de este hombre, que se hacia esculpir imágenes tres veces mas altas que la de Júpiter Olímpico, que tenía para sus paseos jardines y estanques, que parecian bosques, y lagos, y para sus recreos y placeres cautivos, que arrojaba á los tigres y leones? ¡Todas las leyes de la vida humana se hallaban alteradas en este palacio; un gesto, una señal, una mirada de este hombre, era suficiente para que un individuo, una familia, un pueblo desapareciese de la superficie de la tierra, sin que ni un soplo se opusiese á la ejecucion de aquella voluntad, sin que se oyese mas queja que los lamentos de los que morian, sin que se alterase nada en el orden de la naturaleza, sin que el sol se oscureciese, sin que el rayo asun- ciase que habia un cielo sobre los hombres y dioses sobre los emperadores!

Ast Actea con estas ideas en el pensamiento subió la es- calera que conducia á la habitacion de Lucio con una impresion de temor profundo y terrible; y este sentimiento había adquirido tal grado de fuerza que, al llegar á la puerta, y en el momento en que Espiro iba á dar vuelta á la llave, lo detubo poniéndole una mano en el hombro y apoyando la otra en

su propio corazon para contener los latidos que comprimian su respiracion. Por fin despues de un momento de perplejidad, hizo señal á Esporo para que abriese: el esclavo obedeció, y á lo ultimo de la habitacion distinguio á Lucio vestido con una simple túnica blanca, coronado con un ramo de olivo y medio tendido en un lecho de reposo. Borróse entonces de su memoria todo recuerdo triste; habia creido que debia haberse verificado algun cambio en este hombre desde que sabia que era el dueño del mundo; mas con una sola mirada habia reconocido á Lucio, al hermoso joven de barba de oro que habia guiado á la casa de su padre; habia encontrado de nuevo á su vencedor olímpico, y el César habia desaparecido. Quiso correr á él, pero en medio del camino le faltaron las fuerzas; dejó caer una rodilla en tierra, estendiendo las manos y murmurando apena:

—Lucio..... siempre Lucio..... ¿no es verdad?....

—¡Oh! sí, sí, mi hermosa corintia, tranquilízate, respondió el César con voz dulce, y haciéndola señas de que se aproximase. ¡Siempre Lucio! ¿No he conseguido tu amor bajo este nombre, amor que concebiste y alimentaste por mí, y no por mi imperio y corona, como todas las que me rodean?.. Ven, mi querida Actea, levántate: el mundo á mis pies, pero tú en mis brazos.

—Oh! ya lo presentia yo, exclamó Actea arrejándose al cuello de su amante; bien sabia yo que no era verdad que Lucio fuese malo.

—Yo malo dijó Lucio.... ¿y quién te ha dicho eso?

—¡Oh! no, no, interrumpió Actea, ¡perdóname! Pero á veces se cree que el leon, que es noble y valeroso como tú, y que es rey

entre los animales, como tú emperador entre los hombres, se cree, dijo, que es cruel, porque ignorando su fuerza mata con una caricia. ¡Oh león mío, cuida de tu gacela!

—No tengas ningun temor, Actea, respondió sonriéndose el César: el león no se acuerda de sus garras y dientes sino para aquellos que quieren luchar con él... Observa cuál se tiende á tus pies como un cordero.

—No, no, tampoco es á Lucio á quien temo. ¡Oh! Lucio es para mi el mismo huésped y el mismo amante que me ha arrebatado de mi patria y de mi padre, y el que debe devolverme en amor lo que me ha robado en pureza, y á quien yo temo...

Actea titubeó.

Lucio le hizo un ademan animándola.

—¡Es al César, que ha desterrado á Octavial... ¡es á Neron, el futuro marido de Popéa!

—¡Ahl tú has visto á mi madre, gritó Lucio levantándose de un salto y mirando á Actea de frente; tú has visto á mi madre.

—Es cierto, murmuró temblando la joven.

—Sí, sí, continuó Neron con amargura, y ella es sin duda la que te ha dicho que yo soy cruel, ¿no es verdad? que yo ahogaba abrazando, ¿no es cierto? que no tenía de Júpiter sino el rayo que devora. Ella es quien te ha hablado de esa Octavia, á quien proteje y que yo aborrezzo; que la echó á pesar mio en mis brazos, y de los que la arrojé con tanto trabajo... cuyo estéril amor nunca ha tenido para mí mas que caricias pacientes y forzadas... ¡Ahl engañanse y piensan mal si creen obtener algo de mí fatigándome con súplicas ó amenazas. Ha-



bía querido olvidar á esa mujer, última de una casta maldita.
¡Que no me hagan recordarla!....

No bien había proferido Lucio estas palabras, cuando se espantó del efecto que produjeron. Actea, con los labios pálidos, la cabeza hacia atrás y los ojos llenos de lágrimas, había caido sobre la cabecera de la cama, temblando de una cólera cuya primera explosión oía. En efecto, aquella voz tan dulce, que al principio había ido a pulsar las fibras mas secretas de su corazón, había tomado en un instante una expresión terrible y fatal; y aquellos ojos, en los cuales no había leído hasta entonces mas que amor, lanzaban aquellos rayos fulminantes, ante los cuales Roma se tapaba la cara.

—¡Oh! ¡padre mío! ¡padre mío! gritó Actea prorumpiendo en sollozos; padre mío, perdóname...

—Sí, sí, porque Agripina te habrá dicho que tu amor quedará bastante castigado con mi amor; te habrá explicado qué especie de fiera es la que tú amas; te habrá contado la muerte de Británico, la de Julio Montano, y quién sabe qué mas? Pero se habrá guardado bien de decir que el uno quería quitarme el trono y el otro me había pegado con un bastón en la cara. Ya lo conozco; ¡como es una vida tan pura la de mi madre!

—Luciol! Luciol! gritó Actea, calla; ¡en nombre de los dioses, calla!

—¡Oh! continuó Neron, ella te ha hecho penetrar en la mitad de nuestros secretos de familia. Pues bien, escucha lo que queda.

Esa mujer que me echa en cara la muerte de un niño y de un miserable, fué desterrada á causa de sus desórdenes por Calígula, su hermano, que, sin embargo, en materias de

costumbres no era un maestro muy severo. Habiendo vuelto del destierro cuando Claudio subió al trono, fué la esposa del patricio Crispus Pasieno, de ilustre familia, que tuvo la imprudencia de legarla inmensas riquezas, y á quien ella hizo asesinar viendo que tardaba en morir. Entonces empezó la lucha entre Agripina y Mesalina. Mesalina sucumbió y Claudio fué el precio de la victoria. Agripina se hizo la querida de su tío, y entonces concibió el proyecto de reinar bajo mi nombre. Octavia, hija del emperador, se hallaba desposada con Silano: Agripina arrancó á este del pie de los altares, halló falsos testigos que lo acusaron de incesto. Silano se mató y Octavia quedó viuda. Echáronla en mis brazos toda llorosa, y hube de admitirla con el corazón lleno de otro amparo. Pronto otra mujer se propuso quitarle su imbécil amante; pero los testigos que habían acusado á Silano de incesto, acusaron á Lolia Paulina de magia; y esta mujer, que pasaba por la más bella dama de su tiempo, con quien Calígula se había casado al estilo de Rómulo y Augusto, y á quien había presentado á los romanos llevando en un solo adorno por valor de cuarenta millones de sestercios en esmeraldas y perlas, murió lentamente en el tormento. Entonces ya nada la separó del trono: la sobrina se casó con el tío, yo fui adoptado por Claudio, y el Senado concedió á Agripina el título de Augusta.

Escucha, aun queda algo, continuó Neron apartando las manos de Actea, que procuraba taparse los oídos para no percibir la acusación del hijo contra su madre.

La sentencia de muerte pronunciada por Claudio contra una mujer adultera, hizo temblar á Agripina y á Palas. El dia siguiente comía el emperador en el Capitolio con algunos sa-

erdetés: Haloto, que estaba encargado de probar la comida, le sirvió un plato de setas preparado por Locusto, y como no era suficiente la dosis, el emperador, caido sobre el lecho del festín, luchaba con la agonía; entonces Jenofonte, su médico, á pretesto de hacerle arrojar la fatal comida, introdujole en la garganta una pluma envenenada, y por tercera vez se encontró Agripina viuda. Ha pasado en silencio toda esta primera parte de su historia, ¿no es verdad? y la empezó desde el momento en que me colocó sobre el trono, creyendo reinar en mi nombre, figurándose ser ella el cuerpo y yo la sombra, ella la realidad y yo la fantasma; y en efecto, así sucedió por algun tiempo, porque tuvo su guardia pretoriana, presidió el Senado, repidió decretos, hizo condenar á muerte al liberto Narciso y envenenar al procónsul Julio Silano. Despues me quejé de que ejecutándose tantos suplicios, nada me dejaba hacer; me dijo que aun hacía demasiado para ser un intruso é hijo adoptivo, y que felizmente ella y los dioses habian conservado los dias á Británico... Te juro que cuando me dijo esto, lo mismo pensaba yo en ese niño que hoy en Octavia, y esta amenaza, y no el veneno que le di, fué el verdadero golpe de su muerte... Así, mi crimen no consistió en haber sido asesino, sino haber querido ser emperador... Entonces fué, ten paciencia, ya concluyo, escucha bien esto, jóven casta y pura, aun en medio de tu amor, entonces fué cuando procuró recobrar sobre mí, como querida, el ascendiente que había perdido como madre.

—¡Caila, calla! gritó Actea espantada.

—Sí, sí, me hablabas de Octavia y de Popea, y estabas ajena de tener otra rival.

—¡Calla, te lo suplico!

—Y no creas que fué en el silencio de la noche, ni en la sombra solitaria y misteriosa de una habitación apartada donde vino á mí con esta intención, no; fué en una comida, en medio de una orgía, en presencia de mi corte: Séneca estaba allí, también Burro, Páris y Faon; todos estaban allí. Se presentó coronada de flores y medio desnuda en medio de cánticos y luces, y entonces fué cuando espantados de sus proyectos y de su belleza, porque en efecto es hermosa, sus enemigos colocaron entre los dos á Popaea. Pues bien, ¿qué piensas ahora de mi madre, Actea?

—¡Vergüenza! ¡infamia! murmuró la joven, cubriendo con sus manos su semblante ruborizado.

—¡Oh, ciertamente! ¿No es una singular familia la nuestra? Por tanto, no juzgándonos dignos de ser hombres, nos hacen dioses. Mi tío ahogó á su tutor con una almohada y á su suegro en el baño. Mi padre hizo saltar el ojo con una varilla á un caballero en medio del Foro; en la vía Appia aplastó á un joven romano bajo las ruedas de su carro por no haberse apartado pronto; y un día en la mesa junto al joven César, á quien había acompañado al Oriente, dió de puñaladas con el cuchillo que le servía para trinchar á su liberto, que rehusaba beber. Mi madre, ya te he dicho lo que ha hecho: ha quitado la vida á Pasieno, Silano, á Lolia Paulina y á Claudio; y yo, yo el último en quien se extinguirá el nombre, si fuese emperador justo, en vez de hijo piadoso, yo mataría á mi madre...

Dijo Actea un grito terrible, y cayó de rodillas con los brazos estendidos al César.

—Pero en suma, ¿qué es esto? continuó Neron sonriendose con una expresion extraña, yeo que tomas seriamente lo que no es mas que una chanza; algunos versos que me han quedado en la memoria de la ultima vez, que canté á Orestes, se habran mezclado á mi prosa, y esto es todo. Vamos, tranquilizate, no seas necia; ¿has venido aquí, por ventura, á suplicar y temer? ¿Te he enviado yo á buscar para que te martirices las rodillas y te retuerzas los brazos? Vamos, levántate: ¿soy yo acaso el César? ¿soy yo Neron, ni Agripina mi madre? Has soñado sin duda, mi hermosa corintia: yo soy Lucio, el atleta, el conductor de carros, el cantor de la lira dorada, de voz tierna, y nada mas.

—¡Oh, Luciol respondió Actea, apoyando la cabeza en el hombro de este. Hay momentos en que creeria ser presa de un sueño, y que voy á despertar en la casa de mi padre, si no sintiese en el fondo del corazon la realidad de mi amor. ¡Oh Lucio, Luciol no te burles así de mí; ¿no ves que me hallo pendiente de un hilo sobre los abismos del infierno? Compadécete de mi flaqueza, no me vuelvas loca.

—¿Y qué motivos hay para esos temores y ansias? ¿Tiene mi bella Elena alguna queja de su Páris? ¿No es bastante magnifico el palacio que habita? Pues bien, haremos se la construya oiro que tenga las columnas de plata y los chapiteles de oro. ¿Le han faltado al respeto los esclavos que la sirven? tiene sobre ellos derecho de vida y muerte. ¿Qué quiere? ¿Qué desea? Todo cuanto un hombre, todo lo que un emperador, cuanto un dios puede conceder, pídalos, y lo obtendrá.

—¡Oh! sí, sí, bien sé que tú eres todopoderoso, creo que me amas, espero que me concederás cuanto te pida: si, todo

menos la tranquilidad del alma, la convicción íntima de que Lucio es mío, como yo soy de Lucio. Hay al presente todo un lado de tu persona, toda una parte de tu vida, que se me escapa, que se cubre de sombra y que se pierde en la noche. ¡Roma, el imperio, el mundo te reclaman! y no eres mío sino por el punto en que te toco. Tienes secretos que no pueden pertenecerme, tienes odios de que no puedo participar, amores que no debo conocer. En medio de nuestros mas tiernos desahogos, de nuestras mas dulces conversaciones, de nuestras horas las mas intimas y felices, abriráse una puerta, como se abre en este momento, y un liberto con semblante indiferente te hará una señal misteriosa, de la cual nada podré ni deberé comprender. Mira, ya empieza mi aprendizaje.

—¿Qué hay, Aniceto? dijo Neron.

—Que aguarda al divino César la que ha enviado á buscar.

—Díla que ya voy, respondió el emperador.

El liberto salió.

—Ya lo ves, dijo Actea mirándole tristemente.

—Qué, esplicate, dijo Neron.

—Que te espera una mujer.

—Sin duda.

—Y te he visto estremecer cuando se te anunció.

—¿Y solo el amor hace estremecer?

—Esta mujer, Lucio....

—Habla... aguardo.

—Esta mujer...

—Bien, esta mujer, ¿qué?

—Esta mujer se llama Popea.

—Te engañas, respondió Neron, se llama Locusta.



CAPITULO IX.

Levantóse Neron y siguió al liberto, que le esperaba en la parte esterior; y despues de algunas vueltas por corredores secretos, que solo eran conocidos del emperador y de sus mas fieles esclavos, entraron en un reducido cuarto sin ventanas, en el que penetraba la luz y el aire por el techo. Y aun esta abertura no tenia por principal objeto alumbrar la habitacion, y si dar salida al vapor que en ciertas ocasiones salia de las estufillas de bronce, apagadas entonces, pero que se hallaban provistas de carbon aguardando para encenderse el áscua y el soplo, elementos de vida y destrucción. Rodeaban interiormente el cuarto aparatos de barro y de vidrio de formas lar-

gas y estrañas, que parecian modeladas por algun artífice extravagante, pues se veian en estos objetos pájaros de caprichosa figura y peces desconocidos y raros: vasos de diferentes tamaños y cuidadosamente cerrados con tapaderas ajustadas, en las cuales el ojo admirado deseaba leer caractéres de convencion que no pertenecian á lengua alguna, estaban colocados en estantes circulares ciñendo el laboratorio mágico, como aquellas cintas misteriosas que estrechan el talle de las momias; y por encima de ellos colgaban de clavos de oro plantas secas ó aun verdes, segun debian emplearse en hojas frescas ó en polvo. La mayor parte de estas plantas habian sido cogidas en las épocas recomendadas por los mágicos, es decir, al principio de la canícula, en la precisa y rápida época del año en que no podian ser vistos de la luna ni del sol: hallábanse en estos vasos las mas raras y preciosas preparaciones; unos contenian pomadas que hacian invencible, compuestas á fuerza de gastos y trabajos, con la cabeza y la cola de una serpiente alada, con pelos arrancados á un tigre de la frente, con tuétano de leon y espuma de un caballo vencedor; contenian otros sangre de basilisco, llamada tambien de Saturno, amuleto poderoso para el cumplimiento de todos los votos: en fin, habia algunos que no se hubieran podido pagar ni á peso de diamantes, en los cuales se sacaba del bajo sello algunas partículas de aquel perfume raro que, segun dicen, solo Julio César habia pedido procurarse, y que se sacaba del oro que no ha sido puesto á la prueba del fuego. Habia entre las plantas coronas de heliocrisos, flor que dá el favor y la gloria, mazorcas de verbena arrancada con la mano izquierda, y cuyas hojas, tallos y raices se habian hecho secar separadamente á la sombra;

esta planta estaba destinada á la alegría y al placer, porque regando el *triclinium* con agua en que hubiesen estado en infusión algunas hojas, no había convocado tan melancólico, ni filósofo tan rígido, que no se entregase luego á la mas loca alegría.

Una mujer vestida de negro con la túnica levantada por un lado hasta la rodilla por medio de un carbunclo, armada su mano izquierda con una varita de avellano, árbol que servía para descubrir los tesoros, aguardaba al emperador en este aposento: estaba sentada, y parecía sumergida en la mas profunda meditación, de la cual no pudo sacarla la entrada del emperador; aproximóse este, y á medida que se acercaba tomaba su semblante una singular expresión de temor, de repugnancia y desprecio. Llegado que hubo junto á ella, hizo una seña á Aniceto, y este tocó con la mano el hombro de la mujer, que levantó lentamente la cabeza, y la sacudió para apartar los cabellos que, cayendo libres sin peine ni cintas, le cubrían como un velo; púdose entonces ver el semblante de la maga: era el de una mujer de treinta y cinco á treinta y siete años, que había sido hermosa, pero que se había ajado antes de tiempo por los desvelos, por los desarreglos, y tal vez por los remordimientos.

Rompió ella el silencio, sin levantarse ni hacer otro movimiento que el de los labios.

—¿Qué tienes ahora que ordenarme? le dijo.

—Antes de todo, dijo Neron, ¿recuerdas el pasado?

—Eso es preguntar á Teseo si se acuerda del infierno.

—Bien sabes que te he recogido de una cárcel hedionda, en la que agonizabas lentamente en medio del cieno en que es-

tabas tendida, y de los reptiles que pasaban sobre tus manos y cara.

—Era tal el frío, que no los sentía.

—Pues bien, tambien sabes que te he dejado en una casa que hice construir y que te adorné como para una querida: llamábasse á tu industria un crimen, yo la he llamado un arte; perseguiáse á tus cómplices, y yo te he dado alumnos.

—Es verdad, pero yo te di en cambio la mitad del poder de Júpiter.... he puesto á tus órdenes la muerte, esa hija ciega y sorda del sueño y de la noche.

—Veo, pues, que te acuerdas: te he enviado á buscar.

—Bueno; ¿quién debe morir?...

—¡Oh! es menester que lo adivines, porque no puedo decírtelo; es un enemigo demasiado poderoso y temible para confiar su nombre ni á la estatua misma del silencio; pero cuidado, es preciso que el veneno obre con rapidez, momentáneamente, y no como el que sirvió para Claudio, ni salga mal la primera vez, como el de Británico; es preciso que mate al instante, sin dar tiempo al o a la que hiera de articular una palabra ni de hacer un gesto; en fin, necesito un veneno como el que preparamos en este mismo sitio, y que probamos en un jabalí.

—Si no se trata mas que de preparar ese veneno u otro todavía mas terrible, nada mas fácil: cuando te di el de que me hablaste, sabía para quién era, para un niño sin reuelos, y entonces podía responder del resultado; pero hay sugerencias sobre los cuales, como Mitrídates, el veneno no tiene ningún poder, porque han acostumbrado poco a poco su estómago a tolerar los jugos mas venenosos y los mas mortíferos

polvos; si por desgracia mi arte se estrellase contra alguna de esas organizaciones de hierro, el veneno quedaría sin efecto, y dirías que te había engañado.

—Pues bien, en ese caso, dijo Neron, te volvería á sepultar en el calabozo y te daria de nuevo á tu antiguo carcelero Polio Julio; he aquí lo que haría, reflexionalo pues.

—El nombre de la víctima, y te contestaré.

—Vuelvo á decirte que ni puedo ni quiero revelártelo: ¿no tienes combinaciones para averiguar lo desconocido, sortilegios que te hacen aparecer fantasmas veladas, á quienes preguntas y que te responden? Busca y pregunta, nada quiero decirte; pero no te prohíbo que adivines.

—Nada de eso puedo hacer aquí.

—Libre eres de ir á donde te parezca.

—Dentro de dos horas estaré de vuelta.

—Te seguiré.

—¿Aunque sea al monte Esquilino?

—A donde quieras.

—¿Y vendrás solo?

—Solo iré, si es preciso.

—Entonces partamos.

Hizo Neron una seña á Aniceto para que se retirase, y siguió á Locusta, saliendo de la casa dorada sin mas arma aparente que su espada; es verdad que algunos han dicho que noche y dia llevaba sobre la piel una coraza de escamas que le defendía todo el pecho, y que estaba hecha con tanta habilidad, que se plegaba á todos los movimientos del cuerpo, aunque era á prueba de las armas mejor templadas y del brazo mas vigoroso.

Siguieron varias calles de Roma, sin un esclavo que los alumbrase, hasta llegar al Velabrio, donde estaba, situada la casa de Locusta. La mágica dió tres golpes á la puerta, y una vieja, que á veces la ayudaba en sus encantos, salió á abrir, separándose á un lado sonriéndose para dejar pasar al hermoso jóven, que sin duda venia á encargar algun filtro: Locusta abrió la puerta de su laboratorio, y entrando la primera indicó al César que la siguiese.

Presentóse entonces á los ojos del emperador una mezcla extraña de objetos horribles y opuestos entre sí: había á lo largo de las paredes, colocados en pie, momias egipcias y esqueletos etruscos; pendian del techo sostenidos por alambres invisibles, cocodrilos y pescados de formas extravagantes; y estaban colocadas en pedestales varias figuras de cera de diferentes tamaños y semejanzas, con agujas ó puñales en el corazon; volaba sin ruido en medio de todos estos objetos un buho asustado que, cada vez que se paraba, hacia relucir sus ojos como carbones encendidos, y crujir el pico en señal de terror; en un rincon del aposento balaba tristemente una oveja negra, como si adivinase la suerte que la estaba reservada. Bien pronto apercibió Neron unos quejidos, miró con atención á su alrededor, y en el centro de la habitacion vió á flor de tierra un objeto, cuya forma no pudo de pronto distinguir: era una cabeza humana, pero sin cuerpo, á pesar de que sus ojos parecian tener vida: estaba enroscada en su cue-
llo una serpiente, cuya lengua negra y movible se dirigia de tiempo en tiempo con iequietud hacia el emperador y luego se sumergia en un tarro de leche: habia alrededor de esta cabeza, como alrededor de Tántalo, varios guisados y frutas, lo

cuál tenía toda la apariencia de un suplicio, un sacrilegio o una irrisión. Al cabo de un momento ya no tuvo dudas el emperador; era en efecto esta cabeza la que se quejaba.

Entre tanto empezaba Locusta su operación mágica; regaba toda la casa con agua del lago Averno; encendió fuego con ramas de sicomoro y de ciprés arrancadas de los sepulcros; echó en él plumas de mochuelo empapadas en sangre de escuerzo, y añadió yerbas cogidas en Cólcos y en Iberia. Entonces se inclinó delante de este fuego murmurando palabras ininteligibles, y cuando empezó á apagarse miró á su alrededor, como buscando alguna cosa, que de pronto no hallaron sus ojos; dejó entonces oír un silbido particular que hizo levantar la cabeza á la serpiente, volvió á silbar al cabo de un momento, y el reptil se desarrolló lentamente; hizo por fin oír un tercer silbido, y como obligado á obedecer á este llamamiento, el obediente animal fué arrastrando tímida y lentamente hacia ella. Cogiólo por el cuello, y aproximó su cabeza á la llama: euroscóse al momento todo su cuerpo alrededor del brazo de la mágica, dando silbidos de dolor; pero le fué esta aproximando cada vez mas al hogar, hasta que se enblanqueció la boca de una especie de espuma; cayeron tres ó cuatro gotas de esta baba sobre la ceniza; y sin duda era esto cuánto deseaba Locusta, porque al momento soltó al reptil, el cual huyó con rapidez, trepó como la yedra alrededor de la pierna de un esqueleto y fué á refugiarse á las cavidades del pecho, donde pudo vérselo por algún tiempo agitar los restos de su sufrimiento al través de los huesos que le encerraban como una jaula.

Locusta recogió aquellas cenizas y brasas ardientes en

una servilleta del aminto, agarró la oveja negra por una oreja que le colgaba del pescuezo, y habiendo concluido sin duda lo que tenía que hacer allí, se volvió á Neron, que había mirado todas estas operaciones con la impasibilidad de una estatua, y le preguntó si persistía en la intención de acompañarla al monte Esquilino. Neron la respondió con una señal afirmativa; y Locusta salió seguida del emperador: en el momento de cerrar la puerta, oyó este una voz que pedía misericordia con un acento tan doloroso que le conmovió, y quiso detener á Locusta, pero esta respondió que la menor dilación frustraría su conjuro; y que si el emperador no la acompañaba al instante, se vería obligada á ir sola, ó á suspender la empresa hasta el dia siguiente.

Cerró Neron la puerta, apresurándose á seguirla; y como no era extraño á los misterios de la adivinacion, había poco mas ó menos conocido la causa de aquel lamento. Aquella cabeza era la de un niño enterrado hasta el pescuezo, que Locusta hacia morir de hambre á la vista de los manjares puestos fuera de su alcance, para hacer despues de su muerte con el tuétano de sus huesos y el corazón desecado por la cólera y desesperacion, uno de los filtros amorosos ó de los brebajes amatorios, que los ricos libertinos de Roma, ó las queridas de los emperadores, pagaban á veces á un precio que hubiera bastado para comprar una provincia.

Señejantes á dos sombras, siguieron por algun tiempo las tortuosas calles del Velabrio; deslizáronse ligeros y silenciosos por detrás de la pared del gran circo, y llegaron al pie del monte Esquilino; por detrás de su cima aparecía en este momento la luna en su primer cuarto, y entre el azul platea-

do del cielo se divisaron las numerosas cruces en que estaban clavados los cuerpos de ladrones, asesinos y cristianos, todos confundidos en un mismo suplicio. Al principio creyó el emperador que la envenenadora se dirigía á alguno de estos cadáveres, pero pasó por medio de ellos sin detenerse; y haciendo señal á Neron de que la esperase, se dirigió á un cerrillo, y como una hiena se puso á abrir un hoyo con sus uñas; en la excavación que acababa de hacer, derramó las cenizas ardientes que había traído de su casa, en medio de las cuales un soplo de brisa hizo brillar algunas chispas, y cogiendo despues la oveja negra, le abrió con los dientes la arteria del cuello y apagó el fuego con su sangre. En este momento la luna se encubrió, como para ocultarse á semejantes sacrilegios; pero á pesar de la oscuridad que al momento se extendió por la montaña, observó Neron que la mágica accionaba en actitud de hablar con otra persona; entonces se acordó que hacía este sitio habían enterrado, despues de haberla ahogado por sus asesinatos, la mágica Cánidia, de quien hablan Horacio y Ovidio, y ya no le quedó duda de que era la sombra maldita de aquella mujer á quien preguntaba Locusta en aquel momento: al cabo de un instante vió Neron volver á Locusta palida y temblando.

- Y bien, ¡qué hay? dijo el emperador.
- Todo mi arte sería infútil, murmuró Locusta.
- ¿Ya no tienes venenos mortales?
- Los tengo, pero ella tiene antídotos soberanos.
- Luego conoces á la que he condenado? repuso Neron.
- Sí; es tu madre, contestó Locusta.

—Está bien, dijo friamente el emperador; ya hallaré algún otro medio.

Y ambos deseendieron de la montaña maldita, y se perdieron en las calles sombrías y desiertas que conducen al Vesubio y al Palatino.

Actea recibió al dia siguiente una carta de su amante, en la que la invitaba á pasar á Baya y esperar allí al emperador, que iba á celebrar en compañía de Agripina las fiestas de Minerva.





CAPITULO X.

Habían transcurrido ocho días desde la escena que acabamos de referir en el capítulo precedente. Daban las diez de la noche, y la luna, que acababa de aparecer en el horizonte, se levantaba lentamente detrás del Vesubio, lanzando sus rayos sobre toda la costa de Nápoles. Con su pura y brillante luz, formaba una plateada superficie en el golfo de Puzoles, que atravesaba con su línea sombría el puente desromual, que, para cumplir la predicción del astrólogo Frasilio, mandó echar de una a otra costa el tercer César, Cayo Calígula. A orillas de este golfo, y en toda la extensión de la inmensa media luna que forma, desde la punta de Pausilipo hasta la del cabo

Miseno, se veian desaparecer sucesivamente, como estrellas que se apagan en el cielo, las luces de las ciudades, aldeas y palacios dispersos por la costa, y mirándose en aquellas olas que rivalizan con las azuladas aguas de la Cirenaica. Víose aun por algun tiempo deslizarse en medio del sileneio alguna barca atrasada, con una luz en la proa, ganando con el auxilio de su vela triangular, ó de su doble remo, el puerto de Enria, de Procita ó de Baya. Desapareció tambien la ultima de estas barcas, y el golfo se hubiera encontrado enteramente desierto y silencioso, á no flotar algunos barcos amarrados en la costa, frente á los jardines de Hortensio, entre la ciudad de Julio César y el palacio de Baüli.

Durante una hora se fué quedando mas tranquila y serena por la ausencia de todo ruido y de todo vapor terrestre. Ninguna nube manchaba el cielo, puro como el mar; ninguna ola arrugaba el mar que reflejaba el cielo. Seguia la luna su curso en medio de un azul transparente, y pareció haberse detenido un instante sobre el golfo, como sobre un espejo. Apagáronse ya las ultimas luces de Puzoles, y solamente el faro del cabo Miseno brillaba en la extremidad de su promontorio, como una antorcha en la mano de un gigante. Era una de aquellas noches voluptuosas en que Nápoles, la hermosa hija de la Grecia, entrega al viento su cabellera de naranjos y á las olas su pecho de mármol. De tiempo en tiempo vagaba por el aire uno de aquellos misteriosos suspiros que la tierra dormida lanza al espacio, y en el horizonte oriental el humo blanco del Vesubio se elevaba en medio de una atmósfera tan despejada, que parecía una columna de alabastro, resto gigantesco de alguna Babel antiquilada,

En medio de este silencio y de esta oscuridad, los marineros tendidos en las barchas de la playa vieron de repente, al través de los árboles que casi ceaban el palacio de Baalí, brillar antorchas encendidas, oyeron voces de alegría que se iban aproximando por aquel lado, y pronto vieron desembocar de un bosque de naranjos y adelfas, dirigiéndose hacia ellos, el séquito que se anunciaba con aquel ruido y aquellas luces. Al momento el que parecía comandante del mayor de los barcos, que era una tri-reme magníficamente dorada y toda coronada de flores, hizo estender sobre el puente que unía su embarcación a la playa, un tapiz de púrpura, y saltando en tierra se puso en espera en actitud de respeto y de temor. El que se adelantaba al frente de la comitiva, dirigiéndose a las embarcaciones, era el mismo César Neron. Acompañaba a su madre Agripina, y, cosa extraña, desde la muerte de Británico, era esta la primera vez que la madre se apoyaba en el brazo del hijo; y ambos con el semblante risueño, y dirigiéndose palabras amistosas, parecían estar en la mas perfecta armonía. Habiendo llegado junto a la tri-reme el séquito se paró, y en presencia de toda la corte, Neron, con los ojos empapados en lágrimas, estrechó a su madre contra su corazón, cubriendo de besos su cara y oseillo, como si le costase trabajo separarse de ella: al fin, dejándola con dificultad desprenderse de sus brazos, y volviéndose al comandante de la embarcación:

—Aniceto, le dijo, te recomiendo a mi madre sobre tu cabeza.

Atravesó Agripina el puente, y subió a la tri-reme, que se apartó lentamente de la playa, dirigiendo la proa entre

Baya y Puzoles ; pero Neroa no abandonó el sitio donde se había despedido , permaneciendo en él por algun tiempo en pie, y saludando á su madre con el gesto y la voz , mientras que Agripina á su vez le volvía los saludos. En fin , empeñando la embarcacion á estar fuera del alcance de su voz , Neron se volvió á Bauli , y Agripina bajó á la cámara que se le había preparado.

No bien se había tendido en el lecho de púrpura que tenía dispuesto, se levantó un tapiz , y una joven pálida y trémula vino á echarse á sus pies gritando :

—¡Oh madre mial ¡madre mial ¡salvame!

De pronto se estremeció Agripina de sorpresa y de temor ; despues , reconociendo á la hermosa griega :

—¡Actea! la dijo con admiracion alargándola la mano. ¿Cómo? ¡Tú aqui, en mi nave, pidiéndome protección.... ¡Y de quién debo salvarte , á ti que eres bastante poderosa para restituirme la amistad de mi hijo?

—¡De quién? ¡Ahi de él, de mí, de mi amor..... de esa corte que me espanta, de ese mundo tan extraño y tan nuevo para mí.

—En efecto, respondió Agripina, ahora recuerdo que desapareciste en medio de la comida. Neron preguntó por ti , y te hizo buscar: ¿por qué huiste de esa manera?

—Y tú me lo preguntas? ¡era posible que una mujer que conservase algun pudor..... ¡perdonal.... pudiese permanecer en medio de semejante orgia , que hubiera hecho avergonzar aun á nuestras sacerdotisas de Venus ? ¡Oh madre mial !no has oido aquellos cantares? ¡no viste aquellas cortesanas desnudas..... aquellos truhanes , enyos gestos cada

uno era una afrenta, menos para ellos, que para los que les miraban?.... ¡Oh! yo no pude tolerar semejante espectáculo, y me refugié á los jardines; pero allí no hacia mas que variar la escena impudica..... aquellos jardines estaban poblados como los bosques antiguos; cada fuente se hallaba habitada por alguna niña impudica, cada mata ocultaba algún satiro desenfrenado..... y, ¿lo creerias, madre mia? entre esos hombres y esas mujeres reconoci algunas matronas y caballeros..... entonces huí de los jardines como habia huido de la mesa. Hallé abierta una puerta que caia á la mar, me lancé á la playa, reconocí la tri-reme, grité que era de tu séquito, y que venia á aguardarte: entonces me recibieron; y en medio de estos marineros, de estos soldados, de estos hombres groseros, he respirado mas á gusto y mas tranquila que en la mesa de Nero, aunque rodeada de toda la nobleza de Roma.

—¡Ah! ¡pobre niña! ¿y qué esperas de mí?

—Imploro un asilo en tu casa del lago Locrinio, un lugar entre tus esclavas, un velo bastante denso para encubrir el rubor de mi frente.

—¿Luego ya no quieres ver mas al emperador?

—¡Oh madre mia!.... ¡cómo es posible!

—¿Es decir que quieres dejarle errante al acaso, como una nave perdida sobre esta mar de disolucion?

—¡Oh madre mia! si mi amor fuera menos intenso y puro, tal vez podria permanecer á su lado; pero ¿cómo quieres que vea en mi presencia á otras mujeres, amadas como yo lo soy, ó mas bien, como he creido serlo? Es imposible, no puedo haber dado tanto para obtener tan poco. En medio de

este mundo perdido, me perdería tambien; entre esas mujeres llegaria á ser lo que son ellas; tendría tambien un puñal en la cintura, veneno en alguna sortija; despues un dia.....

—¿Qué ocurre, Acerronia? interrumpió Agripina dirigiéndose á una esclava jóven que entraba en este momento.

—¡Señoral! ¡señoral! ¿puedo hablar? respondió esta con voz alterada.

—Habla.

—A dónde crees dirigirte?

—¡Buena pregunta! á mi granja del lago Lucrimio, me parece.

—¡Oh! sin duda hemos empezado á navegar en esa dirección, pero al cabo de un instante la embarcación ha cambiado de rumbo, y bogamos hacia alta mar.

—¿Cómo? ¡hacia alta mar! gritó Agripina.

—Mira, dijo la esclava descorriendo la cortina que tapaba una ventana; mira, el faro del cabo debiera quedar muy atrás, y hélo aquí á nuestra derecha; en vez de acercarnos á Puzoles, nos vamos alejando á toda vela.

—Ciento, gritó Agripina; ¿qué significa esto? ¡Galo! ¡Galo!....

Presentóse á la puerta un caballero romano de pocos años.

—Galo, repuso Agripina, que venga Aniceto al momento.

Subió Galo seguido de Acerronia.

—¡Justos dioses! El faro se apaga como por encanto, continuó Agripina. Actea, Actea; prepárate sin duda alguna infamia. ¡Oh! habíannos avisado que no viniese á Bauli, y no quise creer nada.... ¡insensata! ¡Y bien, Galo?

—Dice Aniceto que no puede obedecerte; manda echar al agua los botes.

—Quiero ir á buscártelo yo misma.

—¡Ahl! ¡qué ruido es este que se oye encima de nosotras? ¡Por los dioses! ¡estamos sentenciadas! ¿Lo veis? ¡la embarcación se abre!

No bien había Agripina pronunciado estas palabras echándose en los brazos de Actea, todo el techo que se estendía sobre su cabeza se hundió con un ruido espantoso. Creyéreronse muertas las dos mujeres; pero por una rara casualidad el dosel que cubría el lecho estaba tan honda y sólidamente asegurado á los lados, que sostuvo el peso del cielo-raso, cuya opuesta estremidad acababa de aplastar en su caída al jóven caballero romano que estaba en pie á la entrada de la cámara. Agripina y Actea se encontraron en el ángulo vacío formado por el techo y sostenido por el dosel. Oyéronse en este momento grandes gritos en toda la embarcación; sintióse un ruido sordo en su fondo, y las dos mujeres advirtieron al momento que vacilaba y gemía bajo su peso. Efectivamente, muchas tablas del costillaje acababan de abrirse, y el mar, invadiendo los fondos por la brecha abierta, batía ya la puerta de la cámara. En un momento lo advinó todo Agripina: hablase colocado la muerte á un mismo tiempo bajo su cabeza y bajo sus pies; miró á su alrededor, y vió el cielo-raso próximo á aplastarla y el agua pronta á engullirla. Hallábase felizmente abierta la ventana por donde había mirado cuando se apagó el faro de Misena, y era el único medio de salvación: arrastró á Actea hacia aquella ventana, haciéndola señas que callase, con aquel gesto pronto é

imperativo que indica que vá en ello la vida; y ambas, sin mirar atrás y sin titubear, se precipitaron manteniéndose abrazadas. Les pareció en este momento que eran arrastradas por un poder infernal á los mas profundos abismos del mar: la embarcación se sumergía dando vueltas, y bajaban con ella en el remolino que formaba; hundiérone de este modo por algunos segundos, que les parecieron un siglo, y cesando el movimiento de atracción, observaron que dejaban ya de bajar; despues, que subían, y finalmente, volvieron medio desmayadas á la superficie del agua. Vieron en este momento, como al través de un velo, una tercera cabeza que aparecía junto á las lanchas, y oyeron como en un sueño una voz que gritaba: *Soy Agripina, soy la madre del César, ¡salvadme!* Tambien Actea quiso gritar para pedir auxilio; pero sintiéso de nuevo arrastrada por Agripina, y su voz inarticulada solo produjo un sonido confuso. Cuando aparecieron de nuevo en la superficie, se hallaban casi fuera del alcance de la vista; y sin embargo, Agripina la señaló con una mano, mientras nadaba con la otra, un remo que se levantaba y volvía á caer rompiendo la cabeza de Accerronia, bastante necia para creer salvarse gritando á los asesinos de Agripina que era la madre del César.

Continuaron las dos fugitivas nadando en silencio y dirigiéndose hacia la playa, mientras que Abiceto, creyendo cumplida su misión de muerte, remaba en dirección á Bauli, donde le esperaba el emperador. El cielo permanecía puro, y el mar había quedado de nuevo en calma; sin embargo, era tanta la distancia que había desde el paraje en que Agripina y Actea se habían echado al agua hasta la costa que procura-

han ganar, que habiendo ya nadado mas de media hora, se encontraban á media legua de tierra. Para colmo de desgracias, habíase Agripina herido el hombro en su caida: sentia, pues, adormecérselos el brazo derecho, de suerte que no habia escapado del primer peligro sino para caer en otro aun mas terrible y cierto. Observó Actea que nadaba con trabajo, y aunque Agripina no se quejaba, conocio la griega el conflicto de su compañera, por lo cual, pasando al lado opuesto le cogió el brazo, y presentándola el cuello para que se apoyase, continuó nadando y sosteniendo á su fatigada amiga, que en vano la suplicaba se salvase sola y la dejara perecer.

Entre tanto Neron habia vuelto á entrar en el palacio de Bauli, y ocupando de nuevo el puesto que habia dejado por un instante, hizo venir nuevas cortesanas y nuevos tahures, mandó que continuase el festín, y haciéndose traer la lira, púsose á cantar el sitio de Troya. Sentia, sin embargo, de tiempo en tiempo cierto estremecimiento; circulaba de pronto por sus venas el frío de un calentamiento, y un sudor frío helaba su frente, porque ya le parecía oír el último grito de su madre, ya que el genio de la muerte, atravesando aquella atmósfera caliente y llena de perfumes, le rozaba la frente con la punta de su ala. Finalmente, después de haber pasado dos horas en esta inquietud febril, entró un esclavo, se aproximó á Neron, y le dijo al oido una palabra que nadie oyó, pero que le hizo palidecer: dejó caer su lira de repente, y arrancándose la corona, salió de la sala del festín, sin decir á nadie el motivo de este repentino terror, y dejando á sus invitados en libertad de retirarse ó de continuar la orgía; pero la turbación del emperador había sido demasiado visible, y demasiado preci-

pitada su salida, para que los cortesanos no hubiesen conocido que acababa de pasar alguna cosa terrible; así, cada uno se dió prisa a imitar el ejemplo del amo, y algunos minutos después de su marcha, aquella sala que un momento antes se hallaba tan llena, tan estrepitosa y animada, quedó vacía y silenciosa como un sepulcro.

Habiése retirado Neron a su habitación y hecho llamar a Aniceto. Este al llegar al puerto había dado cuenta a aquel de su comisión, y seguro el emperador de su fidelidad, no había concebido duda alguna de la veracidad de su relato. Por consiguiente, fué grande la admiración de Aniceto cuando al entrar se arrojó a él Neron, gritando:

—¡No me has dicho que había muerto? ¡pues abajo hay un mensajero que viene enviado por ella!

—En tal caso, preciso es que venga del infierno, respondió Aniceto, porque yo vi desplomarse el cielo-raso e irse a fondo la embarcación; porque oí una voz que gritaba: Soy Agripina, madre del César; y vi levantarse y volver a caer el remo que rompió la cabeza de la que tan imprudentemente nos pedia socorro....

—Pues bien, tú te has engañado: la que murió fué Acerónia, y la que se ha salvado mi madre.

—¿Quién puede decir eso?

—El liberto Ajerino.

—¿Le has visto?

—Aun no.

—¿Y qué dispone el divino emperador?

—Puedo contar contigo?

—Mi vida es del César.

—Siendo así, entra en este gabinete, y cuando pida auxilio, sal precipitadamente, prende á Ajerino, y dí que le has visto levantar el puñal contra mí.

—Tus deseos son mandatos, respondió Aniceto inclinándose y entrando en la habitación indicada.

Quedóse solo Neron, tomó un espejo, y viendo que su semblante estaba decaído, disipó la palidez con arrebol; después, recogiendo los cabellos y los pliegues de su túnica, como si fuese á salir al teatro, se tendió en una postura estudiada para aguardar al mensajero de Agripina.

Venia este á decir á Neron que su madre estaba en salvo, residiéndole el doble accidente de la tri-reme, que el César escurrió como si lo ignorase; después añadió que la divina Agripina había sido recogida en una barca en el momento mismo en que perdidas todas sus fuerzas no tenía mas esperanza que la asistencia de los dioses.... Aquella barca la había conducido desde el golfo de Puzoles al lago Lucrinio por el canal que había hecho abrir Claudio; desde la orilla de este lago se había echo llevar en litera á su granja, desde donde enviaba á decir á su hijo que los dioses se habían dignado concederla su protección, y al mismo tiempo le suplicaba encarecidamente que por grande que fuese su deseo de verla, disfriese su visita, porque lo que necesitaba en aquel momento era descanso. Esuchó Neron hasta el fin, aparentando el terror, la sorpresa ó la alegría, segun lo que decia el mensajero; y cuando hubo sabido lo que deseaba, esto es, el paraje á donde se había retirado su madre, para realizar el proyecto que había formado, tiró de pronte una espada desnuda, á los pies del mensajero pidiendo socorro; al punto salió Aniceto

de su gabinete, prendió al enviado de Agripina, y recogiendo la espada que se hallaba á sus piés, y sin dar tiempo al acusado para hablar en su defensa, le entregó al jefe de los pretorianos, que había acudido con su guardia á la voz del emperador, y salió á los corredores del palacio, gritando que Neron acababa de estar á punto de ser asesinado por orden de su madre.

Agripina se había salvado, como hemos dicho, en una barca de pescadores que entraba tarde en el puerto; pero en el momento de alcanzar esta barca, ignorando si la cólera del César iba también á perseguirla á su granja del lago de Lucrinio, y no queriendo arrastrar en su desgracia á la joven á quien debía la vida, había preguntado á Actea si se sentía con fuerzas para llegar á la costa que se emperaba á divisar por la opaca linea de sus colinas. Actea, adivinando el motivo de esta proposición, había insistido en seguirla; pero aquella la dió órden terminante de dejarla, prometiéndola que si nada tenía que temer, la volvería á llamar á su lado. Actea obedeció; y Agripina, que hasta entonces no había sido vista, dando un grito de afliccion, llamé á sí la barca perezosa, mientras que Actea, blanca, ligera y sin ser vista, se alejaba por la superficie del golfo, semejante á un cisne que oculta su cabeza en el agua.

A medida que Agripina se iba acercando á la playa, parecía irse esta animando por grados. Veía divagar muchas luces por toda la orilla; y el viento condeciá clamores, cuyo sentido procuraba descubrir con inquietud; provenía esto de que Aniceto, al volver al puerto de Basilea, había extendido la noticia del naufragio y de la muerte de la madre del empe-

rador, y los esclavos, clientes y amigos de esta, se habían estendido al momento por la costa con la esperanza de que llegaría viva á la orilla, ó al menos que el mar echaría fuera su cadáver: así, tan pronto como se vió un velo blanco al través de la oscuridad, toda la muchedumbre se precipitó hacia el punto en que iba abordar, y cuando se supo que la barca traía á Agripina; todos aquellos clamores fúnebres se trocaron en gritos de alegría; de suerte que la madre del César, condenada en un lado del golfo, saltaba en tierra en el otro con todas las aclamaciones de un regreso y todos los honores de un triunfo en brazos de sus sirvientes; y escoltada por una población conmovida por este suceso, que la había despertado en medio de su sueño, volvió á entrar Agripina en su granja imperial, cuyas puertas volvieron á cerrarse al momento, pero no por esto dejaron de seguir levantados todos los moradores de la costa, desde Puzoles hasta Baya; y mezclándose la curiosidad de los que llegaban con la agitación de los que habían acompañado á Agripina desde la mar, resonaron nuevas gritos de alegría y de amor, pidiendo ver á la que el Senado por orden del emperador había concedido el título de Angusta.

A pesar de estas aclamaciones, retirada Agripina en lo mas interno de sus habitaciones, lejos de entregarse á aquellos trasportes, aumentábase con ellos su terror, por ser un crimen en la corte de Neron toda popularidad, y mayormente cuando esta era á favor de una persona proscrita. Tan pronto como entró en su habitación, hizo llamar á su liberto Ajerino, único hombre en quien creía poder confiar, y le envió á Neron con el mensaje que le hemos visto desempeñar:

cumplida ya esta diligencia, se ocupó de sus heridas, y hecha la primera cura, mandando retirar á todas las mujeres, se tendió en el lecho tapándose la cabeza, y entregada enteramente á terribles reflexiones, escuchaba con temor los clamores de afuera, que cada vez iban en aumento: de repente cesaron aquellas mil voces, apagáronse los clamores como por encanto, y se extinguíó el resplandor de las antorchas, que había reverberado en las ventanas como el reflejo de un incendio: la noche recobró su oscuridad y el silencio su misterio. Agripina sintió correr por todo su cuerpo un temblor mortal y subirle á la frente un sudor frío, porque conocía que no sin causa había callado la muchedumbre y se habían apagado las luces: en efecto, al cabo de un momento oyóse entrar gente armada en un patio esterior, y fuéreronse luego aproximando pisadas cada vez mas distintas, que seguian de corredor en corredor, de habitacion en habitacion. Escuchaba Agripina este ruido amenazador, apoyada sobre el codo y agitada, pero inmóvil; porque no teniendo esperanza en la fuga, tampoco tenía intencion de emprenderla: abrióse por fin la puerta de su habitacion, y reuniendo entonces todo su valor, volvió la cabeza, pálida pero resuelta, y vió en el umbral al liberto Aniceto, y detrás al tetrarca Herculeo y á Olarito, centurion de marina: al aspecto de Aniceto, que sabia ser el confidente y á veces el ejecutor de Neron, comprendió que era asunto inapelable; y renunciando á toda queja como á toda súplica:

—Si vienes como mensajero, le dijo, anuncia á mi hijo mi restablecimiento; si vienes como verdugo, desempeña tu oficio.

La respuesta de Aniceto fué tirar de la espada y acer-

earse al lecho; y Agripina, levantando con impudor desenvelto el paño que la cubría, solo dirigió al asesino por toda súplica estas dos palabras: *Feri ventrem!* (Hiéreme en el vientre.)

El asesino obedeció, y la madre del emperador murió sin proferir mas palabras que este anatema á sus entrañas por haber llevado á semejante hijo.

Por su parte Actea, al dejar á Agripina, había continuado nadando hacia la orilla; pero á medida que se iba acercando había visto lucir antorchas y oido gritos, é ignorando lo que esto significaba y sintiéndose aun con algunas fuerzas, había resuelto no tomar tierra sino al lado opuesto de Puzoles; por lo tanto, y para estar mas oculta á las miradas, había seguido el puente de Calígula, nadando por la linea opaca que proyectaba en la mar, y agarrándose de tiempo en tiempo para descansar á las estacas sobre que estaba construido: al llegar á unos trescientos pasos de su extremidad, vió lucir el casco de un soldado, y se detuvo de nuevo, á pesar de que su agitado pecho y sus cansados brazos la indicaban la urgente necesidad de alcanzar pronto la playa. Por fin la vió tal como la deseaba, baja, oscura y solitaria, al paso que aun percibia la luz de las antorchas y los gritos de alegría que venían de Baya; mas pronto sus sentidos ampezzaron á confundir unos y otros: aquella misma playa, que había visto hacia un momento, desaparecía ahora en la nube que cubría sus ojos, al través de la cual pasaban relámpagos sangrientos; zumbaba en sus oídos un ruido que aumentaba sin cesar, cual si la acompañaran monstruos marinos goipeando la mar con sus aletas: quiso gritar, y se llenó la boca de agua, pa-

sándola una ola por encima de la cabeza. Entonces Actea se sintió perdida si no recogía todas sus fuerzas: por un movimiento convulsivo sacó la mitad del cuerpo del elemento que lo oprimía, y con este movimiento, aunque rápido, tuvo lugar de llenar el pecho de aire; además, la tierra que había divisado le parecía estar muy próxima: continuó, pues, nadando, pero pronto se apoderaron nuevamente de ella todos los síntomas del estupor, empezando á vagar en su Animo pensamientos extraños y sin órden: durante algunos minutos vió confusamente todo lo que mas amaba, y su vida entera pasó ante sus ojos: creía distinguir á un anciano que la llamaba desde la orilla alargándola los brazos, mientras que una fuerza desconocida paralizaba sus miembros y parecía atraerla á las profundidades del golfo. Despues creía oír la orgía con todos sus cantos, que brillaba en todo su esplendor. Neron sentado tocaba la lira, sus favoritos aplaudían las canciones oscenas, y entraban cortesanas, cuyos bailes lascivos ofendían el pudor de la joven. Entonces quería huir, como lo habían hecho antes, pero sus piés estaban sujetos con guirnaldas de flores; sin embargo, en el fondo del corredor que conducía á la sala del festín veía al mismo anciano, que la llamaba con el ademan: este anciano tenía alrededor de su frente una orla brillante que alumbraba su cara en medio de la sombra; hacía la señas de que fuera, y ella conocía que si iba se había salvado. Al fin, todas aquellas luces se apagaron, se extinguíó aquel ruido, sintió que se hundía de nuevo, y dijó un grito: otro grito pareció responderla, pero al momento pasó el agua por encima de su cabeza como una sábana, y entonces todo quedó en ella incierto y confuso, hasta el sentimien-

to de la existencia: parecióle que se la llevaban durante su sueño, y que la hacían rodar por la pendiente de una montaña, hasta que, habiendo llegado abajo, se dió contra una piedra. Prodijo esto un dolor sordo como el que se experimenta durante un desmayo; después ya no sintió mas que una impresión helada que subía lentamente al corazón, y que cuando hubo llegado le quitó hasta la conciencia de la vida.

Cuando recobró el sentido aun no había parecido el día: hallábase en la playa envuelta en una ancha capa, y un hombre arrodillado sostenía su cabeza desgreñada y chorreando agua: levantó los ojos al que la socorrió, y, ¡cosa rara! la pareció reconocer al anciano de su agonía. Era la misma figura dulce, venerable y tranquila; era tal la semejanza, que la parecía continuar en su delirio.

—¡Oh padre mío! murmuró; ¡tú me has llamado á ti, y yo he venido! Héme aquí, me has salvado la vida. ¿Cuál es tu nombre para que te bendiga?

—Me llamo Pablo, dijo el anciano.

—¿Y quién eres? continuó la joven.

—Soy apóstol de Cristo, respondió.

—No lo comprendo, repuso dulcemente la joven; mas no importa, confío en tí como en un padre: condícame donde quieras, que pronta estoy á seguirte.

Levantóse el anciano, y empezó á caminar seguido de la joven.



CAPITULO XI.

El insomnio y el terror no concedieron á Neron durante la noche un solo momento de reposo: haciale temblar la idea de que su madre se hubiese podido sustraer á las manos de su asesino, pues creia que solo se habria detenido un instante en su granja, achacando lo que le habia escrito de su padecer y debilidad á un nuevo ardid para ganar tiempo y marchar li-

bremente á Roma; ya se le representaba entrando resuelta y altanera en su capital, invocando la protección del pueblo, armando los esclavos, sublevando el ejército, y llamando á las puertas del Senado para pedir justicia de su naufragio, de sus heridas, de sus amigos asesinados. El menor ruido le hacía temblar como á un niño, porque á pesar de las vergonzosas relaciones que mediaban, no dejó un instante de temer á su madre; sabia bien de lo que era capaz, y lo que podía hacer en contra suya, por lo que había hecho por él. A las siete de la mañana llegó un esclavo de Aniceto al palacio de Bauli, y habiendo pedido ser presentado al emperador, le entregó de rodillas su propio anillo, el mismo que había dado al asesino en señal de omnipotencia, y que le devolvía, segun su convenio sangriento, como prueba de estar cumplido el asesinato: entonces Neron se levantó lleno de alegría, gritando que desde aquel momento empezaba á reinar, y que debía su imperio á Aniceto.

Juzgó, sin embargo, que le importaba mucho anticiparse á la fama, haciendo aparecer á su manera la muerte de Agripina. Sin perder un momento, hizo escribir que Ajerino, liberto y confidente de su madre, había sido sorprendido en su habitación armado con un puñal para asesinarle; y que aquella, al saber que su conjuración se había frustrado, temiendo la venganza del Senado, se había castigado ella misma del crimen que meditaba; añadía que hacia tiempo que tenía formado el proyecto de arrebatarle el imperio, y que se había gloriado de que muerto el emperador, haría jurar obediencia á una mujer al pueblo romano, á los pretorianos y al Senado: decía que era obra suya el destierro de las personas mas dis-

desquidas, y en prueba de ello mandaba llamar á Valerio Capito y á Licinio Gabolo, antiguos pretores, así como á Calpurnia, mujer de la primera nobleza, y á Junia Calvina, hermana de Silano, antiguo esposo de Octavia. Tambien hacia mención del naufragio, como una venganza de los dioses, calumniando al cielo y mintiendo á la tierra: por lo demás Séneca fué quien escribió esta carta, porque Neron, en medio de su maldad, temblaba de tal modo, que no pudo hacer mas que firmarla.

Despues de esto pensó, como diestro farsante, en hacer el papel dè doliente: se quitó el arrebol que aun cubría sus mejillas, dejó caer sus cabellos esparcidos sobre los hombros, y sustituyendo un vestido de color oscuro á la túnica blanca del festín, bajó y se presentó á los pretorianos, á los cortesanos y á sus mismos esclavos, como oprimido de la desgracia que acababa de herirle.

Habló entonces de ir á ver á su madre por última vez; hizo traer una barca al sitio donde el dia antes se despidió de ella con tan tiernas demostraciones, atravesó el golfo donde había intentado sumergirla, abordó á la playa que la había visto llegar herida y moribunda, y despues se dirigió á la granja donde acababa de terminarse la escena de este horrible y espantoso drama: acompañábanlo silenciosos algunos cortesanos, y entre ellos Burro, Séneca y Esporo, procurando leer en su semblante la expresión que debían dar á los suyos: Neron había adoptado la de una profunda tristeza, y todos al entrar en pos de él en el patio en que los soldados hicieron el primer alto, tenian la apariencia de haber perdido una madre.

Subió Neron la escalera con paso grave y lento, como

convine al hijo piadoso que se aproxima al cadáver de la que le ha dado la vida. Cuande hubo llegado al corredor que conducia á la habitación, hizo una seña con la mano para que se parasen los que le seguian, no guardando consigo mas que á Esporo, como si hubiese temido entregarse al dolor delante de hombres: cuando llegó á la puerta, se detuvo un momento, y se apoyó en la pared cubriendose la cara con la capa, como para ocultar sus lágrimas, pero, en realidad, para enjngarse el sudor que le corría por la frente; en seguida, despues de haber vacilado un momento, abrió la puerta con movimiento rápido y resuelto, y entró en la habitación.

Aun estaba Agripina en su lecho: el asesino-habia sin duda borrado las huellas de la agonía, porque se hubiera diebo que estaba durmiendo; tenía la capa echada encima, dejando descubierta solamente la cabeza, una parte del pecho y los brazos, á todo lo cual daba la palidez de la muerte la apariencia fria y azulada del mármol. Detúvose Neron al pie del lecho, siempre seguido de Esporo, cuyos ojos, mas impasibles aun que los de su amo, se diría que miraban con una indiferente curiosidad una estatua derribada de su base: un instante despues, el semblante del parricida se serenó. Hablanse desvanecido todas sus dudas, todos sus temores habian pasado: á él solo pertenecia ya el trono, el mundo, el porvenir; iba á reinar libre y sin trabas. Agripina estaba ciertamente muerta. A este sentimiento sucedió una impresion extraña: fijos sus ojos en los brazos que lo habian estrechado con ternura y en el pecho que lo había alimentado, se encendieron con un deseo secreto, llevó la mano á la capa que cubria á su madre, y la levantó con lentitud hasta descubrir el cadáver, enteramente des-

nudo. Lo recorrió entonces con impudica mirada; y luego, con un sentimiento infame é incestuoso:

—Esporo, dijo, yo ignoraba que fuese tan hermosa.

Entre tanto había venido el dia, y el golfo se había restituido á su estado habitual: habíanse todos entregado á sus ocupaciones acostumbradas; estendiérase ya el rumor de la muerte de Agripina, y reinaba en toda aquella playa una sorda inquietud que no impedía que estuviese, como de costumbre, cubierta de comerciantes, pescadores y ociosos, que hablaban en alta voz del peligro á que había escapado el emperador, dando gráciás á los dioses cuando creian poder ser oídos, y pasando despues sin volver la cabeza por delante de una pira, que un liberto llamado Munster, ayudado de algunos esclavos, formaba á lo largo del camino de Misena, cerca de la granja del dictador Julio César. Pero todo este ruido, esta inquietud y este rumor no penetraban en el retiro donde Pablo había llevado á Actea. Era una casita aislada, construida en la punta del promontorio que dà vista á Nisida, y que estaba habitada por una familia de pescadores. Aunque el anciano parecía extraño á esta familia, ejercia en ella una autoridad manifiesta; no era, sin embargo, una obediencia servil la que parecía prestar á sus menores deseos, sino respetuosa y atenta; era la de unos hijos á su padre, la de unos sirvientes al patriarca, de unos discípulos al apóstol.

El descanso era la primera necesidad de Actea; llena de confianza en su protector, y conociendo que desde este dia alguien velaba sobre ella, había cedido á las instancias del anciano, y se había entregado á un sueño tranquilo: sentado aquel junto á ella, como un padre á la cabecera de su hijo, y

con la mirada fija en el cielo, se había poco á poco entregado á una profunda contemplacion; de suerte que cuando la joven abrió de nuevo los ojos, no tuvo necesidad de buscar á su protector, y aunque sentia su corazon desgarrarse por mil recuerdos que le asaltaban al despertar, le soñó tristemente alargándole la mano.

—¿Padeces? la dijo el anciano.

—Amo, respondió la joven.

Sucedió un momento de silencio, despues del cual repuso Pablo:

—Dime lo que deseas.

—Solo deseo un retiro donde pueda pensar en él y llorar.

—¿Te hallas con suficientes fuerzas para seguirme?

—Partamos, dijo Actea, haciendo un movimiento para levantarse.

—No puedo ser en este momento, hija mia, porque si tú estás fugitiva, yo me hallo proscrito; no podemos viajar sino en la oscuridad. ¿Estás decidida á marchar esta noche?

—Sí, padre mio.

—Y siendo tan débil y delicada, ¿no te espanta una marcha larga y fatigosa?

—En manera alguna: las jóvenes de mi país están acostumbradas á seguir en su carrera á las ciervas en los bosques mas espesos y en las montañas mas elevadas.

Volviéndose entonces el anciano dijo:

—Timoteo, llama á Silas.

Tomó el pescador la capa parda de Pablo, púsola en la punta de un palo, y saliendo á la puerta de su cabaña, fijó el palo en tierra.

Bien pronto fué notada esta señal, porque al cabo de un momento bajó un hombre de la montaña de Nisida á la playa, y desatando una barquilla que estaba amarrada á la orilla, empezo á bogar á fuerza de remo por el espacio que separa la isla del promontorio: la travesía no fué larga, pues al cabo de un cuarto de hora, poco mas ó menos, abordó á la playa á ciegos pasos de la casa en que le esperaban, y cinco minutos despues se presentó en el umbral de la puerta: esta aparición hizo estremecer á Actea, porque fijos sus ojos en Basili, nada advirtió de lo ocurrido.

Descubriase en el recién venido á un hijo de la Arabia, tanto por su color cobrizo y por el turbante que ceñía su cabesa, como por la fluidez de sus modales; se adelantó respetuosamente, y saludó á Pablo en una lengua desconocida. Pablo entonces le dijo en la misma lengua algunas palabras, en que la benevolencia del amigo se unía á la autoridad del maestro. Silas por única respuesta sujetó mas sólidamente sus sandalias, se ciñó una cuerda á la cintura, tomó un bastón de viaje, se arrodilló delante de Pablo, que le echó su bendición, y salió.

Miraba Actea á Pablo con asombro; ¿quién era este anciano de mando, á la par suave y firme, que era obedecido como un rey y respetado como un padre? En el poco tiempo que había estado en la corte de Neron, se le había presentado el servilismo bajo todas sus miserables formas, esto es, bajo y timido, como hijo del terror, pero careciendo siempre de aquel celo que es hijo del respeto y del amor. Había dos emperadores en el mundo, y el que se escondía era mas poderoso sin tesoros, sin esclavos y sin ejércitos, que el otro

con las riquezas de la tierra, sus ciento y veinte millones de vasallos y sus doscientos mil soldados. Estas ideas habian aparecido en la cabeza de Actea con tal rapidez, y se habian fijado con tal conviccion, que se volvió á Pablo, y juntando las manos con el mismo temor y respeto que habia visto manifestarse en todo el que se aproximaba á este santo anciano:

—¡Oh señor! le dijo, ¿quién eres tú para que todos te obedezcan, sin que á ello les mueva, al parecer, ningun temor?

—Ya te lo he dicho, hija mia; soy apóstol, y mi nombre es Pablo.

—Si; pero ¿qué significa esa palabra apóstol? respondió Actea: ¿es un orador como Demóstenes? ¿es un filósofo como Séneca? Entre nosotros la elocuencia está representada con cadenas de oro, que le salen de la boca. ¿Encadenas tú á los hombres con tu palabra?

—Mi palabra desata, no encadena, respondió Pablo sonriendose; y lejos de decir á los hombres que son esclavos, he venido á decir á los esclavos que son libres.

—En verdad que aun no te comprendo, y sin embargo hablas mi lengua materna como si fueses griego.

—Estuve seis meses en Atenas, y año y medio en Corinto.

—¡Ah! en Corinto, mormuró la jóven ocultando la cabeza entre sus manos. ¿Y hace mucho tiempo que dejaste á Corinto?

—Cinco años.

—¿Y qué hacías allí?

—Trabajaba durante la semana en hacer tiendas para los soldados, marineros y viajeros, porque no queria servir de peso al huésped generoso que me había hospedado; y los sábados predicaba en la sinagoga, recomendando la modestia á

las mujeres, la tolerancia á los hombres, y á todos las virtudes evangélicas.

—¡Oh! sí, sí, me acuerdo de haber oido hablar de tí, dijo Actea: jno habitabas cerca de la sinagoga de los judíos, en casa de un noble anciano llamado Tito Justo?

—¿Tú le conocías? exclamó Pablo con visible alegría.

—Sí, era amigo de mi padre, respondió Actea; sí, sí, ahora recuerdo que los judíos te acusaron, y te presentaron á Galio, que era procónsul de Acaya y hermano de Séneca: mi padre me llevó á la puerta cuando tú pasabas, y me dijo:

—Mira, hija mia, este es un justo.

—Y tu padre ¿cómo se llamaba? ¿cómo te llamas tú?

—Mi padre se llamaba Amicles; yo me llamo Actea.

—¡Oh! sí, sí, yo tambien hago memoria; ese nombre no me es desconocido. ¿Pero cómo has dejado á tu padre? ¿Por qué has abandonado á tu patria? ¿De qué proviene que te he encontrado sola y moribunda en una playa? dímelo todo, niña, hija mia; y si no tienes patria, yo te ofreceré una; si no tienes padre, yo te la daré.

—¡Oh! ¡jamás, jamás! nunca me atrevería á contarte!...

—¿Conque es tan terrible esa confesión?

—¡Oh! no la acabaría sin morirme de vergüenza.

—Pues bien, yo debo humillarme para que tú te eleves; voy á decirté quién soy, para que tú me digas quién eres; voy á confesarte mis crímenes, para que tú me confieses tus faltas.

—¿Cómo! ¡Vuestros crímenes!...

—Sí, hija mia, mis crímenes; yo los he espiado, gracias al cielo, y el Señor me ha perdonado, jasi lo esperol Escucha,

nina mia, porque voy á decirte cosas de que no tienes ninguna idea, que comprenderás algun dia, y que adorarás cuando las hayas comprendido.

Tarsos de Cilicia es mi patria: la decision de mi ciudad natal por Augusto habia valido á sus habitantes el título de ciudadanos romanos; de suerte que mis padres, ya ricos, gozaban ademas de las ventajas que daba el carácter que les habia concedido el emperador; allí me instrui en las letras griegas que florecian entre nosotros á la par de Atenas. Despues mi padre, que era judío, y pertenecia á la secta farisáica, me envió á estudiar á Jerusalén bajo la dirección de Gamaliel, sabio y severo doctor de la ley de Moisés. No me llamaba entonces Pablo, sino Saulo

Habia por este tiempo en Jerusalén un joven dos años mayor que yo, á quien llamaban Jesus, esto es, Salvador, y se referian cosas maravillosas sobre su nacimiento. Un ángel se había aparecido á su madre, la habia saludado en nombre de Dios, y le había anunciado que estaba elegida entre todas las mujeres para dar á luz al Mesias; algun tiempo despues esta joven se había desposado con un anciano llamado José, el cual, habiendo notado que su esposa estaba en cinta, y no queriendo deshonrarla, habia resuelto enviarla secretamente á su familia; pero antes de verificarlo, el mismo ángel del Señor que habia aparecido á María, se le apareció tambien á él, y le dijo:

—José, hijo de David, no tengas recelo en conservar en tu compañía á María tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre, ha sido formado por el Espíritu Santo.

Publicóse por este tiempo un edicto de César Augusto

para hacer el padron de todos los habitantes de los dominios romanos; fué el primer padron que se hizo por Cirino, gobernador de Siria; y como todos iban á empadronarse á su respectiva ciudad, José salió de Nazareth, que está en Galilea, y vino á la ciudad de David, llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María su esposa; mientras estaban allí se cumplió el tiempo en que debía parir María; dió á luz su hijo primogénito, y habiéndolo envuelto en unos pobres pañales, lo reclinó en un pesebre, único sitio que se les había facilitado en el mesón. Había en aquellos contornos unos pastores, que pasaban la noche en el campo cuidando de su ganado; a quienes se presentó un ángel del Señor, rodeándoles de una luz divina, de la cual concibieron sumo temor: entonces el ángel les dijo:

—Nada temais, porque vengo á anunciaros una cosa que será para todo el pueblo objeto de grande alegría, y es; que en la ciudad de David os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo.

Sin duda había Dios tendido sobre la tierra una mřpida de misericordia, y juzgó que eran llegados los tiempos preparados por su sabiduría. El mundo entero, ó al menos toda la parte del globo conocida por la ciencia pagana, obedecía á un solo poder. Tiro y Sidon se habían hundido á la voz del profeta: Cartago estaba arrasada al nivel de sus arenas: la Grecia conquistada, las Galias venidas, Alejandría quemada: un solo hombre mandaba á cien provincias por la voz de sus proconsules, y sentíase en todas partes la punta de la espada, cuyo puño estaba en Roma. Y con toda esta aparente omnipotencia, el edificio pagano crugia sobre su base de barro, una in-

comodidad desconocida y universal anunciaba que el viejo mundo estaba enfermo en el corazón, que era inminente una crisis y que iban a manifestarse cosas nuevas y desconocidas: provenía esto de que la justicia se hallaba proscrita entre los humanos; de que la fuerza bruta sofocaba la razón, y de consiguiente la verdad tenía que andar errante y fugitiva; y en fin, de que se reconocían muchos dioses, y todos falsos, malos y viciados, como sus hermanos los mortales.

Como llevo dicho, en el momento en que yo llegaba a Jerusalén, hablame precedido un hombre, que decía a los poderosos:

—No hagais más que lo que os está mandado.

A los ricos:

—El que tiene dos vestidos, entregue uno al que no tiene ninguno.

A los amos:

—No hay primero ni último: el reino de la tierra pertenece a los fuertes, pero el de los cielos a los débiles.

Y a todos:

—Los dioses que adorais son dioses falsos; no hay más que un Dios único y omnipotente, que ha criado el mundo, y este Dios es mi padre, porque yo soy el Mesías prometido por las Escrituras.

¡Ahi! ¡Cuán ciego y sordo he sido! Cerré los ojos y los oídos a la verdad, ó mas bien, la envidia me cegó, después viro el odio que me perdió: he aquí el motivo de hacerme el perseguidor ardiente del hombre Dios, de quien soy indigno, pero fiel apóstol.

Un pescador llamado Pedro y yo habíamos estado pes-

estando inútilmente un día entero en el antiguo lago de Gennesaret, llamado ahora de Tiberíades; vino Jesús á la orilla del lago, impelido por la muchedumbre del pueblo, que quería oír su palabra: estando la barca de Pedro más próxima á la orilla, ó siendo este mejor que yo, entré Jesús en ella, y sentándose continuó enseñando á la muchedumbre, que le escuchaba desde la orilla: cuando hubo acabado de hablar, dijo á Pedro:

—Entra mar adentro, y echa tus redes.

Pedro le respondió:

—Maestro, toda la noche hemos trabajado sin coger nada; ¿queríamos mas afortunados ahora?

—Haced lo que os digo, continuó Jesús.

Obedeció Pedro, y cogió tan gran cantidad de peces, que estuvo á punto de romperse la red, y llenó de tal modo la barca, que faltó poco para irse á fondo. Al instante Pedro, Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que estaban en la barca con él, se arrojaron á sus piés, reconociendo que en esto había mediado milagro; mas Jesús les dijo:

—Tranquilizaos; vuestra tarea como pescadores de peces está concluida; en adelante será vuestro destino pescar hombres.

Y bajando á la playa se los llevó consigo.

Cuando me quedé solo, dije: ¿Por qué no he de coger yo peces donde los otros han cogido?

Fui, pues, al sitio donde ellos habían estado; y aunque eché diez veces mis redes donde habían echado las suyas, diez veces las saqué vacías; entonces en lugar de convencerme de que este hombre era realmente lo que él decía, dije para mí: Este hombre es sin duda un mágico que entiende en hechicería.

ritas; y sentí apoderarse de mi corazón una grande envidia contra él.

Mas como por este tiempo dejó á Jerusalén para ir á predicar por toda la Judea, se dispuso poco á poco este sentimientor; y ya no me acordaba del que me le había inspirado, cuando un dia que, segun costumbre, estábamos vendiendo en el templo, oímos decir que Jesus volvía mas lleno de gloria que nunca: había curado un paralítico en el desierto, había vuelto la vista á un ciego en Jericó y resucitado á un joven en Nain. Así, por donde quiera que pasaba, los pueblos tendían sus capas en el camino, y sus discípulos le acompañaban enajenados de alegría y alabando al Señor en alta voz por todas las maravillas que habían presenciado.

Adelantóse en medio de este séquito en dirección al templo; mas viendo que estaba lleno de vendedores y compradores, empezó á echarlos á todos diciendo:

— Escrito está que mi casa es casa de oración, y vosotros la habeis hecho cueva de ladrones.

Al principio quisimos oponernos, mas luego vimos que sería inútil, y que no había medio de hacer nada contra este hombre, porque todo el pueblo, admirado de lo que decía, se hallaba como suspendido de sus labios. Entonces se renovó en antigua enemistad contra Jesus, aumentada por lo que acababa de pasar, y la envidia se convirtió en odio.

Pasado algun tiempo supe que la noche misma de la Pasqua que había celebrado con sus discípulos, Jesus había sido preso de orden del sumo sacerdote por una turba de gente armada, guiada por Judas su discípulo; que después había sido llevado á Pilatos, el cual, sabiendo que era de Nazareth;

la remitió á Herodes, bajo cuya jurisdiccion estaba Galilea. Pero este, no hallando en él mas que titularse Rey de los judíos, le envió á su vez á Pilatos, el cual, habiendo convocado á los príncipes de los sacerdotes, á los ancianos y al pueblo, les dijo:

—Vosotros me habeis presentado este hombre como á iniciador del pueblo á la sedicion; sin embargo; ni Herodes ni yo lo hallamos culpable de los crímenes de que le acusais; y como no ha incurrido en la pena capital, voy hacerle castigar y darle libertad.

Pero todo el pueblo se puso á gritar:

—Puesto que hoy es Pascua, y que debes soltar á un criminal, haz que muera este, y suéltanos á Barrabás.

Y yo, interrumpí el anciano con voz ahogada, y yo me hallaba formando parte de aquel pueblo, y junto con él gritaba con toda la fuerza de mi odio:

Haz que muera este y suéltanos á Barrabás.

Habló Pilatos por segunda vez á la muchedumbre, pidiendo la vida de Jesus; pero la muchedumbre respondió:

—Crucifícale, crucifícale.

Y mi voz, continuó el anciano dándose golpes de pecho, mi voz se mezclaba á las de aquella muchedumbre, y gritaba con toda la fuerza de mi voz:

Crucifícale, crucifícale.

Pilatos, viendo al pueblo tan obcecado y tenaz, temiendo sin duda las consecuencias de su negativa, mandó poner á Barrabás en libertad, y entregó á Jesus á merced de sus verdugos.

¡Ahl! ¡ahl! dijo el anciano postrándose con la frente apo-

yada en el suelo. ¡Ah! Señor, perdonadme; yo os seguí al calvario; vi clavar vuestros pies y manos; vi atravesaros el costado; os vi beber hiel; vi cubrirse el cielo de tinieblas, oscurecerse el sol, rasgarse por medio el velo del templo: Señor, yo os of dar una voz, diciendo:

—Padre mio, en tus manos encomiendo mi Espíritu.

Señor, a vuestra voz sentí temblar la tierra bajo mis pies... ó mas bien no vi ni oí nada, porque estaba ciego, estaba sordo... ¡Señor, Señor, perdonadme!

Permaneció algun tiempo el anciano con la frente en el polvo, orando y gimiendo con voz débil; mientras que Actea, muda y con las manos juntas, le contemplaba sorprendida de tal remordimiento y humildad en un hombre que creía tan poderoso....

Levantóse al fin y dijo:

—No es esto todo, hija mia. Mi odio á los discípulos sucedió al que tenía al profeta. Ocupados los apóstoles en el ministerio de la palabra, habían elegido siete diáconos para distribuir las limosnas. Sublevóse el pueblo contra uno de estos, llamado Esteban, y le obligó á comparecer ante el consejo, y allí depusieron testigos falsos, que le habían oido proferir blasfemias contra Dios, Moisés y su ley. Esteban fué condenado, y sus enemigos se apoderaron al momento de su persona, y lo sacaron fuera de Jerusalen para apedrearlo, según la ley contra los blasfemos. Hallábame yo entre los que habían pedido la muerte del primer mártir, y aunque no tiré piedras, guardaba las capas de los que se las tiraban. Sin duda me alcanzó alguna parte de las oraciones del santo sen-

tencido, que repetia esta imprecacion sublime desconocida hasta Jesucristo:

—Señor, Señor, no se lo imputeis á pecado, porque no saben lo que hacen.

En efecto, si no habia llegado el momento de la gracia, al menos se aproximaba á paso precipitado. Viendo los gafes de la sinagoga mi ardor en la persecucion de la joven Iglesia, me dieron la comision de marchar á Siria para buscar los nuevos cristianos y llevarlos á Jerusalen. Segui la ribera del Jordan desde el río Jaher hasta Cafarnaum. Volvi á ver las orillas del lago de Genesaret, donde tuvo lugar la pesca milagrosa, toqué la cordillera de Hermon perseverando en mi venganza; pero al llegar á la cumbre de una montaña, desde la cual se descubre la llanura de Damasco y los veintisiete ríos, que la riegan, me vi cercado y herido de improviso por una luz del cielo; entonces caí como cae un hombre muerto, y oí una voz que me decia: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

¡Oh! Señor, dije temblando, ¿quién sois y qué queréis de mí?

—Soy Jesus, á quien persigues, dijo la voz, y quiero emplearte en propagar mi palabra, á ti que hasta ahora has procurado apagarla.

Señor, continué aun mas trémulo y asustado que antes; Señor, ¿qué queréis que haga?

—Levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que debes hacer.

Y la gente de mi séquito estaba casi tan espantada como yo, porque una voz poderosa había herido sus oídos sin que vieran á nadie: no oyendo nada mas, me levanté al fin y abri:

los ojos; pero me pareció que la noche mas oscura había sucedido á aquella luz brillante. Estaba ciego; alargué, pues, el brazo y dije:

Dirigidme, porque nada veo.

Entonces uno de mis sirvientes me cogió por la mano y me condujo á Damasco, donde estuve tres días sin vista y sin tomar alimento.

Pasado este tiempo, me pareció que se me acercaba un hombre, y sin verle ni conocerle, tuve la inspiración de su nombre, quo era Ananías; sentí en el mismo instante qué me imponían las manos, y que una voz me dijo:

—Saulo, hermano mío, el Señor Jesus que te apareció en el camino que traías, me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo.

Al momento me cayó de los ojos una especie de escamas, y recobré la vista. Entonces, cayendo de rodillas, pedí el bautismo.

Desde aquel momento empecé á ser tan ardiente en mi fe como encarnizado había sido en mi odio; he atravesado la Judea desde Sion á Arad, y desde el monte Seir hasta el torrente de Besor; he recorrido el Asia, la Bitinia, la Macedonia; he visto á Atenas y Corinto; he tocado en Malta, he desembarcado en Siracusa; y desde allí costeando la Sicilia he entrado en el puerto de Puzoles, donde estoy hace quince días esperando unas cartas de Roma, que recibí ayer: estas cartas me son dirigidas por mis hermanos, que me llaman cerca de ellos; ya llegó el dia del triunfo, y Dios nos prepara el camino, porque mientras envía la esperanza al pueblo, inspira la locura á los emperadores, á fin de minar el viejo mundo por

su base y por su cima. No es la casualidad, sino la Providencia, quien ha distribuido el terror á Tiberio, la imbecilidad á Claudio, la locura á Neron. Semejantes emperadores hacen dudar de los dioses que adoran, y de este modo dioses y emperadores caerán juntos: los unos despreciados, los otros maldecidos.

—¡Oh! ¡Padre mio, padre mio, gritó Actea, deteneos... apriadaos de mí!

—¿Y qué puedes tener tú de común con esos hombres de sangre? respondió Pablo admirado.

—Padre mio, continuó la jóven ocultando la cabeza entre sus manos, tú me has referido tu historia; y me pides la mia: la mia es corta, pero terrible y criminal. Amo al César, ¡soy su querida!

—En eso no veo mas que una falta, hija mia, respondió Pablo, aproximándose á ella con interés y curiosidad.

—Pero yo le amo aun, gritó Actea, le amo mas que amaré nunca á ningun hombre en la tierra, á ningun Dios en el cielo.

—¡Ah! ¡ah! ¡Dios haya misericordia! murmuró el anciano; en esto está el crimen.

Y arrodillándose en el rincon de la cabaña, se puso en oración.



CAPITULO XII.

Cuando hubo llegado la noche, se ciñó Pablo la cintura, apretó las sandalias, tomó su bastón, y se dirigió á Actea; hallábase esta dispuesta y resuelta á huir, sin que la importase mucho el saber á dónde iba; alejábase de Neron, y en este momento el horror y el temor que había experimentado la víspera, la impulsaban todavía á realizar este proyecto, al paso que conocía que la dilacion de un dia mas, que de volver á ver á aquel hombre que tenía sobre su corazón tan poderoso influjo, todo se perdía; que no tendría valor ni fuerzas sino para amarlo, á pesar de los fuertes y laudables motivos que le habían inspirado la huida, y que su vida desconocida iría aun

á perderse en aquella vida agitada, como un arroyo en el Océano; porque para ella, cosa rara su amante era siempre Lucio, y nunca Neron: el vencedor en los juegos olímpicos y Neron eran dos individualidades, y su existencia se dividía en dos fases muy distintas: la una, que era su amor por Lucio, de la cual sentía toda la realidad; la otra, el amor de Neron por ella, y que la parecía un sueño.

Cuando salió de la cabaña, fijóse su mirada en el golfo, testigo la víspera de la terrible catástrofe que hemos referido: el agua estaba serena, el aire puro, la luna alumbraba en el cielo y el faro de Misena en la tierra; de suerte que se veía el lado opuesto del golfo como en un dia despejado. Divisó Actea la masa sombría de los árboles que rodean a Bauli, y pensando que aun estaría allí Lucio, se paró dando un suspiro. Aguardó Pablo un instante; y despues, dando algunos pasos hacia ella, la dijo con voz compasiva:

—Hija mia, ¿no me signes?

—¡Oh padre mio! dijó Actea, no atreviéndose á confesar al anciano el verdadero motivo de su detención: ayer me separé de Neron con Agripina su madre: la embarcación en que íbamos naufragó; nos salvamos las dos nadando, y la perdi en el momento en que una barca la recogía. No quise abandonar esta playa sin saber lo que ha sido de ella.

Sebaló Pablo con la mano la granja de Julio César, y habiendo observar á Actea una gran llamar que se elevaba entre este edificio y el camino de Misena, la dijo:

—¿Ves aquella llama?

—Sí.

—Pues bien, continuó el anciano, esa llama es la de su pira.

Y como si hubiesese adivinado que estas pocas palabras satisfacian á todos los pensamientos de la jóven, prosiguió su camino. Siguióle esta en efecto sin pronunciar palabra, sin lanzar un suspiro.

Costearon el mar por algun tiempo, atravesando á Puzelles, y luego tomaron el camino de Nápoles. Cuando hubieren llegado á una media legua de la ciudad, la dejaron á la derecha, y fueron por una senda á tomar el camino de Cápua. Era próximamente la una de la mañana cuando divisaron á Atella, y luego vieron en el camino á un hombre en pie, que parecia estarlos esperando: era Silas, el enviado de Pablo. Dirigióle el anciano algunas palabras: Silas partió separándose del camino: Pablo y Actea le siguieron, y llegaron á una casita aislada, en donde se les aguardaba, porque al primer golpe que dió Silas en la puerta, esta se abrió.

Hallábase reunida toda la familia, inclusas las criadas, en un atrio elegante, y parecia estar esperando; así, luego que el anciano se hubo presentado en el umbral, todos se hincaron de rodillas. Estendió Pablo sobre ellos las manos, y los bendijo: en seguida la señora de la casa le condujo al triclinium, y antes de la cena, que estaba dispuesta y esperando, quiso besar los pies al viajero. Por lo que hace á Actea, estraña á aquella nueva religion, y entregada enteramente á mil pensamientos que la desgarraban el corazon, quiso retirarse. No bien lo insinuó, se la presentó una hermosa jóven de quince á diezsisis años, velada como una vestal, y la condujo á la habitacion que la estaba destinada, á donde volvió despues trayéndola su parte de la comida.

Todo lo que se presentaba á la vista de Actea, era para

ella un objeto de admiracion. Habia oido siempre calificar á los cristianos de una secta de ideólogos insensatos, que venian á aumentar el número de aquellas pequeñas escuelas sistemáticas donde se discutian el dogma de Pitágoras, la moral de Sócrates, la filosofía de Epicuro ó las teorías de Platón, y de quienes se hablaba en la corte de Nerón como de una raza impia, entregada á las mas horrorosas supersticiones e infames desórdenes, solo buena para ser arrojada al pueblo, cuando el pueblo pedia una espiacion, y para ser arrejada á los leones, cuando los grandes pedian una justa.

Solo un dia habia pasado desde que fuera socorrida por Pablo; no hacia mas que un dia que veia cristianos, y sin embargo, estas pocas horas habian sido suficientes para desmentir aquella falsa opinion, que la filosofía griega y el odio del palacio imperial habian podido inspirarla. Lo que habia comprendido mejor en la nueva secta, era el sacrificio de si mismo, porque este sacrificio es casi siempre la virtud dominante de la mujer que ama, cualesquiera que sean su creencia y su fé; de suerte que habia concebido una simpatia intuitiva hacia aquella religion que ordenaba á los poderosos la proteccion de los débiles, á los ricos la caridad para con los pobres y á los mártires la oracion por sus verdugos.

En la noche siguiente, á la misma hora en que habia salido la víspera, volvieron á ponerse en camino: los viajeros dejaron á la derecha á Cápua, y luego se pararon á las orillas del Volturno; no bien habian llegado, salió de una estrecha ensenada una barca conducida por un solo hombre, y se les aproximó. Llegada al bordé, Pablo y el conductor desconocido se dieron una seña, en virtud de la cual entró aquel

con Actea en la barca. Habiendo pasado al otro lado, Pablo alargó una moneda al barquero; mas este, cayendo de rodillas, besó en silencio el remate de la capa del apóstol y se quedó humillado y suplicante en esta postura largo tiempo después de haberse alejado aquél á quien tributaba aquella señal de respeto. Cerca de las tres, un hombre que estaba sentado en una de las piedras que los romanos ponían á un lado del camino para subirse los viajeros al montar á caballo, se levantó cuando se aproximaron: era su silencioso y vigilante correo que los aguardaba, como la vispera, para guiarlos á su asilo nocturno. No era una casa elegante la que les esperaba en esta ocasión, sino una pobre choza; no era una escena espléndida servida en un *triclinium* de mármol, sino medio pañuelo mojado en lágrimas; lo necesario para el pobre, ofrecido con el mismo respeto que lo supérfluo del rico.

Recibióles un hombre que llevaba en la frente la marca de los esclavos, un collar de hierro en el pescuezo y dos argollas de hierro en las piernas: era el pastor de una rica granja, que apacentaba millares de ovejas pertenecientes á un amo duro y avaro, y él no tenía una pieza de carnero para abrigarse; había sobre la mesa un pan, y junto á él un vaso de barro de materia común, pero de forma esquisita; en un rincón del cuarto había una cama de forraje y cañas; y sin duda aquel hombre había hecho mas á los ojos del Señor con este pobre hospedaje, que cuanto pudiera haber hecho el rico con la más espléndida hospitalidad.

Sentáronse á la mesa Pablo y Actea; y su huésped, quién había hecho por ellos cuanto había podido, entró en un cuarto que había al lado, y al momento oyeron quejas y gemidos

al través de la mal cerrada puerta. Actea puso su mano sobre el brazo de Pablo.

—¡Oís, padre mío! le dijo.

—Oigo, sí, hija mía, respondió el anciano: llóransen aqué lagrimas amargas, pero el que aísla puede consolar.

Poco después entró el huésped, y fué á sentarse sin hablar una palabra en un rincón del cuarto: en seguida, apoyando los dedos en la rodilla, dejó caer la cabeza entre sus manos.

Al verle Actea tan triste y abatido, fué á arrodillarse junto á él.

—Esclavo, le dijo en voz baja, ¿por qué no te diriges á este hombre? tal vez tenga algun remedio para tu afliccion, algun consuelo para tu dolor.

—Gracias, piadosa joven, respondió el esclavo, pero mi afliccion y mi dolor no son de los que se curan con palabras.

—Hombre de poca fe, dijo Pablo levantándose, ¿por qué dudas? ¿ignoras los milagros del Cristo?

—Bien lo sé, pero el Cristo está muerto, gritó el esclavo sacudiendo la cabeza: los judíos le clavaron los brazos en la cruz, y ahora está en el cielo á la derecha de su Padre. ¡Bendito sea su nombre!

—¿Y no sabes tú, repuso Pablo, que legó su poder á sus apóstoles?

—¡Ah! ¡hijo mío!... dijo el padre prorumpiendo en sollozos sin responder al anciano.

Se despertó como un eco á esta expresion de dolor un sordo gemido que se dejó oír en el cuarto inmediato.

—¡Oh, padre mío! dijo Actea dirigiéndose á Pablo, si está en vuestra mano el hacer algo por estos desdichados, haced

emando podais, yo os lo suplico, porque á pesar de ignorar la causa de su desesperacion, me desgarra el alma; preguntadle lo que tiene, tal vez á vos os responda.

—Yo sé muy bien lo que tiene, dijo el anciano; tiene falta de fe.

—¿Y qué fe quereis que tenga? dijo el afligido esclavo, ¡cómo quereis que espere? Mi vida no ha sido hasta hoy mas que un puro dolor: esclavo é hijo de esclavo, no he tenido una hora de placer; de niño, ni aun fui libre en el seno de mi madre; de joven, habe de trabajar incesantemente bajo la varal y el látigo; ¡abora, padre y esposo, cada dia me cercenan la mitad del pan que necesitan mi mujer y mi hijo! ¡mi hijo, que herido hasta en el vientre de su madre por los golpes con que la oprimieron durante su embarazo, ha venido al mundo maldito, lisiado, mudol ¡mi hijo, á quien amábamos, aunque herido por la cólera celeste, y que confiábamos verle libre de su suerte por su misma desgracia! Pues bien, aun era esto de demasiada fortuna; ayer le vendió su amo á uno de esos hombres que trafican en caro, que calculan lo que puede producirles cualquier enfermedad, que se enriquecen haciendo mendigar en su provecho á los desgraciados en la plaza de Roma; ábreñes sus llagas y les quebrantan los miembros todas las noches; y mañana ¡mañana! nos lo arrancan para entregarlo á ese tormento; ¡pobre inocente, que no tendrá ni una voz para quejarse, para llamarnos en su auxilio ni para maldecir á sus verdugos!...

—¿Y si Dios curase á tu hijo? dijo el anciano.

—En ese caso nos le dejarian, exclamó el padre, porque lo que quieren, lo que compran estos desdichados es su miseria

y su infarto. Sus piernas rotas, su lengua muda; si anduviese, si hablase, seria un niño como todos los niños, y no tendría valor hasta que fuese hombre.

—Pues bien, abre esa puerta, dijo Pablo.

Levantóse el esclavo con la vista fija y el semblante admirado, lleno de duda, á la par que de esperanza; y acercándose á la puerta obedeció la orden que acababa de darle el anciano. La mirada de Actea, aunque oscurecida por las lágrimas, pudo entonces penetrar en el segundo cuarto; había en él, como en el primero, un lecho de paja, sobre el cual estaba sentado un niño de cinco á seis años, sonriendose tranquilo y jugando con algunas flores; hallábase acostada junto á él una mujer, con la cara pegada al suelo, inmóvil y con las manos metidas entre el pelo, como una estatua de la desesperación.

A este espectáculo el semblante del apóstol tomó una expresión sublime de confianza y de fe; levantáronse sus ojos al cielo, fijos y ardientes como si penetrasen hasta el trono del Santo de los santos; un rayo de luz brilló alrededor de sus canas como una aureola, y sin moverse, sin dar un paso, estendió lenta y gravemente la mano hacia el niño, y dijo estas solas palabras:

—En nombre de Dios vivo que ha criado el cielo y la tierra, levántate y habla.

Levantóse el niño, y dijo:

—¡Señor! ¡Señor! bendito sea vuestro santo nombre.

La madre, dando un grito de alegría, saltó de la cama: el padre cayó de rodillas: el niño se había salvado.

Y Pablo, cerrando la puerta, dijo:

— Aquí tienes una familia de esclavos, cuya felicidad causaría envidia á la de un emperador.

Continuaron su camino en la noche siguiente, y llegaron á Fondi; así, durante todo este viaje nocturno y misterioso, Actea volvía á ver sucesivamente los parajes que había recorrido con Neron, cuando el triunfo de este, y al llegar á Fondi recordaba el espléndido recibimiento que les había hecho Galba, aquel anciano á quien los oráculos prometían la corona; su vista había recordado esta predicción al emperador, la que ya tenía olvidada, gracias á la oscuridad en que el futuro César afectaba vivir; así que, apenas hubo llegado á Roma, su primer cuidado había sido alejarlo de Italia: en su consecuencia, Galba recibió el mando de España, para donde había salido al momento, mas solicitó tal vez de alejarse del emperador, que el emperador de apartarlo del imperio.

Antes de partir había dado la libertad á sus mas fieles esclavos, y en casa de uno de estos libertos, convertido á la fe cristiana, fué donde Sitas preparó albergue para el anciano y la joven: este esclavo había sido jardinero de Galba, y el dia de su manumisión había recibido de regalo la casita que habitaba en los jardines de su amo: desde las ventanas de esta humilde cabaña veía Actea á la claridad de la luna la magnifica granja donde se había hospedado con Lucio; uno de estos dos viajes no era mas que un sueño para ella. ¡Cuántas cosas extrañas había sabido! ¡cuántas ilusiones había tocado y se habían disipado como el humo! ¡cuántos dolores, que entonces ni aun creía pudiesen existir, se habían realizado desde esa época! ¡cuánto había cambiado todo para ella! ¡cómo se habían marchitado y secado aquellos jardines floridos, por los

cualas creia entonces andar, y cómo en su vida árida y solitaria habia quedado solo vivo su amor, siempre nuevo, siempre el mismo; siempre en pie e inalterable como una pirámide en medio del desierto!

Tres dias, ó mas bien tres noches, continuaron aun su camino, ocultándose cuando aparecia la luz, prosiguiendo en su viaje luego que esta desaparecia, precedidos siempre por Silas, y siempre parando en casa de nuevos prosélitos, porque la fe empezaba ya a contar un gran número de neófitos, sobre todo entre los esclavos y el pueblo; finalmente, la tercera noche salieron de Veletri, antigua capital de los volscos, que habia dado la muerte a Coriolano y la vida a Augusto, y al aparecer la luna en el horizonte llegaron á la cumbre de la montaña de Albano. Esta vez Silas no los habia dejado, aunque iba delante de ellos unos trescientos ó cuatrocientos personas; mas habiendo llegado al sepulcro de Ascanio se paró, aguardando que le alcanzasen, y alargando la mano al horizonte, donde brillaban una multitud de luces, y de donde venia un gran murmullo, solo pronuncio esta palabra, que anunciaba al anciano y á la joven que tocaban al término de su viaje:

—¡Romal...

Postróse Pablo de rodillas, dando gracias al Señor por haberlo conducido, despues de tantos riesgos, al término de su viaje y al fin que se habia prometido; apoyóse Actea en el sepulcro por no caerse, tantos eran los recuerdos dulces y crueles á la vez que contenia el nombre de esta ciudad y el sitio desde donde la habia visto por primera vez.

—Yo te he seguido, padre mío, dijo la joven, sin haberte preguntado á dónde íbamos; pero si hubiera sabido que era

á Roma... ¡oh! no creo que hubiera tenido valor para ello.

—No vamos á Roma, respondió el anciano levantándose.

Un momento despues, viendo que se aproximaba un grupo de caballeros que seguian la vía Appia, Silas dejó el camino, dirigiéndose á la derecha al través de la llanura: Pablo y Actea le siguieron.

Empezaron entonces á caminar por entre la vía Latina y la vía Appia, evitando los dos caminos que salian de la primera, que terminaban el uno en Marina, junto al lago de Albano, y el otro en el templo de Neptuno, cerca de Ancio. Despues de dos horas de camino, y de haber dejado á la derecha el templo de la fortuna femenina, y á la izquierda el de Mercurio, entraron en el valle de Ejeria, siguiendo algun tiempo la orilla del arroyo Almon; y despues, tomando á la derecha y andando por medio de los grandes trozos de rocas que parecian desprendidos de la montaña por algun terremoto, se hallaron de repente á la entrada de una caverna.

Entró Silas el primero, invitando en voz baja á los viajeros á seguirle; pero Actea se estremeció al aspecto inesperado de esta abertura sombría, que parecia la boca de un monstruo proxima á devorarla. Sintió Pablo que le posia el brazo sobre el suyo, como para detenerle, y comprendió su terror.

—Nada tienes que temer, hija mia, la dijo: el Señor está con nosotros.

Suspiró Actea, lanzó la ultima mirada al cielo, todo sembrado de estrellas, que iba á perder de vista, y en seguida se sepultó con el anciano bajo la bóveda que se la indicaba.

Caminaron un corto espacio en tan completa oscuridad, que solo la voz de Silas les podia servir de guia; paróse este

al pie de una de las columnas macizas que sostienen la bóveda, y haciendo chocar dos pedernales, hizo saltar algunas chispas, que encendieron un lienzo azufrado; después encontró una antorcha que estaba oculta en la excavación de una roca.

—No hay ningun peligro á esta hora, dijo; pues aunque todos los soldados de Neron nos persiguiesen, no nos alcanzarían ya.

Aunque dirigió Actea la vista á su alrededor, nada pudo distinguir de prusto: la antorcha, vacilando todavía á causa del aire esterior, cuyas corrientes se cruzaban bajo aquellas bóvedas, no arrojaba mas que resplandores pasajeros y amortiguados, como pálidos relámpagos; de suerte que alumbrados momentáneamente los objetos, volvian á quedar en la oscuridad, sin tener tiempo de distinguir su forma ni color; fué, sin embargo, acostumbrándose la vista paulatinamente á esta reverberacion, hizose mas fija la llama de la antorcha, empezando á alumbrar un círculo mayor, y los viajeros pudieron distinguir hasta el techo sombrío de aquellas inmensas bóvedas; en fin, no penetrando ya ningun aire hasta ellos, la claridad empezó á ser fija y estensa: ya caminaban estrechados entre dos paredes, ya entraban en una inmensa encrucijada de piedras de profundas concavidades, en las que iba á morir la claridad de la antorcha, que alumbraba con un reflejo menguante los ángulos de las blancas columnas, semejantes á espectros en su inmovilidad. Esta marcha nocturna, el ruido de los pasos, repetidos por un eco funebre, aquella falta de aire á la cual el pecho no estaba aun acostumbrado, causaban una especie de tristeza y sobroanegimiento, que oprimía como un dolor el co-

razón de Actea. Paróso de repente estremeciéndose, y apoyando una de sus manos en el brazo de Pablo, le mostró con la otra una hilera de sepulcros que ocupaba una de las paredes; al mismo tiempo y á la extremidad de aquellas sombrías avenidas vieron pasar mujeres vestidas de blanco como fantasmas, llevando antorchas y dirigiéndose todas á un centro común. Adelantándose algo mas, percibieron una armonía tan pura, que parecía un coro de ángeles, cuyos acentos melodiosos resonaban en aquellas bóvedas inmensas. Unas lámparas colgadas de trecho en trecho en las columnas, empezaban á indicar el camino; iban ya siendo mas frecuentes los sepulcros, mas numerosas las sombras, mas distinto el canto, y es que se acercaban á la ciudad subterránea, y sus inmediaciones empezaban á poblararse de muertos y de vivos. De trecho en trecho hallábanse por el suelo coronillas y rosas que se habían caido de alguna corona, y se marchitaban tristemente lejos del aire y del sol. Actea recogía estas pobres flores, hijas del día y de la luz, como ella, asombradas de verse, como ella, enterradas vivas en un sepulcro, y las juntaba formando un ramillete pálido y sin olor, como se forma una esperanza para el porvenir con los restos de una felicidad pasada. Por fin, á la vuelta de una de las mil calles de este laberinto, descubrieron un espacioso local, que tenía la forma de una basílica subterránea, alumbrado por lámparas y antorchas, y lleno de un pueblo entero de hombres, mujeres y niños. Una porción de jóvenes cubiertas con largos velos blancos hacían resonar en las bóvedas aquellos cánticos que Actea había oido; adelantábase á la muchedumbre postrada un sacerdote que se disponía á celebrar los

misterios, pero al aproximarse al altar se detuvo repentinamente, y volviéndose á su auditorio admirado:

—Hay aquí, exclamó con una inspiración respetuosa, uno que es mas digno que yo de repetiros la palabra de Dios, porque la ha oido de boca de su Hijo. Acércate, Pablo, y bendice á tus hermanos.

Y todo aquel pueblo, á quien Pablo estaba prometido desde largo tiempo, cayó de rodillas: Actea, aunque pagana, imitó al pueblo, y el futuro mártir subió al altar.

¡Hallábanse en las Catacumbas!...





CAPITULO [XIII].

Existia una ciudad entera debajo de otra ciudad.

Hay cierta semejanza en la existencia de la tierra, los pueblos y los hombres: la tierra sufre sus diluvios, los pueblos sus revoluciones, el hombre sus enfermedades; todos tienen su infancia, su edad viril y su vejez; su edad se diferencia en la duracion, y nada mas; la una se cuenta por miles de años, las otras por siglos, las ultimas por dias.

Hay para cada uno en este periodo que les está concedido, épocas de transicion, durante las cuales se verifican cosas inauditas, que aunque legítimas consecuencias del pasado, y una disposicion preparatoria del porvenir, se resisten á la investigacion de la ciencia bajo el título de accidentes de la

naturaleza, al paso que brilló á los ojos de la fé como preparaciones de la Providencia. Roma había, pues, llegado á una de esas épocas misteriosas, y empezaba á experimentar las extrañas convulsiones que acompañan al nacimiento ó caída de los imperios: sentía agitarse en sus vastas entrañas el hijo desconocido que había de dar á luz; atormentábala una incomodidad mortal, y, como un calenturiento que no puede hallar ni sueño ni descanso, consumía los últimos años de su vida pagana, ya en arrebatos de delirio, ya en intervalos de abatimiento; porque, como hemos dicho, en el seno de la civilización superficial y esterior que se agitaba sobre la faz de la tierra, se había deslizado un principio nuevo, subterráneo, invisible, que llevaba consigo la destrucción del mal y reedificación del bien, el fin de las tinieblas del presente y la vida y la luz del porvenir: así, todos los días se verificaban encima, debajo y á su alrededor, sucesos inexplicables á su ceguera, y que sus poetas refieren como prodigios: ya eran ruidos subterráneos y extraños que se atribuían á las divinidades del infierno, ya desapariciones repentina de hombres, de mujeres, de familias enteras, ya apariciones de gentes que se creían muertas, y que de pronto salían del reino de las sombras para atemorizar y premonitor. Y era que el fuego subterráneo que calentaba aquel inmenso crisol, hacía hervir en él, como oro y plomo, todas las pasiones buenas y malas; solo que el oro se precipitaba, y el plomo quedaba en la superficie. Las Catacumbas eran el misterioso recipiente donde se juntaba gota á gota el tesoro del porvenir.

Eran, como es hoy, vastas edificios abandonadas: Roma entera con sus casas, palacios, teatros, baños, circos y

muchedumbres, habían sufrido de ellas piedra á piedra: eran las entrañas que habían dado á luz la ciudad de Rómulo y de Scipion; pero desde Octavio y desde el dia en que el mármol había reemplazado á la piedra, el paso del trabajadores había dejado de resonar en aquellas vastas galerías. La berroqueña se había hecho demasiado común, y los emperadores habían mandado pedir á Babilonia su porfiro, á Tebas su granito y á Corinto su cobre: las inmensas cavernas que se extendían por debajo de Roma, habían pues quedado abandonadas, desiertas y en olvido, cuando el naciente cristianismo las volvió á poblar; lenta y misteriosamente: al principio fueron un templo, despues un asilo, y luego una ciudad.

Cuando Actea y el anciano bajaron á ellos; no eran todavía mas que un asilo; cualquier esclavo, cualquier desgraciado, cualquier proscrito estaba seguro de encontrar allí un refugio, consuelos y un sepulcro: así, familias enteras habíanse refugiado á su oscuridad, y ya los adictos á la nueva fe se contaban á miles; pero entre la muchedumbre inmensa que cubría la superficie de Roma, nadie se había apercibido de aquella filtración subterránea, que no era bastante considerable para aparecer en la superficie de la sociedad y hacer bajar á su nivel á la población.

No debe creerse, sin embargo, que la vida de los primeros cristianos estuviese solamente ocupada en sustraerse á las persecuciones que empezaban á nacer; por simpatía, por compasión y por valor participaba de todos los eventos que amenazaban á los hermanos, á quienes una necesidad cualquiera había detenido dentro de las murallas de la ciudad pagana. Muchas veces al ocurrir en peligro, el neófito de la ciudad

superior sentia surgir un auxilio inesperado; abriase bajo sus pies una trampa invisible, y se volvia á cerrar sobre su cabeza, la puerta de su calabozo giraba misteriosamente sobre sus goznes, y el carcelero huia con la victimá; ó bien, cuando la cólera de sus opresores era tan grande que, semejante al rayo, habia herido al tiempo de presentarse el relámpago, cuando el neófito habia pasado á ser mártir, ya hubiese sido abogado en la cárcel de Tulo, ya que su cabeza hubiese caido en la plaza pública, ó que hubiera sido precipitado de lo alto de la roca Tarpeya, ó finalmente, que hubiese sido puesto en cruz sobre el monte Esquilino, algunos ancianos prudentes, algunos jóvenes arrojados, y aun á veces algunas mujeres iluminadas, aprovechándose de las sombras de la noche, subian por senderos estraviados la montaña maldita donde se arrojaban los cadáveres de los sentenciados para que fuesen devorados por las fieras ó las aves de rapiña, é iban á recoger los cuerpos mutilados, llevándolos religiosamente á las Catacumbas, en donde, de objetos de odio y execracion que habian sido para sus perseguidores, se convertian en objeto de adoracion y de respeto para sus hermanos, que se exhortaban mutuamente á vivir y morir, como habia vivido y muerto en la tierra el escogido que les precedia en el cielo.

Acontecia tambien con frecuencia que, además de los golpes que descargaba la muerte á la luz del sol, iba á escoger alguna víctima á las Catacumbas; en este caso, no era una madre, un hijo ó una esposa quien perdía un padre ó un marido, era una sociedad entera quien lloraba un hijo: entonces le tendrian en una sábana, y si era una soltera la coronaban de rosas; si un hombre, ya jóven, ya anciano, le ponian en la

mano una palma: el sacerdote le rezaba la oración de difuntos, y después lo tendían con suavidad en la tumba de piedra que de antemano estaba abierta, donde iba á dormir aguardando la resurrección eterna: estos eran los sepulcros que Actea había visto al entrar por primera vez bajo aquellas desconocidas bóvedas: el terror que entonces la inspiraran, se había convertido en melancólica y profunda meditación: la joven, pagana aun en el corazón, pero cristiana ya en el alma, se paraba á veces horas enteras delante de aquellas tumbas, donde una madre, una esposa ó una hija afligidas, habían grabado con la punta de un enchilto el nombre de la persona amada, y algún símbolo religioso que expresase su dolor ó su esperanza. Era en casi todos una cruz, emblema de resignación para los hombres, á quienes se habían consagrado los sufrimientos de un Dios, ó bien el candelero de siete brazos que ardía en el templo de Jerusalén, ó la paloma del arca, dulce mensajero de misericordia, que trae á la tierra la rama de olivo que ha ido á coger á los jardines del cielo.

Pero los recuerdos de felicidad se presentaban otras veces más vivos y poderosos á la imaginación de Actea, y entonces acechaba los rayos de luz y escuchaba el ruido de la tierra; entonces iba á sentarse sola y aislada al pie de alguna maciza columna, y cruzada de manos, apoyada la frente en las rodillas, cubierta con un largo velo, se la hubiera tenido por una estatua sentada en un sepulcro, si de rato en rato no saliese un suspiro de su boca, circulando por todo su cuerpo un estremecimiento de dolor.

Entonces Pablo, único depositario del secreto de aquella alma, Pablo, que había visto á Jesús perdonar á la Magdalena

na, dejando al tiempo y á Díos el cerrar aquella herida; y cuando la veía así muda e inmóvil, decía á las mas puras de entre las vírgenes:

—Rogad por esta mujer para que el Señor la perdone, y sea algun dia una de vosotras, y ruego tambien con vosotras;

Las jóvenes obedecian; y, ya fuese que sus súplicas subieran al cielo, ya que las lágrimas endulzaban la amargura del dolor, pronto se veía á la joven griega reunirse á sus compañeras con la sonrisa en los labios y las lágrimas en los ojos.

Mientras que los cristianos ocultos en las catacumbas llevaban esta vida de caridad, de procelosismo y de expectación, apresurábanse los sucesos sobre su cabeza, todo el mundo pagano se bamboleaba como un abro, y Neron, príncipe del festín y rey de la orgía, se afestaba de placeres, de vino y de sangre. Con la muerte de Agripina había roto el último freno que aun podía contenerle por aquel temor de niño que el joven conserva á su madre; pero desde el momento en que se había apagado la llama de la pira, pareció disiparse con ella todo poder, toda conciencia, todo recordamiento. Había querido pertanecer en Baal; porque á los aparentes sentimientos piadosos había sucedido el temor; y Neron, á pesar de su desprecio por los hombres y de su impiedad para con los dioses, no podía persuadirse que semejante crimen dejase de escitar contra él el odio de los unos y la cólera de los otros; residía, por tanto, lejos de Nápoles y de Roma, aguardando las noticias que le traerían sus correos; pero se anduvo acertado en dudar de la bajada del Senado, pues bien pronto le fué á felicitar una diputación de patricios y caballe-

ros, por haber escapado de aquel nuevo e imprevisto peligro, participándole al mismo tiempo que, no solo Roma, sino todas las ciudades del imperio, llenaban los templos con sus enviados y manifestaban su alegría con sacrificios. Con respecto á los dioses, si se ha de creer á Tacinto, que puede muy bien haberles prestado un poco de su rigorismo y severidad, o digase mas bien su dardala conciencia, fueron menos fáciles; pues á falta de remordimientos, enviaron al parricida el insomnio, durante el cual creia oír resonar una trompeta sobre la cima de los montes vecinos, y por el lado del sepulcro de su madre se imaginaba percibir gritos lamentables, desconocidos y sin causa. A consecuencia de esto habia marchado otra vez á Nápoles.

Habia encontrado allí nuevamente á Popaea, y con ella el odio por Octavia: la desdichada hermana de Británico, desgraciada niña, que arrancada de los brazos del que amaba con la pureza de una virgen, fué echada en los de Neron por Agripina; esposa desgraciada cuyo luto empezó el dia de sus bodas; que solo entró en la casa conyugal para ver morir en ella envenenados á su padre y hermano, y luchar en vano contra una querida mas poderosa; y que lejos de Roma permanecia á los veinte años desterrada en la isla de Pandataria, separada ya de la vida por el presentimiento de la muerte, y sin tener otra corte que centuriones y soldados, corte terrible con la vista vuelta siempre á Roma, y que no aguardaban mas que una orden, un gesto, una señal para convertirse en verdugos. Y sin embargo, aquella vida, aunque aislada, sin ventura y desconocida, era lo que atormentaba á Popaea en medio de sus adulteros esplendores y de su poder sin límites;

porque la belleza, la juventud y las desgracias de Octavia la habian dado popularidad: compadecianla los romanos por una especie de instinto, y por el sentimiento natural al hombre, que le hace tener lástima de la debilidad que sufre; pero este mismo interés podia contribuir á perderla y nunca á salvarla, porque era mas tierno que fuerte, y semejante al que se experimenta por una gacela herida, ó por una flor tronchada en su tallo.

Conociendo Neron este sentimiento popular, vacilaba en dar el golpe, á pesar de las instancias de Popea y de su indiferencia por Octavia. Hay crímenes tan inútiles, que el hombre mas cruel vacila en cometerlos; porque lo que teme el culpable coronado no son los remordimientos, sino la falta de escusa. La cortesana comprendió lo que detenia al emperador, porque sabiendo que no era el amor ni la compasion, procuró indagar la verdadera causa, y no tardó en conocerla; asi que, estalló un dia una sedicion; pronuncióse el nombre de Octavia con gritos que pedian su vuelta; fueron derribadas y arrastradas por el fango las estatuas de Popea; despues llegaron una porcion de hombres con látigos, que dispersó á los rebeldes y repuso las effigies de Popea en sus pedestales: esta sublevacion habia durado una hora y costado un millon, que no fué pagar muy caro la cabeza de una rival.

Esta demostracion era cuanto necesitaba Popea. Hallábase esta en Roma; corrió á Nápoles huyendo, segun decia, de los asesinos pagados por Octavia; estaba seductora con el esplanto; se echó á los piés de Neron, y este envió orden á Octavia de darse la muerte. En vano la pobre desterrada ofreció reducirse al titulo de viuda y hermana; en vano invocó el

nombre de Germánico, de sus comunes abuelos y el de Agripina, que en tanto que vivió, había velado por sus días; todo fué inútil; y como vacilase en obedecer, y no teniendo valor para darse ella misma el golpe, la ataron los brazos y la abrieron cuatro venas; después le cortaron todas las demás arterias, porque, helada la sangre con el miedo, tardaba en correr; y como á pesar de esto no acudía, ahogáronla en el vapor de un baño hirviendo. Por último, para que no se pudiese dudar de la muerte, porque podía creerse que se había sustituido á la víctima imperial con otra vulgar, separaron la cabeza del cuerpo y se la llevaron á Popea, que, poniéndola sobre sus rodillas, le abrió los párpados, y creyendo tal vez percibir una amenaza en aquel mirar fijo y helado, la metió en los ojos los alfileres de oro que le sujetaban el pelo.

Resolvió por fin Neron marchar á Roma, y su locura y disolución llegaron al colmo: hubo juegos en que lucharon senadores en lugar de gladiadores, contiendas de canto en que fué castigado de muerte el que no aplaudió, un incendio, en que ardió la mitad de Roma, y que Neron estuvo mirando, aplaudiéndolo y cantando al son de la lira. Conoció, en fin, Popea que era tiempo de parar al que ella había excitado, que placeres tan inauditos y monstruosos dañaban á su influencia, fundada también en los placeres.

Con el pretexto de su embarazo rehusó ir al teatro un día en que Neron debía cantar: esta negativa ofendió al artista; mandó como emperador, Popea se resistió como favorita, y Neron impacientado la mató de un puntapié.

Neron pronunció en la tribuna el elogio de su víctima, y no pudiéndola alabar por sus virtudes, la celebró por su be-

ilea. Dispuso él mismo los funerales, no queriendo que el cuerpo fuese quemado, sino embalsamado al estilo de los reyes de Oriente; y Plinio el naturalista asegura que no produjo la Arabia en un año tanto incienso y mirra como hizo consumir el emperador para los divinos funerales de la que mandaba herrar sus mulas con oro y gastaba todos los días para sus baños la leche de quinientas burras.

Las lágrimas de los malos reyes caen sobre los pueblos en Riva de sangre; acusó Neron á los cristianos de sus propios crímenes, y dió principio una nueva persecución, mucho mas terrible aun que las precedentes. Entonces se dobló con el peligro el celo de los catecúmenos (1); había diariamente nuevas viudas y nuevos huérfanos que consolar; cada noche nuevos cuerpos que sustraer á las fieras y á las aves de rapina. Ultimamente, hicieron observar á Neron que le sustraían los cadáveres de sus víctimas; puso una guardia alrededor del monte Esquilino, y una noche que algunos cristianos guiados por Pablo iban, segun costumbre, á cumplir su santa misión, una porción de soldados escondidos en una quebrada de la montaña se les echó encima de improviso y los hizo prisioneros, á excepción de uno solo, y este era Silas.

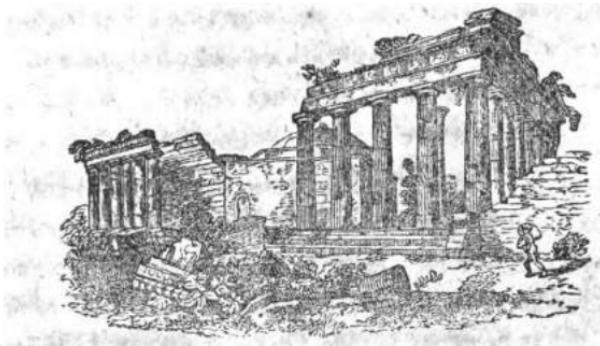
Acudió presuroso á las Catacumbas, á donde llegó cuando se reunían los fieles para la oración. Anuncióles la fatal nueva, y todos cayeron de rodillas para implorar al Señor. Solamente Actea se quedó en pie, porque el Dios de los cristianos no era todavía el suyo. Algunos clamaron contra la impia y la ingrata; pero Actea estendió el brazo

(1) Habitantes de las Catacumbas.

en ademan de reclamar el silencio, y cuando fué obedecida:

—Tranquilizaos, dijo; mañana iré á Roma, y haré por salvarle.

—Y yo, dijo Silas, me vuelvo esta noche á la ciudad para morir con él, si no lo consigues.





CAPITULO XIV.

Actea , en cumplimiento de su promesa , salió á la mañana siguiente de las Catacumbas y emprendió el camino de Roma : iba sola y á pie , vestida con una larga ropa talar que le bajaba desde el cuello á los pies , y cubierta con un velo que le tapaba la cara ; con el cinturon se había ceñido un puñal corto y agudo por temor de ser insultada por algun caballero borracho , ó algun soldado brutal : además , si no salía bien de su empresa , si no alcanzaba el perdon de Pablo que venia á solicitar , pediría verlo para darle aquella arma á fin de que se librase de un suplicio terrible y vergonzoso .

Era todavía , como se vé , la jóven de Acaya nacida para

ser sacerdotisa de Diana y de Minerva: educada en las ideas y ejemplos paganos, recordando siempre á Aníbal bebiendo el veneno, á Catón abriéndose las entrañas y á Bruto arrojándose sobre su espada, ignoraba que la buena religión prohibía el suicidio y glorificaba el martirio, y que lo que era objeto de la afrenta á los ojos de los gentiles, era la corona triunfal para los fieles.

Cuando hubo llegado á algunos pasos de la puerta Metronia por el valle de Ejeria que la domina aun dentro de Roma, el cual había seguido desde las Catacumbas, sintió debilitarse sus rodillas y latir su corazón con tanta fuerza, que para no caer hubo de apoyarse en un árbol; iba á ver otra vez al que no había visto desde la terrible noche de las fiestas de Minerva. ¿Hablaría á Lucio ó á Neron? ¿al vencedor de los juegos olímpicos ó al emperador? ¿un amante ó un juez? Por otra parte, conocía que aquel abatimiento de su corazón, que había experimentado durante su larga meditación en las Catacumbas, era efecto del frío, del silencio y de la oscuridad de aquella mansión, y que al hallar el día y la luz recobraba la vida y se abría de nuevo al amor, como una flor al sol.

En cuanto á lo demás, todo lo que había pasado en la superficie de la tierra, había tenido, como hemos dicho, un eco en las Catacumbas, pero un eco fugitivo, superficial, engañador. Actea había sabido el asesinato de Octavia y la muerte de Popea; pero todos los infames detalles que los historiadores nos han conservado estaban todavía encerrados en un círculo de verdugos y cortesanos; fuera del cual solo habían traspuesto sordos rumores y relaciones truncadas;

solo la muerte arranca el velo que cubre la vida de los reyes, y solo cuando de su magestad ha hecho Dios un cadáver impotente, vuelvo la verdad, siempre desterrada del real palacio, y se sienta en su tumba. Lo único que sabia Actea era que el emperador no tenia ni esposa ni querida; y una secreta esperanza la decia que tal vez habia conservado en un rincon de su pecho el recuerdo de aquel amor, que era para ella toda su existencia.

En virtud de estas halagüeñas esperanzas se halló pronto recobrada y animosa, y atravesó la puerta de la ciudad. Era una bella y calurosa mañana de julio, el (1) XV de las calendas, dia designado entre los días felices. Era á la segunda hora de la mañana, que corresponde entre nosotros á la séptima, hora designada tambien entre las horas felices. Sea que esta coincidencia de fechas propicias llevase á todos al cumplimiento de sus negocios ó de sus placeres, sea que un espectáculo inesperado hubiese sacado al pueblo de sus ocupaciones diarias y matutinas, las calles estaban llenas de paseantes, dirigiéndose casi todos al Foro.

Siguiólos Actea, porque era el camino del Palatino, donde esperaba encontrar á Neron. Entregada enteramente al sentimiento que la inspiraba esta próxima entrevista, iba andando sin ver y sin oír, siguiendo la larga calle que se estiende entre el Celio y el Aventino, la cual estaba entapizada de telas preciosas y cubierta de flores como en las solemnidades públicas; al llegar al ángulo del Palatino vió á los dioses de la patria adornados con vestiduras de fiesta y

(1) El 18 de julio.

ceñida la frente con sus coronas de césped , de encina y de laurel ; dirigióse entonces á la derecha , y pronto se encontró en la vía Sagrada , por la que había pasado en triunfo cuando su primera entrada en Roma . Dirigíase la muchedumbre al Capitolio , cada vez mas numerosa y apretada : parecía prepararse allí alguna espléndida solemnidad ; pero ¿qué podía interesar á Actea lo que pasara en el Capitolio , si era á Lucio á quien buscaba , y Lucio habitaba la casa dorada ? Así , cuando hubo llegado á la altura del templo de Remo y Rómulo , volvió á la izquierda , pasó rápidamente por entre los templos de Febea y Júpiter Stator , subió la escalera que iba á parar al Palatino , y hallóse bajo el vestíbulo de la casa dorada .

Allí fué donde empezó para ella la primera revelación de la extraña escena que iba á pasar á su vista : frente á la puerta del atrium había un lecho magnífico , cubierto de púrpura liria recamada de oro , levantado sobre un pedestal de mármol embutido de concha y cubierto de telas atálicas , que lo envolvían como una tienda . Actea sintió una convulsión general , acudió á su frente un sudor frío y circuló por sus ojos una nube ; este lecho , espuestó á las miradas de la muchedumbre , era un lecho nupcial . Quiso , sin embargo , dudar de la realidad ; se acercó á un esclavo , y le preguntó qué lecho era aquel , y este le dijo que era el de Neron , que en aquel momento se estaba casando en el templo de Júpiter Capitolino :

Verificóse entonces en el alma de la jóven un terrible y rápido retroceso hacia la pasión insensata que la había perdido : todo desapareció de su memoria , las Catacumbas que le habían dado un asilo , los cristianos que tenían puesta en

ella su esperanza , y el peligro de Pablo , que le había salvado , y á quien ella había venido á salvar á su vez ; cogió mano al puñal que había tomado como una defensa del pudor ó un recurso contra la deshonra , y con el corazon lleno de celos , bajó precipitadamente la escalera y se lanzó en dirección al Capitolio para ver la nueva rival que le arrebataba el corazon de su amante en el momento en que esperaba tal vez recibrarlo . Con el poder que presta una pasión ardiente , se abrió paso por medio de la immense muchedumbre , porque era fácil conocer , aunque el velo lo ocultaba enteramente el semblante , que aquella mujer , de paso seguro y rápido , iba á un fin importante , que no permitía que la detuviesen . Siguió de esta suerte la vía Sagrada , hasta el punto en que se dividía bajo el arco de Scipion , y tomando el camino mas corto ; es decir , el que pasaba por entre las cárcellos públicas y el templo de la Concordia , entró con paso firme en el templo de Júpiter Capitolino . Entonces , al pie de la estatua del dios , cercados de los diez testigos que exigía la ley escogidos de entre los mas nobles patricios , y colocados en asientos cubiertos con el vellón de una oveja que había servido para el sacrificio , vió á los desposados que estaban con la cabeza velada , de suerte que al principio no pudo reconocer quién era aquella mujer ; pero en aquel momento el gran pontífice , asistido del sacerdote de Júpiter , después de haber hecho una libación de leche y de vino con miel , se dirigió al emperador diciéndole :

—Lucio Domiciano Claudio Neron , yo te entrego á Sabina ; sé su esposo , amigo , tutor y padre ; yo te hago dueño de todos sus bienes , y los confío á tu buena fé .

Al mismo tiempo puso la mano de la mujer en la del esposo, y la levantó el velo, á fin de que todos pudiesen saludar á la nueva emperatriz.

Entonces Actea, que había dudado en tanto que no había oido mas que el nombre, hubo de creer al fin cuando vió el semblante; era en efecto la jóven de la embarcación y del baño; era en efecto Sabina, la hermana de Espero. ¡El emperador se casaba con una esclava en presencia de los dioses y de los hombres!

Entonces se dió cuenta Actea del extraño sentimiento que siempre había experimentado hacia aquel ser misterioso: era una repulsión de presentimiento, uno de esos odios instintivos que las mujeres tienen á las que algún dia han de ser sus rivales. Castabase Neron con aquella misma jóven que la había dado, que la había servido, que había sido su esclava, que ya entonces quizá participaba con ella del amor de su amante, sobre la cual había tenido el derecho de vida y de muerte, y que no había ahogado entre sus manos como una serpiente que algun dia debia devorarla el corazon. ¡Oh! esto era imposible: la dirigió segunda vez una mirada llena de duda, mas el sacerdote no se había engañado, no se había engañado ella: era realmente Sabina, Sabina en traje de casada; vestida con túnica blanca lisa, adornada de cintas, ceñido el tallo con el cinturon de lana de ovejas; que solo el esposo podia romper, atravesado el pelo con el dardo de oro que recordaba el rapto de las Sabinas; y cubierta la espalda con el velo de color de fuego, adorno nupcial que la desposada no llevaba mas que un dia, y que en todo tiempo fué escondido como de un feliz presagio, porque era el adorno ha-

bital de la mujer del sacerdote , a quien las leyes prohibian el divorcio.

Levantáronse los casados en este momento , y salieron del templo: aguardábanles á la puerta algunos caballeros romanos , llevando las cuatro divinidades protectoras del matrimonio , y cuatro mujeres de la primera nobleza de Roma con una antorcha de tea en la mano. Tigelino los esperaba en el umbral con la dote de la recién casada. Neron lo recibió, puso sobre la cabeza de Sabina la corona , y en sus hombros la capa de las emperatrices; subió despues con ella á una litera magnifica y descubierta , abrazándola en presencia de todos y en medio de los aplausos del pueblo , entre los cuales se distinguia la voz lisonjera de los griegos , que en su lenguaje propio para la adulación , se atrevian á emitir votos por la fecundidad de tan extraña union.

Siguíólos Actea creyendo que iban á regresar á la casa dorada; pero luego que llegaron á la parte inferior del Capitolio, torcieron por el Vico Tusco: atravesaron el Velabrio, y cuando hubieron llegado al cuartel de Argileto, entraron en el templo de Marte por la puerta triunfal, queriendo Neron por este medio mostrar al pueblo en las fiestas sigilarias de Roma á su nueva emperatriz; condújola, pues, al foro Olitorio, al teatro de Pompeyo y á los pórticos de Octavio. Siguíólos Actea por todas partes, sin perderlos un instante de vista, á las plazas, á los templos, á los paseos: dábase en la Celina de los jardines una magnifica comida, y se mantuvo en pie apoyada en un árbol todo el tiempo que duró; regresaron por el foro de César, donde les aguardaba el Senado para felicitarlos, y escuchó la arenga apoyada en la estatua del dictador: todo el

día lo pasó así, porque hasta cerca de la noche no tomaron el camino del palacio; y Actea estuvo todo el día en pie, sin tomar alimento, sin sentir el cansancio ni el hambre, sosteñida por el fuego de los celos que ardía en su corazón, circulando por todas sus venas. Entraron por fin en la casa dorada, y Actea entró con ellos; era cosa fácil, pues que todas las puertas estaban abiertas, porque Nerón, al contrario de Tiberio, no temía al pueblo; y puede añadirse que sus prodigalidades, sus juegos, sus espectáculos, su crueldad misma, que no descargaba sino sobre cabezas encumbradas ó sobre enemigos de las creencias paganas, lo hacían amar de la muchedumbre, olvidada enteramente de las rígidas costumbres de sus mayores, y en el día es acaso el emperador cuyo nombre se conserva más popular en Roma.

Conocía muy bien Actea el interior del palacio, por haberlo recorrido con Lucio; su traje y velo blanco le daban la apariencia de ser una de las compañeras de Sabina; nadie, pues, fijó la atención en ella; y mientras que el emperador y la emperatriz pasaban al triclinium para cenar, se introdujo en el cuarto nupcial y se escondió tras de una cortina.

Dos horas permaneció allí inmóvil, muda, y aun apenada respirando; por qué había venido, lo ignoraba, pero en las dos horas no apartó la mano del cabo de su puñal.

Sintió al fin un ligero ruido, acercándose al efecto por el corredor pasos de mujer; abriérase la puerta, y Sabina, acompañada de una matrona romana de las primeras y más antiguas familias, llamada Calvia Crispinella, que le servía de madre, como Tigelino le había servido de padre, entró en la habitación con su vestido nupcial, excepto el cinturón de lana,

que Neron había roto durante la comida, para que Calvia la pudiese quitar los adornos nupciales: principió desatando las falsas trenzas de pelo que figuraban una torre en lo alto de la cabeza, y sus cabellos cayeron sobre los hombros; en seguida la quitó el *flammeum*, y últimamente la toga; de suerte que la jóven quedó con una simple túnica, y, ¡cosa rara! medida que se quitaban aquellos adornos, parecía verificarse á las miradas de Actea una metamorfosis inaudita; desapareció Sabina para hacer lugar á Esporo, tal como Actea lo había visto salir de la embarcacion, é ir junto á Lucio, con su túnica flotante, sus brazos desnudos y sus largos cabellos. ¿Era esto un sueño ó una realidad? ¿El hermano y la hermana no eran mas que uno? ¿Se había Actea vuelto loca?

Concluidas ya las funciones de Calvia, hizo una reverencia á su estraña emperatriz: el ser androgino (1), ó quien quiera que fuese, le dijó las gracias, y la jóven griega reconoció la voz de Esporo lo mismo que la de Sabina. Por fin salió Calvia, y la recién casada quedó sola; miró á todos lados, y creyendo no ser vista ni oída de nadie, dejó caer sus manos con abatimiento y lanzó un suspiro, mientras que corrían dos lágrimas de sus ojos; luego, con un sentimiento de profundo disgusto, se acercó á la cama, mas en el momento en que iba á poner el pié en la primera grada, retrocedió espantada, dando un grito desaforado: había visto embebido en las cortinas de púrpura el pálido semblante de la jóven corintia, que, viéndose descubierta y conociendo que su rival se le iba á escapar, saltó hasta ella como una tigre, pero el ser á quien per-

(1) Hermafrodita.

seguía era demasiado débil para huir ni defenderse; cayó de rodillas alargándola los brazos y temblando bajo el puñal que amenazaba su existencia: después apareció en sus ojos un rayo de esperanza.

—¡Oh! ¿eres tú, Actea? ¿eres tú? la dijo.

—Sí, sí ¡yo soy! respondió la joven... yo soy; soy Actea. Pero tú ¿quién eres? ¿eres Sabina?... responde... habla... di.

—¡Ah! ¡ah! exclamó cayendo desmayada á los pies de Actea... ¡Ah! no soy lo uno ni lo otro.

Actea asombrada dejó escapar el puñal.

Abrióse en este momento la puerta, y entraron precipitadamente muchos hombres: eran esclavos que venían á colocar alrededor del lecho las estatuas de los dioses protectores del matrimonio; y al ver á Esporo desmayado, una mujer desgreñada, pálida y de mirar vago, inclinada sobre un puñal tirado en el suelo, todo lo penetraron. Apoderáronse de Actea, y la llevaron á las cárceles del palacio, por junto á las cuales había pasado en aquella dulce noche que Lucio la envió á buscar, y de donde había oido salir tan lastimosas quejas. Allí encontró á Pablo y á Silas.

—Te aguardaba, dijo Pablo á Actea.

—¡Oh padre mío! exclamó la joven corintia; yo había venido á Roma para salvarte.

—Y no habiendo podido conseguirlo, quierés morir conmigo.

—¡Ah! no, no, dijo la joven avergonzada; no; yo te había olvidado; no; yo soy indigna de que me llames hija; soy una infeliz insensata, que no merece piedad ni perdón.

—¿Conque siempre le amas?

—¡Oh! no; ya no le amo, padre mío, porque es imposible amarle todavía; solo que, segun os he dicho, estoy loca; ¡ah! ¡quién me sacará de esta locura! no hay hombre en la tierra ni Dios en el cielo bastante poderoso para ello.

—Acuérdate del hijo de la esclava: el que cura el cuerpo, puede curar el alma.

—Sí, me acuerdo; pero el hijo de la esclava á falta de fe, temía la iniquicia; mas yo aun no tengo la fe, y ya no tengo la inocencia.

—Sin embargo, no está todo perdido, si te queda el arrepentimiento.

—¡Ah! ¡ah! murmuró Actea con el acento de la duda.

—Acérdate, acércate, dijo Pablo sentándose en un ángulo del calabozo; ven, quiero hablarte de tu padre.

Cayó Actea de rodillas, apoyada la cabeza en el hombro de Pablo, y toda la noche estuvo exhortándola el apóstol. Actea no le respondió sino con sollozos, pero por la mañana se hallaba dispuesta á recibir el bautismo.

Los presos encerrados con Pablo y Silas eran casi todos cristianos de las Catacumbas: en el discurso de dos años que Actea vivía con ellos, habían tenido tiempo para apreciar las virtudes de aquella, cuyas faltas ignoraban: así, toda la noche habían dirigido oraciones al Señor para que dejase caer un rayo de fe sobre la pobre pagana, por lo cual fué una declaración solemne la del apóstol, cuando anunció en alta voz que el verdadero Dios iba á contar con una servidora más.

Actea había oido de boca del apóstol todos los sacrificios

que iba á imponerle su nuevo título: el de su amor era el primero; el segundo, tal vez el de su vida: como todos los días venian á sacar al acaso de esta cárcel alguna víctima para las espiaciones ó las fiestas, tomando indiferentemente todo cuerpo que diese seguridades de sufrimiento, siendo á propósito para clavarlo en la cruz, ó para ser arrojado al anfiteatro, presentábanse muchos espontáneamente que tenian ansia del martirio: una adjuración, pues, en semejantes circunstancias, no era solo una ceremonia religiosa, sino una consagración mortal.

Tenia Actea la convicción de que el mismo peligro aspiraría su poca ciencia en la nueva fé; había visto lo suficiente de las dos religiones para maldecir la una y bendecir la otra: todos los ejemplos criminales le habian venido de los gentiles, todos los ejemplos de virtud le habian sido dados por los cristianos; y aun mas que todo esto la certeza de no poder vivir con Neron, le hacia desear morir con Pablo.

Ast, pues, con un ardor que á los ojos del Señor sirvió sin duda de fé, en medio del círculo de presos que estaban de rodillas, se arrodilló tambien bajo el rayo de luz que bajaba por una lumbre al través de los barrotes, por entre los cuales vislumbraba el cielo. Estaba Pablo en pie detrás de ella con las manos levantadas y en oracion, y Silas inclinado tenía el agua santa, en la que llenaba el box bendito. En este momento, y al concluir en Actea el acta de los apóstoles, ese credo antiguo que aun en nuestros días y sin alteracion permanece siendo el símbolo de la fé, se abrió la puerta con grande estrépito; presentáronse soldados mandados por Aniceto, el cual, admirado del extraño espectáculo que se ofrecía á su

vista, pnes todos habian permanecido de rodillas y rezando, se detuvo inmóvil y silencioso en el umbral.

—¿Qué quieres? le dijo Pablo, dirigiéndose el primero al que unas veces venia como juez y otras como verdugo.

—Veogo por esa joven, respondió Aniceto señalando á Actea.

—No te seguirá, respondió Pablo, porque ningun derecho tienes sobre ella.

—Esa joven pertenece al César, gritó Aniceto.

—Estás en un error, contestó Pablo; pronunciando las palabras consagradas y echando el agua santa sobre la cabeza de la neófita. ¡Esta joven pertenece á Dios!

Dió Actea un grito y se desmayó, porque conoció que Pablo había dicho verdad, y que las palabras que pronunciara acababan de separarla para siempre de Neron.

—En ese caso te llevaré á ti al emperador en lugar suyo, dijo Aniceto, haciendo señá á los soldados de que se apoderasen de Pablo.

—Estoy pronto á seguirte, dijo el apóstol; sé que es llegado el tiempo de ir á dar cuenta al cielo de mi misión sobre la tierra.

Conducido Pablo á la presencia del César, fué condenado á ser puesto en cruz; pero apeló de esta sentencia como ciudadano romano, y habiendo sido reconocidos sus derechos como habitante de Tarso, en Cilicia, tuvo el mismo dia la cabeza cortada en el Foro.

Concurrió el César á esta ejecución; y porque el pueblo, que había esperado un suplicio mas prolongado, dejaba oír

algunos murmullos, el emperador le ofreció para los próximos idus (1) de marzo obsequiarle con un espectáculo de gladiadores.

Celebrábase en este dia el tercer aniversario de la muerte del dictador Julio César.

(1) El 7 de marzo.



CAPITULO XV.

La promesa de Neron era sin duda el medio mas á propósito para calmar los rumores, porque entre los numerosos espectáculos con que entretenian al pueblo sus édiles, pretores y Gésares, los que mas ansiaba eran las *cacerías de animales* y los *obsequios de gladiadores*. En otra época eran distintos estos dos espectáculos; pero Pompeyo, en su segundo consulado, con motivo de la dedicacion del templo de Venus Victoriosa, habia tenido la idea de reunirlos, haciendo combatir por primera vez veinte elefantes salvajes contra géulos armados de dardos. Es verdad que mucho tiempo antes, si hebbas de creer á Tito Livio, fueron muertos en un solo dia

ciento cuarenta y dos elefantes en el circo; pero estos, que habian sido cogidos en una batalla contra los cartagineses, y no queriendo Roma, pobre y prudente entonces, ni mantenerlos ni darlos á los aliados, habian sido muertos con los dardos y flechas arrojados por los espectadores desde sus asientos. Ochenta años mas tarde, en el 523 de Roma, Scipion Nasica y Publio Léntulo habian presentado en el circo sesenta y tres panteras de África; y creyéndose á los romanos cansados de esta clase de fiestas, trasportando Seguro el espectáculo á otro elemento, habia llenado de agua el anfiteatro, y en este mar ficticio soltó quince hipopótamos y veintitres cocodrilos. El pretor Sila habia dado una función de cien leones: el gran Pompeyo otra de trescientos quince, y Julio César otra de cuatrocientos: en fin, Augusto, que habia heredado de Octavio un resto de afición á sangre, habia hecho matar en las fiestas celebradas en su nombre y en el de su nieto, cerca de tres mil quinientos entre leones, tigres y panteras; y un cierto Publio Servilio, de cuya vida no queda mas que este recuerdo, dió una función, en la que se mataron trescientos osos y otras tantas panteras y leones, traídos de los desiertos de África; mas tarde, este lujo no tuvo ya freno: Tito hizo parecer en un solo espectáculo hasta cinco mil fieras de toda especie.

Entre los arriba mencionados, era Neron el que hasta entonces habia dado las funciones mas ricas y variadas; además de las contribuciones en dinero impuestas á las provincias conquistadas, exigia su tributo al Nilo y al desierto, y al agua y la arena le daban su diezmo de leones, tigres, panteras y cocodrilos. En cuanto á los gladiadores, habia los susti-

tuido ventajosa y económicamente por cristianos y prisioneros de guerra, que aunque carecían de la destreza que daba á los primeros el estudio de su arte, tenían en cambio el valor y el entusiasmo, que añadian cierta poesía y una nueva fuerza á su agonía, y esto era cuanto se necesitaba para avivar la curiosidad.

Toda la ciudad se precipitó en el circo; esta vez habíase tomado á manos llenas del desierto y de las cárceles: había suficientes fieras y víctimas para sostener la función todo el día y toda la noche. Por otra parte, había ofrecido el emperador alumbrar el circo de un modo nuevo, por lo cual fué recibido con unánimes aclamaciones: en esta ocasión iba vestido de Apolo, y llevaba, como el dios pítico, su arco y flechas, porque en el intervalo de los combates debía dar muestras de su destreza; arrancáronse con este objeto algunos árboles del monte Albano, trasportáronlos á Roma, y fueron puestos en el circo con sus ramas y hojas, y sobre estos ofrecían un blanco á las flechas del emperador pavos reales y faisanes atados, ostentando su plumaje de oro y azul; acontecía alguna vez que el emperador se compadecía de algún herido de los que luchaban con las fieras, ó se irritaba contra alguna de estas que cumplía mal su oficio de verdugo, y entonces tomaba su arco ó sus dardos, y desde su sitio, desde su trono, cual Júpiter Tonante, enviaba la muerte al otro extremo del circo.

Llegaron los gladiadores en carros: los que debían empezar los combates eran, según costumbre, comprados á sus amos; pero como era grande la solemnidad, hablaron mezclando algunos jóvenes patricios con los gladiadores de profes-

sion para hacer la corte al emperador, y aun se decia que entre estos se habian alquilado dos nobles arruinados por sus desórdenes: el uno por la cantidad de doscientos cincuenta mil, y el otro por la de trescientos mil sestercios.

Cuando entraba Neron, estaban ya los gladiadores en la arena esperando la señal y ejercitándose unos con otros, como si los combates que iban á tener lugar fuesen un simple ejercicio de esgrima; mas apenas hubo resonado en el circo la voz *el emperador, el emperador*, y se vió á César-Apolo sentarse en su trono, frente á las vestales, entraron los directores de los juegos llevando en la mano armas afiladas, que presentaron á los combatientes, y que estos cambiaron por las embotadas con que se ejercitaban: luego desfilaron por delante de Neron, levantando sus espadas hâbla él, para que se asegurase de que estaban aceradas y cortantes, lo que podia hacer inclinándose, pues su asiento no se elevaba mas que nueve piés sobre la arena.

Fué presentada al César la lista de los combatientes para que designase el orden en que debian pelear, y decidió que diesen principio al espectáculo el reciario y el nairmillón; despues de estos debian salir los dímacos; y en seguida dos andabatos: luego, para cerrar esta primera parte, que debia terminar á medio dia, se habian de echar á las fieras para ser devorados dos cristianos, un hombre y una mujer. El pueblo pareció bastante satisfecho de este primer programa, y en medio de los gritos de *viva Neron! gloria al Cesar! fortuna al emperador!* entraron en el circo los dos primeros gladiadores, cada uno por su puerta, de dos que estaban situadas una frente á otra.

Eran, como queda dicho, un mirmillon y un reciario: el primero, llamado tambien seuctor, porque le sucedia con mas frecuencia perseguir á su adversario que ser perseguido, iba vestido con tunica verdegris y tiras trasversales de plata, ceñidas al cuerpo por un cinturon de cobre cincelado, en el cual brillaban engastes de coral; su pierna derecha iba protegida por un botin de bronce; - ocultábase el semblante un casco de visera, semejante al de los caballeros del siglo XIV, con una cimera que figuraba la cabeza de un toro de largos cuernos; llevaba en el brazo izquierdo un gran escudo redondo, y en la mano derecha un dardo y una maza guarnecida de plomo, todo lo cual componia la armadura y el vestido de los galos.

Tenia el reciario en la mano derecha la red á que debia su nombre, la cual era, con corta diferencia, como la que en nuestros dias designan los pescadores con el nombre de esparavel, y en la izquierda, protegida por un pequeño escudo, un largo tridente con cabo de arce y puntas de acero; vestia una tunica de paño azul, coturnos de cuero del mismo color y botin de bronce dorado; su cara, al contrario de la de su enemigo, iba descubierta, y en la cabeza no tenia mas defensa que un largo gorro de lana azul, del que colgaba una redecilla de oro.

Acercaronse uno á otro los dos adversarios, no en linea recta, sino circular, llevando preparada el reciario su red, y balanceando el mirmillon su dardo. Cuando el reciario se puso á tiro, dio un veloz salto hacia adelante arrojando y desplegado al mismo tiempo su red; pero ninguno de estos movimientos se habia escapado al mirmillon, al qual dió un



salto semejante hacia atrás, y la red cayó á sus pies; en el momento mismo, y antes que el reciario tuviese tiempo de cubrirse con el escudo, salió el dardo de la mano del mirmillon, pero viéndole venir se bajó, atunque no tan rápidamente que el golpe que debía alcanzarle el pecho no se llevase su elegante adorno.

El reciario, aunque armado de su tridente; emprendió entonces la fuga, arrastrando tras si la red, porque no podía servirse de su arma sino para matar á su enemigo cuando estuviese preso en las mallas: el mirmillon se lanzó al momento en su persecucion; pero su carrera, retardada por la pesada maza y por la dificultad de ver al través de los agujerillos de la visera de su casco, dió tiempo al reciario para preparar de nuevo su red y de hallarse en guardia; cuando lo hubo conseguido tomó posición, y el mirmillon se puso en defensa.

El seuctor había recogido su dardo en la carrera y el gorro de su adversario, colgándole del cinturon como un trofeo; así, cada combatiente se halló de nuevo con sus armas: el que empezó esta vez fué el mirmillon; disparó su dardo por segunda vez con toda la fuerza de su brazo, fué á dar de lleno en el escudo del reciario, atravesó la plancha de bronce que lo cubria y las siete tiras de cuero plegadas unas sobre otras, y fué á rozar el pecho; el pueblo le creyó herido de muerte, y se oyó de todas partes el grito: *Ya está, ya está.* Mas el reciario, apartando al momento de su pecho el escudo, del que había quedado colgado el dardo, hizo ver que apenas estaba herido: se oyeron entonces en el circo estrepitosos gritos de alegría, pues lo que disgustaba sobre

todo á los espectadores eran los combates demasiado cortos, por lo cual eran mirados con desprecio, aunque no estaba prohibido, los gladiadores que herian en la cabeza.

Emprendió á su vez la fuga el mirmillon, porque su maza, arma terrible cuando perseguia al reciario desarmado de su red, le era casi inútil desde que este la llevaba prevenida, pues al acercarse á su adversario lo suficiente para herirle, le facilitaba el envolverlo en sus mortíferas mallas: dió entonces principio el espectáculo de una fuga segun todas las reglas, pues tambien el huir era un arte, pero tanto en una como en otra carrera el mirmillon se hallaba embarazado con su casco; bien pronto se halló tan cerca de él el reciario, que se despidieron gritos para avisar al galo, el cual, viendo que estaba perdido si no se desembarazaba de su inútil casco, abrió con fuerza la corcheta de hierro que lo mantenía cerrado, y arrancándoselo de la cabeza, lo tiró lejos de sí: reconocióse entonces con asombro en el mirmillon á un jóven de una de las mas nobles familias de Roma, llamada Festo; había llevado aquel casco con visera, mas bien para disfrazarse que para su defensa: este descubrimiento redobló el interés que los espectadores tomaban en el combate.

El jóven patrício fué desde entonces ganando terreno en la fuga, alejándose mas de su adversario, el cual á su vez se vió embarazado con su escudo atravesado por el dardo que no había querido arrancar, temeroso de entregar un arma á su enemigo; pero escitado por los gritos de los espectadores, y por la continua huida de su adversario, tiró lejos de sí el escudo y el dardo, y se halló nuevamente libre en sus movimientos; mas sea que el mirmillon viese en esta acción una imprudencia que

Igualaba de nuevo el combate, sea que estuviese cansado de huir, se paró de repente haciendo dar vueltas á su clava alrededor de la cabeza; por su parte el reciario preparó su arma, pero antes de aproximarse lo suficiente, arrojada la clava silbando como la viga de una catapulta, fué á dar en medio del pecho del reciario, el cual bamboleó un momento y cayó postrado y cubierto con las mismas mallas de su propia red. Festo corrió entonces á donde estaba el escudo, arrancó el dardo, y hallándose de un solo salto junto á su enemigo, le puso en la garganta la punta de su arma, e interrogó al pueblo para saber si debía matarlo ó perdonarlo: levantáronse entonces todas las manos, las unas juntas, las otras separadas, teniendo hacia bajo el dedo indice; pero siendo imposible conocer la mayoría en medio de tal muchedumbre, se dejó oír el grito *¡á las vestales! ¡á las vestales!* que era la apelación en caso de duda. Festo miró al *podium* (1), las doce vestales se levantaron, ocho tenían el dedo indice hacia bajo, la mayoría estaba por la muerte, y en su consecuencia el reciario cogió el mismo la punta del hierro, la apoyó en su garganta, gritó por última vez *César es Dios*, y sin dar un quejido se abrió la arteria del cuello, haciéndole penetrar hasta el pecho.

Aplaudió el pueblo al vencedor y al vencido, porque el uno había matado con destreza y el otro había muerto con gracia. Dió Festo una vuelta por el anfiteatro para recibir los aplausos, y salió por una puerta, mientras que por otra sacaban el cuerpo de su enemigo.

Entró al momento un esclavo con un rastro, movió la ar-

(1) Balcon ó palco destinado á las vestales.

na para borrar el vestigio de la sangre, y se presentaron en la lid dos nuevos combatientes: eran dos dímacos.

Eran tenidos los dímacos por los mas diestros del siglo de Neron; sin casco, sin coraza, sin escudo, sin *oerea* (1), combatían con una espada en cada mano, como los caballeros de la fronda en sus desafíos a daga y puñal: por tanto, eran mirados estos combates como el triunfo del arte, y á veces los campeones no eran otros que los mismos maestros de esgrima. En esta ocasión eran un profesor y su discípulo; habiéase este aprovechado tan bien de las lecciones, que venía á atacar al maestro con sus propios lances: algunas malas partidas que le había jugado este, hicieran germinar un inveterado y vivo odio en lo mas profundo de su corazón, pero lo había disimulado á todo el mundo, y con intención de vengarse un día había continuado sus ejercicios diarios, y concluido por sorprender todos los secretos de la profesión: para espectadores tan conocedores fué un espectáculo interesante el ver á estos dos hombres que por primera vez iban á sustituir sus lances ficticios con un combate real, cambiando sus armas embotadas por hojas aceradas y cortantes: su aparición, pues, fué saludada por una triple salva de aplausos, que cesaron para dar lugar al mas profundo silencio, luego que el director de los juegos, por una indicación del emperador, hubo dado la señal.

Se acometieron los dos adversarios animados del odio profundo que inspiraba toda rivalidad; pero este odio, que se

(1) Se daba este nombre á los botines de bronce ó de hierro.

veía salir de sus ojos á manera de relámpagos, prestaba nueva circunspección al ataque y defensa; porque no tan solo era la vida lo que se interesaba; sino la reputación que el uno poseía de largo tiempo, y que el otro venía á adquirir.

Tocarónse al fin sus espadas, y dos celestes que juegan, dos rayos que se cruzan, son mas fáciles de seguir en su flamígera rapidez que el movimiento de la espada que tenían en la mano derecha, con la que se atacaban, mientras que con la izquierda paraban los golpes como con un escudo. Pasaban sucesivamente del ataque á la defensa con maravillosa regularidad: el discípulo hizo de pronto retroceder al maestro hasta el pié del trono en que estaba el emperador, y el maestro hizo retroceder al discípulo hasta el *Podium*, donde tenían su asiento las vestales; despues se hallaron en medio del circo sanos y salvos, aunque veinte veces la punta de una y otra espada se aproximaron al pecho lo suficiente para desgarrar la túnica bajo la cual buscaba el corazón; por fin el mas jóven dió un salto hacia atrás, y los espectadores gritaron: *le dió*. Pero al momento, aunque corría la sangre por bajo de la túnica á lo largo de uno de sus muslos, volvió al combate mas encarnizado que antes, y á los dos pasos fué el maestro el que indicó por un movimiento, imperceptible á ojos menos ejercitados que los que le miraban, que acababa de llegar á sus venas la fria sensacion del hierro; pero ningun grito se oyó en esta ocasión, porque la estrema curiosidad es siempre muda; oliese solamente, á consecuencia de algunos golpes diestramente dados ó parados, aquel rumor sordo que indica al actor que, si no le aplaude el público, no es porque no le aprecie, sino al contrario, por no interrumpirle: redoblábase

el ardor en ambos combatientes, y las espadas siguieron rovolteando con la misma velocidad; lucha tan singular amenazaba no tener otro término que el agotamiento de las fuerzas, pero al retroceder el maestro ante el discípulo, puso el pie en la tierra ensangrentada, y resbalando dió consigo en el suelo: aprovechándose el discípulo de esta ventaja que le daba la casualidad, se precipitó sobre él, pero con grande admiración de los espectadores á ninguno de los dos se vió levantar: todo el pueblo se levantó juntando las manos y gritando *perdon, libertad*; mas ninguno de los combatientes respondió. Entró entonces en el circo el director de los juegos, trayendo de parte del emperador las palmas de la victoria y las varillas de libertad; mas era demasiado tarde, porque los campeones eran ya si no victoriosos, al menos libres, pues se habían traspasado el uno al otro y muerto ambos.

Debian seguir á estos, como queda dicho, los *andabatos*: habíanlos inscrito sin duda después de los dimacos para divertir al pueblo con un contraste, porque á estos nuevos gladiadores eran completamente inútiles el arte y la destreza: tenían la cabeza enteramente encerrada en un casco, sin mas abertura que el sitio de la boca para poder respirar y en el de las orejas para oír, por lo que combatian á ciegas.

Holgábase mucho el pueblo en esta terrible especie de galineta ciega, en que cada golpe debia herir, puesto que los adversarios no tenian ninguna armadura defensiva que pudiese rechazarlo ni debilitarlo.

Cuando estas nuevas víctimas (porque estos infelices no merecían el nombre de combatientes) fueron introducidos en la arena en medio de las risotadas de la muchedumbre, acer-

cose Aniceto al emperador y le entregó unas cartas. Leyólas Nerón con grande inquietud, y en la última se pintó en su semblante una alteración profunda. Se quedó un momento pensativo, y levantándose en seguida se salió aceleradamente del circo, haciendo señas de que continuasen los juegos: este incidente, que nada de particular anunciaba, puesto que muchas veces asuntos urgentes llamaban inopinadamente á los Césares al Foro, al Senado ó al Palatino, lejos de tener un resultado desagradable para los espectadores, les daba al contrario nueva libertad, porque no embarazando al pueblo la presencia del emperador, quedaba haciendo las veces de un rey: continuaron, pues, su curso los juegos como había mandado Nerón, aunque no fuesen presididos por el César.

Empezaron á andar los dos campeones para juntarse atravesando el circo en su anchura, y á medida que se aproximaban, sustituyendo un sentido á otro, procuraban oír el peligro que no podían ver, pero fácil es comprender cuán engañosa era esta manera de calcularlo; así, hallándose todavía muy separados, no cesaban de dar tajos y reveses en el aire: en fin, excitados por los gritos, *¡adelante! ¡adelante!* *¡á la derecha!* *¡á la izquierda!* avanzaron con mas osadía, pero rebasándose el uno al otro, concluyeron por volverse la espalda continuando en sus amenazas.

Entonces las risotadas y gritos de los espectadores les hicieron conocer lo que acababan de hacer, y volviéndose con un movimiento igual se encontraron de frente y al alcance el uno del otro: tocáronse las espadas, y al mismo tiempo, descargando ambos de un modo diferente, el uno recibió en el muslo derecho un golpe de punta y el otro una estocada en

el brazo izquierdo. Hizo cada herido un movimiento, y los dos adversarios se encontraron nuevamente separados, sin saber cómo volverse á encontrar. Entonces el uno se tendió en el suelo para escuchar los pasos de su enemigo y sorprenderle; al acercarse éste, el gladiador tendido, semejante á una culebra que vibra su lengua, alcanzó á su adversario segunda vez, y este al sentirse peligrosamente herido dió un paso precipitado hacia su adversario, y tropezando en él, fué á caer á dos ó tres palmo de distancia; pero levantándose al instante, describió con su espada un círculo horizontal, tan veloz y vigoroso, que encontrando el pescuezo de su adversario en la parte que no estaba protegida por el casco, le separó la cabeza de los hombros, como hubiera podido hacerlo el verdugo: el tronco se quedó un instante en pie, mientras que la cabeza, encerrada en su envoltura de hierro, fué á rodar lejos de él: dió despues algunos pasos estúpidos y presispitados, y cayó sobre la arena, que inundó de sangre.

Por los gritos del pueblo, el gladiador que había quedado en pie juzgó que el golpe que acababa de dar era mortal, sin que por esto dejase de esgrimir su acero contra la agonía de su enemigo. Entonces uno de los directores entró y le abrió el casco, gritando: Tú eres libre y vencedor; y el gladiador salió por la puerta llamada *Santa Vicaria*, por la cual salían del circo los combatientes que habían escapado de la muerte, mientras llevaban el cadáver del vencido á una especie de cámara situada bajo las gradas del anfiteatro, en donde había médicos para los heridos y dos hombres paseándose, el uno vestido de Mercurio y el otro de Plutón: Mercurio á fin de ver si había quedado en los cuerpos, en apariencia insensi-

bles, algún resto de vitalidad, les tocaba con un caduceo enrojecido en la fragua, mientras que Pluton quitaba la vida de un martillazo á los que los médicos juzgaban incapaces de cura.

Concluido el espectáculo de los andabatos, reinó en el circo un gran tumulto; á los gladiadores debían suceder los destinados á las fieras, y estos eran cristianos: todo el odio era para los hombres y toda la simpatía para los animales. A pesar de la estremada impaciencia de la muchedumbre, fué preciso aguardar á que los esclavos hubiesen pasado el rodillo por la arena del circo; pero los gritos furiosos que salían de todos los puntos del anfiteatro hicieron apresurar esta operación; retiráronse al fin los esclavos; la arena se quedó un instante vacía y la muchedumbre en especitación: abrióse una puerta, y todas las miradas se fijaron en ella para ver las siniestras víctimas que iban á entrar.

Fué la primera una mujer vestida con túnica blanca y cubierta con un velo del mismo color: condujéronla á uno de los árboles y la ataron á él por medio del cuello: entonces uno de los esclavos le arrancó el velo, y los espectadores pudieron ver una figura de perfecta belleza, pálida, pero resignada; lo que hizo oír un prolongado murmullo. A pesar de su título de cristiana, la joven, al primer golpe de vista, había comovido el alma de aquella muchedumbre, tan mudable y susceptible de impresión; mientras que todas las miradas estaban fijas en ella, se abrió una puerta paralela, y entró un joven cuya costumbre esponer á las fieras un cristiano y una cristiana, dando al hombre todos los medios de defensa, para que el deseo de retardar no solo su muerte, sino también la de su

compañera, que se escogía siempre hermana, querida ó madre, le diese nuevo valor para prolongar un combate que casi siempre rehusaban los cristianos por el martirio; aunque sabían que si triunfaban de los tres primeros animales que se soltaban contra ellos, se habían salvado.

Así, pues, aunque este hombre, cuyo vigor y soltura era fácil de reconocer á primera vista, iba seguido de dos esclavos, que llevaba él uno una espada y dos dardos, y conducía el otro un caballo náumida, no parecía dispuesto á ofrecer al pueblo el espectáculo de la lucha que esperaba. Adelantóse con lentitud en el circo, estendió á su alrededor una mirada tranquila y segura, y haciendo señal con la mano de serle inútiles las armas y el caballo, cayó de rodillas con la vista levantada al cielo y se puso á orar. Entonces el pueblo, engañado en su esperanza, empezó á amenazar y rugir; era un combate, y no un martirio, lo que había venido á ver, y se hicieron oír los gritos ¡á la cruz! ¡á la cruz! porque, suplicio por suplicio, prefería al menos aquel cuya agonía era mas larga:

Apareció entonces un rayo de alegría inefable á los ojos del joven y alargó los brazos en señal de acción de gracias, considerándose muy feliz sufriendo la misma muerte de que el Salvador había hecho un apotheosis (1): en este momento oyó detrás de él un suspiro tan profundo, que se volvió.

—¡Silas! ¡Silas! exclamó la joven.

—¡Ah! ¡eres tú, Actea! respondió el mancebo, levantándose y corriendo hacia ella.

(1) Canonización ó santidad.

—¡Oblí Silas ten piedad de mí, dijo Actea; cuando te oí
me había entrado en mi corazón un rayo de esperanza... Tú
eres animoso y fuerte, acostumbrado a luchar con los habi-
tantes de los bosques y los huéspedes del desierto; si comba-
tieses tal vez nos salvaríamos ambos.

—¡Oh! y el martirio, interrumpió Silas señalando al cielo.

—¡Ah! y el dolor, dijo Actea dejando caer la cabeza sobre
el pecho. ¡Ah! yo no he nacido como tú en una ciudad santa;
no he oido la palabra de vida de boca de aquel por quien va-
mos a morir: soy una joven hija de Cerinto, educada en la
religión de mis pasados; mi fe y mi creencia son recientes, y
la palabra mártirio no me es conocida sino desde ayer: para
mí sola tal vez tendría valor; pero si te he de ver morir en
mi presencia con esa muerte lenta y cruel, tal vez para ti, Si-
las, no lo tenga.

—Bien está, combatiré, respondió Silas, porque siempre
estoy seguro de encontrar mas tarde la alegría que me qui-
tas hoy.

Y haciendo un ademán imperativo a los esclavos:

—Mi caballo, mi espada y mis dardos! dijo en alta voz con
un gesto de emperador.

Entonces la muchedumbre prorumpió en estrepitosos
aplausos, porque aquella voz y aquel gesto le hizo comprender
que iba a ver una de aquellas luchas heroicas que necesita-
ba para reanimar sus sensaciones embotadas por los comba-
tes ordinarios.

Acercóse Silas al caballo que, como él, era un hijo de la
Arabia: estos dos compatriotas se reconocieron, el hombre di-
jo al caballo algunas palabras en una lengua extraña, y como

si el noble animal las hubiese comprendido, respondió relinchando. Le arrancó Silas del lomo y de la boca la silla y el freno que los romanos le habían puesto en señal de esclavitud, y el hijo del desierto brincó en libertad alrededor del que se había restituido.

Entre tanto se desembarazaba Silas de la parte de su vestido que pudiera estorbarle, y envolviéndose en el brazo izquierdo su capa encarnada, se quedó con la túnica y el turbante. Entonces se ciñó la espada, tomó los dardos, llamó a su caballo, que obedeció con la docilidad de una gacela, y se arrojó de un salto sobre él; é inclinado sobre el pescadero y sin otro auxilio para dirigirlo que las rodillas y la voz, dió tres vueltas alrededor del árbol en que estaba Actea amarrada, semejante a Perseo pronto a defender a Andrómeda: el orgullo del árabe acababa de recobrar su imperio sobre la humildad del cristiano.

Abriose en este momento debajo del *Podium* (1) una puerta de dos hojas, y un toro de Córdoba, excitado por dos esclavos, entró mugiendo en el circo; pero apenas hubo andado diez pasos, espantado de la claridad, de la vista de los espectadores y de los gritos de la muchedumbre, se dobló sobre sus jarretes delanteros, bajó la cabeza, y dirigiendo sobre Silas sus ojos estúpidos y feroces, se levantó y empezó a tirarse con las manos arena en el vientre, a escarbar el suelo con los cuernos y a arrojar humo por las narices. Uno de los directores le arrojó entonces una figura llena de paja parecida

(1) Berandilla ó balcón destinado a los príncipes ó magistrados en los espectáculos.

Un hombre: el toro se la echó al punto encima y lo pisoteó; pero cuando mas encarnizado estaba contra él, salió de las manos de Silas un dardo silbando y fué á clavarse en su espalda: el toro lanzó un bramido doloroso, y abandonando al momento el enemigo ficticio por el adversario real, se abalanzó contra el sirio, ligero, con la cabeza baja y dejando tras si en la arena un surco de sangre; mas este le esperó tranquilamente, y cuando le tuvo á pocos pasos de distancia, con el auxilio de la voz y de las rodillas, hizo dar un salto de costado á su ligera cabalgadura, y mientras que el toro paraba de largo, llevado por su carrera, el segundo dardo fué á esconder en el vacío sus seis pulgadas de hierro: el animal se plantó convulsivo sobre sus cuatro patas como si fuera a morir; mas volviéndose casi al momento, se arrojó al caballo y al ginete, pero ginete y caballo empezaron á huir delante de él, como llevados por un remolino.

Dieron así tres vueltas por el anfiteatro, debilitándose cada vez mas el toro y perdiendo terreno sobre el caballo y el ginete; por fin á la tercera vuelta cayó de rodillas, pero se levantó al momento; y como si hubiese perdido la esperanza de alcanzar á Silas, miró circularmente en torno suyo, para ver si hallaría alguna otra víctima en que cebar su cólera; y entonces fué cuando descubrió á Actea. Pareció que dudaba un instante de que fuese un ser animado, por la semejanza á una estatua que la daban su inmovilidad y extrema palidez; pero alargando el cuello, pronto aspiró el aire que venía de aquel lado, y reuniendo al momento todas sus fuerzas corrió hacia ella. La joven le vió venir y dió un grito de terror; mas Silas velaba sobre ella, y entonces fué él quien

se arrojó al toro , y este el que emprendió la fuga ; pero algunos arranques del fiel numida bastaron para alcanzarle , y entonces saltó el joven del lomo del caballo al del toro ; y mientras que con el brazo izquierdo lo cogía por un cuerno y le torcía el pescuezo , con el otro le sepultaba su espada hasta el puño en la garganta : el toro cayó inánime á medio tiro de lanza de Actea ; mas esta había cerrado los ojos aguardando la muerte , y solo los aplausos del circo la noticiaron la primera victoria de Silas.

Entraron entonces tres esclavos en el circo , dos conduciendo dos caballos , á los que engancharon el toro á fin de arrastrarlo fuera del anfiteatro , y el tercero trayendo una botella y una copa ; y llenando esta de vino la presentó al joven sirio , el cual apenas humedeció en ella los labios : pidió otras armas , y le trajeron un arco , flechas y un venablo : entonces todo el mundo se dió prisa á salir , porque levantándose una trampa por bajo del trono que el emperador había dejado vacío , salía de su jaula y entraba magestuosamente en el circo un león del Atlas .

Bien merecía este el título que llevan los animales de su especie , porque al rugido con que saludó la luz , todos los espectadores hicieron un movimiento de espanto , y el mismo caballo , desconfiando por la vez primera de la ligereza de sus piés , respondió con un relincho de terror . Solamente Silas , acostumbrado á aquella voz poderosa por haberla oido resonar mas de una vez en los desiertos que se estienden desde el lago Asfalto á los manantiales de Moisés , se preparó á la defensa ó al ataque , colocándose tras del árbol mas vecino al que estaba atada Actea , y poniendo en su arco la mejor y

mas acerada de sus flechas ; entre tanto su noble y poderoso enemigo adelantábase con lentitud y confianza, que no sabiendo lo que esperaban de él , arrugaba los pliegues de su ancha faz y harria la arena con su cola. Entonces los directores , para escitarlo , le arrojaron flechas rotas con banderillas de diversos colores ; mas él , impasible y grave , continuaba avanzando sin inquietarse por estos juguetes , cuando de pronto en medio de estas varillas inofensivas pasó silbando una flecha acerada , veloz como el rayo , y fué á sepultarse á una de sus espaldillas. Paróse entonces de repente con mas admiración que dolor , y como no pudiendo comprender que un ser humano fuese bastante osado para atacarle : todavía dudaba de su herida ; mas pronto sus ojos se pusieron sanguinatos , y un rugido grave y prolongado , semejante al retumbar del trueno , se escapó de las profundidades de su pecho como de una caverna ; cogió la flecha que tenía clavada en la llaga , y la hizo pedazos entre sus dientes ; despues , lanzando en torno suyo una mirada que hizo retroceder á los mismos espectadores , á pesar del enrejado que los protegia , buscó un objeto en que descargar su real cólera. Entonces vió al caballo , que temblaba como si saliese de un río helado , aunque estaba cubierto de sudor y de espuma ; y cesando de rugir para lanzar un grito breve , agudo y reiterado , se puso de un salto á veinte pasos de la primera víctima que había escogido.

Dió entonces principio una carrera mas maravillosa que la primera , porque no había en ella la ciencia del hombre para templar el instinto de los animales ; encontráronse de frentes la fuerza y la velocidad en toda su salvaje energía , y los

ejas de doscientos mil espectadores se separaron un momento de los dos cristianos para seguir, alrededor del anfiteatro, esta caza fantástica; tanto más agradable á la muchedumbre, quanto menos la esperaba: con un segundo arranque se había aproximado el león al caballo, el cual, inmóvil en el fondo del circo, no atreviéndose á huir ni á derecha ni á izquierda, se lanzó por encima de la cabeza de su enemigo, que se puso á perseguirlo por saltos desiguales, erizando su melena y dando de tiempo en tiempo bramidos agudos, á los cuales contestaba el fugitivo con relinchos de espanto: tres veces se vió pasar al hijo veloz de la Numidia como una sombra, como una apariación; como un caballo infernal escapado del carro de Pluton, y sin que pareciese que el león se esforzaba en la carrera, se lo vió aproximarse al perseguido, hasta que por fin estrechando siempre el círculo se halló bien pronto para lelo á él; y viendo el caballo que no podía escapar ya á su enemigo, se encabritó frente á la reja agitando convulsivamente el aire con sus patas delanteras: entonces el león se acercó lentamente, como hace un vencedor seguro de su victoria, parándose de tiempo en tiempo para rugir, sacudir su melena y arañar alternativamente la arena con cada una de sus garras. El infeliz caballo, fascinado, como dicen los suyos de á los gamos y gamuzas á la vista de la cebra, cayó agitándose y dando vueltas por la arena con el terror de la agonía: en este momento salió otra nueva flecha del arco de Silas, y fué á introducirse profundamente entre las costillas del león. El hombre venia al auxilio del caballo y volvió á traerse la cólera que por un momento había apartado de sí.

Volvióse el león, porque empezaba á comprender que había en el circo un enemigo mas terrible que el que acababa de derribar solo con su presencia; y entonces fué cuando vió á Silas, el cual acababa de sacar de su cinto una tercera flecha, y la ponía sobre la cuerda del arco: quedóse un momento parado frente al hombre, ese otro rey de la creación. Este instante bastó al sirio para enviar á su enemigo en tercer mensajero de dolor, que atravesó la piel movediza de la cara y fué á internarse en el cuello: lo que en seguida pasó fué rápido como una visión; el león se arrojó sobre el hombre, este le recibió con el venabio; después el hombre y el león fueron rodando juntos; viéreronse volar pedazos de carne, y los espectadores mas próximos se sintieron salpicados de sangre. Actea se despidió de su hermano con un grito de dolor: ya no tenía defensor, pero tampoco tenía enemigo; el león no había sobrevivido al hombre mas que el tiempo necesario á su venganza: la agonía del verdugo había empezado á acabar la de la víctima: el caballo se había muerto sin haberlo tocado el león.

Se llevaron los esclavos el cadáver del hombre y de los animales en medio de los gritos y de los frenéticos aplausos de la muchedumbre.

Fijaronse todas las miradas en Actea, á quien dejaba sin defensa la muerte de Silas. Mientras vió á su hermano vivo, conservó algunas esperanzas; pero al verle caer, conoció que todo había terminado, y procuraba murmurar, para el que había muerto y para ella que iba á morir, algunas oraciones que se apagaban en sonidos inarticulados en sus mudos y pálidos labios; por lo demás, no dejaba de tener simpatías

entre aquella muchedumbre que , aunque al principio la había creido jndia, la había ya reconocido en sus facciones por hija de la Grecia. Las mujeres , y sobre todo los jóvenes, habían empezado á murmurar ; y algunos se levantaban ya para pedir su perdón , cuando de las gradas superiores se dejaron oír los gritos de *sentarse, sentarse*, y era que se había levantado una trampa , y una tigre se adelantaba en la arena.

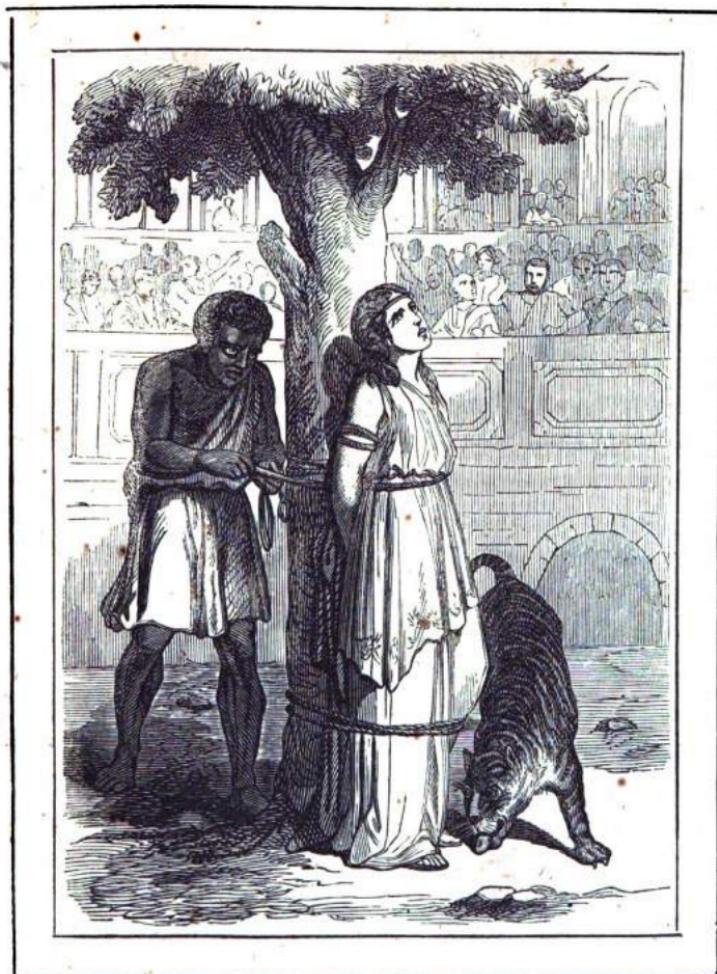
No bien salió de la jaula , se tendió mirando con ferocidad en turno suyo , pero sin inquietud ni espanto : en seguida empezó á olfatear y arrastrarse como una culebra hacia el sitio en que el caballo se había echado : habiendo llegado á él , se puso en dos piés contra la valla , oliendo y mordiendo los barrotes que había tocado ; después rugió bajito preguntando al hierro , á la arena y al aire por la presa que no veía ; llegáronle entonces emanaciones de sangre todavía fresca , y de carne palpitante , porque esta vez los clavos no se habían tomado el trabajo de remover la arena ; se fué derecha al árbol junto al cual había tenido lugar el combate de Silas y el leon , no apartándose á derecha ni á izquierda sino para recoger los pedazos de carne que había hecho volar á su alrededor el noble animal que le había predeido en el circo : habiendo llegado á un charco de sangre , que la arena no había absorbido , se puso á beber como un perro sediento , rogiendo y animándose á medida que bebia ; y luego que hubo acabado , miró de nuevo á todas partes con ojos centellantes , y entonces fué cuando descubrió á Actea , la cual , atada al árbol y con los ojos cerrados , aguardaba la muerte sin atreverse á verla venir .

La tigre , pegado el vientre en la arena , se fué arrastrando

do hacia su víctima de un modo oblicuo, pero sin perderla de vista; luego, estando á diez pasos de ella, se levantó con el penacho extendido y las narices abiertas, respirando el aire que venia de aquél lado, y salvando de un salto el espacio que la separaba de la joven cristiana, cayó á sus piés; y cuando todo el anfiteatro, esperando verla hacer pedazos, daba un grito de terror en el qual brillaba todo el interés que la joven había inspirado á los mismos que venian aplaudir su muerte, la tigre se tendió, mansa y cariñosa como una gacela, dando saltiditos de alegría y lamiendo los piés de su antigua ama. A estas caricias inesperadas Actea abrió con sorpresa los ojos y reconoció á Febea, la favorita de Neron.

Resonaron entonces por todas partes los gritos de ¡Perdon! ¡Perdon! porque la muchedumbre había visto un prodigo en el reconocimiento de la tigre y de la joven; por otra parte, Actea había sufrido las tres pruebas que se exigían, por lo qual quedaba libre: entonces el móvil ánimo de los espectadores, por una de aquellas transiciones que son tan naturales á la muchedumbre, pasó de la extrema crueldad á la extrema clemencia. Los caballeros jóvenes arrojaron sus cadenas de oro, las mujeres sus coronas de flores: todos se pusieron en pie llamando á los esclavos para que fueran á soltar la víctima. Entonces entró Libico, el negro guardián de Febea, y cortó con su puñal las ligaduras de la joven, que cayó al momento sobre sus rodillas, porque aque las ligaduras eran el único apoyo que sostenia en pie su cuerpo desfallecido por el terror. Levantóla Libico, y sosteniéndola para que pudiese andar, la condujo, acompañada de Febea, que la seguia como un perro, hacia la puerta llamada *Sena vivaria*, por donde salian,

ACTEA Y NERON.



y cortó con su puñal la ligadura de la joven.

A dark, irregular smudge or tear at the bottom center of the page, appearing as a cluster of black pixels.

como se ha dicho, los gladiadores victoriosos y los sentenciados que se habian salvado de la carniceria.

Esperabala en el umbral una muchedumbre inmensa, porque los heraldos, habiendo bajado al circo, acababan de anunciar la suspension de los juegos hasta las cinco de la tarde: al verla, todos prorumpieron en aplausos y quisieron llevarla en triunfo, mas Actea juntó las manos en actitud suplicante, y el pueblo se abrio delante de ella, dejándola el paso libre. Entonces se fué al templo de Diana, se sentó detrás de una columna de la capilla, donde estuvo llorando y desesperada, porque ya sentia no estar muerta, al verse sola en el mundo, sin padre, sin amante, sin protector y sin amigo; porque su padre ya no existia para ella, su amante la habia olvidado, Pablo y Silas habian muerto mártires.

Ya era llegada la noche cuando se acordó que le quedaba una familia; y sola, triste y silenciosa tomó el camino de las Catacumbas.

Abriose de nuevo el anfiteatro á la hora anunciada de la tarde, y el emperador volvió á ocupar su paesto; venida la noche, acordóse Neron de la promesa que habia hecho al pueblo de darle una caza con iluminacion; en su consecuencia ataron doce cristianos cubiertos de azufre y resina á otros tantos pilares de hierro, y les pegaron fuego: en seguida se hizo bajar al circo nuevos leones y nuevos gladiadores.

Al siguiente dia estendióse por la ciudad el rumor de que las cartas que habia recibido el César durante el espectáculo, y que le habian causado tan profunda impresion, anuncianban haberse sublevado las legiones de España y de las Galias, mandadas por Galba y Vindex.



CAPITULO XVI.

Habianse trascurrido tres meses despues de los sucesos que acabamos de referir: al fin de un dia lluvioso en que se anunciaba una noche tempestuosa, cinco hombres que habian salido por la puerta Nomentana, marchaban á caballo por la via del mismo nombre: el que iba delante y que por lo mismo se podia considerar como el jefe de la escasa comitiva, iba descalzo, llevaba una túnica azul, y por debajo una gran capa de color oscuro: por lo que hace á su cara, fuese por resguardarse del agua que azotaba con violencia, ó mas bien por sustraerse á las miradas de los curiosos, la llevaba enteramente cubierta con un velo, porque aun cuando la noche era horrorosa, aunque los relámpagos dibujaban las sombras con sus luces, aunque el trueno resonaba sin inter-

rupcion, la tierra parecia de tal modo ocupada en sus revoluciones, que habia olvidado las del cielo. En efecto, oianse en la ciudad imperial entrepidos gritos populares, semejantes a los bramidos de las olas en una tempestad, y de cien en cien pasos se encontraban, ya individuos aislados, ya grupos al tenor del que acabamos de describir; mientras que a los dos lados de las vias Alaria y Nomentana se veian levantarse numerosas tiendas de los soldados pretorianos, que habian abandonado sus cuarteles situados en el recinto de Roma, e ido á buscar fuera de los muros de la ciudad un campamento mas libre y mas dificil de sorprender. Era, como hemos dicho, una de aquellas terribles noches en que todos los objetos de la creacion toman una voz para quejarse, mientras que los hombres se sirven de la suya para blasfemar; por lo demas, al ver el terror del jefe de la comitiva, sobre la cual hemos llamado la atencion de nuestros lectores, se pudiera creer que el era el blanco a que se encaminaba la doble colera de los hombres y de los dioses; ast que, en el instante en que salio de Roma, un ruido estruendo habia discurrido por el aire, y en el mismo momento en que hizo gemir a los arboles, la tierra se habia estremecido, los caballos se habian tirado al suelo relinchando, y las casas dispersas por el campo oscilaban sobre su base. Esta emocion no habia durado mas que algunos segundos, pero habia corrido desde la extremidad de los Apeninos a la falda de los Alpes, haciendo temblar toda la Italia. Un momento despues, al pasar el puente que atraviesa el Tiber, uno de los guieles hizo observar a sus companeros que el agua, en vez de correr a la mar, remontaba a borbotones hacia su nacimiento, cosa que no se habia visto mas que el

día en que fué asesinado Julio César. Finalmente, al llegar á la cima de una colina, desde la cual se descubre toda la ciudad, y sobre cuya cumbre descolgaba venerable y respetado un ciprés tan antiguo como Roma, oyóse un gran trueno: el cielo pareció abrirse, y el rayo, envolviendo á los viajeros en una nube sulfurosa, fué romper el árbol de los siglos, que hasta entonces habían respetado el tiempo y las revoluciones.

Cada uno de estos siniestros preságios arrancaba al hombre encubierto un sordo gemido, avivando el paso de su caballo, á pesar de las advertencias de uno de sus compañeros, de suerte que la corta comitiva marcha entonces al trote por medio de la vía: á una media legua de la ciudad, encontraron una porción de paisanos que, á pesar del tiempo horroroso que hacia, se encaminaban alegremente á Roma.

Llevaban el traje de los días festivos y gorros de liberto en la cabeza, para indicar que desde este día el pueblo era libre: el hombre encubierto quiso dejar el camino y atravesar por el campo, mas su compañero le cogió el caballo por las riendas y le obligó á continuar el camino que llevaban; cuando se aproximaron á los paisanos, uno de estos levantó el bastón en señal de qué se parasen, lo cual ejecularon los que á caballo iban.

—¿Vénis de Roma? dijo el paisano.

—Sí, respondió el compañero del encubierto.

—¿Y qué se sabe de Enoharbo?

El hombre encubierto se estremeció.

—Dicen que se ha salvado, respondió uno de los gitanes.

—¿Y por qué parte?

— Por la de Nápoles: dijese que lo han visto en la vía Appia.

Después de darle las gracias, continuaron los paisanos su camino hacia Roma, gritando ¡viva Galba y muera Neron!

Estos gritos fueron seguidos de otros en la llanura, oyéndose en el campo las voces de los pretorianos, que dirigían al César horroresas imprecaciones.

Continuó su camino la reducida comitiva, y un cuarto de legua más lejos encontró un grupo de soldados.

— ¿Quiénes sois? dijo un *astato* (1), cerrando el camino con la lanza.

— Somos partidarios de Galba, que buscamos á Neron, respondió uno de los ginetes.

— Entonces tened mejor fortuna que la nuestra, dijo el decurion: porque nosotros nos hemos equivocado.

— ¿Pues cómo?

— Habíaisnos dicho que debía pasar por este camino; y viendo un hombre que corría á galope creímos que fuese él.

— Y luego?... dijo con voz trémula el hombre encubierto.

— Lo matamos, respondió el decurion, y solo examinando el cadáver hemos visto habernos engañado: sed mas felices que nosotros, y que Júpiter os proteja.

Quiso el hombre encubierto poner otra vez su caballo al galope, pero sus compañeros le detuvieron, y continuó su camino; mas á unos quinientos pasos su caballo tropezó en un cadáver, é hizo un desvío tan violento, que se apartó el

(1) Lancero ó alabardero, y también se toma por el jefe que manda diez hombres.

velo que le cubría el semblante. En este momento pasaba un soldado pretoriano, que se retiraba con licencia,

—¡Salud, César! —dijo el soldado, que había reconocido a Neron á la luz de un relámpago.

Era en efecto el mismo Neron, que acababa de tropezar con el cadáver del que había sido tomado por él: Neron, para quien á esta hora todo era un motivo de espanto, hasta aquella señal de respeto que le daba un veterano: Neron, que caído de la cumbre del poder por uno de esos reveses inesperados de la fortuna, de que la historia de aquella época nos ofrece muchos ejemplos, se veía á su vez fugitivo y prosorito, huyendo de la muerte, que ni tenía el valor de darse ni de recibir.

Veamos por qué serie de acontecimientos el dueño del mundo había quedado reducido á este estremo.

Mientras el emperador entraba en el circo, saludado con los gritos de ¡viva Neron Olímpico! ¡viva Neron Hércules! ¡viva Neron Apolo! ¡viva Augusto, vencedor de todos sus rivales! gloria á esa voz divina, felices aquellos á quienes ha sido dado oír sus acentos celestiales! entraba al galope por la puerta Flaminia un correo que venía de las Galias, con el caballo hecho un río de sudor. Atravesaba el campo de Marte, pasaba por el arco de Claudio, dejándose á un lado el Capitolio, y entrando en el circo entregaba á la guardia que velaba en el local del emperador las cartas que de tan lejos y con tanta diligencia traía. Eran estas las cartas que, como hemos dicho, habían obligado al César á dejar el circo: en efecto, la desaparición repentina del César explicaba su importancia, pues anuncianaban nada menos que la sublevación de las Galias.

Hay épocas en la vida de los imperios en que, cuando se les creia sepultados en un sueño mortal, se les vé estremecerse de repente, como si por primera vez el genio de la libertad bajase del cielo para iluminar sus sueños: entonces, sea cual fuere su extensión, la conmoción eléctrica que lo ha hecho estremecer se extiende de Norte a Mediodía, de Oriente a Occidente, y corre a distancias inauditas á despertar á pueblos que ninguna comunicación tienen entre sí, pero que habiendo llegado al mismo grado de esclavitud, sienten la misma necesidad de libertad: entonces, como si un relámpago les hubiese llevado la consigna de la tempestad, se oyen llegar los mismos gritos de mil puntos opuestos; todos piden lo mismo en diferentes lenguas, es decir, que lo que es no sea. ¿Será el porvenir mejor que el presente? Nadie lo sabe, y poco importa: es tan gravoso el presente, que es indispensable librarse de él; después se transigirá con el porvenir.

A este período había llegado el imperio romano, hasta en sus mas retirados límites. Fontejo Capiton en la Germania inferior, Vindex en las Galias, Galba en España, Oton en Lusitania, Claudio Macer en África, y en Siria Vespasiano, formaban con sus legiones un semicírculo amenazador, que no aguardaban mas que una señal para concentrarse sobre la capital. Solamente Virginio en la Germania superior estaba resuelto en todo evento a permanecer fiel; no á Nerón, sino á la patria; así, solo se necesitaba una chispa para producir un incendio, y Julio Vindex la hizo saltar.

Comprendió este pretor, oriundo de Aquitania, de estirpe real, y hombre de valor y de talento, que era llegada la hora en que debía extinguirse la familia de los Césares. Sin ambigüedad

cien para si, echo una mirada á su alrededor para hallar el hombre escogido de antemano por la simpatia general. A su derecha y al otro lado de los Pirineos hallábase Sulpicio Galba, poderoso á la par sobre el pueblo y sobre el ejército por sus victorias en Africa y en Germania. Sulpicio Galba aborrecía al emperador, cuyo recelo lo había sacado de su granja de Fondi para enviarlo á España, mas bien como desterrado que como pretor. Sulpicio Galba estaba designado de antemano y desde largo tiempo por las tradiciones populares y los oráculos divinos, como destinado á ceñir la corona: era, pues, el hombre que convenía por todos títulos para ponerle al frente de una insurrección. Vindex le envió secretamente unas cartas que contenían todo el plan de la empresa, y en que le prometía, á falta del concurso de las legiones, el apoyo de cien mil galos, suplicándole además que, si no quería coadyubar á la caída de Neron, no rehusase al menos la dignidad suprema que no habría buscado, pero que vendría por sí misma á ofrecérsele.

No se desmintió en esta ocasión el carácter suspicaz e irresoluto d^e Galba; recibió las cartas y las quemó para destruir el menor indicio, pero las conservó enteras en la memoria.

Comprendió Vindex que Galba quería ser empujado; no había aceptado la alianza, pero no había hecho traición al que se la ofrecía: el silencio era un consentimiento.

Presentábase una ocasión favorable: juntábanse los galos dos veces al año en asamblea general, y las sesiones eran en Clermont. Vindex entró en la sala en que se tenían.

En medio de la civilización, del lujo y de la corrupcion

romana , hallase conservado Vindex como el galo de los antiguos dijas : á la fria y decidida resolucion de las gentes del Norte , unia el atrevido y animado decir de los hombres del Mediodia .

—Estais deliberando sobre los asuntos de la Galia , dijo : buscais en torno vuestro la causa de nuestros males , pero os engañais ; la causa está en Roma , y Enobarbo es el culpable : él es quien ha aniquilado sucesivamente todos nuestros derechos , el que ha reducido á la miseria nuestras mas ricas provincias , el que ha cubierto de luto nuestras mas nobles casas ; y ahora porque es el ultimo de su dinastia , porque habiéndose quedado solo en la familia de los Césares no teme rival ni vengadores , vedlo que suelta la rienda á sus furores , como hace á sus caballos , y que se deja llevar de sus pasiones , aplastando la cabeza de Roma y los miembros de las provincias bajo las ruedas de su carro . Yo le he visto , continuó , sí , yo mismo he visto á ese atleta , á ese cantor imperial , coronado y ebrio á la vez , indigno hasta de la gloria de un gladiador y de un bistrion . ¿ A qué , pues , decorarlo con los titulos de César , de príncipe y de Augusto ? ¿ titulos que merecieron , el divino Augusto por sus virtudes , el divino Tiberio por su genio , el divino Claudio por sus beneficios ? Ese infame Enobarbo solo merece el nombre de Edipo y de Orestes , puesto que se gloria con los nombres de incestoso y parricida . En otro tiempo nuestros mayores , guiados solo por la necesidad de variar y por el atractivo de la ganancia , tomaron por asalto á Roma ; esta vez mas noble , mas digno motivo nos guiará sobre las huellas de nuestros pasados ; esta vez en el plato de la balanza , en lugar de

la espada de nuestro antiguo Bréno, echaremos la libertad del mundo; esta vez no será la desgracia, sino la felicidad, la que llevaremos á los vencidos.

Tenía Vindex merecida reputación de hombre valeroso: sabiase que las palabras salidas de su boca no eran en vano, por lo cual su discurso fué acogido con vivos aplausos y entusiastas aclamaciones: todos los jefes de los galos desenvainaron sus espadas y juraron sobre ellas estar de vuelta dentro de un mes con séquito proporcionado á su fortuna y clase, y se retiraron á su ciudad. Esta vez habiase arrancado la máscara y arrojado la vaina lejos de la espada. Vindex escribió segunda vez á Galba.

Habiase Galba procurado las simpatías del pueblo desde su llegada á España; nunca se había prestado á las violencias de los procuradores, y no pudiendo impedir las exacciones, se manifestaba compadecido de sus víctimas: nunca hablaba mal de Neron, pero dejaba correr libremente versos satíricos y epigramas injuriosos contra el emperador; y todos los que andaban á su alrededor habían adivinado sus proyectos, pero nunca los confiò á nadie. El mismo dia en que recibió el mensaje de Vindex, dió una gran comida á sus amigos, y por la noche, despues de haberles noticiado la insurrección de las Galias, les comunicó el escrito, sin acompañarlo de ningún comentario, dejándolos libres con su silencio de aprobar ó desaprobar la oferta que se le hacia. Sus amigos permanecieron mudos y perplejos al escuchar esta lectura; mas uno de ellos llamado Tilio Venio, mas determinado que los otros, se volvió de su lado, y mirándole cara á cara:

—Galba, le dijo, ¿á qué deliberar para resolver si seremos fieles á Neron, puesto que el hacerlo es ya serio infielés? Es menester, ó aceptar la amistad de Vindex, como si Neron fuese ya nuestro enemigo, ó acusarlo al momento y hacerle la guerra; y por qué? Porque quiere que los romanos os tengan por emperador, mas bien que á Neron por tirano.

Galba, como si no hubiese comprendido la cuestión, les propuso celebrar una junta el dia 5 del mes próximo en la nueva Cartago, para dar la libertad á algunos esclavos. Aceptaron sus amigos la invitación, y sin mas datos estendieron la voz de que esta convocación tenía por objeto el decidir sobre los destinos del imperio.

En el dia señalado se hallaba reunido en el punto citado cuanto en España se tenía por ilustre, ya extranjeros, ya indígenas: todos iban con el mismo fin, animados de un mismo deseo, buscando igual venganza. Galba se sentó en su tribunal, y al momento con arranque unánime todas las voces le proclamaron emperador.





CAPITULO XVII.

Estas eran las noticias que contenian las cartas recibidas por Neron en el circo : dijeronle al mismo tiempo que se habian distribuido proclamas de Vindex , y que algunas circulaban ya en la ciudad ; bien pronto cae una en sus manos, en que se le prodigaban los titulos de incestoso , de parricida y de tirano : sin embargo , no es esto lo que le hiere y le ofende ; llamaselle Enobarbo , y tratanle de mal cantor ; y estos son ultrajes de que debe vengarse el Senado . Para rechazar el reproche de inhabil en su arte y vengar aquell

nombre heredado de sus abuelos , y que él toma por una afrenta , hace ofrecer un millon de sestercios al que mate á Vindex , y se entrega de nuevo á su descuido y apatía .

Entre tanto la insurrección iba haciendo progresos en España y en las Galias : Galba había creado para sí una guardia del órden ecuestre y establecido una especie de senado: Vindex , a quien hizo saber que se había puesto precio á su cabeza , le respondió que se la dejaría tomar al que le trajese la de Neron .

Mas entre todos estos generales , prefectos y pretores adictos á la nueva fortuna , solo uno había permanecido fiel , no por amor á Neron , sino porque viendo en Vindex á un extranjero , y conociendo á Galba por un espíritu débil e irresoluto , temía que por mas desgraciada que fuese Roma , no tuviese aun que sufrir por el cambio: por lo cual se dirigió con sus legiones á las Galias , para librarse al imperio de la afrenta de tener que obedecer á uno de sus antiguos vencedores .

Habían cumplido los jefes galos su juramento: al frente de los tres mas ilustres y mas poderosos pueblos de la Galia , los secuanecos , los eduenos y los arvenios , habían venido á reunirse á Vindex: tambien se les unieron los vieneses , mas estos no estaban unidos como los otros por el amor de la patria ó el deseo de su libertad , sino por odio á los lioneses , que habían permanecido fieles á Neron . Virgilio por su parte había reunido las legiones de la Germania , los auxiliares belgas y la caballería bávara: salieronse al encuentro los dos ejércitos , y habiendo llegado Virginio frente á Besanzón , que estaba por Galba , le puso sitio; pero no bien se habían tomado las dispo-

siciones del asedio, apareció en el horizonte otro ejército, que era el de Vindex.

Continuaron los galos avanzando contra los romanos que los esperaban, y al hallarse á tres tiros de ballesta hicieron alto para formar su plan de batalla; pero en este momento salió un heraldo de las filas de Vindex, y se dirigió á Virginio: un cuarto de hora después la guardia de los dos jefes avanzó entre los dos ejércitos, y habiendo levantado en el medio una tienda de campaña, se formó cada escolta del lado de su partido, entrando en la tienda Vindex y Virginio.

Ningún testigo presenció esta entrevista; mas el parecer de los historiadores es que, habiendo Vindex manifestado á su enemigo la política que le impulsaba á obrar, y dándole pruebas de no obrar para sí, sino para Galba, Virginio que vió en esta revolución, si no la felicidad de la patria, una situación muy preferible á la existente, se adhirió al que había venido á combatir: los dos jefes iban pues á separarse para volver á reunirse pronto y marchar de acuerdo contra Roma, cuando se hicieron oír grandes gritos del ala derecha del ejército. Era que, habiendo salido una centuria de Besanzón para comunicar con los galos, y habiendo hecho estos un movimiento para unirse con ella, los soldados de Virginio se creyeron atacados y no escuchando más que su primer impulso, salieron espontáneamente al encuentro de aquellos; precipitáronse cada jefe por su lado, suplicando á los soldados que se detuviesen, pero sus súplicas fueron ahogadas por los clamores que daban los galos, apoyándose el escudo en los labios; sus señas fueron tomadas por gestos de animación: era uno de los vértigos

extraños que á veces se apodera de un ejército, como de un hombre.

Vióse entonces un espectáculo atroz: los soldados, sin orden de los jefes, sin plan de batalla, impelidos por un instinto de muerte, y sostenidos por el odio inveterado de vencidos contra vencedores, y de pueblos conquistadores contra pueblos conquistados, se arrojaron furiosos unos contra otros y se batieron cuerpo á cuerpo, como leones y tigres en un circo. En dos horas que duró el combate, los galos habían perdido veinte mil hombres, y las legiones germanas y bátavas dieziseis mil: este era el tiempo físico que había sido preciso para matar. Por fin retrocedieron los galos; pero habiendo sobrevenido la noche, quedaron los dos ejércitos en presencia el uno del otro; sin embargo, esta primera derrota había abatido el valor de los rebeldes, que se aprovecharon de la noche para retirarse. En el sitio en que las legiones germanas creían hallarlos á la mañana siguiente, no quedaba mas que una tienda, y dentro de ella el cuerpo de Vindex, el cual, desesperado de que acaso hubiese hecho perder á la libertad tan grandes esperanzas, se había arrojado sobre su espada, que creía inútil, atravesándose con ella el corazón: los primeros que entraron en su tienda hicieron varias heridas en el cadáver para hacer creer que le habían muerto ellos; pero en el acto de distribuir la recompensa que les estaba concedida por esta acción, uno de ellos que tuvo motivo de quejarse por la distribución, lo declaró todo y se supo la verdad.

Ocurrian por este mismo tiempo en España sucesos no menos favorables al emperador: uno de los escuadrones que se

habían sublevado, arrepentido de haber violado el juramento de fidelidad, quiso abandonar la causa de Galba, y con muchos trabajos había vuelto á ponerse á sus órdenes; y en el mismo dia en que Vindex se quitó la vida, faltó poco para que Galba fuese asesinado en una calle angosta al ir al baño por unos esclavos que en otra tiempo le había dado un liberto de Neron. Hallábase todavía aterrado por este doble peligro, cuando llegó á su noticia la derrota de los galos y la muerte de Vindex: todo lo creyó perdido, y en lugar de entregarse en brazos de la audaz fortuna, solo escuchó los impulsos de su tímido carácter, y se retiró á Clunia, ciudad fortificada, donde empezó á ocuparse en aumentar su defensa; pero algunos presagios en que no podía recelarse de engaño, vinieron bien pronto á restituirlle el ánimo perdido: al primer golpe de azada que dió un soldado para trazar una nueva línea alrededor de la ciudad, halló un anillo de un trabajo antiguo y precioso, cuya piedra representaba una victoria y un trofeo. Esta primera enmienda del destino le dió un sueño mucho mas tranquilo que el que esperaba, durante el qual vió en sueños una estatua de la Fortuna de un codo de alto, á la que veneraba en su granja de Fôndi con un culto particular, y á quien había hecho voto de un sacrificio al mes y una velecta al año. Parecióle que abría la puerta y que le decía que cansada de aguardar en el umbral, seguiría al cabo á otro, si él no se apresuraba á recogerla.

Al levantarse, ya conmovido por estos dos augurios, le dieron aviso de que acababa de arribar á Dertosa, ciudad situada á orillas del Ebro, una embarcación cargada de armas, sin pasajeros, marineros ni pilotos: desde entonces con-

sideró su causa como justa y ganada, porque era visible que placia á los dioses.

En cuanto á Neron, había considerado al principio estas noticias como de poca importancia, y aun se había folicitado de ellas, pues con el pretexto de la guerra veia el medio de echar un nuevo impuesto; por esto se había contentado, como hemos dicho, con remitir al Senado las proclamas de Vindex, pidiendo justicia contra el hombre que le trataba de mal tocador de estara: despues habia convidado para la noche en su palacio á los principales ciudadanos, los cuales se apresaron á concurrir, figurándose que esta reunion tenia por objeto el deliberar; pero quedaron tanto sorprendidos al ver que se contentó Neron con enseñarles uno á uno varios instrumentos de música hidráulica de nueva especie, disertando sobre el uso y el mérito de cada pieza; y todo lo que les dijo sobre la insurrección de los galos fué que haria llevar estos instrumentos al teatro si Vindex no se lo impedia.

Como hubiesen llegado al dia siguiente nuevas cartas anunciando que el número de los galos sublevados ascendia á cien mil, pensó Neron que debia por fin hacer algunos preparativos de guerra, y por cierto que los dispuso bien extraños e insensatos. Hizo que llevaran carros al teatro y al palacio, los mandó cargar de instrumentos de música en vez de instrumentos de guerra, y oíto la tribus urbanas para recibir los juramentos militares; mas viendo que ninguno de los que se hallaban en estado de tomar las armas respondia, exigió de los amos un cierto número de esclavos, y fué él mismo por las casas á escoger los mas fuertes y robustos, llevándose hasta los administradores y secretarios; por ultimo, reunió cuatro-

ciantas cortesanas, las hizo cortar el pelo, armólas con el hacha y el escudo de las amazonas, y las destinó á ocupar el lugar de la guardia cesárea cerca de su persona.

Al salir de la sala, donde había comido apoyado en los hombros de Esporo y de Faon, dijo á los que estaban esperando para verlo, y que parecían inquietos por las noticias que corrían, que se tranquilizasen, puesto que tan pronto como pisase el suelo de la provincia y se presentase sin armas á los galos, bastaría verter algunas lágrimas para que los sediciosos se arrepintiesen al momento, y que desde el dia siguiente se le vería gozoso entre los gozosos entonar á la victoria un himno que iba á componer en aquel instante.

Pasados algunos días, llegó un nuevo correo de las Galias, y este al menos traía noticias favorables: era portador del encuentro de las legiones romanas y galas y de la derrota de los rebeldes y muerte de Vindex. Neron dió grandes gritos de alegría, corrió como un loco por las habitaciones y jardines del palacio dorado, ordenó fiestas y regocijos, anunciando que aquella noche cantaría en el anfiteatro, y mandó coquizar á los principales de la ciudad para una gran cena en el dia siguiente.

En efecto, por la noche se fué al Gimnasio, pero dominaba en Roma una extraña fermentación: pasando frente á una de sus estatuas, vió que la habían cubierto con un saco, y era en un saco donde se encerraba á los parricidas, arrojándolos despues al Tiber con un mono, un gato y una víbora. Un poco mas allá se leían en la base de una columna estas palabras: «Tanto ha cantado Neron, que ha despertado los gallos.» Un rico propietario patricio, que se hallaba al paso del emperador,

disputaba ó fingia disputar en voz tan fuerte con sus esclavos, que Neron se informó de lo que pasaba; entonces vinieron á decirle que, merociendo los esclavos de este hombre una corrección, reclamaba un Vindex.

Empezó la función por un entremés en que representaba el actor Eates: el papel que se le había encargado empezaba por estas palabras: «Salud á mi padre, salud á mi madre;» y al tiempo de pronunciarlas se volvió hacia Neron, e imitó, al decir las primeras, la acción de beber; y al pronunciar las segundas, la acción de nadar. Esta ocurrencia fué saludada por unánimes aplausos, porque todos reconocieron en ella una alusión á la muerte de Claudio y de Agripina: Neron se echó á reír y aplaudió como los demás, ya porque fuese insensible á toda clase de afrenta, ya por el temor de que su misma cólera escitase mas la burla, ó indispusiese al público en contra suya.

Llegado que fué su turno; dejó el asiento y entró en el escenario; mientras se estuvo vistiendo para presentarse, circuló entre los espectadores una noticia extraña: habíanse caído los laureles de Livia y se habían muerto todas sus gallinas.

Hé aquí el origen de estos laureles y gallinas:

Cuando Livia Drusilia, que por su casamiento con Octavio recibió el nombre de Augusta, se hallaba prometida á César, estando un dia sentada en su granja de Veyes, un águila dejó caer desde los árboles en su falda una gallina blanca, que no solo estaba sin lesion, sino que ni aun asustada parecía: Admirada Lavinia, miraba y acariciaba el ave, y entonces observó que tenía en el pico una rama de laurel: consultó sobre

esto á los artúspices, los cuales mandaron que se plantase el laurel para obtener retoños, y que se criase la gallina para tener casta de ella, todo lo cual hizo Livia ejecutar. Una casa de recreo de los Césares, situada junto á la vía Flaminia, cerca del Tíber, á nueve millas de Roma, fué escogida para hacer este experimento, y el resultado excedió á toda esperanza. Nació tan prodigioso número de pollos, que la tierra tomó el nombre de *ad Gallinas*, y el laurel arrojó tantos vástagos, que bien pronto fué el centro de un bosque: este bosque, pues, se había secado hasta las raíces, y todos los pollitos habían muerto sin quedar uno á vida.

Presentóse el emperador en la escena, y aunque, según su costumbre, se adelantó humildemente hasta la orquesta y dirigió una respetuosa alocución á los espectadores, diciéndoles que haría cuanto pudiese, pero que el éxito dependía de la fortuna, ni un solo aplauso se dejó oír para animarlo. Empezó, sin embargo, aunque temeroso y temblando, y todo su papel fué escuchado con el mas profundo silencio y sin ninguna aplauso; pero cuando llegó á estos versos: *Mi esposa, mi madre y mi padre piden mi muerte!* resonaron por primera vez los aplausos y gritos; mas en esta ocasión no cabía engaño en lo que expresaban. Conoció Neron su verdadero sentido, y abandonó aceleradamente el teatro; pero al bajar la escalera se le cayeron los pies en su túnica demasiado larga, cayó, se hirió en la cara, y hubo que llevarlo desmayado.

Conducido al Palatino y vuelto en si, se encerró en su gabinete; poseído de terror y de cólera, sacó sus tablillas y trazó en ellas proyectos extraños, que solo necesitaban una

firmá para ser órdenes mortales. Eran estos entregar las Galias al saqueo del ejército, envenenar á todo el Senado en un convite, incendiar la ciudad y soltar al mismo tiempo las fieras, para que ese pueblo ingrato, que no le había aplaudido sino para presagiarle la muerte, no pudiese librarse de los estragos del incendio. Mas tranquilo entonces sobre su poder por la conviccion del mal que aun podia hacer, se echó en la cama; y como Dios queria enviarle nuevos presagios, permitió que se durmiese.

Aunque nunca soñaba, soñó entonces que se hallaba perdido durante una tempestad en un mar furioso, y que le arrancaban de las manos el timon del barco que dirigia; luego, por una transicion incoherente, se halló de pronto junto al teatro de Pompeyo, y las catorce estatuas hechas por Ceponio, representando las naciones, bajaron de sus pedestales, y mientras que la que tenia delante lo cerraba el paso, las otras formaban un circulo y se acercaban gradualmente, hasta que se halló encerrado entre sus brazos de mármol. Con sumo trabajo se había escapado de estas fantasmas de piedra, y corría pálido, jadeando y sin voz por el campo de Marte, cuando al pasar por delante del mausoleo de Augusto abrieronse por sí mismas las puertas del sepulcro, y salió una voz llamándole por tres veces. Esto último le hizo despertar temblando con los cabellos erizados y la frente hecha un río de sudor. Llamó y dió orden que le trajesen á Esporo, el qual permaneció en su habitacion el resto de la noche.

Disipáronse con el dia los pánicos terrores de la noche, pero le quedó un temor vago que le hacia estremecer á cada instante; dispuso entonces que le presentase el correo que

habia traido la noticia de la muerte de Vindex : era este un caballero bátavo que habia ido á la Germania con Virgilio y se habia hallado en la batalla. Hizole Neron repetir muchas veces todos los detalles de la accion , y sobre todo los de la muerte de Vindex ; por fin no se tranquilizó hasta que el soldado le hubo jurado por Júpiter que habia visto con sus propios ojos el cadáver acribillado de heridas y preparado para la tumba. Entonces mandó que le contasen cien mil sestercios , y le regaló su propio anillo.

A la hora de comer , los convidados imperiales se reunieron en el Palatino. Antes de la comida hizoles Neron pasár, segun costumbre , á la sala del baño , y al salir les presentaron los esclavos togas blancas y coronas de flores . Neron los estaba esperando en el triclinium vestido de blanco y con la sien coronada como ellos , y se recostaron en sus puestos al son de una música deliciosa.

Fué servida esta comida con todo el esmero y lujo de las comidas romanas : cada uno de los convidados tenia un esclavo recostado á sus pies para prevenir sus menores caprichos ; comia un parásito en una mesita aislada , que le estaba enteramente abandonada como una víctima , y en el fondo , sobre una especie de teatro , habia bailarinas gaditanas , que por sus gracias y ligereza parecian las divinidades primaverales que acompañan en mayo á Flora y Zefiro visitando su reino .

Segna fué adelantando la comida y animándose los convidados , el espectáculo variaba de carácter , pasando de voloptarse á lascivo : á las bailarinas sucedieron tunámbulas , y entonces empezaron los inauditos juegos que , segun dicen ,

renovó la regencia , y que habian sido inventados para esconder los amortiguados sentidos del viejo Tiberio. Entonces tomó Neron una cíara y se puso á recitar versos , en que se ponía á Vindex en el mas grosero ridículo : acompañaba estos cantos con gestos obscenarios , y en el momento en que le aplaudian frenéticamente los invitados , llegó un nuevo mensajero con cartas de España , que anunciaban á la vez el levantamiento y proclamacion de Galba .

Leyó Neron muchas veces estas cartas , alimentándose en cada una su palidez : cogió dos vasos que estimaba mucho y que llamaba homéricos , porque sus labores representaban poemas sacados de la Iliada , y los rompió , como si hubiesen sido de una materia comun ; despues , dejándose caer , rasgó sus vestiduras , se hirió violentamente la cabeza contra los lechos del festin , diciendo que sufria desgracias inauditas y desconocidas , pues que en vida perdía su imperio : á estos gritos entró su ama Euclogea y lo tomó en brazos como un niño procurando consolarlo ; pero como un muchacho , se exasperaba mas con los consuelos. Bien pronto le sobrevino la cólera , y se hizo traer una caña y pergaminos para escribir al jefe de los preterianos : firmado el escrito , buscó su anillo para sellarlo ; mas como queda dicho , se lo había regalado aquella mañana al caballero bátavo : entonces pidió uno á Esporo , quien le presentó el suyo ; lo apoyé sin mirarlo sobre el lacre , pero al levantarla observó que este sello representaba el deseo de Preserpina á los infiernos. Este ultimo presagio en tal ocasion le pareció el mas terrible de todos ; y ya se figurase que Esporo le había presentado este anillo con intencion , ya que su locura no reconociese ni á sus mas que-

ridos amigos, cuando Esporo se le acercó para informarse de la causa de este nuevo acceso, le dió tal manotazo en la cara, que el joven, ensangrentado y desvanecido, fué á caer entre los restos de la comida.

El emperador, sin despedirse de los convidados, subió inmediatamente á su habitación e hizo llamar á Locusta.





CAPITULO XVIII.

En esta ocasión recurrió el emperador á la ciencia de su vieja amiga para sí mismo: pasaron juntos toda la noche, y la maga compuso en presencia de él un veneno sutil, que había combinado tres días antes y ensayado la víspera. Encerrólo Nerón en una caja de oro, colocando ésta en un cofre-jarito que le había dado Esporó, y cuyo secreto sólo era conocido de él y del enemigo.

Entre tanto habíase estendido la noticia de la proclamación de Galba con una rapidez espantosa; ya no era una amenaza lejana, una empresa desesperada como la de Vindex, sino el temible y poderoso designio de un patrício,

cuya familia , siempre popular en Roma , reunia á la vez antigüedad y nobleza , y que grababa en sus estatuas el título bonifoso de nieto de Quinto Cátulo Capitolino ; es decir , del magistrado á quien se reputaba como el primero de su época , tanto por su valor como por su virtud .

Coincidian con estas buenas disposiciones en favor de Galba nuevas quejas contra Neron : preocnpado con sus juegos , sus corridas y sus cantos , se habian descuidado las órdenes que debia dar en calidad de prefecto de Anona (1) ; de suerte que la flota que debia traer el trigo de Sicilia y de Alejandría , no marchó hasta la época en que debiera haber estado de vuelta , resultando de ahí que en pocos dias la carestia del grano se habia hecho escesiva por la escasez que habia sobrevenido , y que Roma , muriéndose de hambre como un solo hombre , y vueltos los ojos al Mediodia , corria en tropel á las orillas del Tiber á cualquiera embarcacion que veia remontar del puerto de Ostia : por lo que en la mañana siguiente á la noche que Neron habia pasado con Locusta , y de haberse recibido las noticias de la insurrección de Galba , el pueblo , disgustado y hambriento , se hallaba reunido en el Fórum , cuando se hizo la señal de que llegaba una embarcacion . Corrieron todos al puerto Elias creyendo que este bared era la vanguardia de la flota alimenticia , y se largaron á bordo con gritos de alegría . La embarcacion conducia treinta de Alejandría para los atletas de la corte , lo que hizo prorumpir en gritos murmullos e imprecaciones .

Entre los malecontentos señalábase un liberto de Galba

(1) Abasto ó provision de granos .

llamado Icelo, habrástle puesto preso la tarde antes, pero un centenar de hombres armados se dirigió á la cárcel por la noche y lo puso en libertad : aparecía de nuevo en medio de las masas, más fuerte que antes por su misma persecución momentánea, y aprovechándose de esta ventaja, excitaba á los concurrentes á una rebelión abierta ; pero estos vacilaban todavía por ese resto de obediencia instintiva á lo que existe, de que uno no se percibe, pero que es tan difícil de romper para los ánimos vulgares ; pasó entonces por su lado un joven con la cara tapada con su palium (¹), y le alargó una hoja rasgada de un librillo de memoria. Icelo tomó la laminita de marfil ence rrada que le presentaban, y vió con alegría que la casualidad venía á favorecerle, entregándole una prueba contra Neron : esta laminita contenía el proyecto que el emperador había formado la noche que pasó con Esporo, de quemar segunda vez esa Roma que se cansaba de aplaudir sus cantos, y de soltar las fieras durante el incendio, á fin de que los romanos acometidos por estas no pudiesen apagar el fuego. Leyó Icelo en alta voz las líneas escritas sobre la laminita, y sin embargo vacilaban en creerlo : tan insensata parecía semejante venganza. Algunas personas gritaban que sin duda la órden que se acababa de leer era supuesta; pero Nimfidio Sabino tomó la tablilla de manos del liberto, y declaró que reconocía perfectamente, no solo la letra del emperador, sino también su modo de rayar, de borrar e intercalar. Nada había que replicar á esto, porque Nimfidio Sabi-

(1) Manto ó capa larga.

no, como prefecto pretoriano, había recibido en muchas ocasiones cartas autógrafas de Neron.

Pasaron en este momento muchos sahadores en desorden y sin manto talar; dirigíanse al Capitolio, donde eran convocados, por haber visto el jefe del Senado aquella misma mañana una planchita como la que el desconocido había entregado a Iceto, en la que se hallaba escrito el proyecto circunstanciado de convidar á los sahadores á una gran cena, y envenenarlos á todos á la vez: fuéles signeado el pueblo, y volvió á fundar el Foro, numeroso y amenazador como embravecidas olas, y semejante á un flujo que remonta el puerto; mientras se sabia la resolución del Senado acometió las estatuas de Neron, no atreviéndose todavía á hacerlo con él. Miraba este desde la azotea del Palatino los ultrajes que sufrían sus estigies, y se vistió de negro para presentarse al pueblo en actitud suplicante; pero en el acto de salir, los gritos de la muchedumbre habían tomado tal expresión de amedrata y de encono, que volvió á entrar precipitadamente, lleno de terror, y haciéndose abrir una puerta falsa se refugió en los jardines de Servilio. Puesto al abrigo del peligro en este retiro, que solo sus mas íntimos confidentes sabian haber escogido, mandó á Faon que fuese á hablar al jefe de los pretorianos.

Pero el dinero de Galba había prenacidido en el campamento al del César. Nimbicio Sabino acababa de ofrecer en nombre del nuevo emperador siete mil quinientas dracmas por cabeza, y á cada soldado que se hallaba en las provincias, mil doscientas cincuenta; así, pues, el jefe de los pretorianos respondió á Faon, que lo único que podía hacer en obsequio

de Neron, era darle la preferencia si les daba la misma suma. Trajo Faon esta respuesta al emperador, pero la suma pedida ascendia á doscientos cien y cinco millones ciento sesenta y dos mil trescientos francos de nuestra moneda, y el tesoro se hallaba exhausto por pecias prodigalidades; de suerte que el emperador no poseia la vigésima parte de esta suma; sin embargo, Neron no se consideraba todavía destituido de toda esperanza, pues con la ayuda de sus antiguos amigos, cuya asistencia pensaba ir á implorar, protegido por las sombras de la noche para no ser visto, tal vez llegaría á justificar la cantidad que le pedian.

Descendió la noche sobre la ciudad, llena de tumulto y de luces: donde quiera que habia un foro (1), una plaza ó una encrucijada, habia grupos alumbrados por antorchas. Entre esta muchedumbre, animada de tan diversos sentimientos, circulaban las noticias mas extrañas y contradictorias, como si un águila las espidiese con sus alas, y todas obtenian asenso, por mas insensatas é incoherentes que fuesen: elevábanse entonces por el aire relumbres y clamores que de lejos hubieran podido oírse erupciones de volcanes y rugidos de fieras. En medio de este tumulto los pretorianos abandonaron sus cuarteles y fueron á acamparse fuera de Roma: por donde quiera que pasaban se restablecia el silencio, porque aun se ignoraba por quién estaban; pero no bien la muchedumbre los habia perdido de vista, cuando poníase á sacudir los habitaciones y á rugir amenazadora y tumultosamente.

En el estado de agitacion en que se hallaba la ciudad, Ne-

(1) En este lugar tiene la acepcion de mercado público.

ron, disfrazado con los vestidos de un hombre del pueblo, atreviése á salir de los jardines de Servilio, donde, como hemos dicho, se había refugiado por el dia. Inspirábase este paseo arriesgado la esperanza de hallar un auxilio, si no en los brazos, al menos en las bolsas de sus antiguos compañeros de desórdenes; pero por mas que fué de casa en casa, se arrodilló humilde y suplicante en todas las puertas, e imploró como un mendigo esta limosna, única que podia rescatar su vida, por mas que llamó y gimió, los corazones permanecieron insensibles y las puertas cerradas.

A este tiempo, cansada la muchedumbre de las dilaciones del Senado, empezaba á hacer oír su terrible gritería: entonces conoció Neron que no podia perder un momento, y en vez de volverse á los jardines de Servilio, se dirigió al Palatino para tomar oro y algunas alhajas preciosas. Habiendo llegado á la fuente de Júpiter, se deslizó por detrás del templo de Vesta, tomó la sombra que hacian las paredes del palacio de Tiberio y de Caligula, se metió por la puerta que se había abierto para su entrada de Corinto, y atravesó aquellos jardines magníficos que se veia precisado á abandear por las playas desiertas de la proscripción: despues, volviendo al palacio dorado, se dirigió á su habitacion por corredores secretos y oscuros, y al entrar en ella dió un grito de sorpresa.

La guardia del Palatino habia huído durante su ausencia, llevándose consigo cuanto encontrara á mano: riquísimos tapetes, vasos de plata y otros objetos preciosos. Neron acudió presuroso al cofrecito en que tenia encerrado el veneno de Locusta, y abrió el cajoncito; mas la caja de oro habia desaparecido, y con ella el único recurso contra la afrenta publi-

ca de una muerte infame. Entonces, rendido y abandonado de todo el mundo, sintióse débil contra el peligro; y el que un dia antes era el amo de la tierra, se tiró de cara contra el suelo y se revolcó pidiendo auxilio a gritos descompasados. Solo acudieron tres personas: Esporo, Epafradio su secretario y Faon su liberto. A su vista Neron se levantó sobre una rodilla y los miró con ansiedad; y viendo en sus semblantes tristes y abatidos que no había ya esperanza, mandó a Epafradio que fuese a buscar al gladiador Espiculio, o a cualquier otro que quisiese matarlo. Despues, ordenó a Esporo y Faon, que habian quedado allí, que entonasen las lamentaciones que las mujeres alquiladas para llorar cantaban en los entierros; y aun no habian acabado, cuando Epafradio volvió a entrar, sin que Espiculio ni otro alguno hubiese querido ir. Entonces Neron, que habia recogido todas sus fuerzas, viendo escaparse este único medio de morir de muerte pronta, dejó caer los brazos exclamando: ¡Ay de mí! ¡ay de mí!... ¡conque no tengo ni un amigo ni un enemigo que me prive de la existencia! Y quiso salir del Palatino, correr al Tíber y arrojarse en él; pero detívole Faon, ofreciéndole su casa de campo, situada a unas cuatro millas de Roma entre las vías Salaria y Nomentana. Alrazando Neron esta última esperanza, preparanse cinco caballos; monta en uno, tñrase un velo a la cara, y seguido de Esporo, que le sigue siempre cual su sombra, quedándose Faon en el Palatino para comunicarle las noticias, atraviesa toda la ciudad, sale por la puerta Nomentana y sigue la vía del mismo nombre, donde le hallamos cuando el saludo del soldado que le habia reconocido pasiera el colmo a su terror.

La corta comitiva llegó por fin á la altara de la gracia de Faon, situada donde está hoy la Serpentara. Esta posesión, oculta detrás del Monte Sacro, podía ofrecer á Neron un retiro momentáneo, bastante aislado para que tuviese, al menos el tiempo de decidirse á morir, si le privaban todos los medios de salvacion. Epafrodito, que conocia el camino, se puso al frente de la comitiva, y volviendo á la izquierda, tomó la transversa. Siguió Neron, y los dos libertos y Esporo formaron la reaguardia: llegando á mitad del campo, oyeron algun ruido sin poder ver las personas que lo causaban, y aprovechándose de la oscuridad de la noche, Neron y Epafrodito se metieron en la campiña; mientras que Esporo y los dos libertos continuaron costeando el Monte Sadro. Provenía este ruido de una patrulla nocturna expedida en busca del emperador, al mando de un centurion: detuvo á los tres viajeros, y no reconociendo entre ellos á Neron, el centurion les dejó seguir su camino, despues de haber cambiado algunas palabras con Esporo.

Estaba la llanura sembrada de tantas rocas, y el terreno tan desigual á causa del terremoto que se había sentido al salir la corta comitiva de Roma, que el emperador y Epafrodito habian tenido que echar pie á tierra, caminando al través de abrojos y espinas que ensangrentaban los pies desnudos de Neron y desgarraban su capa. Al fin distinguieron en la sombra una masa negra; un perro ladró siguiéndoles por la parte de dentro mientras que costabán la pared exterior, y llegaron por fin á una cantera contigua á la granja, de la que Faon habia mandado sacar arena.

La boca era baja y estrecha: Neron, acusado del temor, se

bajó hastas apoyar las manos en el suelo, y se introdujo en el interílibri dijole entonces Epafrodito desde la entrada que iba á dar una lata á las paredes, á penetrar en la granja y á informarse de si el emperador podria entrar sin riesgo; pero no bien se había separado de Epafrodito, cuando Neron, al verse solo en la cantera, se sintió poseido de un terror estremado, pareciéndole estar en su sepulcro cuya puerta se hubiese cerrado tras de él en vida: por tanto, se apresuró á salir para volver á ver el cielo y respirar el aire.

—Cuando hubo llegado al borde, distinguió á algunos pasos de distancia un charco, y aunque el agua estaba estacada, le apretaba tanto la sed, que no pudo resistir al deseo de beber. Estendió la capa bajo sus pies para resguardarse algo de los guijarros y abrojos, se dirigió al charco, sacó algunas gotas con la cavidad de la mano, y mirando al cielo en actitud de reproche:

—Hé aquí, dije, el ultimo refrigerio de Neron.

Hallábase triste y pensativo en la orilla de este charco, ocupado en arrancar las espinas y abrojos que quedaban en su ropa; cuando oyó que le llamaban: esta voz, rompiendo el silencio de la noche, aunque tenía una expresión benévolas, le hizo estremecer; volviéso y distinguió á Epafrodito á la entrada de la cantería con una antorcha en la mano. Su secretario le había cumplido la palabra, porque despues de haber entrado por la puerta principal de la granja, y de haber indicando á los liberios el sitio en que los esperaba el emperador, habian talladrado entre todos una pared vieja, preparandole una abertura que le permitia pasar desde la cantera á la granja. Tanto se apresuró Neron á seguir á su guia, que se dejó olvidado

la capa á la orilla del charcho. Volvió á entrar en la cavaresca, y penetrando por la abertura le guiaron á una reducida habitación de esclavo, sin mas muebles que un colchón y tina-manta vieja, y alumbrada por una mala lámpara de barro, que mas bien prestaba humo que luz á esta sepulcral y hiedienda estancia.

Sentóse Neron en el colchón apoyada la espalda en la pared, y sintiendo hambre y sed pidió de beber y de comer; trajérone un poco de pan negro y duro y un vaso de agua; mas habiendo probado el pan lo arrojó lejos de sí, y devolvió el agua pidiendo que se la templasen. Habiéndose quedado solo, dejó caer la cabeza sobre las rodillas y permaneció algunos instantes inmóvil y mudo, como una estatua del dolor. No tardó en abrirse la puerta, y creyendo que le traían el agua, Neron levantó la cabeza y vió delante de sí á Esporo con una carta en la mano.

El pálido semblante del eunuco, en que siempre aparecía el abatimiento y la tristeza, tenía en este momento una expresión tan extraña de cruel alegría, que Neron le estuvo mirando un instante, no reconociendo al débil esclavo de todos sus caprichos en el jóven que se le aproximaba. Habiendo llegado á dos pasos de la cama, alargó el brazo presentándole el pergaminio; mas Neron, aunque nada entendía de la sonrisa de Esporo, sospechó que contenía alguna nueva fatal.

—¿Quién me dirige esa carta? dijo sin hacer ningún movimiento para tomarla.

—Faon, respondió el jóven.

—Y cuál es su contenido? continuó Neron, perdiendo el color.

—Que te ha declarado el Senado enemigo del Estado, y que te buscan para llevarte al suplicio.

—¿Cómo! ¡al suplicio! gritó Neron, sosteniéndose en una rodilla; ¡al suplicio! —maldijo rápidamente Claudio César.

—Ya no eres Claudio César, respondió friamente el centurión: eres Domicio Enobarbo, y nada más; declarado traidor a la patria y condenado a morir...;

—¿Y qué suplicio está destinado para los traidores a su patria? dijo Neron.

—Después de haberle desnudado, les sujetan el pene entre los palos de una horca; les pastean por las plazas públicas, por los mercados y el campo de Marte; después les clavan varas hasta que mueran.

—¡Ah! gritó Neron apoyándose en pie; todavía puedo huir; aun tengo tiempo para llegar al bosque de Larioio y a los pantanos de Minturio; algún barco me recogerá, y me ocultaré en Sicilia ó en Egipto.

—Huir! huir! dijo Esporo, siempre pálido y frío como una estatua de mármol; ¡huir! y por dónde?

—Por aquí, dijo Neron abriendo la puerta del cuarto y sin duda á la cantera: puesto que entré puedo salir.

—Sí, pero después que entraste, dijo Esporo, se ha cerrado la abertura, y por buen alleta que seas, dudo que puedas quitar solo la piedra que la cierra.

—¡Ah! ¡por los dioses que es verdad! gritó Neron, aguantando en vano sus fuerzas por elevar la piedra. ¿Quién ha cerrado este cayeyón? ¿quién ha hecho rodar esta piedra?

—Los libertos y yo, respondió Esporo, que nos trajimos en

—Y qué es lo que ha movido a él? ¿Por qué me habéis enterrado como Caco en su cueva?

—Para que, como él, mueras en ella, dijo Esporo con una expresión de odio tal, que nadie se hubiera podido imaginar, atendida la habitual dulzura de su voz.

—Ah! morir, morir, dijo Neron hiriéndose en la cabeza como una fiera encerrada que busca una salida; morir, porque todos quieren que muera; porque todo el mundo me abandona?

—Sin duda, respondió Esporo, todo el mundo quiere que mueras; pero no todos te abandonan, puesto que estoy yo aquí y vengo a morir contigo.

—Oh! sí, murmuró Neron, dejándose caer de nuevo sobre el colchón; si, es admirable fidelidad.

—Estás en un error, César, dijo Esporo cruzando los brazos y mirando a Neron, que mordía las almohadillas de su cama; te engañas, no es fidelidad, es otra cosa mejor; es venganza.

—¡Venganza! gritó Neron volviéndose, con viveza venganzal (qué te he hecho yo, Esporo?)

—Dioses! ¡y lo pregunto! dijo el eunuco levantando los dos brazos al cielo; ¡qué me has hecho!...

—Sí, sí... murmuró Neron, asustado y retrocediendo hacia la pared.

—Me preguntas lo que me has hecho? pues bien, te lo voy a decir, respondió Esporo adelantando un paso hacia Neron, y dejando caer de nuevo sus manos como si le hubiesen faltado las fuerzas de un niño nacido para llegar a ser hombre, para tener su parte en los sentimientos de la humanidad y en las alegrías del cielo; tras hecho un pobre esto que k-nada

perteneces, que á nada tiene derecho, y que á nada tiene que esperar. Todos los placeres y todos las dichas, las he visto pasar á mi vista, como Tántale vé las frutas y el agua, sin poderlas alcanzar, hallándome amarrado á tal impotencia y nulidad; y no es esto todo, porque si hubiese podido sufrir y morir bajo unos vestidos de luto, en silencio y en la soledad, tal vez te perdonaría, pero he tenido que vestir la púrpura como los poderosos, soñar como los felices, vivir en medio del mundo entre los que existen! yo, pobre fantasma, pobre espejo, pobre sombra!

—Y qué más pudo yo haber hecho? dijo Nerón temblando, —he partido contigo mi oro, mis placeres y mi poder; has participado de todos mis festines; y has tenido como yo cortesanos y adaladores.

—Pues bien, eso mismo es lo que me hace aberraperta, César. Si me hubieses hecho envenenar como á Británico, si me hubieses hecho asesinar como á Agripina, si me hubieses hecho abrir las venas como á Séneca, habría podido perdonarte en el momento de mi muerte; pero tú no me has tratado como á un hombre ni como á una mujer; hasme tratado como un frívolo juguete de que podías hacer lo que te dictare tu capricho, como de una estatua de mármol, ciega, muda y sin corazón. Esos favores de que hablas no eran mas que halagüeñas doradas, y cuanto mas me elevabas sobre las demás cabezas, mas podían todos medir mi infamia. Aún hay mas; anteayer, al darte este amillo, pudiendo responderme con una puñalada, lo que habría hecho creer al menos á todos aquellos hombres y mujeres que estaban allí, que valía el trabajo de matarme, ¡me diste con el puño; y como

á un parásito, como á un esclavo, como á un perro... .

—Sí, sí, es verdad, dijo Neron; he obrado mal. Perdóname, mi buen Esporo....

—Y sin embargo, continuó Esporo, como si no hubiese oido la interrupcion de Neron, este este sin nombre, sin sexo, sin amigos y sin corazon; este ente, fuéri lo que fuessé, si no podia hacer el bien podia al menos hacer el mal; podía durante la noche entrar en tu habitacion, robarle las tabillas que condasaban á muerte al Senado y al pueblo, y echarlas á volar por el Foro ó el Capitolio, como lo hubiera hecho un violento tempestuoso; de modo que ninguna indulgencia pudiese esperar ni del pueblo ni del Senado. Podia quitarte la caja en que estaba encerrado el veneno de Locusta; á fin de entregarte solo, sin defensa y sin medios de anticiparte en tu propia ejecucion, á los que te buscan para hacerte sufrir una muerte infame.

—Estás en un error, gritó Neron, sacando su puñal de debajo la almohada; te engañas, me queda este acero.

—Es verdad, pero te faltará el valor para servirte de él, ni contra los demás, ni contra ti propio; y marcad á un eunuco, se dará al mundo el singular espectáculo de un emperador espirando bajo las varas y el látigo; despues de haberlo pasado desnudo con la horca al cuello por el Foro y los mercados.

—Sin embargo, me hallo bien oculto, y no darán conmigo, dijo Neron.

—Seria sin duda muy posible que sus pudrieras escaparte, si yo no hubiera encontrado á un centurion y no le hubiese dicho dónde estabas. Ahora mismo llamas á la puerta; Cesar, vá á venir, ya llega....

—Ah! no me hallara vivo, dijo Neron apoyando la punta del puñal en el sitio del corazón; me mataré con este acero.

—Ya te he dicho que te falta el valor para hacerlo.

—Pero no, murmuró Neron en griego, como buscando con la punta de la hoja un sitio para matarse, aunque siempre vacilando para meterse el acero, no, no sienta bien á Neron el no saber morir.... Si, si.... he vivido vergonzosamente, y muero con afrenta. ¡Oh universo.... universo.... cuán grande artista vas á perder, perdiéndome....

Párase de repente alargando el pescuezo, con el pelo erizado y cubierta la frente de sudor, escuchando un nuevo ruido que acababa de dejarse oír, y con voz balbuciente pronunció este verso de Homero:

Es el ruido de los caballos de veloz carrera.

En este momento entró Epafrodito precipitadamente en la habitación. No se había engañado Neron: aquel ruido era en efecto el de los caballeros que le persiguiían, y que guiados por las señas de Esporo, habíanse dirigido á la granja; no había, pues, un instante que perder, si el emperador no quería caer en manos de sus verdugos. Entonces pareció que Neron tomaba una resolución definitiva; se llevó á parte á Epafrodito, y le hizo jurar por la laguna Estigia que á nadie dejaría su cabeza, y que quemaría lo mas pronto posible su cuerpo todo entero: tirando después del puñal que había vuelto á meterse en el cinto, se apoyó la punta en el pescuezo. En este momento se sintió el ruido mas próximo. Epafrodito vió que era llegado el momento de obrar; cogió la mano de Neron, y apoyándole el puñal en la garganta, le metió toda la hoja; luego,

seguido de Esporo y moviendo la piedra que cerraba la salida, se arrojó á la cantera cerrando tras si la puerta.

Dió Neron un espantoso grito arrancándose y arrojando lejos de si el arma mortífera; bamboleó un instante con los ojos fijos y anhelante respiración; cayó sobre una rodilla, después sobre la otra; probó á sostenerse aun con un brazo, mientras que la sangre saltaba de su garganta al través de los dedos de la otra mano con que procuraba contenerla; finalmente, miró por última vez en torno suyo con mortal desesperación, y al verse solo, se dejó caer dando un gemido. Abrióse la puerta en este momento, y se presentó el centurión. Viendo al emperador sin movimiento, se arrojó á él, y quiso contener la sangre con su capa; pero Neron, reconociendo el resto de sus fuerzas, le rechazó diciéndole en tono de reconvención:

—¿Es esta la fe que me has jurado?

Y dió el último suspiro, quedándose, cosa extraña, los ojos fijos y abiertos.

Desde este momento todo quedó terminado: los soldados que habían acompañado al centurión entraron para asegurarse de qué el emperador había cesado de vivir, y no quedándoles ya duda, se volvieron á Roma con la noticia de su muerte; de modo que el cadáver del que el dia antes era el señor del mundo, permaneció solo, tendido en el lodo ensangrentado, sin un esclavo para hacerle los últimos honores.

Estuvo de este modo un dia entero, y por la noche entró una mujer pálida, con paso lento y grave: Icelo, aquel liberto de Galba que hemos visto asistir al pueblo, y que se

habia hecho omnipotente en Roma , donde se esperaba á su amo, la habia dado el permiso de hacer los últimos honores á Neron : le desnudó , lavó las manchas de sangre que tenia en el cuerpo, le envolvió en una capa blanca bordada de oro, que aquel llevaba puesta la ultima vez que lo vió , y que le había regalado, y trasladóle despues á Roma en un carro cubierto que habia traído consigo. Hizole allí funerales modestos, como los de un simple ciudadano , y en seguida colocó el cadáver en el monumento de Domiciano, que se divisaba desde el Campo de Marte sobre la colina de los Jardines, donde Neron se habia hecho preparar un sepulcro de pórfido con un altar de mármol de Luna y cercado con una balaustrada de mármol de Tasos.

Despues de haber llenado estos deberes , permaneció un dia entero arrodillada y rezando delante de aquel sepulcro, inmóvil y muda como la estatua del dolor; y cuando hubo llegado la noche, bajó lentamente la colina de los Jardines, se dirigió sin volver la cara atrás por el camino del valle de Egeria y entró por ultima vez en las Catacumbas.

Epasfroditó y Espero fueron hallados en la cantera muertos y tendidos uno junto á otro , y en medio la cajita de oro , de la que partieron como hermanos , habiendo bastado para los dos el veneno preparado para Neron .



EPILOGO.

Tal ha sido el fin de Neron á los treinta y dos años de edad y el mismo dia en que había hecho perecer á Octavia; sin embargo , esta muerte extraña é ignorada , aquellos funerales hechos por una mujer sin que el cuerpo , segun costumbre , hubiese sido expuesto al público , dejaron grandes dudas al pueblo romano , el mas supersticioso de todos los pueblos. Aseguraron muchos que el emperador había llegado al puerto de Ostia , y que una embarcacion le había trasportado á Siria , de suerte que esperaban verle aparecer de dia en dia ; y mientras que una mano desconocida adornó religiosamente su tumba con las flores de primavera y verano durante quince años , hubo quien llevó á la tribuna retratos de Neron representado con toga pretesta , y quien se presen-

toda á leer en ella proclamas en que se te suponia próximo á volver poderoso y dispuesto á causar la destrucción de sus enemigos. Por fin, veinte años después de su muerte, refiere Suetonio que se presentó á los partos un hombre de oscura condición, gloriándose de ser Neron, y fué largo tiempo sostenido por aquel pueblo que había honrado particularmente la memoria del último César. Aun mas: estas tradiciones pasaron de los paganos á los cristianos; y San Gerónimo, apoyado en algunos pasajes del mismo San Pablo, presentó á Neron como el Antecristo, ó al menos como su precursor. Sulpicio Severo hace decir á San Martín en sus diálogos que Neron y el Antecristo deben aparecer antes del fin del mundo, el primero en Occidente, donde restablecerá el culto de los ídolos, y el segundo en Oriente, donde reedificará el templo y la ciudad de Jerusalen para fijar en ella el asiento de su imperio, hasta que al fin el Antecristo haga se le reconozca como al Mesías, declare la guerra á Neron y le haga perecer. Finalmente, San Agustín asegura en su ciudad de Dios, que en su tiempo, es decir, al principio del siglo V, había muchos que no querían aun creer que Neron hubiese muerto, y que al contrario, sostienen que estaba lleno de vida y de cólera, oculto en un lugar inaccesible, y conservando todo su vigor y crueldad para volver algún dia á ocupar el trono del imperio.

Aun ahora entre esa larga serie de emperadores que han venido sucesivamente á añadir un monumento mas ó menos honoroso á los monumentos de Roma, el mas popular es Neron. Todavía nombran la casa, los baños y la torre de Neron en Baalí, un viñero me enseñó, sin titubear, el sitio en qua

estaba la granja de Neron ; en medio del golfo de Baya se pararon mis marineros en el mismo sitio , ni mas ni menos en que se abrió la tri-reme preparada por Neron ; y de vuelta á Roma un paisano me condujo por la misma via Nomentana que siguió Neron en su fuga , derecho á la Serpentara , y en algunas ruinas esparcidas en aquella magnifica llanura de Roma , toda sembrada de ruinas , me mostró el sitio de la granja donde se pegó la puñalada el emperador . Finalmente , hasta el mismo cochero que tomé en Florencia me dijo , en su ignorante devoción por la memoria del ultimo César , señalándome unas ruinas que se hallan á la derecha de la bóveda de la Storta en Roma :

—He aquí el sepulcro de Neron.

¿Quién podrá explicar ahora el olvido en que han caido en los mismos lugares los nombres de Tito y de Marco Aurelio ?

FIN DE ACTEA Y NERON.



PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Láminas.	Páginas.
1. ^a De repente sintió Lucio pesar sobre su brazo á la joven corintia.	28
2. ^a Y cortó con su puñal las ligaduras de la joven.	220

ALIYATTA

ALIYATTA, THE LADY OF KARAVAN

ALIYATTA

ALIYATTA, THE LADY OF KARAVAN

ALIYATTA, THE LADY OF KARAVAN

ALIYATTA, THE LADY OF KARAVAN

OBRAS CONCLUIDAS

pertenecientes á la colección de la Galería literaria.

AL 141 DE SEPTIEMBRE DE 1840 Y 17 DE SEPTIEMBRE
DE 1841. PRECIO EN MADRID 12 REALES Y EN PROVINCIA 10.

EL BANDIDO

AL 132 DE 1841. PRECIO EN MADRID 10 REALES Y EN PROVINCIA 8.

SIERRA-NEVADA,

POR MR. ALEJANDRO DUMAS.

Segunda edición; ilustrada con cuatro láminas sueltas.

Consta de 24 entregas; y se vende el precio de 5 reales en Madrid y 7 y medio en provincias.

LA GUERRA

DE LAS MUJERES,

POR MR. ALEJANDRO DUMAS.

Edición ilustrada con ocho láminas sueltas.

Consta de 48 entregas; y su precio es 14 y medio reales en Madrid y 17 en provincias.

LAS DOS DIANAS,

POR MR. A. DUMAS.

Edición ilustrada con doce láminas sueltas.

Consta de 71 entregas, y se vende al precio de 17 rs. en Madrid y 25 en provincias.

SUBLEVACION DE NÁPOLES EN EL TIEMPO DE LA DOMINACION ESPAÑOLA, CAPITANSADA POR MASANILO, CON SUS ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS.

ESTUDIO HISTÓRICO, DEL EXCMO. SEÑOR DON ÁNGEL SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

Ilustrada con láminas sueltas.

Consta de dos tomos en octavo, y se vende á 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

ISABEL DE BABIERA Ó LA LOCURA DE UN REY, POR MR. A. DUMAS.

Consta de 33 entregas, y se vende al precio de 8 rs. en Madrid y 12 en provincias.

BRUNO EL BANDOLERO.
EL LADRON DE LA CORTE.
AGTEGA Y FRÍAS.

POR MR. A. DUMAS.

Estas tres novelas forman un tomo de 44 entregas, y se vende al precio de 40 rs. en Madrid y 15 en provincias.

SEGUNDA SÉRIE.

SECCIÓN DE OBRAS ORIGINALES.

EN PUBLICACION.

GUZMAN EL BUENO.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

La brillante acogida que tuvo la edición que de esta novela se hizo hace pocos años, nos releva de prodigarle elogios que pudieran parecer interesados.

Hoy, que al mérito indisputable de esta obra se reúne la economía del fabuloso precio de esta Biblioteca, esperamos que el éxito sea completo.

En este concepción no hemos variado y en él se considerables sacrificios, tanto para adquirir la propiedad de ella, como para presentarla con el lujo digno de una novela que tan buen puesto ocupa en la literatura española.

Se publica por entregas de 16 páginas en cuarto mayor, y toda la obra constará de unas 50 entregas.

Láminas sueltas. Para cada 6 entregas se dará una lámina perfectamente grabada.

Precio: Dos cuartos cada entrega en Madrid y tres en provincias.

Se reparten tres ó cuatro entregas semanales.

EDICIONES DE LUJO

EDICIÓN ESPECIAL DEL LIBRERO

que se hallan de venta en este establecimiento.

LA VIUDA DE PADILLA

EDICIÓN ESPECIAL DEL LIBRERO G. RODRÍGUEZ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE DON JUAN BARRANTES.

Ilustrada con magníficas láminas y dos tintas.

Consta de un grueso tomo en cuarto mayor. Precio 30 rs.

GODÓVICO-PATUET

EN BUSCA

DE LA MEJOR REPÚBLICA.

SIRIA COBRAJOCO-SIERRA-POLÍTICA

ilustrada con magníficas láminas de colores.

Consta de un grande tomo en cuarto mayor. Precio: 57 rs.
en Madrid y 48 y medio en provincias.

Con la obra se publicarán los tres volúmenes de la
"Historia del Siglo XIX" que ya están en el punto de finalización.

— — — — —

— — — — —

EDICIONES DE GRAN LUJO

que principiaremos á publicar á la mayor brevedad.

EL SITIO DE ZARAGOZA.

Estamos preparando trabajos para que esta obra salga á luz
con todo el lujo que su asunto merece.

LOS SALTEADORES

DE SIERRA-MORENA.

Las singulares tradiciones á que han dado alimento los terribles acontencimientos que siempre han tenido lugar en la renombrada Sierra-Morena, han dado asunto al autor para formar una novela eminentemente interesante y dramática.

La edición que de ella preparamos es lujosísima.

EL ARCAEGONIO

6

EL HAMBRE DE PARÍS.

Esta magnifica novela, que está llamando la atencion de todas las personas inteligentes en el vecino imperio, será presentada á nuestros suscriptores con un lujo poco acostumbrado hasta hoy.

En el libro que se publica en este número, se incluye una edición completa del famoso libro de *El Hambre de París*, que es una obra de gran belleza y originalidad. El autor, *Jacques-Henri Lartigue*, es un escritor francés que ha logrado capturar la esencia de la vida parisina en el siglo XIX. Su estilo es elegante y descriptivo, y su narrativa es fascinante. El libro es una joya literaria que no debe perderse.



Biblioteca
de Catalunya



Adq.

C-Tus
CB 1001062118

Tur-8

120

Digitized by Google

Universitat de Catalunya
Departament de Cultura

BIBLIOTECA DE CAT



1001062118

